J. MANCINI



BOLÍVAR



V^da de Ch. Bouret
Paris-México




PROPIEDAD
DE
ENRIQUE NARANJO M.

BOLÍVAR

Y

LA EMANCIPACIÓN DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

Bogotá, 11 de Febrero de 1915.

Señor Don Enrique Naranjo Martínez,

Barranquilla

Muy estimado Señor,

Sirvan estas pocas líneas para expresarle mi agradecimiento y el de mi señora por el sentido y afectuoso artículo que Ud. tan bondadosamente ha publicado en el Rigoletto sobre nuestro adorado hijo que lloraremos hasta el último día que Díos nos dejará en esta tierra.

Le ruego que utilice mis pocos servicios en esta ciudad y me crea su agradecido y afmo.

s.s.

A. Mancini



BOLÍVAR EN 1810
Según el retrato de Ch. Gill.
(Colección del autor)

JULES MANCINI

BOLÍVAR

Y

LA EMANCIPACIÓN DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS DESDE LOS ORÍGENES HASTA 1815

OBRA PREMIADA (EL TEXTO FRANCÉS)

POR LA ACADÉMIE FRANÇAISE CON EL PREMIO MARCELLIN GUÉRIN.

CON UN RETRATO Y UN MAPA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DOCTEUR



LIBRERÍA DE LA V^DA DE C. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
45, AVENIDA CINCO DE MAYO, 45

1914

PRÓLOGO

Por sus efectos sobre la vida política y social de los pueblos, la Emancipación de las Colonias españolas es un acontecimiento de importancia tan considerable como el descubrimiento del continente en que fueron establecidas.

La lucha entablada por los criollos contra España, a raíz de la Revolución francesa, y proseguida durante un cuarto de siglo con idéntica saña por parte de ambos contendientes fué la prolongación, sobre un nuevo teatro, del conflicto secular entre las dos ideas cuyos alternativos éxitos y derrotas dominan la Historia : el Tradicionalismo y la Libertad. En efecto, a los resultados de la Independencia sudamericana debió el gran movimiento de 1789, a punto de ceder bajo el empuje restaurador de 1815, el cobrar nuevos ánimos en Europa y el triunfar en 1830. Los pueblos despertaron a la vida y a la conciencia nacionales. El mundo moderno evolucionó hacia el ideal republicano.

Bolívar es, para América, el imperecedero símbolo de este ideal. Si algún hombre ha podido resumir en sí los elementos, las tendencias de una época, y personificar una idea, ese hombre es verdaderamente aquel a quien sus conciudadanos saludan con el insigne título de *Libertador*. La vida de Bolívar es el adecuado marco de la Revolución de que fué principal protagonista. Su nombre es inseparable de la obra sostenida por él con maravilloso ardor.

Inmenso es el campo de acción que él mismo se asignó : la América española desde Méjico a la Tierra

de Fuego. Aunque su vasto genio la abrazara de continuo y por entero, iniciativas aisladas, que agrupaban sus esfuerzos en torno del de Bolívar, fueron necesarias. Una pléyade de héroes secundó al Libertador. Y, entre sus colaboradores, el gran argentino San Martín comparte con él, durante la fase decisiva de la guerra, el mérito eminente de haber fundado la Independencia.

No obstante, San Martín se retiró, abandonando a su competidor la gloria de completar la obra emprendida, y la amargura de registrar los inevitables desengaños inherentes a toda empresa magna.

Pero no fué perdido el esfuerzo del Libertador. Aunque tardos en madurar, con mayor brillo aparecen los frutos de su energía y de su voluntad. El espectáculo que presenta hoy día la América del Sur, en la que veinte Repúblicas crecen bajo las miradas por fin seducidas, del universo, tiene esplendores de apoteosis.

Más prestigioso aún parece presentarse el porvenir. Después de haber asegurado en el mundo la victoria de la democracia y de la nacionalidad, la América latina tiene sin duda en reserva la solución de los problemas nacidos del nuevo orden social cuyo advenimiento ha sido determinado por ella.

La epopeya de donde habían de proceder estas lejanas y magníficas consecuencias : tal es el cuadro que nos hemos propuesto trazar[1].

1. A más de las obras publicadas hasta la fecha acerca de la Emancipación de las Colonias españolas, nos hemos impuesto el deber de consultar los archivos de los principales Estados Sudamericanos, los de Londres, de París y de España; de donde resulta que las fuentes oficiales citadas en nuestro trabajo son casi todas inéditas.

Hemos tenido también a nuestra disposición archivos de familia cuyo estudio nos ha permitido completar la documentación de la presente obra.

En fin, hemos recorrido o visitado los países en que se desarrollaron los acontecimientos que relatamos, intentando reconstituirlos en su marco original.

BOLÍVAR

Y

LA EMANCIPACIÓN DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

LIBRO PRIMERO

ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN SUDAMERICANA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS INDIAS OCCIDENTALES

I

Los últimos años del siglo quince y los primeros años del dieciséis señalaron el apogeo de la grandeza de España. Una lucha épica, sostenida por espacio de ochocientos años en cuatro mil campos de batalla, había consagrado la unidad definitiva de la Península y justificado la fama de heroísmo del pueblo español, que resultaba ser la nación militar por excelencia. El Turco obligado a retroceder; Italia y Portugal conquistados; un rey de Francia, un papa hechos prisioneros; Inglaterra humillada; los corsarios de Barbarroja sometidos en África; asegurada en Asia la fundación de establecimientos prósperos : tales son algunas de las proezas de los ejércitos españoles. El *Despacho Universal* de Madrid oprimía a todas las cortes

en sus inevitables tramas; su política irresistible iba a apoderarse de la Corona de Carlomagno. El Renacimiento, que, según creencia general, iba a resucitar la Edad de oro, parecía hallar, en la Iberia reconquistada, otra tierra escogida : en ningún otro sitio el reciente invento de Gutenberg, cuyas maravillosas consecuencias podían entreverse ya desde entonces, tuvo mejor acogida que en las numerosas y florecientes universidades de Castilla. En todas partes, las letras, las ciencias, las artes, las costumbres se alimentaban en las fuentes del genio español. Y la Fortuna misma, al hacer brotar un nuevo mundo de los abismos del Océano, parecía sierva sumisa de la gloria de los reyes de España, quienes midieron por el curso del sol la prodigiosa extensión de sus dominios.

Los soberanos que desde Isabel a Felipe II se habían sucedido, capaces, prudentes, y fieles al espíritu de los primeros reyes de Aragón que con tanta altivez se diera en otro tiempo el pueblo, personificaban esa grandeza misma y ese esplendor. Su poder, templado por las extensas prerrogativas de las Cortes, se ejercía con rectitud, dando, además, pruebas de un liberalismo único entre todos los Gobiernos de la época[1].

Pero las seguridades que la nación hallaba bajo tal régimen, la inclinaron insensiblemente a descuidar la institución mejor combinada para salvaguardia de sus franquicias. Las ciudades, al ver firmes sus privilegios y respetados sus derechos, cesaron poco a poco de enviar sus diputados a las Cortes. Y el rey, investido de mayor confianza, llegó a sufrir con impaciencia las trabas que, no obstante, tenía derecho a oponer a sus voluntades la Asamblea. Nada, por cierto, fijaba límites a dichas voluntades; y, cuando la prescripción le permitió declarar las Cortes en estado de incapacidad perpetua, se apresuró a valerse de este pretexto[2]. El despotismo, al pronto benévolo y paternal que lo había invocado, tomó, con los soberanos que ocuparon después el trono, la forma de un peligroso absolutismo.

1. V. Chateaubriand, *Congrès de Vérone*, cap. III.
2. V. A. Thierry, *Dix ans d'études historiques*, lib. XX.

Por otra parte, el tradicional ascendiente del clero sobre la piadosa nación española se había impuesto a la realeza como un excelente medio de gobierno y de dominación[1]. Se esforzó, pues, por ganarlo. No tardó el clero en ocupar el primer puesto en los Consejos en que la nobleza, que lo esperaba todo del rey, posponía cada vez más los intereses públicos a sus propios intereses. El Tribunal del Santo Oficio, instituído en sus comienzos para que por la persuasión volvieran a las « sanas creencias » los disidentes, no tardó en agravar las atribuciones de sus inquisidores y recurrió al terrorismo que desde entonces lo ha caracterizado. La Inquisición se convirtió en institución de Estado[2]; la Iglesia adquirió formidable influencia en España. La corte misma se convirtió en un claustro; los conventos, multiplicados, se poblaron. La extremada indigencia intelectual del bajo clero, al hacer el vacío en torno de ella, atrofió los cerebros, ahogó toda iniciativa. El fanatismo, la intolerancia, la dureza de corazón, desarrollados ya en la lucha secular contra los herejes dueños del territorio, celebraron las hecatombes que, con pretexto de unificación de las creencias religiosas, puso en auge la Inquisición. El Santo Oficio depravó a España al mismo tiempo que la terrorizaba[3]: por todas partes se insinuaron la hipocresía y la delación, convirtiéndose en otras tantas virtudes. Un velo sangriento y tenebroso se extendió sobre este país, y no parecía sino que un genio perverso se había empeñado en ir precipitándolo a la ruina.

Un cúmulo de acontecimientos acentuó el rápido descenso de España. Los Moros, que constituían una cuarta parte del conjunto de la población, dispersos, aniquilados, vieron perecer con ellos la industria y la agricultura, a las

1. « La autoridad de los religiosos no tenía por única base la fe de los pueblos : procedía, además, de una causa política. Ya desde el año 852, los mártires de Córdoba : Aurelio, Juan Félix, Jorge, Marcial, Rogelio, decapitados o arrojados al Betis, se sacrificaron tanto por la libertad nacional como por el triunfo de la religión Cristiana. Los frailes combatieron con el Cid y habían entrado con Fernando en Granada. » Chateaubriand, *Congrès de Vérone*, cap. II, t. XII de las *Obras completas*.

2. V. Guizot, *Civilisation en Europe*, lección XI.

3. P. de Saint-Victor, *Hommes et Dieux. La Cour d'Espagne sous Charles II.*

que particularmente se dedicaban y cuya prosperidad habían asegurado. Los judíos, perseguidos, acosados, huyeron en masa[1], llevándose la casi totalidad de los capitales que alimentaban el comercio. La despoblación se aceleró por el monaquismo y por las pérdidas de hombres ocasionadas por las guerras, la emigración, el sostenimiento de importantes guarniciones en Italia, en los Países Bajos, en África y en las Indias. A partir de Felipe III, una serie de soberanos degenerados acabó la decadencia de España, decadencia tan sorprendente como lo había sido su grandeza, y que se acentuó hasta convertirse en tema favorito de los sabios y de los moralistas al disertar acerca de la instabilidad de las cosas humanas[2].

La pobreza que desde hacía tiempo arreciaba sobre España, y de la que, según se dice, no se eximió Carlos Quinto mismo, tomó, con los sucesores de este monarca, proporciones increíbles en todas las clases sociales. Las cargas a que, a pesar de todo, no conseguía hacer frente la corte, bastaban por sí solas para absorber los impuestos que un espantoso régimen fiscal arrancaba a las provincias. Tal agotamiento de recursos conocieron éstas, que en Castilla habían vuelto, como en la infancia de las sociedades, al trueque, es decir, a cambiar objeto por objeto, mercancía por mercancía[3]. Hubo años de carestía en que no le quedó al pueblo más recurso que hacerse bandido o mendigo. La nobleza, cuya pobreza era proverbial, presuraba inútilmente al campesino, o iba a la corte a engrosar el número de cortesanos que con avidez solicitaban alguna merced. *Pobre* : tal era el epíteto que requería infaliblemente el nombre de español, y los largos ayunos del *Caballero de la Triste Figura*, o el harapiento ropaje de Lazarillo de Tormes son más simbólicos que novelescos.

Pero, esta miseria, en los comienzos del período histórico llamado de los Tiempos Modernos, no arreciaba sólo sobre España. Cierto que se manifestaba más en este país con el

1. 800 000 salieron de España. Duruy, *Histoire générale*, Paris, 1891.
2. V. Buckle, *Histoire de la Civilisation en Angleterre*, t. IV, cap. xv. — Véase también Lafuente, *Historia General de España*, t. X a XIV.
3. V. Sainte-Beuve, *Mémoires de la Cour d'Espagne par le Maréchal de Villars. Nouveaux lundis*, t. II, p. 46.

carácter sombrío y fiero que su constitución y la naturaleza de sus pueblos le comunicaban; mas no se hallaban en mejor situación las demás naciones. El Antiguo Mundo sufría una « crisis económica », como diríamos hoy, crisis que parecía insoluble en los días mismos en que las carabelas de Colón, obtenidas, por cierto, al cabo de grandes dificultades, navegaban obscuramente hacia sus inmensos destinos. El Mediterráneo, encrucijada de los grandes derroteros comerciales, se iba cerrando cada vez más, a medida que Turcos, Moros y Arabes ocupaban sus ribazos en África, en Asia, y hasta en Europa : la toma de Constantinopla, al entregar la llave del Oriente a los peores enemigos de la civilización, planteaba de nuevo el problema del porvenir del comercio occidental, y se convertía en infranqueable valla en el único camino abierto hacia ese *El Dorado* oriental que, desde la más remota antigüedad, la humanidad toda había anhelado[1]. La Liga Anseática se debilitaba; el incierto tráfico que por largo tiempo habían permitido los estrechos mares del Norte, no ofrecía ya esperanzas, y el Océano parecía una eterna frontera.

En medio de tales amenazas, de tal aislamiento, las Indias Occidentales, cuyo primer reconocimiento terminaban los *Descubridores* hacia mediados del siglo dieciséis, aparecieron como providencial y suprema solución : el Atlántico se convertía en un inmenso camino abierto a todas las empresas solicitadas esta vez por un magnífico y seguro *Dorado*. El famoso *Thesaurus*, buscado por todos los hombres de todas las edades, según dice Michelet[2], parecía encontrado por fin y abierto para siempre. A las miradas de Europa se ofrecían las deslumbrantes promesas de un nuevo continente. *El Oro*, buscado sin descanso por reyes y pueblos, y a cuya producción renunciaban ya los alquimistas desesperados, se hallaba a profusión en el mundo nuevo. No había sido necesario que Colón, atormentado por el deseo de completar su obra, celebrara, a su regreso, las ventajas de la « cosa excelente con la que se forman los tesoros, se consigue cuanto se desea, y hasta se

1. Octave Noel, *Histoire du Commerce du Monde*, t. I, p. 306.
2. *Histoire de France. Le Moyen age.*

hacen llegar las almas al paraíso[1] », para que un arranque de unánime entusiasmo aunara bajo el estandarte del genovés y de sus sucesores, codicias que desde hacía tanto tiempo exasperaba el hambre.

La Iglesia, después de haber tachado de impiedad a quienes pretendían ir a aquel continente cuya existencia era, según ella, contraria a los dogmas, descubrió de repente, al cabo de más detenido examen de las Escrituras, serias razones para alentar la conquista de aquellas lejanas tierras. Ningún escrúpulo habían tenido los Reyes Católicos en favorecer ostensiblemente los proyectos de su Gran Almirante, puesto que a su vez iba a beneficiar de ellos la cristiandad, por la conversión de los habitantes del Nuevo Mundo. Y, finalmente, el pueblo español, más aventurero que otro cualquiera, y más azotado por la miseria universal, se puso en movimiento, haciendo caso omiso de las desalentadoras angustias de una empresa que por tantas dichas iba a ser sin duda recompensada.

Porqueros, como Pizarro; niños abandonados, como Almagro; monjes guerreros, como Fernando de Luque; Balboa, Orellana, nobles desconsiderados; Bastidas, escribano en un humilde arrabal de Sevilla; Quesada, abogado famélico; Hernán Cortés y Bernal Díaz, Heredia y Colmenares, únicos, o casi, cuyos blasones fueran ilustres, toda la barahunda de aquellos aventureros desarrapados y sublimes, inmortalizados por la historia con el magnífico nombre de *Conquistadores*, fué la primera en arrojarse, ávida de pelea, de estocadas, de toisones de oro que conquistar, de cruzadas que predicar. Los relatos que los que regresaban hacían de fabulosas comarcas en donde, entre selvas llenas de cantos de aves y de perfumes, entre manantiales de leche pura y de miel, se alzaban los resplandecientes palacios del *Rey Dorado* y jardines que recordaban los de las Hespérides, mecían los encantados ensueños del pueblo de España, exaltando la fiebre que le arrastraba, más ebrio de día en día de gloria y de fortuna, hacia las Islas Nuevas[2].

1. Citado por Michelet, *ibid.*
2. V. la descripción de El Dorado en *Candido*, de Voltaire, inspi-

La Gesta de los Conquistadores es la epopeya sin ejemplo de la energía humana. Ningún poema podrá nunca cantar debidamente su excelsitud, ninguna descripción podría pintarnos su heroísmo. Es preciso conocer las altísimas montañas, los desiertos infinitos, las exuberantes selvas, las costas peligrosas y los climas mortíferos de aquel mundo, en donde todo es colosal, para comprender, « por los formidables obstáculos *de hoy* lo que *entonces* hicieron los Conquistadores[1] ». Alentaba en ellos un alma de hierro como su armadura. Indiferentes a peligros siempre renacientes, a las terroríficas sorpresas de la naturaleza tropical, escalando los inasequibles Andes y tomando posesión de los Océanos, todo ello con idéntica serenidad, seguían avanzando...

Tres grandes imperios, poblados y relativamente adelantados en civilización, se rindieron a aquel puñado de hombres. Abominables ingratitudes pagaron la amedrentada y confiada debilidad de los indígenas: el valor guerrero de los que no quisieron entregarse tuvo que buscar asilo en las selvas.

Ni la miseria, ni el cansancio, ni el hambre, ni las enfermedades, ni la muerte que de continuo amenazaba, entibiaron nunca el ardor de los Conquistadores. Sostenidos por el fanatismo, la codicia y el valor que la época aquélla — representada por dichos hombres, cosa que no hay que olvidar — había llevado al paroxismo, los Españoles de los siglos quince y dieciséis imprimieron de esta suerte, en la conquista de América, el sello de sus virtudes y de sus vicios[2].

En menos de quince años, su obra, a la vez devastadora y fecunda, resultaba terminada, y a la corona de España quedaba agregado el imperio colonial más admirable de que pueblo alguno haya podido enorgullecerse en el transcurso de los siglos. Mas no había de sacar provecho España de las magníficas hazañas de los Conquistadores. En efecto,

rada por las *Crónicas*, de Orellana; las chispeantes páginas de J. M. de Heredia al comentar Bernal Díaz del Castillo, etc.

1. J. M. Samper, *Ensayo sobre las Revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas Colombianas*, cap. I.

2. Cf. Samper, *op. cit., ibid.*

las condiciones en que se efectuó la conquista facilitaron la extensión de la decadencia que minaba la metrópoli, hasta los lejanos países sometidos a su régimen. En la vasta transformación económica que para el mundo cristiano había de resultar de aquella nueva cruzada, y, sobre todo, en las ventajas que recogió, a España no le cupo sino una parte precaria cuya fingida grandeza le sirvió sólo para deplorar más hondamente la extensión de sus desgracias

II

Desde la primera mitad del siglo dieciséis, los contornos de América fueron visitados casi por completo. Por entonces, la geografía del Nuevo Mundo había sido determinada también con bastante exactitud; pero la noción que de ella se tenía en Europa quedó bastante imprecisa hasta los célebres viajes de Humboldt, a fines del siglo dieciocho.

Cierto que se sabía que dicho territorio se extendía desde el 74° del polo ártico hasta el 56° del polo antártico, formando la tercera parte del globo habitable. Los exploradores habían mencionado la fertilidad del suelo y la variedad ds los climas. Habían comparado el sistema montañoso del continente con una especie de enorme « espina dorsal » cuyos cimientos están bañados al oeste por el mar Pacífico por espacio de quince mil millas de longitud; habían hablado de los ramales que proyecta al este la cordillera, llegando algunos de ellos hasta el Atlántico. Los navegantes habían quedado desconcertados ante el colosal volumen de los ríos alimentados por innumerables torrentes salidos de la Cordillera y que recorren soledades inmensas y extensas llanuras cubiertas de selvas y de pastos. No obstante, los nuevos dueños de aquel prodigioso dominio distaban mucho de imaginar con exactitud sus particularidades físicas.

Cifras y nomenclaturas, descripciones pintorescas no eran suficientes para expresar la realidad.

Habría sido menester multiplicar diez veces los Alpes por los Pirineos y los Apeninos para llegar a una aproximada concepción de los Andes; suponer sólido el Medi-

terráneo, surcado por ríos anchos como el canal de Gibraltar, azotado por indecibles huracanes, cubierto hasta lo infinito de gramíneas, de bosques de bambúes, de palmeras y de plantas gigantescas, para representarse uno las *pampas* de La Plata o los *llanos* del Orinoco; imaginar el Vesuvio o el Etna sobre un pedestal de hielo dos o tres veces más elevado que el Monte Blanco, para valuar el Chimborazo, el Cotopaxi, el Antisana, los *nevados* y los volcanes de América. Las sierras de Guadarrama, la Nevada y la Morena, de España, son grupitos de colinas, comparadas con las Cordilleras. Y todo, en aquel mundo, hervidero de fuerzas y de vida, alcanza semejantes proporciones... La tierra fermenta día y noche con tal potencia creadora, que le parece a uno percibir los resoplidos de su respiración y las pulsaciones de su fiebre. Casi puede decirse que la huella de cada paso que uno va dando queda en seguida borrada bajo una vegetación frondosa, que nace, crece y muere, para renacer centuplicada, en un perpetuo estremecimiento de vehemencia y de amor; en el camino abierto hoy, no veremos, mañana, si intentamos pasar de nuevo por él, más que intrincada maleza. Edifíquese una casa en el llano; y, si no lucha uno de continuo contra las invasoras vitalidades del suelo y del espacio, no tardará en ser despedido de un asilo que creía seguro. Construid un puerto, un dique, un puente confiando en la aparente mansedumbre de las aguas, y, algunos días más tarde, si la obra no ha sido reforzada de formidable manera, el torrente convertido en río, la cascada vuelta catarata, y el río cambiado de repente en mar, harán desaparecer en un instante vuestra obra [1].

Las nociones del Viejo Mundo en materia de colonización eran, en la época de la Conquista, de naturaleza a la vez harto simplista y harto absoluta para adaptarse útilmente a las complejísimas necesidades de la explotación de semejante territorio. Cualquiera de los vastos imperios hallados por los Españoles habría suministrado un campo, demasiado vasto a la nación — entre todas las demás naciones europeas — cuyo espíritu era más rebelde a los

1. Según, J. M. Samper, *op. cit.*, cap. I.

escrúpulos y a la incansable paciencia que, por rudimentarios que fuesen entonces sus preceptos, exigía ya la colonización. Así, pues, ni siquiera pensó España en modificar dichos preceptos : dotó rigurosamente el conjunto, de día en día más extenso, de su *dominio*, de la organización menos adecuada para que resultara próspero.

Un *dominio*, en efecto, en el sentido más absoluto de la palabra, era el que se habían apropiado los reyes de Castilla y de León. « En nombre del Rey nuestro Señor, y ante notario » — según consta en las *Noticias Historiales* — Descubridores y Conquistadores « habían tomado posesión de las que llamamos Occidentales Indias[1] ». El papa, dispensador supremo de todos los bienes terrenales, había confirmado este principio, desde el segundo viaje de Colón, « confiriendo a la Corona de Castilla la plena propiedad de los países habitados por los paganos de Occidente », al mismo tiempo que reconocía a los portugueses « el señorío de todas las tierras del Este aquende las Azores y el Cabo Verde[2] ».

Quienes han censurado el sistema colonial tal como lo comprendieron y lo aplicaron los soberanos de España no han tenido en cuenta este dato esencial : sin género de duda, de tal sistema resultaron odiosos abusos, males sin cuento ; pero es indispensable no olvidar que, en aquella época, en toda Europa eran consideradas las colonias como dependencias del Estado que el Estado había de explotar en única ventaja suya, sacando de ellas cuantos recursos fuera posible[3].

El gobierno de las nuevas provincias de la Monarquía en

1. Ver la fórmula consagrada de toma de posesión de las tierras descubiertas en ANTONIO DE HERRERA : *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, 1601, década I, lib. VII, cap. XVI. — Ver también FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. *Historia de las Indias*, lib. I. — FR. PEDRO SIMÓN, *Noticias historiales de la Conquista de Tierra Firme*, *passim*, etc.

2. Bula dada en Roma por Alejandro VI el 4 de mayo de 1493, reproducida en SOLORZANO, *Política Indiana*, 1565, lib. 1, cap. X, fos 45-48.

3. V. P. LEROY-BEAULIEU. *De la Colonisation chez les peuples modernes*. Prefacio de la 1a edición. — V. también SEELEY. L'Expansion de l'Angleterre. Primera serie, lectura IV, y SEIGNOBOS, *Histoire de la Civilisation*, cap. II.

las Indias Occidentales iba pues a ser, como en España, entregado, en su conjunto, a los miembros de la aristocracia y del clero, sostenes tradicionales de la Corona. Era natural también que el rey buscara medidas capaces de paliar los inevitables abusos de poder de la administración, tan lejana, de su nobleza y de la Iglesia. De ahí, las complicaciones del sistema de intervención que instituyó para atenuar los inconvenientes de una temible colaboración, y los privilegios excesivos que tuvo, además, que conceder a dicha administración, a fin de asegurarse él, personalmente, la parte a que creía tener derecho.

El pueblo español estaba representado en las Indias por los Conquistadores, cuya avidez, cuya crueldad y cuyo espíritu caballeresco habían sido exaltados aún al ascender, casi todos ellos, a la categoría de señores feudales; después, funcionarios de ínfimo orden, y sacerdotes y frailes de todas las órdenes acudieron a América, formando así el complemento de la sociedad española; de esta suerte, toda ella se transportó al nuevo continente, con las cualidades y los defectos inherentes a cada uno de sus elementos.

Sufrieron éstos en el Nuevo Mundo, en el transcurso de los tres siglos que duró la Dominación, una evolución paralela a la que los caracterizaba en la Península. Las Colonias periclitaron en la medida misma en que periclitaba la metrópoli. Al mismo tiempo, constituíase una sociedad propiamente americana, cuyas naturaleza, pasiones y necesidades acusaban a su vez un genio propio y profundamente opuesto al de las clases españolas. Por su formación etnológica, sus condiciones de existencia y las aspiraciones de que se sentía capaz, esta nueva sociedad se fué adaptando cada vez menos, a medida que se desarrollaba, a los anticuados moldes en que la *madre patria*, haciendo tan penosos como inútiles esfuerzos, se empeñaba en sujetarla. Este estado de cosas preparó la ruina del sistema colonial aplicado por España, y cuyo conjunto y cuya constitución vamos ahora a bosquejar.

Nueva España — el Méjico actual — y el Perú tenían fama de ser las comarcas más ricas de América. Los Aztecas, los Incas habían fundado en ellas grandes

imperios cuyo grado de civilización sorprendió a los Conquistadores, y que ha sido objeto de crónicas memorables [1]. En España conservábase recuerdo de los tesoros enviados por Fernán Cortés y sus compañeros, o traídos por ellos. Hacíanse cálculos acerca del valor de las minas de Tasco, de Cananjas, de Guanajuato; el descubrimiento de la veta principal de esta última, la *veta madre*, en 1560, inflamaba las imaginaciones [2]. En cuanto al reino de Atahuallpa, tan considerables eran las riquezas que se le atribuían, que, desde fines del siglo dieciséis, « para expresar que un hombre posee grandísima cantidad de oro y de plata, — escribe un contemporáneo [3] — se dice proverbialmente que *tiene un Perú* ».

México y Lima, fundada por Pizarro, fueron pues desde luego asignados como residencia a los dos *Virreyes* en quienes delegaba el rey de España su autoridad sobre las nuevas tierras. Si se considera que, durante más de dos siglos, la jurisdicción de México comprendió toda la parte septentrional del Nuevo Mundo, desde el mar Bermejo hasta la Florida, y desde Nueva Navarra hasta Panamá; y, la de Lima, todo el continente meridional, será fácil imaginar cuál podía ser el poderío de aquellos virreyes, verdaderos sátrapas, que gozaban de sueldos enormes y de provechos ilícitos más considerables aún, rodeados de guardias de corps, de pajes, de numerosa corte, investidos de omnímodos poderes civiles, militares, y hasta judiciales. Las *Audiencias*, instituídas sobre el modelo de los tribunales de España, fueron, no obstante, encargadas de administrar justicia, al mismo tiempo que constituían una de las trabas con que la metrópoli se proponía templar los excesos de poder de sus representantes. Más tarde, Nueva Granada y la Plata fueron erigidas en virreinatos, cuando se hicieron intolerables los inconvenientes que resultaban de las demasiado extensas jurisdicciones primi-

1. La más célebre es la de BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verídica de la Conquista de Nueva España*. La admirable traducción que de ella ha hecho J. M. DE HEREDIA es una obra maestra.
2. ALEXANDRE DE HUMBOLDT, *Essai sur la Nouvelle-Espagne*.
3. El P. ANELLO OLIVA, *Historia del Perú*, publicada en 1631, traducida (*Histoire du Pérou*) del manuscrito original por Terneaux-Compans, Paris, Jeannet, 1857.

tivas; y, en cuanto a Buenos Aires, también como desconfianza respecto de Portugal, por temor a que pudieran extenderse sus establecimientos del Brasil. Mas, no menos lucrativos fueron los nuevos empleos creados así a favor de la nobleza. En Guatemala, después en Chile, en Caracas, mucho más tarde en Quito y en Charcas, los *Capitanes Generales* y los *Presidentes* dependían directamente del rey de España, y sólo en tiempo de guerra se hallaban bajo la inmediata autoridad de los virreyes.

Para administrar las provincias secundarias, el soberano nombraba *Gobernadores*, *Corregidores*, con funciones por cierto mal determinadas, y sometidos a la dirección del virrey. Los municipios, *Cabildos*, elegían *Alcaldes*, cuyas funciones se ejercían durante un año.

En fin, el *Consejo Supremo de Indias*, instituído desde 1511, reclutado en su mayoría entre los altos funcionarios de América, igual en honores y poderes al Consejo de Castilla, tenía su asiento en Madrid. Revisaba, sin apelación, los fallos de las *Audiencias*, con las cuales correspondía directamente, y promulgaba Leyes y Reglamentos en materia civil, militar y religiosa, que el rey sancionaba como Emperador de las Indias, y que regían especialmente a las Colonias, sin perjuicio de quedar éstas sometidas, en principio, a la legislación en vigor en la metrópoli. La autoridad del *Consejo* superaba a la de todos los demás representantes de la Corona en las provincias de ultramar, y completaba el conjunto del sistema colonial[1].

Cuatro y cinco años duraba, en el Nuevo Mundo, el cargo de los altos funcionarios; a su expiración, casi todos regresaban ricos a España.

La corriente de emigración de la metrópoli, relativamente poco considerable durante el siglo que siguió al descubrimiento de América, acabó no obstante por acen-

1. Con motivo del *Consejo Supremo*, Seeley, en apoyo de la tesis según la cual los Estados Europeos que poseían colonias separadas de ellos por el mar las consideraban como partes inherentes de su territorío, estima « que sería posible probar que el Consejo español de las Indias fué guiado, en la época de su creación, por los precedentes que ofrecía la República de Venecia en sus relaciones con Candia y con sus dependencias en el Adriático ». *Expansion de l'Angleterre*, *op. cit.*, p. 79.

tuarse, a pesar de las prescripciones que, más o menos, la estorbaron siempre. Así pues, las Indias no sirvieron de asilo únicamente a aventureros o a empleados sin escrúpulos sobre los medios de enriquecerse : andaluces, entusiastas y curiosos; aragoneses, tenaces; castellanos, de espíritu sutil y reflexivo; catalanes, vascos, gallegos, laboriosos y calculadores, suministraron a América numeroso y honrado contingente; formaron éstos el elemento más sano de la sociedad colonial, contribuyendo poderosamente a legarle las preciosas cualidades de la raza española, y transmitiéndole, en su pureza casi integral, la lengua que la América latina, merced a ellos, ha conservado.

Pero los primeros emigrantes se reclutaron entre la milicia y la nobleza pobre. Los que no eran agentes directos de la Corona tuvieron que comprometerse, de todos modos, a asegurarle los beneficios que esperaba ella de sus nuevos territorios. Les fueron éstos distribuídos en lotes, divididos en *encomiendas*, a modo de concesiones momentáneas. En realidad, los titulares de dichas encomiendas las consideraron siempre como bien propio. Además, era más fácil conceder gratuitamente, o ceder a bajo precio, como más tarde imaginó Felipe II, tierras a los segundones pobres, que decidirles a sacar partido de ellas. La lenta y penosa carrera de la agricultura no tentaba mucho a hombres que no pensaban en atravesar el Océano sino empujados por la esperanza de rápida fortuna.

Por otra parte, con tan cabal exactitud habían descrito las regiones mineras del Nuevo Mundo los historiógrafos de la Conquista[1], y con tanta predilección reglamentaba su explotación el Consejo de Indias, que forzoso era considerar las minas como única ocupación estimable y posible. Por tal motivo, éstas, y sobre todo las minas de oro y de plata, fueron, en los comienzos, la única industria apetecida por los colonos. Cierto que crecidos impuestos se llevaban la mayor parte de los beneficios; pero, aun así,

1. V. principalmente, en las *Noticias Historiales* de Fr. Pedro Simón (1620), la nomenclatura y la minuciosa valuación de casi todas las minas de oro o de plata del Nuevo Reino de Granada.

eran éstos considerables. Los cultivos eran severamente limitados. La imprevisora avidez de la metrópoli no admitía que sus súbditos se dedicaran a explotaciones de orden menos remunerador para el tesoro. Sólo a fines del siglo diecisiete se pensó en los recursos que podía ofrecer la agricultura.

III

En los primeros tiempos, los indígenas fueron quienes suministraron el contingente de trabajadores. De sus antepasados : altivos *Aztecas*, nobles *Incas*, *Chibchas*[1] industriosos y prudentes, los *indios* — como más tarde fueron llamados, sin más distinción de origen — habían conservado sólo el egoísmo, la desidia y la astucia, transmitidos en el fondo de una sangre que terribles hecatombes empobrecieron cada vez más. A las sistemáticas matanzas de los primeros tiempos de la Conquista había sucedido una servidumbre más mortífera aún. El sistema del *tributo* o de la *mita*[2], al obligar a los indios a un continuo y extenuante trabajo en las minas; las epidemias que de esto resultaron; las torturas; la deportación a las Antillas, en donde eran vendidos como esclavos aquellos desgraciados, acabaron por provocar una espantosa despoblación. En menos de un siglo, los quince a veinte millones de autóctonos que contaba el Nuevo Mundo quedaron reducidos a la tercera parte[3]. A consecuencia de las generosas protestas del célebre fraile dominico Las Casas[4], el Consejo de Indias, que, desde la primera mitad del siglo dieciséis, se había alarmado ante las consecuencias de la posible desaparición de los antiguos habitantes de la América española, tomó en favor de ellos medidas de

1. Los *Chibchas* ocupaban las altas mesetas de Nueva Granada. Después de los habitantes de Méjico y los del Perú, constituían la más importante y más adelantada de las razas aborígenes.

2. Nombre que daban en Méjico al trabajo obligatorio en las minas.

3. L. José Acosta. *Historia natural y moral de los Indios*. Sevilla, 1596, 1 vol., in-4°.

4. Las Casas (Bartolomé de), nacido en Sevilla en 1474, fallecido en Madrid en 1566. En 1502 fué a Santo Domingo, donde recibió las

protección. Pero los *Estatutos*, así promulgados, no mejoraron mucho la situación de aquellos desgraciados.

Cercados en sitios a que se dió el nombre de *resguardos*, especies de comunidades agrarias en las que gozaban de un remedo de administración autónoma, los múltiples censos a que, no obstante, quedaban sometidos, y el desprecio de que eran objeto condenaban a los indios a una servidumbre tan degradante como la primera. Algunas tribus irreducibles se refugiaron en los llanos. Otras fueron cayendo en la ignorancia y la abyección, aunque animadas de una resignación cargada de odio hacia sus opresores. La insurrección llamada de Tupac Amaru, cuyos orígenes determinaremos más lejos, y que reunió bajo la bandera de un inca mestizo los irresueltos restos de los pueblos peruanos, fué el supremo esfuerzo de una raza llegada al término final de su papel histórico, y destinada a fundirse definitivamente en el amplio molde de la que había de sucederle en la tierra natal.

Cuando la despoblación se hubo acentuado hasta dejar entrever la inminente ruina de las obras emprendidas, los Españoles recurrieron cada vez más á la importación de los negros de la costa del Dahomey, efectuada ya por los primeros colonos. Y, con el tiempo, Portugueses, Franceses e Ingleses se convirtieron en proveedores de los nuevos esclavos exigidos por las minas y los cultivos.

Los *criollos*, es decir los Españoles establecidos en América para siempre, formaron así la sola raza superior que dominaba a las otras dos y que, poco a poco, se las iba asimilando.

Tanto más enorgullecidos de su origen cuanto que quedaban como indiscutibles dueños de serviles humanidades, los criollos fueron, no obstante, por espacio de mucho tiempo, celosos de la pureza de su sangre, hasta el

órdenes sacerdotales en 1510. A partir de 1515, hizo varios viajes a Europa con objeto de tomar la defensa de los indios. Obispo de Chiapas en 1544, se desistió en 1550. En 1547 había vuelto a España, de donde no salió más.

Sus dos principales obras son : *Historia de las Indias*, que se extiende de 1492 a 1520, y que no fué publicada hasta 1875-1876, e *Historia Apologética de las Indias*, cuya mayor parte ha quedado inédita.

punto de considerar como infamante su mezcla con cualquiera de las razas establecidas junto a ellos. Tardó, pues, en efectuarse la fusión; y, si aun en nuestros días no está del todo terminada, podía ya observarse, desde mediados del siglo dieciocho, la existencia, en el continente americano, de una nueva raza que, independientemente de los cruces, comenzaba a ser constituida por las influencias climatéricas y regionales[1].

Sus elementos etnológicos son de una diversidad casi infinita. Los pueblos aborígenes habían sido formados de esencias finesas, mongolas, malayas, y hasta islandesas y escandinavas[2]; y, cuando los blancos de Europa y los negros africanos se instalaron en América, pudo decirse, con justo motivo, que el Nuevo Mundo era « el Valle de Josafat de los vivos[3] ». En efecto, allí se daban cita todas las razas del globo, y sólo por necesitarlo así la síntesis histórica ha sido reducido a las tres grandes familias : *indígena*, *blanca* y *negra* el conjunto de los factores étnicos de la raza sudamericana.

Al lado de los indios propiamente dichos, en vías de desaparición, y de los negros, cuyas particularidades resistieron más a la asimilación, se puede pues, desde 1750, considerar el conjunto de la población de las Colonias españolas como formando un grupo homogéneo en que se elabora con certeza la conciencia de un común porvenir. Los criollos representan la aristocracia del cuerpo social; los mestizos, de innumerables matices, fruto de la mezcla de las tres razas, y, en fin, los negros y los indios componen sus capas inferiores y diferenciadas.

1. La teoría de la formacion de las razas humanas bajo la influencia del suelo, del clima y de la presión atmosférica, que se ha vuelto uno de los lugares comunes de la etnología y de la filosofía contemporáneas, fué enunciada por vez primera en 1808, en Santa Fe, por el admirable sabio sudamericano Francisco Josef de Caldas. Es probable que hallara los elementos de su teoría en Montesquieu, Cabanis, Condillac, Helvetius y Destutt de Tracy; pero supo, mucho antes que Stendhal o Taine, extraer de ellos la síntesis definitiva y luminosa. V. José María Vergara y Vergara. *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, 1867, 1ª parte, p. 393.

2. V. Gobineau, Essai sur l'Inégalité des *Races humaines*, t. IV, cap. VII.

3. Samper, *op. cit.*, cap. V, p. 78.

Quédanos el determinar aún los caracteres distintos de cada una de estas clases. Su examen es necesario para comprender el desarrollo y los efectos de la revolución hacia la cual se encaminan.

Las facilidades que los criollos — sobre todo en los comienzos de la Conquista — tenían para enriquecerse, la ausencia de vigilancia efectiva, la abundancia de todo, generalizaron en ellos la afición al lujo y a los placeres, la prodigalidad, el valor, facultades inherentes al carácter español, a los que imprimió su sello particular el ambiente americano. En la Plata y en Chile, en dónde las fortunas eran mucho menos considerables por la ausencia de explotaciones mineras y por las restricciones impuestas a la agricultura, la aristocracia colonial acusó, desde el principio, tendencias más utilitarias y más ordenadas [1].

De todas las clases hispanoamericanas, el mulato es la más interesante y la más característica por sus cualidades y sus defectos. Del negro tiene la aptitud a los trabajos penosos y la fidelidad; tiene el orgullo quisquilloso y la hidalguía del castellano; es jactancioso, expansivo y sentimental, sensual, y, como el indio, extremado en sus atenciones y alabanzas, y muy palabrero y engatusador [2]. La clase de los mestizos, escribe Robertson [3] en 1778 [4], « posee una constitución muy robusta; ejerce todas las artes mecánicas y todos los empleos de la sociedad que requieren actividad, pero que por pereza y por orgullo son desdeñados por los ciudadanos de las clases superiores ».

No obstante, aquellas clases superiores acabaron por dedicarse a los oficios tan despreciados, a medida que se veían apartadas de los empleos públicos por los *chapetones*, como en casi toda América eran llamados los Españoles que salían de la Península y se volvían a ella, una vez terminada su misión : era muy natural que la metrópoli

1. Vicente J. Quesada, *La sociedad hispano-americana bajo la dominación española*. Madrid, 1893, p. 7.
2. V. Samper, *op. cit.*, cap. v.
3. Robertson (William), historiador inglés, nacido en Escocia en 1721, fallecido en 1793. Sus principales obras son : *History of Scotland during the reigns of Mary and of King James VI*, 1759; *History of Charles V*, 1769, e *History of America*, 1777, 2 vol., in-4º.
4. *Histoire de l'Amérique*, 1ª edición francesa, t. II, lib. VIII.

reservara sus favores a aquellos de sus súbditos cuyos verdaderos intereses quedaban en Europa.

La viveza, el don de rápida asimilación que, a su vez, aportaron los criollos a la agricultura, al comercio y a las industrias, eran, después de todo, cualidades comunes a todos los Americanos. Añádase a esto los entusiasmos versátiles, cierta falta de iniciativa, y, al mismo tiempo, facultades innatas para la elocuencia a veces declamatoria. Esta « manía de discursear y de perorar[1] » la habían padecido también sus antepasados indígenas, a quienes caracterizaba igualmente el espíritu de independencia y el « republicanismo extremado » propios de todas las razas muy mezcladas[2]. Estos rasgos se señalaron profundamente en la nueva sociedad sudamericana. A más de esto, el carácter individual de sus representantes se modificaba, según las regiones, con los contrastes que ofrece la naturaleza física. Los habitantes de las altas mesetas se distinguían por una amenidad más refinada, sangre fría, reserva, inclinación al escepticismo, y, también, a la superstición; en *tierra templada*, en las vertientes occidentales de los Andes, la dulzura, la indolencia eran más acusadas; en los valles bajos y en las costas, el predominio de los negros había dado a los temperamentos ardores más impulsivos y apasionados. En fin, ciertas regiones en que los cruces eran más complejos, y especialísimas las condiciones de existencia, produjeron poblaciones de facultades singulares : los *llaneros* de las llanuras de Venezuela, jinetes impetuosos, que cazan con lanza el tigre y el caimán, y que ignoran el miedo hasta el punto de que no existe tal palabra en su vocabulario, ingobernables y feroces, cancioneros chistosos y zumbones, y notables en el cuento de leyendas; los *cholos* de las montañas peruanas, insensibles a las más duras fatigas; los *gauchos* de las pampas argentinas; los *rotos* de Chile, reyes del lazo, indisciplinados y valientes hasta la extravagancia, verdaderos centauros que han sido comparados con los árabes y con los cosacos, pues son como éstos, en efecto, fatalistas y valientes.

1. Gobineau, *op. cit.*, p. 273.
2. Gobineau, *op. cit.*, p. 273

Mirándolo bien, estas diversidades de carácter no eran sino particularidades, en la expresión, de intereses y de instintos por todas partes semejantes en su principio, o que no diferían esencialmente sino a grandísimas distancias geográficas [1]. Bastaban, sin embargo para suscitar entre los Americanos oposiciones tanto más vivas cuanto que de continuo se aplicaba en sostenerlos la metrópoli. La discordia así azuzada por España era una de las bases de su sistema administrativo. El alejamiento de sus provincias de ultramar, las dificultades que desde los comienzos tuvo para imponer en ellas su autoridad, le parecían justificar, más que en otro sitio cualquiera, la aplicación del « divide ut imperes », considerado por los gobiernos europeos como la máxima primordial de toda buena política. La minuciosa subdivisión de los mestizos en castas más o menos despreciadas según su color; las diferencias de trato general adoptadas por la administración colonial respecto de los mulatos propiamente dichos, de los *tercerones*, de los *cuarterones*, de los *zambos* [2], habían creado celos violentos en los que tomaban parte los criollos por el irreducible desdén que manifestaban por todas las demás categorías sociales. Cada uno envidiaba la casta superior a la suya, y todas se odiaban entre ellas. Hasta los orígenes regionales se habían convertido en motivo de riñas. El habitante de las altas mesetas, al llamar *costeño* al individuo de las costas, pronunciaba este epíteto con insolencia tan desdeñosa como la empleada por el costeño al calificar al otro de *montañés*.

Nada como este estado de espíritu podía prestarse mejor a la sumisión absoluta que la Corona anhelaba imponer a sus súbditos de América, y en la cual trataba de mantenerlos el clero. Desde los primeros tiempos se había pensado que, el mejor medio de asegurar la obediencia de los indígenas era hacerlos cristianos. Una vez convertidos — y harto abominables fueron, con sobrada frecuencia, los medios empleados por los frailes de la Conquista para enviar al cielo a los recalcitrantes [3] — importaba que los

1. V. Doctor Jourdannet, *Le Mexique et l'Amérique tropicale*, cap. I.
2. Nacidos de indio y de negra.
3. Los frailes bautizaban a un tiempo a numerosos indígenas,

supervivientes, y más tarde sus descendientes, quedaran penetrados de « que la autoridad de los reyes venía del Cielo[1] » y no intentaran profundizar su condición de súbditos sometidos a leyes indiscutibles. El sostenimiento sistemático de la ignorancia era el natural resultado de esta política. Los sacerdotes la fomentaron con tanto más fervor cuanto que favorecía su interés personal al mismo tiempo que el de la metrópoli.

No obstante, sería injusto condenar en conjunto el papel del clero en la colonización española. Repetidas veces, los primeros misioneros protegieron a los indios contra los abusos y las matanzas. La abolición de la *mita* fué, en gran parte, obra de ellos, y la noble y heroica caridad de los Sahagunes[2] y de los Acosta[3] basta para mitigar muchas faltas y muchas flaquezas. Sabido es también qué inteligente apóstol fué el admirable Las Casas, cuyas ideas inspiraron a los Jesuítas para el establecimiento de sus famosas *Reducciones* del Paraguay, de California y de Nueva Granada. Hubo, en este último país, un ensayo social que merecería por sí solo un largo estudio. En un territorio igual, como extensión, a la mitad de Francia, algunos religiosos, de espíritu singularmente independiente, fundaron una especie de Estado comunista, esencialmente agrícola, que prosperó por espacio de dos siglos. Aplicaron a su constitución las doctrinas del socialismo más avanzado, y fundaron una república ideal y afortunada[4].

exterminándolos, quemándolos vivos después, con la mayor serenidad. V. los relatos de GARCILASO DE LA VEGA, de BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, etc.

1. J. M. RESTREPO, *Revolución de la República de Colombia*. Introducción, p. XXXIV.

2. SAHAGÚN (Benardino de), monje franciscano, nacido en España, fallecido en México en 1590. Partió como misionero para Méjico en 1529. Fué profesor en el colegio de Santa Cruz en México, aprendió la lengua de los indios y fué siempre su defensor. Hay de él, entre otras obras, *Historia General de las cosas de Nueva España*, México, 1829, 1830, 3 vol., in-4º.

3. ACOSTA (José de), jesuíta español: nació hacia 1539, murió en Salamanca en 1600. Segundo provincial de la orden de los Jesuítas en el Perú. Trabajó con ardor en la conversión de los indios, y regresó a España en 1588. Publicó *Historia Natural y Moral de los Indios*. Sevilla, 1590.

4. V. P. D'ESPAGNAT, *Souvenirs de la Nouvelle-Grenade*. — V. también CASSANI, *Historia de la provincia de Santa-Fe, de la Com-*

Mas, cualquiera que fuera la felicidad, muy negativa por cierto, de que gozaban las gentes así administradas por ellos, tanto los Jesuítas como los Carmelitas, como los Dominicos, como los Franciscanos, atendieron, en definitiva, en el Nuevo Mundo, mucho más a lo temporal que a lo espiritual. Trabajaban ante todo para la Corona y no olvidaban lo bastante las prácticas de la caridad bien ordenada. Además, la constitución de la iglesia americana confería a ésta una independencia mucho más extensa que en la Península. El papa, que quedaba siendo, en Europa, jefe absoluto del clero, sólo un poder nominal tenía sobre el clero del Nuevo Mundo. Las prerrogativas concedidas por la Santa Sede a los monarcas españoles hacían de éstos, en las Indias, verdaderos jefes de Iglesia nacional. Su patronato era ilimitado. Disponían de todos los beneficios y de todos los empleos; ; ninguna bula era recibida sin previos examen y aprobación del Consejo de Indias. No obstante, con la administración eclesiástica ocurrió lo que sucedía con la administración civil : se subtraía a toda intervención de los soberanos; y, a pesar del complicado sistema de vigilancia mutua instituído por ellos en su dominio colonial, eran de continuo engañados por agentes siempre infieles.

De España llegaban los obispos acompañados de numeroso séquito de parientes, de aliados, de ahijados, a quienes distribuían, violando así las prescripciones reales, los empleos mejor remunerados, los más productivos curatos. Los Jesuítas pagaban, a modo de censo, un peso por cabeza de catecúmeno; pero, en cambio, reservaban a la Compañía casi todo el producto del trabajo de los neófitos[1]. A más de esto, ocultaban con especial cuidado los detalles de su gestión. Por ejemplo, pintaban la California, en donde su poderío era todavía más considerable que en el Paraguay, como siendo un país tan malsano y tan estéril, que únicamente el celo de la

pañía de Jesús, y vida de sus varones ilustres, 1 vol., in-5º, Madrid, 1741. — J. M. Rivas Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, t. II, cap. xxvii. — Juan Rivero, *Historia da las misiones de los Llanos de Casanare*. Bogotá, Silvestre y C^ía^. 1884.

1. V. J. Cretineau-Joly, *Histoire religieuse et politique de la Compagnie de Jésus*. Paris, 1851, t. III.

conversión de los indios había podido determinar a sus misioneros a establecerse en tal país[1]; y las Reducciones de la cuenca del Plata estaban rodeadas de fosos y de defensas a los que nadie, ni siquiera los gobernadores y los obispos, se acercaba sin permiso[2]. En fin, a pesar de los crecidos diezmos que el clero, autorizado por la Corona, cobraba de continuo, todavía solicitaba, sin descanso, de los fieles, donativos de todo género. Había conseguido inculcarles la idea de que no era buen cristiano quien no dejaba, por testamento, parte de sus bienes a las iglesias. De esta manera, una importante parte de la riqueza pública pasó a manos de las congregaciones, las cuales pulularon en Méjico, en el Perú y en Nueva Granada[3].

Por su parte, estaba atenta la Inquisición a que en ningún sitio de América penetraran las ideas subversivas. En Sevilla, antes de salir, y a su llegada a las Indias, los libros eran sometidos a una implacable censura. Cada año se efectuaban registros en las librerías y en las bibliotecas de los particulares, y la única lectura que favorecía el clero era la de obras como : *el Año cristiano* o *el Ejercicio cotidiano*[4].

Pocos eran, en los primeros tiempos de la dominación española, los criollos que tenían afán por instruirse; sin gran trabajo se sometieron a estas prohibiciones que sólo más tarde fueron para ellos una molestia; en cuanto al resto de la población, ni siquiera se daba cuenta de tales exigencias. Con mucha menos facilidad soportaban todas las clases sociales las trabas que el régimen comercial e

1. V. Venegas, *Historia de la California*, 2 vol., in-8°, t. I, cap. XXVI.
2. Cf. Deberle, *Histoire de l'Amérique du Sud*, Paris, 1876, cap. III. — Schoell, *Cours d'histoire des Etats Européens*, t. XXXIX. — De Moussy, *Mémoire historique sur la décadence et la ruine des Missions des Jésuites dans le bassin de la Plata*, Paris, 1864.
3. En vano se quejaba Felipe III, por carta escrita en 1620 al virrey de Lima, de que los conventos ocuparan más sitio en ésta que el resto de la ciudad; y, en 1644, el cabildo de México solicitaba del rey que no se fundaran nuevos monasterios, y que fuesen limitados sus beneficios, « por miedo a que las comunidades ya existentes se incautaran de toda la comarca ». Leroy-Beaulieu, *op. cit.*, p. 22.
4. Restrepo, *op. cit.*, t. I, introducción.

industrial oponía al desarrollo económico del Nuevo Mundo.

Los impuestos, opresivos en sumo grado, y percibidos con despiadado rigor, hacían que la agricultura no resultaba lo bastante remuneradora, y la condenaban a perecer. Ordenanzas, originadas tanto por las intrigas de los colonos, celosos unos de otros, como por las nefastas tendencias de la metrópoli a fomentar aquellas rivalidades, llegaban hasta reglamentar los cultivos en contradicción con las necesidades verdaderas o las facultades productoras de las distintas colonias[1]. No mejor entendidas ni reglamentadas estaban las condiciones de la industria. Se toleraba, a lo sumo, la fabricación de algunas telas burdas. Las provincias de España en que se cultivaban las artes mecánicas no habrían permitido competición alguna : todos los objetos de utilidad y de lujo habían de proceder de ellas. « La inercia y la pobreza parecían haber sido impuestas a la tierra, como, a los habitantes, la sumisión y la ignorancia[2] ».

Las transacciones con los países extranjeros estaban severamente prohibidas. Tampoco podían comerciar entre ellas las Colonias. La *Casa de Contratación*, de Sevilla, vigilaba el tráfico con América. Esta autoridad administrativa y judicial, instituída desde el siglo quince, e incorporada después al Consejo de las Indias, reglamentaba la salida de los navíos que llevaban las expediciones de la Península. Salían dos veces al año, escoltados por las escuadras, para arribar : unos, la *flota*, a Veracruz; los otros, los *galeones*, a Puerto Bello. Sólo estas dos puertas de entrada y de salida tenía el comercio español con el conjunto del continente americano. Al principio, Sevilla fué su solo punto de salida, y sólo en 1720 compartió con Cádiz este privilegio.

De este sistema resultaron las consecuencias más deplorables, así para la metrópoli, que, a pesar de una vigilancia

1. Por ejemplo, la viña, autorizada en el Perú, estaba prohibida en Quito. En Chile, los magníficos resultados que aquella había de alcanzar más tarde, y cuya posibilidad se veía ya, eran fomentados, adrede, de manera mezquina e insuficiente. V. Robertson, *op. cit.*, lib. VIII.
2. Robertson, *op. cit.*, lib. VIII.

tan molesta como costosa, tuvo que contar con el desenfrenado contrabando de las demás naciones, como para los colonos, obligados a veces a pagar hasta quinientas o seiscientas veces el valor de los productos[1] que penosamente les llevaban las caravanas, pasando por inmensos y peligrosos territorios. La represión en que incurrían los Americanos, inclinados por naturaleza a transgredir medidas tan restrictivas, era aplicada con todo rigor. Acerca de este delito, el código colonial solía prever la confiscación, y hasta la muerte.

IV

Pero, ni las prohibiciones y las severidades del régimen comercial; ni la autoridad suspicaz que se extendía desde el alcalde hasta las audiencias, y desde el comendador hasta el virrey; ni la esclavitud y la credulidad, fomentados por el clero en una población en la que los demás delegados de la Corona se habían propuesto excitar celos y odios, consiguieron destruir, ni siquiera neutralizar, en América, el espíritu de libertad y de independencia.

Bastara, para avivar ese primordial y dominante instinto del carácter sudamericano, bastara con el insoportable yugo que se esforzaba por contener sus más normales aspiraciones; pero hubo, para excitarlo aún y empujarlo hasta el paroxismo, si así puede decirse, un estimulante tanto más incoercible cuanto que resultaba del ambiente mismo de la tíerra natal.

Bajo aquel sol que todo lo abulta, las pasiones se exaltan, hierven con vértigo parecido al que hace estremecerse la naturaleza. Su solo contagio bastó para exagerar los furores de la Conquista. Los antecedentes de sus protagonistas hacían presagiar, desde luego, atrocidades como en la época más violenta de la historia; pero nunca se habría supuesto que un frenesí criminal no conocido hasta entonces, o las terribles privaciones que sufrieron, empujaran a los Conquistadores a matarse unos a otros, y hasta

1. V. G. Juan y Antonio de Ulloa, *Viaje histórico por la América méridional*, 2 vol., in-4°, 1752, t. I, lib. V, cap. VII.

a mancharse con brutalidades que se resiste uno a nombrar[1]. El trágico destino de los Pizarros, de los Almagros, de Balboa, Dávila, Robledo, Benalcázar, y tantos otros, muriendo a manos de sus compañeros de armas; los soldados asesinando a sus capitanes; las rebeliones de éstos contra la autoridad del soberano, y los espantosos tormentos con que fueron castigados, componen un cuadro palpitante de horror cuyos orígenes resultan más hondos que las viciadas costumbres de la época o el simple desencadenamiento de aptitudes para la crueldad.

Tales ejemplos en los albores de la sociedad americana la predispusieron más a las sediciones, la dotaron de volcánica impetuosidad, y el poder real tuvo que reprimir de continuo perpetuas insurrecciones.

La mayoría de éstas, sofocadas en el silencio de comarcas aisladas, no han dejado rastros. Se manifestaban cual repentinas llamaradas de la inmensa hoguera revolucionaria que, en todos los tiempos, fueron las Colonias españolas.

Sin embargo, no habría que creer que tales rebeliones no obedecían a más motivo que la vehemencia de los caracteres o el deseo de sacudir una dominación dolorosa, y que se manifestaban de una manera alocada. Una idea sin fórmula fija durante largo tiempo, una idea fugaz, pero esencial, gobierna las energías en ebullición : la de que podrían

1. Júzguese de ello por este extracto de uno de los más fidedignos cronistas de la Conquista. « En el curso de su segunda expedición, hallándose Alfinger por las orillas del Magdalena, decidió remitir a Coro la cantidad de oro que había recogido, calculada en 30 000 pesos, y la confió a veinticuatro hombres mandados por un capitán Bascona, Vasconia o Vascoña. Extraviáronse a poco y acabados los bastimentos que llevaban, ya medio muertos de hambre enterraron el oro al pie de un árbol, para volver a buscarlo en mejor ocasión. Mas, como sus fuerzas del todo les iban faltando, acordaron, y de hecho lo hicieron, de ir matando de los pocos indios e indias que les habían quedado de servicio, e irselos comiendo cada día el suyo... sin dejar cosa de ellos, tripas ni lo demás, porque nada les sabía mal ; y aún sucedió que matando el postrer indio y arrojando cuando lo hacían cuartos el miembro genital... era tanta la hambre rabiosa de un soldado llamado Francisco Martín (relator del suceso) que como un perro arremetió y lo cogió y se lo engulló crudo diciendo : « Pues esto arrojáis en estas ocasiones ?... » Dividiéronse luego unos de otros, por temor de que el hambre los obligara a matarse entre sí ». Fray Pedro Simón. *op. cit.* Segunda noticia, cap. v y vi. Citado por José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, t. I, cap. i, p. 6.

constituirse Estados que fuesen independientes de la metrópoli. Esta idea, que late en el cerebro de la mayor parte de los habitantes del Nuevo Mundo, sólo en el espíritu de algunos adquiere cabal precisión. Que se pronuncien éstos, que enarbolen una bandera, y verán, siempre, agruparse en torno de ellos el pueblo. Las generaciones sucesivas reproducirán este fenómeno con las variantes del tiempo y de los personajes; pero su desarrollo presentará caracteres idénticos.

Tan pronto como un *hombre* se revela, encarnando en él, si así puede decirse, la idea de independencia, se ve rodeado por el grupo de aquellos a quienes anima más particularmente el mismo pensamiento; prodúcese un incidente, fútil las más veces, pero que pone en evidencia el profundo antagonismo del Español y del Americano, y, en seguida, la muchedumbre, sin dirección aparente y sin haber recibido órdenes de nadie, llena tumultuosamente las calles y las plazas públicas. Allí está el *hombre*. Del grupo que le rodea, sale una voz pidiendo que se reúna el *Cabildo*. Este es el que, sin duda alguna, dará con el remedio, con la solución deseados. El cabildo se pronuncia, designa al *hombre* cuyo nombre, sin que se sepa por qué, se halla ahora en todas las bocas : a él toca entrar en acción.

Tal es, hasta la fecha magna de 1810, el proceso habitual de los pronunciamientos coloniales. Si toman, en esta época, una extensión más considerable y casi universal, es porque la Idea, más vigorosa, se ha insinuado también con más fuerza y en mayor número de cerebros. Entonces, habrá dado España el ejemplo de sus *Juntas*. El cabildo propondrá, pues, la constitución de una asamblea de este género, más capaz de resolver el problema, y a la cual el prestigio del papel que se la ve desempeñar en la metrópoli conferirá más autoridad para entrar en discusión con el virrey, con el presidente o con el capitán general. Se procederá sin demora a la elección de diputados. Estos representarán seguramente las aspiraciones generales; pero, en realidad, obrarán a impulsos del *hombre* que, desde aquel día, les dirigirá abiertamente [1].

1. Cf. Samper, *op. cit.*, cap. ix.

Pero, las posibilidades de éxito de las revoluciones que así comienzan, dependerán del valor moral del que las haya instigado. Cuanto más sincero sea, cuanto más desinteresado y consciente de la idea cuyo triunfo pretende asegurar, más poderoso será el movimiento desencadenado, más difícil de ser reprimido por el adversario.

He ahí por qué, personificada en tres ocasiones distintas la noción de independencia nacional, durante el período colonial anterior a 1810, y de una manera más acentuada cada vez, tres grandes levantamientos se han producido; y, es tanto más importante anotar su encadenamiento y sus similitudes, cuanto aparecen como otros tantos ensayos de la revolución definitiva.

Ya hemos visto que la institución de los *Ayuntamientos* o *Cabildos* formó parte de la organización primitiva del régimen colonial. Al igual de los antiguos cabildos de España, fueron investidos por el rey de franquicias y de privilegios muy extensos a veces. Por ejemplo, los municipios del Paraguay tenían, en caso de quedar vacante el cargo de gobernador, derecho a elegir ellos directamente otro gobernador. Se veía en esto el espíritu democrático e igualitario que, en otros tiempos, fué gloria de las *Comunidades* de Asturias y de León. Poco a poco, la autoridad real fué reduciendo las prerrogativas de los cabildos; pero distaba mucho, sobre todo a comienzos del siglo dieciocho, de que los pueblos paraguayos, cuyas clases bajas estaban dominadas en absoluto por los Jesuítas, aceptaran sin murmurar la sujeción a que, a su vez, trataban de someterlas los misioneros. La raza nacida del cruce de los Españoles con indígenas manifestaba en aquella región de la cuenca del Plata, un carácter tan independiente y tan belicioso, que, desde 1579, el tesorero Don Hernando de Montalvo creyó deber señalarlo a las autoridades de la metrópoli. « Hay, escribía dicho señor[1], hijos de la tierra, que, de las cinco partes de la gente española, las cuatro son de ellos, y cada día va en aumento, teniendo muy poco respeto a la justicia, a sus padres y mayores, muy curiosos

1. Informe del Tesorero D. Hernando de Montalvo; manuscrito del *Archivo de Indias*, en Buenos Aires, citado por BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de San Martín*, t. I, p. 35.

en las armas, diestros a pie y a caballo, fuertes en los trabajos, amigos de la guerra y muy amigos de novedades. »

En efecto, en pleno siglo dieciséis, el Paraguay era una diminuta república turbulenta y celosa de libertad, cuyos colonos derribaban los agentes del rey al grito de « ¡ Mueran los tiranos! », elegían mandatarios por mayoría de votos, consiguiendo conservar por largo tiempo intactos sus fueros [1].

D. Diego de los Reyes Balmaseda, que administraba el Paraguay en 1720, habiendo querido un día oponerse a la reunión del cabildo de La Asunción, prodújose un motín. El pueblo, abrumado de impuestos, pareció tan resuelto a sostener las reivindicaciones de su ayuntamiento, que tuvo que someterse el gobernador. Los concejales eligieron en seguida un gobernador paraguayo, Josef Antequera [2], muy popular en La Asunción, y sobre cuyas capacidades fundaban grandes esperanzas sus compatriotas para mejoramiento de su suerte.

Antequera distaba mucho de ser un ambicioso vulgar. A despecho de las acusaciones de tiranía con que le abruman los historiadores españoles, obligados, en más de una ocasión, a mostrarse menos severos, para no ser tachados de parciabilidad [3], no puede ponerse en duda su desinterés. Las violencias que ejerció para conservar el poder que le había sido confiado, son excusadas por las persecuciones que arreciaban sobre sus partidarios. Durante los cuatro años que duró su administración (1721 a 1725), se dedicó a poner en práctica los principios libertarios proclamados por él. Arrestado por fin, conducido a Lima, y supliciado en presencia del virrey, pudo Antequera, antes de morir confiar a uno de sus compañeros, Fernando de Mompox, el encargo de continuar su obra.

Bajo la conducta de este nuevo jefe, empuñaron de nuevo

1. V. Mitre, *op. cit.*, t. I, cap. I.
2. V. para la historia de la rebelión de Antequera y de los *Comuneros* paraguayos el P. Charlevoix, *Histoire du Paraguay*, 1757, J. Miguel Lobo, *Historia general de las antiguas colonias hispano-americanas*, 3 vol., in-8º, Madrid, 1875, t. I, pp. 86 a 216.
3. « En el corazón de cuyo autor no tuvieron abrigo la codicia ni ninguna otra pasión de las que constituyen al hombre en ser despreciable ». Lobo, *op. cit.*, p. 193.

las armas los insurrectos, tomando esta vez el característico nombre de *Comuneros*, que doscientos años antes había inmortalizado el célebre Juan de Padilla, en España, en el campo de batalla de Villalar. Durante algunos meses más, los Comuneros del Paraguay pusieron en peligro las autoridades reales, y fuéles muy difícil a los Jesuítas, de continuo expuestos a sus ataques, recuperar su prestigio. « El 17 de febrero de 1732, refiere el P. Charlevoix[1], aquellos furiosos, en número de dos mil jinetes, entraron, a eso de mediodía, en la ciudad de La Asunción, se fueron derecho al colegio arrojando desaforados gritos, y, con tal precipitación hicieron salir a los Padres, que ni siquiera tuvieron éstos tiempo para coger sus breviarios... » Por fin sucumbieron a la represión los Comuneros, y, por algún tiempo aún, reinó en el Paraguay el orden, siempre amenazado, de la vida colonial.

En efecto, no había tranquilidad para los agentes de la corona de España. No edificaban sus fortunas sino entre perpetuas alarmas. En la época misma en que la insurrección de los Comuneros le obligaba a movilizar sus fuerzas (1730), el virrey de Lima tenía que reprimir un levantamiento en Cochabamba; y, apenas reprimido el movimiento de Fernando de Mompox, el capitán general de Venezuela tropezaba, en el establecimiento de los monopolios concedidos a la Compañía de Guipúzcoa[2], con la resistencia de los habitantes de Caracas. En Quito, en 1765, los colonos se insubordinan también con motivo de la aplicación del impuesto de las *alcabalas*, o derechos sobre las ventas.

Asimismo, la pretensión de los gobernadores de los distritos de Chayanta y de Tinta, en el Perú, de someter a sus administrados a nuevos *repartimientos*, sirvió de pretexto a la gran insurrección de Tupac-Amaru, en 1780. Dábase el nombre de *repartimiento* a un privilegio concedido a principios de la Conquista a los corregidores, y que les investía del derecho de suministrar a los indios todos los objetos necesarios para el consumo. Cierto que las leyes reglamentaban y limitaban este privilegio; pero no tardó

1. *Op. cit.*, t. V, lib. XIX, p. 112.
2. V. *infra*, cap. III.

en convertirse, en manos de los funcionarios coloniales, en fuentes de abusos y de exacciones. La *mita*, aunque suprimida oficialmente desde fines del siglo dieciséis, seguía, también, siendo aplicada en el Perú, y pesaba cruelmente sobre los indios, relativamente numerosos aún en el país.

Exasperados por este doble régimen, entraron éstos en relación con los mestizos, los cuales componían la reducida población de los campos, y que padecían igualmente de la codicia de los agentes coloniales. Indios y mestizos no tardaron en percibir, en las ambiciones del cacique del *Resguardo* de Tungasuca, el eco personificado de sus veleidades de independencia. Dicho cacique, José Gabriel Condorcanqui, había tomado el nombre del último emperador de los Incas, Tupac-Amaru, decapitado en 1572 por el virrey D. Francisco de Toledo. Condorcanqui descendía, en efecto, por su madre, de una de las hijas del Inca. Inteligentísimo, ilustrado, de noble apostura, y poseyendo todas las cualidades de un conductor de hombres, había ganado por completo la confianza de los pueblos peruanos por haber decidido a dos de sus parientes a que fueran a pedirle al rey Carlos III la supresión definitiva de la mita y de los repartimientos. Dichos enviados recibieron buena acogida en Madrid, pero fallecieron, acaso envenenados, poco tiempo después de su llegada a la corte, y Tupac-Amaru, comprometido, expuesto a la venganza del corregidor de su distrito, tuvo que declararse abiertamente en rebelión.

En realidad, no había esperado más que un pretexto. Al cabo de algunos días, todos los caciques de pueblos situados en un circuito de cien leguas hicieron causa común con él. Engrosada, a poco, por las clases populares de los virreinatos del Perú y de Buenos Aires, la insurrección tomó proporciones aterradoras. Persuadido Tupac de que el número de sus partidarios inmediatos sería suficiente para lograr el éxito apetecido, había descuidado el asegurase el concurso, indispensable, de las clases elevadas. Además, los orígenes puramente indios de que se enorgullecía con ostentación chocaban los prejuicios de la mayoría de los criollos, quienes no habrían consentido en confiar sus

destinos en manos de un *indio*, por excelsa que fuera su alcurnia. Hicieron, pues, causa común con las autoridades. Tupac, que se presentó ante Cuzco con más de 40 000 hombres, debió el inesperado pánico que de repente los dispersó, al terror que hábiles intrigas habían suscitado entre sus soldados y hasta entre sus íntimos. La escasa guarnición y las improvisadas milicias de la ciudad no tuvieron casi que hacer uso de sus armas.

El cacique de Tungasuca pagó su intentona con un espantoso suplicio al que fueron sometidos también, en presencia suya, su mujer, su hijo, niño de corta edad, y seis de sus allegados. Estos desgraciados, llevados el 18 de mayo de 1781 a la plaza mayor de Cuzco, fueron despedazados vivos por los verdugos. En tal peligro había puesto a la dominación metropolitana el levantamiento de Tupac-Amaru, que tan horrible escena, que nos causa hoy día estremecimientos[1], pareció apenas ejemplar a los Españoles de entonces. No podían dejar de convenir en que una acción mejor concertada y una política más hábil habrían evitado a Tupac el enajenarse a los criollos. Estos acechaban ya una ocasión para realizar una independencia a la que deseaban únicamente mayor alcance, y, si Tupac, víctima de la fatalidad que perseguía las últimas hazañas de su raza, no pudo sentar las bases de una nacionalidad, no fueron inútiles sus esfuerzos : es más, hasta hay que considerarlo como una especie de precursor.

La facilidad con que se había propagado la rebelión abría a los criollos perspectivas no sospechadas por ellos para el éxito de futuras empresas. Además, las relaciones que existían entre el levantamiento de Tupac-Amaru y la independencia de las Colonias españolas han sido consignadas en una carta memorable que, cuarenta y cinco años más tarde, el propio hermano de José Gabriel dirigió a Bolívar. Escapado por milagro a la carnicería de Cuzco, y libertado por José Bonaparte de un cautiverio de más de un cuarto de siglo en las cárceles de Madrid, escribía, en

1. « ... acompañando a aquellos suplicios circunstancias atroces, cuya relación hace erizar los cabellos, y no puede ni copiarse sin repugnancia, ni leerse con ánimo sereno y sin estremecerse de horror. » LAFUENTE, *op. cit.*, t. XVIII, cap. IX.

efecto: « Si ha sido un deber de los amigos de la Patria de los Incas, cuya memoria me es la más tierna y respetuosa, felicitar al Héroe de Colombia y Libertador de los vastos países de la América del Sur, a mí me obliga un doble motivo a manifestar mi corazón lleno del más alto júbilo…, cuando he sido conservado hasta la edad de 86 años, en medio de los mayores trabajos y peligros de perder mi existencia, para ver consumada la obra grande y siempre justa que nos pondría en el goce de nuestros derechos y nuestra libertad; a ella propendió D. José Gabriel Tupamaro, mi tierno y venerado hermano, mártir del Imperio peruano, cuya sangre fué el riego que había preparado aquella tierra para fructificar los mejores frutos que el gran Bolívar había de recoger con su mano valerosa y llena de la mayor generosidad[1] ».

V

Tanto más herido se sentía el gobierno español por los progresos que en sus colonias parecía realizar el espíritu de insurrección, cuanto que, arrastrado por la política de Choiseul y de sus sucesores, érale preciso por entonces (1779) asociarse a la guerra de desquite que Francia proseguía contra Inglaterra, y proceder a armamentos considerables.

Las tesorerías reales de América, que era a las que acudía sobre todo el gabinete de Madrid para hacer frente a los gastos de la guerra, acusaban no obstante importantes déficits. El sistema fiscal impuesto a las Colonias había tenido que dar, fatalmente, este resultado. Apenas llegada al primer término de su formación, y sometida al régimen económico más funesto a su desarrollo, la sociedad sudamericana carecía del vigor necesario para subvenir a los innumerables censos con que despiadadamente la abrumaba la metrópoli. Por cierto que ésta no hacía sino aplicar, así en esto como en materia de colonización, los

1. Juan Bautista Tupac-Amaru a Bolívar, 15 de mayo de 1825, en O'Leary, *Memorias*, parte documentaria, t. X, p. 5.

principios observados en aquella época por todos los gobiernos. Era opinión corriente en Europa que el *Estado* constituía una entidad distinta de la *Nación* : ésta tenía que subvenir a todas las necesidades de aquél ; y, si semejante verdad pudiera implicar algunas salvedades, jamás se habría pretendido hacerlas extensivas a las Colonias, consideradas por definición y por excelencia como sumisas en absoluto a todas las imposiciones de la « real gana ».

Así, pues, sin preocuparse por las necesidades inherentes a las particularísimas condiciones de existencia de sus dominios, el gobierno español había instituído en ellos un régimen fiscal que comprendía un número casi incalculable de impuestos, a cual más abrumadores, que de continuo eran aumentados y que gravaban, sin excepción, todas las manifestaciones de la vida económica y social. Las complicadas modalidades exigidas por tal régimen lo hacían, en resumidas cuentas, del todo perjudicial a los intereses de la metrópoli. Así, por ejemplo, mientras el gobierno regía por sí mismo las distintas administraciones, las aduanas y todas las fuentes de ingresos fijos, arrendaba o sacaba a pública subasta, los impuestos de valor variable, cuyos adjudicatarios, casi siempre gente sin escrúpulos, eran los únicos en sacar provecho de dichos impuestos [1]. A lo sumo, cuando resultaban demasiado escandalosos los abusos, designaba la Corona ciertos mandatarios, los *Visitadores*, encargados de poner coto a la gestión de los prevaricadores..., y de dar pruebas de su capacidad sacando más dinero a la colonia en que se ejercía su acción.

Por ejemplo, en 1779, D. Juan Gutiérrez de Piñerez fué enviado al Nuevo Reino de Granada, en donde el déficit anual ascendía a 170 000 pesos [2]. A su llegada tomó Piñerez algunas felices medidas ; pero, deseoso de proporcionar a la tesorería de Madrid los recursos de que tan necesitada la sabía, puso de nuevo en vigor el antiguo impuesto, llamado de *barlovento*, abolido desde hacía largo tiempo, y que obligaba a los colonos a pagar un censo personal relativamente considerable. Fué más lejos aún, y aumentó

1. V. Samper, *op. cit.*, cap. vi.
2. Restrepo, *op. cit.*, t. I, cap. i, p. 15.

sensiblemente la odiada cuota de la *alcabala*. La población granadina del norte, a la que la fabricación de las telas de algodón había asegurado hasta entonces una existencia casi soportable, se sintió, desde aquel momento, amenzada de una miseria inevitable. No tardaron en producirse motines. El 16 de marzo de 1781, una mujer del pueblo arrancó el edicto del visitador, pegado a la pared de la casa municipal de Socorro y lo pisoteó. En el acto se subleva la población, se arma, como puede, de escopetas y picas, y, bajo el mando de criollos, entre ellos Juan Francisco Berbeo y José Antonio Galán, más de ochenta pueblos de la región se insurreccionan en pocos días.

Emisarios, que se suponía enviados del Perú, esparcían la noticia del levantamiento de Tupac. Aquello fué como un reguero de pólvora : tal incremento tomó la insurrección, que parecía preparada desde larga fecha. Todo el norte de Nueva Granada hasta Maracaíbo, y aun hasta Panamá, se declaró en rebelión. Algunos pueblos aclamaron a Tupac-Amaru. Los habitantes de las cercanías de Tunja persuadieron a un tendero del arrabal de Nemocón, Ambrosio Pisco, quien pretendía ser el último superviviente de los antiguos *Zipas*, soberanos de Cundinamarca[1], a que los capitaneara. No obstante, Berbeo y Galán conservaban la dirección general del movimiento.

El 11 de mayo, los *Comuneros* — tal es el nombre que se daban los insurrectos — avanzaron, en número de veinte mil, hasta Zipaquirá, a diez leguas escasas de la capital. Un destacamento de milicianos enviado a su encuentro renunció a hacer uso de sus armas; el virrey, Flórez, había salido para Cartagena con objeto de vigilar las obras de defensa marítima contra Inglaterra; no quedaba guarnición en Santa Fe; el cabildo, del que formaban parte los principales representantes de la aristocracia colonial, entre ellos el influentísimo D. José Lozano de Peralta, marqués de San Jorge, se mostraba favorable a los *Comuneros*. La situación parecía perdida. Piñerez, que desempeñaba el cargo de virrey interino, consiguió no obstante enardecer el ánimo

1. Antiguo nombre de la meseta de Bogotá. Significaba, en la lengua de los Chibchas : « Región elevada en donde se halla el cóndor ». V. Pereira, *Estados Unidos de Colombia*, 1 vol., Bogotá, s. d.

de algunos de los miembros del cabildo. Les intimidó por el anuncio de la próxima llegada de un importante contingente de tropas que Flórez acababa de enviar desde la costa : la rebelión sería castigada severamente. El cabildo se dejó persuadir a entablar negociaciones con los insurrectos. El arzobispo Caballero y Góngora prometió tratar de que renunciaran los Comuneros a sitiar la capital.

Las negociaciones fueron laboriosas : las imponentes fuerzas de que disponían Berbeo y Galán les permitían mostrarse exigentes. Piñerez tuvo que acceder, en nombre del rey, a cuantas satisfacciones le imponían, y autorizó al arzobispo a firmar (8 de junio de 1781) las « Capitulaciones de Zipaquirá ». A cambio de la dispersión de la liga, concedíase solemnemente la amnistía general, la supresión de las *alcabalas*, la disminución de algunos otros impuestos. A más de esto, el visitador se comprometía a salir del país.

Tranquilizados, los insurrectos se desbandaron. Pero, a su regreso de Cartagena, algunas semanas después, desgarró el virrey el tratado y mandó arrestar a los promotores de la insurrección. Berbeo desapareció. Galán, al tener noticia de la violación del pacto de Zipaquirá, intentó fomentar de nuevo la rebelión; pero cayó casi en seguida en una emboscada, y fué ejecutado en Santa Fe con tres de sus compañeros (diciembre de 1782). Entonces, el pueblo se sublevó de nuevo; pero el arzobispo Caballero, que no tardó en suceder a Flórez en el cargo de virrey[1], tuvo la suerte de pacificar el país.

A pesar de la facilidad con que fué apaciguada, la sublevación de los Comuneros de Nueva Granada queda como la expresión más característica del sentimiento que hemos creído descubrir en las tendencias de los Sudamericanos de antes de 1810, y cuyas manifestaciones sucesivas hemos indicado. El nombre de Comuneros, adoptado por los insurrectos granadinos como años antes por los del

1. En realidad, el sucesor de D. Manuel Antonio Flórez fué D. Juan de Torresal Díaz Pimienta, mariscal de campo de los Reales Ejércitos; pero falleció dos días después de la toma de posesión de su cargo; y el arzobispo, que había asumido por interim las funciones de virrey, fué nombrado definitivamente.

Paraguay, es aquí más significativo aún. En efecto, la intentona del Socorro presenta impresionantes analogías con la de los comuneros de Castilla bajo Carlos Quinto[1]. En ambas hay idéntico deseo de formar una nación igualitaria, el ancestral instinto de independencia[2], existente asimismo en los partidarios de Padilla, y que empujaba, de manera más confusa, sin duda, pero con igual entusiasmo, a los habitantes de las ciudades y de los pueblos colombianos a unirse bajo la bandera de los Galanes, de los Berbeos, hasta de los Piscos, campeones de la libertad nacional.

Los Colombianos, al poner a su cabeza al degenerado heredero del Zipa; los Peruanos, al dejarse arrastrar por el descendiente de los Incas, seguían también en esto la tradición de los Comuneros españoles, quienes propusieron a Juana la Loca que levantara el cetro del reino, el mismo precisamente que se proponían destruir. Los criollos que dirigían el movimiento no habían suscitado la candidatura de Ambrosio Pisco sino para ganar más directamente a su causa a los pueblos indios. El estado mayor de la revolución del Socorro contaba jefes muy distinguidos cuyas tendencias políticas, sin ser puramente *republicanas*, cosa que sería absurdo pretender, se inspiraban no obstante en

1. El historiador colombiano E. Posada ha apuntado algunas muy singulares. Las exacciones contra las cuales se habian sublevado los *Comuneros* de 1628 procedian también, observa el historiador, de los arruinadores gastos que en aquella época ocasionaban a España las guerras del Santo Imperio. El rey se hallaba ausente, como aquí el virrey, y el cardenal Jiménez ejercía en su nombre los mismos poderes de que estaba investido el visitador Piñerez. La corte pareció ceder a las pretensiones de los rebeldes; por eso, muchos de ellos abandonaron la causa después de los arreglos que intervinieron, y Padilla y sus dos compañeros sirvieron de víctimas expiatorias, como en Nueva Granada Galán y sus tres fieles tenientes. Posada e Ibáñez, Los *Comuneros*, 1 vol., in-8°, Bogotá, 1905. Prólogo, p. 6. — V. también acerca de los Comuneros : M. Briceño, *Historia de la insurrección de 1781*, 1 vol., Bogotá, 1880. — C. Franco, *Los Comuneros*, 1 vol. 1888. — A. M. Galán, *Los Comuneros*, 1 vol., 1906.

2. « La independencia, es cosa antigua; lo que es moderno es el despotismo », ha dicho enérgicamente Mme de Staël; y, con esta sola palabra, pinta toda nuestra historia y la historia de toda Europa. No hay para qué separar el destino de España de este destino común... Si las cosas de este mundo tuvieran un curso igual y uniforme, España, en cuestión de libertad civil, se habría adelantado mucho a Francia ». A. Thierry, *Dix ans d'études historiques*, 1886, p. 218.

sentimientos netamente igualitarios : al menos, no desperdiciaban ocasión de proclamarlos en las arengas o los llamamientos que dirigían al pueblo. Si la vacilante resolución de los jefes, y sobre todo su inexperiencia, no los hubiesen paralizado en los comienzos de la empresa, hay motivos para suponer que habrían tratado de organizar un gobierno tan liberal como posible en sus principios, cualquiera que fuera la forma aparente que las circunstancias les hubiesen obligado a darle.

Por otra parte, los proyectos de los jefes de los Comuneros granadinos parecen haber tenido mucha más amplitud de lo que al pronto pudiera creerse. Berbeo, cuyo papel había sido preponderante en el transcurso del período activo de la revolución, desapareció, es verdad, cuando los bríos de los Comuneros cedieron, harto inopinadamente, quizás, a sus ojos, ante las concesiones de la autoridad real. Pero el historiador más documentado del levantamiento de 1781[1] asegura, según tradiciones locales, fidedignas, dice él, que Berbeo, refugiado en Curaçao bajo el nombre de Vicente Aguiar, siguió trabajando por la causa de la independencia granadina. Parece haber tenido por colaborador a José Lozano de Peralta, marqués de San Jorge, quien, haciéndose llamar Dionisio de Contreras, fué a reunirse con él en las Antillas. Cierto que, por entonces, Lozano estuvo ausente de Santa Fe por espacio de mucho tiempo; a su regreso, en 1780, fué arrestado y encarcelado en Cartagena, en donde falleció algún tiempo después. Lo muy probable es que el hecho de haber sido, en el seno del cabildo de la capital, el abogado decidido de los Comuneros, no justificó por sí solo una medida tan tardía como rigurosa. Parece ser que las autoridades coloniales descubrieron[2] que Lozano había sido uno de los más ardientes cómplices de los promotores de la insurrección. Él era quien les aconsejaba, quien hacía llegar a ellos las proclamas de Tupac-Amaru, y les enviaba, reproducido por millares de ejemplares, una especie de himno, cuyos versos eran, en verdad, detestables, pero cuyas

1. M. Briceño, *op. cit.*, cap. VII, p. 492.
2. Posada, *op. cit.*, Prólogo, p. XI, y Documentos, pp. 425-430.

palabras de « libertad » y de « patria » exaltaban los improvisados soldados de Galán y de Berbeo, hasta el punto de que muchos de ellos llevaban dicho himno cosido a su escapulario, a modo de fetiche.

De todas maneras, lo cierto es que, en mayo de 1784, tres misteriosos personajes : un italiano(?) Luis Vidalle, Antonio Pita, y Juan Bautista Morales, desembarcaron en Londres. Iban a solicitar recursos para una revolución decisiva en Nueva Granada, y, bajo el amparo del general Dalling, antiguo gobernador de la Jamaica, pidieron una audiencia al ministro de Gobernación, lord Sydney. Decíanse « Comisionados de los Comuneros del Nuevo Reino de Granada, enviados por D. Vicente de Aguiar, rico criollo de 30 años de edad, nacido en La Grita, e instalado después en Santa Fe, y D. Dionisio de Contreras, rico también, con una fortuna de dos millones de pesos, doctor en leyes y abogado[1]. »

No parece haberse apresurado mucho lord Sydney a recibir a aquellos embajadores cuyos manejos sospechosos habían inquietado la vigilancia del ministro de España ante la corte de Londres, y que en favor de sus solicitaciones hacían valer argumentos tan comprometedores como inesperados. « Don Vicente Aguiar y Don Dionisio de Contreras, decían los comisionados, están de acuerdo con Don José Gabriel Tupac-Amaru, Inca, descendiente de los reyes de las Indias en el Reino del Perú. Los correos recorren en sesenta días, ida y vuelta, el trayecto entre el Reino de Lima y el de Santa Fe, rápidos como las aves en los aires, o como los peces en el mar.... » Los comisionados hablaron también de la adhesión de la población granadina al pueblo inglés, recordando que, en aquel momento, España protegía la emancipación de las colonias británicas, y añadiendo que, a su vez, no debía tener escrúpulos la Gran Bretaña en favorecer « la independencia de Sudamérica ». A cambio de los socorros que les fueran concedidos, los comisionados aseguran que sus mandantes se hallan en situación de hacer declarar la libertad de comercio y la

1. Memorándum del Comisario Luis Vidalle al Gobierno británico, Londres, 12 de mayo de 1784. Doc. cit. por Briceño, *op. cit.*, p. 231.

libertad de cultos, y que, « si menester fuera, se proclamarían súbditos británicos[1] ».

En fin, la interpretación que Vidalle, Pita y Morales daban de las Capitulaciones de Zipaquirá, aceptadas como medio de ganar tiempo para asegurar mejor el éxito de la lucha, era sin duda ingeniosa, pero no tenía ya su razón de ser, por el hecho de que, tanto Nueva Granada como el Perú parecían haberse apaciguado desde hacía tiempo. Por todos estos motivos, el ministro inglés se negó a atender a los deseos de los comisionados. Acosado por la policía secreta de la legación de España, Vidalle se refugió en Francia; pero el conde de Aranda, embajador de Su Majestad Católica, hizo que lo arrestaran en París y lo envió a España con buena escolta. Murió probablemente en las prisiones de Cádiz. Pita desapareció. Morales sufrió más tarde la misma suerte que Vidalle. Antes, había tratado de ponerse en relación con los agentes sudamericanos que posteriormente fueron a Inglaterra en busca de socorros.

El paso dado en Londres por aquellos tres desgraciados había de ser repetido por los principales de entre los futuros libertadores, lo cual constituye una razón más para conceder a la insurrección del Socorro importancia excepcional en el examen de los prodromos de la Revolución de 1810. No obstante, el resultado más apreciable de esta insurrección fué el inspirar a aquellos a quienes animaba a tomar de nuevo la dirección de los movimientos emancipadores, la certidumbre de que las clases populares se hallaban determinadas a seguirles.

Sin embargo, pretender que, ya desde entonces, tuviese el sentimiento nacional raíces inflexibles en el alma apenas balbuciente de los pueblos del Nuevo Mundo, sería una afirmación inconsistente. Por no haber tenido en cuenta estas incertidumbres verán los libertadores alejarse, por espacio de tanto tiempo, el horizonte de las tierras prometidas. Menester serán muchos sinsabores y muchos reveses antes de que la noción verdaderamente patriótica de la Independencia se imponga a todos los espíritus. De ahí su

1. *Op. cit.*

maleabilidad, si así puede decirse, sus sobresaltos, sus aberraciones a veces desconcertantes. Mas no por eso deja de existir, y, aunque prolongando, en el transcurso de los períodos ulteriores, los desbordamientos de su inexperiencia, tiene demasiado vigor nativo para no triunfar, al fin y al cabo, de todos los obstáculos.

A raíz de los acontecimientos que acaban de producirse, vemos, mientras tanto, reanimarse en todas partes las fuerzas revolucionarias. En las provincias venezolanas, en Quito, las autoridades españolas son de nuevo amenazadas. Cuéstales mucho trabajo a los virreyes de Lima y de Buenos-Aires reprimir la efervescencia que amenaza; en todas partes se traman conspiraciones[1], estallan sediciones. El Centroamérica se halla en continuo trastorno por sangrientas riñas entre criollos y mestizos. En Méjico, las reformas con que inauguró su reinado Carlos III incitaban a incesantes exigencias a los colonos. El descontento crecía con la prosperidad, la cual no bastaba para calmarlo.

Para mantener el orden así alterado, los Españoles, al mismo tiempo que recurrían a mejoras tardías, habrían debido tratar de perfeccionar, o, cuando menos, de extender su poderío militar en las colonias. Los regimientos que enviaban de España, a más de ser poco numerosos, estaban diseminados, separados por distancias enormes, mal mandados, casi siempre, por oficiales sometidos a la dirección de las autoridades civiles, y cuya menor iniciativa era contrariada por ellas, sistemáticamente. Más tarde se formaron algunos batallones de indios, mezclados entre tropas españolas; pero estos soldados, reclutados por fuerza y sin método, sólo odio sentían por un oficio que les había sido impuesto, a ninguna de cuyas ventajas podían pretender, y que se acostumbraron a mirar como la menos envidiable de las servidumbres. Aisladas en fortalezas que, siquiera, estaban

1. En Chile, en enero de 1781, dos franceses : Antoine Gramuset y Alexandre Bernay, se pusieron a la cabeza de una conspiración que la traición de un afiliado hizo fracasar a último momento y « encaminada a la emancipación de aquel país ». V. M. Lobo, *op. cit.*, t. I. p. 300.

admirablemente construídas, si no bien provistas, las guarniciones se convertían con harta frecuencia en centros de vagancia y de brutalidad. Únicamente las milicias criollas que los virreyes y los capitanes generales instituyeron en la segunda mitad del siglo dieciocho, y en cuyo estado mayor tenían a gala servir los cadetes de las buenas familias establecidas en Sudamérica, prestaron a veces algunos servicios. Pero los criollos eran de continuo blanco de los insultos y desprecios de los *chapetones*, y, cuando, con el tiempo, adquirieron más instrucción, no fué casi posible contar con las milicias coloniales. Ya, cuando los últimos levantamientos de Quito y de Venezuela, las autoridades habían juzgado más prudente pedir refuerzo a los regimientos de La Habana. No obstante, la organización militar era menos defectuosa en Méjico. La metrópoli reservaba a esta región lo mejor de sus contingentes coloniales; la mayor proximidad permitía, así como la vecindad de Cuba, renovar con más frecuencia los efectivos.

Así, pues, en el período a que hemos llegado, en el histórico del Nuevo Mundo, aparece ya que, tolerando con creciente impaciencia las restricciones, las torpezas y los rigores del régimen, y trabajados sordamente también por su vocación de independencia y su instinto nacionalista, los pueblos sudamericanos no se hallan muy lejos de una evolución decisiva. De uno a otro extremo del continente, aquellas Indias Occidentales, sobre las cuales los reyes de España habían fundado tantas esperanzas, aquellas admirables joyas de su corona, se desprenden sensiblemente de las gastadas garras que, ya, no las sujetan. Los grandes acontecimientos que se preparan en Europa y que van a trastornar la humanidad toda, repercutirán en el continuo empuje de las Colonias españolas hacia la independencia, y cuyos períodos dolorosos, desgarradores, en el transcurso de los siglos, acabamos de presentar.

CAPÍTULO II

LA AURORA DE LA LIBERTAD

I

Incalculables consecuencias sobre los destinos mundiales habían de tener las modificaciones esenciales que el descubrimiento del Nuevo Continente introdujo en los principios económicos de la Europa del siglo dieciséis. El régimen conocido con el nombre de *mercantilismo*, preconizado, en el siglo quince, por los hombres de Estado de Venecia y de Florencia, y en el cual seguían inspirándose los *sistemas prohibitivos*, comúnmente observados por los gobiernos, cesó de ser aplicable tan pronto como la abundancia del oro y de la plata sacados de América hubo demostrado que la producción de las riquezas tenía fuentes más complejas de lo que se había creído : la *economía política* había nacido. Su estudio conduce lógicamente a las doctrinas sociales y religiosas de los *filósofos ingleses* del siglo dieciocho. La revolución de 1688, al dejar subsistir en Inglaterra una sociedad cuya vitalidad no parecía más desquiciada por la destrucción del despotismo real que por el establecimiento de la tolerancia religiosa, había suministrado un argumento tangible a las atrevidas doctrinas de los Locke, de los Shaftesbury, de los Bolingbroke[1].

Acogidas por los Franceses, en quienes « el afán de pensamiento libre corría desde los romances de la Edad Media, pasando por Rabelais, Montaigne, Molière y Bayle[2] », esas doctrinas adquirieron una forma prestigiosa.

1. Cf. Seignobos, *Histoire de la Civilisation contemporaine*, cap. III.
2. S. Reinach, *Orpheus*, p. 498.

El ingenio de Voltaire y la sensatez de Montesquieu las hicieron asequibles y seductoras. Hicieron éstos brotar las primeras chispas de la gran antorcha cuyos resplandores iban a esparcirse sobre el universo, y lo más distinguido de la intelectualidad francesa, con d'Alembert y Diderot, pareció fijar, en la *Enciclopedia*, un término definitivo a los largos tanteos del conocimiento.

Fué aquel el tiempo en que, como dice Michelet « el alma humana ganaba algunos grados más de calor ». Francia se convirtió en foco de las « luces » impacientemente deseadas por la sociedad europea. Catalina, Federico II, los príncipes de Maguncia, de Baden y de Weymar, Gustavo de Suecia, José de Austria, y los ministros que gobernaban en nombre de su soberano en Nápoles, en Portugal o en España, sintieron entusiasta admiración por las ideas francesas y las propagaron por todas partes[1].

Merecer, por una reforma digna de la « razón », — como entonces se decía — la aprobación de los « filósofos » era, para los hombres de Estado, y hasta para los príncipes, excitados por la emulación, la más envidiada de las recompensas.

En primera fila de los ministros convencidos de la bondad de las nuevas máximas, y deseosos de ponerlas en práctica, se distinguía, en España, el conde de Aranda[2]. Su sincero patriotismo padecía por el rebajamiento intelectual y material de su país, y anhelaba ponerla de nuevo « al tono de Europa[3] ». Imitado en esto por sus colegas Campomanes y Florida Blanca, había aconsejado al rey Carlos III las más sabias medidas para levantar a España y rejuvenecerla. No había tardado Aranda en convencerse del peligro que el aferramiento a principios anticuados hacía correr a la política colonial del reino, y había puesto

1. Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, t. I, cap. III.

2. Aranda (Pedro Pablo Abaraca y Bolea, conde de), nació en 1718, falleció en 1799. Presidente del Consejo de Castilla en 1765, expulsó a los jesuítas en 1767. Alejado del poder en 1773, fué nombrado embajador en París, y con tal calidad, firmó el tratado de París en 1783. Llamado de nuevo al ministerio en 1792, estuvo poco tiempo en el poder.

3. Sorel, *Ibid.*, p. 369.

especial empeño en imprimirle más sanas direcciones. A instancias suyas, importantes reformas estaban en vías de aplicación en Sudamérica; Aranda meditaba el extenderlas aún.

Le pareció que el mejor medio para lograr sus deseos era revelar resueltamente a Europa la situación de las Colonias españolas, y estimular el celo de su soberano haciéndole pedir, por el más autorizado de los filósofos de entonces, el complemento de las mejoras que había que introducir. Así fué cómo uno de los últimos colaboradores de la *Enciclopedia*, el abate Raynal, escribió, con documentos comunicados por Aranda, su *Histoire philosophique des deux Indes* [1], cuya repercusión fué enorme y cuya influencia fué considerable en el movimiento que precedió a la revolución de las Colonias españolas, y aun a la Revolución francesa. En dicha obra, el fogoso « Defensor de la Libertad, de la Verdad y de la Humanidad » — tales eran los títulos que daban a Raynal, — abusando quizá de los impulsos de su inspirador, trazaba un cuadro propiamente desastroso de la política colonial de España, aplaudía a los cambios que acababan de introducirse en ella, y con grandilocuentes apóstrofes, exhortaba a la Corona a que diera feliz cumplimiento a la obra emprendida : « Monarcas españoles, exclamaba, tenéis a vuestro cargo la felicidad de las más hermosas regiones de los dos hemisferios. Mostraos dignos de tan altos destinos. Al cumplir con este deber augusto y sagrado, repararéis el crimen de vuestros predecesores y de vuestros súbditos [2] ».

Apasionadamente deseoso de realzar el prestigio de su imperio, y, según intentaban todos los soberanos de aquella época, anhelando borrar en sus Estados los « rastros de la barbarie », Carlos III no pedía sino dejarse convencer. Las reformas llevadas a cabo por él eran segura garantía de las que su « esclarecido despotismo » estaba dispuesto a aceptar. Desde 1764, comunicaciones mensuales habían sido establecidas con la mayor parte de los puertos

1. *Histoire philosophique et politique des Etablissements et du Commerce des Européens dans les Deux Indes*, par Guillaume Thomas Raynal, Amsterdam, 1770, 4 vol., in-8°.
2. Raynal, *op. cit.*, Ed. de 1780, Ginebra, t. IV, p. 293.

de ultramar; el Consejo de Indias autorizó progresivamente, en el transcurso de los años siguientes, el libre tráfico de los almacenes de depósito marítimos de la métropoli con todos los de las Colonias. Quedó abrogada la antigua real orden que prohibía, salvo raras excepciones, que los extranjeros penetraran en las Indias Occidentales y se establecieran en ellas. Las *encomiendas* fueron anuladas; los recaudadores recibieron orden de tener más miramientos para con los contribuyentes. Las restricciones que hacían tan penosas las relaciones comerciales entre las distintas provincias del interior fueron abolidas en parte.

Este régimen más liberal señaló para las Colonias una era de sorprendente prosperidad. El comercio de España con las Indias de Occidente, que en 1778 había ascendido a la cifra de 148 millones y medio de reales, llegó, diez años más tarde, a 1 104 millones[1]. Todo el antiguo estado de cosas resultó modificado; fué aquella la época magna de la vida colonial. Libre de sus más pesadas trabas, la América española despertaba de una pesadilla que sus habitantes pudieron creer que había de durar eternamente.

En Méjico, la administración de Revillagigedo[2] sobresalía por obras útiles y sabios reglamentos. Se abrieron caminos, la agricultura progresó, la industria de las minas suministró mayores rendimientos. Las provincias de Sonora, de Sinaloa, la California y la Nueva Navarra, en donde acababan de ser descubiertos importantes yacimientos auríferos, recibieron un gobierno especial. Así mismo fué reducida la jurisdicción de los virreyes de Lima, de Santa Fe y de Buenos Aires, lo cual dió, entre otros resultados, el de mejorar la suerte de los distritos aislados en los extremos de aquellas, hasta entonces, demasiado extensas divisiones administrativas. Plantaciones enriquecieron las costas de Nueva Granada, los valles del Perú y de Chile. Aumentó la población en las

1. Gervinus, *Histoire du XIXe siècle*, Paris, 1865, t. VI, p. 38, según Roscher, *Colonien*, p. 188.
2. Revillagigedo (Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, conde de), virrey de Méjico desde 1789 a 1794.

capitales, embellecidas por hermosos monumentos y por jardines. En México, en Santa Fe, en Lima edificábanse establecimientos científicos; Caracas se rodeaba de fértiles campiñas; Quito, Guayaquil, y sobre todo Buenos Aires, en donde iban tomando gran incremento la cría del ganado y el comercio de pieles, esperaban florecientes destinos.

La esclavitud perdió mucho de su rudeza. Establecié-ronse costumbres patriarcales. Organizóse una existencia laboriosa y apacible en las *haciendas*, en donde los cultivos, mejor dirigidos, enriquecían rápidamente a los colonos. En las ciudades, el amplio bienestar de la nobleza criolla y su fastuosa generosidad habían casi suprimido el pauperismo. Se supo, en fin, lo que podía ser « la dulzura de vivir ».

En las azoteas y en los patios, adornados a veces con saltaderos de agua y pajareras, alrededor de las cuales se abrían las altas y frescas habitaciones de la casa, reuníase de noche la brillante y alegre sociedad de las ciudades tropicales, y se organizaban bailes o fiestas, aunque sin prolongarlos demasiado, pues la escrupulosa devoción de los criollos no les permitía exponerse a faltar a misa, al día siguiente por la mañana. En las regiones templadas o frías, las habitaciones, más bajas, con historiadas tapicerías, adornadas de retratos de familia y de imágenes de devoción, con pesadas mesas de caoba, sillones altos y estrechos y tapizados de cuero, y con ventanas guarnecidas de cortinas adamascadas, invitaban a más tranquilas intimidades. Cierto que el ambiente claustral del México, del Lima o del Santa Fe de entonces, las preocupaciones religiosas, sostenidas y avivadas por la presencia de demasiados conventos, trazaban una existencia algo lenta que se desarrollaba en el inmutable y preciso círculo de las cuatro témporas y de las vigilias; pero, ¿ no tenían, bajo su rutinaria monotonía, una seducción delicada, aquellas tertulias, por ejemplo, en las que los jóvenes de ambos sexos cambiaban frases ingenuamente apasionadas, bajo las vigilantes miradas de las personas de edad, quienes hablaban de teología y de moral, mientras saboreaban chocolate aromatizado con canela?...

La vajilla de plata, que toda casa bien ordenada ponía

empeño en presentar en la mesa, revelaba un bienestar que solía verse hasta en las ciudades pequeñas. Los virreyes iban a su cargo acompañados de buenos obreros, a veces de verdaderos artistas, de España, de Francia o de Italia, no tardando los sudamericanos en asimilarse la manera de trabajar de dichos artífices, y su gusto. Todavía hoy se ven, en las antiguas familias, papeleras incrustadas de nácar, de marfil y de mosaicos, suntuosos trabajos de orfebrería ostentando enormes blasones, miniaturas con marcos de oro y de concha, en las que la amable sonrisa, la afabilidad aristocrática y sana de los antepasados empelucados dan testimonio de la campechanía y de los refinamientos de una época muy simpática.

A su vez, se elevaba el espíritu. Por las brechas abiertas en la muralla que desde hacía tanto tiempo tenía separadas del mundo a las Colonias, se abría camino la ciencia. Los franceses Bouguer[1], Godin[2], y La Condamine[3] inaugu-

1. Bouguer (Pierre), nació en Le Croisic, en 1698, falleció en París en 1758. En 1735, fué enviado al Perú con La Condamine y Godin. De regreso a Francia, publicó el resultado de sus observaciones en una obra titulada *Théorie de la figure de la Terre* (1749).

2. Godin (Louis), nacido en París en 1704, fallecido en Cádiz en 1760. Miembro de la Academia de Ciencias en 1725. Formó parte de la misión enviada en 1735 para medir, con Bouguer y La Condamine, el grado del meridiano. Terminadas las operaciones de la misión, el virrey del Perú le obligó a quedarse para profesar matemáticas en Lima, en donde residió hasta 1751. De regreso a Francia, viéndose sin situación fija, tuvo que aceptar el puesto de director de la Escuela de Guardias Marinas, en Cádiz.

3. La Condamine (Charles-Marie de), nació en París en 1701, y falleció en la misma ciudad en 1774. Se dedicó primero a la milicia, y asistió al sitio de Rosas, en 1719. Mas, pareciéndole harto lento el ascenso, se volvió hacia las ciencias, siendo admitido, en 1730, por la Academia de Ciencias como químico suplente. En 1731, se embarcó con la escuadra de Duguay-Trouin, que visitó el Levante. A su regreso, solicitó, — y lo obtuvo, merced a la protección de Maurepas — formar parte de una misión que se disponía a salir para el Perú, con objeto de medir la longitud, en el Ecuador, de un grado del meridiano. Salió La Condamine del puerto de La Rochelle, en compañía de Bouguer y Godin, el 16 de mayo de 1735, llegando a Quito en junio de 1736. La medición del grado duró cuatro años, de 1736 a 1740. Durante todo aquel tiempo reinó de continuo completo desacuerdo entre La Condamine y Bouguer. Superaba éste al otro como ciencia, pero La Condamine era más activo y más hábil, y, merced a él, pudo la misión cumplir cuanto se había propuesto. Dichas disensiones retuvieron a la misión en Quito hasta 1742. En esta época, Bouguer regresó a Francia directamente; pero La Condamine

raron, en 1734, una serie de magníficas exploraciones que, en todo el transcurso del siglo, habían de enriquecer la geografía, la astronomía y la física. Como ellos, Félix de Azara[1], después Jorge Juan[2] y Antonio de Ulloa[3], pasaron largo tiempo en las regiones andinas. Sus *Relaciones oficiales y secretas*, publicadas por las academias de Europa, enunciaban principios científicos y políticos nuevos, y los colaboradores improvisados de que se habían rodeado en el transcurso de su viaje fueron los primeros en recibir las sugestivas confidencias de dichos ilustres sabios.

La afición al estudio, favorecida por la llegada sucesiva, en casi todas las comarcas americanas, de excelentes profesores, no tardó en convertirse en verdadera pasión en los jóvenes criollos, entregándose a él con toda la vehemencia de su naturaleza. Rompiendo con las tradiciones del peripatetismo confuso enseñado hasta entonces por frailes incapaces, los Jesuítas, que se habían convertido en educadores universales, daban, al mismo tiempo, una dirección seductora a los estudios. No tardó en tomar extraordinario desarrollo la cultura de los sudamericanos. Ya desde mediados del siglo dieciocho, los establecimientos científicos del Perú llamaban la atención del

prefirió abrir un camino nuevo : atravesó el Perú, bajó el río de las Amazonas, y llegó a Cayena. De regreso a Francia en 1744, su disputa con Bouguer se prolongó. En 1760 fué recibido miembro de la Academia Francesa.

1. Azara (Félix de), nacido en Aragón en 1746, fallecido en 1811. Uno de los comisarios encargados, en 1781, de deslindar las posesiones de España y de Portugal en América. Emprendió el trazado del mapa de esta región, y no regresó a Europa hasta 1801. El resultado de sus trabajos fué publicado en la obra : *Voyage dans l'Amérique Méridionale depuis 1781 jusqu'en 1801*, Paris, 1809, 4 vol., in-8°, con atlas.

2. Juan y Santacilia (Jorge), oficial de marina y matemático español, nacido en 1712, fallecido en 1774. Fué enviado por su gobierno, así como Antonio de Ulloa, con la misión de La Condamine, Bouguer y Godin. De regreso a Europa en 1744, fué nombrado, en 1753, comandante de las Guardias Marinas.

3. Ulloa (Antonio de), oficial de marina y sabio español, nacido en 1716, fallecido en 1795. Fué designado, en 1734, con Jorge Juan, para tomar parte en la misión de La Condamine. Regresó a Europa en 1744. Fué, más tarde, jefe de escuadra y gobernador de la Luisiana, 1766-1768.

mundo sabio, Pedro Maldonado y Sotomayor[1] recorrió en todos sentidos la región de Quito, y describió sus particularidades geográficas en monografías tan perfectas, que sus estudios le valieron el título, sin precedente entre los criollos, de miembro corresponsal de la Academia de Ciencias de París.

Hacia 1762, José Mutis[2], llamado a Nueva Granada por el virrey Messia de La Cerda[3], abre un curso de cosmografía en el colegio de Rosario de Santa Fe y revela a su asombrado auditorio que la tierra gira alrededor del sol. Algún tiempo después, el más célebre de los discípulos de Mutis[4] escribía : « Ya han dejado de pasar por herejes Copérnico y Galileo, y la « filosofía nueva » hace cada día nuevos prosélitos[5] ». Menos de diez años más tarde, la Universidad de Santa Fe resultó ser la más brillante de las que habían sido creadas en todas las capitales coloniales. Contaba tres facultades, colegios mayores, en que, bajo la dirección de maestros eminentes, los estudios estaban mucho más adelantados y eran más seguidos que en la metrópoli. La famosa *Expedición botánica*, comenzada el 1º de abril de 1783, bajo la dirección de Mutis, ha quedado como el más hermoso monumento de la ciencia sudamericana en aquella época. Humboldt se extasiaba ante las admirables colecciones reunidas y clasificadas por Mutis y sus discípulos; constaban de más de veinte mil especies de plantas secas, de dos mil reproducciones « maravillosas como precisión, y cuyos colores procedían, en su mayoría, de tintes indígenas desconocidos en Europa », de muestras de esencias, en número casi infinito. « Mucho antes de que tuviéramos conocimiento de tales

1. Maldonado y Sotomayor (Pedro Vicente), sabio geógrafo y naturalista, nacido en Río Bamba (Ecuador), hacia 1689, fallecido en Londres en 1746.

2. Mutis (José Celestino), nacido en Cádiz en 1732, doctor en medicina de las facultades de Sevilla y de Madrid, uno de los sabios más notables que ha tenido España. Falleció en Santa Fe el 11 de septiembre de 1808.

3. La Cerda (Pedro Messia de), marqués de la Vega de Armijo, virrey de Nueva Granada, de 1761 a 1773.

4. Caldas, V. *infra*.

5. Vergara y Vergara, *op. cit.*, cap. ix.

tesoros, añade Humboldt[1], era célebre en Europa el nombre de Mutis, debido a la correspondencia que sostuvo con Linneo. Al sabio botánico de Santa Fe se debe el descubrimiento de casi todos los géneros de quinas enumerados en el *Suplemento*, y pudo decir Linneo, al hablar de la especie *mutisia* : *nomen immortale quod nulla ætas unquam delebit*. »

Más tarde, la universidad de México sobrepujó a la de Santa Fe : de todos los países de América enviaban a ella sus hijos las familias acomodadas. Lima, Quito, Buenos Aires poseyeron también excelentes facultades, y hasta ciudades de segundo orden : Cuzco y Arequipa en el Perú, o Córdoba en la Plata, se convirtieron en notables centros de cultura literaria o científica.

Así, pues, el renacimiento « borbónico », fugaz en España y mal acogido por la nación, cuyas aptitudes eran contrariadas por las reformas de Carlos III, se había extendido ampliamente en las provincias de ultramar, en donde todo parecía, al contrario, presagiarle un fecundo porvenir. Aunque haciendo algunas salvedades acerca de los vicios que entrañaban aún las instituciones coloniales, los historiadores de la época eran unánimes en reconocer las felices mejoras que debían a los esfuerzos de la metrópoli. Terminaba Robertson[2] su importante y substancial *Historia de América* con un reconfortante cuadro de la situación comercial y política del Nuevo Mundo.

Cierto que trastornos y sediciones imprimían con frecuencia conmociones profundas a aquella sociedad compleja y abigarrada, a la cual los progresos de la civilización acababan de dar un carácter cuyas tendencias habría sido, más que nunca, prudente observar. Pero, sólo más tarde, y cuando ya era muy difícil atajar las ambiciones subversivas de los sudamericanos, sintió dicha necesidad el generoso ardor de los jefes de Estado y de los ministros reformadores. Lejos de destruir en ellos el odio al opresor o el deseo de liberación, la política de Carlos III no sirvió sino para avivarlos. Los colonos se mostraron tanto más

1. *Voyage aux Régions Equinoxiales du Nouveau Continent*, Paris, 1816-1831, t. V.
2. *Op. cit.*, lib. VIII.

insaciables cuanta más benevolencia se les demostraba. Al abolir parte de las instituciones de otra edad, hacíase cien veces más odioso lo que de ellas subsistía. Esta observación de Tocqueville[1], con motivo del estado de ánimo que se manifestaba en Europa, en la que, precisamente entonces, estaba a punto de determinar un trastorno general la obra de las reformas. resulta más verídica aún tratándose de las Colonias españolas.

Menos preparadas para un tan brusco cambio de régimen. éstas. o, cuando menos, las clases a quienes más inaguantable resulta el yugo desde que pesa menos sobre ellas. hallarán. en la repentina prosperidad por medio de la cual ha creído el gobierno ganar su gratitud, un elemento más para el éxito de las empresas que meditaban contra él : el primer empleo. que de sus riquezas harán los sudamericanos será el ponerlas al servicio de la Revolución.

II

De todas las medidas que la « filosofía » había inspirado al conde de Aranda, ninguna iba a tener más extensos efectos en el Nuevo Mundo como la expulsión de los Jesuítas.

Aranda profesaba. respecto de ellos, la íntima animosidad que la mayor parte de los hombres de Estado sentían hacia las harto invasoras ambiciones de la célebre Compañía.

Después de haber prestado señaladísimos servicios a las reales casas de España y Portugal, los Jesuítas habían adquirido absoluto dominio sobre ellas. Tal era su poder sobre el gobierno, que no les costó mucho trabajo a sus enemigos alarmar contra ellos el absolutismo real[2]. Y, aunque Carlos III y su ministro no tenían que invocar sobre este punto tan serias razones como José I° de Portugal, o Carvalho, futuro marqués de Pombal, su consejero, eran demasiado adictos a la corte de Francia

1. *L'Ancien Régime et la Revolution*. lib. II, cap. I, p. 47.
2. V. Rousseau, *Le Règne de Charles III d'Espagne*, 2 vol., in-8°, Paris, 1907.

para vacilar ante una medida que el duque de Choiseul había creído deber tomar en 1761.

A estas consideraciones de política general se añadían otras más apremiantes : los considerables recursos que de América sacaba la Compañía eran una presa tentadora para un gobierno cuya hacienda estaba siempre empeñada, y tantos menos escrúpulos sentía el rey al despojar a los Jesuítas cuanto que podía imputarles el haberse enriquecido a expensas suyas.

Por otra parte, la avidez de los funcionarios coloniales, a quienes arrancaban los Padres notable parte de sus provechos, se hermanaba con los celos de los Dominicos y de los Franciscanos, cuya situación era muchísimo más modesta, y unos y otros acumulaban feroces acusaciones contra aquellos competidores más afortunados : la más frecuente era la de usura. Verdad que la suntuosidad de los edificios de la Compañía y de las ceremonias que en ellos celebraba constituía un argumento incontestable. En todas las fiestas se podían ver : « en el templo ricamente adornado », iluminado por « el brillo de mil luces » que resplandecían sobre « preciosas arañas de cristal y candelabros de exquisita plata labrada » a los sacerdotes « revestidos con magníficos ornamentos bordados de oro y perlas finas » ante el altar, en que brillaba « un cáliz de finísimo oro, esmaltado de piedras preciosas, y en la misma proporción eran las demás cosas que servían para el servicio del culto[1]... » En Méjico, las minas de plata más productivas pertenecían a los Jesuítas, quienes poseían, además, en aquel país, inmensas propiedades, refinerías de azúcar, rebaños. Las Misiones eran fuente de beneficios incalculables, según opinión general, y los 170 000 neófitos del Paraguay trabajaban casi únicamente en provecho de los Padres. « Los Jesuítas buscan un acrecimiento de fortuna y de poder — escribe el autor de la *Historia filosófica* (Histoire philosophique) — allí donde no deberían ver más que la gloria del cristianismo y el bien de la humanidad, y es gran crimen el de robar a los pueblos en América para comprar

1. José Caicedo Rojas, *Repertorio Colombiano*, t. IV, p. 142. — V. también J. M. Rivas Groot, *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, cap. XXVII.

crédito en Europa y para aumentar sobre todo el globo una influencia que ya desde ahora constituye un grave peligro[1] ». Esta observación revela abiertamente el motivo principal que determinó a Carlos III a arrojar de su reino a los Jesuítas.

La dispersión de esta orden, que se efectuó en España en medio de la indiferencia casi unánime, produjo, en cambio, en América, una impresión cuya profundidad y cuya importancia no sospechara el conde de Aranda.

El real decreto de 27 de febrero de 1767, que decretaba « la expulsión general de los miembros de la Compañía de Jesús de los dominios de España, de las Indias, de las Islas Filipinas y demás sitios », había sido transmitido a las autoridades coloniales, quienes, según las instrucciones precisas del primer ministro, habían de reservar para sí la noticia hasta el 1° de agosto. En esta fecha, en cada sitio y a la misma hora, se anunciaría a los superiores que, en compañía de todos los miembros de la comunidad o de la Misión, salieran de sus casas en el término de dos días, y, del territorio, en el más breve plazo posible.

Y así se ejecutó la medida. Una catástrofe no habría impresionado más a la población de las Colonias que aquella repentina expulsión a la que nadie se esperaba. El estupor, y luego la ira, se apoderaron de los espíritus. En las ciudades, llegó a su colmo la exaltación. Hubo levantamientos armados en Guanajuato, en Pázcuaro, en San Luis, en Méjico. En Lima, el virrey don Manuel Amat y Junient[2] tuvo que reprimir un motín formal; y, en Buenos Aires, don Francisco Bucareli[3] tuvo que movilizar todas las tropas de la guarnición para asegurar la rigurosa ejecución de las prescripciones reales.

Una anécdota, recogida de la boca misma de un contemporáneo de dichos acontecimientos[4], pinta cumplidamente el estado de ánimo de las clases superiores frente al decreto

1. Raynal, *op. cit.*, t. IV, p. 265.
2. Amat Junient Planella Aimeric y Santa Pau, virrey del Perú, de 1761 a 1776, antes gobernador de Chile, de 1755 a 1761.
3. Bucareli y Ursua (Francisco de Paula), gobernador de Buenos Aires, de 1766 a 1770.
4. José Caicedo Rojas, *op. cit.*, p. 149.

de expulsión. Merece, además, ser retenida, porque deja entrever sentimientos que, desde aquel momento, comenzaron a imponerse a todos. Un joven criollo, perteneciente a una de las familias más distinguidas de la capital granadina, había, el 31 de julio de 1767, celebrado matrimonio con una joven a quien él adoraba. La ceremonia se había efectuado al anochecer, según costumbre de Santa Fe, y, en compañía de la feliz pareja, padres, parientes y amigos habían cenado alegremente. Después, formando cortejo, y alumbrados por faroles, todos habían ido a acompañar hasta su casa a los nuevos esposos. Y cada cual regresó luego a la suya, pidiendo al cielo que derramara sus dones sobre la feliz pareja. « Pero muchas veces, observa nuestro autor, los que se prometen ser más felices, apenas llevan la copa a los labios, cuando huye de ellos la dicha como sombra impalpable... En la misma noche de aquel día... se preparaba en las tinieblas y se consumaba sigilosamente el acto más tiránico que registran los anales del reinado del buen rey Carlos III. Así que, a los plácemes y vítores de la parentela, sucedieron la tristeza, el dolor, la agonía y desconsuelo, y el pan de la boda se convirtió en pan de lágrimas. « Cuando al día siguiente por la mañana oyeron los novios los sollozos y lamentos de las gentes de la casa, saltaron presurosos del lecho, y sin saber lo que hacía, el recién casado tomó el mismo vestido de boda que había dejado la noche anterior : el rico casacón de terciopelo morado, forrado en tafetán blanco, con botones de resplandeciente acero, el calzón de lo mismo, chaleco de raso blanco bordado de sedas de colores, con botonaduras de esmeraldas, que le bajaba hasta los cuadriles, largas chorreras en cuello y mangas de encajes flamencos, y zapatos escarpines con enormes hebillas, que hacían juego con los botones del casacón. » Enterado del caso, se le olvida la peluca y sale precipitadamente a la calle « con el objeto de informarse más por menor de todo lo ocurrido. Habló con varios sujetos que, en medio de su aflicción, no podían menos de mirar con extrañeza el traje en que iba nuestro amigo, que no era de costumbre en hora tan temprana de la mañana... »

Llega el joven al palacio del virrey. Allí ve, guardando

antesala, a otras varias personas de distinción; reina suma impaciencia, y los coloquios tienen ruidosa animación. Por fin llega Don Pedro Messia de la Cerda; un oidor y otros empleados de categoría le acompañan. Se adelanta en medio de los dignos señores que le rodean, y que, en su agitación, descuidan las habituales fórmulas de cortesía: sin esperar, y sin venia, toman con vehemencia la palabra, pidiendo merced en favor de los Padres jesuítas, por ser inexplicable el rigor con que son tratados, y porque su salida va a sumir en la angustia a toda una población. « El virrey, después de haberlos oído a todos, les contestó con dignidad, pero con tono benévolo, que la orden o decreto de expulsión no era obra suya, sino que había venido por real cédula, y sin apelación, no sólo para expulsar a la compañía del Nuevo Reino, sino de todos los dominios españoles en Europa, América y Filipinas; que por más que lamentase él mismo esta inesperada medida, cuyos verdaderos motivos ignoraba, y por más doloroso que le fuese su cumplimiento, no podía excusarse de ello sin hacerse traidor al Rey y a sus deberes. Fundamentos muy poderosos habrá tenido S. M. para hacerlo, agregó el virrey, y a nosotros no nos toca sino callar y obedecer, como fieles vasallos ».

« Al oir estas palabras, que el Señor Cerda acentuó un poco, termina el cronista, nuestro elegante novio se sintió indignado, se le subió la sangre al rostro, y, por primera vez en su vida le ocurrió preguntarse a sí mismo: ¿cómo es posible que un hombre solo, que si bien puede ser un ángel, puede ser también un demonio, disponga a su voluntad de la suerte de pueblos enteros hollando los más santos y caros intereses? »

Tal fué, en efecto, la primera consecuencia de la expulsión de los Jesuítas. No tardaremos en ver cuántas zozobras y cuántas angustias valió a la Corona este acto de violencia contra agentes suyos de quienes, en toda justicia, tenía menos que quejarse, y de quienes, en cambio, podía temer serios peligros para el mantenimiento de su dominación.

Para decir verdad, la obra de los Jesuítas en el Nuevo Mundo, y las tradiciones introducidas por ellos fueron los solos resultados fecundos de la política colonial. Aunque

los Padres atendieran ante todo a aventajar a su orden, y aunque, como proclamaban sus detractores, « se señalaran en las Indias Occidentales como una sociedad de comerciantes que, bajo el velo de la religión, sólo de un sórdido interés se ocupaban[1] », no es menos cierto que a favor de ellos queda una importantísima suma de sacrificios meritorios y de notables éxitos para bien de la civilización en Sudamérica.

En las Misiones, cuyos difíciles comienzos conviene no olvidar, y cuya prosperidad, pagada con la sangre de numerosos mártires, no fué obtenida sino a costa de luchas admirables de valor y de paciente sagacidad[2], sostenidas de continuo contra una naturaleza a veces más temible y más rebelde que la barbarie de los salvajes, en aquellas vastas regiones, incultas y desiertas al principio, en las que con rapidez se habían levantado numerosas ciudades rodeadas de granjas y de plantaciones florecientes, los indios se habían iniciado al cultivo del mate, de la quina, del cacao, de la viña, del algodón, de la miel y de la cera. Si no siempre conseguían los *directores* inspirar a cada uno de sus neófitos el amor al trabajo, cuando menos los habían vuelto capaces de apreciar sus beneficios. Para realizar esta obra, la asombrosa aptitud psicológica de los Jesuítas recurrió a medios cuyo delicado ingenio es de todo punto admirable. Por ejemplo, imponían a los indios trabajos que requerían tiempo y mucha habilidad, con objeto de desarrollar en ellos ese noble orgullo del trabajo cumplido, tan necesario para que se le tenga cariño. Los encajes que parecen tejidos por arañas, o las joyas minuciosamente cinceladas, que los indios del Paraguay o de Méjico fabrican aun hoy día, no sin orgullo, subsisten cual testimonio de la destreza y de la emulación que los

1. Raynal, *op. cit.*, t. IV, p. 204.

2. Los Jesuítas habían comenzado por aprender las lenguas o los dialectos de las gentes a quienes se proponían evangelizar y someter. Desde fines del siglo dieciséis había en México, en Santa Fe y en Buenos Aires cursos de *quichua*, de *muysca* y de *guarani*, seguidos escrupulosamente por los misioneros antes de ir al puesto que les era designado. — V. F. de P. Barrera, *los Jesuítas Misioneros y la expulsión de los Dominios españoles. Boletín de Historia*. Bogotá, año I, p. 83.

misioneros supieron despertar en otro tiempo en el alma obscura de los *guaranis*[1] o de las hordas aborígenes de Nueva España.

Maestros en la ciencia de las facultades humanas y en el arte de dirigirlas, los Jesuitas, que casi siempre habían logrado atraerse la profunda veneración de los indios, no fueron menos afortunados con las demás clases de la sociedad sudamericana. Ellos fueron los únicos en comprender la delicadeza quisquillosa y las tendencias de insubordinación que las caracterizaban. Su flexible intuición sacó partido de aquella mentalidad especial, adaptándose en todas partes a las costumbres y a las pasiones de los habitantes del Nuevo Mundo. Para complacer a la afición de los mestizos por todo lo que brillaba y era aparatoso, inventaron una serie de fiestas suntuosas y teatrales, y supieron tender al escepticismo inquieto de los criollos el famoso « camino de terciopelo[2] » que exigían sus escrúpulos prontos a exasperarse ante las brutales asperezas de una fe más rigorista. Así los hicieron adictos suyos por las fibras más secretas, no costándoles ya trabajo alguno gobernar su conciencia y su voluntad.

Como se ve, la prosperidad material y moral de las Colonias a fines del siglo dieciocho había sido preparada muy de antemano por los Jesuítas. La imprenta, que en 1535 introdujeron en Méjico, y cincuenta años más tarde en el Perú y en Nueva Granada; las bibliotecas, relativamente ricas, instaladas en sus colegios; los estudios locales que emprendieron desde los primeros tiempos y que salvaron del olvido la historia y la lengua de las razas autóctonas, sirvieron de base al despertar de la curiosidad científica, favorecida en sumo grado por los Jesuítas, cuando llegó el momento oportuno. Casi todos los nombres ilustres de la época colonial les pertenecen : Maldonado y Sotomayor, Mutis, José Domingo Duquesne, que encontró en Nueva Granada los rastros de la casi abolida civilización muysca. En sus seminarios se habían formado

1. Nombre que llevaban los indios del Paraguay y de ciertas regiones de la Bolivia actual y del Brasil. También los llamaban *tupis*.
2. Rémy de Gourmont.

Moreno y Escandón[1], Luna Pizarro[2], renovadores del método filosófico en las universidades de Santa Fe y de Arequipa; Martínez de Rosas[3], que profesó derecho natural en las de Chile; Manuel Salas[4], fundador de la primera cátedra de matemáticas en la universidad de Santiago; Deán Funes[5], cuyas doctrinas morales y políticas, tan avanzadas como atrevidas, predispusieron sin duda a la juventud de Córdoba a los próximos contagios revolucionarios[6].

La transformación que así se efectuaba en las ideas de la joven América bajo el impulso de la enseñanza progresiva de los Jesuítas no tenía probabilidades de seguir desarrollándose sin peligros para la conservación del imperio colonial sino bajo la expresa condición de interesar a aquellos mismos de quienes dependía orientar, a su antojo, los movimientos del espíritu público. En este sentido, la expulsión de los Jesuítas fué una de las faltas más graves que la metrópoli había de cometer respecto de sus colonias.

Mientras, y tan pronto como se hubieron marchado los Padres, las Misiones comenzaron a periclitar. Los Dominicos y los Franciscanos las administraron de una manera

1. Moreno y Escandón (Francisco Antonio), jurisconsulto colombiano, nacido en Mariquita en 1736, muerto en Santiago el 24 de febrero de 1792. Ocupó varios puestos judiciales en Santa Fe, en Lima y en Chile. Autor de una *Historia del Nuevo Reino de Granada*.

2. Luna Pizarro (Francisco Javier), sacerdote peruano, jurisconsulto y filósofo, decano de Arequipa, obispo de Alalia, arzobispo de Lima.

3. Martínez de Rosas (Juan), nacido en Mendoza, que formaba entonces parte de Chile, en 1759, y allí falleció en 1813. V. *infra*, lib. III, cap. I.

4. Salas (Manuel de), nacido en Santiago el 4 de junio de 1755, muerto el 28 de noviembre de 1841; filósofo y filántropo chileno, miembro del primer Congreso de 1811. Deportado a Juan Fernández desde 1814 a 1817. Creó en Chile gran número de establecimientos de educación y de caridad, introdujo el cultivo de varias plantas, etc.

5. Funes (Gregorio), apodado *El Deán Funes*, literato argentino: nació en Córdoba en 1749, falleció en Buenos Aires en 1840. Recibió las órdenes en 1773, y llegó a ser rector de la Universidad de su ciudad natal. Uno de los oradores sagrados más eminentes de la América del Sur. Autor del *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay*, Buenos Aires, 1816, 3 vol.

6. Cf. Becerra, *Ensayo histórico documentado de la vida de Don Francisco de Miranda. Discurso preliminar*, cap. IX.

deplorable. En el Paraguay, los indios se dispersaron rápidamente, y las *Reducciones* cayeron en decadencia. El gobernador Morphi[1] creyó deber dar parte a Madrid de lo que ocurría. Recibió la orden de poner en venta los bienes confiscados a la Compañía; pero se presentaron pocos compradores : aquello fué una ruina completa[2]. No más feliz suerte tuvieron las Misiones de California. Los establecimientos tan prósperos, en los que los Jesuítas gobernaban a todo un pueblo de indios hostiles, en quienes habían conseguido borrar su odio al nombre español, periclitaron y acabaron por desaparecer.

Lo mismo ocurrió en Casanare y en los llanos del Orinoco. Fué menester substituir, en estos sitios, la nefasta gestión de los Dominicos por la de los Agustinos y de los Capuchinos, que no dió mejores resultados. Estos religiosos aplicaron, en cada uno de los pueblos que administraban, sistemas distintos y caprichosos, aprobados a ciegas por la inexperiencia y la apatía de sus superiores. Al cabo de algunos años, la « Viña de predilección », cuya abundancia y prosperidad verdaderamente milagrosas eran celebradas por uno de sus fundadores, el P. Cassani[3], desapareció en medio de una anarquía completa. Los indios huyeron a los bosques, olvidando el uso de sus instrumentos de trabajo, en tanto que los rebaños de bueyes y de caballos, dispersos, volvían, como ellos, al estado salvaje. En los sitios mismos en que centenares de aldeas habían vivido felices, no hubo, a fines del siglo, más que la selva virgen o el desierto.

Así, pues, las bajas clases sudamericanas recayeron, casi en todas partes, en el embrutecimiento del que, a cierto momento, pareció que iban a salir, y para siempre. En las ciudades mismas, las escuelas indias desaparecieron. El pueblo se volvió de nuevo, más que nunca, una masa

1. Morphi (Carlos), gobernador del Paraguay, de 1766 a 1772.
2. V. Arcos, *La Plata. Estudio histórico*, p. 168.
3. Cassani (José), jesuíta español, nacido en Madrid en 1673, donde falleció en 1750. Profesó las matemáticas en Madrid, siendo después provincial de Nueva Granada. De él tenemos : *Historia de la Provincia de Santa Fe, de la Compañía de Jesús, y vida de sus varones ilustres*, 1 vol., in-4º, Madrid, 1741.

inerte, estúpida y disoluta, pronta a sufrir todas las influencias. Y, singular regreso de las cosas, de toda aquella gente inferior, fué precisamente la que había estado más directamente sometida a los Jesuítas : los *gauchos* de las antiguas misiones de Buenos Aires, y los *llaneros* de los establecimientos de Nueva Granada, la que constituyó, más tarde, el elemento decisivo de la victoria de los independientes, después de haber sido, durante el primer período de la guerra, bajo el mando de jefes realistas, los peores adversarios de la Revolución. Este suceso permitió al gobierno español medir el alcance de uno de los efectos más angustiosos del error cometido por él al dejar que volvieran a la barbarie pueblos que, con una educación más adelantada, habrían podido ser encarrilados hacia la defensa de la causa del absolutismo.

Esta particularidad se hizo sentir más netamente aún respecto a los criollos. Mientras que los indios y el bajo pueblo se hundían, por largo tiempo, en una obscuridad tan preñada de incógnitas, el desarrollo intelectual de las altas clases, entregadas a su propio instinto, rebasó peligrosamente los límites que sus iniciadores cesaban de señalarles. Los frailes, que después de 1767 pretendieron asumir la tarea, peligrosa por demás, del destino de las inteligencias, se entregaron a ella con celo brutal y fanático que pareció insoportable a los criollos, irritándolos sin conseguir sujetarlos.

En fin, los poderosos lazos que hasta entonces habían unido la corona de Espana y la Iglesia quedaron rotos bruscamente. La violencia arbitraria de que el rey, quien, como recordarán nuestros lectores, disponía de un patronato absoluto sobre el clero de Sudamérica, acababa de dar pruebas respecto del « miembro más poderoso de la jerarquía », despertó la inquietud de las órdenes mismas cuyos clamores habían influído tanto sobre la decisión soberana[1]. El gobierno español tuvo que consentir las más costosas concesiones para calmar sus aprensiones y asegurarse su apoyo, torpe e ilusorio, por cierto. El bajo clero, que se reclutaba ya casi exclusivamente entre los Sudamericanos,

1. Cf. Gervinus, *Histoire du XIXe siècle*, Paris, 1865, p. 42.

y que había perdido mucho de su valor desde que la dirección de los seminarios había sido quitada a los Jesuítas, vió, por la misma causa, rebajado su prestigio. Su lealismo se entibió. Los curas de aldea se volvieron comúnmente partidarios de la independencia, y, en Méjico, hasta tuvieron la iniciativa de los levantamientos, y los capitanearon.

La expulsión de los Jesuítas ejerció una influencia todavía más directa en la Revolución sudamericana. Los ocho o diez mil religiosos de la Compañía que habían sido desterrados del Nuevo Mundo, y de los cuales muchos habían nacido en Sudamérica, se refugiaron en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Rusia, en Alemania, y en los Estados Pontificios. Las privaciones, la pobreza que allí conocieron les hicieron echar de menos con más amargura la amable y amplia existencia de otros tiempos, la veneración que les demostraban poblaciones sumisas o del todo adictas : todo aquello que hacía de las Colonias, aun para aquellos que no eran originarios de ellas, una verdadera patria. Al cariño que sentían por aquel hogar perdido se mezclaba, en el alma de los antiguos Jesuítas, un rencor profundo contra el gobierno que los había arrojado de él, llegando, a poco, su encono hasta desear ardientemente que la corona de España quedara desposeída de aquellos dominios, y se convirtieron, en Europa, en decididos propagandistas de la Revolución. Desde entonces, en todas las conspiraciones que se traman contra la dominación colonial, se ve la instigación de los Jesuítas. Se han afiliado a los emisarios de los Comuneros, y el ministro de España en Londres, al informar al gobierno de los manejos de Vidalle, declara que « este perturbador está de acuerdo con algunos antiguos Jesuítas, no caracterizados, sin duda alguna, impulsados únicamente por los provechos que pudieran sacar[1] ».

Otros no vacilan en predicar abiertamente la rebelión. De éstos es el P. Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, nacido en Arequipa, fallecido en Londres en 1798, y que, en 1791,

1. Informe de D. Bernardo del Campo, ministro de S. M. C. en Londres, al conde de Floridablanca, julio de 1784, BRICEÑO, *op. cit.*, doc. 33, p. 218.

publicó un folleto de propaganda en varias lenguas, folleto leído ávidamente por los primeros « patriotas ». El epígrafe « *Vincet amor patria* », que se ve en la primera página del libro [1], revela el sentimiento en que se inspira, y acerca del cual insiste muy particularmente el autor en el transcurso de su obra. « El Nuevo Mundo, dice él, es nuestra patria. Su historia es la nuestra. Puede resumirse en cuatro palabras : ingratitud, injusticia, esclavitud, desolación. Tal es, en efecto, la suerte de los Jesuítas. La muerte ha librado ya, a la mayoría de aquellos desterrados, de los padecimientos de todo género que les han acompañado hasta la tumba. Los demás, arrastran una vida miserable, y son una prueba más de esa crueldad de carácter que tantas veces ha sido reprochada a la nación española, aunque, en realidad, tal reproche no deba recaer sino en el despotismo de su gobierno. » Después de hacer el elogio de los « generales americanos de Nueva Granada en la insurrección de los Comuneros », examina Guzmán los argumentos que militan en favor de la liberación de las provincias de ultramar, y afirma : « Bajo cualquier aspecto que se considere nuestra dependencia de España, se verá que todos nuestros deberes nos obligan a terminarla »; y, tomando ejemplo de lo que acaban de hacer los habitantes de las colonias inglesas, anuncia a sus compatriotas que, también para ellos « ha llegado el momento de ser libres [2] ».

III

A pesar del liberalismo de su espíritu nacional, Inglaterra, desde la segunda mitad del siglo dieciocho, no lograba ya mantener en la obediencia sus posesiones de la América del Norte. La organización profundamente democrática de los emigrantes, o como se llamaban a sí mismos, de los *peregrinos* de la Nueva Inglaterra, rompía el demasiado estrecho molde de las antiguas tradiciones colo-

1. *Lettre aux Espagnols américains par un de leurs compatriotes*, Edic. francesa, Filadelfia, 1799.
2. *Ibid.*, pp. 21-29.

niales. La historia de *Robinson*, que hacía ya las delicias de los lectores de ambos mundos, y cuyo modelo había sido precisamente hallado por el genial Daniel de Foe entre aquellos colonos ingleses, « que conquistaban un imperio sobre el mar y lo organizaban siempre para resultados positivos[1] », da la clave de la formación política y social de aquel pueblo nuevo cuya audacia y cuyo positivismo resultaban ser las cualidades dominantes. Las pedantes empresas de los ministros de Jorge III, al acentuar más las impropiedades del sistema colonial, acabaron, en 1775, por empujar a la rebelión a los descontentos de Virginia y de Massachusetts.

Sin duda que no imaginaban éstos con qué simpatía fraternal los futuros caudillos de la Independencia sudamericana seguían, en lo recóndito de su corazón, las peripecias de la lucha entablada contra una metrópoli europea. A pesar de la extremada lentitud con que a las Colonias españolas llegaban las noticias del extranjero, y a pesar de la vigilancia de los familiares del Santo Oficio, los criollos de Caracas, de Buenos Aires, de Quito, de Santa Fe, de Lima, minuciosamente informados de los acontecimientos de Norteamérica, aplaudían la Declaración del Congreso de Filadelfia de 4 de julio de 1776, y se regocijaban cual si se tratara de un éxito personal. Hasta tal punto conservaron su recuerdo, que, cuando a su vez entablaron la lucha, su primer cuidado fué el de repetir los términos de aquella famosa proclama, reproduciendo de ella hasta la fecha misma[2]. Cierto que las resoluciones y la táctica del plantador Jorge Washington, en la que se veía el sello de la reflexión, desconcertaban un tanto la exuberancia con que los criollos habrían manifestado su propio valor; pero se estremecían de placer cuando a sus oídos llegaban los ecos de los éxitos alcanzados por los *insurgents*, los insurrectos, y las derrotas de éstos los conmovían profundamente...

Por fin, el tratado de París de 1783 garantizó la soberanía de los Estados Unidos, y España, de quien había

1. Vogüé, *Robinson Crusoé*, en *Histoire et Poésie*.
2. V. lib. II, cap. II, § 4.

conseguido Francia que concurriera a su liberación, tuvo que celebrar este éxisto, no obstante tan contrario a los intereses de su política. Mas, preciso es reconocer que no tardó en alarmarse el conde de Aranda ante las consecuencias que la victoria de los Norteamericanos iba a tener para la seguridad de los dominios españoles. No sin suma inquietud había visto a España tomar parte en tan escabrosa aventura. El éxito de los colonos ingleses en su lucha por la independencia había, fatalmente, de alentar las aspiraciones siempre en acecho de los criollos, y, tanto más difícil iba a resultar el predicarles la obediencia, cuanto que de manera tan manifiesta acababa España de sostener la rebelión. Comprendía Aranda que era inminente un levantamiento en las colonias sudamericanas. Tenía aviso de las tormentas que en ellas se preparaban; había profundizado las causas de dichas tormentas. Entonces, su patriotismo le dictó el deber de exponerlas directamente al rey, y, al día siguiente al de la firma del tratado, entregó a su señor una importante memoria acerca de la independencia de los Estados Unidos, y sus probables consecuencias.

« No he de detenerme aquí, — comenzaba diciendo el conde de Aranda —, en examinar la opinión de algunos hombres de Estado, así nacionales como extranjeros, que comparto con ellos, acerca de la dificultad de conservar nuestra dominación en América. Nunca posesiones tan extensas, situadas a tan larga distancia de las metrópolis, han sido largo tiempo conservadas. A esta causa general para todas las colonias, hay que añadir otras, especiales para las posesiones españolas, que son : la dificultad de socorrerlas cuando puedan necesitarlo; las vejaciones de los gobernadores para con aquellos desgraciados habitantes; el alejamiento de la autoridad suprema, a la que necesitan recurrir para que sean escuchados y corregidos sus agravios, lo cual hace que transcurren años antes de que sean oídas sus quejas; las venganzas a que quedan expuestos, mientras tanto, por parte de las autoridades locales; la dificultad de conocer cumplidamente la verdad, a distancia tan considerable; en fin, los medios que a virreyes y a gobernadores no pueden faltar, en su calidad

de españoles, para obtener declaraciones favorables en España: todas estas circunstancias habrán de descontentar, infaliblemente, a los habitantes de América, y les moverán a intentar esfuerzos para obtener la independencia tan pronto como se les presente una ocasión propicia »...

« Sin entrar tampoco en ninguna de estas consideraciones, me limitaré ahora — proseguía el ministro — a la que nos ocupa respecto del temor a vernos expuestos a peligros por parte de la nueva potencia que acabamos de reconocer, en un país en que no existe otra alguna capaz de atajar sus progresos. Esta república federal ha nacido pigmea, por decirlo así; ha necesitado, para llegar a la independencia, el apoyo y la fuerza de dos Estados tan poderosos como Francia y España. Llegará un día en que sea gigante, hasta coloso, temible en esas comarcas. Entonces olvidará los beneficios recibidos por las dos potencias, y no pensará más que en agrandarse. La libertad de conciencia, la facilidad de establecer una nueva población en inmensos terrenos, así como las ventajas del nuevo gobierno, llamarán allí a agricultores y a artesanos de todas las naciones, pues los hombres corren siempre tras la fortuna, y, dentro de algunos años, veremos, con verdadero dolor, la existencia tiránica de ese mismo coloso de que hablo ».

« El primer paso que dé esa potencia, cuando haya llegado a agrandarse, será el apoderarse de las Floridas para dominar el golfo de Méjico. Después de habernos dificultado de la suerte el comercio con Nueva España, aspirará a la conquista de ese vasto imperio que no nos será posible defender contra una potencia formidable, establecida sobre el mismo continente y en su vecindad. Estos temores son, Señor, demasiado fundados y habrán de realizarse dentro de pocos años, si antes no ocurriesen otros más funestos en nuestras Américas ».

Reivindicando entonces la paternidad de un proyecto indicado por Raynal[1], proponía Aranda una organización nueva que, al mismo tiempo que asegurara la felicidad de América, permitiría además salvar lo que a España le

1. *Op. cit.*, t IV, p. 294.

quedaba como prestigio y como poderío : el rey tenía que « desprenderse de todas sus posesiones del continente americano, conservando solamente las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional, y alguna otra que pueda convenir en la meridional, con el objeto de que nos sirva como de escalas o factorías para el comercio español. A fin de ejecutar este gran pensamiento de una manera que convenga a la España, deberán colocarse tres infantes en América : uno, rey de Méjico; otro, rey del Perú, y, el tercero, de Costa Firme[1]. Vuestra Majestad tomará el título de Emperador...

« En cuanto al comercio, habría de hacerse en el concepto de la mayor reciprocidad : las cuatro naciones deberían mirarse como unidas por la alianza más estrecha, ofensiva y defensiva, para su conservación y prosperidad. No estando nuestras fábricas en estado de proveer a América de cuantos objetos manufacturados pudiera necesitar, sería menester que Francia, nuestra aliada, le suministrara todos los artículos que nos fuera imposible enviar, con exclusión absoluta de Inglaterra. A este efecto, los tres soberanos, al tomar posesión del trono, firmarían tratados formales de comercio con España y Francia, descartando siempre a los Ingleses[2] ».

Para dar a este proyecto alguna probabilidad de realización, habría sido menester, a más del consentimiento de Europa, una amplitud de ideas poco común en un soberano absoluto. Por generoso que se le supusiera, no podía Carlos III, sin gran detrimento para su dignidad real, consentir en una especie de abjuración que, bien mirado, le habría valido beneficios aleatorios y discutibles. Desechó el proyecto y despidió al ministro.

Aun suponiendo que se hubiese intentado aplicarlo, el proyecto del conde de Aranda no habría sido fácilmente aceptado en América. En efecto, el desgraciado ensayo de

1. Dábase el nombre de Costa Firme a toda la parte comprendida entre el istmo de Panamá, y las bocas del Orinoco, y, por extensión, a Nueva Granada y a Venezuela.

2. Manuscrito de la Colección del duque de San Fernando. En Coxe, *L'Espagne sous les Rois de la Maison de Bourbon*, Paris, 1827, 6 vol., in-8º, t. III, cap. III, p. 45.

reforma administrativa que, veinte años antes, había emprendido el Consejo de Indias en parte del imperio colonial, era de naturaleza a dejar entrever a cuánta paciencia y habilidad fuera menester recurrir para hacer admitir por los colonos un cambio de régimen, si no había de aportarles las más extensas libertades. Obedeciendo a indicaciones del duque de Choiseul, el comisionado Gálvez Villalba, al que acompañaba, por lo que pudiera ocurrir, una expedición de 200 hombres de tropa buena, llegó, en 1763, a Méjico, provisto de instrucciones para una reorganización completa y perfeccionada de la administración fiscal : los pueblos, alarmados, se creyeron amenazados de nuevos impuestos, siendo así que, al contrario, se trataba de mejorar su suerte; los trastornadores, en acecho de todo pretexto plausible, excitaron un levantamiento, y Villalba tuvo que renunciar a llevar a cabo su misión. Lo mismo ocurrió en Quito. El menor cambio en las tradiciones del gobierno colonial determinaba perturbaciones que se convertían en motivos de rebelión.

La nueva forma de vasallaje implicada en el plan del conde de Aranda no podía seducir a los criollos, en quienes la independencia de la América del Norte hacía concebir ilimitadas esperanzas. Tenían la seguridad de que las nacionalidades, con cuyo próximo establecimiento soñaban, hallarían en los Estados Unidos solícitos protectores. E Inglaterra, debilitada por la defección de las más ricas provincias de su imperio, no podría resistir, creían ellos, al cebo de las ventajas comerciales que habrían de proponerle, a cambio de un apoyo decisivo.

Los nuevos motivos de « trastornos » de que hablaba Aranda no iban a tardar en manifestarse. A Carlos III, fallecido en 1788, había sucedido un príncipe tan débil como atrasado. Su advenimiento paralizó en seguida el impulso reformador: la reacción que se introdujo en España ganó las Colonias, y la opresión tradicional recuperó en ellas sus derechos, con más dureza que nunca.

En aquel momento estallaba la Revolución francesa. Todos los hombres de América capaces de seguir su asombroso desarrollo sintieron brotar en su corazón indecibles

emociones. La abrasadora elocuencia de nuestros tribunos; sus ademanes, impelidos por amplísima audacia; el heroísmo de los soldados de la República; las escenas del prodigioso drama representado en el otro lado del Océano, comunicaban a las almas americanas una exaltación que siguió vibrando en ellas. El genio latino que trastornaba al mundo hablaba, esta vez, un lenguaje comprendido de todos, y los ecos de los colosales Andes repetían en tumulto las mágicas palabras de *Libertad*, de *Igualdad* y de *Fraternidad*.

La generación que en Sudamérica se preparaba a la revolución veía, en tan fulgurantes ejemplos, el término evidente de sus propias aspiraciones. Salida de cuerpo entero de la Revolución francesa, de la que tomará los procedimientos, las máximas, y hasta los símbolos, la Revolución sudamericana iba a tener tanto más derecho a ponerse bajo la bandera de su primogénita cuanto que el parentesco espiritual común de los precursores fué tan íntimo como era posible serlo. Había en el Nuevo Mundo, a la cabeza de las masas, menos ilustradas ciertamente, en su conjunto, que las de Europa, una élite semejante, cuyos ardores eran tan nobles y tan bellos, cuyos entusiasmos eran tan vibrantes y tan firmes. Los legisladores, los hombres de Estado, los generales de la Independencia perfeccionaban su formación con las lecciones mismas que, en las asambleas o en los campos de batalla, ponían tan soberbiamente en práctica, en aquel momento, los actores de la Revolución francesa.

Muchos jóvenes de Méjico, de Nueva Granada o de la Plata habían ido a Europa, a Francia sobre todo, para impregnarse de la atmósfera intelectual que tantos extranjeros anhelaban respirar en París; los criollos que se quedaban en América aprendían el francés y se iniciaban en la literatura francesa, con celo más ferviente que el que mostraba la juventud europea. En ningún sitio del globo fué más comentado l'*Esprit des lois*, y en ningún otro sitio fué Montesquieu, inspirador de la constitución de los Estados Unidos, más admirado que en los centros intelectuales de las Colonias españolas. En la *Histoire philosophique* de Raynal era donde aprendían historia los jóvenes

sudamericanos. Rousseau suscitaba fogosos discípulos. En las « Sociedades literarias » que se fundaban en todas las ciudades coloniales, leíanse, declamábanse con pasión las tragedias clásicas francesas. Las réplicas de los personajes de Corneille enardecían los ánimos; entusiasmaban las alusiones de *Tancrède* :

L'injustice à la fin produit l'Indépendance,

el frenesí de las heroínas de Racine, que las admirables amazonas de la Revolución americana se disponían a hacer revivir. Así, pues, el « Mundo » era más « francés » aún de lo que imaginaba Rivarol[1].

Y, no obstante, ¡qué de precauciones eran menester para aprovisionarse de todos esos libros, y qué gozo cuando por fin llegaban a manos de sus aficionados, a despecho de la Inquisición y de sus rigores! Acaso hubiesen costado la vida semejantes atrevimientos. Y, sin embargo, según lo atestigua un párrafo de carta, el fino y elegante descuido de los criollos, y la complicidad de una simple mujer, solían reirse de todos aquellos obstáculos. En 1787, el célebre patriota chileno Antonio Rojas[2] escribía desde París a una joven dama de Santiago : « Tengo la nota de los perversísimos libros que encierran los consabidos cajones, y porque no la he podido encontrar no la incluyo. Pero, ¿para qué la necesita usted? ¿No es usted dueña de los cajones y del dueño de los cajones? Pues, ¿para qué notas y preguntas? Mas, si éstas se reducen a saber lo que contenían, para no abrirlos si no agradaban, diré algo, según me acuerdo. Encontrará usted unos 56 tomitos en folio, que son dos ejemplares del malísimo y pestífero diccionario enciclopédico que dicen es peor que un

1. *Discours sur l'Universalité de la langue française.*

2. Rojas (José Antonio), nacido en 1743, muerto hacia 1816. Uno de los mayorazgos de la colonia. En su juventud fué capitán de caballería en las milicias de Santiago. Viajó por Europa y, de vuelta a su país, tomó parte en la conspiración de Gramuset y Berney. Sin embargo, por política, Rojas no fué molestado. Fué uno de los promotores de la Revolución de 1810. Cuando el país cayó de nuevo bajo la dominación española en 1814, Rojas fué transportado a la isla de Juan Fernández. Por razón de salud, fué llevado de nuevo a Santiago, donde murió poco después.

tabardillo. Item. las obras de un viejo que vive en Ginebra, cuya opinión está tan en duda, que unos dicen es apóstol y otros anticristo. Item, las de otro chisgarabís que nos ha quebrado la cabeza con su Julia. Item, la bella historia natural de M. Buffon. Y no sé qué otros, que, según malicio y conjeturo por el depravado gusto del majadero que los pidió, deben de ser también malos, como dicen en la tierra de usted[1]. »

Con aquella fogosa impetuosidad que hacía madurar, en América, los productos del ingenio al igual de los de la naturaleza, el pensamiento, puesto en movimiento a principios de la segunda mitad del siglo, había alcanzado, en el espacio de algunos años, su pleno florecimiento. Por todas partes se fundaron « centros humanistas ». « clubs », periódicos. En Lima, el *Mercurio Peruano*, que el sabio Unanúe[2] hizo salir a luz hacia 1792, y que, según expresión del célebre Vicuña Mackena[3], peruano también, fué el « Silabario de la literatura nacional del Perú, y la escuela en que se preparó la Revolución ». Otro tanto hay que decir de la *Gaceta de Buenos Aires*, dirigida más tarde por Mariano Moreno[4], uno de los precursores de la independencia argentina, quien contribuyó poderosamente a la difusión de las nuevas ideas entre los habitantes de la Plata; el *Papel Periódico* de Santa Fe, que se publicó desde 1791; en fin, el *Nuevo Luciano*, de Quito, fundado y redactado por José Espejo[5], y cuyo subtítulo : *El Desper-*

1. Citado por Becerra, *op. cit.*, t. 1, p. lvi.

2. Unanúe (José Hipólito), sabio peruano, nacido en Arica en 1758, muerto en 1833. Cuando la llegada de San Martín al Perú y de la instalación del gobierno independiente, Unanúe fué nombrado ministro de Hacienda. Después fué presidente del primer Congreso Constituyente. Bolivar le nombró más tarde presidente del consejo de ministros y lo encargó de gobernar el país durante su ausencia. Unanúe se retiró luego de la vida política. Ha dejado varias obras científicas y las *Guías del Perú*, publicadas desde 1793 a 1797.

3. Vicuña Mackena (Benjamin), historiador chileno nacido en Santiago en 1831, fallecido en 1886. Sus principales obras son : *El Sitio del Chillán en 1813*, *1860*. *Revolución del Perú*, 1861, etc. Ha publicado además tres tomos de la *Historia de Chile*.

4. Moreno (Mariano), nacido en Buenos Aires en 1778, fallecido en mar en 1811. V. *infra*, lib. II, cap. III.

5. Espejo (José Eugenio de la Cruz y) nació en Quito en 1755, de una muy humilde familia del país. Partidario entusiasta de las ideas republicanas, publicó, al mismo tiempo que el *Luciano*, una hoja

tador de los Ingenios resume la obra de incitación y de propaganda revolucionarias a la que en todas partes se había dedicado lo más selecto de la juventud intelectual sudamericana.

IV

En la antigua Santa Fe, que en 1538 fué declarada capital del Nuevo Reino de Granada, por el conquistador Jiménez de Quesada[1], era donde la idea republicana había hallado más ferviente asilo entre los hombres mejor organizados para comprenderla y acogerla. Los dogmas igualitarios de la Revolución francesa, a pesar de lo poco compatibles que eran con las tradiciones de la sociedad colonial, predispuesta manifiestamente a poderosos antagonismos por sus innumerables distinciones de clases, habían penetrado, desde los comienzos, entre los « ciudadanos » de la *Atenas de Sudamérica*. Ya desde fines del siglo dieciocho ponía empeño Santa Fe en merecer este hermoso calificativo que le dió Humboldt algunos años después. Era entonces, cuando menos respecto de las letras y del ingenio, la ciudad más brillante del Nuevo Mundo.

El arzobispo virrey Caballero[2] había sabido dar al comercio y a la agricultura un impulso tan favorable como a la instrucción pública del país. Su administración, de un humanitarismo sorprendente para la época[3], fué continuada, de 1789 a 1797 por D. José de Ezpeleta[4], el más

satírica : el *Golilla*, cuyos artículos incendiarios le valieron ser encarcelado varias veces. En 1793, el gobernador le mandó ir a Santa Fe. Allí trabó Espejo amistad con Nariño y Zea. Falleció en Quito en 1796.

1. Quesada (Gonzalo Jiménez de), nació en Córdoba hacia 1499, falleció en 1579, el 16 de febrero, en Mariquita (Nueva Granada). Fundó Santa Fe de Bogotá, el 6 de agosto, de 1538.

2. Caballero y Góngora (Antonio), arzobispo y virrey de Nueva Granada, de 1782 a 1789.

3. Por primera vez en el Nuevo Mundo, organizó Caballero una Asistencia pública obligatoria.

4. Ezpeleta y Veire de Galdeano (José de), nació en Pamplona en 1741; gobernador de Cuba desde 1785 a 1789. Virrey de Nueva Granada desde 1789 a 1797. De regreso a España, fué nombrado, al año siguiente, virrey de Cataluña. Hecho prisionero por los Franceses en 1809, no volvió a su patria hasta en 1815. Fernando VII lo nombró capitán general de Navarra. Falleció en 1823.

progresista y el más prudente de los funcionarios coloniales en un tiempo en que los Revillagigedo en Méjico, y los O'Higgins[1] en Chile se hacían notar por su sensatez y su liberalismo. De Europa acudieron artistas, profesores, ingenieros, entre ellos un francés, d'Elhuyart[2], quien dió nuevo impulso a la industria minera de Nueva Granada. Hospitales, hospicios, fueron establecidos en las grandes ciudades. Ezpeleta autorizó en Santa Fe la creación de un colegio superior para doncellas, el primero que de este género se fundara en la colonia, y cuya organización fué dirigida por una mujer « tan ilustre por su nacimiento como por la nobleza de sus sentimientos », como la calificaba el virrey mismo : Doña Clemencia de Caicedo. Se abrieron escuelas públicas en todas las parroquias importantes. La facultad de medicina de la capital tuvo un gabinete de física de los más completos, y varios laboratorios.

La universidad da Santa Fe llegó por entonces a su apogeo. Mutis era el decano de un cuerpo docente que contaba juristas como Camilo Torres[3] Joaquín Camacho[4]; filósofos como Félix Restrepo[5]; humanistas como Zea[6], igualmente notables por la perfección, la originalidad y el atrevimiento de su enseñanza. Los estudiantes, que a menudo tenían poca menos edad que sus maestros, componían una pléyade admirable de ardor y de inteligencia, que se disponía a añadir, a la aureola del saber, resplandeciente ya, por ejemplo, en Francisco Josef de

1. O'Higgins (Ambrosio), marqués de Osorno, gobernador y capitán general de Chile desde 1788 hasta 1796; después, virrey del Perú, 1796-1801.

2. Elhuyart o Elhuyar (José d'), químico de origen francés; estudió, como su hermano Fausto, en Freiberg, hacia 1780. Fausto estudió también química en Upsala, bajo Bergmann. Llevó a Nueva España, en donde llegó a ser director general de las minas de México, mineros de Sajonia, mientras José, su hermano, era director de las minas de Santa Fe. Allí falleció este último hacia 1802. Su hijo, Luciano d'Elhuyart, fué uno de los héroes de la guerra de la Independencia.

3. V. *infra*, lib. II, cap. III.

4. *Id.*

5. Félix Restrepo, nació en Envigado (Nueva Granada) en 1760. Profesor de filosofía en las Universidades de Santa Fe y de Popayan, En 1811 contribuyó a la defensa de esta plaza. Murió en 1832.

6. V. *infra*, lib. II, cap. I.

Caldas[1], la del martirio patriótico. La historia se ha encargado de grabar la lista inmortal de aquella juventud en cuyas filas se reclutaron la mayoría de los Próceres de la Independencia.

No iba a tardar Antonio Nariño en encabezar la gloriosa lista. Su vida, en la que las más felices casualidades alternan con increíbles reveses, puede ser considerada como una especie de cuadro simbólico del destino que acechaba a los hombres que llevaron a cabo la Revolución sudamericana. A la vez hombre de pensamiento y de acción, literato, periodista, diplomático, tribuno, conspirador, guerrero, táctico y dictador, aporta a estas múltiples actividades, exigidas sin duda por la complexidad de la obra colosal que pretendieron realizar los Próceres, el valor, la perseverancia, y, también, esa maña, cuyas inesperadas candideces desconciertan, pero que es general en todos, aunque, desde luego, en grados distintos. En Nariño, esta flexibilidad va acompañada de aticismo, de caballerosidad, de humoradas, que son las características de su raza y de los habitantes de su ciudad natal[2].

Habia venido al mundo en Santa Fe, el 14 de abril de 1765, de una familia patricia originaria de Andalucía, y establecida desde hacía tiempo en Nueva Granada. Después de notables estudios en el colegio de San Bartolomé, que, con el del Rosario, compartía el privilegio de recibir a los jóvenes de la aritocracia, Nariño fué nombrado por el virrey Ezpeleta, de quien era visita su familia, al importante cargo de « tesorero de diezmos ». Algún tiempo después, y a pesar de su poca edad, sus compatriotas le eligieron para teniente alcalde de Santa Fe. La vigilancia de vastos cultivos de tabaco, de cacao, y, sobre todo, de quina, a que luego se dedicó, no le impidió completar sus estudios, siendo éstos tan extensos que no tardó en adquirir la justificada reputación de sabio sin igual entre tantos otros sabios. Tenía Nariño, lo cual no era raro en el medio en que vivía, nociones literarias y científicas sumamente

1. Caldas (Francisco Josef de), apodado *El Sabio Caldas*. Nació en Popayán, en 1771; fusilado en Santa Fe el 29 de octubre de 1816. V. *infra*.
2. Cf. C. A. Torres, *La Estatua del Precursor*, § II, p. 6.

extensas y variadas, pero dominándolas a fondo; y naturalista de primer orden, teólogo consumado, sabía además, en cuestión de medicina, cuanto de esto podía conocerse entonces en las mejores facultades europeas.

Ponderábase la biblioteca de cerca de 6 000 tomos que el joven santafereño había logrado reunir en su casa solariega de la *plazuela de San Francisco*[1], extensa, algo baja, y achatada además bajo su techumbre de tejas grises; de un solo piso, con portal dominado por un escudo de piedra, y cuyas piezas, alumbradas por anchas ventanas con rejas labradas, daban, por dentro, a un amplio patio embaldosado de mosaicos. Allí, en los atenienses crepúsculos de los hermosos días de la Sabana, tendida cual mantel inmenso, sembrada de ricos cultivos y de jardines, a los pies de la capital granadina, allí, en su « librería », recibía Nariño a toda la juventud apasionada por saber, aficionada a preguntar y a discutir, y que comulgaba toda en la confianza y el gozo que inspiran las convicciones entusiastas y los juveniles ideales. Un retrato de Franklin, en un marco de ébano con adornos de concha y de marfil, se destacaba en sitio preferente, sobre el papel pintado de la pared, entre mapas, figuras de silueta, de moda desde hacía poco, grabados representando escenas de la historia de Grecia y de Roma, por encima de los estantes que se combaban bajo el peso de libros y de manuscritos. Sofás y butacas de caoba tendidos de damasco de color amarillo pálido; dos globos con armaduras de cobre, una máquina eléctrica, rodeaban la vasta pieza cuyo centro estaba ocupado por grandes mesas cubiertas con tapetes verdes, sobre las cuales no tardaban en ponerse candeleros de plata con velas encendidas[2]....

La lectura en alta voz, el comentario de los literatos y de los filósofos franceses, cuya lengua poseía cabalmente Nariño y por quienes era apasionado, componían el habi-

1. Arturo Quijano, casas históricas de Bogotá, en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, t. III, p. 367.
2. Según el inventario de confiscación de los bienes de D. Antonio Nariño, efectuado en Santa Fe en 29 de agosto de 1794 por el Alguacil Mayor del Juzgado, publicado en Posada e Ibáñez : *El Precursor*, pp. 161 y sig.

tual programa de aquellas veladas. En los momentos de descanso, Nariño llevaba a sus amigos al « laboratorio », o a la imprentita, organizados por él en dos piezas contiguas a la biblioteca. Ejercía sobre su auditorio, cada vez más numeroso, al que con frecuencia acudía algún forastero de paso por la capital, Espejo, por ejemplo, el joven redactor del *Luciano* de Quito[1], un ascendiente, un prestigio extraordinarios. De estatura mediana y bien proporcionada, tez clara, cabellera rubia cuyos bucles rodeaban el óvalo alargado de un rostro cuyos ojos azules ligeramente saltones, cuyos labios voluptuosos y cuya barbilla un tanto maciza habrían dado a la fisonomía demasiada molicie, sin el contraste de una frente ancha, huesuda, y una nariz arqueda y abultada, señal de voluntad firme y decisiva[2], Nariño se expresaba con elocuencia cuya seducción es proverbial.

Sus biógrafos, poco numerosos[3], aseguran que en aquellas reuniones fué donde los futuros tribunos de la Revolución se iniciaron en las fórmulas, exhumadas por entonces de un clasicismo a veces discutible, por las asambleas francesas, y de las que con tanta abundancia se hizo, después, uso en Sudamérica. A pesar de su afinada cultura, complacíase en ellas Nariño con superticioso ardor, por toda la virtud secreta que le parecían contener : si se quería derribar « la hidra de la tiranía » y hacer valer « los derechos sagrados de un pueblo libre », ¿no parecía eficaz aclimatar, en aquel lado del Atlántico, tales metáforas jacobinas cuyo empleo consagraba, en Francia, las victorias de la Revolución? Cuanto podía recordar los

1. V. Villavicencio. *Geografía de la República del Ecuador*. Nueva York, 1858, p. 186.

2. Retrato de Nariño por Espinosa, pintor colombiano de la época, en el Museo nacional de Bogotá.

3. Vergara, *Vida y escritos del General Antonio Nariño*, Bogotá, 1859 (la obra había de constar de dos tomos, pero el tomo II no fué publicado). L. S. Scarpetta y Vergara, *Diccionario biográfico de los Campeones de la Libertad*, Bogotá, 1879, artículo Nariño. Vergara y Vergara, *Historia de la Literatura*, etc., cap. XI. — V. también Becerra, *Vida de Miranda*, t. I, pp. 111 y sig. Posada e Ibáñez, *El Precursor* (Biblioteca de Historia Nacional), Bogotá, 1903, importante colección de documentos sobre la vida de Nariño, precedida de un elocuente prefacio de Posada. — Vergara y Velasco, *Historia Patria*, Bogotá, 1910, pp. 19, 243-248, 274, etc.

orígenes y la génesis de tales victorias parecíale a Nariño de preciosa oportunidad. Así, por ejemplo, proyectaba fundar una « Sociedad literaria » de la que habrían formado parte los más conspicuos ingenios de Santa Fe, y para la cual deseaba preparar una sala cuyos únicos ornatos fueran frases tomadas de Rousseau, Voltaire y Montesquieu.

Un encuentro, fortuito al parecer, como suelen serlo aquellos de donde resultan los más formidables acontecimientos, al mismo tiempo que suministrara a Nariño una ocasión para continuar la prueba de su táctica favorita, iba a dar toda la medida del poder germinador de las manifestaciones del pensamiento francés, y a justificar la profecía que acababa de formular André Chénier : « La Revolución que toca a su fin en nuestro país lleva en su seno los destinos del mundo[1] ».

Una noche de los primeros meses de 1794, estaba Nariño trabajando en su biblioteca, cuando entraron a decirle que el capitán de la guardia, Rodríguez de Arellano, con quien estaba en relaciones, pedía verle. Recibió Nariño su visita, y el oficial, que conocía la afición de su amigo por los libros franceses, le entregó una obra que el virrey acababa de recibir, obra que sin duda le interesaría, pidiéndole que no la enseñara a nadie, por si acaso; pues, aunque la Inquisición había mitigado mucho sus antiguos rigores, quizás se le ocurriera enojarse.... Era, en tres tomos, la *Histoire de l'Assemblée Constituante*, de Salart de Montjoie. Ya que se hubo marchado Arellano, abrió Nariño el tomo tercero. Contenía el texto *in extenso* de la *Déclaration des Droits de l'Homme*, texto que no le había sido posible procurarse hasta entonces, y que le parecía ser el nuevo *Decálogo* en el que se resumían los sublimes principios de la « Sociedad regenerada ». Además, todos aquellos que seguían por entonces los acontecimientos que se habían desarrollado en Francia y en Europa participaban más o menos de este sentimiento, y muchos habían sido atraídos por el « torbellino eléctrico » de que habló Mirabeau. Desde aquel momento, sufrió Nariño la influencia de aquel « torbellino ». En un arrebato de místico entusiasmo,

1. *Avis aux Français*, 28 de agosto de 1790.

presintió el prodigioso efecto que en sus compatriotas había de producir la difusión de aquellas Tablas de la Ley de la Revolución, y resolvió publicarlas.

La prensa instalada por él estaba lista. Cerró Nariño su puerta a todo el mundo, « no creyendo obrar mal al encerrarse así en su casa » — había él de decir, con maliciosa zumba, algunas semanas más tarde, en su defensa — « puesto que hacía otro tanto para leer la Sagrada Biblia [1] »; tradujo sin parar los diecisiete artículos de la Declaración, y en seguida se puso a tipografiarlos. Pocos días después, el folleto impreso « en un papel grande, grueso, y prieto, en cuarto, y con mucho margen ; todo de letra bastardilla [2] », era tirado a miles de ejemplares, distribuido, copiado, reproducido a profusión en la ciudad, en la provincia, y, poco después, esparcido en todas las capitanías vecinas, y hasta en los confines de Méjico y de la Tierra de Fuego.

Inmenso fué el alcance de tal publicación. Señala claramente en el Nuevo Mundo el punto de partida de una nueva era. De la aparición de aquellas hojas impresas con caracteres mal sentados y casi imprecisos, data la confirmación o el nacimiento definitivos de la noción de independencia

1. Defensa de Nariño ante el Tribunal Supremo de la Audiencia de Santa Fe, septiembre de 1794, en *El Precursor*, p. 96.

2. Circular del capitán general de Venezuela a los prelados y gobernadores de provincias, mandando que sean recogidos todos los ejemplares en circulación de un pasquín sedicioso capaz de trastornar a las gentes de poco entendimiento, y titulado : *Los Derechos del Hombre*. Caracas, 1ro de noviembre de 1794. *Documentos para la historia de la Vida Pública del Libertador*, t. I, 192.

Los *Documentos*, etc., que comprenden 14 tomos en 4o, han sido publicados en Caracas, de 1875 a 1877, por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, por orden del general Guzmán Blanco, presidente de los Estados Unidos de Venezuela. Es una reedición, considerablemente aumentada, de la colección similar en 22 tomos en 12 menor, que, de 1826 a 1830, publicaron, igualmente en Caracas, los venezolanos Mendoza, Yánes y Guzmán. Bolívar había autorizado a sus compatriotas a sacar copia, en el archivo colombiano, de todos los documentos oficiales relativos a su vida pública. José Blanco y Ramón Azpurúa, al añadir a esta obra extractos de gran número de documentos y de obras inéditas concernientes al Libertador y a la América del Sur, han hecho de su colección una publicación particularmente preciosa para la historia de la Emancipación de las Colonias españolas.

En el transcurso de la presente obra, las llamadas a los *Documentos* serán designadas por la inicial **D** seguida de la mención del tomo y del número de orden del documento citado.

en el alma de todos los protagonistas de la insurrección que se aproximaba. Parecen haber tomado, en las virtudes de aquella carta, que condensaba en algunos renglones, con la aureola del prestigio de la Revolución francesa y con la hechicera voluptuosidad de la fruta prohibida, todas las aspiraciones de los tiempos modernos, la fuerza y la fe necesarias para su magna empresa. Brotada del instinto mismo de la raza que utilizaba la iniciativa del más convencido de sus hijos para juntar las voluntades indispensables, era aquélla la voz de las angustias pasadas y presentes de los pueblos de América, de sus aspiraciones infinitas hacia la felicidad; voz que, sacudiendo de su letargo la tierra de los Andes, la despertaba a la aurora de la Libertad. ..

Desde aquel momento, la vida de Nariño se convierte, según escribió más tarde el capitán inglés Stuart Cochrane, en « una verdadera novela, y sus padecimientos rebasan la medida común [1] ». La « divulgación de los diecisiete artículos de la Declaración », le valió, según sus propias palabras, « otros tantos años de prisión y de trabajos [2] ».

Ante la tormenta desencadenada por el « pasquín sedicioso », la indulgencia del virrey se tornó en rigor. Mandó que arrestaran a Nariño, y, con él, a unos diez amigos suyos, entre ellos a Zea y a dos franceses : Louis de Rieux y Emmanuel de Froës [3], uno y otro doctores en medicina de la Facultad de Montpellier, « relacionados con Nariño, dice el requisitorio [4], familiares de las reuniones de la plaza de San Francisco y partidarios decididos del sistema de la Francia, y de establecer aquí una república independiente, a ejemplo de la de Filadelfia ». El tribunal de la Audiencia pronunció contra los acusados la pena de deportación en

1. *Journal of a residence and Paralels in Colombia during the Years* 1823 *and* 1824 by Capt. St. Cochrane of the Royal Navy, London, 1825.
2. *El Precursor*, prefacio, p. 13.
3. Froës (Emmanuel de), nació en Santo Domingo en 1779, volvió a Nueva Granada en 1810. Abrazó con ardor la causa de la Revolución, siguió a Nariño durante la campaña de 1813, estuvo luego preso en Puerto Cabello, y, después de 1820, fué elegido senador de Colombia. Falleció en Bogotá en 1840.
4. *El Precursor*, pp. 119-121.

los presidios de África. Nariño fué, naturalmente, tratado con mayor rigor: sus bienes fueron confiscados y vendidos en pública subasta; su familia fué desterrada, y él se oyó condenar a diez años de presidio.

Pero, aprovechando un momento en que era escasa la vigilancia, a la llegada a Cádiz del navío en que había sido embarcado, logró Nariño escaparse. Llega a Madrid, en donde parientes suyos influentes solicitan su indulto y lo obtienen. Se hace presentar a Godoy, aboga ante él, con sobrado calor, por la causa de América, y, comprendiendo que está poco seguro en la corte, gana la frontera, llega a Francia, es recibido por Tallien, que sólo buenas palabras pudo darle, y pasa a Inglaterra, en donde Pitt trata de convencerle por la insidiosa seducción de su política. Desesperando de encontrar apoyo en los gobiernos europeos, Nariño se decide a regresar a su país.

Al cabo de un viaje interminable, durante el cual sufre privaciones de todo género y padecimientos increíbles, llega a Santa Fe en 1797. Descubierto, arrestado de nuevo, enviado a Madrid, pero con buena escolta esta vez, pasa allí algunos años en la cárcel. Es indultado, o quizá se evade, — no se sabe, — pero se le ve en Santa Fe en 1809. Al día siguiente de su llegada, es denunciado al virrey Amar y Borbón[1], quien le envía a España. Pero, en el Magdalena, consigue escaparse aún. Vuelven a prenderle en Santa-Marta. Conducido a Cartagena, pasa cerca de un año, con grillos en los pies y sujeta la cintura por una cadena de seis metros, en las terribles *bóvedas*, siniestros calabozos, abiertos bajo las murallas al ras del Océano, ya célebres por entonces, y que lo fueron más con la guerra de la Independencia.

El levantamiento de 1810 devuelve por cierto tiempo la libertad a Nariño. Arrastrado por la tormenta revolucionaria, sucesivamente redactor cáustico y elocuente del periódico *La Bagatela*, cuyos artículos exaltan el civismo desfalleciente de los granadinos, presidente del nuevo Estado de Cundinamarca, empujado a la guerra civil, en fin brillante general, a pesar de las inevitables faltas

1. Amar y Borbón (Antonio), virrey de Nueva Granada, de 1803 a 1810.

debidas a su harto prematura experiencia militar, héroe de la célebre campaña del Sur, que con un poco más de suerte habría sido decisiva. Nariño entonces muestra un alma digna de los héroes de la Antigüedad. Llevado en triunfo por el pueblo, instalado en el palacio mismo de los virreyes que años antes le habían hecho encarcelar, se ve, algunos meses más tarde, burlado, vituperado de todos, amenazado; al sicario a quien descubre, una noche, escondido en su casa, entrega tranquilamente las llaves de la puerta, « para que pueda huir después de cometido el delito ». — « No, yo no mataré a Nariño », exclama el miserable, desarmado por tanta serenidad. — « Sentaos entonces, dícele aquél, y hablemos de estas cosas de la patria ». Y, cuando, vencido delante de Pasto, el 12 de mayo de 1814, disperso su ejército, busca él su salvación en la huída, y, al cabo de tres días de andar errante por la montaña, cae en manos de sus enemigos, oyendo, durante el trayecto hasta la ciudad, vociferaciones homicidas de la plebe realista, también en esta ocasión acude a sus labios una frase a lo Mario, que paraliza a sus asesinos : « Aquí tenéis al general Nariño ».

El cautiverio sufrido entonces por el Prócer fué el más abominable de cuantos hasta entonces había padecido. Por espacio de tres años fué llevado, de los fétidos calabozos de Pasto a las malsanas prisiones de Quito y del Callao; en este último punto fué embarcado en un malísimo navío velero que tardó casi diez meses en llegar a las costas de España; encadenado, abrasado por la fiebre, apenas mantenido, el desgraciado estuvo muchas veces a punto de expirar. En Cádiz, pasa otros terribles cuatro años en un calabozo de la *Cárcel real*, « desnudo, y comiendo el rancho de la enfermería, sin que se le permitiese saber de su familia [1] ». En 1820, la insurrección española lo saca por fin de la cárcel. Menos de dos meses después, Nariño, que conservaba íntegra su energía, presidía, en la isla de León, un club revolucionario del que formaban parte Quiroga [2],

1. Defensa de Nariño ante el Senado de la República de Colombia, el 14 de mayo de 1823, en *El Precursor*, p. 551.

2. Quiroga (Antonio), general español, uno de los jefes del levantamiento de 1820; nació en 1784, falleció en 1841.

Riego[1] y Alcalá Galiano[2], y en violentos artículos denunciaba las « crueldades del general Morillo[3] », quien, por entonces, agotaba sus fuerzas en la reconquista de la Costa Firme.

No obstante, vigilado de continuo por la policía, Nariño se refugia en Gibraltar, y es elegido, por mediación del gobierno de España, para las funciones de representante provisional en las Cortes para Nueva Granada. « ¿Que te parece esta monserga? dice él a uno de sus corresponsales[4]. Por un lado andan las requisitorias para reducirme a mi antiguo domicilio de la cárcel, y por otro soy fracción de la Soberanía española... »

Veremos de nuevo a Nariño, vicepresidente de la República de Colombia, en 1823, obligado a defenderse, ante el Congreso de Cúcuta, contra calumniosos y pérfidos ataques, y hallando, para confundir a sus acusadores, la vibrante elocuencia de sus días más gloriosos; y en fin, falleciendo, aquel mismo año, en Leiva, en la soledad y el abandono, legando a la posteridad estas supremas palabras : « Amé a mi Patria. Cuánto fué ese amor, lo dirá algún día la historia[5] ».

. .

V

En las « Defensas » que en 1797 y en 1809 tuvo que presentar al Tribunal de la Audiencia, y, en 1823, ante los miembros del Congreso colombiano, alude Nariño con frecuencia a las negociaciones que intentó entablar en Europa para obtener socorros en favor de los habitantes

1. Riego (Rafael del), general español, uno de los jefes del levantamiento de 1820; nació en 1785, fué ahorcado en Madrid el 7 de nov. de 1823.

2. Galiano (Antonio Alcalá), literato y hombre político español; nació en 1789, falleció en 1865. Tomó parte, con Riego y con Quiroga, en la insurrección de 1820. Fué ministro de la Instrucción Pública en 1864.

3. A estas « Cartas », firmadas con el seudónimo : Enrique Somoyar, responden las *Memorias del General Morillo*. V. *infrá*.

4. Carta a Zea, Gibraltar, 1ro de junio de 1820, en *El Precursor*, p. 481.

5. Testamento de Nariño, en Vergara, *Vida y escritos*, etc.

de Nueva Granada. Es interesante ver en estas palabras el testimonio de lo mucho que esperaban los Sudamericanos del apoyo del extranjero.

Los colonos que soñaban con libertad para su país, y a quienes su mayor cultura separaba de la masa, sin que por esto desconocieran las aspiraciones y las energías latentes del pueblo, se habían, temprano, convencido de las ventajas que el socorro europeo podría reservar a la causa de la Independencia. El ejemplo de los Estados Unidos acababa de confirmar la exactitud de tales previsiones. Las Colonias españolas, en las que las divisiones y los celos originales facilitaban en tan alto grado a la metrópoli el mantenimiendo de su dominación, y en las que distaba mucho de que el conjunto mismo de los criollos se hallara dispuesto a desear un cambio de régimen, carecían por esto mismo, infinitamente más que la América del Norte, « de la fuerza que da la unidad en la extensión territorial, y de la unánime resolución del pueblo[1] ». Así, pues, los campeones de la Independencia sudamericana se habían decidido a suplir, por medio de socorros del extranjero, a este estado de cosas. Los Comuneros habían abierto el camino, y Nariño, tan pronto como las circunstancias se lo permitieron, no dejó de renovar la tentativa de 1784.

Ya porque un cariño íntimo le inclinara con preferencia hacia la patria de los *Derechos del Hombre*, ya porque se sintiera dotado del suficiente don de persuasión para ganar en dicha patria partidarios a una causa que respondía esencialmente a los principios de la República francesa, a París fué donde resolvió Nariño acudir en primer lugar. Corría entonces el otoño de 1794, y parece ser que sus amigos de Madrid le habían dado cartas de introducción para la hermosa Teresa Cabarrus, con la que, meses antes, se había casado Tallien. El célebre convencional recibió a Nariño, quien le confió sus proyectos y le pidió que los apoyara ante el Directorio; pero la amistad con España sellada recientemente por la paz de Basilea (14 de julio de 1795), los peligros que seguían amenazando a Francia, eran obstáculos insuperables que se oponían a los deseos

1. Gervinus, *op. cit.*, t. VI, lib. IV, cap. I.

del joven sudamericano. A más de esto, Tallien había perdido todo prestigio, estaba ya casi gastado y no desempeñaba ningún papel político. No insistió Nariño, y se fué a Londres, en donde se ofrecían más halagüeñas esperanzas.

Siempre le habían interesado a Inglaterra las Colonias españolas, y, desde los tiempos más remotos, los acontecimientos habían inclinado a los habitantes de éstas a ver en la Gran Bretaña la única potencia extranjera de la que podrían esperar algún cambio a su condición. Por otra parte, desde el establecimiento del imperio español en el Nuevo Mundo, el sostenimiento de relaciones comerciales seguidas con los mercados sudamericanos se había impuesto a la « gran isla mercante » que es Inglaterra, como uno de los axiomas fundamentales de su política exterior. Y, un siglo tras otro, a pesar de todos los obstáculos, y aun de todas las consideraciones que, más de una vez, pudieron aconsejarle la retirada, dedicó su prudencia calculadora y su tan perseverante como ingeniosa voluntad en hacer que prevaleciera dicho sostenimiento de relaciones comerciales.

El secuestro en que Portugal y España mantenían sus establecimientos determinó a Inglaterra a favorecer la institución, en el mar Caribe y en el golfo de Méjico, de un sistema de contrabando al que la toma de Jamaica, en 1655, permitió dar una verdadera organización. Pero, las flotas de España, y, sobre todo, los corsarios franceses, que tantas veces habían estorbado el funcionamiento de aquel tráfico ilícito, cesaron de oponerle serias trabas durante el largo período de las guerras de Sucesión.

También en aquel momento se espaciaron las comunicaciones entre España y las Colonias, acabando por interrumpirse. Los ingleses aprovecharon esta circunstancia para apoderarse de todo el comercio de América y granjearse en ella una utilísima popularidad. Agentes secretos se dedicaron con celo a esta empresa, y los colonos llegaron a convencerse de la necesidad de sostener relaciones amistosas con la poderosa Inglaterra. Esta noción penetró hasta en los indios del Perú, persuadidos, según lo afirmaba una tradición hábilmente resucitada, de que « los Incas serían

restablecidos por el pueblo de Inglaterra[1] ». Al mismo tiempo, la diplomacia británica se dedicaba a hacer consagrar estos éxitos por las metrópolis europeas. El convenio de Methuen (1703), al abrir a los buques ingleses todos los puertos de Portugal, había convertido al Brasil en una verdadera colonia para la Gran Bretaña[2]. Mientras tanto, la corte de Madrid se dejaba arrancar interesantes concesiones, tales como la explotación del campeche en la bahía de Honduras y en el Yucatán. En fin, en la paz de Utrecht, en 1713, Inglaterra adquirió derechos de considerable alcance.

Al mismo tiempo que obtenía ésta la autorización de enviar, una vez al año, sus buques a Veracruz y a Porto Bello, lo cual la colocaba en excelente situación para hacer a sus rivales una desastrosa competencia, el tratado llamado del *Asiento* le confería el privilegio exclusivo de introducir en la América del Sur los negros necesarios para las plantaciones y las minas, privilegio que se convertía en oportuno pretexto para el establecimiento de factorías en las costas de la Plata y de Nueva Granada. Verdad que España se había reservado un tanto en el tráfico de esclavos, y derechos de registro en los « barcos de permiso »; pero estos convenios se prestaban a equívocos, y, en más de una ocasión, no tuvo reparo Inglaterra en interpretar las cláusulas de los tratados en el sentido aconsejado por su codicia.

La profunda tensión que se manifestó en las relaciones angloespañolas a consecuencia de repetidísimas disensiones suscitadas por esta conducta, contribuyó a un choque entre ambas potencias a la muerte del emperador Carlos VI. Los Ingleses sufrieron serios reveses en el mar de las Antillas. Un ataque imprudente de su escuadra contra los galeones refugiados en la rada de la Guayra fué rechazada con vigor, y los Españoles vengaron después el bombardeo de Porto Bello causando, durante la heroica defensa de Cartagena (13 de marzo-5 de mayo de 1740), pérdidas muy sensibles a la flota del almirante Vernon[3]. Hasta dejó éste

1. Gervinus, *ibid.*, p. 63.
2. V. Bourgeois, *Manuel historique de Politique étrangère*, t. I, cap. XI.
3. Vernon (Edward), marino inglés; nació en 1684, falleció en 1757. Vicealmirante en 1739.

en poder del enemigo una serie de medallas que los comerciantes de la Ciudad habían hecho grabar de antemano para conmemorar la rendición de la plaza[1]...

El tratado de Aquisgrán, en 1748, puso término a las hostilidades, y las tendencias pacíficas de Fernando VI permitieron a Inglaterra reanudar relaciones con las Colonias españolas; comenzó de nuevo el contrabando en el mar de las Antillas, y hubo considerable aumento de importaciones en la Plata y el Perú. Los notables éxitos del poder naval británico durante la guerra de los Siete Años (1756-1763) parecieron asegurarle el imperio marítimo; el « Pacto de Familia » mediante el cual el rey de España hacía de nuevo causa común con los más decididos enemigos de Inglaterra, eximía al gabinete de Londres de todo escrúpulo respecto de su política americana. Si bien las vías comerciales del continente español no le quedaban tan anchamente abiertas como lo habría deseado, cuando menos podía entrever con confianza su próxima conquista.

La insurrección de la América del Norte y su éxito final en 1783 comprometieron por cierto tiempo tan halagüeñas esperanzas. Muy resentida por la larga lucha que acababa de sostener, Inglaterra volvió, no obstante, con tanta obstinación como energía, a sus tradicionales planes de acaparamiento económico de las Colonias españolas. Más que nunca necesitaba el comercio británico mercados donde pudiera expender sus mercancías. Los Ingleses emprendieron de nuevo, y con ahinco, su obra de propaganda. La rebelión de Tupac-Amaru les suministró oportuna ocasión para recordar a los indios las tradiciones de relaciones antiguas con los Incas[2]. Cada vez más, los criollos dirigieron miradas confiadas hacia Inglaterra. Londres se convirtió en su centro de atracción. Después de la tentativa realizada a fines de 1785 por los Comuneros, tres de los miembros más importantes de la aristocracia sudamericana :

1. BECERRA, *op. cit.*, p. 61, y B. MITRE, *Monetario argentino-americano.*

2. Por ejemplo, los peruanos transformaban su primer Inca Manco-Capac en un « Incasman Copacac », asi como en el Brasil los indios de Loloculo decían que un inglés llamado Camaruru (hombre de fuego) habia sido su primer rey y legislador, GERVINUS, *op. cit.*, p. 63.

el conde de la Torre-Cossío, el conde de Santiago y el marqués de Guardiola, quienes decían obrar « en nombre de la ciudad de México y del reino de Méjico », enviaron un emisario a Londres. Este, Francisco de Mendiola, estaba encargado de solicitar cesiones de municiones y de armas, a cambio de un ventajosísimo tratado de comercio [1].

De este modo, las ilusiones de la joven diplomacia sudamericana ofrecían nuevas posibilidades al ladino realismo de los negociados del Foreign Office. En Madrid, los embajadores ingleses recibieron orden de solicitar sin descanso del primer ministro concesiones en favor de los negociantes de la Gran Bretaña.

Precisamente en el momento en que ante Nariño se abrían las puertas del palacio de Godoy, acababa éste de ser « duramente solicitado » por el representante de la corte de Inglaterra, quien deseaba concluir cuanto antes un tratado de comercio [2]. Tal impaciencia podía favorecer los proyectos de Nariño, quien salió entonces para Londres, donde, desde su llegada, trató de ser puesto en relaciones con los ministros. Dos comerciantes de la Ciudad le presentaron a lord Liverpool. El rompimiento con España era inminente, y el joven sudamericano recibió atenta acogida. « No pude prescindir, refiere Nariño [3], de manifestarles un estado de las fuerzas del Reino, de su población y de sus frutos; lo primero para hacerles ver que procedía con conocimiento, y que mi plan no era aventurado; y lo segundo para moverlos con el interés de las grandes ventajas que se ofrecían a su comercio, a que accedieran a mi solicitud ». Algunos días después, lord Liverpool hizo contestar a Nariño que, « siempre que redujera su solicitud a entregar el Reino a la Gran Bretaña tendría todos los auxilios necesarios; que propusiera por escrito todo cuanto contemplara conducente a este efecto... y se aprontaría una fragata de cuarenta cañones para que lo transportara con seguridad; que en caso de un mal éxito tendría un asilo en la Inglaterra, y si la cosa salía bien podía

1. Carta credencial de D. Francisco de Mendiola. México, 10 de nov. de 1785. Record Office. *Chatham Correspondence*, nº 345.
2. Sorel. *L'Europe et la Révolution française*, t. IV, cap. VI.
3. Súplica al virrey de Nueva Granada. *El Precursor*, p. 225.

prometerle una fortuna brillante. » « Neguéme enteramente a esta propuesta, añade Nariño, porque jamás fué mi ánimo solicitar una dominación extrangera, y reduje mi solicitud a sólo saber si en caso de una ruptura con la metrópoli nos auxiliaría la Inglaterra, con armas y municiones y una escuadra que cruzase en nuestros mares para impedir el que entrasen socorros de España, a condición de algunas ventajas particulares que se les ofreciesen sobre nuestro comercio[1] ».

La política sudamericana de Inglaterra, que se revelaba así con tanta decisión, entra, desde aquel momento, en una fase distinta. Ya no persigue sólo la adquisición del comercio de las Colonias españolas, sino el atrevido proyecto de apoderarse de sus territorios. Seguro de la adhesión de los colonos, el gabinete de Londres está tan convencido de su debilidad como de la de su metrópoli. En efecto, los Jesuítas, quienes, después de su expulsión, habían hallado refugio en Inglaterra, y a quienes suministraba subsidios Pitt, se mostraban dispuestos a servir a los Ingleses de dóciles instrumentos en un ataque contra Méjico, y, desde hacía algún tiempo, le pintaban como empresa fácil la conquista de las provincias de América[2].

Mientras se presentaba la ocasión de dar un alcance efectivo a esta nueva orientación, preparaba Inglaterra su advenimiento apoderándose de Trinidad (17 de febrero de 1797). La posesión de esta isla, situada frente al delta del Orinoco y a quince millas de las costas de Venezuela, facilitó más el contrabando con Costa Firme, y dió a esta institución una amplitud no conocida hasta entonces. Más de 400 navíos se dedicaban al fraude. Por su sola parte, Puerto Cabello contribuía con 100 goletas al tráfico, siendo así que, hasta entonces, no había habido arriba de 5 barcos españoles, por año, en dicho puerto[3]. Salían aquellos barcos con pretexto de tener que transportar mercancías a las colonias francesas o neutrales, y regresaban a sus puertos con papeles falsificados en las islas inglesas, y que

1. *El Precursor*, p. 225.
2. Cf. Castlereagh, *Correspondence*, t. V, II, pp. 260 y sig.
3. Gervinus, *op. cit.*, p. 66.

el descuido de las autoridades españolas no sometía a muy riguroso examen[1]. Al mismo tiempo que desviaba así, en provecho de sus almacenes de depósito de las Antillas, todo el comercio de España con aquella parte del Nuevo Mundo, Inglaterra podía vigilar de cerca Nueva Granada y Venezuela, y asegurarse también la posibilidad de dirigir en ellas, hasta cierto punto, los acontecimientos.

Esto es lo que el secretario de Estado, lord Melville, hizo comprender, desde el momento en que las autoridades inglesas fueron instaladas en Trinidad, al gobernador de la isla, sir Thomas Picton. El 26 de junio de 1797, este último dirigía a « todos los cabildos y habitantes de la Costa Firme », una proclama en que se les aseguraba el concurso de la Gran Bretaña « sea en fuerzas, o en armas o municiones », para el caso en que se resolvieran « a resisfir a la autoridad opresiva de su gobierno ». Terminaba la proclama con esta seductora frase : « ¡ Dios guarde a VV. EE. y les abra los ojos![2] »

No tardaron en hacerse sentir las consecuencias de estas excitaciones. Las constantes comunicaciones que se establecían entre los diferentes puertos de la Costa Firme y las Antillas, sobre todo las inglesas, regidas por principios mucho menos estrechos que los de la política española, introdujeron entre los colonos ilustrados nociones que acabaron de fortalecer en ellos el deseo de independencia[3]. Por otra parte, en caso de persecución, las Antillas inglesas resultaban un asilo evidente desde donde con toda seguridad podrían los caudillos seguir fomentando las tentativas insurreccionales.

Así, pues, a pesar de su egoísmo, de sus variaciones o de sus equívocos, la política inglesa ha de ser considerada

1. Gervinus, *op. cit.*, p. 66.
2. Proclama de Sir Th. Picton, gobernador de la isla da la Trinidad, a los cabildos y habitantes de la Costa Firme. Puerto España, junio 26 de 1797, **D.**, t. I, 205.
3. Desde mediados del siglo dieciocho, sucursales de la Gran Logia de Inglaterra se establecieron en las Antillas inglesas. V. Rebold, *Histoire Générale de la Franc-Maçonnerie*, Paris, 1851, p. 157. Contribuyeron en mucho a la importación de las doctrinas filosóficas y de la idea enciclopedista, de la que, como hemos visto, fueron, rápidamente, fervientes adeptos los jóvenes sudamericanos.

como uno de los factores originales de la revolución sudamericana.

Esta, era ya inevitable. La nueva era de represión que Carlos IV había pretendido inaugurar contra la mayor parte de las reformas de su predecesor extremó la amargura y el odio de los criollos. Con más severidad que nunca perseguía la Inquisición toda veleidad intelectual. De esta época data la famosa declaración pronunciada por algún harto celoso gobernador, y que, desde entonces, tanto se ha reprochado a España : « Para nada necesita saber leer un americano. Bástele con reverenciar a Dios y a su representante, el rey de España ». Cada vez más eran apartados de todos los empleos los indígenas, y el ministerio de las Indias llegó hasta nombrar desde Madrid los funcionarios, hasta para los puestos más ínfimos.

A fuerza de ver llegar, a lo que consideraban ya como « patria » suya, a españoles necesitados e ignorantes, los criollos se pusieron a despreciar a aquellos de quienes, en otro tiempo, envidiaban el nacimiento y la calidad. Prodújose profunda división entre los indígenas y los *peninsulares* e *isleños* — los canarios, numerosos principalmente en las colonias septentrionales. El inglés Stevenson [1] observaba ya, cuando desembarcó en América, hacia 1794, « la jactancia » con que renegaban de sus orígenes los criollos y se proclamaban « Americanos ». A este desdén respondían con mayor desdén aún los Españoles. Con frecuencia les oyó decir Stevenson « que querrían más a sus hijos si no hubiesen nacido en América ». Algún tiempo después, cuando se hubieron precisado los primeros síntomas de la revolución, « solían decir los americanos que de buena gana matarían a sus hijos si pudieran creer que hubiesen de tomar parte en la insurrección ». Así se precisaba el carácter inexorable de la próxima lucha.

En todas partes, la cohorte de los Próceres tiene ansia por lanzarse a la consquista de su ideal. Para todos, sin embargo, « la acción será la hermana del ensueño », y sólo a costa de incansables esfuerzos habrán de obtener aquella

1. STEVENSON, *Relation d'un séjour de vingt années dans l'Amérique du Sud*, Paris, 1826.

independencia por la cual tantos héroes y tantos mártires están prontos a sacrificarse.

El más grande de todos, así por el genio como por el prestigio, Simón Bolívar, no espera, para presentarse en el gran escenario de la historia, sino el descalabro que al poderío español iba a hacer sufrir la conquistadora ambición de Napoleón.

CAPTÍULO III

EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO

I

Cuando Alonso de Ojeda[1], acompañado de Amérigo Vespucio[2], llegó, en noviembre de 1499, a las costas, llamadas de Maracapana, visitadas ya el año antes por Cristóbal Colón, halló en ellas una mísera y reducida ciudad lacustre, compuesta de algunas chozas asentadas sobre estacas por encima de las aguas estancadas de lo que fué más tarde la laguna de Macaraibo[3]. Lo probable es que fuera al florentino Vespucio a quien primero llamara la atención el parecido de aquella pequeña Venecia tan inesperada, humilde y lejana, con la Reina del Adriático. No obstante, Ojeda dió a la nueva tierra el nombre, tiernamente despreciativo, de Venezuela : « pobre Venecia chica ».

Prosiguiendo hacia el oeste su exploración, que se anunciaba bajo tan poco brillantes auspicios, los *Descubridores* no encontraron sino aldeas perdidas en medio de selvas

1. Nació en Cuenca hacia 1465, acompañó a Colón en su segundo viaje, 1493; hizo, en 1499 y 1501, dos viajes por las costas de la América del Sur. En 1508, a la cabeza de una nueva expedición, fundó San Sebastián en el golfo del Darien, y falleció poco después en Santo Domingo.

2. Vespucci (Amérigo), navegante italiano al servicio de Portugal y de España. Nació en Florencia en 1454, murió en Sevilla en 1512. El relato de parte de sus viajes fué publicado en 1507 en Saint-Dié a continuación de una *Cosmographiæ Introductio* de Martin Waldseemüller, quien propuso dar al nuevo continente el nombre de *América*, pues parece ser que Amerigo Vespucci desembarcó en el continente antes de Colón mismo.

3. V. Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de Venezuela*, en fol., Madrid, 1723, pp. 2 y sig.

frecuentadas por fieras, y cuyos hostiles habitantes no poseían ninguno de los objetos de oro o de plata en cuya busca habían efectuado el viaje. El resultado de éste fué deplorable : los cincuenta y cinco aventureros no pudieron repartirse más que quinientos ducados[1].

Así, pues, la colonización de Venezuela parecía ser tan ingrata como improductiva, y, sin embargo, en los constantes esfuerzos que hicieron los soberanos españoles para establecerla puede verse una prueba elocuente de las buenas intenciones que les animaban. No es, como por largo tiempo se ha dicho, repitiendo lo adelantado por los primeros historiadores, no es como compensación de las crecidas cantidades que debía a los Welser, que Carlos Quinto arrendó Venezuela, en 1528, a aquellos poderosos banqueros de Augsburgo. Al contrario, fueron éstos quienes ofrecieron sus servicios a la Corona ; y la confianza que se tenía en la habilidad de los mineros de Alemania « para el descubrimiento de las vetas de oro, de plata y de otros metales que pudieran hallarse en las tierras y las islas » determinó a la reina Juana, entonces regente del reino, a establecer con Enrique Ehinguer y Jerónimo Sayler, mandatarios de los Welser, convenios en virtud de los cuales, y mediante ciertos títulos y ventajas, se comprometían éstos a entregar al Tesoro la mayor parte de los beneficios que se esperaba verles sacar de la colonia[2].

Cuando este privilegio les fué retirado definitivamente en 1556, gobernadores capaces, entre ellos Villegas, Pimentel, Osorio, en los siglos dieciséis y dieciocho, dedicaron sus esfuerzos a hacer que progresara Venezuela. En 1728 y hasta en 1785, la administración de la *Real Compañía Guipuzcoana* consiguió, a pesar de los excesos y de las torpezas de sus agentes, desarrollar en el país los elementos de una prosperidad a la que dió precisión el renacimiento borbónico. En fin, las misiones de los Padres capuchinos, fundadas en virtud de cédulas reales, desde fines del siglo diecisiete,

1. V. para este período de la historia de Venezuela, la obra tan ricamente documentada y tan concienzuda de JULES HUMBERT, *Les Origines Vénézuéliennes*, Paris, 1905.
2. Carta del 27 de marzo de 1528. V. HUMBERT, *L'Occupation allemande du Vénézuela au XVIe siècle*, 1905.

en los llanos de la Guayana, y que reunieron hasta 25 000 indios, no tuvieron, casi siempre, en vista más que « el bienestar de los indígenas y la grandeza de España[1]. »

Sin embargo, la penuria de las explotaciones mineras hizo que se descuidara a Venezuela para acudir a colonias más ricas. Al mismo tiempo que los Ingleses y los Holandeses establecían, sobre todo en la Guayana, un contrabando al cual estaban duramente sometidos los habitantes, los gobernadores alemanes y los capitanes españoles, incitados por idéntico furor de enriquecimiento, se entregaban a abominables crueldades sobre los indios, cuya pacificación no fué obtenida, y no del todo, sino hacia mediados del siglo dieciocho. La primera parte de la historia de Venezuela es mucho más rica que la de las demás regiones de las Indias Occidentales en exploraciones de loca audacia, en atrevimientos magníficos y en terribles aventuras. Por espacio de ciento cincuenta años, las proezas de los Alfinger[2], de los Lope de Aguirre, de Hohermuth[3], a quien, dice Herrera[4], « la fiebre del oro atormentaba de tal manera, que se volvió loco furioso »; Federmann[5] y de tantos otros, llenan las páginas de la sangrienta y maravillosa crónica de la Conquista.

1. Humbert, *Les Origines Vénézuéliennes*, *op. cit.*, p. 335.

2. O, según la *Allgemeine Deutsche Biographie*, *Dalfinger* (Ambrosio), aventurero alemán; recibió encargo de los Welser de Augsburgo de ir a ocupar, con el título de gobernador, la costa de Venezuela. Salió de Sevilla en 1528, llegó a Coro, y efectuó, en 1530 y 1532, expediciones en el interior; durante la última, llegó al Magdalena, y, herido en un combate con los indígenas, regresó a Coro, donde falleció.

3. Hohermuth (Jorge), conocido también con el nombre de Jorge de Spire, falleció en 1540. Aventurero alemán, enviado por los Welser para substituir como gobernador a Juan Alemán, muerto en 1533; salió de Sanlúcar en 1534, llegó a Coro al año siguiente, y en seguida se puso en camino para una importante expedición en el sur, la cual duró hasta en 1538, en el transcurso de la cual llegó a los afluentes de izquierda del Orinoco. Murió al ir a salir para una nueva expedición.

4. Antonio de Herrera, *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, 4 vol. en f°, Madrid, 1601-1615. Citado por Humbert, *L'occupation allemande*, etc., *op. cit.*, p. 56.

5. Federmann (Nicolás), aventurero alemán enviado a Venezuela en 1530. Salió el mismo año para un viaje a la cuenca norte del Orinoco, y regresó a Coro en 1531. Volvió a Augsburgo, y, en 1535, estaba

Este tal Federmann fué, con Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar[1], el héroe de la coincidencia, sin duda más extraordinaria, que pueda citar la historia. Impulsado por el deseo de apoderarse de El Dorado, salió Quesada de Santa Marta, el 6 de agosto de 1636, con 800 hombres y un centenar de caballos; en la misma época, Belalcázar, quien, más afortunado que sus compañeros, había efectuado ricas presas en el Perú, decidió emprender el descubrimiento del prestigioso país, y, a su vez, salió en busca suya; Federmann, atravesando los interminables llanos de Casanare y la inasequible barrera de los Andes orientales, sé encaminaba también hacia la misma empresa. A fines de julio de 1538, las tres partidas, compuestas exactamente del mismo número de supervivientes, 160, un sacerdote y un fraile, desembocaron del norte, del oeste y del este, en el mismo sitio de la Sabana de Bogotá. Vestidos con telas de algodón tejidas por los indios, los de Santa Marta observaban con extrañeza a los Venezolanos cubiertos de pieles de animales, y a los Peruanos vestidos de seda, con casco adornado de plumas. Fué aquél un momento de indecible estupor... Los tres campamentos, establecidos en triángulo en la llanura, parecían amenazarse « como fieras dispuestas a devorarse[2]. » Por fin los frailes gritan que aquello es un milagro, y abrazándose, renuncian los competidores a la fratricida matanza. Quedó convenido, mediante considerable rescate, el dejar a Quesada el gobierno del territorio...

El conquistador Diego de Losada[3], después de haber sometido la belicosa tribu de los Caracas, fundó, en 1567, con el nombre de *Santiago de León de Caracas*, la ciudad que había de ser la capital de Venezuela. Sus comienzos, contrariados por las luchas que de continuo provocaban los

de nuevo en Venezuela, marchando en seguida para la expedición que le condujo a la meseta de Santa Fe. Se ignora la fecha de su muerte. Ha escrito el relato de su primer viaje, el cual relato fué impreso en 1577.

1. Belalcazar o Benalcázar (Sebastián), conquistador español, hijo de un leñador. Acompañó a los Pizarros en la conquista del Perú, tomó posesión de Quito y sometió Popayán. Murió en 1541.

2. *Id.*, según Topf, *Deutsche Statthalter.*

3. Falleció en Tocuyo en 1569.

gobernadores con los indios del interior, por los ataques de los corsarios ingleses, y por la ausencia de toda vida económica, fueron muy lentos. En 1580, apenas había 2000 habitantes en Caracas; y, en 1696, el historiador Oviedo y Baños le da a lo sumo 6000. Interesados únicamente por los recuerdos de las heroicas atrocidades de sus antepasados, ocupados en distracciones religiosas que la sombría imaginación de las cofradías se ingeniaba menos en variar que en multiplicar, aislados del mundo, indolentes e ignorantes, los caraqueños, según expresión de un escritor venezolano[1], « hacían una vida que podría resumirse en estas simples palabras : comer, dormir, rezar y pasear; pero, añade el mismo autor, estos cuatro verbos eran conjugados en todos sus tiempos. »

Al conceder, en 1728, a imitación de lo que hacían los Ingleses para sus colonias de las Indias Orientales, a un cuerpo de comerciantes de las provincias vascongadas de Guipúzcoa, el monopolio exclusivo del comercio en Caracas y Cumaná, bajo la condición de armar a expensas suyas un número suficiente de barcos para purgar la costa de gente sospechosa[2], Felipe V iba, por fin, a poner término a aquel letargo, favorecido, por cierto, en todo el país por la casi nulidad de comercio con la metrópoli. Para dar una idea de tal situación, bastará con decir que la *Casa de Contratación* de Sevilla no menciona, en sus *Noticias*, la salida de ningún barco de los puertos de Venezuela para España, de 1706 à 1724[3]. La creación de las primeras factorías de la Compañía de Guipúzcoa hería gravemente el contrabando extranjero, lo cual motivó trastornos populares cuyos instigadores fueron, según toda probabilidad, los Holandeses de Curazao; pero el gobierno de la colonia, erigido desde 1733 en capitanía general, consiguió no obstante sofocarlos.

Ya desde 1739, y hasta 1749, a pesar de los servicios que

1. A. Rojas, *Leyendas históricas*, citado por Humbert, *op. cit.*, p. 149.
2. V. Soraluce y Zubizarreta, *Historia de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas*, Madrid, 1876. — Rojas, *Estudios históricos*, Caracas, 1891. — Humbert, *op. cit.*
3. Robertson, *Histoire de l'Amérique*, t. II, lib. VII, nota XCVI.

la Compañía hubo de prestar, durante ese mismo período, a España entonces en guerra con Inglaterra[1], la atinada administración de sus directores y de sus agentes modificó por completo las condiciones económicas de la provincia de Caracas y de las comarcas circunvecinas. Las selvas peligrosas, los pantanos, las áridas sabanas fueron substituídos por campos esmeradamente labrados y regados. En las haciendas hubo sabios cultivos. El café, el tabaco, el añil, y sobre todo el cacao, dieron fructuosas cosechas. Casas bien edificadas, almacenes espaciosos substituyeron a las guaridas de piratas y a las cabañas de pescadores de Coro y de Puerto Cabello, que, desde entonces, rivalizó con los mejores puertos de Costa Firme. Pronto iba a enorgullecerse Caracas con el título de *Cádiz occidental*[2].

No obstante, la Compañía se hacía odiosa a aquellos cuya prosperidad había ella asegurado. Sus representantes se conducían como déspotas. Por otra parte el bienestar hacía a los Venezolanos más sensibles al opresivo trato de los funcionarios coloniales. Los factores de la Compañía se negaban a toda concesión. Se tramaron conspiraciones. En 1749, los colonos, a cuyos ojos la Compañía, al extender hasta su límite extremo las prerrogativas que le habían sido concedidas por la Corona, personificaba cada vez más una dominación execrada, se sublevaron bajo el mando de Don Juan Francisco de León, « teniente de Justicia » de la población del valle de Caucagua, al este de Caracas.

Los propietarios y los campesinos, a cuya cabeza consintió ponerse el « capitán León », formaron una tropa de 9 000 hombres, la cual, « a son de tambor y con banderas desplegadas », se puso en marcha hacia Caracas. Los insurrectos, que cedieron al pronto ante las promesas del gobernador, empuñaron de nuevo las armas al ver que habían sido engañados. Entonces recurrió a medidas violentas el capitán general Ricardos[3], pero sólo en 1751 fué

1. El primer director de la Compañía en Caracas, Iturriaga, dirigió la defensa de La Guayra, cuando fué ésta atacada por la flota inglesa mandada por Knowles, el 3 de marzo de 1743.
2. Cf. Rojas, *Estudios históricos*, pp. 145 y sig.
3. Ricardos (Felipe), gobernador y capitán general de Venezuela, de 1752 a 1760.

cuando consiguió dominar la rebelión[1]. Restablecida en sus privilegios, después de un ruidoso proceso, la Compañía subsistió durante veinticinco años más, y, a pesar de haber perdido la adhesión de los habitantes de Venezuela, no por esto dejó de seguir desempeñando un papel eminentemente civilizador.

La institución de la Compañía Guipuzcoana había acrecido mucho, durante el largo período de su funcionamiento, la importancia del elemento vascongado, cuyas primeras emigraciones, en esta región del Nuevo Mundo, remontaban a los primeros días de la Conquista. En efecto, numerosos vascos acompañaban a Colón y a Ojeda. Las cualidades de la « raza milenaria, falta de expansión en sus gargantas de los Pirineos[2] », su índole aventurera, su intrepidez, su espíritu práctico y su constancia, se armonizaban esencialmente con los peligros remuneradores de las nuevas invasiones. La Conquista tuvo en los vascos a sus más fieros y brillantes capitanes, al mismo tiempo que suministraban a la Colonización sus más hábiles agrónomos.

Les veremos figurar también, así en Chile, en la Plata, en Méjico y en el Alto Perú como en Venezuela, en la primera fila de los Próceres de la Independencia, y a la raza de los « gigantes de la montaña[3] » pertenece también Bolívar.

El primer representante en América de la familia del Libertador lleva su mismo nombre de pila. En 1587, Simón de Bolívar[4], señor de la *Rementeria* de la « villa »

1. León, declarado « rebelde y traidor a la Corona », fué encarcelado en España, adonde había sido deportado con sus dos hijos. Rescató su pena aceptando más tarde el servir en las tropas enviadas para reprimir la rebelión de las colonias africanas. León se distinguió por su valor, y murió después de su regreso a la Península.

2. MICHELET, *Notre France*.

3. *Id*.

4. O mejor dicho *Bolibar* — originariamente *Bolibarjáurregui* (prado del molino), ANTONIO DE TRUEBA, *Venezuela y los Vascos* (en la *Ilustración Española y Americana*, 1876, estudio reproducido por ROJAS, *Orígenes Venezolanos*, pp. 127 y sig. — « El molino, dice Humbert, había existido realmente en el alegre prado que costea el modesto río de Ondarroa, al pie del monte Oiz. El solar, la « casa infanzona » de los Bolíbar se alzaba en el burgo de este nombre, en donde habían edificado la iglesia de Santo Tomás. Compuesto de

de Bolívar en Vizcaya, cuyos antepasados se habían ilustrado, en el siglo once, en las luchas contra los obispos de Armentia, combatiendo con energía por el mantenimiento de las libertades del pueblo vasco[1], llegó a Venezuela con el gobernador Don Diego de Osorio y Villegas, su pariente[2]. Las relevantes aptitudes de Simón de Bolívar le valieron, en 1590, ser enviado, en calidad de « Procurador y Comisionado Regio », cerca de Felipe II, y obtener de este soberano la concesión de medidas juzgadas necesarias para el mejoramiento moral y material de la colonia. Los primeros historiadores de Venezuela hablan ya con elogio[3] de este antepasado, que compartiendo, a su regreso, la magistratura suprema con Osorio, fundó ciudades y pueblos, distribuyó tierras, fomentó la agricultura y el comercio cuanto era posible en aquellas épocas trágicas. Es más, Simón de Bolívar pensó hacer de Caracas, que por cierto le debió sus armas y escudo (una venera que sostenía un león rampante coronado, en la cual figuraba la cruz de Santiago[4]), un centro intelectual capaz de rivalizar con los que comenzaban a formarse en otras partes, más favorecidas, de las Indias Occidentales[5].

Emparentados con las más nobles casas de Navarra, de Galicia y de Andalucía que se establecieron en Venezuela, tales como los Villegas, los Andrade, los Ponte, los Narváez, los descendientes del « Procurador » no desmerecieron de su ilustre origen. Hicieron construir a expensas suyas el puerto de La Guayra, los caminos principales, y fundaron las hermosas colonias agrícolas de los valles de Aragua y del Túy, en donde en gran número se habían reunido las principales familias vascas de la capi-

casas dispersas en las orillas del Ondarroa, y habitado por unas seiscientas almas, el pueblo actual de Bolíbar, a siete leguas de Bilbao, forma parte de la *anteiglesia* de Cenarruiza, una de las ciento veinticinco pequeñas repúblicas que constituían, antes de la abolición de los « fueros », el Señorío de Vizcaya. » *Origines Venezuéliennes*, *op. cit.*, p. 57.

1. *Id.*

2. *Id.* V. también Flores de Ocariz, *Libro primero de las Genealogías del Nuevo Reino de Granada*. Madrid, 1664, t. I, p. 262.

3. Oviedo y Baños, *op. cit.*

4. Rojas, *Estudios históricos*, p. 138.

5. Humbert, *Oríg. Venez.*, p. 63.

tanía en la época de la dispersión de la Compañía guipuzcoana. Desmontada y cultivada bajo su dirección, desde comienzos del siglo dieciocho, aquella vasta región, que se extiende desde el lago de Valencia hasta orillas del Portuguesa y del Apure, se cubrió de las plantaciones y de los pastos más ricos de Venezuela. En 1722, Juan de Bolívar y Villegas puso allí los cimientos de la ciudad de San Luis de Cura[1]. Varias « reales cédulas » confirmaron a sus herederos el « señorío » de las comarcas circunvecinas, en donde no tardaron en establecer florecientes haciendas.

El nieto de Juan, Don Juan Vicente, marqués de Bolívar y Ponte, poseía, a más del dominio de Cura, el señorío igualmente patrimonial de Aroa. También tenía el título de vizconde de Caporete. Casado en 1773 con Doña Concepción de Palacios Blanco, dama noble asimismo, y de notable hermosura[2], tuvo de ella cuatro hijos[3], de los cuales el último, Simón, vino al mundo en Caracas, en la noche del 24 al 25 de julio de 1783[4].

1. Una memoria redactada con este motivo, en loor de Juan de Bolívar y Villegas, enumera los títulos de gloria, no sólo del fundador de Cura, sino de sus antepasados paternos y maternos, remontando hasta los primeros de ellos que vivieron en Venezuela. Es mencionada por primera vez por Humbert, *Origines Vénézueliennes*, p. 34, quien la consultó en el *Archivo Nacional histórico* de Madrid, y tiene el título siguiente : *Relación de los méritos y servicios de D. Juan de Volivar Villegas, Poblador y Fundador de la villa de S. Luis de Cura, en la provincia de Venezuela, en obsequio de Su Majestad, y los de su padre y demás ascendientes por ambas líneas.* Madrid, Arch. Nac., legajo 848.

2. O'Leary, *Memorias*, t. I, cap. I, p. 3.

3. 1º Juan Vicente, nacido en 1788 en Caracas, muerto en mar en agosto o septiembre de 1810 (V. *infra*), tuvo tres hijos : Juana, Felicia, que casó con el General Laurencio Silva, y Fernando, que falleció sin posteridad.

2º María Antonia, que casó con Pablo Clemente y Palacios.

3º Juana, casada con Dionisio Palacios.

4. Partida de bautismo de Bolívar. « En la Ciudad Mariana de Caracas, en 30 de Julio de 1783 años, el Doctor Don Juan Felix Jeres y Aristeguieta, presbítero, con licencia que yo el infrascripto Teniente Cura de esta Santa Yglesia Catedral le concedí, bautizó, puso óleo y Crisma y dió bendiciones a Simón, José, Antonio, de la Santisima Trinidad, párvulo, que nació el 24 del corriente, hijo legítimo de D. Juan Vicente Bolívar y de Doña María Concepción Palacio y Sojo, naturales y vecinos de esta Ciudad. Fué su padrino D. Feliciano Palacio y Sojo a quien se advirtió el parentesco espiritual y

Así en Venezuela cómo en las demás colonias, sentíanse los felices efectos de las reformas de Carlos III. Era general el bienestar. El comercio prosperaba. Las aduanas hacían ingresar importantes recursos en las arcas del tesoro; habían sido disminuidos los impuestos; el cacao, el café enriquecían a los *hacenderos*; los llanos producían vigoroso ganado, exportado por los colonos, en gran cantidad, a las Antillas[1].

El conde Felipe de Ségur[2], que en uno de los buques de la flota de M. de Vaudreuil[3] regresaba de los Estados Unidos, con dirección hacia Francia, y a quien los azares de la navegación condujeron hacia la Costa Firme apunta, en una amenísima página de sus *Memorias*, la impresión que conservaba de su estancia en la capital de Venezuela, y de los valles cercanos. Dice : « La existencia[4] parece tomar aquí, actividades nuevas para hacernos gozar de las más suaves sensaciones de la vida. Si no fuera por los frailes inquisidores, por los adustos alguaciles, por algunos tigres, y por los empleados de un intendente general ávido, casi habría pensado que el valle de Caracas era un rincón del paraíso terrenal.... » Con sus lindas casas claras, de tejas rojas, rodeadas de jardines siempre floridos, sus ruidosas plazas, sus calles estrechas y tranquilas, sus

obligación. Para que conste lo firmo. Fecha *ut supra* ». Bachiller Manuel Antonio Fajardo. (Rúbrica) *Sacado de los libros parroquiales de la la Iglesia Metropolitana de Caracas*, año 1783.

1. Humboldt, *Voyage aux Régions equinoxiales*, lib. IV, cap. VII, habla de unas 30 000 cabezas anualmente.

2. Ségur (Louis-Philippe, conde de), nació y falleció en París, 1753-1830). Voluntario en la expedición mandada por Rochambeau, y enviada en socorro de los Norteamericanos, embajador en San Petersburgo, Roma y Berlín, gran maestro de ceremonias en la corte imperial, etc. Él mismo ha resumido, en un pasaje de sus *Memorias* los distintos puestos que ocupó durante su aventurera vida. « El azar ha querido que fuese, sucesivamente : coronel, oficial general, viajero, navegante, cortesano, hijo de ministro, embajador, negociador, prisionero, cultivador, soldado, elector, poeta, autor dramático, colaborador de periódicos, publicista, historiador, diputado, consejero de Estado, senador, académico, y par de Francia ».

3. Vaudreuil (Louis-Philippe Rigaud, marqués de), marino francés; nació en 1725, falleció en 1802. Jefe de escuadra en 1777, tomó gran parte en las campañas navales de la guerra de la Independencia americana. Diputado en los Estados Generales (Francia) en 1789.

4. Ségur, *Mémoires et souvenirs ou anecdotes*. Paris, 1827, t. I, p. 446.

iglesias y sus puentes, muellemente tendida sobre las suavizadas pendientes del monte Avila cuyas grisáceas cumbres se pierden en las nubes, Caracas ofrecía seguramente a la vista un panorama lleno de frescura y de gracia. La ciudad parecía formar parte del campo, en donde las límpidas aguas del Guaire corren entre céspedes a los pies de copudos árboles vibrantes de cantos de pájaros. Era entonces, después de México y Lima, la tercera, como importancia, de las capitales de Sudamérica, y su población ascendía a cerca de 45000 almas [1].

No obstante, las familias de alta alcurnia, como la familia Bolívar, cuya fortuna estaba constituída sobre todo por bienes raíces, preferían, a la existencia, a pesar de todo algo monótona y sin vida, de Caracas, la existencia más amplia y señoril de su dominios.

Consistía ésta : durante el día, en detenidas visitas por los cultivos, en compañía de los administradores, alternando con las cacerías los paseos a caballo, o las giras campestres. Al anochecer, después de tocar la campana la *oración*, comenzaba, bajo la galería de la imponente morada central, el largo desfile de los esclavos que acudían a solicitar del amo que autorizara un casamiento, que aceptara el padrinazgo de un recién nacido, que curara a un enfermo, que zanjara una contienda. Tratados con dulzura, aquellos hombres querían a su señor, a su *amo*, como decían ellos con intención de afectuoso agradecimiento. En San Mateo, en Cura, haciendas de la familia Bolívar, llevaban filialmente, según la moda de entonces, el nombre patronímico de Don Juan Vicente, quien, cual reyezuelo patriarcal, reinaba sobre aquel sumiso pueblecito [2].

A veces, después de la cena, la familia se sentaba en un lado del vasto patio, sin más techo que el cielo, atenta a las historias o leyendas que contaba algún viejo negro. Casi siempre se trataba de las inagotables hazañas del

1. V. de Pons, *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme de l'Amérique Méridionale, contenant la description de la Capitainerie Générale de Caracas*. 3 vol., in-8º, Paris, 1806, t. I.

2. V. Briceño, *Caracas*, en el *Papel Periódico Ilustrado de Bogotá*, año III, p. 74.

Tirano Aguirre[1], figura legendaria de los primeros tiempos de la Conquista, cuya alma, manchada de horribles maldades, y ahora, lucecita azotada por el viento de la noche, aparece en forma de fuegos fatuos en las llanuras de Barquisimeto y de la costa de Burburata, o, a veces aún, sobre el « Samán », especie de cedro colosal y centenario, orgullo de la selva vecina, y cuya cumbre, que se veía desde la casa misma de Bolívar, despedía a veces tenues resplandores fosforescentes[2]. Bajo las miradas sonrientes de los padres, a quienes divertían aquellos relatos, la negra Matea, encargada de tener en brazos al *amito Simón*[3], sentada en la primera fila del auditorio, se extasiaba al oír todo aquello, en tanto que el niño, alelado, fijaba sus grandes ojos negros sobre el narrador.

1. El « tirano Aguirre », originario de Oñate en la provincia de Guipúzcoa, cuyas aventuras habían quedado, hasta estos últimos años, en el dominio de la leyenda, ha sido estudiado por Rojas (*Estudios históricos*, 1891), y, sobre todo por Humbert (*Origines Vénézueliennes*, 1905, pp. 38 a 50). Las pacientes investigaciones de nuestro compatriota han dado publicidad a un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (Mss. I, 136), que precisa los puntos de la vida de Aguirre que habían quedado en la obscuridad. « Feo, flaco, cojo y manco », López de Aguirre, que desembarcó hacia 1550 en las Indias Occidentales, recibió encargo, en 1557, al mismo tiempo que Pedro de Ursúa, del virrey del Perú, marqués de Cañete, de conquistar el reino de los Omaguas, que se suponía entre el Amazonas y el Orinoco, en la Guayana venezolana, y en el que situaban El Dorado los peruanos. Aguirre se rebeló durante el viaje, asesinó a su compañero, se declaró él mismo « traidor hasta la muerte ». Durante cuatro años, a la cabeza de una banda de forajidos, a quienes incitaba a « robar, matar y a hacerse moros, gentiles o judíos, con tal que quedaran sometidos a él », sembró el terror en todo Venezuela. Su estancia en la isla Margarita fué señalada por crímenes atroces. Mató al gobernador, a su mujer, a sus hijos, saquéo todas las ciudades, y exterminó a la mayoría de sus habitantes. Los « Pobladores » Guevara y Paredes tuvieron que movilizar todas las tropas disponibles de la región de Barquisimeto para apoderarse del « traidor ». Le cercaron en una casa de dicho pueblo el 27 de octubre de 1561. Aguirre mató a su propia hija, « que había sido testigo de todos sus crímenes y el consuelo de todas sus penas », se negó a entregarse, y fué asesinado por sus soldados, que temían verse vendidos por su antiguo jefe. Sus restos fueron conducidos a las ciudades de Venezuela y desparramados por los caminos públicos.

2. Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, Santiago de Chile, 1882, in-8°, p. 22.

3. V. *Papel Periódico*, etc., t. III, p. 74. Notas de Briceño, quien, en 1883, vió a aquella antigua esclava, que entonces tenía 110 años, y habló con ella. Matea Bolívar no falleció hasta en 1886, y sus exequias fueron celebradas a expensas del municipio de Caracas.

II

Después del fallecimiento de su marido, que sobrevino en 1786, Doña Concepción de Bolívar no volvió casi a sus haciendas sino en los meses de verano. Retenida en Caracas por la mala salud de su padre, que tenía ya mucha edad, habitaba, el resto del año, la casa solariega de la plaza de San Jacinto[1], de fachada clara y sencilla, semejante a la mayor parte de las construcciones de los tiempos coloniales; paredes espesas, altas ventanas con reja, y adornadas por sencilla moldura. Por encima de la pesada puerta claveteada de cobre, que se abría sobre un zaguán con piso de mosaicos de forma de tabas, ostentábase, rodeado de lambrequines, el escudo « en campo azul, una torre blanca con guirnalda de cinco almenas y tres gradas al pie, sostenida por dos leones de oro empinantes á la torre, con el un pie en la primera grada », que son las armas de la familia Bolívar[2].

Esta silenciosa morada no se animaba, como todas sus semejantes, sino con motivo de las fiestas del Jueves Santo, del Corpus Cristi, de Santiago, que desencadenaban en Caracas un verdadero vértigo[3]. Las calles, tranquilas habitualmente, se cubrían de flores; se abrían las ventanas, aderezábanse las señoras de pies a cabeza, ostentando las más ricas joyas para ver pasar al Santísimo, llevado bajo magnífico palio a la cabeza de la procesión, seguida por los milicianos con traje de gala, las corporaciones de la ciudad, y la mayoría de la población[4]. La venta de la « bula de la Santa Cruzada[5] », el día de San Juan, y, también, el nacimiento o el cumpleaños de los reyes y de los infantes de España, los besamanos de la capitanía

1. Más tarde, « plaza de El Venezolano ». Hoy día, calle Sud 1. El terremoto de 1812 hizo desmoronarse el piso superior de la casa, que fué reparada después, y que sigue en pie.

2. Flórez de Ocáriz, *op. cit.*, p. 262.

3. Humbert, *Orig. Vénéz.*, *op. cit.*, p. 158.

4. V. Rojas, *Leyendas históricas*, II, *passim*.

5. Bula concedida por el Papa, en la época de las Cruzadas, a los que iban a Tierra Santa, extendida luego a los que combatían contra los Moros, y a los *Adelantados*, que se dedicaban a la civilización de los « gentiles » en las Indias Occidentales. La bula constituía un gran comercio en el Nuevo Mundo.

general, eran también motivo de ceremonias después de las cuales había regocijos populares.

Los criollos aprovechaban aquellos días de fiesta para visitarse ceremoniosamente. Entonces hacía abrir doña Concepción los « salones de gala », vastas piezas adornadas de hermosos tapices, cortinones, colgaduras, amuebladas de sillas y sofaes con asiento de cuero, y pesadas mesas con pies dorados. Una hilera de altas butacas llamadas los « asientos de honor », daba cara a la « cama de adorno », de madera esculpida, recargada de dorados y cubierta de una colcha enriquecida de bordados y encajes [1]. En una de las piezas abiertas en los dos extremos del salón, los hombres, que a de Ségur le habían parecido « demasiado graves y taciturnos », jugaban al tresillo; en cambio, las señoras « tan notables por la belleza de sus facciones, por la riqueza de sus tocados, por la elegancia de sus modales como por la viveza de una coquetería que sabía muy bien hermanar la alegría con la decencia [2] », ejecutaban trozos de canto.

Un tío de Dª Concepción, el Padre Sojo, había sido el introductor de la música clásica en Venezuela, y la lectura de las partituras de Mozart, de Pleyel y de Haydn, que acababan de enviarle los dos naturalistas alemanes Bredmeyer y Schultz, con quienes había estado en excelentes relaciones en el trancurso del reciente viaje de éstos a Venezuela [3], formaban el atractivo principal de aquellas reuniones. Los convidados eran personas escogidas y distinguidas : Don Francisco Carlos y Don Feliciano Palacios, tíos maternos de Bolívar; Bartolomé Blandin, hijo de un francés [4], muy aficionado a música, discípulo del Padre Sojo, como también sus hermanas : María de Jesús y Manuela, « quienes, a sus virtudes domésticas, unían una educación superior [5] »; José Miguel Sanz [6], jurisconsulto

1. V. de Pons, *Voyage*, etc., *op. cit.*, III, pp. 63 y sig.
2. Ségur, Mémoires, etc., *op. loc. cit.*
3. Rojas, *Ley. hist.* I, p. 15. — V. también Plaza, *Ensayo sobre el arte en Venezuela*, in-4º, 1883, p. 95.
4. Pierre Blandin; llegó a Caracas en 1740, y, al año siguiente, fundó allí la primera farmacia.
5. Rojas, *Ley. hist.*, I, p. 15.
6. Sanz (José Miguel), nació en Valencia (Venezuela), en 1754.

de talento; los hermanos Ustáritz, cuya casa era una especie de Academia literaria particular; el físico Rafael de Escalona; el caballero de Aristeguieta y sus hijas, una de las cuales, Ermenejilda, dice también de Ségur, « parecía el vivo retrato de la condesa Jules de Polignac[1]. »

Simoncito, como le llamaban entonces, era festejado, mimado por todos. Las travesuras, la gracia, las reflexiones de niño despierto y precoz que fué en edad muy temprana, su voluntad ya muy acusada hacían de él un personaje en miniatura al que daban importancia, y el niño sabía sacar partido de tantos halagos. Cuando cumplió siete años, el obispo de Caracas, según la costumbre colonial, le administró la confirmación, y, muchos años después, hablaba el Libertador de los innumerables regalos que recibió aquel día.

Aquellos continuos mimos no tardaron en hacer que resultara incorregible Simoncito. Mostrábase entusiasta, fogoso, indómito, se enfurecía con facilidad, sin hacer caso de las reprensiones. No obedecía a casi nadie más que a Don Miguel Sanz, a quien la Audiencia de Santo Domingo, en cuya jurisdicción especial se hallaba la capital venezolana, había nombrado administrador *ad litem* de un mayorazgo legado al hijo menor de Don Juan Vicente por su pariente Don José Félix Aristeguieta.

Propuso Sanz a Doña Concepción llevarse al niño por algún tiempo, y la buena señora, que no conseguía hacer carrera del terrible Simoncito, consintió gustosa. Pasó el niño cerca de dos años en la casa de los Sanz[2], compar-

Jurisconsulto, escritor de talento y orador notable, fué uno de los que firmaron el Acta de Independencia de Venezuela. Perseguido cuando capituló el general Miranda, estuvo preso en La Guayra y en Puerto Cabello. Recibió encargo de Bolívar, al mismo tiempo que Francisco Javier Ustáritz, de redactar el proyecto de Constitución de 1813. Después del desastre de la Puerta, tuvo Sanz que emigrar a la isla Margarita, y, en el transcurso del viaje, perdió los manuscritos de una importante *Historia de Venezuela*, casi terminada. En 1814 se reunió con el general Rivas, y pereció en el combate de Urica, el 5 de diciembre de aquel mismo año. Sanz ejerció, de 1786 a 1788, las funciones de administrador *ad litem* del mayorazgo de Bolívar.

1. Segur, *Mémoires, op. loc. cit.*

2. Todavia existe en Caracas, en la Calle Sud 5, nº 9, la casa de J. M. Sanz.

tiendo el tiempo entre las vagas lecciones que le daba un capuchino, el Padre Andújar [1], y paseos con su tutor por los alrededores de la ciudad. El grave D. Miguel aprovechaba aquellos paseos para ilustrar a su pupilo, quien de continuo le hacía preguntas y que tenía mucha retentiva. Con frecuencia salían a caballo; montaba Sanz un soberbio alazán que Simón, instalado prudentemente sobre un borriquillo negro, miraba con envidia. Un día en que el niño excitaba a su harto sosegada montura, empeñado en dejar atrás al hermoso caballo de su compañero, le dijo éste : « No hay que agitarse de esa manera, Simón. Usted no será jamás hombre de a caballo... — ¿Qué quiere decir hombre de a caballo? » preguntó en el acto el rapaz. Y, ya que D. Miguel le hubo dicho que, el hombre de a caballo es aquel que sabe montar y manejar bien un caballo, replicó el niño con su acostumbrada viveza : « ¿Y, cómo podré yo ser hombre de a caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña [2]? »

Pero, ya iba creciendo Simón, y había llegado el momento de pensar en su educación. A pesar de que la enseñanza superior estaba, en aquella época, bastante adelantada en los colegios y en las universidades de Sudamérica, siendo hasta notable en ciertas capitales, la instrucción primaria estaba, en general, muy descuidada. Los jóvenes criollos aprendían a leer en su familia; un fraile, las más veces, les inculcaba rudimentos bastante ineptos de historia sagrada, de gramática, y, si acaso, de aritmética, con lo cual quedaban preparados para entrar en el colegio, y sólo entonces comenzaban a recibir lecciones más útiles y mejor concertadas. La universidad de Caracas, única por cierto que existía en Venezuela, estaba menos adelantada que las de las demás grandes ciudades coloniales [3]. El fondo

1. Algunos años más tarde, en 1800, el P. Andújar acompañó a Humboldt y a Bonpland en la expedición que efectuaron éstos de Caracas a Barinas, a la Sierra de Mérida y a Angostura de Guyana, después de haber bajado el Orinoco. V. *Lettres Américaines d'Alexandre de Humboldt*, par Hamy. Carta al barón de Forell, de Caracas, 3 de febrero de 1800, p. 66.

2. Rojas, *Leyendas históricas*, II, p. 255. Esta anécdota le fué contada a Rojas por los propios hijos de J. M. Sanz.

3. V. García del Río, *La Instrucción en la América colonial a principios del siglo XIX*. Caracas, 1886.

de su enseñanza se reducía al latín, porque era necesario para el estado eclesiástico, a la jurisprudencia civil y canónica enseñada según métodos tan huecos como intolerantes, y, en fin, a una medicina en la que casi todo era teoría[1]. Razón por la cual los padres acomodados solían enviar a sus hijos a México, a Santa Fe, y, sobre todo, a Europa.

Tal había sido el proyecto de D. Juan Vicente para sus hijos; pero la madre, y, sobre todo, el abuelo de Simón, antiguo aristócrata de ideas medioevales, distaban mucho de adherirse a tales planes. Les repugnaba también el separarse de un hijo tan querido; y, desde que le vieron adelantar en edad, se preocuparon por encontrarle un preceptor en Caracas. Andrés Bello[2], de poca más edad que Simón Bolívar, le fué dado a éste, mientras tanto, como profesor. Bello era, en efecto, un verdadero pequeño sabio. Sus éxitos escolares, dice uno de sus biógrafos[3], le habían valido tal reputación en toda la ciudad, que las familias le pedían que diera instrucción a sus hijos. Enseñó a Bolívar, cuya inteligencia ya notable rescataba los defectos del mal colegial que seguía siendo, un poco de geografía y de aritmética. Mientras tanto, Andújar, a quien, a falta de alguien mejor, había sido agregado el P. Negrete, capuchino, le enseñaba gramática, y un amigo de la familia, Guillermo Pelgrón[4], le daba las primeras lecciones de latín.

Un joven caraqueño, cuya palabra elegante y fácil, cuya

1. Humbert, *Orig. Vénéz.*, *op. cit.*, p. 184.

2. Bello (Andrés). Nació en Caracas, el 30 de noviembre de 1780; falleció en Santiago de Chile el 15 de octubre de 1865. Uno de los sabios y literatos más notables de la América española. Empleado en la Capitanía general de Venezuela, en 1808, formó parte, en 1810, de la Delegación venezolana a Londres (V. *infra*, lib. III, cap. II, § 5). En 1822, entró al servicio de la República de Chile, fué secretario de la legación chilena en Londres (1822-1824). Senador, director del ministerio de relaciones exteriores, y, después, rector de la universidad de Santiago, desde 1843 hasta su muerte. La Academia Española le nombró, en 1851, miembro honorario. Bello ha dejado numerosísimos escritos. Sus poemas cuentan entre las más hermosas producciones de la lengua española. Redactó el *Código civil chileno*, y publicó muchas obras, entre las cuales hay que citar: *Lecciones ds Ontología y métrica* (1835), *Principios de Derecho Internacional* (1844), y *Gramática de la lengua castellana* (1847).

3. Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, *op. cit.*, p. 26.

4. Pelgrón (Guillermo) fué uno de los actores principales de la jornada del 19 de abril de 1810, en Caracas. Cf. lib. II, cap. II, § 3.

erudición, y, sobre todo, cuyas teorías políticas fijaban, desde hacía algunas semanas, la atención de los familiares de la « academia » de los Ustaritz : Simón Rodríguez, acababa de llegar muy oportunamente, de un largo viaje al extranjero, para sacar de apuros a la familia de Bolívar. Seducido también D. Miguel Sanz por las cualidades de aquel joven, dió su consentimiento, y desde aquel momento y para largo tiempo, tuvo el joven Bolívar un maestro y un amigo.

Singular figura, la de Simón Rodríguez[1]. El único retrato que de él conocemos lo muestra ya de edad y algo encorvado, pero conservando aún, en la mirada recta bajo las gafas, toda la viveza sana de esos ojos obscuros que se ven en los pasteles de La Tour; labios delgados, nariz larga y descarnada; barbilla pronunciada y cuadrada; el conjunto tiene cierto aire de Francia, y, a no ser por la deplorable factura del retrato en cuestión, compensada, dice la tradición, por el gran parecido con el modelo, darían ganas de creer que ha sido tomado de alguna galería de los filósofos franceses del siglo dieciocho[2].

Nacido hacia 1771, de Don Cayetano Carreño y de Doña Rosalía Rodríguez, y quedado huérfano en edad temprana, tal disputa tuvo, a los catorce años, con su hermano mayor[3], que, para no tener, en lo sucesivo, nada de común con él, tomó el nombre de su madre, sentó plaza de grumete en un navío que estaba a punto de hacerse a la vela, y llegó a Europa, viviendo, sucesivamente, en España, Alemania, y Francia.

Extraña en verdad debió de ser la odisea de aquel ado-

1. Amunátegui, *Biografía de Simón Rodríguez*, Santiago de Chile, 1876. *Libro de el Centenario*, Bogotá, 1884, p. 73. — O'Leary, *Memorias*, cap. I y *Correspondencia*, etc., t. I, pp. 350 y sig., y t. IV, p. 362; t. IX, p. 511; t. XXIX, p. 341; t. XXX, p. 108. — J. Gil Fortoul, Prefacio para la obra de Schryver, *Esquisse de la vie de Bolivar*, Bruselas, 1899. — Rojas, *Leyendas históricas*, t. II, pp. 262 y sig. — Eloy G. González, *Al Margen de la Epopeya*, p. 25. — Mitre, *Historia de San Martín*, t. III, cap. XXXVI, etc.

2. En el Museo Nacional de Bogotá (nº 161 del Catálogo). Es, probablemente, de 1825.

3. Cayetano Carreño nació en Caracas, el 7 de agosto de 1766. Discípulo del P. Sojo, uno de los mejores músicos de Venezuela. Es, sobre todo, autor de un oratorio : La *Oración del Huerto*, de elevada inspiración y de irreprochable técnica.

lescente recorriendo a pie los caminos del antiguo mundo, y es de lamentar que sólo vagas alusiones haya dedicado a aquella época, en las pocas cartas que de él se conocen. Por cierto que hubo de renovar, y más de una vez, aquella odisea, dando, de su temperamento inquieto que le movió a repetidos viajes, esta ingeniosa excusa : « Yo no quiero parecerme a los árboles, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, y a todas esas cosas que marchan sin cesar[1] ». No obstante, en 1790 volvió a su ciudad natal para recoger un modesto patrimonio, y allí se casó con Doña María Ronco, de quien tuvo, cinco y seis años más tarde, dos hijos, a quienes, por su afición a la Revolución francesa y ateniéndose al calendario de Fabre d'Eglantine, puso, resueltamente, nombres de legumbres[2].

Entre tanto, y desde su llegada a Caracas, Rodríguez había buscado lecciones que le ayudaran a vivir, y, al mismo tiempo, le permitieran dedicarse a la pedagogía, objeto de su inclinación favorita. La lectura del *Emile* le había revelado su vocación. En espera de que algún feliz acontecimiento le permitiera experimentar por sí mismo los métodos de Rousseau, trataba de popularizarlos, y estaba escribiendo una importante memoria que, poco después, presentó él a la municipalidad de Caracas, con este título : *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*[3].

Si bien el influjo de Rousseau sobre la juventud que llevó a cabo la influencia sudamericana fué tan efectivo y duradero como el que ejerció sobre los hombres de la Revolución francesa, en ninguno de los discípulos del prodigioso ginebrino se nota más singularmente — y más

1. Rojas, *Ley. hist.*, *op. cit.*, p. 265.

2. Plaza, *Historia del Arte*, etc., al citar este rasgo, no explica su origen, atribuyéndolo a la manía de singularizarse que, según él, caracterizaba a su compatriota.

3. El manuscrito, dice Humbert (*Orig. Vénéz.*, *op. cit.*, p. 185) fué estudiado seriamente por todos los concejales, y, el 25 de junio de 1795, votaron el aumento del número de escuelas, decretando que se establecería una en cada parroquia. Además, concedían a Rodríguez un testimonio escrito de la estima que les merecían sus servicios y su intervención en favor de la juventud caraqueña.

sugestivamente — esa influencia, que en Simón Rodríguez. En este sentido hay que considerar sobre todo al preceptor de Bolívar, único hombre entre cuantos han tratado al Libertador, que haya ejercido alguna acción sobre su espíritu. Nunca se dirá lo bastante hasta qué punto ha tenido consecuencias sobre la formación del mundo moderno el « fenómeno histórico [1] » que fué Rousseau, y, acerca de esto, la instauración de las nacionalidades del nuevo mundo ofrecería un campo de observación tan nuevo como fértil.

Las ideas subversivas de Juan Jacobo Rousseau, su sentimentalismo, y, también, la seducción, el énfasis declamatorio y no obstante magnánimo de su estilo, habían, por fuerza, de llegar al corazón mismo de la juventud liberal del Nuevo Mundo, y de arrebatar deliciosamente su imaginación, entusiasta y fogosa como ninguna. A estas cualidades, arraigadas en él como en sus compatriotas y por los mismos motivos, añadía Rodríguez disposiciones particulares que hicieron de él, durante toda su existencia, una especie de caricatura de Juan Jacobo. Las excentricidades, las debilidades o las manías del angustiado escritor de las *Confesiones* reviven incorporadas en el *dromomano* [2] impenitente, en el preceptor sistemático, en el sofista, y, en fin, en el visionario hipocondríaco, que, al renunciar, en 1840, a la pedagogía por el comercio de velas en Valparaíso, decía a un visitante : « Yo que desearía hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí [3]. »

No tardó Simón Rodríguez en tener mucho imperio sobre el joven Bolívar, cuya dirección exclusiva le iba siendo abandonada cada vez más. En efecto, doña Concepción falleció en julio de 1792, y, a los pocos meses, murió también su padre, Don Esteban, y luego Don Carlos Palacios, fueron sucesivamente nombrados tutores de los hijos de D. Juan Vicente. Carlos Palacios, hombre apacible

1. La expresión es de Melchior de Vogüé.
2. Doctor Regis, *La Dromomanie de Jean-Jacques Rousseau*, Burdeos, 1909.
3. Rojas, *Ley. hist.*, II, p. 295.

y al que asustaban las responsabilidades, creyó cumplir cabalmente con su deber respecto de sus sobrinos dejando a Rodríguez toda latitud para que continuara, según lo entendiera, la educación de ambos jóvenes. Rodríguez daba también algunas lecciones a Juan, el primogénito, que era, como temperamento, todo lo contrario de Simón, pues era sosegado y aplomado; además, resultaba una figura borrosa al lado de su hermano menor; sin embargo, a pesar de una corta y melancólica existencia, prestó, como más tarde veremos, servicios a su patria. Y, finalmente, Don Miguel Sanz hizo transmitir a Rodríguez la tutela del mayorazgo de Simón[1].

Investido de la suerte de omnímoda autoridad sobre su discípulo predilecto, pensó entonces Rodríguez en realizar un proyecto particularmente grato a su corazón, el de tratar de poner en práctica el sistema por excelencia de educación preconizado por Rousseau. El niño que le había sido confiado era, como debe ser *Emilio*, « rico », « de gran linaje », « huérfano », « robusto y sano[2] », y, a su vez, ¿no realizaba Rodríguez el ideal del preceptor deseado por Juan Jacobo? « Joven », « prudente », « célibe e independiente », « un alma sublime[3] », cualidades o atributos a que podía pretender Simón Rodríguez, quien, por entonces, tenía veintiún años, gozaba de la reputación de ser el mejor profesor de la ciudad, esposo más que descuidado, y a quien su extremada independencia de aficiones y de carácter permitía trato íntimo con los más amplios pensamientos... Se dedicó, pues, al « difícil estudio de no enseñar nada a su discípulo[4] ». A fin de que pudiera éste quedar en el « estado natural » y prepararse a justificar el axioma según el cual « la razón del sabio suele asociarse al vigor del atleta[5] », Rodríguez prolongó la estancia en el campo, y consiguió al menos desarrollar en Bolívar la maravillosa aptitud a los ejercicios corporales, llegando a ser el andador incansable, el notable jinete, el intrépido

1. Rojas, *Ley. hist.*, *op. cit.*, t. II, p. 269.
2. Rousseau, *Emile ou de l'Education*, lib. II.
3. *Id.*
4. *Id.*
5. *Id.*

nadador con quien, más tarde, no pudo competir ninguno de sus compañeros de armas.

Al cumplir los trece años, Simón había llenado, ateniéndose en un todo a las prescripciones del educador, la primera parte del programa trazado por Rousseau. Las caminatas por la selva, las correrías a caballo en la sabana, los ejercicios de remo en el lago de Valencia le habían dado, cumplidamente, fuerza y destreza.

Aquella educación, tan bien comenzada, iba, no obstante, a ser interrumpida bruscamente. Estaban por entonces a fines de 1796, y graves acontecimientos se preparaban en la capitanía general. Una sedición popular había estallado, el año antes, en Coro. Las autoridades la habían sofocado con bastante facilidad; pero, desde entonces, violenta fermentación parecía haberse apoderado de todas las clases de la sociedad, y, en particular, de los criollos. Los fulminantes decretos de la Inquisición no habían podido impedir que en todas partes se introdujera y circulara el escrito de Nariño. Por otra parte, la prolongada estancia, en La Guayra, de los deportados políticos franceses, camino de la Guayana, contribuyó a esparcir en el país las doctrinas revolucionarias. En fin, la índole naturalmente belicosa de la población de las costas, y la proximidad de las Antillas inglesas, de donde menudeaban las exhortaciones que ya sabemos, favorecían, más que en los demás sitios de Venezuela, la posibilidad de un levantamiento deseado por toda la juventud criolla, y cuya dirección habría sido asumida con placer por muchos de los miembros de la aristocracia caraqueña. Desde hacía algún tiempo, Rodríguez se ausentaba con frecuencia de la casa de los Bolívar, acudiendo, casi a diario, a misteriosas citas. Tramábase una conspiración. Don Manuel Gual, capitán retirado del batallón « Veterano » de las milicias de Caracas, y José María de España[1], justicia mayor del pueblo de Macuto, de acuerdo con tres prisioneros de Estado, confinados en la fortaleza de La Guayra por haber tomado parte, en España, en la conspiración de *San Blas*, en febrero

1. Informe de la Real Audiencia de Su Majestad. Caracas, 1798. D., I, 230.

de 1796, la cual tendía a substituir a la monarquía un régimen del todo semejante al gobierno de la República francesa, organizaban un vasto movimiento insurreccional.

El plan de los conjurados había sido elaborado con esmero. Los tres detenidos : Juan Bautista Picornell, Cortés Campomanes y Sebastián Andrés, habían de evadirse y refugiarse en la Trinidad, en donde el gobernador les reservaba buena acogida, y en Curazao, en donde franceses, entre otros el ciudadano Cadet, « agente comercial de la República », estaban dispuestos a darles asilo[1]. Desde allí, enviarían armas y socorros. Mientras tanto, todas las medidas habían sido tomadas para favorecer el movimiento. Un franciscano anunciaba. « haber tenido revelación para predicar a aquellos pueblos que recobrasen su antigua libertad, pues tenían a su favor el brazo del Todo-Poderoso[2] ». La guarnición de La Guayra, y parte de la de Caracas, estaban ganadas a la conspiración. Picornell había tenido tiempo suficiente para componer las palabras de una *Carmañola americana*, de la que se estaban imprimiendo centenares de ejemplares en la Guadalupe, al mismo tiempo que el texto de los *Derechos del Hombre*. Acechábase la próxima llegada de los folletos. Un reglamento que constaba de 44 artículos, distribuído a los conjurados, precisaba la conducta que habían de seguir y el plan que sus jefes se proponían; a cierta señal convenida, los habitantes de la capitanía general habían de conseguir, por todos los medios, la dimisión de las autoridades españolas. En cada ciudad o pueblo, establecerían una Junta provisional antes de la elección de los diputados, quienes acudirían cuanto antes a la capital para proclamar la República y votar la Constitución definitiva; los impuestos serían luego suprimidos o notablemente reducidos; quedarían abiertos los puertos, y la igualdad reconocida para todos los ciudadanos. El nuevo Estado, compuesto de las provincias de Caracas, Macaraibo, Cumaná, la Guayana, tomaría como

1. Informe de la Real Audiencia de Su Majestad. Caracas, 1798. **D.**, I, 230.
2. *Id.*, § 67.

emblema de la bandera nacional el blanco, el azul, el amarillo y el encarnado en alusión a las antiguas cuatro castas de blancos, pardos, negros e indios[1].

Este programa, que contenía ya en germen el que iba a realizar la Revolución de 1810[2], fué cogido en casa de uno de los conjurados, D. Manuel Montesinos y Rico, en la noche del 13 de julio de 1797. Ya era tiempo. Ya Picornell y Campomanes habían huído de La Guayra. El capitán general Carbonell hizo prender a un centenar de personas, entre ellas a Rodríguez, que fué puesto en libertad por falta de pruebas. Logró Manuel Gual llegar a la Trinidad, en donde falleció algún tiempo después. Sebastián Andrés, y el año siguiente, el 8 de mayo de 1799, José María de España, quien, después de haber huído, había tenido la imprudencia de volver a Caracas, fueron ejecutados. Los restos de España, encerrados en jaulas de hierro, fueron puestos en las encrucijadas de la capital y de La Guayra. Cuarenta y cinco de sus cómplices, la mayor parte de los cuales pertenecían a la aristocracia criolla, perecieron igualmente de mano del verdugo o en las cárceles donde fueron encerrados.

Una vez libre, y atormentado de nuevo por su manía de viajes, juzgó prudente Rodríguez alejarse del país, y, en el transcurso de julio de 1797, se despidió de su discípulo. ¡Adiós hermosos proyectos a lo Juan Jacobo! Simón tenía catorce años : la sociedad de algunos jóvenes, de Bello sobre todo, a cuya frecuentación se había él aficionado de nuevo, desde que veía a su maestro embargado por hondas preocupaciones, había despertado en él curiosidad por conocer algunas obras literarias. Habló de esto a Rodríguez, enseñándole al mismo tiempo unos cuantos libros que Bello le había prestado. ¡Libros!... tuvo remordimientos el preceptor. De sobra sabía qué libro había de leer *Emilio* « el primero, el solo que, durante largo tiempo, había de componer toda su biblioteca », el mara-

1. Informe de la Real Audiencia de Su Majestad. Caracas, 1798. **D.**, I, 230, § 37.
2. Gil Fortoul. *Historia Constitucional de Venezuela, op. cit.*, t. I, p. 94.

villoso *Crusoe*[1], y, seguramente que en loor de Juan Jacobo, y movido por un sentimiento de reparación secreta y de pesar, una vez más cambió de nombre Rodríguez, adoptando, desde aquel día, el de Robinson.

III

El descubrimiento de la conspiración y las terribles medidas de represión decretadas contra sus autores habían emocionado profundamente la capitanía general. Sin embargo, el patriciado criollo contaba aún cierto número de partidarios convencidos, o que, al menos, ostentaban tales opiniones. Y, los mismos que, algún tiempo después, habían de mostrarse más dispuestos a sacrificar sus intereses más queridos a la causa republicana, apreciaban demasiado los privilegios de su condición para decidirse a renunciar a ellos gratuitamente. Así pues, la mayor parte de ellos estimaron que, dada la situación, la mejor de las políticas sería temporizar y disimular. Al palacio de la capitanía general afluyeron protestas de fidelidad, y los principales de Caracas llegaron hasta proponer al capitán general el reforzar las milicias a expensas de ellos[2]. Hasta ocurrió que el comandante del batallón más aristocrático de la provincia : los *Voluntarios blancos* de los valles de Aragua, arrestó con su propia mano a uno de los conjurados, D. Javier Arrambide, y su lealismo, con el de otros miembros de la nobleza caraqueña, fueron elogiosamente señalados, por el capitán general, a la benevolencia del rey[3].

Las milicias de Aragua habían sido organizadas en 1759 por Juan de Bolívar, que fué coronel de ellas, y lo mismo Juan Vicente, su hijo, padre de Simón. Según las tradiciones, no dejó D. Carlos Palacios, en enero de 1797, de hacer que admitieran al joven en el cuerpo de cadetes.

1. Rousseau, *Emile*, etc., lib. III.

2. Exposiciones de la Nobleza de Caracas a Su Majestad que Dios guarde, 1º y 4 de agosto de 1797. **D.** I. 214 y 215. En ellas se ven los nombres de la mayor parte de los parientes de Bolívar, en particular el de su tío Don Carlos Palacios.

3. Informe de D. Pedro Carbonell al Excelentísimo Príncipe de la Paz, etc. Caracas, 28 de agosto de 1797. **D.**, I, 221.

Cual consta en las notas de sus jefes[1], el joven Bolívar se sometió gustoso a su nuevo estado. En julio del año siguiente recibió el grado de alférez, llevando con agrado aquel uniforme[2]. Seguía Bello dándole lecciones; pero, aunque Simón se aplicaba más, sus progresos seguían siendo muy medianos[3]. Aconsejado por D. Miguel Sanz, D. Carlos Palacios se decidió entonces a enviarlo a Europa. Avisó a su hermano D. Esteban, que vivía en Madrid; y, habiendo contestado este último que gustoso recibiría en su casa a su sobrino, quedó decidido el viaje. El 19 de enero de 1799, Simón se embarcó en La Guayra en el buque de tres palos *San Ildefonso*, que salía para España.

Algunas semanas después, una carta llegada a Caracas anunció a D. Pedro Palacios que su joven pariente había efectuado sin contratiempo la primera parte de su viaje. En un estilo detestable, y adornado además con asombrosas faltas de ortografía[4], Bolivar daba parte de su llegada a

1. Hoja de servicio y notas de D. Simón de Bolívar a fines de diciembre de 1798.

« Batallón de *Voluntarios Blancos* de los valles de Aragua.

El subteniente D. Simón de Bolivar, su edad : 15 años; su país : Caracas; su calidad : ilustre; su salud : buena; sus servicios y circunstancias las que se expresan :

TIEMPO EN QUE COMENZÓ A SERVIR LOS EMPLEOS.	EMPLEOS.	TIEMPO QUE SIRVE Y CUANTO CADA EMPLEO. Años.	Meses.	Días.
14 Enero 1797. . .	cadete	1	5	21
4 Julio 1798 . . .	subteniente		5	26
Total hasta fin de diciembre 1798 .		1	11	17

Regimiento donde ha servido : En estas milicias.

Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado : En ninguna.

Valor : Conocido. — Aplicación : Sobresaliente. — Capacidad : Buena. — Conducta : Idem. — Estado : Soltero.

Como ayudante mayor que ejerce las funciones del sargento mayor que se halla ausente : Francisco Lozano Pompa (firma y rúbrica). Manuel Sanz (firma y rúbrica).

Arch. gen. de Simancas, *Secretaría de Guerra*, l. 7295, citado por Humbert. *Orig. Vénéz.*, *op. cit.*, p. 69.

2. Nota biográfica referente a Simón de Bolívar, por su tío Esteban Palacios. D. I., 159.

3. *Id.*

4. Simón de Bolívar a D. Pedro Palacios. México, 20 de marzo de 1799. *Correspondencia del Libertador*, t. I, nº 7.

México. En efecto, el *San Ildefonso* hacía escala en Veracruz. Estaban en guerra Inglaterra y España, y el bloqueo de Cuba por la flota británica obligó al comandante del navío a prolongar hasta fines de marzo su estancia en las aguas mejicanas. El joven viajero aprovechó aquel tiempo para visitar cumplidamente la capital.

La efervescencia que en aquella época se hacía sentir en todo Sudamérica había ganado Nueva España. Cuando llegó allí Bolivar, estaban todavía instruyendo el proceso del célebre Juan Guerrero, aventurero sin escrúpulos, que, cinco años antes, había estado a punto de apoderarse por sorpresa de la persona del virrey Revillagigedo, proponiéndose, con la complicidad de varios oficiales de la guarnición, derribar el gobierno español y substituirlo por una república de la que él habría sido el primer presidente. Guerrero había de tener imitadores en la persona de Benítez Gálvez, que se dejó sorprender a fines de 1798, y, sobre todo, de un preceptor de México : Pedro Portilla, que, en aquel momento mismo, preparaba la conspiración llamada de los *Machetes*[1]. Fué descubierta ésta en octubre de 1799, y seguida, en el transcurso de los primeros años del siglo diecinueve, de una serie casi ininterrumpida de conspiraciones, de levantamientos y de sublevaciones parciales, poco temibles sin duda, pero cuya frecuencia presagiaba a las autoridades una próxima explosión.

Durante su estancia en México recibió Bolívar la hospitalidad de un miembro de la Audiencia : Aguirre[2], quien lo presentó al virrey, D. José de Azanza[3]. Se ha dicho que el joven oficial venezolano proclamó ante su augusto interlocutor los derechos de la independencia americana. Es posible, como lo afirma uno de los confidentes del Libertador[4], que tuviera tales sentimientos, aun en su

1. Del nombre de los machetes, que había hecho fabricar en gran cantidad para armar a sus partidarios. — V. Alamán, *Historia de México*, 5 t. en f°. México, 1849, t. I, cap. III.

2. O quizá del marqués de Ulapa, según pretende Larrazabal. *Vida y Correspondencia* de Simón Bolívar. Nueva York, 2 t. 1883, t. I, p. 6.

3. Azanza (Miguel José de), virrey de Méjico, 1798-1800.

4. V. General Tomás C. de Mosquera. *Memorias sobre la Vida del Libertador Simón Bolívar*, 1 t. en 8°. Nueva York, 1853, p. 7. — V. también Larrazabal, *op. cit.*, t. I, p. 7.

primera juventud. Las últimas desventuras de su preceptor y el estado de ánimo de sus compañeros de Caracas dan ciertamente valor a este aserto. De todos modos, el virrey trató cortésmente a su huésped y le dió cartas de recomendación para el gobernador de La Habana. En abril llegó a este puerto el *San Ildefonso*; quedó poco tiempo, y prosiguió su camino hacia Santoña, desde donde Bolívar se fué a Madrid por Bilbao.

Desde su llegada a la capital, se instaló en casa de su tío Esteban, muy bien visto en la corte en aquella época, por su amistad con D. Manuel Mallo, caballero de hermosa presencia, originario también de Nueva Granada, y que compartía con Godoy los favores de la reina María Luisa. Con tal motivo pudo Bolívar frecuentar muy de cerca aquella corte de Carlos IV, cuyos escándalos eran motivo de burla en Europa, la cual, además despreciaba su política. Habíase mostrado, sucesivamente, enfeudada a Inglaterra, luego a Francia; había tratado benévolamente a la Revolución, condenándola más tarde con violencia y combatiéndola sin vigor; después de haber tratado de aliarse con el Directorio, se abandonaba poco a poco al Primer Cónsul[1], tan variable en sus intenciones respecto a Europa como desconcertada por los acontecimientos de América e incapaz de dirigirlos. Por ejemplo, después de haber, por real cédula con fecha de 18 de noviembre de 1797, abierto todos los pueblos de ultramar al tráfico de las naciones amigas y aliadas, cuya concurrencia no podía sino serle fatal, retiró bruscamente dicha licencia por otra cédula de 18 de febrero de 1800. En el acto cobró nuevo vigor el contrabando inglés y holandés, hasta que una nueva decisión del 20 de marzo de 1801 devolviera las Colonias al comercio de los neutrales : lo cual era poner de manifiesto ante el enemigo la debilidad de los gobernantes, su torpeza, su inconstancia.

Mientras tanto las intrigas más mezquinas ocupaban la mente de Godoy, quien, entre los peligrosos sobresaltos de aquella política, atendía sólo a sostener su amenazada fortuna. En casa de D. Manuel Mallo, adonde acudían muchos jóvenes sudamericanos residentes en Madrid, de los cuales

1. Cf. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, etc., t. I, cap. III,

algunos, como, por ejemplo, el venezolano Mariano Montilla[1], que cumplían en los guardias de corps su tiempo de servicio como oficiales, oía Bolívar comentar las conspiraciones que a cada momento urdían contra el príncipe de la Paz los cortesanos, el clero, los agentes de los Borbones de Nápoles, el gran inquisidor, el confesor mismo de la reina[2]. El ascendiente que el favorito ejercía sobre la mujer de su señor le permitía, no obstante, burlar siempre aquellos complots; pero, nada había tan movedizo como la fidelidad de María Luisa. Bolívar había ganado la confianza íntima de Mallo, y le fué fácil convencerse de todo aquello.

A veces era admitido a las cenas íntimas que su feliz compatriota daba en honor de su real querida[3], y las impresiones del joven criollo, recién llegado de un país en donde los soberanos españoles solían ser reverenciados como una emanación de la Divinidad, debieron de ser muy poco edificantes. Mallo le había hecho invitar a la corte, en donde conoció al príncipe de Asturias, su contemporáneo. Hasta fué, su primera entrevista con el futuro Fernando VII, señalada por un incidente que Bolívar solía contar en los últimos años de su vida, y cuyo simbolismo no carecía ciertamente de sabor. Ocurría esto en el palacio de Aranjuez. Los dos jóvenes acababan de terminar, en presencia de la reina y de algunos gentileshombres, el primer juego de un partido de pelota, cuando, por descuido, dió Bolívar tan violento golpe de raqueta sobre la cabeza de su contrario, que el príncipe, irritado, se negó a seguir jugando. Intervino la reina y continuó el juego... El Libertador dejaba entender a sus oyentes que, aquel partido, no lo había perdido él, y concluía de este modo la anécdota : « ¿Quién le hubiera anunciado a Fernando VII que

1. Montilla (Mariano), nació y murió en Caracas (1782-1851). Oficial en los guardias de corps del príncipe de la Paz. Hizo la campaña de Portugal en 1801 y recibió una herida en el sitio de Olivença. Volvió a Caracas en 1808, formó parte de las Juntas revolucionarias de 1809 y 1810, y combatió durante toda la guerra de la Independencia en las filas de los republicanos. En 1833, fué enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Venezuela en Londres y en Madrid.

2. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, *op. cit.*, t. V, cap. I, p. 3.

3. Mosquera, *Memorias*, etc., *op. cit.*, p. 8.

tal accidente era el presagio de que yo le debía arrancar, la más preciosa joya de su corona[1]?... »

Sin embargo, deseaba Bolívar dedicar más tiempo al estudio que al placer, para lo cual buscaba, con preferencia a las demás, la compañía de su pariente, el marqués de Ustáritz, digno y sabio anciano, que recibía en su casa a la más ilustrada sociedad de Madrid. Como D. Esteban Palacios, implicado quizás en alguna intriga cortesana, había tenido que salir bruscamente de la capital, Bolívar vino a vivir en el palacio de Ustáritz, y en él siguió hasta que se marchó de Madrid. Desde aquel momento — el de su entrada en el palacio de Ustaritz, sintió profunda adhesión hacia el hombre venerable, decía él[2], « cuyas virtudes comparaba a las de los virtuosos griegos que se presentan como modelos ». Ustáritz mismo dió a Bolívar las primeras lecciones provechosas que hasta entonces recibiera, y no tardó en declararse casi demasiado satisfecho de su discípulo : con tal entusiasmo se dedicó éste al estudio, que estuvo a punto de caer enfermo. Este ardor que Bolívar iba poniendo, cada vez más, en todas sus empresas, resultaba la característica misma de su alma fogosa. Trabajaba con ahinco, mezclando la lectura de obras literarias con las de obras científicas, sin que su poderoso cerebro dejara de asimilarse nada de su substancia. Su cultura intelectual, tan descuidada hasta entonces, hizo progresos asombrosos, con lo cual colmó de sorpresa a cuantos le trataban, acostumbrados a no ver en él sino a un adolescente mediano y frívolo.

A comienzos del verano de 1800, y, probablemente, en las cercanías de Bilbao, trabó conocimiento Bolívar con D. Bernardo Rodríguez del Toro, y con la familia de éste. Pertenecía D. Bernardo a la primera aristocracia de Caracas, en donde su hermano mayor D. Francisco poseía el título de marqués del Toro. Otro de sus hermanos, D. Fernando[3], que por entonces era oficial de la guardia real,

1. Mosquera, *Memorias*, etc., *op. cit.*, p. 8.
2. *Id.*, p. 8.
3. Toro (Fernando del). Nació en Caracas, se fué muy joven a España, allí sirvió, y fué nombrado coronel después del combate de Tarancona. De regreso a Caracas en 1809, abrazó la causa de la Independencia y tomó parte en las primeras campañas de la guerra.

sirvió de introductor a Bolívar. No tardó éste en enamorarse de la hija mayor de D. Bernardo. María Teresa, y pidió su mano. Desde su llegada a Madrid, en septiembre, escribió a su tío Pedro Palacios para ponerle al corriente de sus proyectos[1], y rogarle que le enviara su consentimiento. Bolívar estaba perdidamente enamorado de María Teresa. Desde aquel momento, nada existió ya para él fuera de su amada. El amor se había apoderado de su alma fogosa y la abrasaba toda entera. Tenía impaciencia por efectuar aquel matrimonio, desesperándole los aplazamientos impuestos por la paternal prudencia de D. Bernardo. Algunos meses transcurrieron así. Volvió la primavera, los Rodríguez se marcharon a Bilbao. Bolívar quedó en Madrid, esperando de un momento a otro la contestación de su tío.

En el transcurso de un paseo a caballo, en los primeros días de octubre, pasaba el joven cerca del puente de Toledo, cuando fué detenido por unos cuantos agentes de policía, pretextando para ello que los encajes de los puños que llevaba el joven estaban adornados con brillantes, y que un decreto reciente prohibía tal uso. Se desmonta Bolívar del caballo y trata de explicarse; pero, al ser interpelado con cierta brusquedad por uno de los alguaciles, desenvaina y cierra, espada en mano, con la gente policiaca. Transeuntes llegaron a tiempo para impedir que tomara mal giro el asunto. Y en efecto, a punto estuvo éste de tomar mal cariz. Era Godoy quien había imaginado aquella estratagema, por sospechar que pudiera llevar Bolívar algún amoroso mensaje para la reina. Se hizo entender al joven que obraría prudentemente saliendo de Madrid. Insistió Ustáritz, y Bolívar tomó el camino de Bilbao.

Tales eran su despecho y su ira por no haber podido vengar la afrenta que acababan de hacerle, que, al verle llegar en aquel estado, creyó D. Bernardo que estaba demente. Quería Bolívar casarse en seguida y salir de

Gravemente herido, se refugió, en 1812, en Trinidad, regresando a Venezuela en 1821, después de la batalla de Carabobo. Falleció en Caracas el 26 de diciembre de 1823.

1. Bolívar a D. Pedro Palacios y Sojo. Madrid, 30 de septiembre de 1800. **D.**, II, 277.

España para siempre. Sólo a fuerza de razones se calmó. El padre de María Teresa le declaró que no le daría su hija sino más tarde, y le aconsejó que viajara. Obligado se vió, pues, el impaciente Bolívar, a encaminarse hacia Barcelona, desde donde se embarcó para Marsella. Pasó todo el invierno en París, y a principios de abril de 1802, entró de nuevo en Madrid. D. Fernando del Toro había aprovechado la ausencia de su amigo para alcanzarle la merced deseada. Obtuvo pues Bolívar la autorización real indispensable a los oficiales de su rango para contraer matrimonio[1], se casó con María Teresa en el transcurso de mayo, salió para la Coruña el día mismo de la boda, y, desde allí, se embarcó para Caracas.

Parecía sonreirle la felicidad, una felicidad tranquila y deliciosa a la que soñaba él con dar por marco los radiantes valles de Aragua. Allí transcurriría la vida, sosegada y suave, lejos de las detestadas intrigas y del odioso tumulto de las ciudades. Apenas llegados a Caracas, fallece la joven esposa, arrebatada por una fiebre perniciosa, el 22 de enero de 1803. Bolívar quedaba, a los diecinueve años, viudo y desesperado.

Desesperación sombría, ardiente, trágica, cual era de esperar del alma tempestuosa y dominante que de repente se había creído en posesión de la felicidad, y que, de repente asimismo, se veía vacía, desorientada, palpitante. Dada la poca edad del Libertador, aquella crisis había de decidir de toda su vida. Es indudable que se ilusionaba al imaginar que pudiera haber « muerto, como él mismo lo confesó[2], en el pellejo de un simple alcalde de San Mateo »; tarde o temprano, su genio le habría colocado entre los actores que el gran drama de la Independencia llamaba a escena. Pero, acaso no habría desempeñado el primer papel en dicho drama si, tomando de las amargas fuentes del dolor las necesarias energías, no se hubiese preparado a él, desde aquel momento, por el estudio, por

1. Nota del ministro Caballero al capitán general de Venezuela, fechada en Aranjuez el 15 de mayo de 1802, citada por O'Leary, *Memorias*, etc., *op. cit.*, t. I, p. 12.

2. La Croix. *Diario de Bucaramanga*, Paris, Walder, en 18, 1869, p. 62.

el conocimiento de los hombres y de las cosas que habían de darle sus viajes, por las prestigiosas enseñanzas que le reservaban. Su preparación, incompleta y sin método ni ilación, tomaba, en fin, un rumbo más directo y más seguro.

Ante todo, Bolívar resolvió marcharse. Durante su corta estancia en Europa, había él presentido, a través del velo que sus harto acariciados pensamientos interponían entre ellos y la realidad, todo un mundo de conocimientos que necesitaba adquirir, y, también, placeres de los cuales sólo el perfume había saboreado. Se enterneció al recordar que, años antes, había prometido a Simón Rodríguez, su confidente y el único que, sin duda alguna sabría consolarle, reunirse con él para que juntos visitaran el Antiguo Mundo.

Era menester asegurar la administración de las fincas, y esto retuvo algunos meses más a Bolívar en Venezuela. Por fin, después de haber escogido por administrador a su hermano Juan, salió de su país.

La travesía fué larga, y Bolívar acudió a la lectura para llenar las horas de ocio [1]. Había tomado para el viaje Plutarco, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, sobre todo éste, cuyo sortilegio respiraba nuestro joven. Los infortunios de los amantes de la *Nueva Heloísa* debieron de arrancarle lágrimas de aquellas en que tanto se complacía la « sensibilidad » de la época, extravagancia que padeció Bolívar como sus demás contemporáneos, pero que, siquiera en él, tenía por sincera excusa los ecos despertados en un corazón cuya herida estaba tan reciente. En las obras filosóficas del « ciudadano de Ginebra » vió de nuevo las teorías preferidas de su maestro, y hasta pasajes enteros que Rodríguez le recitaba. Animábase en su espíritu el entusiasmo de las virtudes públicas. Este sentimiento se precisaba a veces hasta dejarle entrever, en repentinos fulgores, visiones de porvenir. ¡La Libertad! esta palabra causaba en él hondísimos estremecimientos. ¿No estaba él destinado a consagrarse a su vez a la religión nueva de la que había hallado más numerosos adeptos en su reciente visita a Caracas? Tal era, sin duda su pensamiento, y, tan pronto

1. O'Leary, *Memorias*, etc., *op. cit.*, I, p. 14.

como desembarcó en Cádiz, se puso en relaciones con compatriotas desconocidos acudidos a su encuentro, quienes, pocos días después, le admitían a los misterios de la « Gran Logia Americana[1] », en la que le hicieron prestar el solemne juramento : *Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino a aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances, a que los pueblos se decidan por él*[2].

No obstante, continuó hacia Madrid, donde vió los rastros de su cortísima felicidad, y lloró copiosamente con el padre de María Teresa. El dolor se apoderaba de nuevo de él. Pero, era demasiado joven Bolívar, y estaba harto penetrado de sus recientes lecturas, para que, insensiblemente, no fuera haciéndose menos punzante aquella pena. El recuerdo de la tierna esposa tan pronto desaparecida se atenuaba, tomaba una forma novelesca, cuyo encanto, expresado más tarde por el Libertador mismo, se halla todo entero en esta confesión : « Jamás he olvidado, decía, mi entrevista con D. Bernardo cuando le llevé las reliquias de María Teresa; padre e hijo mezclaban sus lágrimas; escena de delicioso tormento, porque es deliciosa la pena del amor[3]. »

Salió Bolívar de Madrid, con dirección a París. En la gran capital francesa no tardó en entregarse a una existencia de lujo y de placeres, por medio de la cual esperaba aturdirse y olvidar. Se mostró altanero, atormentado, desengañado de todo en apariencia, ostentando un mal incurable, ciñéndose lo más posible a *René*, puesto de moda entonces por la novela de Chateaubriand. Deslumbraba con su boato a D. Fernando del Toro, con quien de nuevo se había encontrado, al mismo tiempo que con un grupo de jóvenes criollos cuya figura más saliente era Carlos Montúfar[4], originario de Quito, hijo del marqués

1. V. *infra*, lib. II, cap. III, § 1.
2. V. MITRE, *Historia de Belgrano*, 3 t., Buenos Aires, 1860, t. II, cap. XXIII, p. 272.
3. MOSQUERA, *Memorias sobre la vida*, etc., *op. cit.*, p. 10.
4. MONTÚFAR (Carlos), nació en Quito en 1778. Estudió en España, y fué a Venezuela en 1808, en donde tomó parte activa en los acon-

de Selva-Alegre. Por ellos supo que D. Samuel Robinsón, —tales eran los nuevos nombre y apellido de Rodríguez,— se hallaba en Viena, y se fué en busca suya.

« Yo esperaba mucho, escribía Bolívar algún tiempo después, de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis goces y penas, del Mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre para mí tanto imperio. ¡Ay! en esta circunstancia fué estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias... Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química que tenía un señor alemán... Apenas le veo yo una hora al día. Cuando me reuno a él me dice de prisa : Mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerte, y este es el solo medio que hay para que te cures... Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. Caigo, muy pronto en un estado de consunción ; y los médicos declaran que voy a morir : era lo que yo deseaba. Una noche que estaba muy malo, me despierta Rodríguez con mi médico; los dos hablaban en alemán. Yo no comprendía una palabra de lo que ellos decían; pero, en su acento y en su fisionomía conocía que su conversación era muy animada. El médico después de haberme examinado bien, se marchó. Tenía todo mi conocimiento, y aunque muy débil, podía sostener todavía una conversación. Rodríguez vino a sentarse cerca de mí : me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del

tecimientos del 19 de abril de 1810. Marchó luego a Quito, y nombrado comandante jefe de las tropas republicanas, fué derrotado varias veces por los generales españoles Tacón Aymerich y Sámano. Montúfar brillaba más por su valor y su patriotismo que por sus conocimientos militares. Prisionero al mismo tiempo que Nariño en 1813, consiguió llegar a Santa Fe; pero de nuevo fué hecho prisionero, después del combate de la Cuchilla del Tambo, y fusilado en Popayán el 3 de septiembre de 1816.

Su padre, Juan Pío Montúfar, marqués de Selva-Alegre, fué presidente de la primera Junta sudamericana, la de Quito, en 1808 (V. *infra*).

camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. Sabéis con qué encanto persuasivo habla este hombre; aunque diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade como lo hace, siempre que quiere....

« La noche siguiente, exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije : Sí, sin duda, yo siento que podría lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis, pero sería preciso que fuese rico... sin medios de ejecución no se alcanza nada; y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ah Rodríguez! prefiero morir!... Le dí la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vió en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita : queda un instante incierto, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. En este instante levanta los ojos y las manos hacia el cielo, exclamando con voz inspirada : ¡Se ha salvado! Se acerca a mí, toma mis manos, las aprieta en las suyas, que tiemblan y están bañadas en sudor; y en seguida me dice con un acento sumamente afectuoso : Mi amigo, ¿si tú fueras rico, consentirías en vivir? Dí... Respóndeme! Quedé irresoluto : no sabía lo que esto significaba; respondo : sí. Ah! exclama él, entonces estamos salvos... el oro sirve, pues, para alguna cosa? Pues bien, Simón Bolívar, ¡sois rico! Tenéis actualmente cuatro millones![1] »

A su prima, Fanny de Trobriand, hija de una hermana del señor de Aristeguieta, el mismo de quien Bolívar había heredado su mayorazgo, es a quien dirigía el joven esta curiosa carta. Fanny tenía veintiocho años. En 1796 se había casado con M. Dervieu du Villars, de mucha más edad que ella, y demostraba a su primo un afecto que éste había acogido con agradecimiento. Los du Villars habían conocido a su pariente en Bilbao, antes de su casamiento,

1. Esta carta, con fecha de París 1804, formaba parte del archivo de la familia de Trobriand. Se halla in extenso en Rojas, *Ley. Hist.*, 2ª serie, *op. cit.*, pp. 272-277.

y le habían recibido con mucho cariño a su llegada a París. Fanny se había instituido en consejera, en directora suya: exigía confidencias[1], no tardando en convertirse en aquella « a quien no obstante no podía negar nada[2] ». Una correspondencia seguida se estableció entre Bolívar y su prima, a quien llamaba él « Teresa »[3] en aquellas cartas en que trataba de pintarle las fases por que había pasado « el pobre chico de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico[4] » para llegar a ser lo que era hoy, « el Bolívar de la calle Vivienne, murmurador, perezoso y pródigo[5] ».

Su estilo se resiente marcadamente del aire del siglo, de los deliquios, de los suspiros y de las miradas al cielo de que están cuajados los escritos de Saint-Preux y de Julia. Hacía ya tiempo que conocía Bolívar su situación de fortuna. En la carta enviada por él a Caracas para manifestar a su tío D. Pedro su futuro matrimonio[6] alude al « importante mayorazgo » que correría él riesgo de perder, si, « conformemente a las voluntades del legatario », no fuese a establecerse a Caracas, y las precauciones que había tomado, de acuerdo con su hermano, antes de salir por segunda vez de Venezuela, con objeto de que sus rentas le fuesen servidas con regularidad, no dejan duda alguna acerca de su previsión. Esas cartas a « Teresa » son pues, puro romanticismo; pero por eso mismo resultan más características del estado de alma del discípulo de Rodríguez y del apasionado lector de Juan Jacobo Rousseau: « El presente no existe para mí, es un vacío completo donde no puede nacer un solo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria. ¡Ah, Teresa, esto será el desierto de mi vida!... Apenas tengo un ligero capricho lo satisfago al instante, y lo que yo creo un deseo, cuando lo poseo, sólo es un objeto de disgusto. Los continuos cambios que son el fruto de la casualidad ¿reanimarán acaso mi

1. Rojas, *Ley. Hist.*, 2ª serie, *op. cit.*, pp. 272-277.
2. *Id.*
3. Una de las hermanas menores de Fanny de Trobriand se llamaba Teresa, pero está fuera de duda que la verdadera destinataria de las cartas en cuestión no era sino Mme du Villars.
4. Rojas, *Ley. Hist.*, 2ª serie, *op. cit.*, pp. 272-277.
5. *Id.*
6. V. *supra*.

vida? Lo ignoro; pero, si no sucede esto, volveré a caer en el estado de consunción de que me había sacado Rodríguez al anunciarme mis cuatro millones. »

Es posible que después de todo, la escena de Viena haya ocurrido tal como la refería Bolívar, y que Rodríguez, deseoso de reanudar el interrumpido hilo de la educación de su *Emile*, volviera a su papel de ayo-preceptor, a quien, como es sabido, toca revelar a su discípulo que no se halla « tan cerca » como creía « del estado de los pobres[1] ». Pero no le dió tiempo Bolívar para añadir que « la edad de licencia (de vida licenciosa) para los demás debe ser la edad de razón para *Émile*[2] ». En Viena, luego en Londres, en Madrid, en Lisboa, sostiene un tren de príncipe, juega, perdiendo en una sola noche cien mil francos, prodiga el oro « a la simple apariencia de los placeres ». « No había deseado las riquezas, escribe Bolívar después de una de aquellas costosas diversiones : ellas se me presentan sin buscarlas, no estando preparado para resistir a su seducción. Me abandono enteramente a ellas. Nosotros somos los juguetes de la Fortuna; a esta gran divinidad del universo, la sola que reconozco, es a quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi solo culto, el único objeto de mi vida. Los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Pretendéis que yo me inclino menos a los placeres que al fausto, convengo en ello; porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria... Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me convenga. Pero, Teresa, no soy un hombre como todos los demás, y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado. Sólo hace tres semanas que he llegado aquí, y ya estoy aburrido ».

1. *Emile*, lib. III.
2. *Id.*, lib. IV.

IV

Esta vez, carecía Bolívar de galantería, y, sobre todo, de sinceridad, y la literatura le imponía un lenguaje que desmintió él en más de una ocasión. « Conservaba de París, escribe uno de sus familiares[1], el recuerdo que se conserva de una primera pasión. En medio de las graves preocupaciones del Libertador. era para él como un recreo de colegial el dar mentalmente un paseo por el Palais-Royal. Dotado entonces de extremado ardor para el placer, y, en particular, para los placeres fáciles, era cosa realmente extraordinaria ver al libertador de su patria citar, una por una, a cuantas bellezas femeninas había conocido en Francia, con una exactitud y una precisión que honraban a su memoria : citaba los retruécanos de Brunet, cantaba los « couplets » en boga, y reía de sus calaveradas de joven con una expresión verdaderamente ingenua ». Aquellos de sus confidentes más íntimos que le han consagrado biografías[2] abundan en recuerdos en que se ve la constancia de estos sentimientos. resumidos por Bolívar mismo en esta confidencia al general Mosquera : « Si no me acordara que hay un París, y que debo verlo otra vez, sería capaz de no querer vivir[3]. »

El salón de madame du Villars, que en el brillantísimo París del Consulado y de los primeros tiempos del Imperio rivalizaba con el de los Suger, de madame de Talleyrand, de madame Suard y de madame d'Houdetot. a los que también asistía Bolívar, ofrecía recursos de ingenio y de amable distinción que no podían soñarse más cumplidos.

1. Serviez (V. *infra.*, lib. II, cap. IV § IV) en *L'Aide de camp ou l'auteur inconnu. Souvenirs des Deux Mondes*, publicados por Maurice de Viarz, 1 t. en 8º, Paris, 1832, p. 133.

2. Ver J. M. Restrepo, *Diario*, mss. Arch. Restrepo, Bogotá, *passim*. — La Croix, *Diario de Bucaramanga*, etc., *op. cit.*, p. 63. — Mosquera, *Memorias*, etc., *op. cit.*, cap. I. — O'Leary, *Memorias*, *op. cit.*, cap. I. — Ducoudray-Holstein, *Histoire de Simon Bolivar*, Paris, 1831, 2 vol. in-8º, *passim*. — Le Moyne, *La Nouvelle Grenade*, Paris, 1880, t. I. — Miller, *Biographical Sketch of general Bolivar*, 1828, etc.

3. Mosquera, *Memorias*, *op. cit.*, p. 14.

A veces acudían a ellos las « reinas del día » : madame Récamier y madame de Staël[1], los hombres políticos más célebres, el vizconde Laìné, los hermanos de Lameth[2], quienes se habían distinguido en los Estados Unidos bajo las órdenes de Rochambeau; generales magníficos, entre ellos Oudinot y Eugenio de Beauharnais; sabios como Humboldt; Talma, el famoso actor de la Comédie-Française (el Teatro Francés), agasajadísimo por Bonaparte.

Impulsivo, de palabra fácil y amena, y amigo de discutir, ocupaba Bolívar en aquella sociedad un puesto al que parecía no haber podido pretender, así por su juventud como por su calidad de extranjero. Reñía con el príncipe Eugenio, por haberse éste permitido cortejar a aquella misma Teresa con quien tan elocuentemente correspondía el discípulo de Rodríguez. No temía ostentar sus ideas liberales, en una época en que hasta los más avanzados juzgaban oportuno atenuar el color de sus opiniones. Rebelde por temperamento, gustábale criticar a los comensales de madame du Villars, deseoso más bien de asombrarles que de convencerles, y un chiste oportuno le devolvía, siempre, la indulgencía de aquella amable y culta sociedad. En aquel medio refinado, Bolívar era una nota de exotismo, exotismo algo brusco, pero cuyo ingenioso atrevimiento a todos interesaba, a todos se imponía.

Bolívar era, en aquella época un joven de noble y hermosa apostura. Donde quiera que estuviera, difícilmente se habrían dirigido hacía otro las miradas de los circunstantes. Ya desde entonces emanaba de toda su persona aquel irresistible magnetismo que, más tarde, había de obligar, hasta a sus enemigos más decididos, a permanecer sumisos en su presencia. Bajo los párpados algo carnosos, adornados de largas pestañas negras, sus obscuras y ardientes pupilas despedían tantos chispazos como sonrisas. Su tez era mate, caldeada por hermoso tono dorado:

1. STENGER, *La Société française pendant le Consulat*, t. III.
2. Alejandro, nació en 1760, falleció en 1829; se hallaba con de Ségur en aquel de los buques de la flota de M. de Vaudreuil que, en 1783, fué a Puerto Cabello. Alejandro de Lameth fué de Puerto Cabello a Caracas por tierra, y pasó algunos días en la capital venezolana.

tenía la nariz larga, recta, correctamente arqueada, de aletas acusadas y finas; la boca era de un dibujo firme, remontando ligera y delicadamente en la comisura de los labios, que eran salientes y no demasiado encarnados; el labio superior sobresalía de notable manera, sombreado por naciente bigote; barbilla saliente, cuadrada, con hoyuelo poco profundo. Patillas de color castaño, formando contraste con una cabellera negra que en rizosos bucles caía hasta el cuello, seguían el muy alargado óvalo de la cara. De mediana estatura, busto estrecho, piernas largas, esbelto, y, no obstante, bien formado y robusto, ostentaba la más refinada elegancia en el atavío de su persona y en sus modales. Pero la viveza de sus ademanes, su andar agitado, su voz aguda y sonora parecían mal adaptadas al estrecho marco de una habitación : nos imaginamos más bien a Bolívar en el vasto teatro de un frondoso y soleado paisaje natural.

Sin idea fija acerca de su destino, seguía, a falta de otras fiebres, buscando en los placeres el indispensable alimento de su alma. El libertinaje, la pasión del juego le absorbieron. Las *galerías de madera* del Palais-Royal eran eco de sus ruidosas locuras. No obstante, las súplicas de Teresa acabaron por impresionar a aquel deplorable primo. Perdió una suma considerable, y Rodríguez, que con tal motivo había acudido de Viena, le riñó seriamente. Ocurría esto a fines de noviembre. Dejó Bolívar su piso de la calle Vivienne y se fué a la calle de Lanery[1], barrio más tranquilo. Se serenó, volvió a sus libros. Entonces fué cuando se puso a frecuentar a Humboldt, a quien había sido presentado, algún tiempo antes, por madame du Villars.

El barón Alejandro de Humboldt, que fué, en efecto, durante el otoño y el invierno de 1804, el huésped privilegiado de los salones de París, acababa en compañía de un joven alumno de la Escuela de Medicina y del Jardín de Plantas : Aimé Goujaud Bonpland[2], de efectuar, por la América meridional y Méjico, un viaje de 9000 leguas, la exploración más grandiosa que hasta entonces se había

1. Pedro María Moore, *Centenario de Bolívar*, Paris, 1883, p. 12.
2. Nació en La Rochelle, en 1773; falleció en 1858.

llevado a cabo en regiones mal conocidas y mal visitadas todavía. Merced a las observaciones de Juan de Ulloa, de La Condamine y de Azara, habían sido hechos con más precisión los mapas de América y la determinación de las coordinadas, pero la geografía del Nuevo Mundo meridional había quedado caracterizada muy imperfectamente hasta fines dèl siglo dieciocho. Sus verdaderos creadores fueron Humboldt y Bonpland. Tan pronto como éstos regresaron a Europa, publicó Delamétherie, en su *Journal de physique*, con fecha de mesidor año XII, una reseña detallada[1] del itinerario seguido por los dos viajeros en el transcurso de su exploración, la cual no duró menos de cinco años.

Provistos de recomendaciones de la corte de España, se embarcaron el 15 de junio de 1799 en la fragáta *Pizarro*, y, después de pasar una temporada en las Canarias, tocaron tierra en América en el puerto de Cumaná. Recorrieron sucesivamente las antiguas provincias venezolanas de Nueva Andalucía y de Nueva Barcelona, la Guayana, y residieron algún tiempo en Caracas y en los valles de Aragua. De Puerto Cabello, se dirigieron al sur, penetranto desde la costa del mar de las Antillas hasta los límites del Brasil hacia el ecuador. Después de haber atravesado los llanos de Calabozo y del Apure, emprendieron, a partir de San Fernando, la bajada de este río, y, por el Orinoco y el río Guaviare, penetraron hasta el nacimiento del río Negro, el cual los condujo hasta la frontera del Pará. Humboldt, y su compañero volvieron luego al Orinoco y lo bajaron hasta las bocas de Angostura. De aquí fueron a Barcelona, de nuevo a Cumaná, después a Cartagena, desde donde « el deseo de ver al célebre Mutis » les llevó a Santa Fe. Dos meses estuvieron en esta capital. En 1802, estaban en Quito y en el Perú; en enero del año siguiente, en Guayaquil, luego en Méjico, recorriéndolo en todos sentidos. En fin, visitaron La Habana, Filadelfia, Washington[2]. En los primeros días de agosto de 1804 entraban en Burdeos, trayendo

1. Inserta en la obra de T. E. Hamy, *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt* (1787-1807). Paris, en 8º, 1909, y redactada según documentos, cartas y notas de ambos viajeros.

2. V. Codazzi, *Atlas de la República de Colombia*. Paris 1889. *Itine-*

los materiales del célebre : *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, cuya clasificación y cuya redacción completa necesitaron cerca de treinta años (1805-1832), y que contiene inmensa cantidad de documentos de suma importancia acerca de la geografía, de la arqueología. de la agricultura y de los distintos ramos de la historia natural.

Humboldt dispensó a Bolívar, quien casi a diario le visitaba, una acogida de lo más afectuosa. El joven sudamericano estaba emparentado con las familias de la sociedad de Caracas que se habían disputado los minutos del « sabío barón », que le habían rodeado de atenciones, y de quienes conservaba Humboldt, un recuerdo realzado por entusiasta ternura que asoma a cada momento en su correspondencia y en sus obras[1]. Los Ustáritz, los Toro, Avila, Soublette, Montilla, Sanz, y otros más, habían festejado al viajero en sus casas o en sus haciendas[2]; Bello le había acompañado a la Silla del Avila. La familia del futuro general Ibarra[3] le recibió, así como a Bonpland, en aquella finca de *Bello Monte*, en donde, el día de Reyes de 1800, se creyó Humboldt transportado, como él mismo decía, « a una mansión de hadas ». El parque, inmenso y muy bien cuidado, adornado de surtidores de agua, de cenadores formados por graciosas palmeras, de estatuas y de ruinas pintorescas, había servido de marco a una suntuosa fiesta que reunía una sociedad distinguida, y en la que todos « rivalizaban entre sí para hacernos agradable nuestra permanencia en aquellos lugares; y antes de internarnos en las selvas del Orinoco, gozamos por una vez más, de todas las ventajas de una civilización adelantada[4]. »

Cada una de las etapas de Humboldt y de su compañero

rarios de Humboldt y Bonpland. Mapa nº 10, y *Boletín de Historia y Antigüedades, publ. cit.*, 5º año, p. 65.

1. V. principalmente Hamy. *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt*. Correspondance avec Montenegro, Tovar Ponte, etc.

2. V. acerca de la estancia de Humboldt en Venezuela, A. Rojas. *Estudios y Lectura*. Caracas, 1876, pp. 468 y sig.; 500 y sig.

3. Ibarra (Diego), nació en Guácara, en 1798; falleció en 1837; fué ayudante de campo general de Bolívar, a quien asistió en sus últimos momentos. Tomó parte en casi todas las campañas de la guerra de Independencia, señalándose por su intrepidz y sus conocimientos militares.

4. Rojas, *Estudios y Lecturas, op. cit.*, p. 476.

en las capitales americanas había sido señalada por otros tantos testimonios de solícita estimación. En todas partes hallaron, no sólo hombres que les comprendían, sino también sabios cuya colaboración les fué útil : « sudamericanos o españoles, en su mayoría ingenieros, marinos, cosmógrafos, profesores de ciencias naturales, con instrucción variada, llenos de virtudes y de talento, con quienes se podría — sigue diciendo Humboldt — componer una lista de nombres suficiente por sí sola para la ilustración de todo un siglo[1] ». En Santa Fe, Mutis había dado hospitalidad a sus sabios colegas, poniendo a su disposición los tesoros de sus mejores colecciones, y dándoles, para servirles de guía, su discípulo preferido : Caldas[2], « un verdadero prodigio, decía Humboldt, que ha sabido elevarse solo, construir barómetros, sectores, cuartos de círculo, medir latitudes con gnomones de 15 a 20 pies. He calculado alturas que diferían apenas de 4 a 5 líneas de las que Caldas había obtenido con sus intrumentos. ¡Adónde no llegaría este joven si la suerte le hubiese hecho nacer en un medio más culto, en donde, siquiera, no hay que esperarlo todo del propio esfuerzo! Sin embargo, el genio no se apaga. Se le ve, aquí, seguir las huellas de la gloriosa carrera abierta por Bouguer y La Condamine. La Audiencia de Quito ha podido destruir las *pirámides*[3], mas no será posible ahogar el genio que parece formar parte integrante de la tierra americana[4] ». No menos brillantes recuerdos habían dejado en el espíritu de Humboldt Lima y Quito[5]. México le había « deslumbrado ». Ninguna ciudad del Nuevo Continente poseía siquiera un establecimiento científico comparable a los de esta capital. La Escuela de minas, el Jardín botánico, la Academia de pintura y de escultura, las « Nobles Artes

1. V. Hamy, *Lettres américaines*, etc., *op. cit.* Prefacio. V. — también *Mémoires du Prince de la Paix D. Manuel Godoy, duc d'Alcudia*, etc., 4 t. en 8°, Paris, 1836, t. III, cap. XVII.
2. V. *supra*, cap. II, § 4, etc.
3. Levantadas por estos sabios para conmemorar los resultados de sus experimentos.
4. *Correspondencia de Caldas en Repertorio, Colombiano*, t. XXII.
5. V. *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, t. I, lib. II, cap. VII.

de Méjico », como la llamaban, fueron para él motivo « de sorpresa y de admiración [1] ».

Tales frases eran para Bolívar otras tantas afirmaciones tan halagüeñas como reconfortantes. Zaherido al principio por sus compañeros madrileños, en quienes su calidad de criollo excitaba burlas que el joven tuvo que sufrir en silencio; admitido luego entre extranjeros que pensaban haber colmado las pretensiones del joven fingiendo olvidar sus orígenes, sentía éste, más que nunca, crecer en él el orgullo de tales orígenes, ahora que el sabio más respetado y más halagado por la sociedad parisiense le hacía tan sobresaliente pintura de sus compatriotas.

Sentía también ternura y admiración por aquellos magníficos países cuyos innumerables y siempre grandiosos aspectos describía con frecuencia la complaciente erudición de Humboldt. Los valles de Aragua, en que el lago de Valencia recuerda « invenciblemente el cuadro del de Ginebra, pero embellecido por la majestad de la vegetación tropical [2] »; los ardorosos desiertos de los grandes llanos, « en que la arena es semejante al horizonte del mar [3] »: los interminables caminos por entre los prados, que obligan al viajero a dirigir su ruta incierta, pero como ebria de espacio y de libertad, « ateniéndose al curso de los astros o por medio de algunos escasos troncos de *mauritia* y de *embothrium* que se descubren de tres en tres leguas [4] »; las gigantescas navegaciones por aquellos ríos, calificados ya por La Condamine de « mares chicos de agua dulce »; la casi completa ascensión del Chimborazo, cuyos detalles exactos son citados por Humboldt, no sin legítimo orgullo : « a 3300 pies más altos que La Condamine y Bouguer, a 3036 toesas sobre el nivel del océano Pacífico, habiendo visto brotar sangre de nuestros ojos, de nuestros labios y de nuestras encías, y helados por un frío que ya no indicaba el termómetro [5] ». De esta

1. V. *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, t. I, lib. II, cap. VII.
2. Reseña de Delamétherie, *loc. cit.*
3. *Id.*
4. *Id.*
5. *Id.*

manera, y por vez primera, se revelaban al arrebatado espíritu de Bolívar la vegetación, la fauna, los recursos minerales del Nuevo Mundo, tan variados, tan ricos como lo es en sus aspectos la tierra inagotablemente pródiga en que se hallan[1].

Tampoco había omitido Humboldt el hablarle de los sentimientos y de las aspiraciones que se manifestaban en los pueblos sudamericanos. Decía haberse sentido impresionado hondamente por la emoción y la ira que, sobre todo en Venezuela, había causado la ejecución de España y de sus compañeros[2]. Esta era la conclusión habitual de aquellas conversaciones, a las que era cada vez más asiduo Bolívar, escuchando con suma atención a su sabio interlocutor. Un día, exclamó el joven : « ¡Radiante destino, en verdad, el del Nuevo Mundo, si sus pueblos se vieran libres de su yugo, y qué empresa más sublime! » — « Yo creo que su país ya está maduro, contestó su interlocutor, mas no veo al hombre que pueda realizarla[3] ».

Aquel día, salió Bolívar pensativo del cuarto de trabajo de Humboldt. Un resplandor había iluminado su espíritu. Acababa de ver el objetivo hacia el cual habían de tender sus energías, la obra magna a la que, desde aquel momento, ardía en deseos de consagrarse. Resolvió no continuar viviendo tan inútilmente. Desde aquel momento se consagró a la libertad como se había entregado al placer : con todo el arranque de un temperamento formidable que encontraba, por fin, el puro manantial capaz de saciar la ardiente sed que le devoraba. No por eso se mostrará indiferente a las voluptuosidades materiales, pero sus llamaradas pasajeras no se adueñarán de

1. Antes de la aparición de las obras de Humboldt, los habitantes del Nuevo Mundo, los Europeos, y hasta los Españoles mismos, no tenían sino una idea confusa del valor de la América del Sur y de los recursos que podía ofrecer. « *L'Essai politique sur la Nouvelle Espagne* (1811), dice Lucas Alamán (Historia de Méjico, *op. cit.*, t. I, cap. III), descubrió Méjico a los mejicanos. Hasta llegaron a pensar éstos que, de tal manera era rico su país, que, cuando lograra ser independiente, ningún otro podría competir con él en cuanto a poderío ».

2. *Voyage aux régions équinoxiales*, etc., t. IV, pp. 166-167.

3. *Documentos relativos a la Vida del Libertador*. Prólogo de la edición oficial publicada en vida de Bolívar, 1826-1827, t. I, p. 7.

su espíritu. Ya conoce el camino que necesita y quiere seguir.

En aquel momento, prepárase inaudito acontecimiento : la gran figura del Emperador acaba de aparecer en el horizonte de los hombres, y el viento que agita el prodigioso vuelo de su águila arrastra las últimas vacilaciones del futuro libertador. París iba a celebrar la coronación de Napoleón. Dos años antes, Bolívar había asistido a las fiestas motivadas por la firma del tratado de Amiens. Aunque por entonces tenía el joven « la cabeza llena de los ensueños del más violento amor[1] », como decía él mismo al referirse a aquella época de su vida, no fué insensible a las sugestiones de aquel espectáculo. Las magnificencias de la coronación le parecieron como una espléndida prolongación de dicho acontecimiento. Al aparato teatral de la ceremonia en la basílica de Nuestra Señora de París y de los regocijos que siguieron mezclábase una incontestable grandeza. « Aquel acto magnífico, dirá más tarde Bolívar[2], me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, victoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre... Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que la libertase[3] ».

Pero, ya desde aquel momento, quedó colmado el vacío que tanto padecimiento causaba al alma magnánima de Bolívar : el amor de la Patria impera en él, para siempre.

1. La Croix. *Diario*, etc., *op. cit.*, p. 64.
2. *Id.*, p. 65.
3. La Croix. *Diario*, etc., p. 64.

V

A comienzos de la primavera, salió Bolívar para Italia, en compañía de Rodríguez. Cedía, con toda la juventud de entonces, al atractivo de la tierra de elección, del suelo ilustre, « compuesto del polvo de los muertos y de las ruinas de los imperios », adonde parecen haber ido en busca de inspiración, en aquella época, tantas notables personalidades a quienes tenía reservados días gloriosos el Destino. Ninguna de ellas sentía más avidez que Bolívar por fortalecer sus energías ante aquellos vestigios de la Historia Magna, a la que tan admirables capítulos habían añadido los jóvenes héroes de los ejércitos republicanos al combatir por la libertad de las naciones.

Los últimos meses pasados en Paris habían hecho de él otro hombre : había observado, reflexionado, alimentándose cada vez más de sus filósofos, y, apadrinado por Rodríguez, había conseguido su admisión en una logia masónica[1]. Allí veía, dirá él más tarde, al lado de « fanáticos » insignificantes, a muchos « hombres de mérito[2] ». 1804-1805 fué, en efecto, la época más brillante de la Masonería. Los príncipes, los ministros, los mariscales de Francia, los oficiales, los magistrados : todos los hombres, en fin, notables por su gloria o considerables por su situación, ambicionaban el hacerse iniciar[3]. La intimidad que con ellos mantuvo Bolívar, al mismo tiempo que era la más a propósito para afirmarle en sus recientes resoluciones, contribuía a madurar su carácter y a desarollar su espíritu.

Por eso, Italia, « tierra despedazada, sierva de los extranjeros[4] », a la que, no obstante, profetizó un próximo renacimiento el poeta Alfieri, y cuya corona levantó tan airosamente Napoleón, Italia había de apoderarse del alma de nuestro joven por cuantos recuerdos y esperanzas

1. V. La Croix, *Diario*, etc., *op. cit.*, p. 71.
2. *Ibid.*
3. V. Rebold, *Histoire générale de la Franc-Maçonnerie*, Paris, 1851. Findel, *Geschichte der Freimaurerei*, 1883, etc.
4. Alfieri.

vibraban en sus pueblos. Complacíase Bolívar en ver en ella impresionantes semblanzas con el único objeto de sus pensamientos. Los cuadros que podía él evocar, y aquellos que a su vista se ofrecían, ¿no componían, en sublime síntesis, el pasado mismo y acaso el porvenir de su América? Sentíase penetrado por el gran soplo de epopeya que campeaba entonces por Europa, y podemos imaginarnos con qué bríos acompañó al ejército hasta Milán, aquel ejército a quien ambas primaveras : la de la edad y la del año, hacían invencible y magnífico; con qué emoción asistió a los esplendores de la segunda coronación, con qué patriótico fervor siguió, a pocos pasos del Emperador, perdido en la muchedumbre que le aclamaba, el desfile de los 60 000 hombres de la revista de Montechiaro[1].

A pie las más veces, Bolívar y Rodriguez recorrieron las llanuras lombardas, visitaron Venecia, después Boloña y Florencia; a fines de junio llegaron a Roma. En esta ciudad se detuvo algunas semanas Bolívar antes de ir a Nápoles para reunirse con Humboldt[2], cuyo hermano Guillermo, a la sazón representante de Prusia ante la Santa Sede, trató con suma cortesía al joven sudamericano.

1. V. La Croix, *Diario*, etc., *op. cit.*, p. 65.

2. Bolívar hizo entonces, en compañía de este sabio, varias excursiones a las cercanías de Nápoles. Gay-Lussac se unió a ellos para visitar el Vesubio. (V. notes sur Alex. de Humboldt por J.-B. Boussingault, dans Hamy, *Lettres américaines*, *op. cit.*, p. 305).

Durante todo el resto de su vida quedó el Libertador en correspondencia con Humboldt, y hasta estuvo éste a punto de ir a verle, en 1822, y de establecerse en Sudamérica (v. *ibid.* y carta de Humboldt a Boussingault, fecha 22 de agosto de 1822, en *Lett. amér.*, p. 291). En O'Leary, *Documentos*, t. XII, pueden verse algunas de las cartas de Humboldt a Bolívar. Alude a sus comunes recuerdos de Italia y de Francia : « en una época, dice, en que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente » (29 de julio de 1822, O'Leary, *Doc.*, t. XII, p. 234). También siguió Bolívar en relaciones amistosas con Bonpland, quien fué nombrado más tarde mayordomo de la Malmaison. Después del fallecimiento de Josefina y de la caída del Imperio, el Libertador le ofreció la dirección de establecimientos científicos que se proponía él fundar en Bogotá. Bonpland se embarcó para Colombia; pero, deseoso de pasar antes una temporada en la Plata, tuvo la mala idea de adelantarse hasta el Paraguay, de donde, por espacio de diez años, se negó el dictador Francia a dejarle salir. Entre las numerosas reclamaciones que de varios Gobiernos motivó la detención de Bonpland, es preciso mencionar la que firmó Bolívar (v. O'Leary, *Memorias*, t. II, p. 231).

Una sociedad de las más escogidas, frecuentada por el historiador Sismondi, Rauch, el gran escultor alemán, su colega Thorwaldsen, y, durante algunos días aún, madame de Staël, daba sumo atractivo a la legación prusiana. Bolívar fué uno de sus más seductores y más festejados contertulios. El embajador de España le llevó a una de las audiencias del papa Pío VII, y le escandalizó en sumo grado la conducta de aquel joven que, aunque dependiente de su jurisdicción, no temía, al negarse a arrodillarse para besar la sandalia del papa[1], romper con los usos más respetables. Esta salida divirtió mucho a sus nuevos amigos, y acabó sin duda de ganar por completo sus voluntades al proclamar — en uno de aquellos arranques de oportunismo solapado que tuvo en algunas ocasiones de su vida — que « Bonaparte había perdido mucho al convertirse en César[2] ».

Para decir verdad, las veladas de la legación prusiana sólo una distracción pasajera eran para Bolívar : su ser íntimo estaba fuera de allí, abandonado al encanto de Roma. Las imágenes que de todas partes surgen, en el recinto de las antiguas murallas, en las cumbres y en los flancos de las colinas famosas, invadidas a un tiempo por los palacios, las basílicas y la desolada majestad de la Campiña cuyas ondulaciones cubren a lo lejos la borrada estela de tantos pueblos, despertaban en Bolívar los sentimientos que palpitaban en toda su generación, despertados, excitados por la magia del verbo de Chateaubriand.

Todavía conservaban las gradas del Coliseo las huellas de las pisadas de *René* cuando a su vez las hollaron las plantas de Bolívar. Con una *Eneida* y con un *Tácito* en el bolsillo, visitó las ruinas gloriosas, elocuentes, inspiradoras. Allí soñó sin duda ante la « palmera solitaria que parece haber sido colocada adrede sobre aquellos restos para los pintores y para los poetas[3] » y que le hacía pensar en la patria lejana. El « Genio del Recuerdo », que

1. O'Leary, *Memorias*, cap. I, p. 23.
2. *Id.*
3. Chateaubriand, *Voyage en Italie*. Carta a de Fontanes. Roma, 10 de enero de 1804.

dirigía las atormentadas meditaciones de *René*[1] no era el único en « sentarse al lado » de aquel otro adolescente. Sin embargo, su alma, no menos grande, sólo bajo su convencional apariencia conocía aún la Tristeza. No quería verse limitada por ningún obstáculo, y el Genio del Porvenir, aquel « Dios de Colombia » que había de promover los románticos « Delirios » del Libertador[2], anima ya las primeras inspiraciones de su genio.

1. V. CHATEAUBRIAND, *René*, Obras completas. Paris, Garnier, t. III, p. 77.

2. Probablemente en 1824 fué cuando Bolívar escribió, después de su ascensión al Chimborazo, el célebre *Delirio*, obra de verdadera inspiración romántica. A esta asombrosa página cuadraría el final del relato de Chateaubriand : « Echo du rivage américain, répétez les accents de René... »

« Yo venía envuelto con el manto de iris [a] desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir a la Atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt : seguílas audaz : nada me detuvo : llegué a la región glacial; el éter sufocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso las manos de la eternidad en las sienes excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije : este manto de iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales : ha surcado los mares dulces : ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes : la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad : Belona ha sido humillada por los rastros de iris ¿ y yo no podré trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Sí podré; y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, pasé sobre los pies de Humboldt, empañando aún los cristales eternos que circuyen al Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento y con mis pies los umbrales del abismo.

« Un delirio febril embarga toda mi mente : me siento como encendido de un fuego extraño y superior : — *Era el Dios de Colombia que me poseía.*

« De repente se me presenta el tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado de los despojos de las edades, ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano.

« Yo soy el Padre de los siglos : soy el arcano de la fama y del secreto : mi madre fué la eternidad : los límites de mi imperio los señala el infinito : no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte : miro lo pasado, miro lo futuro, y por mi mano pasa lo presente. ¿Porqué te envaneces, niño o viejo, hombre o

(*a*). Los colores fundamentales del arco-iris, el azul, el amarillo y el rojo, habían sido escogidos por los colombianos para su bandera. V. *infra*, lib. II, c. III.

Una tarde de mediados de agosto, en momento en que iba ya apagándose el ardor del sol, el azar de un paseo por la Campiña condujo a Bolívar y a Rodríguez a orillas del Anio, al pie del Monte Sagrado. Subieron el cerro al iniciarse el crepúsculo y se sentaron sobre un cuerpo de columna que yacía entre zarzas. No tardó en salir la luna, dejando adivinar en cercana lontananza la inmensa presencia de Roma. Rodríguez recordaba a su compañero los episodios de la retirada al Monte Aventino, ingeniándose en establecer un parangón entre los plebeyos de Menenio, sublevados contra la tiranía de los patricios y del Senado, y la impaciencia desesperada de los pueblos de América, sin tribunos autorizados para defenderlos contra los opresores.

De repente, Bolívar se pone en pie. Una emoción sobrehumana le anima; sus cabellos, levantados por el viento, le hacen una aureola. Sus mejillas palidecen y se animan, una llama arde en su mirada. De su boca brotan frases entrecortadas, sonoras : « ¿Conque este es, dijo, el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se difraza con el manto de la piedad pública para ocultar la

héroe? ¿Crees acaso que el Universo es algo? ¿Que montar sobre la cabeza de un alfiler es subir? ¿Pens is que habéis visto la santa verdad? ¿Imagináis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del infinito que es mi hermano. Sobrecogido de un sagrado terror, ¿cómo ¡ oh Tiempo! respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino el Universo con mis plantas : toco al Eterno con mis manos : siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos : estoy mirando de una guiñada los rutilantes astros : los soles infinitos : he visto sin asombro el espacio que encierra la materia: y en tu rostro leo la historia de lo pasado, y los libros del destino. Observa, me dijo, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; di la verdad a los hombres... la fantasma desapareció.

« Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita : resucito : me incorporo : abro con mis propias manos mis pesados párpados : vuelvo a ser hombre, y *escribo mi delirio* ». D. XIV, 4550.

suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Calígulas y por un Vespasiano cien Claudios... Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada ». Y luego, volviéndose hacia Rodriguez: « Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor, juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español. [1] »

El Libertador iba a cumplir tan ambiciosa promesa. Los sacrificios que habían de confirmarla y que Bolívar presentía con certeza le dan conmovedora amplitud. La empresa escogida por el futuro libertador para entregarse a ella por completo, aceptando de antemano todas las peripecias posibles inherentes a una empresa magna era digna de la grandeza de su alma. Y, descartando de él la ampulosidad romántica, el juramento del Monte Sacro lleva el sello de una indiscutible sublimidad.

Romántico, Bolívar lo era por esencia, y nunca dejó de serlo, pues estaba impregnado de aquella « superabundancia de vida » que sólo un instante pidió Chateaubriand a las libres y fértiles soledades del Nuevo Mundo[2]. Los orí-

1. Recuerdos recogidos de boca de D. Simón Rodriguez y publicados en *El libro del Centenario*. Bogotá, 1883, por Manuel Uribe, t., p. 74.
2. V. Chateaubriand, *René*.

genes españoles, exaltados por el sol tropical, predisponían sin duda a Bolívar a ser, en este sentido, el más genuino representante de su época. Había cumplida asimilación, entre ésta y él, en cuanto a sentimientos y en cuanto a lenguaje. Nadie sintió en más alto grado las tormentas, el orgullo, la vanagloria y las quimeras del romanticismo, y ninguno hizo mayor abuso de las prosopopeyas y de las grandilocuencias. Pero hay siempre belleza, fuerza y grandeza en su estilo, como las había en su conducta, y sus insaciadas ambiciones llevan todas el sello de la generosidad. Rousseau, que no en vano ha sido calificado de « padre del romanticismo[1] », ejercía de este modo una acción indirecta y lógica sobre el espíritu de Bolívar,

Cierto que la poderosa personalidad del Libertador no es de aquellas en que es fácil descubrir influencia extraña. Pero, no le fué posible sustraerse al ascendiente de los dos hombres cuyo pensamiento y cuya acción dominan el siglo. y a Juan Jacobo y a Napoleón es a quienes pedirá Bolívar lecciones y ejemplos.

En efecto, el conquistador legislador y el escritor filósofo son los padrinos del genio de Bolívar. Les debe, si así podemos expresarnos, sus cumplidas glorias y sus cumplidos errores. Verdad que se ha guardado de invocar el nombre de Rousseau; si por casualidad habla de él, es para decir que « su estilo es quizás admirable, pero que sus libros le molestan[2] »; sin embargo, constituyen éstos, en toda ocasión, su lectura favorita[3]. Toma de los *Discursos* el fondo de su vocabulario, hasta tal punto que, al leer a Bolívar, cree uno a veces leer una traducción de Rousseau. Cuando se trata de celebrar con fiestas los primeros éxitos de los ejércitos libertadores. consulta la *Lettre sur les spectacles*. El *Contrat Social* « faro de los legisladores[4] », es su código en política, y la *Profession de foi du vicaire savoyard* le sirve de religión[5].

Más severo aún se mostró Bolívar respecto de Napoleón.

1. V. Pierre Lasserre, *Le Romantisme français*, Paris, 1907.
2. La Croix, *Diario*, etc., *op. cit.*, p. 43.
3. V. Ducoudray-Holstein, *Mémoires*, etc.
4. Joseph de Chénier.
5. V. La Croix, *Diario*, etc., *passim* y p. 97.

En varias ocasiones lo colma de invectivas : « Se hizo emperador, decía él cierta vez a su ayudante de campo O'Leary [1], y desde aquel día le miré como un tirano hipócrita, oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización ». Y al general Mosquera [2] le dice : « Desde que Napoleón fué rey, su gloria misma me parece el resplandor del infierno, las llamas del volcán que cubría la prisión del mundo. » Pero la violencia misma de estos ataques bastaría para hacer dudar de su sinceridad, de no estar averiguado que le fueron dictados al Libertador por las circunstancias, y de no aparecer en cada uno de los períodos de su vida la preocupación, la obsesión misma de ajustarse en todo al Emperador y de igualarse en gloria con él.

Hemos oído a Bolívar, delante del único de sus confidentes a quien manifestó el fondo de su pensamiento : el general de La Croix [3], a quien ambicionaba también « convertirlo en su Las Cases [4] », manifestar la profunda emoción que le invadió cuando la coronación de Napoleón. Pues bien, una emoción del todo semejante se apoderó de él cuando, conducido por Rodríguez, efectuó la peregrinación a las Charmettes [5], residencia inmortalizada por

1. V. O'Leary, *Memorias*, etc., *op. cit.*, cap. I, p. 15.
2. Mosquera, *Memorias sobre la vida*, etc , *op. cit.*, p. 11.
3. La Croix (Louis, Perú de), nacido en Montelimar, antiguo oficial de la guardia imperial, pasó a América en 1818 y sirvió fielmente a Bolívar hasta 1830. Desterrado, cuando la muerte del Libertador, La Croix volvió a Venezuela en 1836, tomó parte en la revolución, llamada de las Reformas, en Caracas el 8 de julio de ese mismo año, fué desterrado de nuevo, volvió a Francia y murió suicidado en París en 1837.

Durante el tiempo que estuvo con Bolívar en Bucaramanga, en 1828, fué cuando La Croix escribió el diario llamado *Diario de Bucaramanga* y del cual sólo una parte fué publicada en París en 1869 por mediación de Fernando Bolivar, sobrino del Libertador.

Enél se hallan anécdotas y sobre todo juicios valiosos recogidos de la misma boca de Bolívar acerca de los hombres y los acontecimientos de su época.

D. Ismael López, diplomático y literato colombiano, ha descubierto muy recientemente en Caracas el manuscrito original de La Croix y se propone hacer publicar una edición completa de ese manuscrito, del cual ha tenido a bien comunicarnos, muy amablemente, el texto inédito.

4. V. *Diario... passim*, y, principalmente, pp. 12 y 14.
5. O'Leary, *Memorias*, etc..., p. 25.

Rousseau. Y, en fin, ¿no es ternísimo testimonio de íntima y suprema predilección el haber legado por testamento a su ciudad natal, aquel ejemplar del *Contrat social* que había pertenecido al desterrado de Santa Elena, y que con tan constante cariño había hojeado el Libertador[1]?

Como contraposición a la influencia ejercida por Rousseau sobre Bolívar, no carece de cierto interés el notar la que el filósofo de Ginebra acabó por tomar sobre Rodríguez. Después del viaje a Italia, maestro y discípulo se perdieron de vista durante unos veinte años. Mientras subía su *Emilio* los escalones de una sublime carrera, D. Samuel Robinsón seguía recorriendo Alemania, Turquía, Rusia, en donde, Pestalozzi desdeñado, proseguía, no sin heroísmo, un obscuro apostolado pedagógico. La fortuna de Bolívar le llevó de nuevo a América en 1824. Llegó allí con proyectos considerables, no siendo el menor de ellos la constitución de las nacionalidades del Nuevo Mundo en un vasto Estado comunista en donde reinaran únicamente la igualdad y la dicha.

Indulgentísimo para los atrevimientos de su antiguo maestro, le dió carta blanca el Libertador : salió Rodríguez para el Alto Perú, provisto de recomendaciones para el presidente Sucre. Pero ya había gastado más de doce mil pesos antes de la inauguración de la primera de las escuelas modelos en las que pretendía formar jóvenes ciudadanos dignos de su República. Pronto tuvo Sucre que mandar cerrar aquel extraño y costoso establecimiento. No mejor suerte tuvo un nuevo ensayo en Colombia. Prorrumpió en amargas quejas Rodríguez. Mas, ya era demasiado tarde. Bolívar, en el ocaso de su carrera no pudo ya prestar oídos complacientes a las empresas del infortunado D. Simón. Las angustiosas cartas que dirigía al Libertador quedaron sin contestación. « ... Al lado de Ud. haría una función importante... Mientras Ud. conserve algún poder tendrá muchos amigos, y a centenares quien lo sirva por servirse a si mismos; no sé si Ud. cayese en desgracia, quién sería su Bertrand... Si Ud. continúa influyendo en los negocios públicos, soy capaz de hacer, y deseo hacer lo

1. Testamento de Bolívar, D., XIV, 4556.

que ninguno (sea quien fuere) por el bien de la causa y por honor de Ud... y si por desgracia de la América tuviese Ud. que retirarse a alguna Santa Elena, lo seguiría gustosísimo[1] ». Con la muerte de Bolívar se fueron las últimas esperanzas de D. Simón, quien se retiró a Huaymas, en el Perú, en donde acabó tristemente sus días (1854).

Y, no obstante, en la misma fuente habían bebido maestro y discípulo, en la peligrosa fuente de Juan Jacobo, fortaleza de las almas vigorosas, filtro fatal para los espíritus desfallecientes.

Nunca olvidó Bolívar que Rousseau le había sido revelado por Rodríguez. Escuchemos con qué ardientes palabras le acoge a su regreso a América; con qué entusiasmo le incitaba, medio convencido él mismo, a intentar, en la espaciosa libertad de una tierra nueva, el experimento primitivista : « ¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson! Ud. en Colombia, Ud. en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito! Sin duda es Ud. el hombre más,.. extraordinario del mundo. Podría Ud. merecer otros epítetos; pero no quiero dárselos, por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo. Sí, a visitar su patria que ya no conoce... que tenía olvidada; no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que Ud. quiere a nuestra adorada Colombia ¿Se acuerda Ud. cuando fuimos al Monte Sacro en Roma, a jurar sobre aquella tierra Santa la libertad de la Patria? Ciertamente no habrá Ud. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, mi juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

« Ud., maestro mío¡ cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! con qué avidez habrá Ud. seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por Ud. mismo... No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud., me ha dado : no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado :

1. Carta de Oruro, 30 de septiembre de 1827. O'Leary, *Documentos* t. IX, p. 514.

siempre presentes a mis ojos las he seguido como guías infalibles... Mil veces dichoso el día en que Ud. pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios tiene Ud. sobre todo : mi impaciencia es mortal... Ya que no puedo volar hacia Ud., hágalo Ud. hacia mí; no perderá Ud. nada. Contemplará Ud. con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de sus hermanos de Ud. No, no se saciaría la vista de Ud. delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga Ud. al Chimborazo. Profane Ud. con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo. Desde tan alto tenderá Ud. la vista, y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir : « Dos eternidades me contemplan, la pasada y la que viene... » Amigo de la naturaleza, venga Ud. a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitiva... Allá está encorvada bajo el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres : aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Creador[1]... »

1. Carta de Pativilca, 17 de enero de 1824. *Correspondencia del Libertador*, t. I, p. 392.

LIBRO II

EL PRECURSOR

CAPÍTULO PRIMERO

MIRANDA

I

Salió Bolívar de Roma en septiembre de 1805 y fué a Nápoles, en donde pasó varios meses. Se resentía del excesivo cansancio del año anterior, y, a pesar de su impaciencia por volver a Venezuela, sólo a fines de mayo de 1806 le fué posible pensar en el regreso.

Se fué entonces a París, con Rodríguez, sin hacer escala alguna en el camino. Fanny, sabedora de las resoluciones de su primo, a quien tanto había ella exhortado antes a que acometiera una empresa gloriosa que había de iniciarse con aquel viaje, se desesperaba ahora, al considerar lo inminente de la separación. Suplicó a Bolívar que aplazara su salida. Pero fueron vanos sus ruegos. Según había ella de decirle más tarde : « Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su ser, y sólo pertenecía Ud. a sus semejantes por el prestigio que les ocultaba el genio que las circunstancias han aumentado[1]. »

Por los Países Bajos y Alemania, en donde pasó otras cuantas semanas, llegó Bolívar a Hamburgo, en donde se embarcó, en septiembre, para América.

1. Çarta de Mme du Villars al Libertador. París, 6 de abril de 1826. O'Leary, *Doc.*, t. XII, p. 293.

Poco después llegaba a Boston, saludaba con entusiasmo los campos de Lexington, y visitaba las principales ciudades de la joven república. El *stage coach* le condujo a Nueva York, tan poblada ya, llena de movimiento, alegre, en donde ya se anunciaba la prosperidad. Fué a Filadelfia, pasó algunos días en Washington, después en Charleston, en donde, por fin, se embarcó en un navío de comercio que salía para las costas de Venezuela, y que llegó a La Guayra hacia mediados de febrero de 1807[1].

Los acontecimientos que se habían efectuado en la colonia durante la ausencia de Bolívar le interesaron mucho esta vez, y oyó con gran emoción su detalle. En el momento mismo en que la cabeza ensangrentada de España era izada a una horca, a la entrada del puerto de La Guayra, el 19 de mayo de 1799, las autoridades de la capitanía general acababan de descubrir otra conspiración. Su instigador, Francisco Javier Pirela, oficial de las milicias de los mulatos de Maracaibo, fué arrestado y condenado, en 30 de julio de 1800, a prisión perpetua, con diez de sus cómplices. La severidad empleada para con aquellos conspiradores sobre quienes no pesaban, preciso es reconocerlo, sino presunciones bastante vagas, parecía haber asegurado por largo tiempo la paz en Venezuela, cuando de nuevo se vió amenazada por la expedición del general Miranda, en 1806.

Aunque no pareció que esta tentativa había de producir más resultado que las demás, las circunstancias que habían acompañado su preparación, el atrevimiento de su promotor, los apoyos con que se sabía que contaba en los Estados Unidos, y sobre todo en Inglaterrra, la posibilidad de verle aparecer de nuevo cuando menos se le esperara, habían provocado particular emoción en los círculos políticos de Caracas. El nombre de Miranda, célebre entonces en toda Europa, era pronunciado con fervor en las Colonias españolas por todos aquellos que, desde Méjico a la Plata, soñaban con independencia, y la causa a la que había consagrado ya treinta años de la existencia

1. Correspondencia de A. Dehollain-Arnoux con Bolívar. O'Leary, *Doc.*, t. XII, pp. 289-292.

más agitada que pueda concebirse, parecía haber de tener en él el más calificado campeón.

La duquesa de Abrantès refiere en sus *Memorias* que el general Bonaparte, en una visita que hizo a su madre, Madame de Permon, después de las jornadas de « prairial », dijo que había comido hacía poco « con personas muy notables. Hay entre ellas una con quien desearía volverme a encontrar, añadió Bonaparte : es otro Don Quijote salvo la locura ». —¿Cómo se llama? le preguntó mi madre. — El general Miranda. Este hombre tiene en su alma el fuego sagrado[1]. »

La vida toda de Miranda fué la paráfrasis de este juicio. Nacido el 14 de junio de 1756, en Caracas, de padres españoles — de origen vasco por su familia paterna — Francisco de Miranda tenía diecisiete años cuando su padre asignó ante la Audiencia a ciertos representantes de la aristocracia que le negaban derecho nobiliario para el mando de una de las milicias criollas. Una real orden de 12 de septiembre de 1770, al fallar a favor de D. Sebastián de Miranda, mandaba a las autoridades y a los miembros de la nobleza colonial « que le reconocieran, so pena de graves sanciones, los orígenes y las cualidades reivindicadas ». Francisco, cuyo carácter altivo se había sentido ajado con aquel proceso, salió casi en seguida de su ciudad natal y se fué a España, deseoso de hacerse allí un porvenir en la carrera de las armas.

Tuvo pronto ocasión de distinguirse bajo las órdenes del conde de O'Reilly[2], que mandaba la expedición enviada contra Argel por el ministro Grimaldi, en 1774. Cinco años después, en 1779, salió para América del Norte, en donde contribuyó al éxito de la campaña del Misisipí. Formaba entonces parte del estado mayor del general Gálvez[3], con grado de capitán. Terminada la guerra, Miranda fué enviado de guarnición a La Habana,

1. Duquesa de Abrantès, *Mémoires*. Paris, 1831, t. I, cap. XVIII, p. 329.

2. O'Reilly (Alejandro, conde de), general español, nacido hacia 1722, muerto en 1794. Nombrado gobernador de la Luisiana en 1768, se hizo odioso por sus ferocidades contra los colonos franceses.

3. Gálvez (Bernardo Madrid Cabrera Ramírez y Márquez, conde de), general español; nació en 1756, falleció en 1794. Gobernador de

pero quedó allí poco tiempo : su rápido ascenso, la estima y la amistad que le demostraba el capitán general de Cuba, Don Juan Manuel de Cajigal, habían excitado celos. Encargado por su jefe de la misión secreta de informarse acerca de la organización de la defensa de las Antillas inglesas, se vió, a su regreso, acusado por sus enemigos de malversaciones y de contrabando. Implicado él mismo en aquella acusación, el capitán general tuvo que intentar un proceso que fué arrastrándose y cuyo fallo, por cierto favorable a Cajigal y a Miranda, sólo en 1800 fué pronunciado. Hizo dimisión Miranda y se marchó a los Estados Unidos.

Allí residió por espacio de algunos meses, y aquella estancia le descubrió su vocación. « Mi primer pensamiento, decía él recordando aquella época de su vida, fué un sentimiento de celos, de celos patrióticos, al pensar en la emancipación de los Estados Unidos, y lo primero que brotó de mi alma fué un ferviente voto por la libertad de la tierra que me había visto nacer, pues no me atrevía, por entonces, a llamar patria a la América del Sur[1] ».

Desde aquel momento encarnábase en Miranda el espíritu enciclopedista que puso en movimiento la Revolución francesa y que había de inspirar la emancipación de la América latina. No obstante, la iniciación de este verdadero precursor a tales doctrinas databa de su primera llegada al Viejo Mundo, cuando, apenas terminados sus estudios en España, se había ido a París, en 1772, deseoso de adquirir mayor instrucción. « Era aquella la época en que florecía la gloria del célebre abate Barthélemy, quien a más del latín y del griego, sabía hebreo, caldeo, árabe, matemáticas; había seguido a Choiseul cuando fué de embajador a Roma, y acababa de publicar su libro *Les Antiquités d'Herculanum*.... El espíritu latino de Bruto resucitaba triunfante contra la autocracia franca de los Capetos[2]. » Penetrado de aquel espíritu, y apasionadamente seducido por la nueva moral que de él resultaba,

la Luisiana, conquistó la Florida en 1781, y fué virrey de Méjico (1785-1786).

1. Serviez, *L'Aide de Camp ou l'Auteur inconnu*, *op. cit.*, cap. x.
2. Paul Adam, *L'esprit de Miranda*, 1902.

Miranda hizo en Francia considerable acopio de obras filosóficas, y, de regreso a Madrid, no tardó en reunirse con el reducido grupo de pensadores independientes cuyo entusiasmo no se acobardaba ante los amenazadores rigores de la Inquisición. Se afilió a la Masonería, y cuando, a solicitud de Franklin, « las Logias francesas enviaron tropas a los *filadelfos* de la América del Norte con objeto de ayudarles a arrojar la aristocracia inglesa de sus ciudades liberales[1] ». Miranda se alistó en el cuerpo expedicionario español que, con el de Rochambeau, contribuyó a la emancipación de los Estados Unidos.

Este precedente, y las hazañas que motivó, habían de merecer notable prestigio a Miranda entre los principales personajes militares y políticos de la República federal. El joven teniente coronel, que, desde su llegada a la América del Norte, había sido presentado al general Washington por el ministro de España en Filadelfia, halló de nuevo fraternal acogida en aquel medio. Miranda se dedicó a ganar sus simpatías en favor de la causa de la que se constituía el apóstol. Esta es, en efecto, la sola palabra que puede definir cabalmente la infatigable y múltiple actividad con que Miranda, sacrificando desde aquel momento su reposo y su vida al triunfo de su ideal, iba a recorrer tres continentes en busca de los medios que le permitieran realizarlo.

Verdad que estaba dotado superiormente para llegar adonde deseaba. De gran estatura, « de apostura y de rostro nada comunes, más por su originalidad que por su belleza, tenía la mirada fogosa de los Españoles, tez morena, labios delgados de los cuales brotaba ingenio, aun en su silencio mismo[2] »; nariz bastante corta, recta y afilada en su extremidad; barbilla ancha, cuello bien afirmado sobre anchos hombros, andar firme y altanero; de modales algo bruscos, siempre sencillo y limpio en el vestir; voz baja, vibrante y ruda; todo en él indicaba el hombre de acción, el militar, el jefe. No obstante, era cultísimo, discreto, sagaz, ingenioso, de conversación

1. Paul Adam, *L'Esprit de Miranda*, 1902.
2. *Mémoires de la duchesse d'Abrantès*, *op. cit.*, p. 331.

brillante y amena, aunque a veces también, sombrío, silencioso y concentrado, lo cual desconcertaba a sus interlocutores. Dotado de poderosa voluntad, « lo que quería, queríalo con una especie de encarnizamiento[1] ». La libertad de su patria fué su única pasión y el móvil de cada uno de sus actos. Para conseguirla, puso todos los recursos de su espíritu al servicio de la intriga, y no vaciló en acudir a todos los medios. Contaba menos con los acontecimientos que con los hombres, los cuales casi siempre le traicionaron. Se dejaba sorprender y desconcertar por la fortuna, sin desviarse nunca de la abnegación de sí mismo, que parece haber sido su virtud dominante, y de la « frialdad heroica[2] » que nunca le abandonó.

II

Al marcharse de los Estados Unidos, hacia fines de 1784, Miranda ambicionaba obtener para la América del Sur lo que Franklin había obtenido para la América del Norte : socorros políticos, financieros y militares, la valiosa y generosa ayuda de otro La Fayette, y la amistad de un soberano poderoso[3].

La emperatriz Catalina de Rusia se ofreció a desempeñar este último papel, aunque no del mismo modo que lo entendía Miranda. Seducida por la apostura y la elocuencia del *conde* de Miranda — título con el cual había sido presentado por Potemkine en 1787 — la zarina le recibió en Kieff, en donde se hallaba ella entonces. Le escuchó con interés, le ofreció, desde la primera entrevista, un nombramiento de coronel, y pareció conquistada a sus proyectos, prometiendo su ayuda. Admitido a la intimidad de la emperatriz, Miranda la siguió a Petersburgo, soñando de continuo con libertad en medio de las fiestas y de las delicias del Ermitage. Mas, no tardó en convencerse de que « la

1. Serviez, *L'Aide de Camp*, etc., *op. cit.*, cap. x.
2. Michelet, Juicio sobre Miranda, *Histoire de la Révolution française*, 1879, t. VI, p. 341.
3. Cf. Paul Adam, *op. cit.*

indulgencia de Catalina para las ideas nuevas procedía menos de la superioridad de su espíritu, de su correspondencia y de sus relaciones con algunos filósofos, que de la seguridad en que se hallaba respecto de su poder absoluto[1] ». Renunció pues a obtener de su poderosa amiga algo más precioso para él que halagos, favores y promesas vagas, y de nuevo se puso en camino.

Ya en 1785, en Potsdam, había tenido que resignarse a una decepción, aunque menos imprevista. Federico el Grande le colmó de atenciones y consejos, y le invitó, al tiempo que a La Fayette, a ver maniobrar sus granaderos. Al año siguiente, no menos estima le demostró José II; pero, como los demás, se limitó a vagas promesas de apoyo.

En los intervalos de estas visitas, Miranda viajaba. Recorrió Holanda, Dinamarca, Suecia, Polonia, Italia, Grecia, Turquía, la Crimea, el Asia Menor, y por fin Egipto[2], de donde pasó nuevamente a Inglaterra a principios de 1790, diríase que más aguerrido, y más consciente de su misión, después de aquel largo aprendizaje de migraciones y de aventuras. Habríase dicho que traía alguna revelación profunda, algún desconocido prestigio. Su riqueza y su austeridad, las relaciones que se le veía sostener familiarmente con los hombres más considerables, su memoria « inconcebible », dice un contemporáneo[3], su polimatía, la gravedad de su conducta, el velo con que la encubría, hacen de él un personaje que sorprende tanto por su amplitud como por su misterio.

En esto, acababa de estallar en Francia la tormenta revolucionaria, y se apercibía el nuevo gobierno a luchar contra la Coalición. Miranda se debía a sí mismo el desempeñar un papel en « aquel campo de batalla de sus ideas[4] ».

1. Conversación de Miranda con Serviez, *L'Aide de camp*, etc., *op. cit.*, cap. IX.

2. V. Becerra, *Vida de Miranda*, t. II, cap. XXVI, y James Biggs, *The history of D. Francisco Miranda's attempt to effect a Revolution in South America in a series of letters by a gentleman who was an officer under that General, to his friends in the United States. Boston, 1810*, Letter XXVII.

3. Barras, *Mémoires*, publicadas por Georges Duruy, Paris, 1895, t. II, cap. III, p. 36.

4. Lamartine, *Histoire des Girondins*, lib. XXVII, cap. II.

Llega a París el 25 de agosto de 1792. El 1º de septiembre, se une a Dumouriez, en Sedan, con el grado de mariscal de campo de los ejércitos de la República.

Desde las primeras operaciones dió Miranda la medida de sus capacidades. Merced a su admirable sangre fría pudo efectuarse, después de la sorpresa de los desfiladeros de la Argonne, la famosa retirada de Islettes a Sainte-Menehould, que salvó del desastre el ejército. El 29 de octubre, la ciudadela de Amberes se entrega al primer lugarteniente de Dumouriez. Algunas semanas después, la popularidad del capitán general descontenta a los Jacobinos, despierta desconfianza en Brissot, y está a punto de valerle a Miranda, ahora teniente general, el mando supremo que ejercía él durante la ausencia de Dumouriez.

La ejecución de Louis XVI, subleva a toda Europa contra Francia. Reanúdase la campaña en Bélgica, y Dumouriez se deja arrastrar cada vez más a la terrible aventura que ha de cubrir de eterno oprobio su memoria. La primera operación del plan premeditado por él es la toma de Maëstricht. El 18 de febrero, Miranda, encargado de aquel ataque cuyos peligros ha previsto, se ve obligado a obedecer. La plaza resiste, llegan los Austriacos, y, el 3 de marzo, el ejército se repliega sobre Lieja. El pueblo se sublevaba en Flandes. Dumouriez, que desde aquel momento está resuelto a romper con la República, escribe al presidente de la Convención su famosa carta del 12 de marzo. La enseña a Miranda, cuya fe revolucionaria se rebela : « ¿Volver a París, exclama, y, con qué objeto? » — « A la cabeza del ejército, contesta Dumouriez, para restablecer la libertad ». — « Este remedio, ciudadano general, es peor que el mal, y a ello me opondré con todas mis fuerzas ». — « ¿Qué, se batiría usted contra mí? » — « Desde luego, si usted se bate contra la República ». — « ¿De modo que será usted Labieno? » — « Labieno o Catón, siempre me verá usted del lado de la República[1] ».

Desde aquel momento, Dumouriez descartó a Miranda

1. V. Marqués de Rojas, *El general Miranda*, Paris, 1884, p. 271. — Becerra, *Ensayo histórico*, etc., *op. cit.*, t. II, cap. xxvi. — Chuquet, *La Trahison de Dumouriez*, Paris, 1891, p. 138.

de sus Consejos. La batalla de Nerwinden, en la que, como ha dicho Michelet, el general en jefe reservaba a su acusador posible « el papel de ser derrotado[1], » se efectuó algunos días despues. El ala izquierda, mandada por Miranda, se componía principalmente de voluntarios inexpertos y de los batallones menos seguros. Sufrió un furioso ataque. Hizo Miranda cuanto pudo para reunir las tropas dispersas y resistir al empuje de los soldados de Benjowski, a las repetidas cargas de los escuadrones del archiduque Carlos. Pero tuvo que ceder ante el número, la audacia y el valor del enemigo. Dumouriez había publicado su carta a la Convención y se sentía comprometido sin remedio. Intentó hacer desviar sobre su lugarteniente las presunciones que sentía él pesar sobre su propia cabeza. Mientras acudía Miranda a París para justificarse de las calumniosas acusaciones de aquel jefe que no temía, después de haberle sacrificado, imputarle el desastre de Nerwinden, Dumouriez, rodeado de jinetes austriacos, atravesaba la frontera y se pasaba al enemigo.

Acusado ante el comité de la Guerra, no le costó trabajo a Miranda convencer a sus jueces. Demostró que Dumouriez se había negado a escucharle y que había despreciado sus avisos, limitándose a enviarle por correo órdenes que él había ejecutado lo mejor posible. « Fracasó la acusación, dice un contemporáneo[2], tanto por el talento de Miranda como por la bondad de su causa ». La firme seguridad de sus contestaciones, la noble altivez de su actitud hicieron superflua la elocuente defensa de Chauveau-Lagarde. Y, aunque los Girondinos, a cuya influencia debía Miranda el haber sido enviado al ejército, en la actualidad perdidos en la opinión pública, no podían alzar la voz a favor de su antiguo protegido, y a pesar de que este mismo recuerdo constituía un terrible motivo de cargo contra el acusado, el tribunal revolucionario, por unanimidad de votos, le declaró exento de toda culpabilidad. Cada jurado, cada juez, al emitir su opinión, añadió un elogio

1. Michelet, *Histoire de la Révolution*, *op. cit.*, t. VI, p. 423.
2. Champagneux, *Supplément aux notices historiques de la Révolution pour faire suite aux Mémoires particuliers de Mme Roland*. Collection Barsière, Paris, 1847, t. VIII, p. 483.

para Miranda, y éste, cuya cabeza era pedida días antes, fué llevado en triunfo hasta su casa[1].

La fatalidad, que persiguió siempre a Miranda, se mofó de él cruelmente. De nada le servían las cualidades y el talento desplegados durante aquella campaña. Desde luego, su profundo cariño a la Revolución francesa le movió a combatir entre sus defensores: pero le impulsaba sobre todo la esperanza de conquistar una gloria con cuya recompensa contaba él para servir los intereses de su patria. Quedaba íntima y fielmente adicto al proyecto de emancipación de América, para el cual había contado con el apoyo de la Francia de la Libertad; pues pensaba él que no había de negar tal apoyo a uno de sus salvadores.

Además, este proyecto secreto no era ignorado del Consejo ejecutivo, y varias veces, en el transcurso del año 1792, se había tratado de la independencia de la América española. Miranda había tomado parte en las combinaciones que Dumouriez, ministro de Relaciones exteriores, preconizó en marzo, pretendiendo asociar a ellas a Inglaterra, con la cual se obtenía su neutralidad. Después del 10 de agosto, el agente Noël había recibido encargo de insinuar en Londres « la idea de una acción común destinada a asegurar al comercio de los dos países las colonias españolas de la América del Sur », y las instrucciones que llevaba Talleyrand, cuando a su vez salió para Inglaterra, el 8 de septiembre, le prescribían también que tratara de hacer que el gobierno del rey Jorge adoptara aquel mismo proyecto[2].

La llegada de Miranda a París y las precisiones que suministró al Consejo ejecutivo acerca de la situación de América determinaron al ministro Lebrun a insistir con los agentes franceses en Londres para que decidieran a a los Ingleses a aceptar el proyecto : « Sabemos, escribía Lebrun a Chauvelin, el 14 de septiembre, que los habitantes de la Luisiana desean sacudir el yugo. Tanto más favorable es el momento para Inglaterra, respecto de esa conquista, cuanto que España está entregada a sus propias

1. Champagneux, *op. cit.*, y Archives Nationales. W. I *bis. Tribunaux révolutionnaires, Affaire Miranda. Jugement du 16 mai 1793.*
2. V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. II, pp. 420-422.

fuerzas y sin esperanza de socorro por parte nuestra ». Noël tenía encargo de propagar esta idea entre el público[1].

La guerra había, por entonces, modificado los planes del Consejo ejecutivo; pero, desde fines de 1792, Brissot y los amigos de Miranda se pusieron en campaña para que se realizara el proyecto. La desconfianza con que la Convención miraba a sus generales, sospechados por ella, en principio, de estorbar los progresos de la República, no se extendía hasta el « peruano » Miranda ; sin duda que era el solo contra quien no pareciera aplicable « la ingratitud, virtud necesaria a los republicanos ». Los ejércitos franceses ocupaban Bélgica, varias ciudades del Rin, Niza y Saboya. Tomaba incremento la idea de una propaganda para la libertad universal de los pueblos. Los ministros concibieron el proyecto « de incendiar las cuatro puntas de Europa », y formaron planes de guerra contra Italia, Suiza, Alemania, Nápoles y España ; sobre todo contra estas dos, por ser las dos monarquías borbónicas[2].

Sabedor del peligro a que una revolución de las Colonias españolas expondría a su soberano, pensó de nuevo Lebrun en sublevar la Costa Firme. Decidió enviar a los Estados Unidos el embajador Genet, con misión secreta de fomentar dicha revolución[3]. Los establecimientos franceses de Santo Domingo, en donde se reunirían tropas, habían de formar una base que parecía excelente. « La suerte de la empresa, escribía Brissot a Dumouriez, depende de un hombre. El está a vuestro lado ; le conocéis y le estimáis ; es Miranda. Nuestros ministros buscan un hombre con quien reemplazar a d'Esparbès en Santo Domingo. Un rayo de luz me ha venido y les he dicho : Nombrad a Miranda. Este hombre apaciguará en breve las miserables querellas de los colonos, dominará la turbulencia de los blancos, se hará amar de las gentes de color, y en seguida con cuánta facilidad podremos insurreccionar las islas vecinas, y aún el continente entero que domina el gobierno español[4] ».

1. V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. III, pp. 20-21.
2. V. Dareste, *Histoire de France*, 1885, t. VII, lib. XLVIII, § 7.
3. V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. III, p. 157.
4. Becerra, *Vida de Miranda*, *op. cit.*, t. II, p. 358. — V. también Arístides Rojas, *Miranda en la Revolución francesa*, Caracas,

Harto bien informado de los escasos recursos que para tal operación ofrecía Santo Domingo, se negó Miranda a secundar este proyecto. Además, tenía miras más altas respecto de los socorros que pudiera obtener de la Convención. Mientras tanto, sometió a Pétion y a Brissot un plan de ataque y de organización de las Colonias españolas[1] cuyo éxito le parecía más seguro.... Las circunstancias que tan rudo golpe acababan de asestar a las esperanzas de Miranda, iban por cierto a agravarse aún, reduciendo, esta vez, a nada sus proyectos.

Instaurábase el Terror. Halló a Miranda instalado en una casa de campo comprada por él en las puertas de París, en Menilmontant. Allí estaba, rodeado de libros, de cuadros, de objetos de arte, gozando de amplio bienestar y tratando espléndidamente a sus amigos[2]. Semejante lujo no constituía seguramente un « certificado de civismo », y el Comité de salud pública no estaba dispuesto a la indulgencia respecto a Miranda. Los Girondinos, en quienes había buscado apoyo, caían unos tras otros en manos de sus enemigos, y la denuncia de un criado, el ciudadano Malissart, vino a punto para legalizar la acusación de « sospechas » que pesaba sobre la cabeza del amigo de la facción vencida. Miranda fué arrestado el 9 de julio de 1793[3]. Conducido a la prisión de la Force, pasó en ella más de dieciocho meses, sobrellevando con un estoicismo que admiró a sus compañeros de infortunio las angustias y las alarmas de aquel temible cautiverio[4]. A pesar de la caída de Robespierre y de haber finalizado el régimen terrorista, sólo en diciembre de 1794 recobró Miranda su libertad.

Después de aquel largo y dramático entreacto, le vemos volver con más ardor que nunca a su apostolado. La casa de Ménilmontant es el centro de reunión de todos los emisarios de los liberales sudamericanos. Ningún hombre

1889. — Mallet du Pan, *Considérations sur la nature de la Révolution de France*, p. 37, y Arch. Nat. F7, 6318 b.

1. El mismo que propuso a Pitt en 1794. V. § siguiente.
2. V. Champagneux, *op. cit.*, p. 493.
3. Arch. Nat. F7 4774.
4. V. Champagneux, *ibid.*

de cuantos han desempeñado algún papel en el período preliminar de la emancipación de las Colonias españolas, ha dejado de estar, desde aquel momento, en relaciones seguidas con Miranda, ya personalmente, ya por correspondencia. Estaba encarcelado cuando pasó por París Nariño; así, pues, no pudo éste verle; pero logró Miranda hacer llegar hasta Nariño instrucciones precisas para la misión que llevó a cabo en Londres [1], y su compañero Zea [2], que representaba las aspiraciones de Nueva Granada, fué, algún tiempo después, uno de los familiares de las reuniones de Ménilmontant.

Además, Miranda tenía varios domicilios en París : en la calle Saint-Florentin, en la calle del Mont-Blanc, en la calle Saint-Honoré [3], y, sucesivamente, el venezolano Iznardi, el habanero José Caro, Baquijano [4], mandatarios de los patriotas del Perú; el chileno Cortés Madariaga [5], y

1. Copy of a paper delivered to lord Melville. October 14 th. 1804. Record Office. *War Office*, I, nº 161.

2. Zea (Francisco Antonio), nació en Medellin, provincia granadina de Antioquía en 1770. Hizo buenos estudios en los colegios de Popayán y de San Bartolomé en Santa Fe. Implicado en 1794 en el proceso de Nariño, fué enviado a Madrid. Fué indultado, pero no se le permitió volver a su patria. Entonces publicó hermosos artículos científicos y literarios en el *Mercurio Español*. En 1804, fué nombrado director del Jardín Botánico de Madrid. Fué uno de los diputados de la Junta de Bayona, en julio de 1808, y, luego, director general del ministerio de Gobernación hasta fines de la ocupación francesa. De regreso a América en 1815, le veremos presidente del Congreso de Angostura en 1819, vicepresidente y primer ministro plenipotenciario de Colombia en Europa, en 1821. Falleció en Bath (Inglaterra) el 28 de noviembre de 1822.

3. Arch. Nat., F^7 3688.

4. Baquijano Carrillo (José), jurisconsulto peruano, miembro de la Audiencia de Lima, director de Estudios en la universidad de dicha ciudad. Más tarde, consejero de Estado en España, y conde de Villa Florida.

5. Madariaga (José Cortés), nació hacia 1770 en Santiago de Chile. Después de varios años pasados en España, adonde fué a terminar sus estudios teológicos, regresó a América en 1806, fijándose en Caracas. Enviado como plenipotenciario de Venezuela a Nueva Granada, firmó allí el primer tratado de alianza entre ambos países, el 28 de junio de 1811. Arrestado, y luego enviado a España después de la caída de Miranda, fué encerrado en la fortaleza de Gibraltar, de donde consiguió escaparse en febrero de 1814. En 1816, vemos a Madariaga en Jamaica. El 8 de mayo de 1817, forma parte del Congreso llamado de *Cariaco*: vuelve a Jamaica el año siguiente, y, de allí, va a Cartagena. Falleció, olvidado, en Río Hacha (Nueva Granada) en 1826.

otros más, fueron sus comensales en dichas moradas. Periódicamente, aquellos delegados recibían la convocatoria siguiente : « Mañana, a la hora de siempre, y en el sitio acostumbrado, le espera a usted un grupo de filósofos amigos.... [1] » Entonces se reunían y concertaban con ardor las medidas que convenía tomar. La conspiración de Gual y España, cuyas peripecias eran seguidas con ansiedad por « el grupo » a fines de 1797, sin duda que había tenido su punto de partida en aquellas reuniones.

Con Francia es con quien más contaban entonces los Sudamericanos. Su tradicional generosidad seguía siendo para ellos inderrocable dogma. Aquellos amantes de la Libertad esperaban con confianza el resultado de los destinos que se elaboraban en el formidable crisol de la Revolución. Miranda seguía de cerca los acontecimientos y no renunciaba a la esperanza de tomar parte en ellos algún día ; también él publicó, a ejemplo de los hombres de fama por entonces, sus *Reflexiones sobre el estado de Francia, y medios más adecuados para remediar sus desgracias* [2], y se esforzaba sobre todo por entablar amistad con todos aquellos que le parecían sucesivamente capaces de desempeñar un papel sobresaliente.

A la elección de aquellas relaciones procedía con un eclecticismo que con justo motivo había de sorprender a aquellos de sus contemporáneos que desconocían el secreto pensamiento del Precursor. No tardó en tener fama de ser « el hombre más intrigante de Europa [3] ». En efecto, desde fines del año III, se le veía de continuo convidado a comer por el embajador Barthélemy [4], que fué, en aquella época, el verdadero ministro de Relaciones exteriores del Comité de salud pública [5]. Nadie, y esto se concibe fácil-

1. Arch. Nat, F[7] 6285.
2. Véase un largo extracto de ese escrito, casi imposible de encontrar hoy día, en la obra de Becerra, t. II, cap. XXVIII. Es un elocuente llamamiento a la moderación y a la concordia, al que sirve de epígrafe la sentencia :
Tu, Galle, exemplo populos moderare memento.
3. V. principalmente el juicio de Barras sobre Miranda, en *Mémoires*, *op. cit.*, t. II, cap. III.
4. Arch. Nat. F[7] 6283.
5. V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, *op. cit.*, t. IV, lib. II, cap. II, § 2.

mente, tomaba más interés que Miranda en las largas negociaciones para la paz con España, cuyos hilos estaban en manos de Barthélemy. Algunas semanas antes de los motines de « prairial », el general Menou, que gozaba de gran favor entre los hombres de la Convención, se hizo íntimo de Miranda. Algo más tarde, trató éste de entablar relaciones con Bonaparte, a quien había visto por primera vez, el año antes, « en una comida en casa de una cortesana célebre, Julie Ségur, favorita de Talma, la cual vivía en la Chaussée d'Antin ».

« Como Bonaparte era entonces desconocido, refiere Miranda[1], apenas hice caso de él; pero supo que era yo sudamericano, lo cual le incitó a conversar conmigo, y me dirigió un diluvio de preguntas a las que no contesté sino aquello que exigía la cortesía.... Otro día que me encontré con él en casa de Madame de Permon... le convidé a comer en mi casa de la calle del Mont-Blanc, en el hotel Mirabeau, donde residía yo entonces. Como mi fortuna me permitía asegurarme, en todos los sitios en donde me pluguiera establecerme, fondos bastante considerables, tenía yo a mi disposición costeados por mí, a unos cuantos de esos agentes que sirven bien a quienes los pagan, y vivía con gran holgura. Pero me veía obligado a ocultarla exteriormente. El día en que vino a comer a mi casa Bonaparte, noté su aire de asombro al aspecto del lujo de mi casa. Mis convidados eran algunos de los más enérgicos restos de la Montaña. En medio de ellos, Bonaparte, preocupado, soñador, manifestaba, con movimientos de cabeza, su asombro ante la violencia de nuestros expresiones. Desde entonces, ha dicho de mí : « Miranda es un demagogo; no un republicano ».

Miranda era sobre todo un oportunista, y no desdeñaba la alianza de ninguno de los partidos que la incertidumbre de los tiempos podía conducir al poder. Con lo cual tuvo un pie en todos los complots. El 13 « vendémiaire » estaba con Marchena, Lafond, Vaublanc, Delalot y Richard Sérisy, entre los agitadores. Fué arrestado; pero, al cabo

1. SERVIEZ, *L'Aide de Camp*, *op. cit.* Confidencias de Miranda, cap. X.

de un mes de detención en Plessis, hubo que soltarlo, por falta de pruebas[1]. El 18 « fructidor », Miranda, comprometido de nuevo, es aprehendido y comprendido en la lista de los deportados a Cayena[2]. Esta vez, ya no le era posible seguir residiendo en Francia. Obtuvo, sin embargo, no se sabe por qué medio, el poder pasar cuatro meses más en París, y, sin ser en modo alguno molestado, salió para Inglaterra a fines de diciembre de 1797.

III

Las tradiciones de la política sudamericana de la Gran Bretaña habían, infaliblemente, de conducir al más informado de los obreros de la Independencia a solicitar de Londres aquel apoyo del que tanto esperaban los precursores para la realización de su proyecto. Así es que, no era ésta la primera vez que iba Miranda a Inglaterra.

Su carrera de agitador había comenzado, precisamente, por una visita de solicitación al Foreign Office. En aquel tiempo se presentó en éste lleno de ilusiones y de deferencia para con el solo país en que le parecía posible encontrar fácilmente las simpatías y los socorros necesarios. Sin embargo, ningún éxito obtuvo aquella tentativa. Profunda impresión causó en Miranda tal desengaño; y, cuando, rechazado por otra parte, acudió de nuevo a los ministros británicos, no sin repugnancia se decidió a ello: esperábale otro fracaso. Ahora, por tercera vez le llevaban a Londres las circunstancias, sin haber abdicado nada, sin duda, de su esperanza, pero ulcerado, sintiendo pesar sobre él la violencia de una atracción que se hacía más penosa desde que la juzgaba, por decirlo así, fatal, y, también, comprometedora.

Las vicisitudes de las relaciones de Miranda con el gobierno inglés, de 1785 a 1810, resumen esencialmente las relaciones de las Colonias españolas y de Inglaterra durante aquel período, y los sentimientos del represen-

1. Arch. Nat. F^7 3688.
2. Decreto del 18 de Fructidor, año V. *Bulletin des Lois*, año V, 2ª serie, t. X. Bulletin, nº 142.

tante de los liberales sudamericanos son también el reflejo mismo de los que se impusieron a sus compatriotas.

Desde el día en que los criollos, entusiastas y confiados. al entregar los destinos de su independencia en manos de la Gran Bretaña, se enfeudaron a su política, no tardaron en convertirse en esclavos de ella. Y, si al pronto la consideraron como la protectora evidente hacia quien había de ser legítimo y ligero su agradecimiento, la detestaron luego como a una proveedora ineludible con la que no hay más lazos posibles que los del interés. La aversión al extranjero, dogma instintivo y fundamental de las nacionalidades jóvenes, penetraba también la conciencia de los sudamericanos a medida que los socorros exteriores les aparecían, como más necesarios, y a medida que progresaba su civismo. La frágil barquilla de la naciente patria sudamericana había ambicionado figurar en la histórica estela del buque de Albión. No tardó éste en arrastrarla hacia la marejada y las tormentas. La barquilla se sentía expuesta a romperse contra los escollos, y al mismo tiempo sentía apretarse más a ella el cable de remolque : hastiada de tal sujeción, la tripulación de la barca pretendió un día desatar el cable; pero comprendió, iracunda y desesperada, que no estaba ya en su poder el bogar independiente.

Reducidos a no ser más que una puesta en el juego de la política inglesa, o convertidos en objeto de su codicia, se dieron cuenta los criollos de que se hallaban ya a merced de esta potencia. Entonces se dedicaron a suplir su debilidad por la habilidad y la astucia. Fué aquél un duelo silencioso, solapado, trágico, en el que, bajo las apariencias de concesiones y de halagos, los Sudamericanos disimulaban su rencor alarmado contra un adversario insensible, conocedor admirable de sus propios intereses, atento únicamente a subordinar a ellos las contingencias, y, al mismo tiempo, impecable en la exteriorización de sus relaciones y en la obstinación de su conducta.

Esta evolución sentimental ha influenciado muy directamente la Revolución sudamericana : a ninguna otra causa más cierta obedecen el aparente ilogismo de sus comienzos, los contradictorios altibajos de su desarrollo,

Desde su primera llegada a Inglaterra a fines de la primavera de 1785, requirió Miranda las amistades que en los círculos políticos de la capital se había granjeado. para hacerse anunciar como meritísimo negociador : « Ha llegado a nosotros la noticia, decía el *Political Herald*, que hay en Londres, en este momento, un americano español de gran importancia. que posee la confianza de sus conciudadanos y aspira a la gloria de ser el libertador de su país. Como amigos de la libertad que somos. nos abstenemos de entrar en más detalles respecto de ese interesante personaje. Admiramos su talento, estimamos sus virtudes. y cordialmente deseamos prosperidad al proyecto más noble que pueda ocupar el espíritu de un mortal, quienquiera que sea : el de esparcir sobre millares de sus semejantes los beneficios de la libertad [1]. »

No valió a Miranda. tan halagüeña presentación. las ventajas que esperaba. Por influencia que tuviesen en el consejo, los « amigos de la libertad » no podían pensar en exponer a Inglaterra, muy debilitada por la guerra de América, al peligro de inmediatas peleas con España y Francia. Los agentes de los Comuneros, con quienes no dejó de reunirse Miranda [2], acababan de recibir un desengaño por parte de los ministros de la Corona, y las tentativas aisladas del joven agitador para obtener una audiencia oficial estaban condenadas a no tener mejor resultado. Lo único que había conseguido con el paso que acababa de dar había sido avivar la vigilancia de los espías del gobierno español [3].

Sólo unos cinco años después, a su regreso de Egipto. logró Miranda hacerse escuchar en Londres. Esta, vez, el momento era más favorable para sus pretensiones. Habíase efectuado un cambio de notas agridulces entre el representante del rey Jorge en Madrid y el conde de Florida Blanca, con motivo de la posesión de la bahía de Nootka,

1. Extractado de *The Political Herald*, mayo de 1785. Expedien te del Asunto Miranda. Tribunales Revolucionarios, 1793. Arch. Nat., W I *bis*, doss. 271, pièce 49.

2. Informe del conde de Aranda al conde de Florida Blanca. Paris, 22 de julio de 1786, en Briceño, *Los Comuneros*, *op. cit.*, Doc. 37, p. 238.

3. V. Lobo, *Historia de las Antiguas colonias*, etc., *op. cit.*, t. I, p. 341, nota (a).

en la costa noroeste del continente septentrional de Américas. Avivávase el antiguo antagonismo de España y de Inglaterra. William Pitt estaba en el poder; anunciábase una era de poderosa prosperidad para la Gran Bretaña, y el hijo segundo de lord Chatham acariciaba el proyecto de vengar la patriótica muerte de su padre, tomando sobre la rival tradicional y caída un desquite de las recientes humillaciones. Pitt concedió, en los primeros días de enero de 1790, la audiencia que Miranda le pedía.

Este último se creyó entonces muy cerca del fin que perseguía. La libertad de acción que la explosión de la Revolución francesa dejaba a Inglaterra era de naturaleza a favorecer aún más las esperanzas de los Sudamericanos. Pensaban éstos que el comercio británico no dejaría escapar una ocasión tan propicia de asegurarse preciosas ventajas, y, en el transcurso de las entrevistas casi diarias que tenía Miranda en Whitehall con el representante del ministerio inglés, no dejó de hacer valer a sus ojos los « incomparables beneficios » que obtendría Inglaterra de sus compatriotas a cambio del apoyo que solicitaban. No obstante, Pitt exigió indicaciones precisas y proposiciones detalladas, y el 6 de mayo, Miranda le entregó un voluminoso legajo que « encerró cuidadosamente el ministro en una cartera de tafilete verde, prometiendo someterlo a la deliberación del consejo ».

El legajo de Miranda comprendía, en primer lugar, un « Proyecto de constitución para las colonias hispanoamericanas ». Tratábase de hacer de la América española un vasto imperio, limitado : al norte, por una línea que pasara por medio del río Misisipí, desde su embocadura hasta su nacimiento, y, desde éste, continuando la misma línea, en derechura hasta el oeste por el 45° de latitud septentrional, hasta su punto de reunión con el mar Pacífico. Al oeste, el océano Pacífico, desde el punto arriba indicado hasta el cabo de Hornos, incluso las islas distantes de diez grados de esta costa. Al este, el océano Atlántico, desde el cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico, y, desde aquí, hasta la

1. Florida Blanca (José Monino, conde de), hombre de Estado español, nació en 1728, falleció en 1809. Ministro de Estado desde 1777 hasta 1792.

embocadura del río Misisipí. « No están comprendidos en este confín el Brasil y la Guayana. Las islas situadas a lo largo de la costa no formarán parte de este Estado, dado que el continente, ya lo bastante vasto, debe ser suficiente para una potencia puramente terrestre y agrícola. Se conservará únicamente, y como excepción, la isla de Cuba, en atención al puerto de La Habana, que es la llave del golfo de Méjico. »

Como se ve, era bastante seductora la parte reservada a la potencia marítima e industrial cuya intervención había de favorecer el nacimiento del nuevo imperio ; a más de esto, Miranda tomaba la constitución inglesa como modelo para el gobierno que había de ser instituído en Sudamérica. El poder ejecutivo sería delegado a un *Inca* hereditario « con el título de Emperador. » La « Alta Cámara », compuesta de senadores o Caciques vitalicios, nombrados por el *Inca*, y, la « Cámara de los Comunes », escogida por todos los ciudadanos del imperio, habían de tener atribuciones casi semejantes a las del parlamento inglés. El *Inca* nombra « los miembros del poder judicial », cuyos cargos son vitalicios. Dos « Censores », elegidos por el pueblo, confirmados por el Emperador, y encargados « de velar por las costumbres de los senadores y las de la juventud », « Ediles ». « Cuestores », nombrados por la Cámara de los Comunes, completan el sistema.

Al Proyecto iban unidas una memoria referente a las dos últimas insurrecciones de Lima y de Santa Fe en 1781, y una « lista de los nombres y residencias de 300 Padres jesuítas, naturales de Sudamérica, desterrados por el rey, y que por entonces residían en los dominios del Papa ». « Dichos Jesuítas — afirmaba Miranda — se comprometerían a secundar la noble empresa. Podrán ser de gran utilidad para dirigir nuestros establecimientos y vigilar las relaciones que no dejarán de establecerse entre los naturales de las costas de la América del Sur y los comerciantes ingleses, relaciones que pronto se extenderán a las grandes ciudades del continente por medio de las influencias y de las amistades con que cuentan los Padres[1]. »

1. Estos detalles y citas relativos a las negociaciones de Londres en 1790 y 1791 están extraídos de un « Memorándum recapitulativo »

Las instantes solicitudes de Miranda, el lujo de documentación con que las apoyaba, traicionaron no obstante sus esperanzas. Las dificultades pendientes entre la corte de Londres y la de Madrid no habían tardado en resolverse amistosamente, y los primeros acontecimientos de la Revolución francesa absorbían demasiado la atención del ministerio británico para permitirle ocuparse de la realización de tan vastas y tan lejanas empresas.

Además, desde hacía algunos meses, Miranda asistía a la violenta reacción que la opinión manifestaba en Inglaterra contra la propaganda de las ideas francesas. Burke[1], en sus famosas *Reflexiones sobre la Revolución de Francia*, se había convertido en intérprete de tal reacción desde fines de 1790, lanzando furiosos anatemas contra la soberanía del pueblo y contra los principales directores de la Revolución. Nada podía herir más hondamente que aquellos ataques las más caras convicciones del Precursor, nada, salvo la popularidad que veía que iban tomando. Esto le impulsó tanto más a probar fortuna en Francia, en donde meditaba por entonces realizar por fin, y de manera brillante, sus proyectos.

Sin embargo, negociador previsor y deseoso de dejar una puerta abierta para el porvenir, no salió Miranda de Inglaterra sin llevarse la « promesa formal, por parte del gabinete inglés, de cooperar a la independencia de la América meridional, en caso de guerra entre España e Inglaterra, en el mismo sentido en que Francia la había garantizado a las colonias inglesas que forman hoy día los Estados Unidos de América[2]. »

Mientras Miranda, después de haberse ilustrado en los campos de batalla de la República, aunque con menos brillo y suerte de lo que él soñara, se obstinaba en buscar en Francia las simpatías desinteresadas, eficaces, que estimaba él no poder encontrar en ningún sitio tan decisivas como en este país[3], las miras de Inglaterra respecto de

dirigido por Miranda a Pitt, el 8 de septiembre de 1791. R. O. *Chatham Mss.* v. 345.

1. Burke (Edmundo), publicista y hombre político inglés, nació en Dublin en 1730, falleció en 1797.

2. Arch. Nat. F6 6318 b.

3. « Según el estudio seguido que he hecho del carácter y de los

las Colonias españolas acababan de orientarse en la vía nueva cuyos primeros resultados han sido ya indicados[1].

El temor de ver a España enfeudarse exclusivamente a la política francesa fué el origen de esos planes de dominación territorial absoluta que habrán de caracterizar en lo sucesivo la política sudamericana de la Gran Bretaña. Burke, que en poco tiempo había llegado a ser el táctico político más escuchado de su país, se preocupaba ya en 1792 por los peligros que acarrearía para Inglaterra la preponderancia francesa allende los Pirineos. « En el actual estado de cosas, proclamaba él en sus *Memorias sobre los Asuntos de Francia*[2], nada hemos de temer de España, ni como potencia continental, ni como potencia marítima, ni como rival de comercio. Tenemos mucho que temer de las alianzas que España puede verse obligada a contraer : el examen de sus posesiones territoriales, de sus recursos y de su estado civil y político nos autoriza a adelantar con la mayor confianza que España no es una potencia que pueda sostenerse por sí misma : necesita apoyarse en Francia o en Inglaterra. Tanto importa a la Gran Bretaña impedir la preponderancia de los Franceses en España, como si este reino fuera una provincia de Inglaterra o un Estado que en efecto dependiera de ella tanto como, al parecer, Portugal. Esta dependencia de España es de mucha mayor importancia que si estuviera : o destruída, o sometida a otro poder cualquiera ; mucho más funestas serían las consecuencias. Si España, por la fuerza o por el terror, se ve obligada a firmar un tratado con Francia, tendrá que abrirle sus puertos, admitir su comercio, mantener comunicaciones por tierra con los campesinos franceses.

« Puede Inglaterra, si le parece bien, consentir en ello, y Francia firmará una paz triunfante y tendrá a España bajo

principios de Miranda durante nuestro cautiverio, dice Champagneux, puedo asegurar que, a pesar de sus elogios a los gobiernos inglés y norteamericano, prefería el suelo de Francia : y que, aunque celebrando la vida de Londres y de Filadelfia, no habría cesado de habitar entre nosotros si no se hubiese opuesto a ello el gobierno ». *Supplément aux Notices historiques*, etc., *op. cit.*, p. 499.

1. V. *Supra*, lib. I, cap. II, § 5.

2. Burke, *Memorias sobre los Asuntos de Francia*, 1792, Mém., III. p. 12.

su dominación y abrirá para sí todas sus puertas... *con lo cual invita a la Gran Bretaña a que por su lado se reparta los despojos del Nuevo Mundo y a desmembrar la monarquía española*. Preferible, sin duda alguna, sería hacer esto a permitir que Francia poseyera sola esos despojos y ese territorio : puede hacerlo y querrá hacerlo, si no nos oponemos a tales proyectos. »

Estas sugestiones se imponían con fuerza al gobierno de la Gran Bretaña : emanaban del publicista que tenía fama de ser el que reflejaba más atinadamente los sentimientos de la opinión pública. Justificaban también las resoluciones que un conjunto de indicaciones y de experiencias dictaba ahora al gabinete de Saint-James : las súplicas que en el transcurso de los años precedentes le habían dirigido los liberales de todas las Colonias españolas; las proposiciones que a Sidney, a Liverpool y a Pitt les habían hecho, sucesivamente, los Comuneros, Nariño y Miranda; la probada impotencia de España para mantener su dominio; en fin, la indiferencia de los pueblos sudamericanos respecto de su porvenir, y la incompetencia de sus jefes, consideradas una y otra por ciertas por la política inglesa, le representaban como empresa eminentemente realizable la pura y simple toma de posesión de la casi totalidad de las provincias del Nuevo Mundo, por poco que a ello se prestara el estado de los asuntos europeos.

Pero la lucha contra la Revolución francesa, entablada por Pitt, desconcertaba de continuo su política. Las furiosas acometidas que sufría Inglaterra, la derrota de los aliados, no le dejaban descanso. A pesar de todo, y en el momento en que más amenazada parecía su existencia, consiguió apoderarse de la isla de Trinidad, en el mar de las Antillas: más aún : logró conservarla definitivamente.

La importancia de este acontecimiento en cuanto a los destinos de Sudamérica era considerable. El comodoro Harvey[1], no sólo había humillado la fama de la marina española al obligar a uno de sus más famosos almirantes, D. Sebastián de Apodaca, a destruir él mismo su escuadra

1. Harvey (Sir Henry), almirante inglés, nacido en 1737, fallecido en 1810.

al verla a punto de caer en manos del enemigo, sino que, además y de rechazo, al establecer una colonia inglesa a las puertas de Venezuela, y por las consecuencias económicas y políticas que habían de resultar, menguó la dominación española en la CostaFirme.

Algunas semanas más tarde, Harvey pretendió apoderarse también de Puerto Rico. Esta vez, tropezó con una resistancia heroica de la guarnición, mandada por D. Ramón de Castro, y de un corto destacamento de tropas francesas, enviado de la Guadalupe por Victor Hugues[1], que se cubrió de gloria en la playa de Cangrejos el 17 de abril de 1797. Allí dejaron los Ingleses dos mil hombres de los diez mil que Harvey había desembarcado. Este desquite de la toma de Trinidad, no compensó sus funestos efectos, como tampoco pudo impedir que las Antillas y las costas de Venezuela quedaran a merced de nuevos ataques cuyo resultado podía ser fatal. La escuadra de La Habana, que quedaba como única fuerza con la cual podía contar España en aquellos parajes, y que desde hacía cuatro años era dejada sin socorros, quedaba reducida a la inacción y a la impotencia[2]

IV

En momento en que veía Miranda desaparecer toda esperanza de obtener algún éxito en Francia, fué cuando llegaron a sus oídos estas noticias. Sin duda que le habrían determinado a salir de París, en donde, además, no se hallaba ya en seguridad, y a volver a Inglaterra, de no haber deseado llevar antes a cabo, una negociación de la

1. Nació en Marsella en 1770, falleció en 1826. Fué enviado a las Antillas en 1794, con Le Bas, comisario de la Convención en las islas del Viento. Tomó a los Ingleses la Guadalupe, la Deseada, las Santas, María Galante y Santa Lucia. Volvió a Francia en 1799, y fué nombrado entonces gobernador de la Guayana, puesto que ocupó hasta 1808, en que se vió obligado a devolver Cayena a los anglo-portugueses. Inocentado por el consejo de Guerra, regresó a la Guayana, para vivir allí como simple particular. Perdió la vista, y entonces volvió a Francia, en 1822.

2. V. Lobo, *Historia de las Antiguas Colonias, op. cit.*, tc., lib. II, cap. IV.

que auguraba grandes ventajas. Esta vez conspiraba con los Jesuítas. Concíbese, desde luego, que nada ignoraba Miranda de las intrigas fomentadas, casi en todas partes, por aquellos apóstoles de la Emancipación. Mantenía con ellos relaciones constantes, y uno de sus primeros cuidados fué el avivar sus rencores y el sacar partido de ellos. En este sentido, los esfuerzos del Precursor fueron coronados de cumplido éxito. Desde 1791, los Jesuítas estaban en completo acuerdo con Miranda, quien, entre otras cosas, les inspiró la famosa *Carta a los Españoles Americanos* [1], y la casa de Ménilmontant se había vuelto el cuartel general en que centralizaban su propaganda los Padres refugiados.

Hizo más todavía Miranda. A instigación suya, los exjesuítas Manuel Salas [2], natural de Chile, y José del Pozo y Sucre, natural del Perú (Trujillo), habían fundado en 1795, en Madrid, de acuerdo con el peruano Pablo de Olavide [3], una especie de asociación secreta : la « Junta de las ciudades y provincias de la América meridional ». Aunque sólo vagos indicios se poseen acerca de esa asociación, y a pesar de que han quedado en la obscuridad la mayor parte de sus miembros, es no obstante cierto, como lo declaró Miranda ulteriormente, que se hallaba en relaciones con los liberales de ultramar, y reunía en la capital española « representantes de cada una de las comarcas americanas que trabajaban con ardor en preparar, por medio de las medidas más eficaces, la independencia del Nuevo Mundo [4] ». Así, hacia fines de 1797, Salas y Pozo se hicieron delegar por sus compatriotas

1. V. *supra*, lib. I, cap. II, § II.
2. *Id.*
3. OLAVIDE (Pablo Antonio Josef de), hombre de estado español, nacido en Lima en 1725, muerto en 1803. Había sido, en París, secretario de embajada del conde de Aranda. Asociado a las empresas de su jefe contra los Jesuítas, Olavide sufrió las consecuencias de la caída de aquel ministro. Fué encarcelado en los calabozos de la Inquisición, en Sevilla, en 1776; y, en 1778, condenado a reclusión perpetua. Consiguió evadirse, y se fué a París, donde vivió en la sociedad de los librepensadores más notorios. En 1798, el conde de Lorenzana le hizo conceder la autorización de volver a España.
4. R. O. *Chatham Mss*, vol. 345, documento anejo a una carta de Pitt. Londres, 16 de enero de 1798.

para ir a pedirle a Miranda que elaborase un plan de acción definitivo.

Tratábase de determinar con precisión aquellas potencias cuyo apoyo parecía más probable; de estipular las condiciones que les serían ofrecidas a cambio de su intervención, y de confiar a los miembros de la Junta más caracterizados para tan delicado ministerio la misión de hacerlas aceptar. Miranda, Pozo y Salas se pusieron rápidamente de acuerdo sobre cada uno de estos puntos.

Por el tratado firmado en 19 de agosto de 1796 en San Ildefonso, el Directorio se había comprometido a perpetua alianza con España. Así pues, ya no había que contar con el gobierno francés; en cambio, los testimonios oficiales de animación que por medio de las autoridades de sus colonias de las Antillas acababa Inglaterra de enviar a los liberales venezolanos, parecían no dejar duda alguna acerca de sus disposiciones. Quedó pues convenido que se dirigirían a ella al mismo tiempo que a los Estados Unidos.

La política extranjera de la República federal, que se orientaba hacia Francia o hacia Inglaterra según que las alternativas de su política interior llevaban al poder uno de los dos grandes partidos : republicano o federalista, inclinaba en aquel momento a los Americanos del Norte a una aproximación hacia la Gran Bretaña. El descontento causado en Francia por la conclusión del tratado Jay[1], que concedía ventajas importantes al comercio inglés; los ataques publicados con este motivo contra los Estados Unidos en la prensa parisiense; el celo descortés de Adet, representante de la República en Filadelfia, suministraban a los partidarios de una inteligencia con Inglaterra otros tantos motivos para conciliarse fácilmente los sufragios de la opinión pública. Se llegó a pensar seriamente en una alianza ofensiva contra el Directorio. Si los Estados Unidos se mostraban de la suerte animados de hostilidad para con Francia, de quien habían de temer además las ambiciones respecto de la Luisiana y de la Florida, no podían ser distintos sus sentimientos para con el gobierno

1. 19 de noviembre de 1794. Este tratado aseguraba la evacuación de las tropas inglesas de los puestos que ocupaban aún en el norte de los Estados Unidos, diez años después del tratado de Versalles.

español, aliado del Directorio y dueño de aquellas regiones, y los liberales sudamericanos demostraban clarividente habilidad al tratar de que la alianza de los anglosajones de los Dos Mundos se efectuara, en definitiva, a expensas de la monarquía española.

Sin embargo, los Americanos del Norte, y, sobre todo, los federalistas, en ningún modo tendían a ensanchar el horizonte de sus miras exteriores hasta pactizar con las pretensiones de sus vecinos del Sur; pero éstos consideraban el apoyo de los Estados Unidos como un elemento harto decisivo, para no estimar indispensable el acudir a todos los medios para provocarlo. Opinaban que nunca se habían mostrado más propicias las circunstancias para permitirles obtenerlo.

Los « Comisionados enviados a Francia cerca de Don Francisco de Miranda, principal agente de la Junta, después de solicitar la asistencia del señor Dupeyron, secretario », firmaron pues, el 2 de diciembre de 1797, un « Convenio solemne y definitivo » en 18 artículos en que se hallaban cuidadosamente determinadas las ventajas que los habitantes de las Colonias españolas se proponían reconocer a los gobiernos de Inglaterra y de los Estados Unidos « como premio de su alianza y de su cooperación efectiva en hombres y en numerario », para el establecimiento de la libertad en la América meridional[1].

« Las colonias hispanoamericanas, habiendo unánimemente resuelto — comenzaban por declarar los firmantes — proclamar su independencia y sentar su libertad sobre bases inquebrantables, se dirigirán con confianza a la Gran Bretaña, invitándola a sostenerlas en una empresa tan justa como honrosa. En efecto, si, en plena paz y sin previa provocación, Francia y España han favorecido y proclamado la independencia de los Angloamericanos, cuya opresión no era, seguramente, tan vergonzosa como lo es la de las Colonias españolas, no vacilará Inglaterra en concurrir a la independencia de las colonias de la América meridional, hoy que está comprometida en una

1. R. O.: *Chatham, papers*. T. 345, 12 pp. en f°, en francés. Año de 1798.

guerra de las más violentas por parte de España y de Francia, quien, al mismo tiempo que preconiza la libertad y la soberanía de los pueblos, no se avergüenza de consagrar, por uno de los artículos del tratado de alianza ofensiva y defensiva con España, la esclavitud más absoluta de cerca de catorce millones de habitantes y de su posteridad. »

Inglaterra había de suministrar a Sudamérica veinte buques de guerra, un cuerpo expedicionario de 8 000 hombres de infantería y 5 000 de caballería « con objeto de favorecer el establecimiento de su independencia, sin exponerla a funestas convulsiones políticas ». A cambio de esto se ofrecería a la Gran Bretaña, a más de un tratado de comercio que le garantizara « naturalmente y de manera segura, el consumo de la mayor parte de sus manufacturas, la posesión de varias Antillas y el pago de una suma considerable en dinero, cuyo importe quedaba por determinar ». En fin, por ser de sumo interés para Inglaterra « la navegación por el istmo de Panamá, el cual ha de ser transitable dentro de poco, así como la pronta y fácil comunicación del mar del Sur con el océano Atlántico, la América meridional le garantiría, por cierto número de años, la navegación de uno y otro pasaje en condiciones que, aunque más favorables para ella, no habrían, sin embargo, de ser exclusivas ».

No menos interesante era el conjunto de las concesiones reservadas a los Estados Unidos, quienes habían de suministrar 5 000 hombres de infantería y 2 000 de caballería. Los Sudamericanos les garantizaban : en primer lugar, la posesión de la Luisiana, de la Florida, y de las Antillas que no hubiesen de ser inglesas, salvo, no obstante, Cuba. Los Estados Unidos « obtendrían igualmente el paso del istmo de Panamá, así como el del lago de Nicaragua, para todas sus mercancías. Asimismo sería fomentada la exportación, en buques norteamericanos, de todos los productos de la América meridional ».

Por otra parte, estipulaba el convenio la formación de una alianza defensiva entre Inglaterra, los Estados Unidos y la América meridional. « Está de tal modo mandada — dice el texto — por la naturaleza de las cosas, la situación

geográfica de cada uno de los tres países, los productos de su industria, sus necesidades, sus costumbres y su carácter, que es imposible que no sea de larga duración, sobre todo si se tiene cuidado con consolidarla por la analogía en la forma política de los tres gobiernos, es decir por el disfrute de una libertad civil sabiamente entendida, sabiamente organizada. Hasta podría decirse que es ésta la sola esperanza que queda a la Libertad, audazmente ultrajada por las detestables máximas propaladas por la República francesa : es, también, el solo medio de formar un equilibrio de poderes capaz de refrenar la ambición destructora y devastadora del sistema francés ».

Las operaciones militares, cuya dirección suprema sería confiada a Miranda, habían de comenzar « por el istmo de Panamá y hacia Santa Fe, tanto por la importancia del puesto como por el estado de ánimo de los pueblos, dispuestos a armarse en favor de la independencia, tan pronto como recibieran el primer aviso ».

En fin, según lo determinaba su acuerdo, Pozo y Sucre y Manuel Salas habían de salir para Madrid con objeto de dar cuenta de su misión a la Junta, « no esperando ésta más que el regreso de aquellos dos comisionados para disolverse en seguida y marcharse a los diferentes puntos del Continente americano, en donde la presencia de los miembros que la componen es indispensable para provocar, a la llegada de los socorros de los aliados, una explosión general y combinada por parte de los pueblos de la América meridional ».

Miranda, y a falta de él D. Pablo de Olavide, o D. Pedro Caro « actualmente empleado en Londres en una misión de confianza », tenían plenos poderes para tratar, tanto con Inglaterra como con los Estados Unidos, sobre las bases así concertadas.

Provisto de este nuevo sistema de diplomacia y de alianzas que no desesperaba él de hacer adoptar por el gabinete de Saint-James, Miranda contaba, además, con ser bien acogido personalmente a su llegada a Inglaterra. Cierto que a instigación suya el consejo ejecutivo había publicado hacía poco el famoso decreto de 16 de noviembre de 1792 acerca de la libre navegación del Escalda, que

tantas y tan justas alarmas había motivado en los Ingleses. Pero el antiguo general de los ejércitos republicanos había padecido, desde entonces, suficientes persecuciones de los gobiernos de Francia, para que toda prevención contra él hubiese desaparecido del otro lado del estrecho. Al contrario, el hecho de haber sido algún día motivo de preocupación para la Gran Bretaña había de valerle, por parte de ésta, un título precioso de estima y consideración.

Así al menos lo entendía Miranda cuando, el 16 de enero de 1798, manifestaba en estos términos a William Pitt las intenciones que de nuevo le llevaban a Londres : « El infrascrito, agente principal de las colonias sudamericanas, ha sido designado por la Junta de los diputados de Méjico, Lima, Chile, Buenos Aires, Caracas, Santa Fe, etc., para presentarse a los ministros de Su Majestad Británica con objeto de reanudar, a favor de la independencia absoluta de dichas colonias, las negociaciones comenzadas en 1790, y conducirlas, con la mayor brevedad posible, al punto de madurez que el momento actual parece ofrecer, terminándolas en fin por un tratado de alianza semejante — en cuanto pueda permitirlo la distinta situación de las cosas — al ofrecido por Francia, y concluído por ella, en 1778, con las colonias inglesas de la América del Norte.

« Además, el infrascrito se declara gozoso de que una feliz casualidad le haya escogido para recabar, bajo los auspicios del muy honorable William Pitt, ante Su Majestad Británica, la protección de la nación inglesa en favor de la independencia de su país, y de establecer un tratado de amistad y de alianza mutuamente útil y ventajoso para ambas partes... Muy esperanzado por la importancia y la utilidad recíproca de su misión, convencido además de que el momento es de los más favorables, puesto que por parte de España existe una guerra violenta contra Inglaterra, época que siempre fijó el muy honorable William Pitt para comienzos de esta empresa, este último se complace en creer que sus compatriotas no habrán de languidecer mucho tiempo en la incertidumbre[1]. »

1. R. O. *Chatham papers*. Nº 345. Miranda to the Honorable William Pitt., 16 de enero de 1798.

Corta había de ser la ilusión. En aquel momento pesaba sobre Inglaterra la doble amenaza de una invasión francesa y de un levantamiento en Irlanda, lo cual la obligaba a tratar con miramientos a la corte de Madrid, no desesperando de obtener que rompiera su alianza con el Directorio. La legación de España había visto con malos ojos la presencia de Miranda. La señaló al gobierno británico, pidiendo el arresto del agitador[1]; y, para acreditar la política de abstención cuyas apariencias ostentaba el ministerio frente a un aliado posible, Miranda se vió condenado a un tristísimo incógnito. Oculto en un piso de Broad Street bajo el nombre de Martin Esq[re], tuvo que esperar ocasiones más favorables cuyo próximo advenimiento le era prometido, en secreto, por Pitt[2].

La noticia de la victoria de Nelson ante Abukir y la destrucción de la flota de Irlanda reavivaron las esperanzas de Miranda, quien creyó llegado el momento de probar de nuevo fortuna[3]. No se equivocaba al conjeturar que la renaciente seguridad movería al gabinete de Londres a dirigir de nuevo sus miradas hacia la América del Sur. Pero Pitt, preocupado únicamente por reanudar una coalición contra las ambiciones francesas, no veía, en la proyectada expedición, más que una operación de comercio y de dinero, un medio de apoderarse de los « metales preciosos acumulados en el Nuevo Mundo, y con los cuales se acuñaría moneda para la buena causa[4] ».

Buen cuidado tuvo Pitt de descartar a Miranda de este proyecto que tal desprecio hacía de las aspiraciones y del interés de los criollos. El piloto consumado que de nuevo acababa de tomar la dirección suprema de los destinos de Inglaterra pretendía asignar a Miranda un papel más importante. Al mismo tiempo que fomentaba las esperanzas del mandatario de los Sudamericanos, reservándose el satisfacer sus deseos en la medida que conviniera a la Gran Bretaña, engañaba a España acerca del alcance de los compromisos que con ella tenía. Los representantes

1, V. Lobo, *op. cit.*, t. I, p. 340.
2. Arch. Nat. F[7] 6285.
3. R. O. *Chatham Correspondence*. V. 345.
4. Sorel. *L'Europe et la Révolution*, t. V, p. 350.

ingleses en Madrid no desperdiciaban ocasión de insinuar que los liberales de Sudamérica entrarían en campaña al primer aviso que les llegara de Londres, y que de la actitud de España dependía que dicho aviso fuera dado, o no. Comunicaban el plan de Miranda, asegurando que su gobierno sabría estorbarlo, por poco que España manifestara serios deseos de adhesión a Inglaterra.

Mientras tanto, Pitt concedía audiencias a Miranda. A fines de 1798[1] le aconsejaba que negociara con los Estados Unidos. De esta suerte, concentraba en su mano los hilos de las intrigas que con gran trabajo se esforzaba Miranda en anudar. Acerca de esto, la correspondencia del ministro de los Estados Unidos en Londres, Rufus King, es instructiva. Escribe a su gobierno : « Al mismo tiempo que se trasmiten á España tales informes, el gobierno ordena a las autoridades de Trinidad fomentar la revolución en Sud América y prepara una expedición en su apoyo.... Miranda, impaciente con las dilaciones de este ministerio, e ignorando sus pasos en la corte de Madrid, ha decidido enviar a Filadelfia a su amigo y colaborador el señor Caro...[2] »

Como se ve, Miranda no había esperado las direcciones de Pitt. Hacía tiempo que había informado directamente al presidente Adams de sus proyectos y solicitado la intervención del jefe de los federalistas, Hamilton; del general Knox, de Jay, y de todos aquellos con cuya amistad contaba en los Estados Unidos[3]. Un impedimento sobrevenido a última hora hizo que no pudiera Caro ponerse en camino, pero había dirigido copia del 2 de diciembre al secretario de Estado Pickering, conocido suyo. Estaba persuadido de tener en él al más solícito de los abogados. Circunvenido por Miranda, King insistía cada vez más para que el proyecto fuese tomado en consideración ; hasta habló de él con lord Grenville ; y, « a pesar de que este ministro le había manifestado que sólo a título privado le escuchaba ». Tan segura le parecía la cooperación de Inglaterra, ya en julio de 1798, que no vacilaba en preconizar una acción inmediata[4].

1. Arch. Nat. F[7] 6318 b.
2. Despacho del 6 de abril de 1798, en Becerra, *op. cit.*, t. I, p. 15.
3. V. Randall, *Life of Jefferson*.
4. Despacho de 17 de agosto de 1798. Becerra, *op. cit.*, t. I, p. 16.

Escribía a Hamilton : « El destino del Nuevo Mundo, que creo firmemente ha de ser feliz y glorioso, está hoy en nuestras manos. Tenemos no solo el derecho sino el deber de deliberar y proceder en el asunto, no como accesorios, sino como principales. El objeto y la ocasión son tales, que por respeto á nosotros mismos y a los demás no debemos desperdiciar la oportunidad[1]. » Hamilton, que con justo motivo tenía fama de ser uno de los hombres más influentes de Norteamérica, parecía interesarse mucho por la cuestión de las Colonias españolas. Consideraba su emancipación como un acontecimiento de importantísimo interés para los Estados Unidos, esperaba decidir a ella al gobierno, y hasta se ofrecía a tomar el mando de la expedición que pudiera ayudarla[2].

Avisado por King y por Hamilton mismo de tan benévolas intenciones, y no dudando tan poco del apoyo de Inglaterra si obtenía el de los Estados Unidos, Miranda, por su parte, insistía cerca del antiguo ayudante de Washington para que influyera en este sentido con el presidente Adams. En 19 de octubre,le escribe : « Todo está arreglado y lo único que falta es el *fiat* de su ilustre Presidente para partir como el rayo[3]. »

Por desgracia para Miranda, una vez más tomaron las circunstancias un giro contrario a sus proyectos. John Adams, cuyos sentimientos íntimos eran opuestos a la alianza inglesa, se inclinaba hacia las medidas pacíficas y acechaba una ocasión que permitiera acercarse a Francia. El ministro de los Estados Unidos en La Haya negociaba para reanudar relaciones con el Directorio. Además, se acentuaba la decadencia del partido federalista, y Hamilton luchaba únicamente para retardarla. Pocos meses después, volvieron al poder los republicanos con Jefferson, y las ilusiones de Miranda no sobrevivieron a este acontecimiento.

Mas, no quebranta esto en nada la increíble tenacidad del Precursor. Abandonado por los ministros, acude a la opinión pública. Sabe qué peso tiene ésta en las decisiones oficiales. La ilustrará más, pondrá su empeño en popu-

1. Carta del 31 de julio de 1798. *Ibid.*
2. V. Randall, *op. cit.*
3. Citado por Becerra, *op. cit.*, t. I, p. 20.

larizar la causa sudamericana para el porvenir. Durante todo aquel período, los diarios, las revistas más importantes de los Tres Reinos publicaron innumerables artículos en que la importancia y la variedad de recursos que al comercio de Inglaterra ofrecería la libre América estaban infatigable y sabiamente expuestos por Miranda [1].

No sin amargura, sin embargo, se resignaba a aquel papel harto evasivo de publicista; los llamamientos cada vez más apremiantes de sus compatriotas contribuyeron a que se le hiciera intolerable. En las Colonias acentuábase la fermentación. Era preciso obrar. « ¡ Mirandá, le escribía Manuel Gual, refugiado en Trinidad después del descubrimiento del complot de España. si por lo mal que le han pagado a usted los hombres : si por amor a la lectura y a una vida privada. como enunciaba de usted un diario, no ha renunciado usted estos hermosos climas, y la gloria pura de ser el salvador de su Patria; el Pueblo Americano no desea sino UNO : venga usted aserlo... Miranda! yo no tengo otra pasión que de ver realizada esta hermosa obra, ni tendré otro honor que de ser un subalterno de usted [2]. »

Además, Miranda se sentía acosado por la policía de la legación de España; los ministros se negaban a recibirle. La estancia en Londres le resultaba penosa, y, además, peligrosa. Pensó en probar de nuevo fortuna en Francia.

1. En particular, *La Revista de Edimburgo* publicó por entonces un notable estudio económico en la que se ven curiosas precisiones acerca de la posibilidad de abrir un canal por el istmo de Panamá. « Trátase, decía Miranda, de la empresa sin duda más extraordinaria que los aspectos físicos de nuestro globo puedan ofrecer a la imaginación. Poco conocida en este país, no pertenece, cual podría suponerse, al dominio de la aventura o de la novela. Es, al contrario, de una realización fácil. El río Chagres. que desemboca en el Atlántico, es navegable hasta la villa de Las Cruces, distante de 15 millas de la ciudad de Panamá, situada en la costa del Pacífico: y, aunque el valle facilita la construcción del canal, las dificultades podrían ser reducidas aùn por la utilización del Trinidad, afluente del Chagres y navegable durante la casi totalidad de su curso. La naturaleza ha dotado los dos extremos de esta vía interoceánica de dos bahías cabalmente apropiadas a las necesidades del tráfico más considerable : la de Porto Belo, en el Chagres. en donde fondearon los 74 buques de guerra ingleses que en 1740, bajo el mando del Capitán Knowley bombardearon la fortaleza de San Lorenzo, y la de Panamá, en el Pacífico, que es igualmente amplia y segura. »

2. A. Miranda. Puerto de España, 12 de julio de 1799. BECERRA, *op. cit.*, t. II, p. 481.

V

La caída del Directorio y el advenimiento de Bonaparte parecían, por cierto, ser el preludio de una era nueva solemnemente proclamada por el Manifiesto del 24 de « frimaire » del año VIII. Había, entre los Franceses, más deseo de paz; pero la paz, tal como la entendían por entonces, no era incompatible con el cumplimiento de los planes más grandiosos. Se contaba, para realizarlos, con el joven Cónsul, radiante de inteligencia, coronado por la Victoria, y que había ganado todos los corazones. « La guerra con el Antiguo Mundo, la paz con el Nuevo, el amor a la libertad americana y el odio a Inglaterra » eran, según dice un contemporáneo[1], los « oráculos mismos » que brotaban de las apoteosis que París consagraba al vencedor de Marengo.

El regreso de los proscritos de Fructidor, las brillantes reparaciones de que, en su mayoría, eran objeto, aquella atmósfera de seguridad y de quietud que resplandecía en Francia, animaban a Miranda a tratar de contar entre los favorecidos. Sus íntimas predilecciones se reanimaban ante la esperanza de ganar el ánimo de Bonaparte, y la orden del día que el Primer Cónsul acababa de dirigir al ejército con motivo del fallecimiento de Washington, parecíale de feliz agüero al campeón de la Independencia sudamericana : « Ha fallecido Washington. Aquel grande hombre luchó contra la tiranía, consolidó la libertad. Su memoria será siempre grata al pueblo francés, como a todos los hombres libres de ambos mundos, y especialmente a los soldados franceses, quienes, como él y los soldados americanos, combaten por la igualdad y la libertad ».

Estas palabras, y la ceremonia que algunos días más tarde (el 18 de febrero de 1800) les sirvió de comentario en la Iglesia de los Inválidos, transformada en *Templo de Marte* para armonizarse con la circunstancia, no eran pura hipocresía. « Cierto que la había, pero también había en

1. *Memorial* de J. de Norvins, Paris, 1896, t. II, p. 235.

ellas las ilusiones de aquel tiempo y de todos los tiempos[1] ». La seducción sobre Miranda fué decisiva : se decidió a salir de Londres.

Mas no sin dificultades se efectuó esta salida. Tuvo que intervenir Rufus King, insistir ante el Foreign Office ; en fin, como último recurso, dió a su administrado ocasional un pasaporte que el gobierno francés no se apresuró a sancionar. Tuvo que esperar varios meses, en Holanda, los resultados de las instancias que los senadores Barthélemy y Lanjuinais, el consejero de Estado Portalis, el general Victor habían presentado, en favor suyo, a Fouché y al Primer Cónsul.

Bonaparte acabó por dejarse convencer. Pero la realización de los nuevos proyectos del Precursor seguía siendo muy improbable. Habría podido persuadirse de ello en el momento mismo en que, a fines de octubre, salía de Amberes para ir a París. En efecto, un corresponsal anónimo, pero probablemente español o sudamericano, a juzgar por las groseras faltas de ortografía y de estilo de su carta, le escribía : « En fin, querido Miranda, me pongo a escribirle a usted. Sus amigos se han ocupado mucho de usted. A todos he consultado, y envío a usted el parecer de ellos. Comienzo por felicitar a usted de que haya podido salir de Inglaterra... Era ésta, para usted, una cárcel, y supongo que, ya al final, debía usted de tener la persuasión de que, allí, nunca se realizarían sus deseos. ¿Será usted más feliz aquí? Confieso a usted que *no lo creo*. Al observar esto atentamente, veo mil obstáculos, y hasta temo por ciertas relaciones con un *país vecino*, que esté usted aquí menos en libertad que en Inglaterra. Aquí no se ocupan de Sudamérica, ni se ocuparán de ella, y, lo que hasta ahora ha considerado usted como una desgracia, acaso sea su mayor suerte. Temeré la intervención de cualquier potencia europea. *Debe usted bastarse a sí mismo, a no ser que no haya llegado el momento.* Y cuestión tan importante no puede tratarse a mil leguas de distancia : acercándose al teatro en que se han de desarrollar los sucesos es cómo podrá usted juzgar sanamente de las cosas. Todos aquellos que

1. Thiers, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, 1845, t. I, lib. II.

se consagran a la causa que usted persigue deben estar en el Nuevo Mundo. No se gana la voluntad de una mujer viviendo lejos de ella.

« Tales son mis ideas, amigo mío. Pero, si desea usted volver a estos lugares, que por tantos motivos deben de interesarle a usted; si cree usted poder abandonarlos cuando guste; si no cree usted que al venir aquí no haga sino cambiar de cárcel, y si estima que su estancia en Francia no ha de perjudicar a lo que, hasta ahora, ha sido objeto de todos sus pensamientos, creo poderle asegurar a usted que el empeño con que sus amigos solicitan su regreso acabará por obtener satisfacción. Madame P.[1] desea saber en qué estado se hallan sus asuntos de usted. Juntos hemos visto a Ljs.[2]: se interesa mucho por usted y cree en el éxito. Aun cuando afirmo que es verdad cuanto le digo a usted, deseo no obstante verle, y su talento puede vencer dificultades que serían insuperables para otro cualquiera. La amistad que le profeso me obliga a hablarle a usted con sinceridad. A *juicio mío*, tiempo es ya de acabar el *tomo de Europa*, y de comenzar el *tomo de América*. Pero, si desea usted añadir al primero, al que tanto interés ha sabido usted dar, un capítulo más, nadie lo leerá con tanto placer como yo, nadie tendrá tanto gusto en verle a usted de nuevo. Adiós, mi querido Miranda. Su sincero amigo[3]. »

Las previsiones de aquel misterioso consejero se realizaron a la letra. Traicionado por su antiguo secretario Dupeyron, quien vendió sus secretos al ministro de España en Londres[4], Miranda fué, desde su llegada a París, el 9 de « frimaire » del año IX, puesto bajo la vigilancia de la policía. La legación de Su Majestad Católica, invocando las relaciones del « incorregible perturbador » con el gobierno inglés, pedía encarecidamente su arresto, y las persecuciones que el atentado de la calle Saint-Nicaise motivó, días después, contra todo aquello que podía pasar por revolucionario, fueron un pretexto acogido con tanta

1. Pétion.
2. Lanjuinais.
3. Carta del 16 de octubre de 1800, dirigida al general Miranda, al hotel del Oso, a Amberes. Arch. Nat. F^7 6318 ^{b}.
4. Arch. Nat. F^7 6246.

más facilidad cuanto que no se quería entonces, en Francia, contrariar por tan poco los deseos del *país vecino* y aliado.

Acusado « de espionaje y correspondencia con los enemigos del Estado[1] ». Miranda fué arrestado en su casa de la calle Saint-Honoré y encarcelado en el Temple, el 14 de « ventòse ». No sin trabajo consiguieron sus amigos, ocho días después, que fuera puesto en libertad; pero tuvo que comprometerse a salir para siempre del territorio de la República.

Una vez más, volvió a Londres, adonde, después de cada una de sus tentativas en otros países, lo traía su destino.

Pitt había salido del ministerio; pero el gabinete formado por Addington parecía, por el momento, perseverar en la política del que le había precedido. Inglaterra tendía con todas sus fuerzas a desbaratar la *Liga de los Neutros*, que podía ser para ella la señal de la ruina. A pesar del decaimiento del espíritu público, pensábase en nuevos sacrificios y en nuevas luchas. Volvieron a flote los proyectos de ataque contra las Colonias españolas, pero no tardó en desvanecerse la esperanza que acerca de esto pudo haber concebido Miranda. El nuevo gabinete inglés, llamado sobre todo al poder para facilitar un armisticio cuya necesidad se hacía universalmente sentir, no tardó en abrir negociaciones. Importantes acontecimientos sobrevinieron aún, los cuales, al mejorar la situación exterior de la Gran Bretaña, la encaminaban hacia la paz. El asesinato de Pablo 1º rompió los lazos de la coalición marítima del norte, muy quebrantada ya por Nelson con la victoria de Copenhague. El principio de la visita de los barcos neutros fué reconocido por Rusia y sus aliados, los Franceses evacuaron a Egipto : éxitos todos para la política inglesa. El tratado de Amiens fué firmado en 25 de marzo de 1802.

Aunque veía Miranda alejarse la realización de sus esperanzas, no por eso las abandonaba en modo alguno. El matrimonio de inclinación que por entonces contrajo con la señorita Andrews, no fué, en su terrible existencia, sino el indispensable oasis, después de tantos azares y de tantos reveses, para recobrar fuerzas y volver a la lucha.

1. Arch. Nat. F^7 6318^b.

No había Pitt renunciado por mucho tiempo a la dirección oficial del poder. Había asistido con dolor a los continuos engrandecimientos de Francia durante aquellos últimos años, y ni Inglaterra ni él se resignaban a los compromisos que habían firmado. La devolución a Francia y a sus aliados de las numerosas colonias de que en ambos mundos se habían apoderado los marinos ingleses en el transcurso de las últimas guerras; el abandono del Cabo a Holanda, y de Malta, llave del Mediterráneo, eran denunciados como una traición. Por otra parte, las injurias y las violencias de la prensa inglesa exasperaban al Primer Cónsul; las disensiones se envenenaban, y la guerra parecía probable. La reaparición de Pitt en los Comunes en la célebre sesión del 24 de mayo de 1803 fué la señal de nuevas hostilidades.

En seguida vuelve a escena Miranda, y una vez más hace ofrecimientos de servicio al ministerio británico. Reanudaba Pitt una coalición contra Francia, y Bonaparte contestaba a ella con la más terrible de las amenazas. En el campamento de Boulogne activávanse los preparativos para invadir a Inglaterra : fué aquel el momento en que en las cancillerías europeas se pensó en la eventualidad de una oportuna desaparición del Primer Cónsul. Tuvo entonces Miranda que medir los peligros de la sujeción demasiado absoluta que le habían impuesto las circunstancias. Desde hacía algunos años, recibía con regularidad subsidios del Foreign Office, y, a veces, de la embajada de Rusia en Londres. Sin duda que los consideraba como simples adelantos reembolsables tan pronto como mejorara su situación[1]. Pero, la confiscación sucesiva de sus posesiones de Venezuela y de los bienes que tenía en Francia le había reducido, con el tiempo, a la situación equívoca de un agente pagado cuyas obligaciones crecían con la patente imposibilidad de cumplir con sus compromisos. Había de esperarse el ser solicitado para las más tenebrosas empre-

1. En efecto, en uno de sus informes a Pitt, Miranda declara en propios términos : I explicitely desire that a sufficient annual support would be granted to me as a loan only till I could come to the possession of my property, when I mean to repay every thing advanced to me... (To the honorable W. Pitt, 2 de enero de 1791. R. O. *Chatham mss.* vol. 345).

sas. En efecto trataron de iniciarle en el complot de Pichegru. Sólo a fuerza de prudencia, de presencia de ánimo y de sutileza logró Miranda no empañar su gloria en semejante manejo[1].

Apartados estos peligros, iba a persuadirse, no obstante, de que el régimen de las concesiones por el cual había creído hasta entonces ganar a Inglaterra no satisfacía ya la codicia de esta potencia.

Apenas habían transcurrido algunos meses desde la vuelta de Pitt al poder, y ya todo había cambiado de aspecto. Inglaterra se sentía temible. Su flota igualaba casi a todas las demás de Europa. Sus marinos eran los mejores del mundo. El genio de Pitt no se arredraba ante las ambiciones de Bonaparte, que acababa de tomar el título de Emperador. Las contestaciones evasivas de la corte de Madrid a las continuas amenazas del gabinete de Londres, deseoso de que se declarara aquélla a favor de Francia o

1. Se ha conservado la contestación, tan ingeniosa como categórica hecha entonces por Miranda a cierto billete del conde Woronzoff, en el que, sin duda, un exceso de prudencia, le hacía sospechar alguna asechanza :

« El general Miranda agradece sinceramente al señor conde todas sus bondades, pero cree no deber aprovechar su generosa oferta en los momentos actuales, porque el general Miranda no ha tenido nunca ningún género de relaciones con el general Pichegru, sin embargo de que juntos iban á ser proscriptos por los mismos motivos, y no quiere mezclarse directa ni indirectamente en los negocios de Francia, puesto que desde su arribo a Londres ha tenido conocimiento de las intrigas encaminadas a perpetuar los disturbios de aquel país, y con ellos las desgracias de las potencias vecinas. El general Miranda reitera el testimonio de su respeto al señor conde de Woronzoff, cuya felicidad le interesará siempre. El reconocimiento del general Miranda hacia la Rusia y sus votos más sinceros por la prosperidad del imperio y la dicha de los augustos descendientes de Catalina II durarán lo que su vida. » (Becerra, *op. cit.*, t. II, p. 480).

Del mismo modo había esquivado, años antes, los ofrecimientos del gobierno inglés con motivo de un desembarque en España, cuyo mando le habría sido confiado : « Entiendo, había contestado Miranda, que no se exigirá de mí tal género de servicios. Trátase aquí de un escrúpulo que sabréis apreciar, aunque el derecho de gentes y el ejemplo de muchos hombres grandes y virtuosos de los tiempos antiguos y modernos me autorizarían a aceptarlos ». « That services to be requested from me against Spain, with any other motive, being a point of delicacy with me tho, autorised by the rights of nations and the exemple of many great and virtuous men in modern and ancient times ». (Miranda a Pitt, enero de 1791). R. O. *Chatham papers*. V. 345.

contra ésta, determinaron el inopinado ataque de los últimos galeones frente al cabo de Santa María. A esta agresión contestó España con una declaración de guerra (12 de diciembre de 1804).

En seguida afluyeron al War Office y al Almirantazgo proyectos de expedición contra las Colonias. Los comerciantes, marinos, soldados o viajeros británicos que, por un motivo cualquiera, se hallaban en relaciones con la América del Sur o que la habían visitado, preconizaban la toma de posesión, por Inglaterra, de aquellos territorios, siendo unánimes en proclamar « su riqueza y la debilidad de sus habitantes[1] ».

Los Estados Unidos habían adquirido el inestimable territorio de la Luisiana, y este acontecimiento incitaba a todos los Ingleses a apropiarse el resto, o, cuando menos, parte de los despojos de España en las Indias occidentales.

No desesperaba todavía Miranda. Cambió de táctica, sujetándose a estar al tanto de lo que decidiera el gobierno respecto de Sudamérica. Escribió a los ministros[2], tuvo numerosas conferencias con Pitt, se dió a conocer a la mayor parte de aquellos a quienes interesaban los asuntos del Nuevo Mundo, les sirvió de informador benévolo, con-

1. Los más serios parecen haber sido :

El proyecto del coronel inglés al servicio de los Estados Unidos, Williamson, enviado desde Nueva York el 5 de diciembre de 1803. Inglaterra y los Estados Unidos obrarán de concierto para apoderarse de Cuba y de parte de Méjico. R. O. *War Office*, 1. 1109.

El de William Jacob Esq[re], director de una de las más importantes casas de la City, que hacían comercio con Sudamérica; más tarde, representante, en los Comunes, de los conservadores de Rye (Sussex). Tres expediciones saliendo de Inglaterra, de Irlanda y de Madras, atacarán al mismo tiempo las colonias de Panamá, de la Plata y de Chile, las cuales serán en seguida « ocupadas e incorporadas por la potencia británica », 6 de octubre de 1804. *Chatham Correspondence*, 345. — La correspondencia de W. Jacob con los ministros ingleses menciona varias veces al general Miranda como siendo « el personaje cuyo concurso es más útil al proyecto ». — Carta a Pitt, 26 de nov. de 1804. *Chatham Correspondence*, 148, y *War Office*, t. 1113.

En fin, el « Plan de ocupación de las Comarcas de la América Meridional » por el teniente coronel Jackson, quien en 1796 visitó las costas de Méjico, etc., marzo de 1805. Cartas a Pitt. *Chatham Correspondence*, 148.

2. 15 de mayo de 1804 a lord Melville, primer lord del Almirantazgo; 29 de septiembre de 1804, a Pitt. *Chatham Correspondence*, 160

siguiendo circunvenirles y persuadir a los más calificados que era para ellos el indispensable auxiliar. Sin embargo, nada conseguía tan hábil conducta : Inglaterra se encaminaba visiblemente hacia una política egoísta a la que sólo la experiencia habría de determinarla a renunciar.

A pesar de las preocupaciones que le embargaban, el gabinete de Londres examinaba atentamente los proyectos de anexiones sudamericanas. Uno de ellos pareció ser de su agrado, y de tal manera fué bien acogido que incitó a su instigador, el capitán Popham, a ponerlo en ejecución.

Sir Home Riggs Popham era uno de los mejores oficiales de la marina británica. Había conducido varias expediciones importantes, y, enviado en 1800 al mar Rojo para apoyar las operaciones de Abercromby, acababa de obtener del nuevo virrey de Egipto varias concesiones en favor de la Compañía de las Indias, las cuales, entre otras ventajas, valían a Inglaterra el monopolio de los cafés árabes. Acusado, — falsamente, por cierto, — de concusión, Popham esperaba en Londres, desde hacía algunos meses, que la Cámara de los Comunes declarara su inocencia en aquel asunto, y, bajo la dirección de Melville, primer lord del Almirantazgo, y que, de todos los ministros, era el que más enterado estaba de los asuntos sudamericanos[1], se dedicaba a buscar por qué medios se podría realizar una empresa eficaz contra las Colonias españolas. El secretario suplente de la Tesorería, Nicolás Vansittart, no tardó en poner a Popham en relaciones con Miranda. Por su parte, Vansittart se había ocupado mucho de la América del Sur[2]; a Miranda, a quien conocía él desde hacía tres o cuatro años, profesábale gran estima y una amistad que nunca se desmintió. Estuvo a medias con él en la redacción del proyecto que, el 10 de octubre de 1804, Popham y Miranda presantaron a lord Melville.

Comenzaba el proyecto por la declaración siguiente :

1. En el Archivo inglés hay, de él, muchos informes muy detallados referentes a la América del Sur. *Chatham. Correspondence*, 243.

2. British Museum. *Windham papers add. mss.* 21237. Consérvase, entre otras cosas, un *Plan de expedición a las Colonias españolas*, de agosto de 1796, en cuya redacción manifiesta Vansittart un profundo conocimiento de la situación política y comercial de las comarcas sudamericanas.

« En ningún modo entrevemos una conquista propiamente dicha de la América del Sur. Es ésta una idea irrealizable; pero, lo que sí es posible, es ocupar en aquel continente ciertos puntos importantes, instalar en ellos guarniciones fijas, y privar así a Europa de los beneficios que saca de aquellas regiones. Incalculables son las ventajas comerciales que nos reservarían aquellas comarcas, incalculables la vitalidad y el desarrollo que nuestra presencia determinaría, y este magnífico resultado depende de una operación cuyo éxito está asegurado... »

Las localidades que habría que ocupar han sido fijadas « según las indicaciones del general Miranda, cuya competencia es notoria », y que podría asumir « la dirección suprema de las operaciones » : Miranda se embarcará secretamente en Lymington e irá a la Trinidad, en donde se concentrarán, con la mayor rapidez posible, las fuerzas de tierra y de mar que habrán de tomar parte en la expedición (2 000 hombres de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artillería, independientemente de los reclutas que se levarán en la isla; tres fragatas, una corbeta, dos cañoneras, tres bergantines, dos balandras y cinco transportes armados). La expedición desembarcará en la costa de Venezuela, desde donde la Gran Bretaña sabrá fácilmente asegurarse luego una especie de protectorado sobre toda la Nueva Granada. El segundo punto fijado para un desembarque es Buenos Aires. « La toma de este puerto y la ocupación de las ricas provincias del interior constituyen una verdadera operación militar que necesitará lo menos 3 000 hombres. » « En fin, una tercera expedición que se formaría en las Indias tendría como objetivo Valparaiso, en el Pacífico : en ella tomarían parte 4 000 cipayos e igual número de tropas europeas[1] ».

Al someter él mismo este proyecto al agrado de Pitt, el 22 de octubre de 1804, Miranda le suplicaba « que contestara a él con urgencia. Deseo, añadía, que tenga usted a bien excusar mi ansiedad ; se trata aquí de un asunto cuyo éxito no puede entreverse sino a condición de no perder un

1. Copy of a paper delivered to lord Melville, 10 de oct. de 1804. *War Office*, nº 161.

día. De todos modos, querría yo no ser retenido más tiempo en Londres, pues tengo prisa por ir a llevarle a mi desgraciada patria la asistencia que, cuando menos, tiene derecho a esperar de mi persona[1] ».

El plan de Popham, que la diplomacia de Miranda no había conseguido atenuar en lo que de harto atrevido tenía, perjudicaba, en efecto, demasiado las verdaderas intenciones de los criollos para que juzgara oportuno comprometerse el representante de éstos. Aceptarlo era, al mismo tiempo que entregar a sus compatriotas, manchar su vida toda, mentir a su pasado, o exponerse a traicionar la confianza que pretendían infligirle sus protectores; pues, una vez efectuada la primera parte del proyecto, no habría dejado Miranda de acudir a todos los medios para desviarlo del fin que se proponían los Ingleses. El Precursor entendía no exponerse a tales sospechas ni al riesgo de tal alternativa. Y, por otra parte, ¿podía romper abiertamente, y, aunque lo pudiera, tenía derecho a romper con una potencia de quien, después de todo, era el obligado, y cuya cooperación, o cuando menos cuya complicidad, quedaba, en definitiva, como única probabilidad de que disponían los Sudamericanos para el cumplimiento de sus deseos? En la actualidad, Inglaterra se mostraba irreducible; pero, acaso la obligara el porvenir a modificar su conducta, a recurrir a las transacciones. Habría sido gran torpeza el no reservarse tal eventualidad, Quedábale pues un partido a Miranda : el recobrar cuanto antes su libertad. A esto limitaba ya su esperanza. Ya no solicitaba sino por escrúpulo de conciencia y para ganar tiempo. Si pedía al ministro que se apresurara a tomar una decisión inmediata respecto de las proposiciones de Popham, era para determinarlo a abandonarlas cuanto antes.

Sin embargo, sólo a fines de febrero de 1805 se decidió a esto Pitt. Cierto que desde los primeros momentos había mandado armar una fragata de 64, la *Diadem*, con objeto de que sirviera en una de las expediciones. Pero el interés que de esta manera demostraba el gabinete británico por los proyectos sudamericanos tuvo que quedar pospuesto

1. A. Pitt, 22 de octubre de 1804. R. O. *Chatham*, *Correspondence*, nº 160.

casi en seguida a las inquietudes que inspiraban los peligros, muy temibles esta vez, de una invasión francesa. El secreto del *inmenso proyecto* de Napoleón acababa de ser descubierto y transmitido a Londres; Pitt no pensaba ya más que en salvar a Inglaterra. El emperador de Rusia, cuya alianza era capital, quería que se tuviesen miramientos para con España; pues, en sus planes de supremacía europea, esperaba alejarla de Francia. En el transcurso de las negociaciones entabladas en Londres por el embajador Novosiltoff para la conclusión del tratado anglo-ruso de 11 de abril, quedó convenido que Inglaterra renunciaría a toda tentativa contra las Indias Occidentales.

Las guerras que se preparaban y que habían de retener para tiempo, en los mares de Europa, así las flotas inglesas como las españolas, pareciéronle a Miranda deber favorecer, en cierta medida, las esperanzas sudamericanas. Había llegado pues el momento de dar un prólogo a aquel *tomo de América*, del que sus corresponsales le aconsejaban, y cada día más, se encargara él por cuenta propia. Pero seguía creyendo Miranda que necesitaría algún colaborador, y una vez más, puso su esperanza en los Estados Unidos.

La cuestión de los límites de la Luisiana había suscitado disensiones entre España y la República norteamericana. Las cartas que Miranda recibía de Nueva York y de Filadelfia, las confidencias del plenipotenciario norteamericano Monroe[1] dejaban entrever un próximo rompimiento, quizás una guerra. En este caso, sería fácil decidir al gobierno federal a que ayudara a la emancipación de las Colonias españolas. Resolvió Miranda intentar esta nueva aventura, y pidió pasaportes para los Estados Unidos[2]. No tardó, sin embargo, en comprender que los Americanos del Norte no poseían una organización militar suficiente para que se pudiera pensar seriamente en una guerra. El ejército, puede decirse que no existía; y la armada se reducía a algunos buques; las milicias carecían de educación militar; la defensa de las costas era ilusoria.

1. MONROE (James), 1758-1831, presidente de los Estados Unidos de 1817 a 1825.

2. A. Pitt, 13 de junio de 1805. *Chatham Correspondence*, 160.

Quedaba no obstante una esperanza : la de preparar en los puertos de la Unión, merced al rompimiento de relaciones con España, una expedición que bastaría sin duda para provocar la explosión decisiva. Pero era menester encontrar subsidios. Miranda, cuya suprema habilidad consistió en evitar todo compromiso formal, obtuvo que el gobierno inglés tomara a su cargo los gastos de la expedición. Vansittart le entregó 6 000 libras esterlinas al salir de Londres, en los primeros días de octubre de 1805, autorizándole a que girara sobre el tesoro por valor de una suma equivalente.

Hasta se llevó Miranda la seguridad oficiosa de que sus planes serían eventualmente secundados en la medida de lo posible y según las circunstancias[1].

1. R. O. *Admiralty Admiral's Despatches*, North America, vol. 17 y Gil Fortoul, *op. cit.*, p. 100.

CAPÍTULO II

LEALISMO COLONIAL

I

Al desembarcar en Nueva-York, el 4 de noviembre de 1805, tuvo Miranda que persuadirse de que la política de los Estados Unidos se prestaba a sus proyectos mucho menos aún de lo que él había esperado. La prensa seguía publicando artículos contra España, y podía preverse que, en la próxima apertura del Congreso, el mensaje del presidente contendría pasajes belicosos, aunque no habían de ser, en cierto modo, más que una especie de concesión a la opinión pública; pues, en realidad, el gobierno federal y la corte de Madrid se disponían a hacer las paces. Sabedor de esta situación, no le quedaba a Miranda tiempo que perder.

Uno de sus antiguos amigos, el coronel William Smith, yerno del presidente Adams, a quien había conocido Miranda en Londres, en 1785, en la legación de los Estados Unidos, y que era ahora inspector general de las aduanas de Nueva York, se ofreció a secundarle. Le puso en relaciones con un rico armador, Samuel Ogden, quien prometió proporcionar buques. Dió encargo Miranda a su secretario Mollini, y a un emigrado francés que le había acompañado, M. de Rouvray, de entenderse con Ogden para los primeros preparativos de la expedición proyectada, y salió para Washington.

Contaba, sin embargo, con encontrar allí buena acogida por parte de Jefferson y de su secretario de Estado, Madison, a quienes conocía y cuyo patrocinio aun oficioso, seguía siendo indispensable. Les confió sus proyectos, sin

ocultarles los medios que le permitirían realizarlos siempre que contase seguramente con la aprobación tácita del gobierno federal[1]; como de costumbre, estuvo apremiante, elocuente, persuasivo; y Jefferson, aunque recomendándole que fuera prudente, le concedió el asentimiento solicitado[2].

Así, desde fines de Enero de 1806 la corbetilla de 200 toneladas, el *Leander*, armada en el puerto de New York, teniendo a bordo un capitán norteamericano Lewis, y un segundo, el inglés Armstrong, 200 hombres de tripulación, 18 cañones montados, 40 piezas de campaña, 1 500 fusiles, otras tantas lanzas, municiones abundantes y una imprenta, estaba lista para defender las pretensiones de Miranda. A ella había de unirse, en Puerto Príncipe, una fragata, el *Emperor*, que sería armada en las Antillas y que completaría la expedición.

Tal era, en definitiva, el modesto paradero de las esperanzas tan largo tiempo acariciadas por el Precursor. Preciso era estar bien decidido para tener confianza en tan pobres medios y mucho más optimismo se necesitaba para no desesperar de su éxito. Pero la firmeza era natural en Miranda, y, en todo caso, la certeza que tenía de hallar a sus compatriotas preparados para la independencia, le habría reconfortado. « Pensaba Miranda, escribe uno de los oficiales de la expedición, que bastaría que apareciera él para que desde aquel instante dejara de pertenecer al rey de España la América meridional[3]. »

1. Carta de Miranda a William Smith, Washington, 14 de diciembre de 1805, ds. Becerra, *op. cit.*, p. 75.

2. Desde la salida de la expedición de Miranda, el marqués de Casa Irujo, ministro de España en los Estados Unidos, protestó violentamente contra la benevolencia de que había sido objeto aquel « revolucionario » por parte del gobierno. Por otro lado, como la prensa federalista sacó partido del incidente para atacar a Jefferson, y como interviniera a su vez Turreau, ministro de Francia, el gobierno se vió obligado a dar satisfacción a las reclamaciones españolas. Destituído Smith, fué, como Ogden, declarado en estado de acusación. Pero la campaña que se sostenía en la prensa pesó sobre el gran tribunal del distrito de New-York que les absolvió. El ministro de España volvió a la carga y no desistió hasta que supo la caída de Miranda. — V. Henry Adams, *History of the U. S. of America during the second administration of Thomas Jefferson*, t. 1ro, y Becerra, *op. cit.*, t. 1ro, cap. XIII.

3. *The history of D. Francisco Miranda*, etc., *op. cit.* Carta XXV.

El *Leander* se hizo a la vela el 3 de febrero, y desde entonces empezaron las desilusiones de Miranda. Desde la llegada a Puerto Príncipe, el capitán Lewis tuvo una disputa con su hermano, que había de mandar el *Emperor*, y el cual se negó a salir, y, con él, toda su tripulación. No sin trabajo se procuró Miranda dos goletas : la *Bacchus* y la *Bee*, con las que tuvo que contentarse. Discusiones a bordo; encuentros con corsarios a cuyas garras se substraían por milagro; con cruceros ingleses que, afortunadamente, no se opusieron a que la flotilla siguiera su camino, tempestades, enfermedades : tales fueron los incidentes de la travesía. Los víveres se agotaron. Tuvo Miranda que hacer escala en Jacmel, y, luego, en la isla de Oruba.

Ninguno de estos contratiempos le había abatido. A fuerza de energía, de audacia, llegó a disciplinar, a alentar a su turbulenta tripulación, y todo el mundo estaba dispuesto a cumplir con su deber, cuando, el 12 de mayo por la mañana, los vigías señalaron por fin las costas venezolanas. Se hallaban a algunas millas al este de Puerto Cabello. Miranda dirigió la proa hacia el puertecito vecino de Ocumare, con objeto de efectuar su desembarco con más seguridad.

No era inútil esta medida, pues el capitán general D. Manuel de Guevara y Vasconcellos, avisado desde hacía un mes por el ministro de España en Washington, había tenido tiempo para prepararse : 150 bocas de fuego guarnecían los altos de La Guayra, y los fuertes de San Francisco y Padrastro en Guayana, de San Antonio en Cumaná, San Felipe el Real en Puerto Cabello; los de Zapará y San Carlos en Maracaibo habían sido provistos tan completamente como lo permitía la escasez de recursos militares de que disponían las autoridades. Los navíos más resistentes vigilaban la costa.

No eran numerosos, pero es de creer que cumplían bien con su obligación o que una feliz casualidad les favoreció, pues apenas echaba el ancla ante Ocumare, el 15 de marzo, la pequeña división de Miranda, cuando se vió atacada por dos poderosos buques de la marina real : el *Argos* y el *Zeloso*. La lucha era demasiado desigual para que pudiera ofrecer alguna probabilidad de salvación; la escuadrilla,

que había intentado ganar la alta mar fué alcanzada en seguida; el enemigo se apoderó de las dos goletas e hizo prisioneros a sus tripulaciones. No consiguió salvarse el *Leander* sino tirando al mar su artillería y sus municiones[1].

Mientras Venezuela se veía, a costa de tan ligero esfuerzo, libre de Miranda, un peligro mucho más grave amenazaba, al sur, los dominios coloniales del rey de España. Las consecuencias económicas de la guerra que Inglaterra sostenía desde hacía tres años se habían hecho sentir duramente. Era necesario, por todos los medios, encontrar salidas para las mercancías. No obstante, victoriosos en Trafalgar, los Ingleses recuperaban la soberanía marítima y podían pensar, sin riesgos esta vez, en la posibilidad de grandes empresas. De nuevo se impuso al gabinete de Londres el proyecto, tantas veces meditado, de incorporar al imperio británico alguna de las colonias españolas del Nuevo Mundo, y todo induce a creer que habrían dado órdenes para su ejecución, si, en aquel momento mismo, no se hubiese adelantado a sus intenciones sir Home Popham.

Después del fracaso de las negociaciones del año anterior, Popham había salido para una nueva expedición, y acababa de ganar el grado de comodoro al apoderarse de la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza. No había dejado de pensar en su gran proyecto sudamericano, meditando de continuo en los medios para realizarlo. Ignoraba las aventuras de Miranda, no dudaba de que sus planes siguieran siendo los mismos, y, como a él habían llegado informes muy favorables acerca de los débiles medios de defensa con que contaban Montevideo y Buenos Aires, y acerca de las disposiciones de los habitantes de esta colonia, asumió la responsabilidad de emprender su conquista.

Quiso, sin embargo, justificar ante el Almirantazgo que, en este caso no había obedecido ni « a irreflexivo impulso ni al deseo de satisfacer vanos caprichos de aventura[2] ».

1. Según el relato de Francisco I. Yanes, contemporáneo de estos sucesos, en *Compendio de la Historia de Venezuela*, Ira parte, cap. VII.
2. Popham al primer lord del Almirantazgo. Santa Elena, 30 de abril de 1806. R. O. *Admiralty Secretary in letters*, nº 58.

En el extenso informe que dirigió a Londres desde su primera escala en Santa Elena, el 30 de abril de 1806, tuvo buen cuidado de señalar que « la expedición de Buenos Aires, cuya oportunidad ha sido minuciosa y detenidamente examinada por los distintos gabinetes y cuyo principio no ha provocado nunca objeciones por parte de ellos... es la realización parcial del plan concerniente a la América española, cuya dirección suprema debe quedar en manos del general Miranda, actualmente en Londres[1] ». Añadía que « la toma del Río de la Plata no podrá dejar de tener considerables consecuencias para el feliz resultado de los intentos que había que efectuar en los demás puntos del continente[2] ». En efecto, Buenos Aires era el principal almacén de depósito del comercio de las provincias del centro y del sur de la América meridional. A más de esto ofrecía tales perspectivas de ventajas para la importación de las manufacturas británicas, que « sólo esta consideración, decía atinadamente Popham, bastaría para legitimar mi tentativa.... para compensar sus riesgos y sus gastos[3]. »

El gobierno británico pareció adoptar esta manera de pensar y se apresuró a tomar medidas para reforzar la escuadra de sir Home Popham[4], la cual se componía ya de 6 fragatas, 3 corbetas y 5 navíos que llevaban un cuerpo expedicionario de 300 highlanders del 71° y 600 soldados de marina bajo las órdenes del valiente general Beresford[5].

Grande fué el asombro de don Rafael de Sobremonte[6].

1. Popham al primer lord del Almirantazgo. Santa Elena, 30 de abril de 1806. R. O. *Admiralty Secretary in letters*, n° 58.
2. *Id.*
3. *Id.*
4. El secretario de Estado de las Colonias a los lores comisionados del Almirantazgo. Downing Street, 24 de julio de 1806. R. O. *War Office*, 6/3 South America, 1806.
5. Beresford (William Carr, vizconde), general inglés, nacido en 1768, muerto en 1854, tomó brillantemente parte en todas las guerras de la Revolución y se distinguió especialmente durante la campaña de Egipto. Después sirvió en las guerras de España. V. para la expedición de Buenos Aires : Sassenay, *Napoléon Ier et la fondation de la République Argentine*, Paris, 1892. Lobo, *op. cit.*, t. I, pp. 385, y sigs. y Documentos del t. III, pp. 224 a 460. *Historia de Belgrano*, Buenos-Aires, 1887, t. I, etc.
6. Virrey de la Plata de 1804 a 1807.

por entonces virrey de Buenos Aires, al saber el 10 de junio, que una escuadra, enarbolando pabellón británico, entraba en las aguas del Plata. Sin embargo, era imperdonable por haberse dejado sorprender, pues, desde la salida de Popham para los mares del Sur en 1805, el ministro de España en Londres había dado la alarma a su gobierno, quien se apresuró a avisar a Sobremonte para que tomase las debidas precauciones. Pero, como pasaron semanas, meses, el virrey se creyó a salvo de todo ataque. La repentina llegada de los Ingleses le causó tremenda angustia. Comenzó por concentrar en Montevideo toda la guarnición disponible, creyendo que esta plaza sería la primera sitiada. Pero siguió Popham su camino hacia Buenos Aires, y Sobremonte se consideró perdido. Sin esperar a que se efectuara la completa movilización de las milicias, encargó al comandante de la plaza que obtuviera una capitulación, cualesquiera que fueran las condiciones impuestas por el enemigo, y huyó a Cordóba.

El 25 de junio, las tropas inglesas efectuaban su desembarco en la pequeña playa de Quilmes, a unas diez millas al sur de Buenos Aires. El 27, Beresford, que sin gran esfuerzo había desbaratado un destacamento de tres a cuatro mil hombres, entró en la capital, declarando « tomar posesión de ella en nombre de Jorge III ». La proclama que hizo fijar en los muros de la ciudadela hizo saber a los habitantes que, « en lo sucesivo, el rey de la Gran-Bretaña velaría por ellos y por su descendencia ». « Es la más graciable intención de S. M. decía, que la gente de Buenos Aires y cualesquiera otras provincias en el Río de la Plata, que pueden eventualmente caer bajo su protección, gocen del entero y libre ejercicio de la Religión católica... Con la promesa de tan rígida protección a la Religión dominante del país y el ejercicio de sus leyes civiles, confía el Mayor general, que todo buen ciudadano se reunirá con él en sus esfuersos para mantener la ciudad quieta y pacífica, pues pueden ahora gozar un comercio libre, y todas las ventajas de las relaciones comerciales con la Gran Bretaña, en donde no hay opresión, que, como entiende, ha sido lo único que han deseado las ricas Provincias del Río de la Plata y los habitantes de la Amé-

rica del Sur en general para hacerlas el país más próspero del mundo [1]. »

Mas no fué así, y no tardó en convencerse de ello Beresford. Los habitantes de Buenos Aires manifestaban sentimientos muy distintos de los que esperaba el general inglés; en la ciudad reinaba visible agitación. Patrullas recorrían las calles y amotinaban a la población, que, después de los primeros momentos de sorpresa, amenazaba ahora a los Ingleses encerrados en la ciudadela, maldecía al virrey y pedía un jefe. En aquel momento llegaba a Buenos Aires un gentilhombre francés al servicio de España: el caballero Jacques de Liniers [2], cuya brillante figura se destaca airosa, elegante, con singular bravura, sobre esta página de la historia sudamericana. Venía de Barragán, puertecito de las orillas del Plata, cuya defensa le había sido confiada en época anterior.

Liniers pertenecía a la marina española desde 1774, época en que dejó el regimiento de Piémont Royal-Cavalerie en donde servía con el grado de alférez, para sentar plaza como simple voluntario en la flota de D. Pedro Castejón. Había tomado parte, al lado de Miranda, en la expedición de Argelia, y luego en la del Brasil en 1776. Las guerras que de 1780 a 1790 mediaron entre España e Inglaterra suministraron a Liniers, enemigo irreconciliable de los Ingleses y temido de éstos, ocasión para señalarse en todos los mares. Fué nombrado capitán de navío en 1792 y quedó encargado de organizar una flotilla de lanchas cañoneras con las cuales protegió las costas de la Plata contra los incesantes ataques de los cruceros y corsarios británicos. Después de 1803, pasó tres años en el Paraguay gobernando interinamente las antiguas Misiones de los Jesuítas, al cabo de cuyo tiempo se encargó de nuevo del mando de la flotilla.

¡Los Ingleses en Buenos Aires! Liniers se juró a sí mismo vengar semejante injuria. Al cabo de un mes, había

1. Declaraciones del general en jefe al mando de las tropas de S. M. B. Buenos Aires, 28 de junio de 1806, *loc. cit.* por Lobo, t. III, p. 267.

2. Nacido en Niort el 25 de julio de 1753. V. su *Biografía* por Jules Richard, 1 vol. en 8º, Niort, s. d.

hecho milagros. Se hizo dar 600 hombres por el gobierno de Montevideo, y reforzó este pequeño ejército con los 300 marinos de su flotilla, con unos sesenta milicianos y con sesenta y tres corsarios franceses al mando del capitán Mordeille. El 10 de agosto pasó revista a sus tropas en un barrio al oeste de Buenos Aires e intimó a Beresford en estos atrevidos y perentorios términos : « General, os doy quince minutos para que optéis por una de las dos decisiones siguientes : o exponer vuestra guarnición a una destrucción total, o entregaros a la discreción de un enemigo generoso ». Beresford contestó sencillamente « que se defendería tanto tiempo como lo exigiera su honor ». Al cabo de un combate que, durante tres días, ensangrentó las calles de Buenos Aires y durante el cual los dos partidos rivalizaron de heroísmo, los Ingleses se vieron obligados a aceptar las condiciones del caballero de Liniers.

Los 1 200 supervivientes de la fortaleza, a quienes había concedido éste los honores de la guerra, desfilaron, por delante de la tropa de Liniers. « Era objeto verdaderamente raro y singular, dice un testigo[1], ver pasar la tropa inglesa, compuesta de soldados y oficiales muy aseados, por entre filas de los nuestros, negros, sucios, descalzos y emponchados ». Los Ingleses habían perdido cerca de 500 hombres, y dejaban en poder del vencedor « las banderas del 71° regimiento, 35 piezas de sitio, 29 piezas de campaña y 1 600 fusiles ».

Si bien los Whigs demócratas que a raíz de la muerte de Pitt (23 de enero de 1806), se habían agrupado en torno de lord Grenville, parecían menos inclinados que sus predecesores a la guerra sin descanso contra Napoleón, su política seguía netamente ofensiva hacia España, y nunca había sido más firme el proyecto de apropiarse las Colonias. Ya hemos visto cómo, al tener noticia de la salida de Popham para el Río de la Plata, el gabinete de Londres se disponía a tomar medidas con objeto de asegurar el éxito de aquella tentativa. Tampoco le dejaba indiferente la emprendida por él al mismo tiempo en Costa Firme. Y,

1. Pantaleón Rivarola, *Romance histórico*, citado por Lobo, t. I, p. 431.

aunque esperaba a conocer los primeros resultados del ataque de Buenos Aires para decidir qué conducta habría de observar con Venezuela, cumplíase la promesa dada a Miranda, y las autoridades de las Antillas recibían orden, si no expresa, cuando menos muy comprensible, de prestarle ayuda.

Ateniéndose a estas instrucciones, el almirante Cochrane[1], que mandaba la división naval inglesa en las Antillas, al tener noticia del fracaso de Miranda, envió en seguida barcos en busca suya. Por cierto que fué bastante inesperado el encuentro de éstos con el *Leander*. La corbeta, casi desmantelada, que, desde Ocumare, seguía luchando contra el temporal, sin víveres, y con una tripulación reducida a sus dos terceras partes, llegó, al cabo de nueve semanas de navegación (el 24 de mayo de 1806) a los parajes de la Granada, cuando vió llegarse a ella dos buques encontrados tres días antes y a los que con gran trabajo se había substraído. Juzgando que, esta vez, no era posible la huída, tomó el *Leander* disposiciones de combate. Los buques se acercaron. Por fortuna, eran barcos ingleses. Pudo Miranda atracar, reparar sus averías, hacer acopio de víveres, y, por fin, al cabo de algunos días, ponerse de nuevo en camino hacia la Barbada, en donde le esperaba el almirante Cochrane. Los bergantines de S. M. B. *Lily* y *Express* remolcaron el *Leander* hasta Bridgetown,

Durante su estancia en la Granada, Miranda fué objeto de tan corteses atenciones, halló tal afectuosa solicitud en lord Seaxhort, gobernador de la Barbada, y en el almirante Cochrane, que creyó deber obrar con la más estricta prudencia. El *Timeo Danaos* le obsesionaba. Cierto que no había dejado de declarar, desde los comienzos de la expedición, « que estaba en un todo de acuerdo con el gobierno de Inglaterra y que tenía la esperanza de haber interpretado sus intenciones con tanta discreción como fidelidad[2] ».

1. Cochrane (Sir Alexander Forrester), almirante inglés. Nació en 1758, falleció en 1832. Comandante en jefe de las Islas de Sotavento en 1805, se apoderó de la Guadalupe en 1810, y gobernó esta isla hasta en 1814.

2. Carta a Madison. New York, 26 de enero de 1806. Becerra, *op. cit.*, t. I, p. 207.

El comandante de la fragata inglesa *Cleopatra* encontró al *Leander* frente a las Bermudes, el 12 de febrero de 1806; y, al dar aviso de esto al Almirantazgo hacía observar « que de su conversación privada con Miranda resulta que este general posee la absoluta confianza del ministerio[1] ». Pero estos testimonios de adhesión al Gobierno cuyos socorros seguía solicitando Miranda no implicaban en modo alguno que el protagonista de la Independencia sudamericana entendiera secundar las miras inglesas en un sentido opuesto a los intereses de sus compatriotas.

Tanto es así que Cochrane, de quien, poco después, consiguió el Precursor otros barcos para una nueva expedición, al mismo tiempo que la autorización de alistar voluntarios en la Barbada misma y en la isla de la Trinidad, no obtuvo, a cambio de tales concesiones, más que « el privilegio, para el comercio británico con Nueva Granada, de un trato semejante a aquel de que habrían de gozar los naturales de aquella comarca. Este privilegio podrá extenderse a los Estados Unidos de la América del Norte, quedando convenido desde ahora que, tan pronto como sea proclamada la independencia de Venezuela, el general Miranda pondrá todo su empeño en conseguir que este tratamiento de favor sea sancionado por el nuevo gobierno. Inglaterra tendrá derecho a instalar cónsules y vicecónsules donde juzgue oportuno. Beneficiarán éstos de las prerrogativas de la nación más favorecida, y los productos de todos los países, salvo la Gran Bretaña y los Estados Unidos, satisfarán, a su entrada en el territorio, un derecho adicional de 10 p. 100 sobre el que adeuden los artículos ya importados por los barcos y comerciantes británicos[2] ».

No era casi posible aventurar más vagas promesas y negociar a menos coste. Tal fué el parecer de lord Seaxhort y del general Bowfer, comandante de las tropas de tierra de la Barbada, quienes, aunque sin atreverse a desaprobar

1. Informe del comandante John Wight, febrero de 1806. R. O. *Admiralty Admiral's Despatches. North America*. V. 17. V. también Gil Fortoul, *op. cit.*, p. 100.

2. Acuerdo firmado el 2 de junio de 1806 a bordo del *Northumberland* por Miranda y Cochrane. R. O. *Admiralty Secretary. In letters*, nº 256.

los compromisos firmados por el almirante Cochrane, intentaron cuando menos reducir su importancia y ganar tiempo. De donde resultó que Miranda tropezó con grandes dificultades en los reclutamientos que trató de efectuar en la Barbada y en Trinidad. Los gobernadores invocaron la necesidad de no herir en sus justas pretensiones a los numerosos comerciantes españoles y franceses de Bridgetown, y, sobre todo de Port-of Spain : el llamamiento a las armas no había de llevar firma alguna. Por otra parte, el armamento de los buques prometidos se efectuaba con desesperante lentitud. Sólo a fines de julio quedaron terminados los preparativos.

Aunque esta nueva expedición distaba mucho de responder a la importancia deseada por Miranda, estaba sin embargo mejor organizada, y, sobre todo, mejor compuesta que la primera. Los alistamientos habían dado, como efectivo de tropas de desembarque, algo más de 600 hombres; incluso los oficiales, entre quienes había « unos treinta personajes respetables y valerosos[1] ». Se ven nombres de antiguos emigrados franceses, tales como el coronel conde de Rouvray, los capitanes de Loppenot, de Belhay y de Fréeier; la escuadra comprendía el *Leander* con 16 cañones; la *Lily*, el *Express*, el *Attentive* y el *Prévost*, con 12; 4 transportes y un bergantín cargado de víveres. Estos buques llevaban además considerable cantidad de armas de todo género destinadas a los voluntarios venezolanos, con cuya cooperación contaba más que nunca Miranda.

La expedición salió de Port-of-Spain el 27 de julio. Seis días antes, los 57 oficiales y marineros que componían la tripulación de los barcos capturados delante de Ocumare, comparecían, en Puerto Cabello, ante la comisión militar encargada, por el capitán general, de determinar acerca de su suerte. Diez de ellos[2] fueron condenados a la horca, sentencia que fué ejecutada el 21 de julio, en el patio de la fortaleza de San Felipe, en presencia de las tropas y de los habitantes de la ciudad ; los demás desfilaron en silencio

1. *The history of D. F. Miranda*, etc., *op. cit.* Carta XVI.
2. 5 americanos del Norte : Farghnarson, Ch. Johnson, Thomas Billops, Powell, Hall : 3 ingleses : O'Danoluce, John Ferris, James Gardner: 1 polaco : Argudd, y 1 portugués : Paul George.

ante los cadáveres de los supliciados, y, cuando, días después, salieron para Cartagena, en donde la mayoría de ellos iban a purgar, en las siniestras *bóvedas*, su condena de diez años de presidio, pudieron ver, frente al mar y plantadas sobre estacas, las jaulas de hierro en que, según costumbre, habían sido expuestas las cabezas cortadas de sus desgraciados compañeros.

II

La indiferencia con que los habitantes de Venezuela acogían la ejecución de los prisioneros de Ocumare aparecía con justo motivo al capitán general Guevara y Vasconcellos [1] como precioso indicio de los sentimientos del espíritu público y como un perentorio testimonio de éxito para la línea de conducta que seguía obstinadamente desde su instalación en Caracas.

Había comprendido este gobernador que la adhesión de la masa popular sudamericana, demasiado atrasada aún para dejarse ganar a las nuevas doctrinas, era de capital importancia para la seguridad de la dominación española. Por consiguiente, había puesto especial empeño en consolidar o en sostener en las clases inferiores las muestras de sumisión a la metrópoli que todavía subsistían en ellas. Guevara no se negaba a recibir a los humildes, solícito ante sus necesidades, benévolo para sus flaquezas. La popularidad que le valía esta tan laudable cuan hábil táctica le permitía oponer a la propaganda de los criollos imbuídos de liberalismo, la más eficaz de las resistencias. Las esperanzas que el Precursor fundaba precisamente en la acogida de sus compatriotas impulsaron al capitán general a redoblar de celo, y, tan pronto como tuvo noticia de los nuevos preparativos de Miranda, puso especial empeño en arruinarlo en la opinión.

Las circunstancias le facilitaron notablemente esta tarea. Herida por el despreciativo trato que la aristocracia

1. Guevara y Vasconcellos (Manuel de), gobernador y capitán general de Venezuela, de 1799 a 1807.

criolla no sabía moderar, la importante población mestiza de Caracas y de las grandes ciudades de Venezuela, tendía, en efecto, desde hacía algún tiempo, a amistarse con las autoridades, por verlas tan dispuestas a pactar con ella : los campeones revolucionarios veían, en este estado de ánimo, una disminución de su prestigio para con aquel elemento, que, por ser menos ignorante, prestaba más fácilmente oídos a las nuevas ideas. Por otra parte, los liberales, por su irreducible odio a España y por sus aspiraciones de independencia, eran resueltamente hostiles a Miranda : también acerca de esto beneficiaba el capitán general de su propósito bien decidido de quedar, por entonces, extraño a toda iniciativa.

Por paradógica que pareciera esta actitud, justificábanla motivos valederos. Por de pronto, los criollos no conseguían entenderse acerca de la naturaleza de los compromisos contraídos por Miranda con Inglaterra. Sabían que costeaba los gastos de la expedición, lo cual despertaba desconfianza en todos. Algunos llegaban hasta pretender que su compatriota obraba por cuenta única de los Ingleses, a quienes se había vendido. Los mejor informados no querían dudar de la lealtad de Miranda, pero le creían engañado por los ministros británicos, y les asustaban las compensaciones, sin duda exageradas, cuya promesa habían sabido arrancarle. Privados también de dirección, intimidados por los tristes resultados de las recientes tentativas y por el poco espanto que provocaban, los liberales estimaban pues prematuro el aventurar un movimiento condenado, de todos modos, a pronta y brusca parada, sin resultado alguno para su causa.

Sabedor de tan felices disposiciones, el capitán general las había alentado con habilidad, haciendo esparcir solapadamente las más pérfidas alegaciones respecto del desinterés de Miranda. La Inquisición de Cartagena había proclamado a este último « enemigo de Dios y del Rey[1] » y el silencio de los criollos hacía más decisivo aún este fallo a los ojos del fanatismo popular.

1. Francisco González Guinán, *Historia Contemporánea de Venezuela*, Caracas, 1909, 5 vol. en 8°, t. I, cap. I, p. 15.

Así se había ido formando en la colonia una atmósfera del todo desfavorable para el Precursor, y era una suerte para las autoridades españolas tal estado de los ánimos, pues no disponían de serios medios de defensa. No descuidó Guevara el mejorarlos en la medida de lo posible. Solicitó el concurso del general Ernouf[1], gobernador de la colonia francesa de Guadalupe, y utilizó la prolongada estancia de Miranda en las Antillas inglesas para efectuar levas de tropas y organizar las milicias de Caracas y de las ciudades de provincias.

Los socorros, poco considerables por cierto, que el general Ernouf envió a Guevara contribuyeron a asestar, desde los comienzos, sensible golpe a la nueva empresa del Precursor. A ruegos del embajador de España en París, el ministro de la Marina había autorizado al gobernador de Guadalupe a prestar ayuda a los establecimientos de Costa Firme; y, a pesar de que los Ingleses tenían entonces casi en estado de bloqueo[2] a las colonias francesas de las Antillas, no creyó el general Ernouf deber negarse a las instancias del capitán general de Venezuela. « A raíz de la primera tentativa de Miranda en la costa de Caracas, escribía Ernouf al ministro de la Marina[3], el señor de Guevara, gobernador de este país, solicitó mi ayuda para vigilar los manejos de ese rebelde. Deseoso de cumplir las órdenes de su Majestad Imperial y Real, y las de Vuestra Excelencia, consignadas en vuestras cartas del 13 de « nivôse » y 22 de mesidor del año XIII, y queriendo probar mi agradecimiento al señor de Guevara, el único de los gobernadores españoles que ha dispensado buena acogida a los Franceses, mandé en seguida a M. d'Allègre que tomara el mando del corsario *Austerlitz*, buen velero listo

1. Ernouf (Jean-Augustin, baron), general francés: nació en 1753, falleció en 1827. Enviado como capitán general a Guadalupe, en 1803, supo conservar esta colonia hasta 1810, época en que tuvo que capitular. Conducido a Inglaterra y canjeado en 1811, fué desterrado a 5 leguas de París. La Restauración anuló el proceso comenzado contra él y le devolvió su grado.

2. Cf. Poyen, *Les Guerres des Antilles de 1793 à 1815*. Paris, en 8°, 1896, cap. XXI.

3. *Archives des Colonies*, Guadeloupe. *Correspondance générale*, 1806, registro n° 65. Citado por Poyen, *op. cit.*, p. 293.

para hacerse a la mar, y que fuera a Saintes, en donde embarcaría un destacamento de 150 hombres y 6 oficiales, mandados por el jefe de batallón Madier, para dirigirse luego a las costas de Cumaná y de Caracas, seguir, tanto como fuera posible la expedición de Miranda, y desembarcar el destacamento ya en Cumaná, ya en La Guayra, o, en fin, en el sitio en que pareciera necesario. »

Estas órdenes fueron ejecutadas punto por punto, y el 30 de julio, el *Austerlitz*, al acercarse a la costa de Cumaná, se halló en presencia del *Prévost*, que navegaba separado de los demás barcos de la escuadra de Miranda. Al cabo de un combate que duró una hora, el corsario francés fué al abordaje y venció al *Prévost*, pudiendo luego efectuar su desembarque en la costa de Caracas[1].

Este incidente disuadió a Miranda de tomar tierra, como era sin duda su intención, en la isla de la Margarita, convirtiéndola desde entonces en la base de operaciones por excelencia que llegó a ser algunos años más tarde. El valeroso ataque del *Austerlitz* le hizo creer que este barco formaba parte de una escuadra quizás importante, y, por otra parte, los informes que recogió en Trinidad le hacían creer que la región de Coro, al oeste de Caracas, ofrecía probabilidades favorables a su desembarque; por lo cual decidió ir a dicho sitio. Obedecía también secretamente al pensamiento de dar como punto de partida a la Revolución aquella ciudad de Coro, la más antigua de Venezuela, y la primera, como fecha, entre las capitales coloniales. Pero, la mala suerte perseguía a Miranda. En efecto, los 8 a 10000 habitantes que, aunque caída de su antigua prosperidad, contaba todavía Coro, hostiles a la aristocracia

1. Carta de D. Juan de Casas a S. A. el Príncipe Gran Almirante de España. Caracas, 30 de enero de 1808. *Arch. des Aff. Etr.*, Etats-Unis, 61, f° 254.

El destacamento francés pasó 16 meses en Caracas. El capitán general anunció su salida en estos términos al general Ernouf, en un despacho del 28 de marzo de 1808 : « ¡ Ojalá el mar y la fortuna favorezcan a los bravos oficiales y soldados que, para obedecer a las órdenes de V. E., van a Guadalupe, afrontando tan grandes peligros sobre el elemento tiranizado por nuestros enemigos ! Espero que V. E. tendrá la bondad de darme parte de la feliz llegada de estos valientes, a fin de disipar las inquietudes en que nos dejan. » *Arch. des Aff. Etr.*, Etats-Unis, n° 61.

criolla que por tan largo tiempo y tan duramente los había explotado, eran, y habían de seguir siéndolo durante todo el período de las guerras de la Independencia, los más lealmente adictos a las instituciones españolas. Miranda, ausente de su patria desde hacía tanto tiempo, había sido engañado por los informadores que pérfidamente le suscitaban sus enemigos[1].

Empujada por viento favorable, la escuadra prosiguió pues su ruta, y el 2 de agosto, al despuntar el día, ancló ante la Vela de Coro, a 12 millas de la antigua capital. En seguida tomó Miranda minuciosas disposiciones para el desembarque. Pero fué menester aplazarlo hasta el día siguiente, por el mal estado del mar, y esta tregua permitió al jefe del distrito, D. José de Salas, hacer que los habitantes de Coro se marcharan a los pueblos del interior. Cuando, en fin, el coronel de Rouvray, que mandaba un primer destacamento de 250 hombres, se hubo apoderado, casi sin combate, del puertecito de San Pedro, y que, el 4 de agosto por la mañana, Miranda, a la cabeza del resto de sus voluntarios, se presentó ante Coro, no encontró, por decirlo así, a nadie[2], y comprendió que el resultado de su expedición era un lamentable desastre.

Se hallaba a 80 leguas de Caracas, lejos de todo recurso, en un punto árido y miserable de las costas venezolanas, y los oficiales enviados por él a las cercanías para publicar la llegada de los libertadores volvían, unos después de otros, anunciando la hostilidad de los habitantes, el éxito de las autoridades reales, que procedían a considerables alistamientos de fuerzas. Quedaba sólo el confesar la inutilidad de todo esfuerzo y resolverse al abandono de la empresa. Miranda hizo poner en varios sitios de la ciudad una proclama que explicaba su conducta, recordando a los Sudamericanos los motivos que « debían moverles a apartarse de España y a seguir el ejemplo de los Estados Unidos, cuyos 300 000 habitantes han conseguido sacudir

1. Yanes, *op. loc. cit.*, menciona a un tal Cobachiche.
2. Despachos de Miranda al almirante Cochrane y al almirante Dacres, comandante jefe en Jamaica. Cuartel general de Coro, 6 y 8 de agosto de 1806. R. O. *Admiralty Secretary. In letters*, nº 256.

el yugo de la poderosa Inglaterra[1] », después de lo cual dió la orden de embarque[2] (13 de agosto de 1806).

Blanco de las invectivas de compañeros despechados, a merced de un ataque de las flotas enemigas, casi deseado, tales eran su descorazonamiento y su amargura, Miranda se alejaba de nuevo de aquellos ribazos, más crueles con él esta vez, puesto que de ellos le despedían sus propios compatriotas.

Lo que más entristecía sin duda al Precursor era el haber sido falsamente informado acerca del estado de ánimo de los pueblos de la provincia de Coro, y pensaba que otra hubiera sido su suerte, de haber establecido en otro punto la base de sus operaciones[3]. No iba a tardar en perder esta suprema ilusión. La toma de Buenos Aires, cuya noticia acababa de llegar a Venezuela, provocó una emoción que las autoridades mismas no hubieran esperado de sus administrados, emoción que iban a acentuar aún las noticias sucesivas de las hazañas de Liniers y de la derrota de los Ingleses. La instintiva nobleza del sentimiento público se despertaba en presencia de aquel ataque brutal que sufría España. Amenazada por un invasor extranjero y enemigo de la fe, convertíase para el pueblo en una *madre patria* verdadera, y muchos, entre los criollos enamorados de independencia, sintieron quebrantadas sus convicciones y tendieron a pactar con la metrópoli. En fin, los liberales, a pesar de lo resueltos que estaban, decidieron aplazar la manifestación de sus reivindicaciones e hicieron causa común con los Españoles, movidos por un pensamiento que meses después expresaba con altivez el patriota argentino Belgrano[4] : « *Queremos al amo viejo o a ninguno*[5]. »

1. Proclama de Miranda a los habitantes de Sudamérica, Cuartel general de Coro, 7 de agosto de 1806, en Becerra, *op. cit.*, t. I, pp. 161, 169.

2. Miranda abandonó en la playa de Coro el material de imprenta que había llevado. La colonia de Venezuela no tenía ninguno todavía. El de Miranda fué utilizado durante varios años por las autoridades reales, *Histoire de l'imprimerie au Vénézuela*, D., II, 343.

3. *The history of D. F. Miranda*, etc., *op. cit.*, Carta XXV.

4. Belgrano (Manuel), nació en Buenos Aires en 1770, y allí falleció en 1820.

5. Mitre, *Historia de Belgrano*, *op. cit.*, t. I, p. 154.

Impacientes por vengar la afrenta infligida a sus armas, habían, desde que Liniers les tomó a Buenos Aires, organizado a toda prisa una nueva expedición. Esta vez, parecía ésta prometer segura victoria. Cerca de 6 000 hombres de refuerzo habían llegado del Cabo con el general sir Samuel Auchmuty[1], al que no tardó en unirse el brigadier Robert Craufurd[2], con otro cuerpo de 4 400 hombres. 1 630 soldados escogidos, enviados en mayo de 1807, completaron la expedición cuyo mando supremo fué confiado al teniente general John Whitelocke[3]. Sus instrucciones le prescribían que, a toda costa, se apoderara de la Plata[4].

No obstante, el caballero de Liniers había provisto admirablemente a la defensa de Buenos Aires y suscitado entre su apacible población de obreros, de comerciantes y de agricultores, un notable espíritu militar. Creó un cumplido ejército al que instruyó con tanta paciencia como suerte; hizo construir fuertes, poniendo en ellos baterías, aprovisionar la ciudad, y, tal ardor patriótico supo inspirar a los habitantes, que dieron éstos, para hacer balas de todo género, cuanto plomo, cuanto estaño y cuanta plata poseían[5].

Apenas estaban terminados los preparativos, cuando los Ingleses, después de haberse apoderado de Montevideo, y dueños del Río de la Plata, se presentaron, el 28 de junio de 1807, con una flota de 20 buques y 90 transportes, dispuesta a desembarcar 12 000 hombres de tropa ante Buenos Aires, que no tenía, para su defensa, sino un poco más de 8 000 combatientes. A pesar de esta desigualdad de fuerzas, el general Whitelocke se veía obligado, el 7 de julio, a firmar una capitulación que estipulaba, para los Ingleses, « la obligación de reembarcarse en el plazo de diez días y de devolver, en el término de dos

1. 1756-1822. Había tomado parte en la guerra de América y en la de la India, y, después, en la campaña de Egipto con Beresford. Sirvió luego en las Indias y en Java.

2. 1764-1812. Sirvió luego en España y fué matado en el sitio de Ciudad Rodrigo.

3. 1757-1833.

4. R. O., *War Office*, 6/3, South America, fº 96.

5. Sassenay, *op. cit.*, pp. 50-53.

meses, la fortaleza de Montevideo con toda su artillería y en el estado en que se hallaba en el momento de la rendición[1] ».

La segunda liberación de Buenos Aires arrastraba consigo la de toda la colonia. A ella habían concurrido con ardor el cabildo y la población; pero, lo mismo que el año precedente, a Liniers correspondía el mérito de tan hermoso resultado. El Gobierno español le nombró jefe de escuadra y virrey de la Plata, en substitución del incapaz Sobremonte, ratificando así el sufragio de los habitantes, cuyo entusiasmo por su defensor rayaba en adoración. Saludaron a Liniers con el nombre de *Reconquistador*, y su gloria se esparció por todo el continente.

La tendencia innata de las razas latinas, más particularmente acentuada en los Sudamericanos, a cristalizar, si así puede decirse, en un hombre sus pasiones, sus intereses, sus ambiciones o sus victorias, y a no adherirse a él sino bajo esta condición esencial, se concretaba por primera vez en la persona de Liniers. El relato de sus hazañas, embellecido, magnificado por la imaginación tropical, exaltó los corazones. Las clases populares, agitadas desde hacía tanto tiempo por la propaganda liberal, que se esforzaba por arrastrarlas en pos de un ideal demasiado abstracto para ser comprendido con facilidad por todos, se inflamaron espontáneamente, y, desde las fronteras de Méjico a las de Chile, el caballeresco aventurero benefició de una popularidad cuyo recuerdo se había perdido desde la época de la Conquista[2].

En todas partes se cantó el *Te Deum*, hubo regocijos públicos, fiestas, bailes para conmemorar la victoria alcanzada sobre los invasores. En cada una de las capitales coloniales levantáronse arcos de triunfo al nuevo virrey de la Plata. Los cabildos colocaron su retrato en sus salas de sesiones. El orgullo de haber vencido a la temible Inglaterra corrió un velo sobre todos los rencores. Los Americanos se abandonaron a la ilusión de poseer ya aquella

1. Tratado firmado el 7 de julio de 1807 por el general Whitelocke y el contralmirante John Murray, por Inglaterra, y por Liniers, Balbiani y Velasco, por España. V. Sassenay, *op. cit.*, p. 73.
2. Cf. Sassenay, *op. cit.*, cap. III.

patria que los más ilustrados de entre ellos prometían como la recompensa suprema de largos y penosos sacrificios. Se reprocharon el haber desconocido a España, se pusieron a amarla, a querer al rey lejano que sabía inspirar tan hermoso heroísmo al defensor de Buenos Aires.

Este lealismo, del que pronto iban a poder dar brillantes testimonios los Americanos, si bien tenía por origen la popularidad de Liniers, no por esto era menos evidente. Pudo haber sido singularmente eficaz si la metrópoli, en aquel momento decisivo, hubiese consentido en mostrarse más atenta y mejor intencionada para con sus súbditos de ultramar.

Pero, la corte de Madrid, que, durante aquellas trágicas aventuras no había enviado socorros de ningún género a su amenazada colonia, seguía demostrando la más ciega indiferencia por cuanto ocurría en América. La alarma dada desde Londres o desde Filadelfia por los representantes de España provocaba a lo sumo alguna vaga instancia cerca del gobierno francés, cuya ayuda en tal circunstancia se limitaba, ya lo hemos visto, al envío de algún corsario. El único ministro que pareció no haber olvidado del todo a las Colonias era Godoy; pero, según escribía por entonces el embajador de Francia en Madrid, la existencia del príncipe de la Paz dependía ya sólo « de un soplo del Emperador[1] » y sus proyectos pertenecían mucho más a lo que con cierto desenfado llamaba él « la gran política », la « que permite la vaguedad del pensamiento y dispensa del trabajo », que a un conocimiento profundo de las situaciones y a un firme deseo de resolverlas.

Examinándolo con atención, el « Plan sobre las Américas », imaginado por el príncipe de la Paz en 1803, no era, sin embargo, tan despreciable. Consistía en substituir a los virreyes temporales por infantes de España con el título de príncipes regentes. Al lado de cada uno de ellos habría habido un consèjo de Estado compuesto : mitad de Americanos y mitad de Españoles, formando un senado cuyo primer cuidado sería el modificar la legislación colonial en favor de los habitantes del país. Estos no habían de

1. Beurnonville a Talleyrand, 5 de agosto de 1805.

ser sometidos ya más que a sus propios tribunales, salvo caso de interés general y común entre las Colonias y la metrópoli[1].

Tal proyecto era, con algunas modificaciones, el proyecto que, veinte años antes, proponía el conde de Aranda. Sin embargo, niega Godoy en sus *Memorias* el haber querido, « como pretendía imprudentemente su predecesor, fraccionar la América española y separarla de la madre patria[2] »; deseaba, ante todo, conservar sus dominios a la Corona, aunque otorgando a las Colonias las justas concesiones que pedían. De inspiración menos liberal que el proyecto de Aranda, el del príncipe de la Paz era, no obstante, de más práctica realización. Implicaba, en efecto, el advenimiento, más o menos lejano, de los pueblos del Nuevo Mundo a la vida nacional. A esto, después de todo, es a lo que aspiraba su instinto; y « su lealtad, tan pronunciada en aquel tiempo », según atinada observación del mismo Godoy, acaso se contentara con un régimen cuyas halagüeñas transiciones prometían a España un largo patronato que, aunque menos exclusivo, habría resultado ventajoso.

Al pronto, le sedujo esta idea a Carlos IV; consultó al ministro Caballero, y después, a un consejo de los obispos del reino, que, por unanimidad, se pronunció en favor del proyecto. Sin embargo, vacilaba el rey; pasó tiempo. « Todo va despacio en España », añade Godoy, quien, por su parte, sin duda que sostuvo flojamente su proyecto. Y fué éste abandonado.

La mayoría de los liberales sudamericanos lamentaron este fracaso. A pesar de la entereza de sus convicciones, se sentían, en aquel momento, desconcertados por los crecientes progresos del lealismo; a más de esto, nutridos de teorías humanitarias, se habrían resignado de mejor gana a las promesas lejanas pero pacíficas del proyecto de Godoy, que a las perspectivas de violencias que todos presumían inevitables y que muchos temían. Produjéronse algunas defecciones. No obstante, cuando resultó bien cierto que

1. Cf. Grandmaison, *L'Espagne et Napoléon*, Paris, 1908, p. 48.
2. *Memorias del Principe de la Paz*, Paris, 1836, t. III, cap. xvii.

España no intentaría ya nada para mejorar la suerte de Sudamérica, los campeones de la Independencia, reanudaron sus tareas con tanto más empeño cuanto que, al mismo tiempo que resultaban ellos disminuídos, se habían acumulado los obstáculos.

Miranda les dará ejemplo. No había de renunciar a sus proyectos de expedición sino después de haber agotado todas la probabilidades de éxito; y, no bien de regreso a Londres, deseoso únicamente de seguir tomando parte en la propaganda revolucionaria, se abrirá camino disipando las prevenciones posibles por medio de una carta al cabildo de Buenos Aires, de la que enviará copias a todos los centros liberales del Nuevo Mundo : « He tenido la doble satisfacción de ver que mis amonestaciones al gobierno inglés, en cuanto a la imposibilidad de conquistar o subyugar a nuestra América fueron bien fundadas, al ver repelida con heroico esfuerzo tan odiosa tentativa[1] ».

III

Desde fines de 1807, en Caracas es donde con más ardor se encendió de nuevo el foco revolucionario. Las declaraciones de Miranda, en sus proclamas de Coro, tranquilizaron a los liberales de la capital venezolana, y el regreso de Bolívar hizo más firme su valor. En la plaza mayor de Caracas, mezclados a la multitud indiferente, habían asistido a la ejecución en efigie de Miranda, cuyas proclamas fueron quemadas también por mano del verdugo, y puesta a precio su cabeza. Para los criollos que permanecían fieles a la causa independiente, hubiera sido desastroso y estéril demostrar francamente la indignación que sentían ante aquellas medidas de rigor. En previsión de un regreso ofensivo de Miranda, el capitán general había llegado a movilizar cerca de 800 hombres de tropa, al mismo tiempo

1. 20 de julio de 1808, *Archivo de la Audiencia de Buenos Aires*. — Mitre, *Historia de San Martín*, *op. cit.*, t. I, p. 50. — Las copias de esta carta fueron enviadas, el 24 de julio de 1808, a México, y, el 1º de septiembre, a Caracas. Las minutas se hallan en el R. O., *Foreign Office*, Spain, vol. 89.

que recibía también de Guadalupe importantes refuerzos de armas y municiones de guerra, y la más ligera manifestación habría valido, a los imprudentes que la hubiesen provocado, un castigo terrible y sin gloria.

Así pues, los liberales se hallaban reducidos a concertarse en secreto acerca de los medios que les permitieran recobrar algún prestigio entre los habitantes, quienes, por desgracia, eran, de día en día, más adictos a España. Se reunían, tanto como lo permitía la vigilancia del gobernador, y seguían pidiendo a la lectura de los filósofos y de los clásicos el alimento de aquella paciencia que tan necesaria les era, y del fuego sagrado que les animaba.

En general, los conciliábulos se efectuaban en casa de Bolívar. Su hermano Juan Vicente, los Toro, D. Josef y D. Martín Tovar[1], José Félix Rivas[2] y Luis Rivas Dávila[3], Salias[4], Guillermo Pelgrón[5], Germán Roscio[6], Vicente Tejera, Nicolás Anzola, Lino de Clemente[7], los hermanos

1. Tovar Ponte (Martín), nacido en Caracas el 17 de septiembre de 1772, de una familia ilustre y rica, tomó parte en las campañas de 1812 a 1814. Miembro de los congresos de Angostura en 1819, de Cúcuta en 1821, de Valencia en 1830. Muerto en Caracas en 1843, el 26 de noviembre.

2. Rivas (José Félix), nacido en Caracas el 19 de septiembre de 1775, siguió a Bolívar a Curazao y a Cartagena en 1812, hizo con él la campaña de Nueva Granada y las de Venezuela, se cubrió de gloria en cien combates y hecho prisionero después de la toma de Maturín, fué ejecutado por los Españoles el 15 de diciembre de 1814.

3. Rivas Dávila (Luis), nació en Caracas hacia 1780; muerto en el combate de la Victoria, el 13 de febrero de 1814.

4. Salias (Pedro), nació en Caracas en 1784, murió en la batalla de Aragua, el 18 de agosto de 1814.

5. Pelgrón (Guillermo), era padre : 1° de Félix Pelgrón, que hizo con Bolívar la campaña de Nueva Granada en 1815, tomó parte en los combates del Palo y de la Cuchilla del Tambo, y fué ejecutado en Santa Fe, el 3 de septiembre de 1816, con los patriotas detenidos entonces en las prisiones de la capital granadina : 2° de Guillermo Pelgrón, muerto en el combate de San Sebastián de los Morros, en 1812 ; 3° de Ramón, José María, y Agustín, oficiales distinguidos en los ejércitos republicanos. — Guillermo Pelgrón había sido uno de los profesores de Bolívar. V. lib. I, cap. III, § 2.

6. Roscio (Juan Germán), nació en Caracas en 1782. Miembro del Congreso de 1811. Enviado a España y preso, desde 1812 hasta 1814, en las cárceles de Gibraltar y los presidios de Africa al mismo tiempo que Madariaga, Mires, Iznardi, etc... Vicepresidente del Congreso de Angostura en 1819. Muerto en Cúcuta, el 8 de marzo de 1821.

7. Clemente (Lino de), Miembro del Congreso de 1811, tomó

Ayala[1] y Ustáritz, herederos de las familias más ricas y más consideradas de la colonia, casi siempre estaban allí[2], Andrés Bello que era secretario segundo de la capitanía general; Tomás[3] y Mariano Montilla, y otros más.

Bolívar trataba con magnificencia a sus amigos[4]. Les daba suntuosos banquetes, había elegantes reuniones a las que la gravedad de aquellos convidados, dispuestos a sacrificar su juventud y su fortuna al más noble ideal, daba, no obstante, la fisonomía de una radiosa academia de patriotismo. Bello había traducido algunas de las tragedias de Corneille y de Voltaire, pasajes de Tácito y de Virgilio, y a veces declamaba trozos, con gran satisfacción y aplauso de sus compañeros[5]. Bolívar, Montilla contaban sus recuerdos de viaje, hablaban de Roma y de París. Las alusiones patéticas hallaban eco en todos los corazones. Corríales siempre prisa el hallarse en compañía íntima, y, tan pronto como terminaba la comida, despedían a los esclavos, cerraban las puertas, y volvían, al asunto predilecto, al que embargaba el pensamiento de todos : la libertad, la independencia.

La expedición de Miranda no era tan vana en resultados como lo imaginaban las autoridades coloniales, y, entre aquellos jóvenes, atormentados de ambiciones generosas, la iniciativa del Precursor provocaba fecunda emulación.

parte en todas las campañas, desde 1812 hasta 1829. Miembro del Congreso de Angostura en 1819, volvió casi en seguida a su puesto en el estado mayor del ejército republicano, peleando contra los Españoles hasta que terminó la Guerra de la Independencia. Secretario de Estado de Venezuela en 1826, fué uno de los promotores de la separación de Venezuela y de Colombia, en 1829. Falleció hacia 1835.

1. Ayala (Ramón), nació en Venezuela en 1780, tomó parte en todas las campañas de la Independencia hasta 1826. Miembro del Congreso de Venezuela, del 6 de mayo de 1830; falleció hacia 1840. Sus hermanos Juan Pablo y Mauricio combatieron igualmente al lado de Bolívar : 1813 a 1825.

2. V. Díaz, *Recuerdos de la Rebelión de Caracas*, Madrid, 1829, p. 9.

3. Montilla (Tomás), hermano de Mariano; tomó parte en las campañas de 1813 y 1815. Gobernador de la Guayana en 1818, Miembro del Congreso de Angostura en 1819. Falleció en Caracas, el 25 de junio de 1822.

4. Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, *op. cit.*, p. 61.

5. *Ibid.*

Casi todos, en busca del héroe que realizara sus ensueños, designaban ahora a Miranda como siendo éste el salvador esperado. Acababan de tener noticia de la campaña del *Leander*, y evocaban con fervor sus detalles. Una escena entre otras exaltaba a los futuros libertadores. El 12 de marzo de 1806, al salir el sol[1], que precisaba en el horizonte el paisaje de la tierra americana, Miranda había izado sobre el *Leander* el pabellón azul, amarillo y rojo[2] de la patria futura : la *Colombia*[3], y todos los oficiales y soldados de la expedición habían saludado con entusiastas vivas aquel ondeante arco iris que por primera vez se alzaba frente a los Andes, en la majestad del azul tropical...

Cierto que la mayor parte de los testigos de aquella escena habían sucumbido. Los demás, bajo la conducta de Miranda, andaban errantes, quizás abandonados, dispersos, miserables, mas no descorazonados mientras les quedara un soplo de vida. Los patriotas de Caracas juraron continuar a todo trance la obra del Precursor.

El fallecimiento del capitán general Guevara, sobrevenido poco después (7 de octubre de 1807), fué acogido por aquellos jóvenes con tal satisfacción, que algunos llegaron hasta manifestarla en público[4]. Era, en efecto, gran desgracia para España, la desaparición de aquel gobernador tan popular, y una pérdida difícilmente reparable para la causa que él representaba. El coronel D. Juan de Casas[5], su

1. *The History of D. Francisco Miranda*, etc., Lett. XX.

2. Al rojo y al amarillo españoles añadía una faja del azul con que Washington dotó la « Orden de Cincinato ». Según ciertos autores venezolanos, la intención de Miranda al escoger aquellos tres colores fué la de simbolizar por ellos « los campos de *oro* de América, que el *azul* del Océano separó de la *sangrienta* España ». V. Azpurúa, *El pabellón tricolor de Miranda* en *Biografías de Hombres notables de América*, Caracas, 1877, t. IV, Apéndice, p. 7. La bandera colombiana ondeó por vez primera sobre el continente americano desde el 3 al 13 de agosto de 1806 en la fortaleza de San Pablo, en la Vela de Coro. Fué adoptada como emblema nacional por el Congreso de Venezuela el 14 de julio de 1811, y ha sido conservado por las repúblicas actuales de Colombia, de Venezuela y del Ecuador.

3. Es, en efecto, Miranda quien le puso este nombre, como homenaje al descubridor de América.

4. V. Díaz, *Recuerdos*, etc., p. 8.

5. Gobernador y capitán general de Venezuela, por interim, de 1807 a 1809.

sucesor interino hasta la llegada de un nuevo capitán general, no poseía ninguna de las cualidades de su predecesor. Era inexperto, pusilánime, apático, y los manejos revolucionarios iban a poder darse libre curso bajo su administración. Siquiera por este lado, los patriotas, sin disimularse las arduas dificultades de su empresa, entreveían más risueñas esperanzas. Inglaterra, cuya conducta en Buenos Aires les había inspirado tanta inquietud, iba a adoptar una política más tranquilizadora.

No le había costado trabajo a Liniers hacer que los oficiales criollos y los miembros del cabildo de Buenos Aires compartieran los sentimientos que caracterizaban su naturaleza caballeresca. Los Ingleses habían sido tratados por sus vencedores con benevolencia y cordialidad[1]. La guarnición tuvo a honra el asistir a las exequias de los oficiales y de los soldados enemigos. Los prisioneros fueron tratados con toda clase de miramientos. A los heridos, recogidos en las iglesias transformadas en hospitales militares, se les permitió recibir la visita de sus propios cirujanos mientras los religiosos españoles los cuidaban con cariñosa solicitud. « Prueba bien noble, decía un periódico de Buenos Aires, de que la verdadera virtud castellana aún se encuentra en una remota colonia de España casi independiente de su metrópoli[2]. »

Tanta mejor impresión hicieron en Inglaterra tales procederes, cuanto que por uno de los artículos de la capitulación, había hecho Liniers una notable concesión a los negociantes británicos : la de permitirles desembarcar la considerable cantidad de mercancías que, en su certidumbre por el éxito de la operación, se habían apresurado a dirigir al Río de la Plata[3]. Por otra parte, la experiencia de las dificultades casi insuperables que se oponían a la conquista de las Colonias españolas inclinaba a los miembros más sesudos del gobierno británico a renunciar a una política estéril y costosa. Un partido considerable se formaba para

1. Cf. Sassenay, *op. cit.*, cap. III.
2. Lobo, *op. cit.*, t. III, Apéndice, p. 363.
3. Archives Nationales. *Archives de la Marine*, BB⁴ 409. Misión del capitán Drouault, comandante de la fragata, La *Duchesse de Berry*, nov. de 1819.

combatirla. En la época misma en que nadie dudaba del éxito de la segunda expedición de Buenos Aires, lord Castlereagh[1] publicó una memoria (1° de mayo de 1807) para poner al gabinete en guardia contra « la intención, desprovista de toda esperanza de éxito, de conquistar territorios tan extensos, sin contar con el apoyo de sus habitantes ». Ponía también en guardia a los ministros contra « el inconveniente que habría en disolver los gobiernos establecidos en las Colonias, porque era de temer que, en sustitución de éstos se desarrollaran sistemas jacobinos y democráticos ».

Esta eventualidad, a la que podían dar especial gravedad los últimos éxitos de Napoleón en Europa, pues se atribuía al Emperador la intención de enviar « a América algunos de sus atrevidos corsarios, de organizar allí una clientela y de hacer entrar en Francia la cosecha que ofrecían aquellas tierras[2] », incitó al gobierno británico a examinar un sistema medio que garantía la separación de las Colonias españolas de con la metrópoli « sin efectuar conquista alguna y sin establecer nuevas democracias[3] ».

El duque de Orleans, que desde hacía algunos años residía en Inglaterra, se declaró dispuesto a tomar parte en el proyecto. En relaciones amistosas con el príncipe de Gales, profundamente hostil al emperador de los Franceses, comprendiendo también la necesidad de « realzar el ilustre apellido que su padre había empañado », gustoso habría aceptado el gobernar un « Reino » de Méjico o de la Plata. Luis Felipe acababa de pasar una larga temporada en Cuba y en los Estados Unidos. Pasaba por conocer bien los asuntos de América, y creía él contar allí con partidarios. Colocándolo, al mismo tiempo que sus hermanos, en los tronos de aquellas colonias, una vez independientes, Inglaterra tendría en el Nuevo Mundo otros tantos amigos seguros contra el usurpador francés. Esto es, al menos, lo que Dumouriez, Bertrand de Molleville, antiguo ministro de Luis XVI, el conde de Montferrand, y otros emigrados que

1. Cf. *Correspondence*, t. VII, p. 314, y Gervinus, *op. cit.*, t. VI, p. 78.
2. Cf. *Correspondence*, t. VII.
3. *Id.*

frecuentaban al príncipe, hicieron valer ante el gabinete de Londres. Hasta apoyó Luis Felipe con su firma una « Memoria acerca de este proyecto y de las ventajas que de él habían de resultar para Inglaterra [1] ».

Mas no se apresuró el gobierno británico a examinar el proyecto, y lo abandonó por completo cuando los acontecimientos que se efectuaban en la Península movieron a la Gran Bretaña a modificar radicalmente su política respecto de su antigua rival sublevada contra Napoleón.

Mientras no les dictaran otra regla de conducta las circunstancias, los Ingleses renunciaban a toda veleidad de conquista en la América del Sur. La reciente adquisición de las islas Maluinas, los establecimientos que se habían asegurado en Trinidad y los que habían conservado en la costa de Mosquitos les permitían ser dueños de la embocadura de cada uno de los tres grandes ríos sudamericanos, y esperar con paciencia las ventajas que tal situación pudiera procurarles. Importaba, mientras tanto, que, así los criollos como España, estuviesen persuadidos de la lealtad británica; por eso Popham, de regreso a Inglaterra, se vió desaprobado oficialmente; un consejo de guerra le demostró que había obrado sin autorización, y le infligió una censura [2]. Whitelocke, a quien incumbía la responsabilidad del mando supremo de la expedición de Buenos Aires, fué llevado a su vez ante el tribunal marcial y declarado, al cabo de un ruidoso proceso que ocupó treinta y una sesiones, « incapaz (*unfit*) e indigno (*unworthy*) de desempeñar en lo sucesivo empleo alguno en el servicio de Su Majestad ».

No podía substraerse Miranda a las consecuencias de aquel cambio en la política inglesa; y en efecto, apenas

1. R. O., *War Office*, nº 1, 1111. « Acerca de un proyecto para separar de la Monarquía Española el Continente de América y formar en éste Estados Independientes; ventajas que de ello resultarían para Inglaterra, y medios de ejecución de tal empresa ». Correspondencia del conde de Montferrand, diciembre de 1806. Indicaciones también en *Foreign Office*, France, nº 78. Papers concerning Duke of Orléans. 1808-1809, y en Gervinus, p. 79. Guillermy, *Papiers d'un Emigré*, p. 196. Crétineau-Joly, *Louis-Philippe et l'Orléanisme*, t. I, p. 260. Grandmaison, *L'Europe et Napoléon*, p. 343.

2. Popham recibió después el mando de la estación de Jamaica, en 1817, y allí falleció en 1820.

iniciados los preludios de dicho cambio, sufrieron rudo golpe, de rechazo, los proyectos del Precursor.

Desde las primeras noticias de la derrota de las tropas de Beresford en Buenos Aires, el gabinete de Londres se apresuró a prescribir a los gobernadores de las Antillas que observasen con Miranda una conducta tan reservada como prudente. Por otra parte, el fracaso de Coro latismaba demasiado el prestigio del representante de los liberales sudamericanos para que no se impusiera a las autoridades británicas una rigurosa interpretación de las instrucciones oficiales.

Por estos motivos, no había de encontrar Miranda cerca de ellas los socorros y el estímulo de que hasta entonces había beneficiado, y que su inquebrantable esperanza le movía a solicitar una vez más. En efecto, no había tardado en sobreponerse a su descalabro, y refugiado en la isleta de Oruba, envió, el 15 de agosto de 1806, es decir, dos días después de abandonar las costas de Venezuela, al conde de Rouvray con misión de pedir al gobernador de la Jamaica los subsidios necesarios para una tercera expedición. Al mismo tiempo, otro de sus oficiales salía para Trinidad con idéntico encargo.

Transcurrió más de un mes sin que recibiera noticias Miranda. Hasta estuvo a punto de caer en manos del comandante del *Austerlitz*, que se había propuesto ir a arrancarle de su isla. La presencia de tres considerables buques de guerra ingleses impidió que el corsario llevara a cabo su proyecto [1]: el *Seine*, el *Granada* y el *Melville*, procedentes de Port of Spain, llegaron a Oruba a fines de septiembre, pero sin más instrucción que la de llevar a Miranda hasta la Barbada, adonde no llegó sino el 2 de noviembre, después de una detestable travesía.

El gobernador se negó casi a recibirle y le declaró netamente que no podía prestarle asistencia alguna. No mejor suerte había tenido en Kingston el conde de Rouvray; pero, según indicaciones de Miranda, se había entonces marchado a Londres, y el Precursor seguía abrigando la esperanza de que no serían desatendidas sus encarecidas

1. Cf. Poyen, *Les Guerres des Antilles*, *op. cit.*, cap. XXI.

súplicas a los ministros[1]. Sin embargo, no recibió contestación de dichos ministros. « Cerca de tres semanas hace que estamos aquí, escribe uno de los oficiales de la expedición[2] con fecha 26 de noviembre... Ya no hacen caso de nosotros. Con mil trabajos hemos podido enterrar a dos de los nuestros : nos faltaba dinero para comprar las cajas... ¡De qué distinta manera nos trataban, hace sólo unos meses!... Entonces, vivía Miranda en casa del gobernador, quien le prodigaba mil atenciones. La muchedumbre nos vitoreaba al pie de nuestra morada... Hoy día, todo ha cambiado. Nos tratan con el mayor desprecio. Ya no podemos ir a tierra para alojarnos. Nos toman por ladrones, a pesar del hambre que denotan nuestros semblantes, y a pesar de nuestro mísero ropaje. Hace poco, éramos los *Colombianos*, los *Mirandistas*. Hoy día, hemos descendido a la categoría de *aventureros* y de *pillos*... El populacho nos insulta... »

En abril de 1807, salió Miranda para Trinidad, en donde el *Leander* fué vendido en pública subasta; el escaso producto de la venta fué repartido entre los supervivientes de la expedición. Entonces, pidió Miranda volver a Londres. Escribe a lord Castlereagh : « El continente sudamericano se halla en un estado de confusión y de anarquía que hacen que, por el momento, resulte inútil mi presencia en aquellos sitios... Los acontecimientos de Buenos Aires han desencadenado entre aquellos pueblos violenta animosidad contra la Gran Bretaña... ¿No he opinado siempre que semejante tentativa sería tan impopular como de difícil, si no imposible, ejecución[3]?... » Sin embargo, transcurrió todo el año sin que se le concediera a Miranda permiso para volver a Inglaterra. El gobernador de Trinidad, J. Hislop, de quien Miranda había conseguido que se interesara por su suerte, unió sus instancias oficiales a las del « infortunado general cuya sociedad privada me ha sido

1. Miranda a Melville, Oruba, 19 de sept. de 1806, y Carlisle Bay, Barbada, 3 de nov. de 1806. — R. O., *War Office*, I. 1113.
2. James Biggs, *The history of D. Francisco Miranda*, etc., *op. cit.*, Carta XXIV.
3. Miranda a lord Castlereagh, Trinidad, 10 de junio de 1807. R. O., *Colonial Office*, 295, nº 17.

tan grata — aseguraba Hislop, — y cuya situación, tan triste como injusta, merece una compensación[1] ». Por fin, el 31 de diciembre, Miranda se embarcaba en el *Alexandria* con destinación a Liverpool.

A pesar de que las circunstancias parecían prestarse entonces menos que nunca a nuevas empresas sobre el Nuevo Mundo, un rayo de esperanza iba a lucir aún para Miranda. Las consecuencias del decreto de Berlín y los gastos enormes ocasionados por las últimas guerras habían gravado tan considerablemente el tesoro inglés, que, una vez más, se dirigieron las miradas hacia aquella siempre maravillosa América. Las minas de Nueva España eran lo bastante ricas para salvar a Inglaterra de la ruina. Pareció inspiración providencial la idea de arrancar a Méjico a su metrópoli. Resolvió Grenville reunir diez mil hombres en Jamaica y enviarlos a la conquista del virreino bajo las órdenes de Arthur Wellesley[2]. En la primavera de 1808, hubo conferencias entre el duque de Portland, Canning, secretario de la Guerra, y Miranda, conferencias acerca de la proyectada expedición, que seguía organizándose en Cork. Hubo un momento en que se trató de dirigirla a las costas de Caracas[3].

Pero, de repente, recibió otra destinación, y sir Arthur Wellesley, en vez de hacer vela hacia América, salió, el 12 de julio, para España, en donde acababa de estallar la guerra famosa que iba a señalar, para el Nuevo Mundo, el comienzo de una crisis decisiva.

IV

Napoleón parecía haber llegado, en Tilsit, a la cumbre del poderío y de la gloria. No obstante, su ambición exigía más amplias y señaladas victorias. El ineluctable encadenamiento de las medidas a que de continuo tenía que

1. El Gobernador de la Trinidad al Secretario de las Colonias. Trinidad, 21 de octubre de 1807. R. O., *Colonial Office*, 295, nº 16.
2. DUQUE DE WELLINGTON, 1769-1852.
3. Record Office, *Foreign Office*. Spain, V. 105.

recurrir el Emperador con objeto de subyugar « al más poderoso, más tenaz », ya que no « al más generoso de sus enemigos », le arrastró, a comienzos de 1808, a la desastrosa expedición de España, donde había de iniciarse el ocaso de su estrella.

El bloqueo de Inglaterra, « combinación colosal » que en el espíritu de Napoleón había sustituído al proyecto marítimo de 1804 y de 1805 [1], implicaba la sujeción de Europa. En seguida acometió esta empresa el Emperador : la declaración de destronamiento de los Borbones de Nápoles, la expropiación del Papa, la invasión de Portugal, fueron golpes de fuerza ejecutados con tanta rapidez como suerte, pero cuyo complemento indispensable era la conquista de España.

Creyó fácil Napoleón esta conquista. Los Españoles se habían comprometido por el tratado firmado en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807. Los Braganzas huían hacia el Brasil; el ejército francés ocupaba Lisboa : todo parecía presentarse a medida del deseo del Emperador. El pretexto para intervenir en España se ofreció poco después por sí mismo.

Escandalosas discordias habían estallado entre el príncipe de Asturias, impaciente por subir al trono, y que, para lograr cuanto antes sus deseos, puso empeño en desacreditar al príncipe de la Paz, y los reyes, más adictos que nunca a su indispensable *Manuel*. Apoyado en numeroso partido, Fernando se declara en fin abiertamente en rebeldía : la reina y Godoy se ven perdidos. Este último propone aún, y esta vez para salvar la dinastía, que vayan a América los infantes [2]; pero el motín de Aranjuez desbarató este proyecto. Godoy se salvó por milagro de la muerte, y Carlos IV tuvo que abdicar en favor de su hijo. Cuatro días después, el 23 de marzo, so pretexto de mantener el orden, Murat, a la cabeza de las tropas francesas, toma posesión de Madrid. Un mes más tarde, el Emperador, a quien padre e hijo habían tomado como árbitro

1. V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. VII, cap. II.

2. « Esto ofrecía entonces poquísimas dificultades, dice el príncipe de la Paz, y la diseminación de los Borbones habría atajado la inquina de que eran objeto ». *Memorias*, *op. cit.*, t. III, cap. XVII.

de sus disensiones, hizo que fueran a Bayona, les arrancó su abdicación, los hizo prisioneros al mismo tiempo que a Godoy y a la reina, y José Bonaparte fué nombrado rey de España y de Indias.

Si bien las endebles esperanzas de los liberales sudamericanos podían creerse sostenidas por Inglaterra, iban a tener que contar ahora con otras amenazas. Todavía no se había puesto en camino hacia su capital el nuevo soberano, y ya Napoleón se empleaba en asegurarle la posesión de las provincias de ultramar, que formaban ciertamente la parte más hermosa y más envidiable de la herencia de Carlos Quinto[1].

No era aquélla la primera vez que Napoleón volvía sus miradas hacia la América española. Hacía ya tiempo que su absorbente genio se había propuesto, si no añadir el Nuevo Mundo a sus conquistas, cuando menos desviar hacia él la atención de sus enemigos, o convertir alguno de sus territorios en elemento de alguna combinación política. Además, la seducción que ejercieron siempre en el espíritu del Emperador las expediciones marítimas le habría animado más de una vez a intentar aquella aventura, de haber dispuesto de tiempo suficiente, y, sobre todo de medios. ¿No envió, apenas terminados los preliminares de la paz de Amiens, a uno de sus generales más estimados, a su propio cuñado, el general Leclerc[2], a Santo Domingo con cerca de 20 000 hombres de excelentes tropas, compuestas, en su mayoría, de veteranos de los ejércitos de Italia y de Egipto? Tal ostentación de fuerzas ocultaba sin duda extensos proyectos que, por cierto, no tardaron en desentrañar los Ingleses, y que no dejaron de denunciar. Conocida es la suerte funesta de aquella expedición : diezmada por la fiebre amarilla, la muerte prematura de su jefe, la inesperada e indomable bravura de las tropas de Christophe[3], Tous-

1. Cf. Sassenay, *op. cit.*, cap. I, p. 2.

2. Leclerc (Charles-Victor-Emmanuel), nació en Pontoise (Sena) en 1772, falleció en Santo Domingo en 1802.

3. Christophe (Henry), nació en la isla de la Granada en 1767. Nombrado presidente vitalicio de la República de Haïti en 1807, se hizo proclamar, en 1811, emperador de Haïti con el nombre de Enrique 1°. Vencidas sus tropas en 1820 por el general Boyer, se mató en su castillo de Sans-Souci.

saint-Louverture[1] y Dessalines[2], y que terminó, a fines de 1803, por la capitulación del Cabo y la proclamación de la independencia de Haiti.

Aunque los comienzos de la expedición no anunciaban tan deplorables resultados, después de la toma del Cabo Francés y la rendición de Toussaint, vemos una indicación de los pensamientos secretos del Primer Cónsul en la misión confiada por el general Leclerc a su amigo Norvins[3], a quien « la afición al cambio, el donquijotismo de la curiosidad y del peligro » habían, según pintoresca confesión suya[4], atraído hacia el Nuevo Mundo. Tratábase de llevar a cabo en Nueva Granada, en el Perú, y aun en Méjico, « una misión que, probablemente, había de durar unos dos años, y cuyo objeto sería explorar, en interés político y comercial de Francia, las vastas comarcas que la celosa España se había impuesto conservar constante y rigurosamente cerradas a todo extranjero... » A más de esto, había para Norvins una instrucción secreta en la que « hallaría el verdadero pensamiento de Bonaparte acerca de aquel viaje[5] ». La repentina y general insurrección de

1. Nació en 1743. Toussaint, apodado Louverture, tomó parte, desde 1791, en la insurrección haitiana contra los Franceses. Se reconcilió con ellos en 1795, y, nombrado por el Directorio, en 1796, generalísimo de los ejércitos de Santo Domingo, hizo embarcar para Francia al comisario francés Santhonax, y, desde entonces, fué de hecho soberano independiente de Haïti. Después de la capitulación del Cabo, Toussaint-Louverture fué arrestado y trasladado al Fuerte de Joux, en donde murió en 1803.

2. Dessalines (Jean-Jacques), nació en Haïti en 1758. Contribuyó, de concierto con los Ingleses, a que Francia evacuara Haiti en 1803, y al año siguiente se hizo proclamar gobernador general, y luego emperador de Haïti con el nombre de Santiago 1º. Fué matado en 1806, durante una revista, a instigación de Pétion.

3. Norvins (Jacques Marquet, barón de Montbreton de), nació en París en 1769, falleció en 1854. Arrestado como antiguo emigrado y puesto en libertad después del 18 de brumario, dedicó agradecimiento decidido a Napoleón. Siguió en 1801-1802 a Santo Domingo al general Leclerc, como secretario. Desempeñó después varios cargos al servicio de Jerónimo, rey de Westfalia, siendo luego nombrado, en 1810, director general de la policía de los Estados Romanos, y en Roma quedó hasta 1814. De 1830 a 1832, fué sucesivamente prefecto de la Dordogne y de la Loire. Es conocido sobre todo por su *Histoire de Napoléon*, cuya primera edición es de 1827.

4. *Mémorial de J. de Norvins*, *op. cit.*, t. II, p. 308.

5. *Id.*, t. III, pp. 32-33.

los negros, sobrevenida pocos días después, hizo aplazar el proyecto, que nunca fué realizado.

No obstante, tanto menos se apartaba de las Indias Occidentales la atención del Emperador cuanto que seguía los constantes progresos de Inglaterra en aquellas regiones. Estaba muy al corriente de las importantes compensaciones que, sin ruido y sin riesgos, hallaba ella, contra las molestias del bloqueo, en aquella parte del mundo. La expedición de Miranda recrudeció las alarmas del Emperador, pues no se dudaba en París de que el antiguo general de la República fuese agente de los Ingleses. Joseph de Pons[1], a quien la reciente publicación de un *Viaje a la parte oriental de la Tierra Firme*[2] daba por entonces cierta notoriedad, recibió encargo de redactar una memoria confidencial[3] en la que habían de ser examinados los medios más propicios para contrarrestar los planes de la Gran Bretaña. « Si obtiene éxito Miranda, observaba el autor de la memoria, las Colonias españolas se separarán sucesivamente de su metrópoli, e Inglaterra fundará en ellas una potencia igualmente funesta a Francia, a España y al comercio del mundo entero. Y, aunque fracasara, lo cual no es probable, sus reveses no modificarían en nada los proyectos de los Ingleses. Sólo un medio hay para combatír esos proyectos : que España, a quien es imposible velar por sus colonias, las ceda a Francia... Únicamente poniendo a su poderosa aliada a la cabeza de sus amenazados dominios podrá esperar desafiar los esfuerzos que hacen y que puedan hacer para quitárselos. Y, para tan importante empresa, ningún país tan adecuado como la capitanía general de Caracas, que cubre igualmente cuanto España posee en la América meridional, salvo el virreinato de Buenos Aires[4]. »

Por desgracia, las guerras de Europa y la inferioridad

1. Pons (François-Raymond-Joseph de), viajero francés, nació en 1751 en Souston (isla de Santo Domingo), falleció en París hacia 1812. Agente de Francia en Caracas, resignó sus funciones hacia 1792, se retiró a Inglaterra, yendo luego a París en 1804.
2. *Op. cit.*, París, 1806.
3. Memorias acerca de la cesión de la Capitanía general de Caracas a Francia, 1806. *Arch. des Aff. Etr.*, Colombia, I (1801-1825).
4. *Id.*

numérica de la marina francesa dejaban a las colonias Americanas fuera del alcance del Emperador y lo condenaban a la inacción.

La abdicación de los soberanos españoles pareció proporcionar, en fin, la ocasión tan largo tiempo deseada. Tan desconocedor de la verdadera mentalidad de los criollos como del carácter íntimo de los futuros súbditos de su hermano, acerca de quienes se hacía tantas ilusiones Napoleón, pensó éste que la conquista del Nuevo Mundo se agregaría por sí sola a la de España, y que un entusiasmo sincero movería las Colonias a hacer causa común con la metrópoli « regenerada [1] ».

En realidad, los gobernadores de las Antillas francesas habían atribuído el fracaso de Miranda a la sola presencia, en la capitanía general, del corto efectivo de la Guadalupe [2]; y, si algunos centenares de combatientes habían bastado para proteger a Buenos Aires, era, según Liniers mismo [3], porque « los sucesos constantes y siempre prósperos de las armas del Emperador habían electrizado un pueblo hasta entonces tan pacífico ». Los informadores del gabinete imperial eran unánimes en declarar que mil doscientos a mil quinientos soldados franceses serían apenas necesarios para asegurar « la fácil conquista de la isla Trinidad y de la capitanía de Caracas [4] ». De Pons había ido más lejos aún; escribía : « Para los españoles de América, el solo nombre de Napoleón significa valor, heroísmo, beneficencia, genio, poderío y lealtad. El gozo y la obediencia serán universales. Los hombres de bien cobrarán nuevas energías; los espíritus inquietos y turbulentos, que verán que ya no tienen frente a ellos una metrópoli cuya debilidad conocen,

1. « Vuestra nación perecía : he visto vuestros males y voy a remediarlos; quiero que mi recuerdo quede en la memoria de vuestros nietos, y que puedan decir : *Fué el regenerador de nuestra Patria* ». (Proclama de Napoleón a los Españoles, el 24 de mayo de 1808).

2. Cf. POYEN, *op. cit.*, cap. XXI, p. 294.

3. Carta de Liniers a Napoleón, 20 de julio de 1807, citada por MITRE, *Historia de Belgrano*, 5ª éd., 1902, t. I, p. 163.

4. Informe acerca de la isla de la Trinidad considerada como Almacén de Depósito del Comercio de los Europeos con el Alto Perú, Tierra Firme, la provincia de Caracas, y como principal punto militar de las Islas de Barlovento de América, por S. DAUXION-LAVAYSSE, 27 de enero de 1808. *Arch. des Aff. Etr.* Estados Unidos, Reg. 61.

sino al primero y más poderoso de los monarcas, se volverán los más ardientes partidarios de la cesión. La acogerán como una victoria ganada sobre España. En una palabra, a la voz del Emperador de los Franceses y Rey de Italia, el orden reinará de nuevo en aquellas regiones[1] ».

Pero, la impresión producida en Madrid por los acontecimientos de Bayona, la repentina y furiosa resistencia del pueblo de España, y, sobre todo, la entrada en escena de los Ingleses, cambiaron las disposiciones de Napoleón. Los esfuerzos que multiplicaba Inglaterra para avivar la insurrección en la Península no dejaban duda acerca de su acción en América. Importaba impedirla y concertar sin retraso una línea de conducta que desbaratara las intrigas que iba ella a fomentar en aquellos países. Desde el 13 de abril, de Pons, consultado, preconizó « el envío al Nuevo Mundo de comisionados franceses destinados a poner en guardia a las autoridades y a los habitantes... La edad, las sanas costumbres y los principios de dichos comisionados habrán de inspirar confianza... Convendrá que prometan a los criollos la conservación de sus empleos... que declaren que el Emperador está resuelto a mantener la religión católica, la jerarquía eclesiástica, los derechos y privilegios de las iglesias, la continuación del pago de las pensiones, y a fomentar, sobre nuevas bases, la agricultura y el comercio... Los comisionados harán comprender a los pueblos aquéllos, qué desgracias les acarrearía una resistencia inútil o una conducta desleal[2] ».

La repercusión que habían tenido las expediciones inglesas al Río de la Plata hacía que la atención del Emperador se fijara más bien en esta colonia. « Deslumbrado por la gloria de Napoleón », Liniers le escribía cartas vibrantes para darle cuenta de sus éxitos. Se podía, pues, esperar encontrar en aquel virrey tan popular en las Indias Occidentales un partidario ganado de antemano, y que

1. Memoria citada. — Era éste el lenguaje mismo que iba a tener Napoleón hablando de España, cuando escribía a Talleyrand, el 8 de junio de 1808 : « La llegada del rey acabará de disipar los disturbios, iluminará los espíritus, restablecerá la tranquilidad ». Citado por Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. VII, p. 271.

2. *Arch. Nat.* A. F. IV, 1610.

gustoso aceptaría el convencer a los habitantes de Chile y del Perú. En seguida se pusó Napoleón en busca de un negociador a quien daría encargo de entenderse con Liniers. Mientras tanto, hizo armar en el Ferrol, en Cádiz y en Cartagena buques en los cuales contaba embarcar un cuerpo de tres a cuatro mil hombres que habían de seguir al embajador con algunos días de intervalo, y cuya presencia en las costas de la Plata facilitaría su misión. Decrés y Maret, encargados de descubrir el negociador, comenzaron sus tareas. Decrès propuso al capitán de navío Jurien de la Gravière[1], amigo de Liniers. Maret designó al marqués de Sassenay, antiguo diputado de la bailía de Châlon-sur-Saône en los Estados Generales, antiguo oficial del ejército de Condé, que había residido largo tiempo en las Antillas y que también conocía al virrey de Buenos Aires. En aquella época, el marqués se había retirado a una finca que poseía en Borgoña y de la que llevaba el nombre.

« Verdadero asombro fué el de M. de Sassenay, refiere su biógrafo[2], cuando, en un hermoso día de mayo de 1808, vió bajar de un coche de posta, que se había detenido a la puerta de su castillo, a un correo de gabinete portador de una orden del Emperador, en la que le decía éste que acudiese ante su persona. Muy perplejo, trató el marqués, aunque en vano, de obtener algunos informes del correo de gabinete. Éste, nada sabía, y sus instrucciones se limitaban a conducir a Bayona al marqués. Hizo Sassenay a toda prisa algunos preparativos, y, después de angustiosa despedida a su mujer y a sus dos hijos, subió al coche que le estaba esperando. El viaje se hizo con la rapidez posible en aquella época... Sassenay llegó a Bayona el 29 de mayo. Se apresuró a mudarse de ropa y se presentó en el castillo de Marrac, en donde residía el Emperador, quien le admitió inmediatamente ante su presencia.

1. Jurien de la Gravière (Pierre-Roch), nacido en 1772, muerto en 1849. Capitán de navío en 1803. En febrero de 1805, a la cabeza de tres fragatas, venció, frente a Sables d'Olonne, a una escuadra inglesa compuesta de 6 buques de guerra. Contralmirante en 1817, vicealmirante en 1831, fué par de Francia desde 1830 hasta 1848.

2. Sassenay, *op. cit.*, cap. i, pp. 9-11.

« La audiencia fué corta y característica. Napoleón se paseaba con cierta agitación en su cuarto de trabajo. Apenas introducido Sassenay, la interpeló con su habitual brusquedad. « Usted se halla en relaciones de amistad con M. de Liniers, le preguntó ». — « Si, Señor », contestó el marqués. — Está bien, es lo que me ha dicho Maret, « repuso el Emperador. » Pues, siendo así, voy a encargarle a usted de una misión cerca del virrey de la Plata. « — Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad; pero Vuestra Majestad tendrá por conveniente permitirme que vaya a poner en orden mis asuntos particulares antes de emprender un viaje tan largo y tan peligroso ».

— « Imposible ». Tal fué la contestación del Emperador. « Es preciso que mañana mismo se ponga usted en camino. Dispone usted de sólo veinticuatro horas para prepararse. Haga usted su testamento : Maret se encargará de enviarlo a su familia de usted. Por el momento, vaya usted a ver a Champagny, quien le notificará mis instrucciones ». Y, con un simple ademán de mano, Napoleón despidió a su interlocutor absolutamente aterrado.

El marqués de Sassenay se embarcó, en efecto, al día siguiente, en un bergantín pequeño : *Le Consolateur*, destacado de una flotilla destinada por el Emperador a las comunicaciones que había que establecer entre las colonias españolas y francesas, y que no pudo ser armado sino someramente, dada la penuria del arsenal de Bayona. El ministro de relaciones exteriores hizo entregar a Sassenay, a bordo del navío, un saco de despachos destinados a las autoridades coloniales, al mismo tiempo que un pliego que contenía instrucciones secretas, de las que no había de enterarse Sassenay sino cuando llegase a alta mar.

Napoleón hubiera podido encontrar aún comisarios para Costa Firme y Méjico. De Pons se ofreció a llevar a Caracas la nueva del advenimiento del rey José. Escribía al Emperador : « Tengo la sensación íntima de que si Vuestra Majestad se dignara concederme esa honrosa misión... obtendría yo, así de las autoridades locales como de los habitantes, los testimonios de la más cumplida sumisión y de una fidelidad inalterable, y el ejemplo de

Caracas sería seguramente imitado por el virreino de Santa Fé, limítrofe de éste...[1] » El teniente Galabert, del estado mayor del ejército de Dalmacia, propuso sus servicios para Méjico, haciendo valer que lo había « atravesado de uno a otro mar. La provincia de Puebla es el punto de defensa de aquel país. M. Flon está allí de gobernador. Está adherido por completo al Emperador y a los Franceses... Creo a M. Flon incorruptible. Su posición, su conducta en este momento pueden influir mucho en la suerte de Méjico. Lo que mi amigo M. de Liniers ha hecho en Buenos Aires, M. Flon puede hacerlo en el país sometido a su mando[2] ».

Mas no juzgó indispensable el Emperador hacer tan grandes gastos para aquellas colonias cuyo estado de ánimo no parecía amenazar, según los informes que le habían dado, con ninguna oposición seria a sus miras. Se había limitado a dar órdenes para que el capitán general de Guadalupe y el comandante de la Guayana francesa hiciesen salir, con la mayor rapidez posible, « hacia los establecimientos de Costa Firme, de Puerto Rico, La Habana, Méjico y la Florida, hombres seguros e inteligentes que dieran la mayor publicidad posible a los últimos acontecimientos ». Los ministros de la marina y de relaciones exteriores reproducían, con algunas ligeras variantes, en las instrucciones del Emperador, las observaciones sugeridas por de Pons[3].

Los despachos del gabinete imperial llegaron primero, el 3 de julio, a Cayena, en donde, desde hacía unos diez años, era gobernador el fogoso Victor Hugues[4]. Ya en su juventud, Hugues había vivido largo tiempo en las Antillas y en la América del Sur, y hasta había asistido en Santa Fe, en 1780, a la insurrección de los Comuneros[5]. Poseía de la suerte una noción bastante profundizada de los hombres y de las cosas del Nuevo Mundo, conocía la

1. 22 de junio de 1808. Arch. Nat. A. F. IV, 1610.
2. 28 de junio de 1808. Arch. Nat. A. F. IV, 1610.
3. 11, 16 y 20 de mayo de 1808. *Arch. de la Marine*. BB[4] 274, f° 237 y *Arch. des Aff. Etr.* 61, f°s 250 y 277, Etats-Unis.
4. V. *suprá*, lib. II, cap. I, § III.
5. Mémoire sur la Côte Ferme et le Mexique, par Victor Hugues. Julio de 1808. *Arch. des Aff. Etr.*, Etats-Unis, 61, f° 286 y sig.

influencia ejercida por los funcionarios coloniales o la aristocracia criolla sobre aquellas gentes impresionables y sediciosas por instinto, y no ignoraba tampoco los medios de que disponían los Ingleses en aquellas regiones y la vehemencia con que tratarían de desbaratar los proyectos del Emperador.

Así es que, si bien se apresuró a ejecutar las instrucciones de sus jefes, no lo hizo, según todas apariencias, sino contra su voluntad y sin gran esperanza de éxito. Y, aunque en el año de gracia de 1808 y 4° del reinado de Napoleón, no solían discutirse — bien lo había visto Sassenay[1] — las órdenes del Emperador, el comandante de la Guayana francesa creyó deber señalar al ministro de relaciones exteriores[2] los temores que le inspiraba la situación : « ¿No había agitación en aquellas inmensas posesiones?.... Sería menester adueñarse de Puerto Cabello, de Cartagena, de Porto Belo, Panamá, San Juan de Ulloa, Veracruz.... estableciendo en ellos numerosa guarnición... y entonces se podría, sin consecuencias graves, dejar que se agite interiormente el país... a menos que algún oficial entregue a los rebeldes las plazas fuertes que acabo de nombrar. »

Al mismo tiempo que tranquilizaba así su conciencia, no perdía Hugues un minuto. « El bergantín *Serpent*, el aviso *Rapide* y el *Phénix* están ya en mar para cumplir las diferentes misiones.... noche y día se ha trabajado en armarlos y avituallarlos ». El *Rapide* iba hacia Veracruz « como un simple importador de despachos » y el *Phénix* hacia Guadalupe, desde donde el general Ernouf, « por estar más al alcance y por disponer de más medios, » podría enviar los comisarios destinados a Méjico, a la Florida, a Puerto Rico y a La Habana. El *Serpent*, cuyo mando fué confiado al teniente de Lamanon, « hombre de buen sentido y de reconocida prudencia, » debía hacer escala sucesivamente en La Guayra, Puerto Cabello, Santa Marta y Cartagena de Indias.

Lamanon salió de Cayena el 5 de julio, « bien penetrado,

1. Sassenay, *op. loc. cit.*
2. Cayena, 24 de julio de 1808. *Arch. des Aff. Etr.*, Etats-Unis, 61 f° 277.

afirma Victor Hugues, de la importancia de su misión » Era esta, en realidad, tan delicada como peligrosa, según pudo verlo el joven oficial al tomar conocimiento de la instrucción que le fué entregada en el momento de embarcarse.

Decía ésta :

« El objeto de la misión de M. Paul de Lamanon, teniente de navío, bajo cuyo mando se halla la corbeta de Su Majestad : *le Serpent*, se halla todo entero en las instrucciones de S. E. el Ministro de la Marina y de las Colonias, fechadas en París el 16 de mayo de 1808, que le entrego (nº 1), y en los despachos con fecha 11 del mismo mes, de SS. EE. el Ministro Secretario de Estado y el Ministro de Relaciones Exteriores, fechados en Bayona por orden de Su Majestad, cuyo contenido voy a darle a conocer.

« Estos despachos me invitan a poner en conocimiento, por distintas vías y por todos los medios posibles, de las posesiones españolas de América, las actas oficiales adjuntas que entrego a M. de Lamanon, tanto en español como en francés, rubricadas por S. E. el Secretario de Estado, así como varias cartas dirigidas a los diferentes virreyes, capitanes generales, obispos, etc., de las provincias que M. de Lamanon debe recorrer.

« Las piezas oficiales consisten en las actas siguientes :

« 1º La carta del Rey Carlos al Príncipe de Asturias.

« 2º La carta del Príncipe de Asturias al Infante D. Antonio como Presidente de la Junta, con la que va incluída una carta del Príncipe de Asturias a su padre.

3º El decreto del Rey Carlos declarando, teniente general del reino al Grand Duque de Berg.

« 4º El acta del Rey Carlos por la cual cede sus derechos al Emperador Napoleón.

« 5º La carta del Príncipe de Asturias, con idéntico objeto.

« 6º Varios periódicos, tanto en francés como en español, a los cuales habrá que dar la mayor publicidad.

« M. de Lamanon anunciará también el advenimiento de un Príncipe de la Casa Imperial a la Corona de España, el rey de Nápoles, José Napoleón, a quien sus principios

religiosos, sus reales virtudes, su talento y su valor han merecido el cariño de cuantos han tenido la dicha de conocerle.

« Al encargar a M. de Lamanon de esta importante misión, cumplo los deseos de Su Majestad, nuestro Augusto Señor, quien me manda no confiarla sino a hombres de juicio sano y recto, y prudentes.

« Por tanto, en los distintos sitios designados en las instrucciones nº 1, M. de Lamanon, seguido de uno o varios oficiales, con uniforme de gala, se presentará ante los obispos, y demás personas para quienes tiene despachos, con gravedad, decencia, y con esa amenidad francesa que tantas voluntades nos ha granjeado en aquellas regiones; les comunicará las piezas oficiales de que es portador, les animará a que mantengan a los pueblos en la obediencia y el respeto, asegurándoles de que los sentimientos del Emperador respecto a España no dan lugar a duda alguna; dichos sentimientos son : interés, benevolencia y constante solicitud por su gloria y su prosperidad; les dirá que a oficiales y a obispos se les presenta una buena ocasión de probar su afecto a su nuevo soberano, a su metrópoli y a sus hermanos de España mostrándose inasequibles a las sugestiones de los Ingleses, de sus partidarios y de gente malévola que querría establecer su dominación de un instante sobre montones de cadáveres de buenos y valientes Españoles.

« El Emperador, nuestro Augusto Señor, al elevar a su amado hermano el Rey de Nápoles al trono de España ha consagrado los bienes, las leyes, las iglesias y la religión católica, su independencia absoluta y la integridad de la Monarquía española y de todos los países de ultramar.

« M. de Lamanon pintará con los más vivos colores el desorden que en el Río de la Plata ha causado la presencia de los Ingleses, las matanzas, las profanaciones de los templos, de los conventos, el horror que a los Ingleses inspira la religión católica.

« Asimismo pintará la dicha de ser gobernado por príncipes de sentimientos elevados, justos y piadosos, asequibles a sus súbditos, que quieren la prosperidad, la gloria de su país, felicidad de que gozan ya los Españoles de España.

« M. de Lamanon quedará sólo tres o cuatro días en cada uno de los sitios designados en las instrucciones nº 1, salvo en Cartagena, en donde podrá permanecer algunos días más, con objeto de proveerse de lo necesario para efectuar su regreso a Europa con la mayor prudencia posible...

« Comprenderá la necesidad de preceder a los Ingleses en los relatos que pudieran haber hecho ellos acerca de estos grandes acontecimientos, y cumplirá su misión con la mayor celeridad...

« La confianza que tengo en M. Paul de Lamanon me ha determinado a confiarle esta importante misión. Sin colaborador, sentirá la necesidad de llevarla a cabo con exactitud, sensatez y prudencia, sobre todo con celeridad. Me será muy grato tener noticia de su regreso a Europa, de que su viaje haya cumplido los deseos de nuestro Augusto Emperador, y de que le haya manifestado éste su alta satisfacción [1]. »

V

Mientras los buques a cuyo bordo iban los emisarios del Emperador se dirigían a toda vela hacia el continente americano, se ignoraba en éste los recientes acontecimientos de Europa. El motín de Aranjuez y el advenimiento de Fernando VII, acerca del cual no se conocían, después de todo, más que vagos detalles, eran las últimas noticias conocidas en las Colonias.

Entre tanto, a Caracas había llegado, a principios de julio, un ayudante de campo de D. Juan Manuel de Cajigal [2], jefe de Cumaná, portador de un voluminoso paquete de periódicos ingleses que Cajigal había recibido del Gobernador de Trinidad, y que él a su vez dirigía a D. Juan

1. Instrucciones de M. Victor Hugues, oficial de la Legión de Honor, Comisionado de Su Majestad Imperial y Real. Comandante supremo de la Guayana Francesa. Cayena, 5 de julio de 1808. — *Arch. de la Marine*, BB⁴ 274.

2. Antes, gobernador de Cuba, en donde, según hemos visto ya, fué protector y amigo de Miranda.

de Casas, con una simple carta de transmisión. Este lacónico despacho no impresionó al capitán general : dejó, dos o tres días, los periódicos sobre su mesa, sin desdoblarlos, y luego los entregó a su secretario Andrés Bello para que éste tradujera, si menester era, los artículos que pudieran ofrecer algún interés. Bello se llevó el paquete, sólo dos días después se enteró de su contenido.

Apenas hubo leído los primeros renglones, quedó, dice él[1], como petrificado. Aquellos periódicos contenían el relato de la abdicación de los soberanos en manos de Napoleón; referían, con todos sus detalles, las escenas de Bayona, el advenimiento al trono de España del hermano del emperador de los Franceses, el destierro de la familia real, y, en apoyo de tan increíbles informaciones, citaban los documentos oficiales....

D. Juan de Casas, a quien Bello se apresuró a poner al corriente, se negó primero a dar crédito a noticias « tan desatinadas », declaró él, y que sola « la notoria perfidia de los gacetilleros ingleses había podido imaginar ». Sin embargo, convocó al presidente de la Audiencia, Mosquera, al tesorero Ignacio Canivell y a otros altos funcionarios, les manifestó lo que había y les pidió consejo. A pesar de Canivell, que había residido largo tiempo en Londres y que hizo observar que el *Times* era un periódico demasiado serio para lanzar sin fundamento tales noticias, los consejeros del capitán general declararon que eran del mismo parecer que su jefe. Transcurrió cerca de una semana : nada vino a confirmar aquellas noticias, y, cada vez más, creyó Casas en una mistificación.

No iba a tardar en ver que no había tal. En la mañana del 15 de julio se esparció en la ciudad el rumor de que un bergantín con pabellón francés había fondeado delante de La Guayra a las dos o las tres de la madrugada. En seguida, una embarcación había llevado a tierra a dos

1. Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello, op. cit.*, cap. vi, p. 38. Son éstos los recuerdos que hemos mencionado, completándolos con los informes relativos a la misión del com^te de Lamanon (*Arch. de la Marine*, BB⁴ 274), los despachos del com^te Beaver, que mandaba la fragata inglesa *Acasta* (R. O. *Admiralty Leewards Islands*, 1808, nº 321), y con los de las autoridades españolas de Caracas. **D.** II, 348.

oficiales, con uniforme de gala. quienes habían alquilado caballos y estaban a punto de llegar a Caracas. Daba la una cuando, en efecto, el comandante de Lamanon y el teniente de navío de Courtay desembocaron por el último recodo del camino, a la entrada del vecino arrabal del Calvario. La gente que había ido a su encuentro les escoltó hasta el palacio del Gobernador, ante el cual no tardaron en llegar.

El capitán general les recibió en seguida; pero, como ninguno de los dos oficiales hablaba español, y como tampoco Casas hablaba francés, se recurrió a Bello. Tan pronto como el joven secretario, llamado con urgencia, entró en el despacho del Gobernador, se entabló la conversación : « Os traigo, Excelencia, mis felicitaciones, dijo el comandante, y vengo a recibir las vuestras con motivo del advenimiento al trono de España y de sus Indias, de Su Majestad el rey José Napoleón, hermano de mi augusto Señor, el emperador de los Franceses. He aquí las cartas que harán conocer a Vuestra Excelencia las circunstancias en que se ha efectuado este feliz acontecimiento. » Casas, según Bello que nos ha dejado el relato de la entrevista, « Casas creyó, al oir aquellas palabras, que el rayo había caído a sus pies. Tomó el pliego que sonriente le tendía el oficial, y, volviéndose hacia el intérprete : « Constéstele usted, dijo, que voy a enterarme de estos despachos y que le haré saber las decisiones que me hayan inspirado. » El francés se despidió, saludó, salió. Apenas se había cerrado la puerta detrás de él, cuando Casas, como derribado en su sillón, se puso a sollozar. Acudieron su mujer y sus hijos, y les costó mucho trabajo calmarle.

Mientras los magistrados y los principales funcionarios de Caracas, convocados con toda urgencia a palacio, decidían, de acuerdo con el capitán general, aplazar toda medida hasta saber por cuál de los dos soberanos convenía pronunciarse, el pueblo, avisado de la llegada de los comisionados y de las nuevas que traían, se reunía en tumulto bajo las ventanas del gobernador. Había allí cerca de 10 000 manifestantes que gritaban, frenéticos : « ¡Viva nuestro rey! » « ¡Muera el usurpador! » El cabildo se había reunido. Envió una tras otra tres delegaciones al capitán

general para pedirle que proclamara a Fernando VII. Aumentaba el gentío. Jamás se había sentido agitado por semejante efervescencia. Casas tuvo que someterse.

A las 4 salió de palacio, en compañía del obispo, de los miembros de la Audiencia y de los altos funcionarios del gobierno y declaró solemnemente reconocer los derechos de Fernando VII. Algunos instantes después, formábase ante palacio, en la plaza, el cortejo de ritual : los portaestandartes, con banderas desplegadas, los heraldos, las trompetas, el municipio con trajes de ceremonia, los oficiales de las milicias, con uniforme de gala, tomaban el camino de la catedral y del cabildo, saludados por los entusiastas vivas de la muchedumbre....

Tan pronto como terminó su audiencia, los dos oficiales franceses se habían dirigido hacia la posada *del Angel*. Distribuyeron en el camino las gacetas españolas que llevaban consigo, y observaron, no sin sorpresa, que la gente acogía muy mal aquellas noticias, y mucho peor a los embajadores. A su paso prorrumpía en gritos hostiles la muchedumbre, y ésta se agolpaba delante de la posada a que a tiempo llegaban Lamanon y Courtay para sustraerse a alguna agresión. Los manifestantes amenazaron entonces con derribar las puertas, y el posadero, aterrado, suplicaba a sus huéspedes que se quitaran el uniforme y que se evadieran por una puerta trasera; la situación resultaba crítica.

Los oficiales del Emperador no eran gente que se alarmara por tan poco. Se pusieron tranquilamente a la ventana, y es de creer que su gallarda apostura y su serenidad impusieron cierto respeto al populacho, pues cesaron los gritos.... Algunos jóvenes, cuya llegada fué oportunísima, arengaron a la muchedumbre y se la llevaron hacia la plaza del palacio del gobernador. Lamanon y su teniente salieron entonces sin ser molestados, y llegándose a casa de un comerciante llamado Jouve que vivía en un barrio lejano, esperaron los acontecimientos.

Eran las 5 cuando Bello, por orden de D. Juan de Casas, fué a visitarles. Les puso al corriente de la decisión que había tenido que tomar el capitán general y les suplicó que se marchasen : « Vuestra vida, señores, corre graves

peligros; sólo por milagro os habéis sustraído al furor de la muchedumbre. En este momento mismo es proclamado el rey Fernando, y el estado de ánimo de la población es tal, que Su Excelencia no podría ya responder de vuestra seguridad : estáis perdidos si la gente llega a descubrir vuestro retiro. » — « Os ruego pidáis a vuestro capitán general, contestó Lamanon sin inmutarse, que me dé media docena de soldados y que no se inquiete por lo demás : me encargo de hacer que callen todos estos vocingleros.... »

Se marchó Bello. Uno de los marineros del *Serpent* se presentó entonces a Lamanon anunciándole que, horas después de su desembarque, una fragata inglesa, con pabellón español en el trinquete, se había presentado ante La Guayra. A todo esto, grupos armados recorrían las calles gritando : « ¡Viva nuestro rey Fernando! ¡Mueran los Franceses! » Holgaban las baladronadas. Llegó la escolta de Casas, mandada por su propio hijo. Los comisionados de Napoleón tuvieron que rendirse a la evidencia. Los Ingleses estaban en La Guayra. Era menester marcharse, intentar sustraerse a ellos a favor de la obscuridad de la noche, so pena de perecer miserablemente sin haber terminado la misión apenas comenzada, pues Caracas no constituía sino el primer paso de la empresa.

Lamanon redactó en seguida un despacho para el gobernador : « Acabo de saber, le decía, que una fragata inglesa se propone venir a La Guayra bajo pabellón parlamentario, sin mas objeto que el de infectar la provincia de Caracas de noticias falsas acerca de los asuntos políticos de nuestras metrópolis. Ruego a Vuestra Excelencia tenga a bien dar orden al señor comandante de La Guayra de que no permita que el pabellón inglés tremole sobre la costa, aunque se presente bajo los auspicios del de Su Majestad Católica José Napoleón[1]. » Y se dirigió hacia su barco. Hacia las 2 de la madrugada, se cruzó con el capitán de la fragata inglesa *Acasta*, quien, acompañado de varios

1. Lamanon, cap. de fragata, a S. E. D. Juan de Casas, cap. general de la provincia de Caracas, 15 de julio de 1808. *Arch. de la Marine*, BB⁴ 274, fº 243.

oficiales, se encaminaba hacia Caracas. No medió saludo alguno entre ambos grupos.

El primer pensamiento de Lamanon al regresar a bordo fué de hacerse en seguida a la vela; pero no había viento. Pidió entonces al comandante de La Guayra que diera al *Acasta* orden de alejarse, mas no logró convencerle. Vió volver a los oficiales enemigos, intentó de nuevo, después de la puesta del sol, hacerse a la vela arriando el cabo; pero, al notar que el inglés efectuaba el mismo movimiento, aplazó toda tentativa. Al día siguiente por la mañana, se levantó brisa, y el *Serpent* salió, largando todas sus velas, con dirección al noroeste. El *Acasta* cortó su cable y salió, persiguiendo al *Serpent*.

El bergantín era buen velero, pero la brisa cayó casi por completo, y la fragata le ganó en velocidad. « A las 10 de la mañana, dice el diario de a bordo, se hallaba al alcance de la voz. Torció a babor y nos descargó varias andanadas; arriamos todas nuestras alas rastreras y pusimos las amuras a babor; en aquel momento fué cortada la driza del pabellón. En el acto, M. Lamanon mandó izar de nuevo al grito de « ¡Viva el Emperador! » El enemigo seguía tirando sobre nosotros, y tuvimos varios bajos obenques cortados, así como los estayes del palo mayor y del artimón. También fué cortado el palo mayor por debajo de las barras de gavias. Entonces mandó M. Lamanon echar el áncora de babor, orden que fué ejecutada inmediatamente, y fué arriada la bandera[1]. »

Las aventuras de M. de Sassenay, quien, días después de estos acontecimientos (el 9 de agosto), desembarcaba a la entrada del Río de la Plata, presentan notable parecido con las de Lamanon. Hasta habían de terminarse de una manera más triste para el amigo de Liniers. Sassenay, a quien sus instrucciones prescribían también « que diese a conocer a América qué gloria rodea a Francia y qué influencia ejerce sobre Europa el poderoso genio que la gobierna.... que observara con especial atención el efecto producido... por la noticia del feliz cambio efectuado en

1. Informe acerca de la captura del bergantín *le Serpent*. *Arch. de la Marine*, BB⁴ 274, f° 248.

España... y que apresurara su regreso a Europa para traer noticias[1] ». apenas había salido del *Consolateur*, puesto al pairo ante el puerto de Maldonado, cuando dos poderosos buques ingleses salieron contra el bergantín. La ausencia de viento impidió al teniente Dauriac escapar. Hizo varar el barco y ganó a nado la tierra, con la tripulación. Los Ingleses se apoderaron del *Consolateur*, lo saquearon, y Sassenay, que, mientras tanto, había podido llegar a Montevideo, y luego a Buenos Aires, en donde se presentó el 12 de agosto por la noche, recibió una acogida bastante fría por parte de Liniers.

Cualesquiera que fueran sus sinceras preferencias por José Napoleón, cuyo advenimiento, al reunir su patria de adopción a su patria de nacimiento, le dejaba entrever los más brillantes destinos[2], el virrey de la Plata no sentía menos inquietudes que su colega de la capitanía de Caracas. Temiendo comprometerse, reunió también a sus consejeros. Se interpuso el cabildo, y, al día siguiente, Sassenay fué embarcado para Montevideo, acompañado por una escolta mandada por D. Luis, hijo primogénito de Liniers. El gobernador de Montevideo, D. Javier Elío[3], mandó encarcelar al embajador, a pesar de las órdenes del virrey. Aquel mismo día, estalló un motín en la ciudad : el populacho invadió el patio de la fortaleza a los gritos de : « ¡ Viva el Rey ! », « ¡ Mueran los traidores ! », pues Elío, enemigo encarnizado de Liniers, cuya gloria envidiaba, había, además, excitado el furor de la turba declarando que el virrey pactaba con el emperador de los Franceses.

Liniers vió derrumbarse su popularidad, a pesar de la proclamación oficial de Fernando VII, a la que procedió bajo el peso del entusiasmo general. Algunos meses después, el gobierno de Sevilla le envió un sucesor, D. Baltasar de Cisneros. Liniers tuvo que retirarse a Córdoba. Al año siguiente, habiendo querido levantar la causa ya perdida del realismo, que cual buen y leal caba-

1. SASSENAY, *op. cit.*, pp. 132-133.
2. Cf. SASSENAY, cap. V.
3. ELÍO (Francisco Javier), virrey de Buenos Aires en 1811.

llero se había creído obligado a servir hasta el fin, traicionado por sus amigos, abandonado por sus tropas, el antiguo defensor de Buenos Aires cayó en manos de los jefes del partido patriota, quienes le hicieron despiadadamente ejecutar (26 de agosto de 1810).

Adicto de corazón a España, prefirió, según atinada observación de su historiador [1], el ingrato papel de víctima desconocida al de brillante fundador de una república. Sólo de él dependió el ponerse a la cabeza del movimiento patriótico cuyas tendencias certeras y cuya consecuencia inevitable había discernido él aun antes de que se presentara en la Plata el comisionado imperial. Sassenay quedó más de diez meses prisionero en la ciudadela de Montevideo. A principios de 1810 fué transladado a Cádiz, sitiado entonces por el general Victor, y consiguió evadirse con los 1 500 prisioneros del pontón *Castilla la Vieja*, y ganar, bajo el terrible fuego de las baterías españolas, la orilla ocupada por el ejército francés [2].

El lealismo, al que Liniers se había sacrificado heroicamente, había tomado considerable amplitud. La exaltación manifestada en Caracas, en Montevideo y en Buenos Aires ganaba todo el continente. Los gobernadores de las Antillas francesas se abstuvieron, en lo sucesivo, de enviar otros emisarios. Parece ser que un agente del rey José en Baltimore envió secretamente algunos [3]; pero aquellos negociadores ocasionales debieron de renunciar por sí mismos a una misión que resultaba peligrosa y que habría sido necesario sostener, sin gran esperanza de éxito, por expediciones importantes.

Al delirante entusiasmo de los pueblos de la Península por su soberano *el Deseado*, los habitantes de las Colonias respondían con igual frenesí. La Junta de Sevilla había delegado comisionados a la América del Norte y a la del Sur con objeto de anunciar la declaración de guerra a Francia,

1. Sassenay, *op. cit.*, p. 180.
2. Sassenay regresó a Francia, fué olvidado por el gobierno imperial, y falleció el 8 de noviembre de 1840.
3. Según Carlos Calvo *Anales históricos de la Revolución de la América latina*. París, 1864, t. I, p. 47. Se dice que uno de aquellos enviados fué arrestado y fusilado en La Habana (?)

la derrota y matanza de los Franceses en España[1]. D. Manuel de Goyeneche[2], D. José San Llorente, designados por la Plata y Nueva Granada, salieron en los barcos mismos que Napoleón había hecho armar en Cádiz, en el Ferrol y en Cartagena y que habían de seguir a Sassenay. En Méjico, en Nueva Granada, en el Perú, en la Plata, dichos comisionados fueron acogidos con transportes de alegría. En todas partes fué proclamado Fernando VII. Hubo fiestas, celebraron misas. Las ciudades iluminaron. Estuvo de moda el que los hombres adornaran su sombrero con una escarapela en la que se lucían los colores españoles, o con una cinta carmesí en la que ostentaban, en letras de oro, la inscripción : *Vencer o morir por mi Rey Fernando Séptimo*[3]. Y no se limitaron a platónicos testimonios las protestas de lealismo. Afluyeron los donativos : 70 millones fueron enviados a Sevilla[4]. Sólo en Nueva España recogieron, en menos de diez días, « 2 955 435 pesos, dados por 116 suscriptores, sin que ninguno de ellos figurara por menos de 1 000 pesos; varios de ellos habían dado 50 000, algunos 100 000, y hasta 400 000[5] ». En Santa Fe, las señoras se despojaron de sus joyas y las ofrecieron a la Junta[6].

La noticia de la victoria de Bailén acreció aún el entusiasmo, y las autoridades coloniales, que hasta entonces parecían reservar su actitud, hicieron causa común con el sentimiento popular.

Salvo el sensato y firme marqués de la Concordia[7], virrey del Perú, los gobernantes españoles habían mostrado poco apresuramiento en reconocer abiertamente a Fernando VII. Iturrigaray[8] en Méjico, Amar y Borbón en Santa Fe, Ruiz

1. Cf. GRANDMAISON, *L'Espagne et Napoléon*, segunda parte, cap. IV.
2. GOYENECHE (José Manuel de), teniente general español; nació en el Perú en 1773; falleció en Madrid en 1846. Fué capitán general y presidente de la Audiencia de Cuzco de 1809 a 1813, época en que salió definitivamente de América.
3. *Vida de D. Ignacio Gutiérrez Vergara*, Londres, 1900, t. I, p. 44.
4. TORENO, *Historia del Levantamiento y de la Revolución de España*. Madrid, 1848, t. II, lib. VIII, p. 298.
5. *Gaceta de México*, nº del 11 de agosto de 1809.
6. TORENO, *op. cit.*, t. II, p. 165.
7. ABASCAL (José de), marqués de la Concordia, virrey del Perú de 1806 a 1816.
8. ITURRIGARAY (José de), virrey de Méjico, de 1803 a 1808.

de Castilla en Quito[1], Carrasco[2] en Chile, habían tergiversado por espacio de bastante tiempo, y hasta habían combatido cuanto les fué posible el arrebato lealista de los pueblos. El incontestable prestigio con que aparecía el conquistador sin igual a quien cada batalla valía una victoria y cada victoria un reino, ante quien hasta el Sumo Pontífice mismo se había inclinado, no permitía casi ilusiones en el espíritu de los gobernadores de la América española acerca de la eficacia de la resistencia que pudiera oponer la metrópoli a las voluntades del omnipotente Emperador.

Y así es que, desde los primeros momentos, la mayoría de ellos fué secretamente adicta a la dinastía napoleónica. Fué éste, como ya hemos visto, el primer impulso de Liniers; y no de otra manera opinaba, aunque movido por sentimientos menos elevados, el capitán general de Venezuela, cuya « Proclamación » en favor de Fernando era más bien una exposición de los motivos que le obligaban a reconocer al hijo de Carlos IV : no había omitido Casas de mencionar, en aquel documento, ni la insurrección de los habitantes de su capital, ni las repetidas y conminatorias solicitaciones del cabildo[3]. El capitán Beaver, que mandaba el *Acasta*, fué « tan fríamente recibido por el gobernador como bien acogido por la población[4] ». Se negó Casas a prestarse a la presa de la corbeta francesa anclada en aguas de La Guayra. Hasta declaró al oficial inglés que el comandante de la fortaleza recibiría orden de hacer fuego sobre su navío si intentaba éste apoderarse del *Serpent*[5].

Fué menester el fracaso de las armas francesas en España para modificar estas disposiciones. Y, aun así, las autoridades coloniales renunciaron a ellas, movidas sobre todo por el temor que les inspiraban los progresos de la propaganda liberal. El movimiento lealista se orientaba en una vía cada vez más peligrosa para el mantenimiento de

1. Gobernador de Quito de 1808 a 1812.
2. Carrasco (Francisco Antonio García), gobernador y capitán general de Chile, de 1812 a 1816.
3. Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, *op. cit.*, p. 46.
4. Informe del com[te] Beaver, 18 de julio de 1808. R. O. *Admiralty Leewards Islands*, 321.
5. *Id.*

la dominación española ; y la tenacidad con que los cabildos reclamaban la constitución de juntas municipales inspiraba legítimas alarmas a la clarividencia de los virreyes. Sabido es que esta forma de gobierno, que les despojaba de su autoridad. no era nueva. Esta vez, parecía sin duda inspirada por un exceso de adhesión a la madre patria, y el establecimiento de las juntas provinciales en España legitimaba la conducta de los Sudamericanos en este sentido; pero el papel tradicional de los cabildos en las tentativas de sublevaciones coloniales era un precedente que los gobernantes de ultramar temían, con justo motivo, ver reaparecer en las circunstancias críticas que arreciaban en aquel momento. Tampoco podían olvidar la altanera independencia con que la Junta de notables de Buenos Aires, constituída a raíz de la liberación de la ciudad, había entregado el poder a Liniers y destituído a Sobremonte.

Además, los liberales contaban con poderosas influencias en los cabildos y las utilizaban con habilidad. Partidarios convencidos, al parecer, de Fernando el Deseado, estaban tan resueltos como nunca a no guardarle fidelidad, y acechaban en secreto el momento favorable en que, desposeído éste, pudieran ellos realizar sus planes. Con incansable vigilancia seguía Miranda dirigiendo la acción de los criollos en todas las provincias de América, y les enviaba con regularidad instrucciones categóricas. Les escribía : « La España ahora sin soberano, y en manos de diversas parcialidades, que reunidas unas á los Franceses, y otras á la Inglaterra, procuran por medio de una guerra civil sacar el partido que mas convenga á sus vistas particulares, es natural procure atraernos cada cual á su partido... Suplico á Vss. muy de veras, que reuniéndose en un cuerpo municipal representativo tomen á su cargo el gobierno de esa provincia : y que enviando sin dilación á esta capítal personas autorizadas y capaces de manejar asuntos de tanta entidad, veamos con este gobierno lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo... De ningún modo conviene se precipiten Vss... Sírvanse igualmente... enviar copia de este aviso á las demás provincias limítrofes... á fin que haciendo el debido uso, marchemos *unánimes* al mismo punto; pues con la *desunión*

solamente correrá riesgo, á mi parecer, nuestra salvación é intereses[1] ».

Sin embargo, la comunidad de acción preconizada por Miranda distaba mucho de ser rigurosamente observada. Los campeones de la independencia se habían dividido en dos partidos cuya opinión difería acerca de los medios de realizar el proyecto que, no obstante, todos deseaban.

El « poder supremo de España y de las Indias » había sido transferido, el 25 de septiembre de 1808, a la Junta Central de Aranjuez, de origen más popular que la que le había precedido. Uno de los primeros actos de la nueva asamblea había sido el proclamar que « los vastos y preciosos dominios que la España posee en las Indias no son propiamente colonias, o factorías, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española ». Érales concedida, para lo sucesivo, « una representación nacional e inmediata[2] ». Pero, al dar a las Colonias este testimonio de su agradecimiento por los socorros que acababan de enviar a la metrópoli, la Junta Central se mostraba parsimoniosa : en tanto que los 10 a 12 millones de Españoles de la Península habían de ser representados por 36 diputados, toda Sudamérica, con sus 15 millones de habitantes, sólo 12 diputados obtenía. Debían éstos ser escogidos y designados por las autoridades coloniales.

Aun así, la medida pareció suficiente a muchos criollos que veían, en el acceso a estas inesperadas prerrogativas, un primer paso hacia la autonomía definitiva. Comprendían que la renuncia de la dinastía borbónica había roto todo lazo entre España y América, y se sabían a salvo de las acometidas de Napoleón. Así pues, la independencia se preparaba por sí misma, y se realizaría tan sencillamente como se había efectuado la del Brasil desde que sus antiguos monarcas se habían establecido en él[3]. Hasta movió este ejemplo a ciertos miembros de la oligarquía criolla en

1. Londres, 24 de julio de 1808. Carta a los cabildos de Caracas, Buenos Aires, Méjico, Santa Fe, Quito, La Habana, etc. R. O. *Foreign Office*, Spain, 89. — Becerra, *op. cit.*, t. II, p. 504, y Mitre, *Historia de San Martín*, t. I, p. 50.

2. Decreto de 22 de enero de 1809. D. II, 368.

3. Cf. Gervinus, *Histoire du XIXe siècle*, *op. cit.*, t. VI, p. 83.

Nueva Granada, en Chile, en el Perú, y sobre todo en la Plata, a entrever la posibilidad de establecer monarquías independientes, de forma constitucional, a cuya cabeza serían llamados soberanos de la familia desposeída por Napoleón. Los jóvenes liberales de Buenos Aires, que reconocían por jefe a Belgrano, aceptaron presurosos este proyecto que estuvo a punto de realizarse a favor de la infanta Carlota, hermana de Fernando VII, esposa del príncipe regente de Portugal y del Brasil, conocido más tarde con el nombre de Juan IV[1]. Pero las pretensiones de la princesa, las intrigas del ministro de Inglaterra en Río de Janeiro, lord Strangford, y el giro tomado por los acontecimientos de la Península determinaron a los patriotas a abandonar la empresa.

En oposición a este partido moderado cuyas versatilidades y cuya incertidumbre no habían dado aún con su verdadero camino, el comité, menos numeroso pero resuelto, de los liberales « irreducibles » proseguía con firmeza su propaganda. Tenía su equivalente en España en aquel « reducido grupo de preclaros espíritus » cuyos hábiles manejos eran señalados a Champagny por el agente imperial La Forest[2], quien sabía muy bien, según la expresión de un historiador, que « las cintas y las escarapelas no constituyen un resistente bozal para el monstruo democrático desencadenado. Aquellos ambiciosos, que se creían llamados a desempeñar los principales papeles en el teatro político cuyo escenario y cuyo decorado hubiesen recordado al Versalles de 1789, excitaban que se formase una Junta Suprema en Madrid, con la secreta idea de reunir los elementos de una Constituyente, quizá de una Convención, para luego encaminarla hacia sus miras, con ayuda de clubs cuyo núcleo existía ya[3] ». Tal era precisa-

1. V. Mitre, *Historia de Belgrano*, *op. cit.*, t. I, cap. vi.

2. La Forest a Champagny, 25 de agosto de 1808, *Arch. des Aff. Etr.*, V, 676.

Grandmaison, *L'Espagne et Napoléon*, *op. cit.*, p. 323.

3. Confesión que se le escapó al mismo José Domingo Díaz, consejero de la Audiencia y uno de los adversarios más violentos y más encarnizados de los « patriotas » de Caracas. « Allí por la primera vez, dijo, se vió una revolución tramada y ejecutada por las personas que más tenían que perder : por el Marqués del Toro, y sus hermanos Don Fernando y Don José Ignacio, familia de las principales,

mente la táctica de los « espíritus preclaros » sudamericanos en casi todas las capitales coloniales, de los liberales venezolanos sobre todo, imbuídos más que los demás de las tradiciones de la Revolución francesa, y que hacían pedir con ruda instancia, por el cabildo, el establecimiento de una « Junta Gubernativa de Caracas ». Mientras que los liberales de Madrid obraban con un fin egoísta y personal, los de Caracas obedecían a sentimientos elevados y generosos.

A comienzos de 1808 se habían organizado en una sociedad secreta que desde aquel momento tuvo vara alta sobre el movimiento revolucionario. Una de las estancias de Bolívar, en las inmediaciones de Caracas, servía de sitio de reunión [1], y allí fué dónde, semanas antes de la llegada de los emisarios del gobierno imperial, Salias, Pelgrón, Montilla, Rivas, y algunos otros, se dieron cita para designar un jefe. La candidatura de Simón Bolívar, presentada por su hermano Juan Vicente, estuvo a punto de triunfar, pero sobrevino desacuerdo entre los votantes [2]. Sin embargo, la influencia de Bolívar parece haber sido preponderante sobre las iniciativas hábiles, firmes y decisivas de aquel

de grandes riquezas, que merecía la primera estimación de todos los mandatarios, y que llena de un orgullo insoportable se creía y se tenía por superior á los demás : por Don Martín y Don José Tovar, jóvenes hijos del conde del mismo nombre, é individuos de la casa más opulenta de Venezuela : por Don Juan Vicente y Don Simón de Bolívar, jóvenes de la nobleza de Caracas, el primero con 25 000 pesos de renta anual, y el segundo con 20 000 : por Don Juan José y Don Luis de Rivas, jóvenes parientes de los condes de Tovar, y de riquezas muy considerables : por Don Juan Germán Roscio, Don Vicente Tejera y Don Nicolás Anzola, abogados que gozaban la estimación de todos sus conciudadanos : por Don Lino de Clemente, oficial retirado de la marina española, y altamente considerado de todos : por Don Mariano Montilla, antiguo guardia de corps de S. M., y su hermano Don Tomás, los jóvenes de la moda, y los individuos de una casa, la primera en el lujo y esplendor : por Don Juan Pablo, Don Mauricio y Don Ramón Ayala, oficiales del batallón veterano, estimados universalmente por la honradez de su casa y por el lustre de sus mayores, y por otros pocos de las mismas ó casi iguales circunstancias. Allí no tuvieron la principal parte ni representaron el principal papel los hombres de las revoluciones, los que nada tienen que perder, los que deben buscar su fortuna en el desorden, y los que nada esperan del imperio de las leyes, de la religión y de las costumbres... » *Recuerdos*, etc., p. 21.

1. Larrazabal, *Vida de Bolívar*, *op. cit.*, p. 41.
2. Cf. Mosquera, *Memorias*, *op. cit.*, p. 15.

grupo que, cada vez más, daba muestras de su aptitud en sacar partido de los acontecimientos y de la psicología de las masas populares.

Todavía estaban los oficiales del *Serpent* en el camino de La Guayra a Caracas, cuando acude Bolívar a la ciudad y reúne a sus amigos en casa de Rivas, situada a dos pasos del palacio del gobernador; les entera Bello de lo que acaba de ocurrir, y, « aquella juventud sediciosa que ignoraba aún el arte de rebelarse y quiso prácticamente aprenderlo[1] », se esparce en seguida por las calles, avisa a los afiliados al cabildo, y se sujeta « a representar un papel diametralmente opuesto a sus proyectos y aspiraciones[2] ». Se le ve arengar a la muchedumbre, convencerla, desencadenarla, dictarle sus movimientos, apartarla del barrio en que se han refugiado los Franceses, arrastrarla hacia palacio, apuntarle sus vivas y sus aclamaciones.

Dos días después, siempre por Bello, a quien, por desconfianza, hacen quitar su puesto de secretario los consejeros del capitán general, saben los jóvenes liberales las palabras que mediaron entre Casas y el capitán inglés Beaver, y las vacilaciones y angustiosas dudas del gobernador... Pide entonces el cabildo la formación de una « Junta Gubernativa para la provincia de Caracas a imitación de la de Sevilla », y Casas, el 18 de julio, se deja arrancar su consentimiento.

En esto, llega a La Guayra (5 de agosto) el delegado de la Junta Suprema, D. José Meléndez Bruna, y el gobernador cambia de parecer. Pero los patriotas, que, merced a Dionisio Sojo, Nicolás Anzola, Silvestre Tovar, José María Blanco e Isidoro López Méndez[3] disponen de la mayoría en el cabildo, incitan a la asamblea a que renueve sus instancias. Uno de los conjurados denuncia sus maniobras, y algunos son arrestados. La casa de recreo de

1. « Sucesos cuya verdad obscurecida por el interés de muchos, me fué descubierta cuando vuelto á mi patria me lo refirieron los principales sediciosos comprendidos en ellos », añade Díaz. *Recuerdos*, etc., p. 9.

2. *Id.*

3. Méndez formó parte de la embajada venezolana que, al año siguiente, fué enviada a Londres (v. cap. siguiente).

Bolívar está vigilada por la policía, y las reuniones se efectúan en la de Rivas. El cabildo multiplica las « representaciones al capitán general ». Los patriotas son traicionados una vez más. Cediendo a escrúpulos que su conciencia habrá de reprocharle más tarde, el marqués del Toro entrega al gobernador las instrucciones secretas de Miranda[1]. Bolívar y sus amigos no parecen por ningún sitio, pero siguen más acérrimos que nunca. Ahora, las « primeras notabilidades » unen sus solicitudes a las del cabildo[2]. La efervescencia gana al pueblo. Desconcertado, el gobernador ve flaquear el lealismo del sentimiento general. Las vehementes predicaciones del clero, la propaganda de los miembros de la Audiencia parecen no hallar ya eco en la habitual sumisión del pueblo.

A pesar de las órdenes de la Junta Suprema, estrictamente observadas por las autoridades coloniales, « que mantuviesen a los pueblos en una perfecta ilusión, ocultándoles todas las noticias que pudieran descubrir el verdadero estado de la Península[3] », emisarios que burlan la vigilancia de las autoridades esparcen las noticias de España. Ahora se sabe que a los primeros reveses suceden las victorias, que Napoleón ha entrado en Madrid, que en todas partes reinan la desorganización y la discordia, y que las Juntas sucesivas, cuyos delegados van llegando unos tras otros, no logran hacerse respetar. Cada uno de aquellos delegados « acudía a solicitar la sumisión y los socorros de los fieles súbditos de América ». Pero hacía demasiado tiempo que aquellos pueblos estaban abrumados de impuestos, y, además, hondamente removidos por los partidos sucesivos, por todo lo cual eran una presa fácil para quien supiera, llegado el momento, dar pruebas de energía y decisión.

« Si el restablecimiento de los Borbones tardara demasiado en efectuarse, creo poder afirmar, escribe el capitán

1. Carta de la Junta Suprema acusando al capitán general de Caracas recibode dichos documentos. Sevilla, 22 de marzo de 1809. **D.** II, 371.
2. Representación de las primeras notabilidades de Caracas a S. E. el capitán general, 22 de nov. de 1808. **D.** II, 360.
3. Oficio de la Junta Suprema a los virreyes, capitanes generales, 1º de nov. de 1808, citado por Larrazabal, *op. cit.*, p. 43.

Beaver a su salida de Caracas, que los habitantes de este país se darán a sí mismos la independencia[1]. » Esto es igualmente cierto respecto del resto de América. La Revolución es un hecho en todas las conciencias, y aquellos que se han asignado por misión el proclamar su advenimiento y asegurar su triunfo se hallan, en todas partes, en su puesto de combate.

1. Julio de 1808. R. O. *Admiralty Leewards Islands*, nº 329.

CAPÍTULO III

1810

Los ecos de la derrota de Ocaña y de la toma de Gerona, que tan desastrosamente terminaban para los Españoles la campaña de 1809, repercutieron en el Nuevo Mundo cual toque fúnebre de la monarquía. Los desfiladeros de la Sierra Morena se abrían ante los ejércitos franceses, dueños ya de Andalucía. José había efectuado su entrada triunfal en Madrid. La Junta Central de Sevilla, reunida el 29 de enero de 1810 en la isla de León, decidió su inmediata disolución y resignó sus poderes en manos de un consejo de regencia hipotético. « *¡España ha caducado!* » Tal fué la palabra que sirvió de señal de reunión a los criollos y la que les animó a lanzarse a la acción [1]. Parece ser que Dumouriez escribió por entonces : « La Revolución en estos imperios está ya escrita en los libros de la Providencia : será francesa, o inglesa, o americana [2] ».

Si en Europa podían quedar algunas ilusiones acerca de los verdaderos destinos del gran movimiento que se preparaba del otro lado de los mares, ya no eran dudosos dichos destinos, dada la situación de los partidos en presencia. Los crueles descalabros de la guerra de España van a obligar a Napoleón : primero a aplazar y luego a renunciar a toda empresa que interese las Colonias. A veces, en el transcurso de su trágica carrera, exasperado por la furiosa resistencia de los súbditos de su hermano, detrás de la cual adivina primero, y descubre poco después, el implacable y tenaz esfuerzo de los Ingleses, el Emperador

1. Cf. Mitre, *Historia de Belgrano*, t. I, cap. ix.
2. *Mémoires et Correspondance inédits du général Dumouriez*, 1834, en 8° Paris, 2 vol., t. II. p. 480, apócrifos o arreglados según Michaud, su contemporáneo (*Biographie*).

medita todavía colosales expediciones marítimas « que producirán espanto en Inglaterra porque amenazarán todas sus colonias : 30 000 hombres se apoderarán de Jamaica y, en caso de necesidad, invadirán las costas americanas en que florece el contrabando enemigo[1] ». Pero, tales combinaciones eran abandonadas casi tan pronto como imaginadas, fugaces resplandores de un rayo cuyo alcance era más reducido. Inglaterra se libra fácilmente de sus iras. Como premio de la alianza que, entonces, impone ella a los Españoles, se esfuerza en arrancarles un tratado que le reconozca oficialmente las ventajas económicas de que ya está ella beneficiando en las Colonias españolas. Dueña absoluta en este terreno, único que para ella tiene valor, podrá con toda tranquilidad extender y reglamentar a su antojo los progresos que le sea posible efectuar en ellas : la tienen harto al corriente los informes de sus agentes, y está demasiado escarmentada por los duros experimentos de los años anteriores, para no limitar a esto su ambición. No obstante, en América, los varios elementos que han de tomar parte en la insurrección están firmemente resueltos a entablar la lucha. Todo hace, pues, prever que la Revolución terminará a favor de los Americanos.

Recogiendo en su conciencia el sentimiento algo borroso del pueblo, los *liberales* se hallan en la vanguardia. Bajo este apelativo convencional de *liberales* hay que comprender : primero, la casi totalidad de los *criollos* : abogados, médicos, literatos, profesores; oficiales de las milicias coloniales, habiendo, algunos de ellos, comenzado por servir en los regimientos de Cataluña o de Castilla; empleados y funcionarios; dueños de fincas rurales. Luego, entre los *mestizos*, el bajo clero seglar, casi todo él de origen plebeyo, los dueños de fincas de menor cuantía, los artesanos de las ciudades. Y, por fin, las mujeres, « las mujeres de ese mundo exuberante en todo », a quienes la historia de la emancipación sudamericana « habrá de con-

1. Cartas o proyectos de cartas del Emperador a Alejandro, a Caulaincourt, a Federico Augusto de Sajonia, enero-febrero de 1809. V. SOREL, *L'Europe et la Révolution*, t. VII, lib. I, cap. v.

sagrar, para ser justa, — según dicho de J. M. Samper[1]. — las mas hermosas é instructivas páginas ».

La mujer sudamericana, a más de la belleza, la lindeza o la gracia casi universales, posee cualidades sumamente atractivas y serias. Una gravedad matizada de tristeza bajo una expansiva jovialidad, una imaginación ardiente, generosa, sentimental, que ejerce un imperio que desde la infancia se afirma y que padre, madre, tutor, hermano o marido le reconocen gustosos, sabe merecer de cuantos la rodean un respeto tierno y elevado. « No sé si es influencia del ambiente de la tierra americana — observa al describir a las Colombianas un viajero en quien hay también un psicólogo[2] — o corolario lógico de ese espíritu de emancipación, de ese esfuerzo hacia la generación del porvenir... primero como dispensadora de amor, luego como vestal de la llama religiosa en el seno de la familia... no lo sé, pero creo que la mujer de este país, cuando menos hasta la viudez, tiene más verdadera influencia y más acción que la de Europa, una autoridad oculta más soberana ». Y no es esto menos verdad respecto de las finas Mejicanas, de las apasionadas Peruanas, de las ingeniosas Chilenas o de las esculturales Argentinas : de todas las Sudamericanas, en fin, cuya exclusiva preocupación, mientras se elaboraban los destinos nacionales, fué la de grabar en lo más profundo del corazón de sus hijos este sentimiento, tan vivo en ellos desde entonces, y tan poderosamente característico : la « mezcla de ternura y de melancolía[3] » llamada el amor patrio.

En efecto, adictas desde los comienzos a la idea de independencia, las criollas no tardarán en ganar a su ejemplo a sus hermanas más humildes; unas y otras mostrarán idéntico y sublime arranque : serán las educadoras decisivas, las compañeras incansables, las frenéticas amazonas, y, a veces también, las « libertadoras de los libertadores ». Con la complicidad y bajo el amparo de

1. *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, etc., *op. cit.*, cap. x, p. 161.
2. Pierre d'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle-Grenade*, Paris, 1901.
3. La expresión es de Chateaubriand, *Essai sur les Revolutions*, cap. ix.

las patricias de Quito, de Santa Fe, de Caracas, se organizan las conspiraciones. Una vez iniciada la Revolución, las Americanas ofrecerán a los patriotas sus bienes y su fortuna, cual hizo Doña Gregoria Pérez, quien escribía a Belgrano, jefe de las tropas de la Junta de Buenos Aires : « Pongo á la orden y disposición de V. E. mis haciendas, casas y criados, desde el río Feliciano hasta el puesto de las Estacas, en cuyo trecho es V. E. dueño de mis cortos bienes, para que con ellos pueda auxiliar al ejército de su mando, sin interés alguno[1] »... Estalla la guerra, y las Americanas envían sus esposos, sus hijos a la batalla; aceptan y sufren, con la más admirable abnegación, la soledad, la pobreza, el destierro; en fin, se ofrecen ellas mismas en holocausto, y Policarpa Salabarrieta[2] ocupa un puesto en el Panteón sublime de las heroínas de la patria.

Mientras, en la retaguardia de los ejércitos de la Independencia vemos formarse esa cohorte sorprendente — y desde entonces tradicional, en ciertas regiones del Nuevo Mundo, — de las *Juanas*, mujeres o compañeras del soldado, llevando a la espalda — andamiaje pintoresco y enternecedor — la poca ropa, algunos malos platos y pucheros, alguna olla, que componen el ajuar de la choza abandonada; con frecuencia también, al chiquitín medio desnudo, nacido a orilla del camino, « ayudando, proveyendo de alimentos, sacudiendo con su alegría y su abnegación el cansancio, el hambre y sed de la etapa, dando, con el resto de juventud que les queda, un poco de amor a su compañero, un poco de leche a su pequeño, hasta exponerse a morir, hasta el frente de la batalla, curando la última herida, arrancando el fusil que en las manos crispadas acaba de callarse, y vengando a sus muertos antes de caer ellas a su vez, con el arma

1. Mitre, *Historia de Belgrano*, t. I, p. 271.
2. Nació en Guaduas (provincia de Cundinamarca, Nueva Granada) en 1797. Conspiró contra el régimen español restaurado en Nueva Granada en 1816, y fué ejecutada en Santa Fe por orden del general Sámano, el 17 de noviembre de 1817. Dió pruebas de gran valor, y su muerte motivó el levantamiento general que dió por resultado la independencia definitiva.

a la cadera, sobre el cadáver del hombre amado[1] »...

Aunque la mayoría de los liberales no sospechaban siquiera horas tan trágicas, había cuando menos una noción que les era común : la de la oportunidad de poner por fin término a su estado de siervos. El principio secular, y de todo tiempo invocado por los representantes del rey de España en las provincias Americanas, según el cual formaban éstas otros tantos dominios agregados a la Corona, había, en efecto, cesado de tener valor alguno desde que ya no había monarca legítimo en Madrid. Así pues, la soberanía de las provincias correspondía a sus habitantes, cual resultaba además de las numerosas proclamas de las Juntas europeas.

Esta fué precisamente la tesis que, de común acuerdo, los jefes del movimiento liberal propagaron desde fines del año 1809. Esta tesis permitía, no sólo contestar a la objeción de los partidarios, harto visiblemente interesados, de la dominación peninsular, sino que ofrecía además la ventaja de calmar los escrúpulos de algunos criollos vacilantes aún, y, en fin, suministraba un argumento decisivo para combatir el lealismo, por cierto bastante en baja, de los pueblos. De modo que, la victoria de los liberales había de quedarles legalmente asegurada si la dinastía napoleónica se afirmaba en la Península; y si volvían a ocupar el trono los Borbones, — hipótesis poco probable, y, en todo caso, lejana, — el rey legítimo se vería, ante el hecho consumado, impotente para derribar el nuevo orden de cosas. Sin duda que el consejo de regencia iba a prescribir a las autoridades coloniales que hiciesen valer a los ojos de los habitantes los beneficios de la representación directa en las asambleas metropolitanas, recién decretada por la Junta Central; pero nadie en América se dejaría ya seducir por el cebo de una concesión tardía y que resultaba irrisoria. Acerca de esto, ningún trabajo les costó a los liberales persuadir a aquellos de sus congéneres, aun a los más moderados, que formaban parte de los cabildos.

Sostuvieron con éxito que América había cumplido sobradamente con sus deberes hacia la metrópoli, al res-

1. Pierre d'Espagnat, *op. cit.*

ponder con tanto brío a los llamamientos de la Junta Suprema, y contribuído con bastante generosidad a socorrerla, para no haber ganado el derecho de no pensar ya más que en sus propios intereses : « Disuelta la monarquía y perdida la España, nos hallamos, dirá uno de los protagonistas de la Emancipación [1], en el mismo caso en que estarían los hijos mayores despues de la muerte del padre común. Cada hijo entra en el goce de sus derechos, pone su casa aparte y se gobierna por sí mismo ».

Unánimes en su intención de romper con España, los liberales lo fueron también en la elección del medio que había de conducirles a ello. En este instante, que podríamos llamar psicológico, todas las disensiones se acallan, todas las voluntades se coaligan. Tan perfecto es el concierto, tan completa la armonía, que, a pesar de los obstáculos naturales que aíslan unas de otras las vastas regiones del continente inmenso, simultáneamente, y en toda su extensión, vamos a presenciar la explosión revolucionaria. Los promotores de la insurrección pertenecen, en cada sitio, a las mismas clases sociales; hallan en los cabildos igual y poderoso punto de apoyo; las Juntas populares se organizan del mismo modo, adoptan análogos procedimientos; sus reivindicaciones son motivadas por el mismo estado de cosas, traducen idénticas aspiraciones, idénticas preocupaciones; la actividad, el ardor, las pasiones son los mismos en todas partes [2].

Con tal motivo, se ha podido observar que la Revolución estaba entonces « en la lógica del tiempo y de los antecedentes, en las necesidades de la situación, en todos los espíritus... que era una evolución de la civilización [3] ». Aun así, no es menos cierto que las antinomias resultantes de la desemejanza de las condiciones geográficas y hasta políticas particulares a los colonos españoles, sus rivalidades intestinas y de castas, la extremada dificultad o la ausencia de todo medio de comunicación recíproca, habrían

1. Carta de Camilo Torres a D. Ignacio Tenorio. Santa Fe, 29 de mayo de 1810. *Repertorio Colombiano*, 1884, y Becerra, *Vida de Miranda*, t. II, p. 55.

2. Cf. Samper, *Ensayo*, etc., cap. x.

3. Cf. Samper, *Ensayo*, etc., cap. x, p. 165.

debido contrariar, si no imposibilitar, la espontaneidad, la precisión de conjunto, características evidentes del movimiento revolucionario. Así pues, quedarían éstas inexplicables, de no admitir la intervención de una voluntad superior y directora.

A Miranda corresponde este papel, papel cuya magnitud, unida a la habilidad que fué necesaria para desempeñarlo, hacen del Precursor un tramoyista épico. En la penumbra en que, en acecho durante tantos años parece querer dejarle la Historia, sin duda por la costumbre que tiene de verle así, Miranda había sido el autor invisible del formidable prólogo, en punto ya para ser representado en cada una de las escenas del inmenso teatro cuyo conjunto abarcaba él con sólo una ojeada. Su largo apostolado, sus geniales intrigas, las instancias de continuo repetidas, durante un cuarto de siglo, en todas las cancillerías, y contrariadas siempre por las defecciones y la mala fortuna, las furtivas apariciones efectuadas por él en las costas de América, sus incansables paciencias, tenían por fin, esta vez, el resultado perseguido.

Sólo de una manera imperfecta conocemos el método complejo empleado por Miranda en la elaboración subterránea de aquella obra magna; pero sabemos lo bastante acerca de ciertos trabajos del Precursor para reconocer, en las realizaciones de sus mandatarios, su universal instigación. El principal instrumento de propaganda de que se sirvió parece haber sido, en efecto, la vasta asociación secreta que, hacia 1797, fundó él en Londres, y cuyo papel fué considerable sobre los destinos de la Emancipación.

Iniciado en las prácticas de la Francmasonería en una época en que los dogmas igualitarios de que ella se inspira comenzaban a socavar los cimientos del Antiguo Mundo, Miranda había asistido, y contribuído por sí mismo, a los prodigiosos comienzos de aquel cambio radical. Desde aquel momento, el antiguo compañero de los *filadelfos* ambicionó formar una legión de adeptos que a su vez esparcieran en Sudamérica las luces del nuevo espíritu. Tomando modelo sobre la organización de las sociedades de los *iluminados*, reunió en torno de él a todos aquellos de entre sus compatriotas a quienes animaban las mismas

esperanzas, y se instituyó Gran Maestre de una « Logia Americana ».

La asociación, modesta al principio, no tardó en agrupar a la totalidad de los criollos que acudían a Europa para perfeccionar su educación o para ayudar a la Revolución. Dicha Logia tuvo filiales en París, en Madrid, con el nombre de « Junta de las ciudades y provincias de la América meridional »; en Cádiz, con el de « Sociedad de Lautaro » o de los « Caballeros racionales ». Los criollos afluían a Cádiz, su principal puerto de llegada, motivo por el cual fueron muy numerosos los « Caballeros racionales », sobre todo en 1808, año en que, según documentos publicados por primera vez por el señor Mitre [1], hasta contaban, entre sus adherentes, a varios miembros de la aristocracia española. Sin embargo, de Londres era de donde salían las órdenes del « Supremo Consejo » para las logias continentales. El *taller* se hallaba en la casa de Grafton Square, en donde, hasta en 1810, Miranda dió personalmente la *luz* a todos los apóstoles de la Revolución americana.

O'Higgins [2], Montúfar y Rocafuerte [3], de Quito: del Valle, de Guatemala; Monteagudo [4], del Perú; Caro, de Cuba; Servando Teresa Mier [5], de Méjico; Carrera, de Chile [6];

1. Mitre, *Historia de Belgrano*, t. II, cap. XXIV, e *Historia de San Martín*, introducción.

2. O'Higgins y Riquelme (Bernardo), el gran patriota chileno, nació en Chillán el 20 de agostó de 1776, falleció en Lima el 24 de agosto de 1842. — V. Vicuña Mackenna, *Vida de O'Higgins*, t. I, p. 130.

3. Rocafuerte (Vicente), nació en Guayaquil en 1783, falleció en Lima en 1847. Diputado de la provincia de Guayaquil en las Cortes españolas de 1812. Pasó luego a Méjico, y, de 1824 a 1830 fué sucesivamente secretario de legación, y ministro de Méjico en Londres. De regreso a su país, fué presidente de la República del Ecuador, de 1834 a 1839.

4. Monteagudo (Bernardo), nació en Tucumán en 1787, asesinado en Lima en 1825. Tomó parte en las sublevaciones de 1809 y 1810. De 1818 a 1821, fué auditor de guerra con el general San Martín. En 1821, habiéndose este proclamado Protector del Perú, nombró a Monteagudo ministro de la guerra y de la marina. En 1822, tomó la cartera de Relaciones Exteriores, desempeñando este cargo hasta su muerte.

5. Abogado mejicano, diputado en las Cortes de 1812.

6. Carrera (José Miguel). Primer presidente de la República de Chile; nació en Santiago en 1785; fusilado en Mendoza el 4 de septiembre de 1821.

Mariano Moreno[1], de la Plata, desfilaron sucesivamente ante el Precursor, llevando luego la palabra de éste a sus patrias de origen. Bolívar acudió también a renovar ante el Gran Maestre el juramento pronunciado hacía poco, así como Nariño, en Cádiz, cuando su segundo viaje a Europa. San Martín fué asimismo iniciado en Londres, en 1811, con Alvear[2] y Zapiola[3], sus compatriotas, en Grafton Square[4] también, de donde acababa de salir Miranda, dejando allí instalados, como pronto veremos, a los diputados de Caracas.

San Martín, Alvear y Zapiola, los tres principales protagonistas de la emancipación de las provincias de la Plata, fundaron al año siguiente, en Buenos Aires, la célebre « Logia de Lautaro », la cual sirvió de fermento decisivo para la Revolución argentina, y de paladio para sus discordias. La Logia de Lautaro fué, en realidad, la sola asociación de este género en la América del Sur. Pero, si bien no había logrado el Supremo Consejo encender otros focos aparentes en las Colonias, contaba allí, no obstante, con un verdadero ejército de adeptos aislados en quienes subsistía, inextinguible, alguna chispa del fuego sagrado de Miranda.

Además, aunque el Precursor hubiese inspirado sólo a Bolívar, a San Martín y a O'Higgins, bastaría esto para justificar el título de *Padre de la Independencia*, que, en su tardía gratitud, le prodigan hoy día los Sudamericanos.

1. Nació en Buenos Aires en 1778; murió en 1811. Doctor en leyes en 1800 en la ciudad de Charcas (Alto Perú), ejerció en ella su profesión de abogado, y regresó a su ciudad natal en 1805, para ejercer la abogacía. Después de un viaje a Europa, fué uno de los jefes de la revolución argentina. Redactó luego la *Gaceta de Buenos Aires*. Encargado de una misión a Inglaterra, falleció en la travesía.

2. Alvear (Carlos María), nació en Buenos Aires. Fué Director de las provincias Unidas de la Plata en 1815. En 1824, desempeñó una misión en Inglaterra y en los Estados Unidos. En 1827, mandó las fuerzas argentinas que derrotaron al ejército imperial brasileño en Itusaingo. Murió en Montevideo.

3. Zapiola (José María), nació en Buenos Aires en 1780, y allí falleció en 1874. Tomó parte en los acontecimientos más gloriosos de la guerra de la Independencia, sobre todo en las batallas de Chacabuco y de Maypú.

4. *Recuerdos del General Zapiola*, citados por Mitre, *Historia de San Martín*, t. I, cap. II.

Pues, no son sólo los esfuerzos directos, y, si así puede decirse, concretos, de Miranda, los que determinaron el nacimiento de la Independencia americana : su pensamiento mismo, al presidir el nacimiento de las nuevas nacionalidades, va a perpetuarse en este gran acontecimiento. Y, la victoria consagrada por este acontecimiento, es, la de la *Revolución* propiamente dicha — de la cual ha de ser considerado Miranda, en el Nuevo Mundo, como siendo su representante y su personificación misma — sobre los principios seculares del *Antiguo Régimen*.

Y no han de tardar, los iniciados de la Gran Logia Americana y sus prosélitos, no han de tardar en ver ligarse contra ellos todas las fuerzas del absolutismo : los negociantes canarios o gallegos, poseedores de privilegios, la Inquisición, las dignidades eclesiásticas, los consejeros de las Audiencias, en quienes sobrevivió todo el empaque de la vieja España rígida y doctrinal, y que fueron los últimos en desarmar.

Cuando la lucha haya pasado de lo que podría llamarse la fase teórica — y a los liberales cumple la honra de haberse obstinado en circunscribir a ella la declaración de sus « derechos » — a la fase guerrera, los dos grandes principios en antagonismo se precisarán, cada uno con su carácter esencial, y el espíritu de Miranda, armando el brazo de los libertadores, y triunfando aún de sus incertidumbres constitucionales, se afirmará en el radiante advenimiento de las Repúblicas latinas.

II

El pueblo en su conjunto, árbitro supremo de la lucha que pone frente a frente a los partidarios de la educación revolucionaria y a los de la tradición conservadora, y cuya adhesión van a disputarse con saña unos y otros, el pueblo se halla entonces, casi en todas partes *dinamizado*, en cierto modo. Las aspiraciones atávicas lo trabajan sordamente, acabando de despertar en él los instintos de rebelión y de motín, anunciadores del sentimiento de independencia nacional que, no obstante, había de tardar en

manifestarse claramente, y más aún en desechar sus primeras incertidumbres.

Pero consideradas en el detalle de su conjunto, las clases inferiores se muestran muy desigualmente dispuestas. Los pueblos mestizos del campo serán más inasequibles al liberalismo en las regiones montañosas y de *tierra fría*, que en los países de *tierra caliente* o en los llanos; los *llaneros* de Venezuela, cuya intervención decidió de la suerte de las guerras de la Independencia, se dejaron ganar mucho más pronto que los habitantes semiindios de las regiones de Cuzco, en el Perú, o de Pasto, en Nueva Granada[1]. Los negros esclavos, incapaces, por su estado, de decidirse, con conocimiento de causa, por uno u otro de los competidores, se verán alistados, alternativamente, en cada uno de los campos contrarios, según que la victoria favorezca o traicione a sus amos. Pero la hostilidad al principio revolucionario es el sentimiento dominante en la mayoría de la plebe americana. La corriente lealista, cuyas vibraciones se atenúan en la superficie del cuerpo social, penetra precisamente las capas profundas, y en ellas se impregna con tanta más fuerza cuanto que son las últimas heridas, razón por la cual se prolongan en ellas dichas vibraciones.

Por estos motivos, los liberales habrán de maniobrar con mucho tino y mucha cautela, a fin de no chocar bruscamente, desde los primeros momentos, con la opinión general, y no habrá que extrañarse de verles, en muchas circunstancias, recurrir a la astucia, y hasta a la duplicidad. Les veremos escudarse con Fernando VII, obrar en nombre de « sus derechos legítimos », en tanto que el soberano, desposeído y resignado definitivamente a su destronamiento se ha rebajado hasta el punto de felicitar al Emperador por sus victorias y de solicitar « la honra insigne » de obtener la banda de la orden creada en España por el jefe de la dinastía napoleónica[2]....

Cierto que el cabildo de La Paz se erigía atrevidamente, el 19 de julio de 1809, en « Junta Protectora de los Dere-

1. V. Samper, *op. cit.*, cap. x.
2. V. Hubbard, *Histoire coloniale de l'Espagne*, 1869, t. I, p. 249.

chos del Hombre », y proclamaba en un manifiesto que era « tiempo en fin. de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título. y conservadas con la mayor injusticia y tiranía...[1] ». Sin embargo, los patriotas de la ciudad de Charcas, entonces capital del Alto Perú[2], quienes, el 25 de mayo de 1809, fueron los primeros en alzar la voz en favor de la independencia; y los de Quito, el 10 de agosto siguiente, se dicen al mismo tiempo « resueltos a conservar a su rey legítimo y dueño soberano, aquella parte de su reino[3] », y declaran constituirse en « una Junta suprema que gobierne á nombre y como representante de nuestro legítimo soberano el señor Don Fernando VII. »

El capitán Salinas, que mandaba la infantería de Quito, encargado por los revolucionarios de asegurarse el concurso de los soldados, les dijo que su rey estaba prisionero en Francia, que las actuales autoridades de América querían entregar el país al enemigo común, y — refiere un testigo — terminó su arenga preguntándoles « si querían defender la causa de Fernando o convertirse en esclavos de Bonaparte. En seguida gritaron los soldados « ¡Viva Fernando VII! » « ¡Viva Quito[4]! » y corrieron al palacio del presidente. Lo era entonces el viejo conde Ruíz de Castilla, quien resignó dócilmente sus funciones y se dejó substituir por un patriota, el marqués de Selva Alegre. Selva Alegre tomó el título de presidente de la « Junta soberana », la cual, desde aquel momento, asumía el gobierno de la colonia.

Mas, sólo una existencia efímera tuvieron las nuevas Juntas. El general de Goyeneche, delegado de Sevilla, acababa de llegar al Perú, después de efectuada su misión en la Plata, cuando se produjeron las primeras explosiones.

1. Manifiesto de los patriotas de La Paz a los pueblos del Perú, *el 16 de julio* de 1809.

2. La Bolivia actual. Charcas fué, después, Chuquisaca; hoy, es la ciudad de Sucre.

3. La Junta Soberana al conde Ruíz, ex presidente de Quito, *el 10 de agosto de 1809*. D. II, 376.

4. V. Stevenson, *Relation historique et description d'un séjour de vingt ans dans l'Amérique du Sud*, etc., trad. del inglés por Sétier. Paris, 3 vol., 1826, t. III, p. 15.

El virrey de Lima, Abascal, nombró a Goyeneche gobernador de Cuzco, puso un cuerpo de tropas bajo sus órdenes, y pidió socorros a Buenos Aires y a Santa Fe. Los pueblos peruanos, los *cholos* sobre todo, « descendientes de mestizos y de indios, ejercitados en todos los oficios que requieren vigor y esfuerzos, y, por consiguiente, hombres facilísimos de arrastrar a una revolución[1] », no se hallaban más dispuestos a ella que los indios propiamente dichos. Goyeneche era un jefe capaz y enérgico. La represión fué inmediata. Los liberales de Charcas, abandonados por la opinión, fueron arrestados y condenados a muerte o a la deportación, en tanto que las tropas reales tomaban, sin dificultad, posesión de la ciudad (24 de diciembre).

Por otra parte, la llegada de los refuerzos de Lima, de Guayaquil y de Santa Fe aterró a los habitantes de Quito y descorazonó a los patriotas. El marqués de Selva Alegre desapareció a tiempo para substraerse a las despiadadas persecuciones que iban a arreciar sobre sus colegas de la « Junta » : Salinas, Morales, Quiroga y sus compañeros fueron condenados a muerte y encerrados en horribles calabozos, en espera de la revisión de su proceso por la Audiencia de Santa Fe; el marqués de Miraflores murió de pena en su propia casa, que le servía de prisión.

Asustado por tales medidas, el cabildo de La Paz trató, a pesar de la oposición de los patriotas, de negociar con el virrey de Buenos Aires. Pero, en esto llegó Goyeneche (25 de octubre) ante las murallas de la ciudad, derrotó los escasos contingentes revolucionarios que por un momento habían pretendido oponerse a su paso, y Pedro de Murillo[2] pagó con su cabeza los atrevimientos del manifiesto redactado por él. Pudo, sin embargo, antes de morir, pronunciar estas proféticas palabras : « Yo muero, pero la tea que he encendido nadie la apagará ».

El deplorable resultado de estas tentativas prematuras habría podido recordar a los criollos de Buenos Aires y

1. Brackenridge, *Reise nach Südamerika*, Leipzig, 1826, citado por Gervinus, *op. cit.*, t. VI, p. 107.

2. Murillo (Pedro Domingo de) nació en La Paz hacia 1780. Desde 1805 tomó parte en los conciliábulos que prepararon la Independencia.

de Caracas la circunspección que más que nunca les aconsejaba Miranda, si por otra parte no hubiesen estado bien resueltos a resistir a los impulsos de un entusiasmo harto impaciente. Caracas y Buenos Aires, por ser los centros políticos y comerciales más considerables de las dos grandes subdivisiones del continente sudamericano, estaban designados para desempeñar el papel primordial y determinante en la emancipación futura. Tanto los caraqueños como los *porteños*[1] tenían cabal conciencia de tan alta misión. Se sentían los protagonistas de una revolución legítima que no esperaba, para imponerse al beneplácito universal, sino el haber alcanzado su luminosa madurez. Esto no quiere decir que se ilusionaran acerca de las disposiciones presentes de los pueblos. Sabían muy bien que no podrían forzar su sufragio sino sorprendiéndolo, por decirlo así, por un golpe que sonara y fuera al mismo tiempo un golpe maestro. Este golpe, Miranda lo había concertado desde larga fecha, y sus lugartenientes, puestos sobre aviso, estaban en espera de la señal convenida.

El brigadier Don Vicente de Emparán, designado por la Junta Suprema para las funciones de capitán general de Venezuela, había llegado a Caracas el 17 de mayo de 1809. Antes gobernador de la provincia de Cumaná, había sabido, por su cortesía, su bondad, su rectitud, ganarse la simpatía de todos, motivos por los cuales su elevación a la primera magistratura colonial fué igualmente bien acogida por los Españoles y por los criollos. Los Españoles se regocijaban de ver que D. Juan de Casas era substituído por un hombre virtuoso, estimado, y que sabría, sin duda, realzar el prestigio de su cargo; y, los criollos, fundaban precisamente grandes esperanzas en el espíritu de tolerancia que, según fama, animaba sobre todo el nuevo capitán general, y veían en esto una probabilidad de éxito para sus proyectos.

Sin embargo, ya había pasado el tiempo en que la dulzura pudiera ser un medio eficaz de dominación y de gobierno sobre un pueblo irritable y sobrexcitado. Ciertas medidas algo severas que Emparán adoptó contra la publi-

1. Nombre dado a los habitantes de Buenos Aires.

cación o la propaganda de los « libros sediciosos » fueron acogidas con violentas críticas; el gobernador pretendió imponer silencio, y vío en seguida al cabildo pronunciarse irremediablemente contra él. Los liberales se agitaban; el número de sus partidarios aumentaba de día en día. El antiguo capitán de la guardia real, D. Fernando del Toro, a quien la Junta había nombrado coronel inspector de las milicias coloniales, y que había llegado de España al mismo tiempo que Emparán, se había unido a su hermano, el marqués del Toro, a sus parientes de apellido Bolívar y a los compañeros de éstos; en vano les exhortaba a la obediencia el capitán general. Algunos años antes, Toro y Simón Bolívar habían sido, en Madrid, familiares de Emparán. No se atrevía éste a mostrarse severo con ellos, tratando al contrario de convencerles, y no logrando sino comprometerse.

El marqués de Casa León, uno de los miembros de la nobleza de Caracas quedados fieles a la causa metropolitana, de connivencia con el gobernador, hizo convocar un día a los más determinados entre los *patriotas* — se les designó después con este nombre — e hizo cuanto pudo para convencerles de que corrían graves peligros persistiendo en « su absurda conducta ». Un consejero de la Audiencia se encargó de hacer comprender a los jóvenes liberales que serían colmados de favores si renunciaban a las « ideas subversivas », y que, al contrario, atraerían sobre ellos tremendas desgracias si persistían en tales ideas : a lo que contestó Bolívar « que todo aquello estaba muy bien pintado, pero que él y sus asociados habían declarado la guerra á España, y verían como saldrían[1]. » El gobernador llegó hasta dar fiestas en honor de sus terribles amigos; pero nada conseguía; es más, en un banquete, propuso Bolívar brindar « por la libertad del Nuevo Mundo »[2].

Por su parte, los patriotas habían llegado a concebir el proyecto de obligar al capitán general a pactar con ellos. Mas, no llegaban a tanto las indulgentes disposiciones de

1. J. F. Heredia, *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela*, publicadas por D. Enrique Piñeyro. Paris. Garnier, 1895, p. 123.
2. *Memorias*, de O'Leary, p. 24.

Emparán. Rechazó con firmeza las instancias del cabildo. quien más que nunca insistía en pedir el establecimiento de la Junta, mandó arrestar a los conspiradores más caracterizados : los hermanos Ramón y Pedro Aymerich, Antoñanzas, el alférez Fernando Carabaño[1] (20 de marzo de 1810), y previno a los demás de que se le había agotado la paciencia.

Para decir verdad, no parecían éstos dispuestos a hacer caso de aquellos harto generosos avisos. Seguían efectuándose reuniones secretas en casa de Bolívar, de Rivas, a veces en la de Doña Juana Antonia Padrón, madre de los Montilla, en donde, desde hacía algún tiempo, un nuevo afiliado, el canónigo José Cortés de Madariaga[2], tomaba parte activa en las deliberaciones de los patriotas. Originario de Chile, Madariaga había abrazado muy joven el estado eclesiástico; a comienzos del siglo había residido largo tiempo en Europa, en donde había entrado en relaciones con Miranda. Fué de aquellos a quienes enviaba a América el Precursor. para que esparcieran las buenas doctrinas y predicasen la « cruzada de la razón ». Desde 1806, época de su llegada a Venezuela, era Madariaga canónigo de la catedral de Caracas. Alto y esbelto. de ojos negros, de cabello obscuro que hacía resaltar más la palidez de un rostro de facciones finas y correctas, su voz y su ademán encantaban a su auditorio. Su elocuencia acabó de hacer del *canónigo de Chile*, como le llamaban, el predicador favorito del pueblo.

Si hasta entonces no había dejado Madariaga, en sus discursos públicos transparentar nada de su fe revolucionaria. era sin duda para no asustar a sus jefes, ni siquiera a su auditorio, reservándose así una influencia que uti-

1. Carabaño (Fernando), nació, como asimismo su hermano Miguel, en Caracas, hacia 1780. En 1812, ambos se hallaron en Puerto Cabello con Bolívar. Al año siguiente, se reunieron con él en Nueva Granada y combatieron con denuedo a su lado durante las campañas de 1813, 1814 y 1815. Acompañaron al Libertador a Jamaica en 1815: pero, impacientes por reanudar la lucha contra los Españoles, intentaron entrar en Cartagena entonces sitiada por la flota y el ejército del general Morillo. Los hermanos Carabaño fueron hechos prisioneros y fusilados: Miguel, en Ocaña, el 9 de febrero de 1816, y, Fernando, en Mompox, el 11 de marzo del mismo año.

2. V. *suprá*, lib. II, cap. I, § 2.

lizaría él como gustara y cuando la pareciera oportuno. Podemos, pues, imaginarnos la alegría de los liberales cuando supieron que Madariaga estaba con ellos. ¿Coincidió esta revelación con la llegada de la señal decisiva que parecían esperar para proclamar en fin el advenimiento del nuevo régimen? Lo cierto es que, desde aquel momento, los conciliábulos se multiplican: un apresuramiento febril se apodera de los conjurados; se urden las tramas. El marqués del Toro y su hermano declaran que cuentan con el concurso de las milicias de Aragua. Han podido procurarse armas. Queda decidido el movimiento para la noche del 1º al 2 de abril : se apoderarán de la persona del gobernador, y en seguida podrá constituirse la Junta.

Pero, los jefes del complot opinan que no está lo bastante preparado; temen también el celo exagerado de algunos de sus compañeros; el cambio ha de parecer efectuarse por sí solo; no hay que manchar con sangre el triunfo de la Libertad; sólo así puede esperarse contar con la adhesión del pueblo. Y la casualidad, o mejor dicho, la más artificiosa de las precauciones, interviene entonces oportunamente : Andrés Bello, dicen unos, Mauricio Ayala, según otros, avisó al gobernador; y semejante paso sería absurdo, denotaría inadmisible traición, de no haber sido concertado. Todo hace creer que, en efecto, lo fué. El 30 de marzo por la noche, Emparán hizo encarcelar a la mayor parte de los conspiradores; pero la sumaria no reveló contra ellos ningún motivo grave de acusación. Fué menester ponerles en libertad, a los pocos días. Verdad que los Bolívar y otros inculpados de alta categoría recibieron orden de no salir de sus posesiones de los valles de Aragua; pero, la vigilancia destinada a cuidar de que no salieran de su « prisión » no debió de ser muy rigurosa, pues desde fines de la semana siguiente estaban todos de regreso en Caracas, mostrándose públicamente.

El gobernador, que solía calificar de « desvaríos inofensivos » aquellas conspiraciones, sentía en aquel momento alarmas más fundadas, creía él : las noticias de España eran malísimas. Los informes oficiales traídos por la mala de Cádiz anunciaban la entrada de las tropas francesas en Andalucía, y la disolución de la Junta Central.

El 17 de abril, un bergantín desembarcó en La Guayra a un capitán de fragata, Antonio Villavicencio [1] y al conde D. Carlos de Montúfar, encargados de hacer acatar : el primero en Nueva Granada, y el segundo en Quito, la autoridad del Consejo Supremo de Regencia, en quien había delegado sus poderes la Junta Central. Los Montillas, los Bolívares, los Toros veían en aquellos dos personajes a antiguos y fieles amigos; se apresuraron a su encuentro y les oyeron confirmar las noticias que ya el gobernador no conseguía disimular al pueblo. El barco destinado a llevar los despachos de España a Puerto Cabello había llegado días antes sin correo. Bastó esto para que el rumor de la toma de Cádiz por los Franceses se esparciera por toda la comarca limítrofe de Caracas, y en la capital, en donde campesinos, en aquel momento mismo, la estaban anunciando.

Emparán perdió la cabeza. Hizo fijar en todas las encrucijadas un boletín con las últimas noticias. Nada podía favorecer mejor los planes de los patriotas : el pueblo, que durante tanto tiempo había ignorado, por voluntad de las autoridades, los acontecimientos de la metrópoli, al ser enterado de ellos por el gobernador mismo, los creyó irreparables; profunda emoción se apoderó de él. Los conjurados comprendieron que, esta vez, ya no podían retroceder.

A la caída de la tarde del 18, quedaban definitivamente fijadas las líneas generales del plan que resolvieron poner a ejecución. El cabildo entraría en sesión a las 7 de la mañana, y en seguida convocaría al capitán general. Este se oiría ofrecer, o mejor dicho imponer, la presidencia de una « Junta Conservadora » que la situación de la metrópolí hacía ahora inevitable. Los batallones de la milicia

1. Villavicencio (Antonio), hijo de los condes de Real Agrado, originario de Quito, desde donde fué a España para completar su educación. A su regreso a América, se alistó entre los que combatían por la Independencia, de la que había sido siempre partidario. Formó parte de la comisión enviada por el Congreso de la Unión, en 1813, al ejército de Bolívar. Gobernador de Tunja en 1815, y de Mariquita al año siguiente, se puso a la cabeza de las tropas republicanas. Derrotado en la acción de Honda el 30 de abril de 1816, fué ejecutado en Santa Fe el 6 de junio siguiente.

intervendrían en caso de que las tropas reales opusieran una resistencia que, por cierto, nadie preveía. Prometió Madariaga que, en caso de necesidad, arengaría al pueblo, y se declaró seguro de convencerle. Durante la noche, hubo nueva reunión de conjurados : Simón Bolívar y su hermano Juan Vicente, Dionisio Sojo, Narciso Blanco, Mariano y Tomás Montilla, José Félix Rivas, Nicolás Anzola, Martín Tovar, Manuel Díaz Casado quedaron en permanencia en casa de José Angel Alamo, adonde, unos tras otros, acudieron los conjurados para los últimos acuerdos.

El Diecinueve de Abril de 1810 era jueves de semana santa. Según costumbre, los miembros de la Audiencia y del cabildo habían de asistir, en corporación, al oficio solemne, celebrado en la catedral, y por el cual comenzaban las ceremonias del día. Apenas despuntaba la aurora, la muchedumbre llenó, en tumulto, la plaza mayor de Caracas, en la que, frente a frente, las *Casas Consistoriales* : palacio de la municipalidad y de la Audiencia, — de aspecto sencillo bajo su techumbre de tejas, largas, formadas de dos pisos, y cuya planta baja estaba adornada de arcos — y la iglesia metropolitana, con su portada adornada de pretensiosas arcaturas, con el frontis guarnecido de columnitas terminadas en volutas y rematadas por doble cruz de oro, con la linterna, de triple hileras de campanas, erguían sus empavesadas y floridas fachadas.

Llegaron sucesivamente el teniente alcalde Don Martín Tovar, los regidores Don Feliciano Palacios, Don Dionisio Sojo, Don Nicolás Anzola, Don Silvestre Tovar, Don Fernando Key Muñoz, Don José María Blanco, Don Valentín Rivas Herrera y Don Isidoro López Méndez, quienes formaban parte de la conspiración; el alcalde primero, Don José de las Llamosas, Don Hilario Mora y Don Pablo González. Todos entraron en el cabildo. Las puertas se cerraron tras ellos; al cabo de un instante se abrieron de nuevo, dejando paso a dos delegados portadores de una convocación de urgencia para el capitán general.

Emparán estaba acabando de vestirse cuando se presentaron a él los emisarios del cabildo. Intimidado quizá, o dando crédito a la suma gravedad de las noticias que,

según le dijeron, hacían indispensable una deliberación inmediata, el gobernador siguió dócilmente a los delegados. Mediaban más de trescientos metros entre la capitanía general y la residencia municipal. Precedido por los dos regidores, que con mucho trabajo le abrían paso por entre la muchedumbre, que se agolpaba, y por entre los grupos que con agitación comentaban los bandos oficiales, llegó Emparán a la entrada del cabildo. Le fué posible ver y reconocer, bajo el sombrero calado hasta los ojos, y la capa en que se envolvían, a unos veinte jóvenes cuyos nombres y cuya audacia conocía él de sobra. Sin embargo, su categoría social les daba derecho a figurar al lado de él en el cortejo, y era cosa insólita y muy singular el que estuviesen mezclados con el gentío hacinado ante la casa consistorial.

Las sospechas del gobernador se trocaron, momentos después, en amarga certidumbre, cuando después de ocupar el « sillón de honor », se oyó proponer, sin preámbulos, el que sancionara el inmediato establecimiento de la « Junta de Caracas ». « La situación de la Península, le decían, no permitía ya vacilaciones ni aplazamientos. Un gobierno autónomo era sólo capaz de consagrar los legítimos derechos del soberano A Vuecencia pertenece, excusado es decirlo, la presidencia de la Junta. Sus miembros serán escogidos entre nosotros.... » Emparán, que no había podido pronunciar todavía una palabra, interrumpe el discurso : « Esto lo examinaremos luego, señores, después de la ceremonia. El asunto es importantísimo, y requiere meditación. » Y, cubriéndose, se levanta, y, con paso firme y con la cabeza erguida, se dirige hacia la salida.

Mientras tanto, la compañía de escolta del capitán general ha llegado a la plaza. Formados en dos filas, los soldados han apartado a la gente y despejado el camino que habrán de seguir el gobernador y los miembros del cabildo, para ir a la catedral. Un piquete de « granaderos de la Reina » acaba de colocarse en uno y otro lado de la fachada. Son las ocho. Las campanas tocan a vuelo.

La gente se impacienta. Por fin sale Emparán. Maquinalmente, los conjurados le siguen, sorprendidos, ansiosos,

concertándose con la mirada. Su plan ha sido burlado. El gobernador, avisado, puede hacerlos arrestar en seguida. Los granaderos están a su favor, y la tropa presenta las armas. Emparán sigue avanzando sin pronunciar una palabra. Acaso espere estar en la iglesia, en donde, sin duda, tomará consejo de los miembros de la Audiencia. Y dará órdenes.... Es, aquél, un momento de suprema angustia. El gobernador va a pisar el umbral de la iglesia....

De repente, el patriota Pedro Salias se destaca del grupo de los regidores, al que acaba de unirse. Coge por el brazo al gobernador : « Vuelva al cabildo Vuecencia, es necesario. Está en juego la salvación pública.... » Ante semejante audacia, los granaderos, por instinto, preparan sus fusiles. Pero su capitán, Luis Ponte, manda con energía : « ¡Descansen armas! » y obecede n. Se oyen gritos en el gentío. El gobernador regresa al cabildo. Inmóviles, los soldados le miran pasar sin presentarle las armas. Esta actitud acaba de confundir a Emparán. Dos recién llegados, que no forman parte de la asamblea, Juan Germán Roscio y Félix Sosa le esperan en la sala. Se dicen « diputados del pueblo ». Aun antes de que todos hayan ocupado sus asientos, intiman al gobernador a que consienta la constitución de la Junta. Anonadado, Emparán balbucia. « ¡Acepta, acepta! » exclaman los regidores, y ya se disponía Roscio a redactar el acta de establecimiento, cuando vió llegar a Madariaga.

Venía el canónigo de la iglesia de la Merced, situada en la parte alta de Caracas, a bastante distancia de la plaza. Pronto a responder al llamamiento de sus amigos, desde el alba estaba en observación, en aquel puesto alejado, con objeto de asegurarse la adhesión de los habitantes del barrio de la ciudad sobre el cual tenía él más influencia. Como Roscio y Sosa, comenzó autorizándose con su calidad de « diputado » para justificar su presencia en el cabildo. Declaró que tomaba la palabra en nombre del clero. Mas, no perdió tiempo en precauciones oratorias, y, con voz que afirmó el ánimo de los Próceres, exclamó :-« ¡Fuera subterfugios y medidas a medias! Ya no hay gobierno en España. Después de todo lo que se ha hecho por ella, ¿seguiremos dejando al desconsiderado representante de

una regencia impotente y sin mandato la dirección de nuestros destinos? El gobierno que necesitamos no puede ser compuesto sino de Americanos. Su primer deber es el de pronunciar la caducidad del capitán general, cuya autoridad no cuenta ya para nosotros. Esta medida, exigida por el interés público, pido que se lleve a cabo en nombre de la justicia, de la patria y de la libertad! »

Emparán, que sólo por la forma seguía resistiendo, se dirigió hacia la ventana, abierta de par en par y que daba a la plaza, en donde se oían ya rumores de motín. Trató de arengar al pueblo; pero, viendo que no lo conseguía, gritó cuanto pudo : « ¿Os satisface mi gobierno? » Madariaga, que se había colocado detrás del capitán general, dictó con señas la contestación. « ¡No lo queremos! » gritaron entonces los conjurados, que se hallaban entre la muchedumbre. Dócil, repitió ésta el grito, ya enardecida, inflamada, sabiendo por fin qué se esperaba de ella y lo que había de contestar : « ¡Fuera, fuera! ¡Muera! ¡Ya no le queremos a usted! »

« Está bien, señores, dijo Emparán volviéndose hacia los regidores. ¿No quieren que gobierne? Pues tampoco lo quiero yo. » Estas palabras fueron inmediatamente transcritas en el acta de la sesión del cabildo que consagraba la caducidad del gobernador y la instalación de la Junta de Caracas[1]. Después, se pidió a Emparán que firmara órdenes relevando de sus funciones a los comandantes de La Guayra y de Puerto Cabello y substituyéndolos por hombres adictos a la conspiración. Estos fueron los últimos actos oficiales del capitán general. Por cierto que los patriotas se mostraron atentísimos con él. Recibió, a más de sus emolumentos, cuantiosos viáticos, y, conducido a La Guayra por una escolta de honor, pudo, dos días después, con toda seguridad, embarcarse para los Estados Unidos y España[2].

1. D. II, 409.
2. El bergantín *Nuestra Señora del Pilar* llego, el 31 de mayo siguiente, a Norfolk (Estados Unidos), desde donde, días después, dirigió Emparán al Rey un relato detallado de los acontecimientos que preceden. Este relato se halla en el *Archivo histórico* de Madrid, legajo 5636.

III

El funcionario español José Domingo Díaz, al describir en su *Historia de la rebelión de Caracas* los acontecimientos que acabamos de relatar, hace observar, con motivo de la conducta del capitán general, que Emparán, « llegó y entregó con el mando aquellas provincias, y una gran parte del mundo al incendio, al robo, a la muerte y a la aniquilación[1] ».

Estas conclusiones de un testigo tan parcial como apasionado detractor de la revolución venezolana, contienen siquiera una parte de verdad en el sentido de que la emancipación general de las Colonias españolas arranca del Diecinueve de Abril de 1810. Apenas constituída en « Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII », la municipalidad de Caracas, que desde aquel momento asume el gobierno de Venezuela, dirigía, en efecto, a todos los cabildos sudamericanos una proclama solemne invitándoles a seguir su ejemplo : « Caracas, dícese en ella expresamente, debe encontrar imitadores en todos los habitantes de la América, en quienes el largo hábito de la esclavitud no haya relajado todos los nuelles morales; y su resolución debe ser aplaudida por todos los pueblos que conserven alguna estimación a la virtud y al patriosiomo ilustrado. US. es el órgano más propio para difundir estas ideas por los pueblos a cuyo frente se halla, para despertar su energía, y para contribuir á la grande obra de la confederación americana española[2]. »

Mas no tuvo que esperar a este llamamiento el cabildo de Buenos Aires para erigirse a su vez en Junta de gobierno. Tanto para los liberales de la Plata como para los de Caracas, la señal procedía de Miranda; y, dada sin duda en la misma época, llegó a Buenos Aires en los primeros días de mayo. Esto explicaría, cuando menos, el recrude-

1. *Op. cit.*, p. 17.
2. Proclama de la « Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII en Venezuela », a los cabildos de las Ciudades de América, etc. Caracas, 27 de abril de 1818, **D.**, II, 418.

cimiento de agitación que desde aquel momento se manifestó en el grupo liberal.

La opinión pública se hallaba infinitamente mejor dispuesta en Buenos Aires que en los demás sitios en favor de la Revolución, y la propaganda de los liberales había sido allí tanto más fructuosa cuanto que los recuerdos gloriosos de 1806 y 1807 exaltaban aún patrióticamente los ánimos. El gran papel desempeñado entonces por el cabildo seguía valiéndole sumo prestigio, y todo anunciaba que le sería fácil justificar la esperanza que sobre él fundaban los discípulos de Miranda. Lo importante para ellos era asegurar la mayoría de votos en el cabildo, y a esto acababan de dedicarse con tenaz perseverancia. El éxito coronó sus esfuerzos, y la insuficiencia política del virrey Don Baltasar Hidalgo de Cisneros[1] les sirvió más de lo que se atrevían a suponer.

Desconociendo los prudentes consejos de Liniers, su predecesor, Cisneros, al conceder bruscamente la libertad de comercio, había herido a los numerosos negociantes españoles de la Colonia a quienes con justa razón irritaba esta medida, pues arruinaba sus privilegios en provecho del comercio británico y de los dueños de fincas rurales, casi todos ellos americanos. Lo mismo que lo intentado por Emparán en Caracas, buscó Cisneros entre los criollos partidarios que, no obstante, no podían sino desear su pérdida. Le persuadieron insidiosamente a que por medio de la prensa combatiera la oposición del partido español, y Belgrano, Mariano Moreno, Passo[2], Monteagudo publicaron entonces en el *Correo del Comercio de Buenos Aires* estudios de filosofía histórica que, con pretexto de defender los intereses del virrey, vulgarizaban las ideas y las doctrinas revolucionarias.

Los informes que, mientras tanto, se esparcían con motivo de los acontecimientos de España, hallaron pues una opinión pública perfectamente preparada para descubrir en ellos algún pretexto capaz de favorecer los proyectos

1. Cisneros y La Torre (Baltasar Hidalgo de), virrey de la Plata de 1809 a 1810.

2. O Paso (Juan José), miembro de la Junta de gobierno, de 1810 a 1813.

de los patriotas. El 13 de mayo, una fragata inglesa llevó a Montevideo las noticias mismas que, un mes antes, había dado a los habitantes de La Guayra el correo de Cádiz. El 17, circulaban por Buenos Aires dichas noticias, y el pueblo manifestaba una agitación que los patriotas resolvieron explotar cuanto antes.

Asustado, reunió Cisneros el 20 por la noche, en la fortaleza, a los jefes militares, en consejo; pero ya Belgrano, Francisco Antonio Ocampo[1], Terrada, Thomson, Matías Irigoyen[2], Beruti, Chiclana[3], Passo, Hipólito Vieytes[4] y su hermano, Agustín Donado[5], así como el coronel del regimiento de los *Patricios*, Cornelio Saavedra[6], Viamonte[7] y Juan Ramón Balcarce[8], reunidos secretamente en casa del comandante Martín Rodríguez[9], deciden hacer provocar por el cabildo una asamblea general de notabilidades y funcionarios, el *cabildo abierto*.

Se efectuó éste el 22 de mayo. El obispo Lue abre la sesión : « Mientras quede en España una fanega de tierra, y manden en ella los Españoles, América toda les pertenece; y, mientras quede un solo Español en el Nuevo Mundo, ese Español es el que debe gobernarlo. » —

1. Fué luego jefe de la expedición enviada en socorro de las provincias del interior.

2. Oficial de la marina española; había combatido en Trafalgar en 1805. Miembro de la comisión de gobierno en 1816, y, después, jefe de la escuadrilla enviada el mismo año contra los rebeldes de Santa Fe.

1. Chiclana (Feliciano). Miembro de la Junta de gobierno en 1811 y 1812.

4. Fué, en 1812, secretario de la Asamblea Nacional, y falleció en Buenos Aires en 1815.

5. Relegado a San Luis en 1815.

6. Nació en Potosí hacia 1760, falleció en Buenos Aires en 1829. Sirvió en el ejército argentino hasta en 1821, época en que se retiró.

7. O Viamont (Juan José). Nació en 1770. Después de haber tomado parte en las campañas del Perú hasta en 1820, fué varias veces diputado, y, desde 1833 a 1834, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, cargo que por entonces equivalía al de presidente de la República.

8. Nació en Buenos Aires en 1773. Gobernador de Buenos Aires en 1820, fué, en 1832, elegido para once legislaturas gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires; pero, derribado por Rosas, se retiró a la provincia de Entre Ríos, en donde falleció.

9. General y gobernador de Buenos Aires desde 1820 hasta 1824.

Entonces, Juan José Castelli[1], que desempeña aquí el papel de Madariaga, toma la palabra, pronuncia un arrebatado discurso, y, a modo de conclusión dice, aplaudido frenéticamente por el pueblo que llena las largas avenidas de la Plaza Mayor : « España está desposeída de su poder, y las autoridades que la representan están tan desposeídas como ella. En lo sucesivo, el pueblo debe asumir la soberanía del monarca y constituir un gobierno defensor de sus derechos. » Queda entonces decidido que todas las funciones del virrey serán desempeñadas por el cabildo, quien, a su vez, nombrará una Junta con Cisneros a la cabeza. Pero, el 24, Saavedra intima al virrey que dimita, y, el Veinticinco de Mayo de 1810, el cabildo sanciona el establecimiento definitivo de la « Junta gubernativa » exclusivamente compuesta de Americanos.

Aquel día, los habitantes de Buenos Aires enarbolaron la escarapela azul y blanca, colores adoptados por el regimiento de los Patricios cuando la invasión inglesa, y que iban a convertirse en emblema nacional de la República Argentina[2].

Escenas semejantes, salvo alguna que otra modificación, se produjeron en Nueva Granada. Menos sostenidos en esta última por la opinión popular, y en escaso número, relativamente, los patriotas habían desplegado tanto más ardor en su propaganda. Al mismo tiempo, revestía ésta un carácter particularmente elevado, por destacarse la noble y viril figura de Camilo Torres[3] en la vanguardía de aquellos Próceres granadinos, aislados en sus montañas, y cuyo espíritu, mantenido vibrante por el poderoso soplo de la ilimitada extensión, parecía haber recogido la quintaesencia misma del pensamiento nuevo.

Lo mismo que Caldas, Torres era originario de la antigua

1. General: nombrado miembro de la Junta de gobierno, él fué quien, en 1811, hizo fusilar a Liniers. Mandó después el ejército de la Plata, y murió en Buenos Aires hacia 1825.

2. Cf. Mitre, *Historia de Belgrano*, t. I, cap. IX y X.

3. Nació el 18 de noviembre de 1766 en Popayán, en donde estudió con notable aprovechamiento, completando luego sus estudios en la universidad de Santa Fe. En ésta ocupó la cátedra de derecho civil. Presidente de las Provincias Unidas desde 1812 hasta 1816. Fué ejecutado en Santa Fe el 5 de septiembre de 1816.

ciudad dotada de un clima « inventado por los poetas[1] », de Popayán, orgullo de los armoniosos valles del Cauca, que son, para el pintoresco cuadro de sus blasonadas casas, de sus iglesias y de sus calles de color de ocre, como flexible cintura de plata y esmeralda. Provisto de profunda y firme educación clásica, dotado de una elocuencia sobria y altiva, revélase por vez primera en la memorable reunión efectuada el 4 de septiembre de 1809 por los funcionarios, los oficiales y las notabilidades de Santa Fe[2]. La revolución de Quito había inspirado vivas alarmas al virrey D. Antonio Amar y Borbón, y motivado aquella asamblea extraordinaria de la que las autoridades esperaban inducir preciosos indicios respecto de los sentimientos de sus administrados. Tomó Torres valientemente la palabra y proclamó que Santa Fe había de seguir el ejemplo de Quito y constituir a su vez un gobierno autónomo. Esta declaración produjo el efecto de un trueno en medio de la calma de la vida colonial, calma turbada únicamente, desde los Comuneros, por las audacias, por cierto pronto reprimidas, de Nariño, y que, desde entonces, parecía haber recobrado su acostumbrada placidez.

Animado por el partido español, que representaba una incontestable mayoría, el virrey no dió oídos a las reivindicaciones de los patriotas, y envió una expedición en socorro del presidente de Quito. Pero la elección de los diputados convocados por la Junta de Sevilla no tardó en suministrar a Torres nueva ocasión de volver a la lucha. Recibió encargo del cabildo de redactar la exposición de las solicitudes de reformas que había que presentar al gobierno metropolitano, el *Pliego* de las provincias de Nueva Granada. Compuso entonces, con el título de *Memorial de Agravios*, un escrito sumamente notable en el que la prosopopeya, la hipérbole, procedimientos muy de uso en aquel tiempo, ocupan sin duda amplio puesto, pero cuya profundidad de inspiración queda siendo genial, y que con justo derecho figura entre los más poderosos productos de la literatura política sudamericana.

1. Según expresión de Caldas.
2. V. J. M. Quijano Wallis, *Biografía de Camilo Torres*, Bogotá, 1910.

Después de haber flagelado los vicios y las durezas del régimen, expuesto y justificado las quejas de sus compatriotas, insistido acerca de la buena voluntad de éstos y de la moderación de sus deseos presentes, concluía Torres solicitando la asimilación leal de las provincias de ultramar a las provincias de España : « Igualdad, escribía, santo derecho de la igualdad ; justicia que estribas en esto y en dar á cada uno lo que es suyo, inspira á la España europea estos sentimientos de la España americana. Estrecha los vínculos de esta unión ; que ella sea eternamente duradera, y que nuestros hijos, dándose recíprocamente las manos de uno á otro continente, bendigan la época felíz que les trajo tanto bien. ¡Oh, quiera el Cielo, que otros principios y otras ideas menos liberales no produzcan los funestos efectos de una *separación eterna!* »

Este *Memorial*, que, por juzgarlo harto subversivo, se negó el cabildo a ratificar, circuló sin embargo en copias manuscritas entre los criollos. Muchos se mostraban aún refractarios a la causa revolucionaria ; pero, igualmente sensibles a las seducciones del estilo brillante, lleno de imágenes y sugestivo de los patriotas, se dejaban poco a poco doctrinar y seducir. Las *Cartas de Suba* de Frutos Gutiérrez[1], las ardientes *Peticiones* y los conmovedores *Escritos* de Ignacio de Herrera[2], quienes unían sus esfuerzos a los de Torres, suscitaban a diario prosélitos.

Nariño, cuyas obras habían sido también reeditadas por los liberales, fué arrestado por entonces en Cartagena. Tan pronto como se esparció esta noticia por Santa Fe, una emoción considerable se apoderó de los espíritus y ganó las clases inferiores, quienes, sin pronunciarse todavía por los patriotas, comenzaban a demostrar desconfianza en las autoridades coloniales. Algunos curas predicaron ideas liberales. El virrey tuvo que convencerse de los progresos efectuados por éstas, aun en los campos. Mandó proceder

1. Gutiérrez de Caviedes (Frutos Joaquín), nació en Cúcuta en 1770, falleció en Pore el 26 de octubre de 1816.
2. Herrera Vergara (Ignacio), nació en 1769 en Cali. Presidente de la Corte Suprema en Santa Fe, en 1820. Presidente del Congreso de 1824. Falleció en Bogotá el 11 de marzo de 1840.

a pesquisas arbitrarias, a numerosos arrestos, y creyó hábil buscar, al mismo tiempo, las simpatías de los criollos de Santa Fe. La Audiencia le manifestó en seguida una hostilidad que podía ser peligrosa, pues los oidores le amenazaron con pedir su destitución. No consiguió calmarlos sino cambiando bruscamente de táctica y abandonando a los criollos.

A principios de 1810, Amar hizo reconocer por el cabildo la autoridad del consejo de regencia, cuyos delegados habían de llegar pronto. Se supo, a fines de mayo, que Villavicencio y Montúfar habían llegado a Cartagena; pero, semanas después, y a pesar de todas las precauciones del virrey, se tuvo también noticia de la revolución de Caracas. En seguida se reanimó la efervescencia, llegando a poco a su paroxismo cuando a las noticias de Venezuela se agregaron las de los acontecimientos que acababan de realizarse en las provincias mismas del virreino. Los patriotas de Cartagena, después de haber, el 14 de junio, depuesto al gobernador Montes, lo habían embarcado para La Habana, y la municipalidad había constituido una Junta provisional. Mientras los comisarios regios se encaminaban hacia Santa Fe, estallaba la insurrección en todo el país, en todas partes se había entablado la lucha entre cabildos y gobernadores. En Casanare, dos jóvenes patriotas expiaban en el cadalso el complot que habían preparado contra el corregidor. Pamplona y el Socorro deponían a los suyos.

La municipalidad de Santa Fe, cuya mayoría es ahora favorable a la Revolución, y que, desde el 19 de junio, no ha cesado de dirigir, casi a diario, instancias al virrey para obtener el *cabildo abierto*, renueva esta vez sus instancias en tono conminatorio. Los antiguos odios despiertan, los Españoles son insultados en las calles. Los patriotas publican, en forma de carteles, las noticias de España. Asegúrase que al rey se le ha hecho traición, que el virrey está vendido a Napoleón. El pueblo, sobrexcitado, se agolpa ante palacio, y cuéstales mucho trabajo a los soldados del batallón *Auxiliar* dispersar a los manifestantes.

El 19 de julio por la noche, Camilo Torres, Herrera,

Gutiérrez, Miguel de Pombo[1], Joaquin Camacho[2], José Acevedo[3], y algunos más, se reúnen en las habitaciones de Caldas en el Observatorio. Había quedado convenido que la muy próxima llegada de los comisionados regios serviría de pretexto para el paso definitivo ante el virrey para obligarle a aceptar la Junta que los patriotas estaban seguros de ver reclamar por la mayoría del cabildo abierto. Mientras, los conjurados habían de ir, a caballo, al encuentro de los comisionados, habían de tratar de ganarlos a su causa, y, al volver a la ciudad, darían la señal, a la que, seguramente, respondería el pueblo. Sin embargo, se anunciaba que Villavicencio y Montúfar se hallaban aún bastante distantes de la capital. Por otra parte, la agitación presente era de demasiado buen agüero para que no trataran de sacar provecho de ella : « Todo está preparado, dice Torres; pero para esegurar el éxito, es necesario que la chispa incendiaria parta del vivac enemigo... » Francisco Morales[4] propuso tratar de conseguirlo. Hacía tiempo que estaba enemistado con un rico negociante español, D. José Llorente, conocido además por su carácter violento; encontraría algún medio para provocarle públicamente, y ésta sería la chispa que prendería fuego a la pólvora. Se formaría una aglomeración de público, y los patriotas arrastrarían al pueblo. El día siguiente, viernes, era día de mercado : habría más gente que nunca en las calles. Los conjurados aceptaron.

El 20 de julio, todos estaban en su puesto. Morales se presentó, como había dicho, muy temprano, a casa de Llorente, cuyos almacenes estaban situados en la calle más frecuentada, la Calle Real, y con tono de zumba, le pidió que le prestara un florero para adornar la mesa de un

1. Nació en Popayán en 1770, acompañó a Mutis en la expedición botánica. Fusilado en Santa Fe el 6 de julio de 1816.

2. Nació en Pamplona en 1776. Miembro del Congreso de Leiva en 1811, y del poder ejecutivo de Nueva Granada en 1814. Estaba ciego y totalmente impedido cuando el consejo de guerra instituido por el general Morillo en Santa Fe, en 1811, lo mandó encarcelar y fusilar el 31 de agosto.

3. Acevedo y Gómez (José). Nació en Santa Fe en 1780; murió de pena en Mocoa, en 1816, durante el terror bogotano.

4. Morales Fernández (Francisco), nació en Santa Fe; fusilado el 22 de noviembre de 1816, durante el terror bogotano.

banquete que, decía él, quería ofrecer a los *chapetones*. Contestó Llorente con una injuria, y, a continuación de cierto ademán que hizo Morales ve que el Español se precipita hacia él con el puño levantado. Alza entonces la voz el criollo. La gente se amotina, y, mientras Llorente se resguarda en su tienda, los conjurados se esparcen por las calles gritando : « ¡ Que asesinan a los Americanos! ¡ Mueran los *chapetones*! ¡Cabildo abierto! ¡Junta! » Poco después, la ciudad toda, se alborota, los patriotas hacen tocar a rebato, el pueblo se precipita hacia la Plaza Mayor, ante las casas consistoriales.

El cabildo envía diputaciones al virrey, que acaba por ceder, y convoca la asamblea extraordinaria para aquella misma noche. Discutieron sin descanso hasta las tres de la madrugada. A cada instante se asomaban a la ventana los regidores y tenían al pueblo al corriente de las fases del debate. Con firme tranquilidad, el innumerable gentío que llenaba la plaza y las calles que, de todas las direcciones, desembocan en ella, esperaba el resultado de la deliberación. La resolución del pueblo era, en efecto, inquebrantable en aquel momento, y los patriotas que tomaban la palabra en el cabildo y se decían « diputados de la nación » estaban seguros de verse sostenidos.

Hubo un momento de inquietud acerca de las disposiciones del regimiento de la guarnición : bastó esto para que los manifestantes acudieran en gran número a las puertas de los cuarteles. « Una mujer, refiere Caldas en su *Periódico*[1], reunió a muchas de su sexo y a su presencia tomó de la mano a su hijo, le dió la bendición y dijo : « Ve a morir con los hombres. Nosotras las mujeres marchemos delante; presentemos nuestros pechos al cañón : que la metralla descargue sobre nosotras; y los hombres que nos siguen y a quienes hemos salvado de la primera descarga, pasen sobre nuestros cadáveres : que se apoderen de la artillería y libren la Patria ». En el acto, los soldados declararon hacer causa común con el pueblo, y su coronel, Molledo, se unió a los patriotas.

1. Extractos publicados por el *Papel periódico Ilustrado* de Bogotá, 1er año, pp. 350-393.

La energía y las reservas de heroísmo que tales sentimientos revelaban en aquel pueblo durante tanto tiempo sumiso y silencioso, no dejaban esperanza al virrey. Juzgó tan peligroso como superfluo prolongar la resistencia, y se sometió a las decisiones de los regidores. A las tres y media de la madrugada quedaba firmada el acta de la sesión, y Santa Fe, como Buenos Aires y Caracas tenía su Junta independiente. Sólo cinco días la presidió Amar. Los patriotas le obligaron a dimitir, y, poco después, lo enviaron a España.

En Santiago de Chile, la Revolución se efectuó casi del mismo modo[1]. Juan Martínez de Rosas[2] fué su hábil e infatigable promotor. Profesor, abogado y jurisconsulto, Rosas era secretario particular del comandante García Carrasco, a quien el repentino fallecimiento del gobernador Luis Muñoz de Guzmán había hecho elevar a la magistratura suprema. Rosas agrupaba en torno suyo a cierto número de jóvenes criollos, los más ricos y los más considerados de la ciudad : Bernardo O'Higgins, Manuel Salas, empapados de las recientes lecciones de Miranda, los hermanos Prieto[3], Infante[4], Eyzaguirre[5]; otros más, y los introdujo en casa del nuevo capitán general, cuya confianza no tardaron en ganar. Disensiones, hábilmente suscitadas, entre Carrasco y los funcionarios de la Audiencia y del cabildo, suministraron a aquellos liberales motivo para obtener la entrada en el consejo de doce regidores adictos a sus ideas, quienes, desde aquel momento, emplearon toda su influencia en preparar al pueblo a la independencia. Las noticias de

1. V. Gay, *Historia de Chile*, t. IV.
2. V. noticia lib. I, cap. II, § 2.
3. El más conocido es Angel, que nació hacia 1779, y falleció hacia 1854. Fué hecho prisionero en 1814 después de la batalla de Rancagua, y no recobró la libertad hasta en 1817. Había perdido todos sus bienes, y fué, de 1820 a 1833, director de las aduanas chilenas y diputado durante cuatro legislaturas.
4. Infante (José Miguel). Nació en Santiago, en 1778, y allí falleció en 1844. Miembro de la Junta de Gobierno en 1813 y 1814, de la Junta provisional en 1823; miembro del Consejo Directorial en 1825-1826.
5. Eyzaguirre (Agustín). Nació en Chile en 1766, falleció en Santiago en 1837, Miembro de la Junta de gobierno en 1813-1814. Después de la derrota de Rancagua, fué internado en Juan Fernández desde 1815 hasta 1817.

las victorias francesas llegaron a Chile a comienzos de mayo. Por la emoción que provocaron, por la animosidad general que en seguida notó contra él, acabó Carrasco por darse cuenta de que los que le rodeaban, lejos de favorecerle, habían trabajado en contra suya; y, tan pronto como tuvo noticia de los acontecimientos de Buenos Aires hizo arrestar a Rosas y a varios de sus cómplices, y dío orden de que fueran conducidos a Lima para ser juzgados.

Entonces los liberales excitaron al pueblo e hicieron pedir por el cabildo la libertad de los presos y el establecimiento de una Junta. Después de haber opuesto desdeñosa frialdad a tales ruegos, Carrasco « aprendió sin embargo a despojarse de ella, como Emparán había prontamente olvidado su severidad », cuando oyó bajo sus ventanas los gritos de « ¡ Cabildo abierto[1] ! » La asamblea se reunió el 11 de julio, pronunció la destitución de Carrasco y nombró en su lugar al conde de la Conquista, de ochenta y seis años de edad. Los liberales, a quienes no podía satisfacer tal cambio, siguieron conspirando, consiguiendo, al cabo de algunas semanas, provocar la reunión de un nuevo cabildo abierto. Esta vez, de los 400 funcionarios o notabilidades que lo componían, las tres cuartas partes se pronunciaron por los patriotas, y el conde de la Conquista resignó sus poderes en manos de la « Junta Gubernativa », de la cual fué Rosas elegido presidente : ocurrió esto el Dieciocho de Septiembre de 1810.

Dos días antes, el Dieciséis de Septiembre, en el otro extremo del continente, Manuel Hidalgo[2] sublevaba a su vez a Nueva España. En aquel reino en donde, según expresión de un contemporáneo, « la independencia nacional estaba atajada por la dependencia doméstica[3] », el partido metropolitano conservaba, a pesar de frecuentes alertas, preponderante influencia. La aristocracia colonial, más que las demás en favor en la corte de Madrid, sufría profundamente también el ascendiente de las clases espa-

1. Gay, *Historia de Chile*, t. IV, cap. VI.
2. Hidalgo y Costilla (Manuel), nació en el Estado de Guanajuato en 1753; fusilado el 1º de agosto de 1811.
3. Zavala, *Ensayo histórico de las Revoluciones de México*, Paris, 1830.

ñolas establecidas en el país. El sensato virrey Iturrigaray concedió a los criollos, hacia 1808, amplias concesiones políticas; pero los Españoles manifestaron celos, pretextando que aquellas franquicias mermaban sus privilegios; y, después de haberse apoderado de la persona del virrey y de haberlo enviado a España para que allí respondiera de su conducta, obtuvieron que fueran anuladas todas las medidas decretadas en favor de los criollos. Estos se dejaron despojar sin pronunciar una palabra, de tal manera estaba « arraigado » en ellos el temor que les inspiraba el poder español. Por tales motivos, la propaganda de Miranda, dirigida en Nueva España con tanto vigor como en las demás colonias, había tenido que confinarse casi exclusivamente en los campos. Por cierto que encontró adeptos solícitos entre los miembros del bajo clero, dueño absoluto de la mente de los pueblos indios, que no pedían sino dejarse convencer.

Los indios, descendientes de las tribus aborígenes, se habían multiplicado bastante desde la abolición del régimen mortífero de la primera época colonial; su esperanza de reconstituir el imperio ancestral, al mismo tiempo que su odio tenaz hacia el Español, les inclinaba naturalmente a pactar con la insurrección. Era ésta preparada con ardor. Cuando el nuevo virrey, don Francisco Javier de Lizana[1] arzobispo de México, tomó posesión del gobierno (julio de 1809), la agitación hacía ya enormes progresos en las provincias y ganaba la capital. Sin embargo, los regimientos, las milicias estaban muy bien organizados. Venegas[2], gobernador incapaz que la Regencia enviaba a Nueva España « para quitarse aquel estorbo », y que substituyó a Lizana el 14 de septiembre de 1810, se creyó a salvo de toda sorpresa.

Pero, los ecos de las sublevacionas de Caracas, Buenos Aires, Santa Fé, se esparcían por el país. Los patriotas trataban de persuadir al cabildo a que tomara la iniciativa del movimiento, según prescribía Miranda[3]. Sintiendo

1. Lizana y Beaumont (Francisco Javier de), virrey de Méjico, de 1809 a 1810.
2. Venegas (Francisco Javier de), virrey de Méjico de 1810 a 1813.
3. Carta de Miranda al cabildo de México. Londres, 24 de julio de 1808. R. O. F. O. España, vol. 89.

desconfianza por las precauciones tomadas en torno del virrey, el cabildo no se atrevió, sin embargo, a dar tal señal, y fué Manuel Hidalgo, cura del pueblo de Dolores, en la rica región minera de Guanajuato, quien desencadenó la insurrección.

En el espacio de algunos días, aquel sacerdote guerrero, ilustrado, muy querido de sus feligreses y dotado de terrible firmeza, reunió en torno suyo a más de 100 000 combatientes, con armas insuficientes, desde luego, pero temibles por su crecido número. El ejército de Hidalgo podía con facilidad, desde lo alto de la meseta de Guanajuato, en donde estaba tomando consistencia, caer cual torrente sobre el reino entero, invadir la capital, ocupar, por la nada difícil toma de Acapulco y de Veracruz, las comunicaciones con los dos océanos, y hacer imposible toda resistencia.

No parecía influir en el Perú aquella universal y profunda sacudida del imperio español. La incontestable mayoría de los partidarios del régimen colonial, cuyos rigores sabía suavizar con habilidad un virrey justamente popular, había ahogado la voz de los liberales en Lima. Pero, aunque diseminados e impotentes, no por esto dejaban de concebir con fervor y confianza el pensamiento vivaz del patriotismo[1].

Así pues, salvo este virreino, el rompimiento con la metrópoli era un hecho consumado en cada una de las grandes unidades de la América latina. La dominación tres veces secular resultaba, en un instante, por decirlo así,

1. V. las poesías y cantos populares compuestos en Lima en 1810, y que, bajo su forma cándida, pintan las preocupaciones patrióticas de los habitantes de aquel virreino :

«... Dios piadoso,
Rómpeme ya las cadenas
De la tirana opresión;
Cese el luto que atormenta
Por tres dilatados siglos
A mi constante prudencia.
Buenos Aires, Santa Fe,
Caracas y Chile bella
Ya disfrutan de la gracia;
Disfruta, Lima sincera... »

(Canción popular peruana, 1810, en **D.** II, 533).

substituída, sin efusión de sangre y casi sin disputa, por un gobierno nuevo al que, únicamente, había que despojar de su decorado ficticio para poner en plena luz la definitiva autonomía de la cual era él la expresión. Aunque con mezquino pretexto y por maquiavélicos medios, el plan imaginado y preparado por Miranda parecía realizado, o a punto de estarlo, y tal como lo deseaban sus promotores : la explosión de la máquina revolucionaria resultaba una inofensiva apoteosis.

Respetuosos ante su ideal, y firmemente resueltos a conservar intacta la belleza que veían en él, los obreros de la Independencia creían poder saludar en fin el advenimiento, en todas partes efectuado, de su próxima liberación.

IV

Los acontecimientos que acababan de producirse no eran, sin embargo, más que el prólogo del gran drama revolucionario cuyas futuras escenas reservaban, por desgracia, a aquellas harto generosas ilusiones, una larga serie de trágicos desmentidos.

Es más, ni siquiera estaba terminado en su conjunto este prólogo mismo, cuando, — aunque hecho aislado y ocurrido en una apartada provincia de segundo orden, — un sangriento episodio desconcertó ya su armonía.

Mientras que los patriotas, encarcelados en Quito después de la llegada de las tropas auxiliares de Nueva Granada y del Perú, esperaban a que la Audiencia de Santa Fe decidiera de su suerte, cierto número de soldados de la guarnición, cuya actitud había obligado, poco antes, al presidente Ruiz a reconocer la Junta, y que, desde entonces, se habían refugiado en el campo, regresaron a la ciudad, suponiendo que habían cesado ya las persecuciones y que no serían molestados. Sin embargo, fueron arrestados, encarcelados, y la población manifestó desde aquel momento viva hostilidad hacia las tropas de ocupación, las cuales, por su lado, se entregaban a toda clase de desórdenes, maltratando a los habitantes bajo el más

fútil pretexto. Acabaron éstos por negarse a aprovisionar a los soldados españoles. El brutal Aréchaga y el siniestro Arredondo, que los mandaban, se habían resignado con trabajo a la relativa indulgencia del presidente Ruiz para con los patriotas, a quienes habrían querido ver fusilar tan pronto como fueran arrestados : la resistencia de los habitantes de Quito les exasperó, y estaban en acecho de una ocasión que les permitiera vengarse. No había de tardar ésta en presentarse.

El 2 de agosto de 1810, a la una de la tarde, unos diez soldados recientemente aprisionados sorprendieron a sus guardianes, se apoderaron de sus armas, y, contando con el apoyo de la población, corrieron a los cuarteles ocupados por la guarnición peruana. Pero en seguida se dió la alarma : apenas los fugitivos habían llegado a la Plaza Mayor, donde estaban los cuarteles, cuando los Españoles, haciendo fuego por las ventanas, los mataron a la primera descarga. Además, nadie había intentado seguir a aquellos desgraciados, y ya parecía terminado el incidente, cuando, saliendo de los cuarteles, se esparcieron por las calles los soldados de Lima, gritando : « ¡Venganza, venganza, nuestro capitán ha sido asesinado! » A todo esto, Aréchaga y los demás oficiales españoles estaban tranquilamente en la explanada del palacio, y en presencia de ellos comenzó el degüello. La desencadenada soldadesca empujó hacia la plaza a los transeuntes, no muy numerosos, por fortuna, a quienes pudo sorprender fuera de sus casas a aquella hora del día, y más de trescientas personas, entre ellos muchos niños y mujeres, fueron degollados en un momento. No cesó la matanza sino ante el cebo del saqueo : el trastorno, el pavor general hacían tentadora la ocasión. La soldadesca hundió las puertas de las tiendas y de las casas del barrio rico, las saqueó, y volvió a sus cuarteles « tan cargada de botín, que hasta había abandonado sus armas[1] ».

Mientras tanto, los soldados prisioneros, en número de un centenar, y los patriotas, eran asesinados en sus celdas : la mayor parte de ellos, fusilados a boca de jarro; Morales,

1. Stevenson, *op. cit.*, cap. II, p. 30.

Quiroga, Salinas, Riofrío, y algunos más, rematados a navajazos y a hachazos.

En momento en que los Próceres se regocijaban de los éxitos de las iniciativas revolucionarias, tales escenas de degüello no se habían, ciertamente, repetido en Quito, ni en los reinos y provincias limítrofes. Pero la durísima oposición de las fuerzas españolas al ímpetu de los insurrectos mejicanos, y los terribles excesos cometidos por éstos en sus primeras victorias, fueron, poco después, anuncio de una era de luchas y de conflictos sangrientos destinada a extenderse al resto del continente español.

A pesar de su optimismo, los Próceres, a falta de presentimiento certero, parecían haber sentido la inmediata inquietud de tal porvenir. Dicho optimismo, que, para decir verdad, no había sido, en algunos de ellos, más que un optimismo ficticio, no cegó a los demás hasta el punto de hacerles descuidar las precauciones indispensables para la seguridad de las nuevas instituciones. Aun cuando ninguna nube asomaba todavía en el horizonte, las Juntas coloniales trataban de rodearse de un verdadero arsenal de declaraciones justificativas, de decretos y de ordenanzas.

Por cierto que a ello se veían obligadas por las inevitables amenazas que habían de resultar del programa subversivo que las circunstancias les habían hecho proclamar. Negarse, desde el principio, a reconocer la Regencia de Cádiz, abrir los puertos al comercio de todas las naciones, abrogar toda una categoría de impuestos o modificar su sistema, anunciar la próxima abolición de la esclavitud, disolver la Audiencias o diezmarlas; invitar, en fin, a las provincias a enviar sus diputados a *Asambleas Constituyentes*, tal como lo habían hecho o pretendían hacerlo Caracas, Buenos Aires, Santiago y Santa Fe, era, a la vez, enajenarse para siempre el partido español, arruinado en sus privilegios, y modificar de una manera harto radical las costumbres de un pueblo sumido aún en secular sujeción.

La gente del campo quedaba indiferente, o casi, a los recientes acontecimientos. Los Próceres sabían también qué movedizo, ilusorio y peligroso era el concurso de las clases inferiores. Veían a aquellas plebes vibrantes, ebrias por la

repentina revelación de su poder, dispuestas a llevar en triunfo, y en el mismo momento a degollar, a sus tiranos o a sus libertadores, quienes distinguían ellas imperfectamente unos de otros. Casi por sorpresa era cómo, en Quito, en Caracas, lo mismo que en Santa Fe y en Santiago, los patriotas habían podido indicar al pueblo el papel que había de desempeñar. Y, aun en Buenos Aires, en donde la iniciación política tenía más motivos para haberse generalizado, no se atrevían los Próceres a valuar en más de *dos mil* el número de personas conscientes del cambio que habían ellas contribuido a determinar [1].

Y, por lo tanto, ¡qué lujo de seducciones van a desplegar los Próceres para intentar captar la indispensable adhesión del proletariado sudamericano! En primer lugar, habrá el juramento, extrañamente paradógico, prestado ante el « Pueblo Soberano » por los miembros de la Junta, quienes juran gravemente « verter hasta la última gota de su sangre en defensa de nuestra santa religión católica, apostólica, romana, de nuestro amadísimo monarca Don Fernando VII, y de la libertad de la patria [2] ».

La adhesión a la Corona, considerada como artículo de fé por los pueblos de la América latina, no estaba menos inveterada en ellos que la afición a la pompa exterior y al brillo, afición tan cumplidamente satisfecha hasta entonces por los gobernantes españoles. Importaba, pues, atender a tales exigencias, y tampoco omitirán los patriotas publicar una serie de decretos que reglamenten minuciosamente los títulos, honores y prerrogativas de que, en lo sucesivo, estarán investidas las Juntas coloniales. A imitación de las de España, se dan a sí mismas los títulos de « Alteza », hasta de « Majestad », atribuyen a sus miembros suntuosos uniformes, establecen categorías, asisten en corporación a las fiestas y ceremonias religiosas, e instituyen otras nuevas.

1. V. Gervinus, *op. cit.*, p. 125, según un folleto sobre la revolución de Buenos Aires, en Brackenridge, *Viaje a la América del Sur*, Leipzig, 1821, t. II.

2. Fórmula del juramento solemne prestado por los miembros de la Junta de Santa Fe en presencia del Ilustre Cabildo y de los diputados del Pueblo Soberano. Restrepo, *op. cit.*, t. II, p. 78. Fué, salvo algunas variantes, la misma para todas las Juntas coloniales. En todas ellas constan las palabras « defensa de Fernando VII » y « libertad de la patria ».

El pueblo, oficialmente calificado de « Soberano », lo fué en realidad, siquiera los primeros días, en Caracas, en Santa Fe sobre todo, en donde, durante la semana que siguió al Veinte de Julio, los habitantes invitados a participar desde la plaza a las deliberaciones de la Junta, le enviaban *resoluciones* escritas que sus *representantes* mandaban ejecutar en el acto. Varios oidores y ciertos españoles fueron, de la suerte, arrestados y encarcelados. Tuvo la Junta que mandar que algunos, cargados de grillos, fuesen paseados por las calles; y en cambio, fué menester dar libertad a presos cuya excarcelación era exigida por el pueblo.

Esta ingerencia directa del elemento popular en el gobierno, no dejaba de indignar a gran número de criollos cuyos sentimientos verdaderamente aristocráticos estaban en pugna con un sistema absurdo, según ellos, y cuyo resultado había de ser la anarquía. Los jefes tuvieron que emplear todas las facultades de persuasión de que eran capaces, para calmar tan justificadas quejas.

A más de esto se imponían preocupaciones de orden más grave. Urgentísimos esfuerzos eran necesarios para determinar las provincias del interior a pactar con el régimen naciente. Muchas regiones adonde no había podido llegar la propaganda o que se mostraban rebeldes a ella a consecuencia del predominio del elemento español, se convertían ya en poderosos focos de reacción.

En el virreino de la Plata, las ciudades de La Colonia y de Maldonado, las de Las Misiones, Corrientes, La Bajada y Santa Fe, de San Luis en las pampas, de Mendoza y San Juan al pie de los Andes, de Salta y Tucumán en las fronteras del Alto Perú, habían respondido, como Santiago de Chile, a la señal que partió de Buenos Aires. Pero en Montevideo, en Córdoba sobre todo, con Liniers por jefe, se organizaba la resistencia. El Paraguay no se había pronunciado. Belgrano, Mariano Moreno, Saavedra, « el incorruptible » Castelli, el sensato Passo, el austero Larrea, Matheu, Alberti, Miguel Azcuénaga[1], miembros directores de la Junta gubernativa.

1. Tomó parte después en las campañas del Perú, llegó a general y falleció en Buenos Aires.

se apresuraron a enviar a todas partes emisarios que, en caso de necesidad, serían apoyados por una expedición. Desde el 1° de junio, 1500 hombres aguerridos, núcleo del futuro ejército de la Junta, estaban listos para entrar en campaña.

En la medida de que se lo permitían los reducidos medios de acción de que disponía, la Junta de Caracas recurrió a medidas semejantes. Se había constituído definitivamente el 25 de abril, teniendo a su cabeza a los alcaldes Llamosas y Martín Toyar Ponte. Casi todos los antiguos regidores fueron llamados a tomar parte en el consejo de la Junta, la cual creó cuatro secretarios de Estado, con Fernando Key Muñoz en Gobernación, Nicolás Anzola en Gracia y Justicia, Lino de Clemente en la Guerra, y Juan Germán Roscio en Relaciones Exteriores. Su primer cuidado fué nombrar delegados encargados de procurar la adhesión de las capitales de provincia. El marqués del Toro y su hermano obtuvieron con facilidad que Valencia se pronunciara por la Revolución. Barcelona, Cumaná, la isla de la Margarita, Barinas siguieron aquel ejemplo, desde el 27 de abril al 1° de mayo. Coro y Maracaíbo se negaron a ello.

Para reducir esta oposición, que se anunció en seguida con un carácter de violencia no sospechada, no le iba a quedar más recurso a Caracas que proceder, como había hecho Buenos Aires, a un alistamiento de voluntarios. A esto se resolvió meses más tarde la Junta, cuando, a instigación de sus gobernadores D. Fernando Miyares[1] y D. José Ceballos[2], los cabildos de Coro y Maracaíbo hicieron encarcelar y maltratar a sus delegados. Pero, a más de las dificultades de reclutamiento y de organización de un cuerpo expedicionario, mucho más difíciles de vencer en la capital venezolana que en la de la Plata, la perspectiva de una guerra civil inevitable asestaba un golpe fatal al más hermoso de los planes íntimos de los patriotas de Caracas.

1. Nombrado capitán general de Caracas en 1810.
2. Ceballos y Moxo (José), fué gobernador y capitán general de Venezuela, de 1815 a 1820.

En efecto, creían poder enorgullecerse de haber sentado, no sólo las bases de una patria local, sino las de la gran patria americana. El concepto, familiar en Miranda, de una « Confederación general de Sudamérica » preocupaba, en Caracas, a sus discípulos más inmediatos, quienes habían recibido, en vísperas de la Revolución, un nuevo y alentador comunicado. Desde el mes de julio de 1809, el gobierno de los Estados Unidos había dado a entender, en casi todos los centros sudamericanos, a los criollos influentes, que estaba dispuesto, si sus respectivos países, una vez proclamada su independencia, enviaban delegados al Congreso federal, a acogerles fraternalmente y a examinar, de acuerdo con ellos, la eventualidad de una « confederación panamericana[1] ».

Estas insinuaciones, más que desinteresadas, al parecer, no fueron acaso extrañas a la redacción del manifiesto del 27 de abril[2], por el cual la Junta, al mismo tiempo que invitaba a los cabildos a erigirse, a ejemplo suyo, en gobiernos autónomos, les sugería también que prestaran su concurso a la obra magna de la confederación de la América española. « Nuestra causa es una, añadía el manifiesto, una debe ser nuestra divisa : fidelidad á nuestro desgraciado monarca, guerra a su tirano opresor; fraternidad y constancia ».

A este llamamiento, el patriota chileno Martínez de Rosas respondió tratando de hacer discutir por sus colegas de la Junta de Santiago, en la sesión del 26 de noviembre de 1810, la « posibilidad de una unión de toda América por medio de un Congreso general ». No se dió desarrollo a esta tentativa, y el « tratado de amistad, unión y alianza federativa », firmado al año siguiente, el 28 de mayo de 1811, en Santa Fe, por el canónigo Madariaga en nombre de Venezuela, y por el presidente Lozano por Nueva Granada, había de ser la consecuencia, única y precaria por cierto, de aquellos harto vastos planes políticos.

Sin embargo, mientras llegaba la hora de tener que renunciar a sus deseos, los Próceres de Caracas habían, en

1. V. Gil Fortoul, *op. cit.*, p. 128.
2. V. *supra*, § 3.

el primer momento de entusiasmo, resuelto el envío de una misión diplomática a Washington, y escogido como embajadores a Juan Vicente Bolívar y a Telésforo de Orea. Pero, cuando se disponían éstos a ponerse en camino, hacia la segunda semana de mayo, recibieron por sola instrucción el obtener del gobierno federal la autorización de proceder a compras de municiones y de armas. Había pasado la hora de las grandes ambiciones, y la tan notoria ausencia de unanimidad en los sentimientos de los pueblos venezolanos relegaba a una fecha indeterminada toda preocupación que no fuese la de asegurar, por la fuerza, la adhesión de las provincias refractarias. Pero, no había en Venezuela ningún elemento serio de organización militar : era menester recurrir a la ayuda de extraños, y no tardó la Junta en decidir de envíar igualmente emisarios a las Antillas inglesas : Vicente Salias y Mariano Montilla recibieron encargo de ir a solicitar a las autoridades de Jamaica y de Curazao.

Desde luego, no habían omitido los Próceres el notificar oficialmente a los gobernadores británicos el advenimiento de la Junta, y éstos les dirigieron en seguida las más insinuantes felicitaciones. « La manera de como acabáis de asumir el gobierno de las provincias de Venezuela, escribía el brigadier general Layard, gobernador de Curazao, a « Su Alteza » la Junta[1], debe ser y será ciertamente motivo de admiración para las edades venideras... Vuestra Alteza ha tenido a bien darme la seguridad de que, cualquiera que sea el destino de la metrópoli, la América española ha de quedar amiga fiel e íntima aliada de la Gran Bretaña. Tales sentimientos me son infinitamente gratos, así como la intención manifestada por Vuestra Alteza de unirse a Su Majestad Británica por lazos más estrechos y de reservar a los súbditos ingleses mayores ventajas comerciales tan pronto como las circunstancias permitan a Vuestra Alteza examinar con más detenimiento tan importante asunto ». El general Layard ponía también en conocimiento de la Junta que pedía a Londres autorización respecto de las armas, que no se haría esperar dicha auto-

1. Palacio de Curazao, 14 de mayo de 1810. W. O. 1/103, nº 13.

rización y que concedería él en seguida « toda especie de facilidades en este sentido a los enviados venezolanos que tuviera a bien la Junta acreditar cerca de su persona ». No menor apresuramiento mostró el almirante Cochrane en cumplimentar a los miembros de la Junta, y les anunciaba, desde Bridgetown, que tenía a su disposición un barco para en caso de que gustaran de enviar una misión diplomática a Inglaterra[1].

Es fácil concebir la satisfacción que debieron de producir en Caracas tales ofrecimientos. Los Próceres descubrieron en ellos la confirmación de las esperanzas que Miranda les había hecho entrever, recientemente, de un patronato siempre posible de la Gran Bretaña. Tampoco dejaba de temer la Junta la eventualidad de un cambio feliz en los asuntos de la Península, el cual, al devolver firmeza y prestigio al partido español en América, podía contrariar profundamente, si no comprometer, la viabilidad del régimen naciente. Así pues, el apoyo de Inglaterra era doblemente codiciable, y, sin más tardar, se procedió a designar negociadores de los más calificados para obtenerlo.

La candidatura de Bolívar reunió todos los votos. El espíritu de intriga de que acababa de dar pruebas, la estima en que le tenían sus compatriotas, su gallarda apostura, su fortuna, sus capacidades, el ardor de su fe liberal, le designaban para el delicado y sabio papel que había de desempeñar en Londres. En efecto, allí habría de discutir quizá, de justificar cuando menos, las manifiestas pretensiones de Venezuela, y dejar entender lo bastante las demás, para crearse derechos a verlas sostener cuando conviniera proclamarlas. El joven embajador había de dar asimismo a los ministros ingleses una idea ventajosa del gobierno y de los representantes de su país, y, en fin, maniobrar con la suficiente habilidad para ganar a la causa sudamericana las simpatías del gabinete de Londres, a falta de su colaboración.

1. Sir A. Cochrane al presidente de la Junta provincial de Caracas, 17 de mayo de 1810. Barbadoes, 4ms. *Neptune*. — R. O. F. O. Spain, vol. 98.

2. V. *supra*, lib. II, cap. II, § 5.

Bolívar, a quien la Junta confería, para la circunstancia, el grado de coronel y el título de « diputado principal de Caracas », tomó al industrioso López Méndez como « segundo diputado ». y a Andrés Bello como secretario[1].

Las instrucciones oficiales que redactó Roscio para « los comisionados cuya previsión y cuyos sentimientos altamente patrióticos son conocidos de Su Alteza », se limitaban « a indicar el modo con q[e] ha de satisfacerse á las questiones siguientes q[e] son las q[e] mas natural y oportunamente deben proponerse por parte del Ministerio Britanico ».

« *Primera pregunta.* ¿Qué motivos ha habido p[a] la remoción de las autoridades constituídas p[r] la Junta Central de España, p[a] la instalación del nuevo Gobierno de Caracas?

« *Contestación.* Fué el primero la ilegitimidad de aquella Junta... la qual p[r] la autoridad del Monarca desconocido, solo podía ser delegada p[r] la comunidad de Españoles de ambos Mundos... Fué el segundo motivo p[a] nuestra resolución la arbitrariedad con q[e] se administraba la justicia p[r] parte de unos Magistrados á quienes las atenciones preferentes de nuestro Gobierno supremo habían constituido en la mas absoluta independencia... Por otra parte... no había mas partido saludable p[a] los Americanos q[e] imitar el ejemplo mismo de las Provincias de España, cada una de las quales se formó una Junta compuesta de individuos de su confianza... »

« *Segunda pregunta* : ¿Quales son las miras que tiene el Gobierno actual de Caracas?

« *Contestación* : Primeramente consultar la opinión de los habitantes de las Provincias de Venezuela, convocando Diputados elegidos p[r] todos los pueblos... Son tan universales los sentimientos en favor de nuestra adhesión á la Metrópoli, si prevalece en ella la buena causa; tan decidida la disposición general á invocar la protección británica p[a] el establecimiento de nuestra independencia en el caso contrario, q[e] aun los Gobiernos actuales de la Península, no deben ni desaprobar ni temer un acto q[e] solo

1. *Gaceta de Caracas*, 4 de junio de 1810.

servirá para hacer mas solemnes nuestros votos de fidelidad al mismo tiempo q^{e} nos asegura contra los peligros q^{c} podría correr nuestra libertad política, encomendada exclusivamente á la opinión particular de unos Xefes extraños p^{a} nosotros, llenos de conexiones con los payses ocupados p^{r} los Franceses y q^{c} en todas partes han estado menos prontos q^{e} la masa del pueblo á abrazar y proclamar la buena causa. Si el voto de Venezuela emitido de un modo tan auténtico y solemne, no puede menos de ser lisonjero á la Gran Bretaña, como q^{e} le manifestará nuestra disposición á colocarnos baxo sus auspicios p^{a} salvarnos de los males de una horfandad política; la magnanimidad del Gobierno Británico no le permitirá desentenderse de una confianza tan gloriosa. y su generosidad debe empeñarle á usar de ella p^{a} nuestra salud y beneficio...

« 2° Organizar nuestros medios defensivos, aligerar las cargas enormes q^{e} pesan sobre nuestra agricultura y comercio. hacer mas imparcial y menos gravosa la administración de justicia, eran puntos de primiera necesidad y que estaban absolutamente desatendidos. El Gobierno de Caracas ha dirigido una parte de su atención á ellos... »

« Venezuela adherirá siempre á los intereses generales de América, y estará pronta á enlazarse intimamente con todos los pueblos q^{c} resten inmunes de la usurpación francesa, y q^{c} reconozcan estas bases preliminares : conservación de los derechos de nuestro amado Soberano el Señor Don Fernando VII; sufragio libre de los ciudadanos españoles del Nuevo Mundo en los puntos q^{c} directamente interesan á su destino presente y futuro : integridad y pureza de la religión de Jesu-Cristo. »

« *Tercera pregunta* : ¿Baxo q^{e} aspecto considera Caracas á la Metrópoli del Imperio Español, y al Consejo de Regencia?

« *Contestación* : Caracas se considera como parte integrante de la España... Los comisionados tendrán presente lo expuesto en nuestra contestación al Consejo de Regencia, y en otros papeles q^{e} se han dado á luz p^{r} esta Junta. Una copia del plan p^{a} el establecimiento de una diputación gral de Venezuela puede también servirles oportunamente p^{a} calificar los principios equitativos y francos de S. A. »

« *Cuarta pregunta* : ¿Qual es el partido de Venezuela con respecto á las pretensiones de la Casa del Brasil[1] ó de otras q[e] tengan relaciones con nuestra dinastía? »

« *Contestación* : Venezuela estará pronta á conformarse con el voto de la pluralidad de todas las partes libres del Imperio Español, siempre q[e] este voto sea pronunciado con libertad y conforme á los principios q[e] quedan expuestos. »

Las instrucciones prescribían además a los comisionados que pidiesen al gobierno inglés autorización para comprar armas; habían de conducirse con moderación y dignidad, en caso de que las circunstancias los pusieran en presencia de los embajadores españoles acreditados en Londres y les obligaran a comunicar con ellos oficial o privadamente. La sola instrucción positiva que de este documento intencionalmente confuso, verboso y prolijo había de retener Bolívar estaba contenida en la lacónica frase que lo terminaba : « Manejarse en todo como lo exijan nuestros intereses bien entendidos[2] ».

Los jefes de la revolución venezolana estaban, a pesar de todo, lo bastante bien informados de la situación política de la Gran Bretaña, para contar obtener de ella algo más que la neutralidad complaciente, la semicomplicidad, a lo sumo, harto favorable a los intereses políticos británicos, sin que fuera necesario ir a provocar su confirmación oficial. Tal era, cuando menos, la opinión íntima de los Próceres que formaban parte del reducido grupo que dirigía el movimiento. El inesperado celo de los gobernadores de las Antillas inglesas no les ilusionaba sobremanera. Pero habían acogido presurosos aquel pretexto para

1. Se trata aquí de la princesa Carlota, cuyas intrigas en Buenos Aires hemos señalado, y que pretendía ponerse, en España misma, a la cabeza del gobierno. Seguía tratando de entrar en relaciones con los patriotas de Chile, del Perú y de las demás regiones sudamericanas. Algún tiempo después, sostuvo correspondencia seguida con los delegados coloniales en Cádiz. Muchos de los Próceres, sobre todo en Buenos Aires, creían aún en la posibilídad del establecimiento de un gobierno independiente en América, del cual habría sido jefe Carlota.

2. Instrucciones de Su Alteza la Junta Suprema de Venezuela a sus Comisionados delegados a la Corte de Londres. Caracas, 2 de junio de 1810. Una copia de este documento inédito, y del que no existe, que nosotros sepamos, ningún otro ejemplar, se halla en el Archivo inglés. *War Office* (*Curazao*) 1/104.

decidir a la Junta al envío de una embajada, pues acababan de concebir el atrevido, y, según ellos, providencial proyecto de llamar en ayuda suya a Miranda. Y, después de todo, quizá trajesen los comisionados alguna seguridad más precisa del gabinete de Londres, lo cual sería del todo beneficioso. En todo caso, Bolívar prometía a sus amigos traerles al Gran Maestre.

El 9 de junio, el bergantín de guerra *General Lord Wellington*, destacado por el almirante Cochrane de la estación naval de la Barbada, y que, desde hacía dos días, fondeaba en La Guayra, se hacía a la vela, llevando a su bordo a los « diputados » de Caracas.

V[1]

La actitud de las autoridades coloniales inglesas para con la nueva Junta merecía, cuando menos, una censura por parte del gobierno aliado de España. No obstante, la argumentación empleada por el conde de Liverpool, secretario de Estado para las colonias, para justificar aquella indispensable reprimenda suavizaba singularmente su rigor : « No habéis estado acertado, escribía al general Layard, en haber, no sólo reconocido al gobierno de Caracas, sino además aprobado sus actos, en documentos oficiales y públicos... Mientras la nación española persevere en su resistencia a la invasión francesa, y que una esperanza razonable de éxito quede siendo posible, Su Majestad tiene el deber de desanimar toda iniciativa que pueda tener por resultado provocar una separación entre las provincias españolas y la madre patria. Si España sucumbiera, Su Majestad defendería las Colonias españolas contra la España

1. *Times* de 27 de julio, 11 y 16 de agosto de 1810.
Morning Chronicle de 12, 18 y 24 de julio, 15 y 23 de agosto, 5, 6, 11 y 25 de septiembre de 1810.
Morning Herald, 19, 25, 26 de julio, 11 de agosto, 7 de septiembre de 1810.
Morning Post, 11, 17 de septiembre de 1810.
Boyle's Court Guide, 1810.
Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello, op. cit.* Extractos en **D.** 11, 471. Rojas, *Simón Bolívar* (Documentos), París, 1883.

francesa... Tampoco puede Su Majestad sostener una parte de la monarquía española contra otra, desde el momento que reconocen igualmente al mismo soberano y se oponen a la usurpación. Sin embargo, el Rey consiente en desempeñar el papel de mediador, pero no tiene para qué intervenir en lo que respecta a la forma interior de gobierno que pudieran darse las provincias de Caracas o toda otra provincia de la monarquía.... No cumple a Vos hacer acto de hostilidad directa o indirecta hacia las autoridades o los habitantes de esas provincias, en caso de que persistan en su determinación de independencia. Habréis de evitar asimismo el recurrir a medidas que tengan carácter de reconocimiento o que puedan ser interpretadas como tales; no obstante, es indispensable que nada perjudique las relaciones comerciales u otras establecidas entre el país de vuestra residencia y Caracas... El gobierno se halla, por culpa vuestra, en una situación muy embarazosa : una denegación formal descontentaría a las Colonias españolas; una no denegación descontentaría a España [1] ».

Bajo el aspecto de este dilema es como se presenta entonces la política sudamericana de Inglaterra. Pero la supremacía adquirida por la Gran Bretaña, su poderío y su prosperidad, la superior habilidad de sus hombres de Estado le permiten entrever, sin gran inquietud, la solución de una dificultad, secundaria además, frente a sus preocupaciones del momento. Y hasta parece resuelto a medias el problema, pues nadie se atrevería a negar al despotismo británico el monopolio del comercio marítimo que el Bloqueo ha dejado subsistir. Acerca de esto, no tiene Inglaterra, sobre todo en el Nuevo Mundo, que temer competencia de ningún género. Aun la metrópoli misma, ¿qué podría contra un rival que reina por la fuerza en todos los sitios en que no reina como dueño absoluto por el contrabando [2]? Hasta tal punto que, de no tener en cuenta el tradicional empeño de Inglaterra en conservar las apariencias de una perfecta corrección política, no sería posible explicarse la

1. El conde de Liverpool al general Layard, 29 de junio y 10 de julio de 1810. W. O. 1/103.

2. V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. VII, lib. II, cap. II, § 5.

insistencia con que, en este momento, pide al gobierno español el reconocimiento oficial de privilegios comerciales adquiridos ya en principio y de hecho.

Esta negociación había sido entablada a raíz de la firma del tratado de Londres del 14 de enero de 1809, por el cual Su Majestad Británica prometía a Fernando VII « toda su asistencia para hacer causa común contra los Franceses[1] ». Sin embargo ni los esfuerzos de Canning cerca de los embajadores de España en Londres, D. Pedro de Ceballos y el almirante de Apodaca, ni los del ministro de Inglaterra en Sevilla, marqués de Wellesley, cerca de D. Martín Garay, secretario general de la Junta Suprema, habían dado por resultado la conclusión, deseada por el gabinete británico, de un tratado de comercio entre ambos países. Hacía más de un año que duraba la discusión, cuando llegó a Londres la noticia de los acontecimientos de abril de 1810. El marqués de Wellesley acababa de substituir a Canning en el Foreign Office. En seguida prescribió a su hermano, sir Henry, que al mismo tiempo le había sucedido en la legación de Inglaterra, transferida por entonces a Cádiz, que reanudara las negociaciones pendientes para la conclusión del convenio comercial : « Los socorros que hasta la fecha ha concedido a España Su Majestad, escribía el 13 de julio de 1810[2], no han sido limitados sino por la extensión de los recursos de su reino ; pero es evidente que este apoyo debe cesar si no nos son suministrados con precisión recursos adicionales. Consisten éstos ante todo, como bien sabéis, en abrir a los súbditos de Su Majestad algunas de las grandes ramas del comercio con las Colonias españolas. Tened a bien hacerlo entender en los términos más claros... Los diputados de Caracas acaban de llegar a Londres... No dejo de abrigar la esperanza de que este acontecimiento pueda contribuir al resultado que perseguimos ».

« Al mismo tiempo, es necesario que os prevenga, añadía confidencialmente Wellesley, que, aun en caso de que la provincia de Venezuela siguiera desconociendo la auto-

1. R. O. F. O. *Treaties, Protocoles.* Spain 51, nº 6.
2. A Sir Henry Wellesley, F. O. Spain, 93, despachos nºs 2 y 22. Confidencial.

ridad del consejo de regencia, no entra en las intenciones del gobierno de Su Majestad el renunciar a relaciones amistosas con esa colonia. Y menos aún habríamos de prestarnos a obligarla por la fuerza a someterse. Es éste un punto muy delicado, y a vos dejo el cuidado de sacar de él el partido más ventajoso. »

De estas indicaciones se desprende, pues, la línea de conducta que en lo sucesivo va a seguir el gabinete de Saint-James : por una parte, intimidar al consejo de regencia por el solo hecho de recibir y de escuchar a los embajadores de la colonia rebelde, y determinar así a España a que acate la voluntad inglesa; dar al mismo tiempo a Venezuela la impresión de que sólo el respeto debido a compromisos solemnes prohibe el ser más complacientes para con ella, y, con esto, reservarse los beneficios eventuales de su gratitud; presentarse como mediadora inevitable entre ambos partidos, y, bajo las apariencias de trabajar en interés de cada uno, no trabajar, en realidad más que para ella sola : tal es el plan que se ha impuesto Inglaterra, y que se dispone a observar exactamente su ministro en el momento en que Bolívar y su séquito desembarcan en Southampton.

Ocurría esto el 11 de julio. Los primeros testimonios de deferencia que Wellesley entendía reservar a la misión venezolana no se hicieron esperar. Desde el 12, los pasaportes para la capital, solicitados directamente por los diputados al Foreign Office, estaban a su disposición, y, a su llegada, al día siguiente, al Morin's Hotel, en Londres, hallaron una carta muy cortés de bienvenida por la cual, contestando a su solicitud de audiencia, Wellesley les manifestaba el placer que tendría en recibirles en su casa de recreo de Aspley, tan pronto como lo desearan. El joven William Wellesley, sobrino del secretario de Estado, recibió encargo de entenderse con ellos acerca de la fecha de aquella primera entrevista, que quedó fijada para el 17 de julio.

Bajo la favorable impresión de aquella acogida, Bolívar, acompañado de López Méndez y de Bello, se presentó, el día convenido, en Aspley House. Los diputados, introducidos en seguida ante el marqués, le entregaron sus cartas

credenciales, y, tan pronto como terminó éste su lectura, Bolívar, dejándose arrastrar con tanta mayor facilidad por su fogoso temperamento cuanto que la forma privada de la entrevista le permitía, según él, menos reserva, resumió los acontecimientos de Caracas, hizo un cuadro patético de la situación de sus compatriotas « ansiosos de sacudir, fuera como fuera, un yugo inaguantable », y concluyó suplicando al ministro que concediera el apoyo de Inglaterra a Venezuela, la cual podría, entonces, proclamarse independiente...

Wellesley había escuchado impasible la arenga. Contestó que le era imposible dar oídos a semejante lenguaje[1]. « Vuestras palabras, precisó, están en flagrante contradicción con el texto de las cartas que me entregáis. ¿No es « En nombre de Don Fernando VII, rey de España y de las Indias » que « la Junta Suprema, conservadora de Sus derechos en Venezuela[2], os acredita ante el gobierno de Su Majestad? » Satisfecho entonces del desconcierto que se leía en los semblantes de sus interlocutores, Wellesley, reanudando en tono menos severo la conversación, expuso a los diputados que los lazos que unían su país a España y que resultaban de un tratado solemne, no permitían al gobierno británico prometer a Venezuela más que el apoyo de sus flotas, en caso de un ataque de los Franceses : « No podemos intervenir en vuestras contiendas con la Regencia, y no puedo sino animaros a someteros a ese consejo reconocido por nosotros. La constante lealtad de los Venezolanos hacia su soberano legítimo ha de quedar aquí para vosotros una máxima invariable. Y sólo a esta condición me será permitido escucharos ». El ministro autorizó, bajo esta salvedad, a los diputados a que le manifestaran, por nota verbal, la expresión de sus deseos. Añadió sin embargo que la recepción oficial que pronto les concedería no podría efectuarse sino en presencia de los embajadores de España acreditados en Londres.

Los diputados se retiraron, contentos, después de todo, de la entrevista. Sentían algún despecho por haber oído

1. V. el relato de Bello. Amunátegui, *op. loc. cit.*
2. Cartas credenciales de los diputados de Venezuela, F. O. Spain, vol. 106.

que la alianza de Inglaterra con España tenía un carácter más estrecho de lo que en Caracas se imaginaban. Pero, esta consideración misma, añadida a lo que sabían acerca de los modales despóticos y de la habitual nervosidad del marqués de Wellesley, avaloraba más las circunlocuciones con que el ministro había adornado su negativa. Habían sido escuchados, lo cual era ya mucho. En el informe que Bolívar y López Méndez dirigieron a la Junta, las impresiones que les había producido la audiencia se expresaban muy justamente en estos términos : « A pesar de cuanto se ha hecho para desanimarnos.., las insinuaciones de Venezuela han sido acogidas y registradas por lord Wellesley con toda la imparcialidad y deferencia que podíamos esperar[1] ».

Las atenciones que la sociedad londinense prodigaba a los diputados eran por sí solas lo bastante halagüeñas para ahorrarles todo motivo de disgusto. Según escribían a sus amigos de Venezuela[2], « su llegada había causado cierta sensación en Londres ». Recibían en el Morin's Hotel numerosas visitas. El conde de Mornington, el hermano del almirante Cochrane se hacían anunciar a diario. El duque de Gloucester, sobrino del rey, organizaba « partidas de placer », les convidaba a comer. « Los Embajadores de la América del Sur » — con este título designaban los periódicos a Bolivar y a López Méndez — trataban de justificar, por una fastuosa elegancia, las distinciones de que eran objeto. Aprovechando los últimos hermosos días de la estación, se mostraban en Bond-Street o Hyde-Park en magnífico carruaje. Los diarios señalaban su presencia en la Ópera, en Astely's Amphithéâtre; Bolívar había tomado día en el estudio de Gill[3], el pintor de moda. La recepción oficial de los diputados en el Foreign Office se efectuó el 19 de julio, y los embajadores de España : duque

1. Bolívar y López Méndez a la Junta, 2 de agosto de 1810. W. O. 1/105. Los despachos de los comisionados venezolanos fueron enviados a su gobierno por medio del general Layard, teniente gobernador de Curazao.
2. V. la llamada anterior.
3. GILL (Charles), pintor retratista, hijo de un pastelero de Bath. Fué discípulo preferido de Reynolds, y expuso en la Royal Academy, de 1772 a 1819.

de Albuquerque y almirante Apodaca, que a ella habían sido convocados, no dejaron de manifestar cuáles habían sido su sorpresa y su disgusto al ver tratar con tales distinciones a los diputados de Caracas [1].

Por otra parte, éstos se apresuraban a redactar y a dirigir al secretario de Estado la nota verbal, que de nuevo les fué pedida por Wellesley en el transcurso de la recepción oficial. Este documento, que lleva la fecha de 21 de julio [2], comenzaba insistiendo acerca del hecho de que « Venezuela, lejos de aspirar a romper los lazos que la han unido a la metrópoli, desea sólo poder adoptar una línea de conducta capaz de sustraerla a los peligros que la amenazan. Aunque independiente del consejo de regencia, no por eso se considera la colonia menos fiel a su rey, ni menos interesada en la lucha santa que sostiene España ». Los diputados piden la protección de Inglaterra contra Francia, y armas « para asegurar la defensa de la colonia contra el enemigo común ». Solicitan « la excelsa mediación de Su Majestad Británica para el mantenimiento de la paz entre los habitantes de Venezuela y sus hermanos de los dos hemisferios ». Se dicen autorizados en nombre de su gobierno para « informar al de Inglaterra que sería oportuno enviar instrucciones a las autoridades civiles y militares de las Antillas inglesas, con objeto de que éstas favorezcan, con todo su poder, los deseos arriba indicados de la Junta de Caracas, y que se apliquen especialmente en mantener las relaciones comerciales entre los habitantes de Venezuela y los súbditos de Su Majestad Británica, debiendo éstos, en todos los casos, beneficiar del trato de nación más favorecida. »

Era difícil expresarse en lenguaje más sutil y más hábil. Al mismo tiempo que, en expresiones mesuradas, manifestaban su propósito de quedar unidos a la metrópoli, y su adhesión a los derechos, notoriamente ilusorios, de Fernando VII, los Venezolanos señalaban expresamente que la Junta no dependía de la Regencia, lo cual venía a ser como sentar en principio la autonomía absoluta de la colonia.

1. Despacho nº 83 de Henry Wellesley al marqués de Wellesley. Cádiz, 29 de agosto de 1810. F. O. Spain 97.
2. F. O. Spain, vol. 106.

En este sentido era cómo solicitaba Venezuela una mediación, la cual, por el hecho de serle consentida, había de investir a la Junta de una soberanía igual a la del consejo de regencia. En fin, los privilegios comerciales ofrecidos a Inglaterra constituían el argumento seductor por excelencia y decisivo[1].

En el « Memorándum de las conferencias efectuadas entre el marqués de Wellesley y los comisionados de Venezuela[2] », que servía de contestación a aquella nota y fué comunicado oficialmente, el 8 de agosto, a los embajadores españoles, el gabinete de Londres parecía no tratar sino de justificarse cerca de su aliada por haber acogido a los representantes del gobierno de Caracas : « De los documentos examinados resulta que Venezuela queda fielmente adicta a la causa de Fernando VII, que ha constituído las autoridades provisionales de su gobierno en nombre y en interés de este príncipe... que esa colonia manifiesta la firme resolución de oponerse a los progresos del poder de Francia.... Estos consideraban el carácter amistoso de la acogida que el gobierno de Su Majestad ha creído deber reservar a los comisionados diputados por Venezuela.... No obstante, al recibirles de aquel modo, no omitió lord Wellesley el manifestarles claramente los peligros que para los intereses generales de la monarquía española y de los aliados habrían de resultar de la no aceptación por Venezuela del gobierno reconocido en la Península; se ha esforzado a persuadirles de la necesidad que a esa colonia se impone de adoptar sin retraso una actitud más conciliadora y de reconocer la autoridad ejercida mutuamente por el gobierno de la metrópoli en nombre del soberano común.... »

Además, los comisionados venezolanos recibieron una nota, con fecha de 9 de agosto[3], y que respondía explícitamente a cada una de sus proposiciones : « Inglaterra promete a Venezuela protección contra Francia. La Junta habrá de tratar de reconciliarse con el gobierno central. Para ello, Inglaterra interpondrá su mediación. El mante-

1. Cf. Gil Fortoul, *op. cit.*, t. I, lib. II, cap. I.
2. F. O. Spain, vol. 106.
3. F. O. Spain, vol. 106.

nimiento de las relaciones de comercio y de amistad con la madre patria es necesario, así como lo es el envío de subsidios a ésta. — Las instrucciones pedidas han sido enviadas a las autoridades coloniales inglesas. »

Había pues motivo para que Bolívar y Méndez rebajaran mucho del optimismo de sus primeras impresiones si, según toda probabilidad, no hubiesen estado al tanto, por Wellesley mismo, de la contestación que se veía obligado a darles públicamente. Aunque bastante delicado de salud en aquel momento, el ministro había querido recibirles de nuevo, el 4 de agosto, en Apsley-House. Les prometió poner a su disposición un buque de guerra que les transportara a América, y no limitó a esto las demostraciones de su benevolencia, si se ha de dar crédito al informe con que los diputados dieron cuenta a la Junta del resultado de esta última entrevista : « Los procederes del ministro no han podido ser más favorables, dadas las circunstancias actuales. Los agentes de la Regencia han intrigado muchísimo y hecho contra nosotros cuanto han podido. Gozan aquí de considerable influencia[1]. »

Mientras llegaban las instrucciones del consejo de regencia que le permitiesen expresar oficialmente al marqués de Wellesley « el marcadísimo sentimiento con que consideraba su gobierno las explicaciones que acababan de serle dadas[2] », el embajador de España había hecho oir en Cádiz las más vivas protestas respecto de la condescendencia demostrada por Inglaterra a los enviados sudamericanos. Desde el 31 de julio, el consejo, cediendo en parte a las sugestiones de Apodaca, declaró Costa Firme en estado de bloqueo, y de rebelión manifiesta á sus habitantes. Los diputados de Caracas no tenían ya motivo para tratar con los aliados de España. Habían de considerar su mandato como terminado, y así lo notificaron expresamente al gobierno británico el 10 de agosto, « permitiéndose hacerle observar que, siendo el no reconocimiento del consejo de regencia una de las bases funda-

1. Informe del 21 de agosto, W. O. 1/106.
2. Contestación del almirante Apodaca al memorándum relativo a los diputados sudamericanos. Londres, 8 de octubre de 1810. F. O. Spain, vol. 101.

mentales de la Junta gubernativa, sólo bajo reserva de esta condición podría ésta subscribir a las indicaciones del gobierno de Su Majestad Británica[1] ».

Así pues, en lo que concernía a Inglaterra, Bolívar había, en definitiva, cumplido sus instrucciones con más éxito aún del que se habrían atrevido a esperar sus compatriotas. Sin embargo, el objeto principal de la misión era, como ya hemos visto, decidir a Miranda a que fuese a asumir la dirección del movimiento en América, y, desde su llegada a Londres, los diputados de Caracas no habían descuidado de tantear, acerca de esto, el estado de ánimo del Precursor. Pero, sobre todo desde el momento en que iban a finalizar las negociaciones con el gobierno británico, vemos a Bolívar, aprovechando la libertad de acción que acababa de recuperar, perseguir con ardor la realización del proyecto al que más encariñado estaba.

El sólo hecho de entablar negociaciones con Miranda constituía un paso muy grave, y acerca del cual se habían mostrado de lo más explícitas las instrucciones de la Junta : « Miranda, el General q^{e} fué de la Francia, maquinó contra los dros. de la Monarquía q^{e} tratamos de conservar, y el Gobierno de Caracas, p^{r} las tentativas q^{e} practicó contra esta Provincia en el año de 1806 p^{r} la costa de Ocumare y p^{r} Coro, ofreció 30 000 pesos p^{r} su cabeza. Nosotros consequentes en nuestra conducta debemos mirarlo como rebelado contra Fernando VII, y baxo de esta inteligencia si estuviese en Londres, ó en otra parte de las escalas ó recaladas de los comisionados de este nuevo Gobierno, y si se acercase á ellos sabrán tratarle como corresponde á estos principios, y á la inmunidad del territorio donde se hallase : y si su actual situación pudiese contribuir de algun modo q^{e} sea decente á la comisión, no será menospreciado[2]. »

Este párrafo distaba mucho de reflejar las intenciones verdaderas de los jefes de la revolución a instigación de los cuales obraba la Junta. Deseosos de conciliarse más

1. Nota de los diputados de Caracas a Su Excelencia el marqués de Wellesley, el 10 de agosto de 1810. F. O. Spain, vol. 106.
2. Instrucciones, etc., v. *supra*.

completamente la benevolencia del gabinete de Londres, y obligados además a recurrir a la mediación de las autoridades británicas de las Antillas para todos los comunicados que hubiesen de intervenir entre el gobierno de Caracas y sus embajadores, los Próceres habían hecho autorizar a los diputados a que dieran conocimiento de sus instrucciones a los ministros ingleses. Era pues imposible expresarse de otra manera en un documento oficial cuyo contenido, además, sólo bajo esta condición habría sido aprobado por muchos de los patriotas de la Junta. Los diputados habían interpretado perfectamente tales reticencias, y también acerca de este punto parecen haber demostrado alguna complacencia los representantes del gobierno británico : hasta fué éste uno de los más vehementes agravios de los embajadores de España en Londres quienes seguían pidiendo, aunque sin éxito, contra Miranda los rigores de la policía inglesa en el momento mismo en que el secretario de Estado daba audiencia a « impudentes criollos » públicamente en relaciones con el agitador.

Sin embargo, Bolívar había conservado a aquellas relaciones toda la discreción a que le obligaba su calidad diplomática. No vaciló, desde la promulgación del decreto de bloqueo, en dar la mayor ostentación posible a su nueva actitud. Aún no se había despedido del ministro de relaciones exteriores la misión venezolana, cuando ya mencionaban los diarios la presencia en el teatro, o la visita a los monumentos públicos, de los diputados de Caracas, siempre « en compañía del ilustre general Miranda ». Poco después, el pintor Gill terminó el retrato de Bolívar, y la elegante clientela del estudio de Chandler Street podía descifrar, sobre la medalla que el joven americano había hecho añadir a su traje, y que estaba sujeta por la cinta tricolor de Miranda, uno de los lemas preferidos también del Precursor : *Sin libertad no hay patria.* Los diputados de Caracas eran ahora los fervientes comensales de Grafton Square. Allí eran presentados por Miranda a todas las celebridades de Londres. José Lancaster, entre otros, cuyo famoso sistema hacía entonces furor, recordaba más tarde al Libertador, que se había convertido en pro-

tector suyo[1], « los largos discursos con que, decía él, expresaba yo compendiosamente mi método a los diputados de Caracas (de que tú formabas parte) en la habitación del General Miranda, en Grafton Street, Piccadilly, Londres, hacia el 26 ó 27 de septiembre de 1810[2] ».

Bolívar recibió entonces del Precursor en persona el supremo grado de iniciación de la « Gran Logia Americana », y repitió, dándoles esta vez todo su sentido, las fórmulas que ha poco había pronunciado ante los adeptos de la Logia de Cádiz[3].

Una profunda simpatía unió, desde su primer encuentro, a aquellos dos hombres en quienes se resumían todas las esperanzas de la libertad del Nuevo Mundo. Su colaboración fué tan espontánea como activa. Ateniéndose a los consejos de Miranda, quien, durante aquellos últimos años, había, más infatigablemente que nunca, proseguido su fecunda propaganda de prensa, comenzó Bolívar su carrera de publicista, que tan brillantes y útiles éxitos había de proporcionarle. La *Revista de Edimburgo* y los periódicos de Londres insertaron los vibrantes llamamientos que los dos venezolanos dirigían a la opinión europea. Comentando en una larga « Correspondencia », fictivamente fechada de Cádiz, publicada por el *Morning Chronicle* del 5 de septiembre de 1810, las consecuencias del decreto de bloqueo, Bolívar exhortó una vez más a Inglaterra que interviniese : « ¡ Cómo, decía él, podría la Gran Bretaña renunciar a los privilegios que, según nos lo aseguran, le han sido concedidos por Venezuela ! ¡ Cómo no ve que los recursos mismos de su alianza son empleados contra ella !... El día, que no está lejos, en que los Venezolanos se convenzan de que su moderación, el deseo que demuestran de sostener relaciones pacíficas con la metrópoli, sus sacrificios pecuniarios en fin, no les hayan merecido el respeto ni la gratitud a que creen tener

1. De 1824 a 1829, cuando Lancaster, emigrado en América, trató de organizar la enseñanza mutua en Colombia. Tuvo que renunciar a ello a la muerte de Bolívar. Lancaster falleció poco después, en situación precaria en Montreal, a la edad de 62 años.

2. Carta de Lancaster a Bolívar Caracas, 9 de julio de 1824. *Documentos* O'Leary, t. XII, p. 244.

3. V. *Supra*, lib. I, cap. III, § 3.

derecho, alzarán definitivamente la bandera de la Independencia y declararán la guerra a España. Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto, seguirán presurosos el ejemplo de Caracas. »

La entusiasta confianza que se transparenta en estas frases procedía de que Bolívar estaba ya seguro de haber ganado a Miranda a sus proyectos. El Precursor, dirigiéndose a la Junta venezolana (3 de agosto), le había manifestado en estos términos su decisión : « Permítame V. A. que uno de sus fieles y menores conciudadanos llegue á darles la enhorabuena por los gloriosos y memorables hechos del 19 de Abril de 1810; época la mas célebre en la historia de esa provincia, y para los anales del Nuevo Mundo... No es creíble el júbilo que estas noticias han producido tanto en estos países, como entre los mejores españoles y hombres buenos de la aflijida Europa... La sabia elección que V. A. hizo en los diputados, D. Simón de Bolívar y D. Luis López Méndez, enviados á esta Corte, no ha contribuido menos para la favorable acojida y buen éxito que promete esta importante negociación. Informados, pues estos S. S. al arribo á esta capital, de los pasos que antecedentemente yo tenía dados sobre el propio asunto, y aprovechando todas estas circunstancias, procedieron con tal tino y destreza, en las primeras conferencias, que se han adquirido bastante honor personalmente y mucho crédito para el país que aquí los envió... He presentado á este Gobierno el memorial adjunto... poniendo así término á las negociaciones que desde veinte años á esta parte tenía establecidas en favor de nuestra emancipación ó independencia, y solicitando al mismo tiempo el permiso debido para regresar á mi amada patria, en calidad de uno de sus ciudadanos. No dudo me conceda este ministerio tan justa y equitativa demanda; y espero que V. A. aprueba igualmente estos deseos, dictados por mi celo, y unos sentimientos tan patrióticos como naturales [1]. »

1. Miranda a la Junta Suprema. Londres, 3 de agosto de 1810. D. II, 484.

Las recientes negociaciones a que así aludía Miranda, entabladas el 25 de julio con el ministro de relaciones exteriores[1], no habían sin embargo terminado aún a principios de la segunda quincena de septiembre. Bolívar, informado el 16 por el Foreign Office de que el bergantín *Sapphire*, puesto a su disposición por el Almirantazgo, estaba listo para hacerse a la mar, no podía diferir su salida. Se despidió de Miranda, quien le prometió que, sucediera lo que sucediera, se apresuraría a reunirse con él, y, el 21 de septiembre, dejó las costas de Inglaterra[2].

El retraso de Miranda era intencionado : como en 1805, ambicionaba interesar directamente a su causa al gobierno británico. Persuadido como siempre de que la independencia sería irrealizable sin la ayuda extraña, se obstinaba en arrancar a los Ingleses la promesa de dicha ayuda; y, sostenido por sus numerosos amigos de Londres, entre ellos el antiguo secretario de Estado Vansittart, y sirviéndose de Ricardo Wellesley como intermediario, multiplicaba ante el jefe del Foreign Office las más insinuantes instancias. La situación de su patria, los llamamientos de sus compatriotas no le dejaban ya, decía él, alternativa acerca de la posibilidad de quedarse más tiempo en Inglaterra, o no. Tenía que regresar a América. Pero no quería marcharse sin el pleno asentimiento de la nación de quien tantas preciosas muestras de generosidad y benevolencia había recibido, y que anhelaba él las hiciera Inglaterra extensivas a su país.... Insistía asimismo para que le fuese continuada su pensión, entendiendo quedar al servicio inglés.... « Pero, añadía, estoy pronto a renunciar, desde ahora, a toda condición pecuniaria... no teniendo, en realidad, más deseo que formular que el de poder contribuir a la salvaguardia de los intereses de la América del Sur y al mantenimiento del apoyo que espera ella de la Gran Bretaña[3]. »

1. Carta de Miranda a Wellesley, 25 de julio de 1810. *R. O. F. O.* Spain, vol. 103.
2. Diario del capitán Davies, bajo cuyo mando estaba el bergantín de S. M. *Sapphire*. *R. O. Captain's Journal*, nº 2057, y *Admiralty Masters*, Series II, nº 3169. Bolívar llevaba consigo el bagaje de Miranda. Dos esclavos — José y Juan Pablo — le acompañaban.
3. Carta a Wellesley, 29 de agosto, 24 de septiembre, 3 de octubre. — *F. O.* Spain, vol. 103, 104 y 105.

Mas, sólo a medias cedió Wellesley a las seducciones de este lenguaje. Miranda obtuvo únicamente la autorización de regresar a Venezuela, y los gobernadores de las Antillas inglesas recibieron orden formal de facilitar su entrada á su patria[1]. Con esta orden podían creerse autorizados dichos gobernadores a dar, en lo sucesivo, asilo a Miranda, y, a lo sumo, a tolerar, llegado el caso, que se aprovisionara, en el territorio de su mando, de elementos militares. Las seguridades verbales que le diera el ministro en el transcurso de las conferencias que con él tuvo Miranda ¿eran siquiera de tal naturaleza que justificaran la esperanza de una más amplia cooperación de Inglaterra? Hay motivos para ponerlo en duda. Los interlocutores conocían demasiado la situación para arriesgarse a comprometerse más allá de ofrecimientos superficiales cuyo valor y cuyo alcance sólo al porvenir tocaba fijar y precisar. Por una y por otra parte se imponían las restricciones y los equívocos en aquella última fase de la partida diplomática jugada, desde hacía un cuarto de siglo, por la América española y la Gran Bretaña en la persona de Miranda y de los hombres de Estado que se habían sucedido en el Foreign Office.

En este juego de sutiles maniobras, el Precursor, cualquiera que fuera la habilidad de su táctica, resultaba vencido de antemano, y, en cambio, Wellesley quedaba dueño de escoger el momento en que fuera oportuno para Inglaterra convertirse, según deseos de Miranda, en « punto de apoyo de una nueva palanca de Arquímedes ». Esta suprema y peligrosa intriga, por la inevitable suspición con que manchaba los sentimientos, desinteresados no obstante, de Miranda, tuvo además como consecuencia inmediata el comprometerle a los ojos de sus compatriotas, y condenar sus miras a los trágicos resultados de un fatal desconocimiento.

Miranda se embarcó en los primeros días de octubre, dejando la casa de Grafton Square a disposición de López Méndez y de Bello. Quedaban encargados de velar por la continuación de las relaciones entre Venezuela e Inglaterra, y de agrupar en torno de ellos a los delegados que las

1. *W. O.* 1/106.

provincias de América pudieran enviar a Londres. Méndez se dedicó a cumpli con la misión de que le habían encargado. Por espacio de varios años fué agente activo y fiel, si no siempre afortunado, de los liberales venezolanos. Hacia 1815, Bello se separó de su compañero, conoció entonces las amarguras de una existencia de tareas ingratas y de sinsabores, y acabó por entrar al servicio del gobierno chileno, llegando a ser uno de sus hombres de Estado más notables, al mismo tiempo que el representante más justamente célebre de la literatura sudamericana en el siglo diecinueve. Se ha dicho que por espacio de bastante tiempo guardó rencor a sus compañeros de la Junta de Caracas por no haberle atribuído, en la composición de la embajada de Londres, más que un puesto inferior a su mérito. Y, es lo cierto que, en los recuerdos que nos ha dejado, se muestra notoriamente parcial para con Bolívar, al que sin duda hacía responsable de su desilusión.

Se dió también cierto crédito en Venezuela a crueles calumnias relativas a su conducta durante los acontecimientos del 19 de abril, calumnias que supo desbaratar con noble entereza, pero que motivaron su resolución de expatriarse para siempre [1].

Estos comienzos de confusión, de mala inteligencia y de envidia que apartaban de la causa de la Independencia a uno de sus mejores obreros, iban por cierto a dominar el nuevo período de la Revolución Americana, señalado por la llegada de Miranda.

1. Entre todas las glorias de Bello, hay que tenerle en cuenta la de haber sido el primero en rendir homenaje al Precursor y en señalar su memoria al agradecimiento de sus compatriotas. La *Oda a Miranda* figura hoy en la página de honor de las Antologías Americanas :

> Con reverencia ofrezco a tu ceniza
> Este humilde tributo; y la sagrada
> Rama a tu efigie venerable, ciño,
> Patriota ilustre, que, proscrito, errante,
> No olvidaste el cariño
> Del dulce hogar que vió mecer tu cuna,
> Y, ora blanco de las iras de fortuna,
> Ora de sus favores halagado,
> La libertad americana hiciste
> Tu primer voto y tu primer cuidado.

CAPÍTULO IV

PRIMERA REPÚBLICA DE VENEZUELA

I

Las preocupaciones que embargaban el ánimo de los jefes de la revolución venezolana cuando se puso en camino la misión se habían singularmente agravado. En Coro, en Maracaibo, los cabildos habían reconocido solemnemente la Regencia, calificado de « infame » la conducta de Caracas, arrestado y metido en los calabozos subterráneos de Puerto Cabello a los delegados de la Junta. Los gobernadores Miyáres y Ceballos hacían, entre los atrasados y fanáticos habitantes de aquellas provincias, una contrapropaganda tan activa como temible. Levantaban milicias, pedían socorros a Santa Fe, a Cuba, a Puerto Rico, esparcían pérfidas calumnias contra los patriotas, hacían predicar por todas partes la resistencia, enviaban emisarios a las regiones vecinas y hasta a la Guayana. Barcelona, que al pronto se había adherido a la Junta, se proclamó contra ella. Angostura siguió este ejemplo. Conspiraciones se tramaron en Caracas, en donde recuperaba ventajas el partido español. Los Próceres instituyeron un tribunal de salvación pública (22 de junio de 1810), pero no consiguieron sino alimentar en el pueblo un espíritu peligroso de trastorno y de alarma.

Aunque agotada por la guerra defensiva y reducida al mínimum de previsión política, España comenzaba ya a inquietarse ante una situación cuyos peligros no podía ella disimularse. Las protestas de fidelidad a Fernando VII no habían engañado mucho tiempo a la Regencia de Cádiz, y, a falta de toda otra presunción, el lenguaje empleado por

las Juntas coloniales en las « Representaciones » que le enviaban[1] la habrían ilustrado lo bastante acerca de las intenciones verdaderas de los criollos.

Y, sin embargo, tenía conciencia de haber colmado, respecto de ellos, la medida de las concesiones posibles. Uno de sus primeros cuidados, al llamarlos a las Cortes, ¿no había sido el de declarar, bajo la forma de solemne alocución[2], que, los Americanos hasta entonces « mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia » se hallaban en lo sucesivo « elevados á la dignidad de hombres libres » y cesaban de ser « los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho mas duro mientras mas distantes estaban del centro del poder? » El 17. de mayo de 1810, la víspera misma del día en que los acontecimientos de Caracas iban a ser conocidos en Cádiz, estaba ya a punto de ser promulgado un decreto, que concedía a América amplias facultades comerciales. Motivos todos que autorizaban al Consejo a calificar de ingratitud el desconocimiento hostil que en aquel momento le demostraban las municipalidades coloniales.

La noticia de la revolución de Buenos Aires puso el colmo a esta indignación, cuyos efectos fueron provocados por los manejos de los representantes del comercio de Cádiz. La audacia de los criollos al hablar de « tiranía » y de « injusticia » después de haber ellos mismos, por su propia autoridad, declarado la libertad de tráfico con todas las naciones, parecíales inaguantable a los negociantes gaditanos, quienes, hasta entonces, habían sido los únicos en beneficiar de aquel comercio, y que, además, gozaban de gran influencia en las decisiones de los miembros de la Regencia. Les debían éstos considerables atenciones, por haber, más de una vez, recurrido a ellos para empréstitos nacionales, y, a veces, hasta para préstamos particulares.

Así pues, el Consejo accedió gustoso a la adopción de las medidas de rigor que, por otra parte, los informes de la legación regia en Londres le aconsejaban no demorara.

1. V. principalmente, Manifiesto de la Junta de Caracas a la Regencia, 3 de mayo de 1810. — D. II, 419.

2. Alocución del consejo de regencia a los Españoles Americanos. Isla de León, 14 de febrero de 1810. — D. II, 388.

Quedó anulado el decreto del 17 de mayo, y Costa Firme fué declarada en estado de bloqueo. Al mismo tiempo, uno de los miembros del consejo. D. Antonio Ignacio de Cortabarría, era enviado a Venezuela en calidad de comisionado regio con misión de proveer a los medios de restablecer la paz « en la ciudad y provincia de Caracas y algunas otras de su distrito que, conducidas de falsos conceptos, se han sustraído de la debida obediencia al Consejo supremo de España é Indias[1] ».

En seguida se hizo sentir en Caracas el contragolpe de las decisiones metropolitanas. A fines de septiembre, los Españoles organizaron en ella un complot que estuvo a punto de lograr éxito, por haber conseguido los hermanos Francisco y Manuel de Linares asegurarse el concurso de gran número de antiguos empleados y de eclesiásticos. Denunciados a tiempo, los conjurados fueron encarcelados, no sin ruidosas manifestaciones del populacho (1° de octubre).

Sin embargo, la Junta estaba muy al tanto, en aquella época, de los detalles de las revoluciones de la Plata y de Nueva Granada; así como de las matanzas de Quito. Aquellas noticias, que supo ella explotar hábilmente, le valieron nueva popularidad. pero de corta duración. El comisionado de la Regencia desembarcó en Puerto Cabello el 24 de octubre, y no tardó en secundar con ardor los esfuerzos reaccionarios de los gobernadores de la costa occidental. Miyáres, nombrado por la Regencia capitán general de Venezuela, hizo serios preparativos militares, anunciando que no tardaría en dirigirse con fuerzas hacia la capital, Una serie de decretos conminatorios, de proclamas hábilmente redactadas por Cortabarría, la llegada a Coro de un destacamento enviado por el gobernador de La Habana reanimaron la esperanza de los partidarios de la Regencia. Todos los lazos amenazaron romperse en torno de Caracas. La región de Aragua, que los Próceres creían indefectiblemente adicta a la causa patriótica, se dejó ganar a la reacción. Una importante conspiración que fué descubierta en

1. Instrucciones oficiales del comisionado regio D. A. J. de Cortabarría, Cádiz, 1° de agosto de 1810. D. II, 528.

dicha región, al mismo tiempo que nuevos complots, ahogados esta vez en la sangre, amenazaban la Junta en Caracas.

En esto, Barcelona pidió perdón a la Junta y la reconoció el 12 de octubre. La espontánea adhesión, días después, de las ciudades de Trujillo y de Mérida en la provincia contra-revolucionaria de Maracaibo, decidió a la Junta a adelantarse a los planes hostiles de Miyáres y a enviar contra él las tropas a quienes acababa de instruir y de equipar lo menos mal posible. Su mando fué confiado al marqués del Toro.

Este refinado representante de la fracción del patriciado criollo que hasta entonces había quedado más aferrada a sus privilegios de casta, había solicitado él mismo el puesto de generalísimo de los ejércitos de la Junta. Tenía impaciencia por dar pruebas solemnes de su fe revolucionaria, ahora inquebrantable, y cuyas convicciones largo tiempo vacilantes le habían conducido, como ya sabemos, a traicionar, en época reciente, la confianza de Miranda. Pero las capacidades del antiguo coronel de las milicias distaba mucho de igualar la nobleza de sus intenciones. Por sus orígenes, su edad y su carácter, el marqués del Toro se hallaba tan mal preparado como posible a la vida militar, a la penosa empresa de dirigir, de animar, de sujetar a tropas primitivas, compuestas de voluntarios sediciosos, de burdos campesinos y de la hez de la furibunda plebe de las ciudades.

Los tres a cuatro mil hombres que, por bandas, se presentaron, a fines de octubre, en el cuartel general de Carora, se fueron a lo largo de los caminos, sin disciplina y sin orden, en hilera; apenas si, de cada diez soldados, había uno con fusil; los demás estaban armados, o mejor, dicho, llevaban como estorbo espingardas anticuadas, picas, garrotes. Del Toro se había rodeado de una guardia escogida que valía más por sus lujosos uniformes que por sus aptitudes guerreras. Se hacía seguir de numerosos y molestos bagajes y de pesadas piezas de campaña en cuyos armones no había casi municiones. Al cabo de 150 leguas, recorridas por desiertos áridos o por senderos intransitables, llegó el ejército frente a Coro el 28 de noviembre.

Bien atrincherados detrás de las murallas de la ciudad, los Españoles hicieron una brusca descarga sobre las tropas de Caracas, que, desmoralizadas por aquel ataque imprevisto, se desbandaron. Toro las reunió y las llevó hasta el pie de las murallas; pero seguían vomitando metralla las armas enemigas, y los sitiadores quedaron diezmados. Al día siguiente, el general quiso intentar nuevo esfuerzo, pero supo que llegaba Miyáres con numerosas tropas, y se resignó a la retirada. Se efectuó ésta en el más lamentable desorden. Una victoria, alcanzada el 2 de diciembre en la Sabaneta, peleando con fuerzas muy superiores como número, y que habían sido apostadas en aquel sitio por uno de los tenientes de Miyáres, fué el único acontecimiento feliz de aquella campaña, tan desastrosa por sus resultados como por los peligros cuya inminencia resultaba ahora más segura.

Tal era la situación en Venezuela, cuando, al alborear el 4 de diciembre, el *Sapphire*, que traía a Bolívar, fondeó ante La Guayra. Los Próceres acogieron con entusiasmo al joven embajador. Se sentían tranquilizados por su presencia, contaban con sus probados dones de persuasión, y, también, con el prestigio que no podía menos de valerle el recibimiento que había tenido en Londres, para reanimar el debilitado ánimo de los patriotas y empujarlos hacia los actos decisivos. Aunque el comité director había conseguido ganar los votos de la mayoría de la Junta, los moderados, los vacilantes sobre todo, seguían contando en ella partidarios, más numerosos desde la desgraciada expedición de Coro. Martín Tovar Ponte, que desde hacía algunas semanas había substituído al tímido Llamosas en la presidencia de la asamblea, no ocultaba a sus amigos cuántas inquietudes le hacían concebir las disposiciones de sus colegas.

No había de ser fácil, por consiguiente, determinarles a dar su adhesión oficial, como así lo entendían los Próceres, al regreso de Miranda. El gobierno de Caracas seguía actuando « en nombre de Fernando VII y para la defensa de sus derechos », y era atentar gravemente contra ellos el llamar a Venezuela al adversario más encarnizado del rey de España, al eterno conspirador, al contumaz, en fin,

cuya condenación a la pena capital había sido confirmada. cuatro años antes. por el cabildo mismo. constituído ahora en Junta gubernativa. La expedición dirigida contra las provincias de occidente podía, después de todo, ser considerada como una medida de orden interior, y no parecía quitar, a los partidarios numerosos aún de una transacción con la metrópoli, toda esperanza de arreglo. Pero el hecho de acoger abiertamente a Miranda cortaba toda retirada a los patriotas.

A esto, justamente, pretendían empujarles los Próceres. Bolívar, Tovar Ponte, Roscio, y el grupo de los « irreducibles » se dedicaron a ello con la energía, la sutileza y la audacia a que sistemáticamente acudían para con sus asustadizos compañeros. El 12 de diciembre, el texto[1] de un « Manifiesto al general Miranda » era aceptado por unanimidad por los miembros de la Junta y fijado en las paredes de la ciudad : « Es muy distinta al presente la perspectiva que esta misma patria ofrece á las miras de Ud. : á la antigua tiranía ha sucedido un gobierno cuyo único objeto es la felicidad de los pueblos que le están á cargo... » Esta vez se trataba en realidad, y casi sin equívoco, de una declaración de guerra a España. Además, los Próceres habían precipitado el acontecimiento. Avisado por Bolívar, hacía tres días que el ilustre proscrito había salido de Curazao, adonde había llegado la semana antes. El 13 de diciembre, en el momento mismo en que la población de Caracas era puesta en conocimiento de su próxima llegada, las vigías de La Guayra anunciaban la llegada del buque de guerra de Su Majestad Británica, el *Avon*, que traía a Miranda[2].

El barco fondeó a algunas millas de la rada. Al día siguiente por la mañana, el Precursor, avisado de las intenciones favorables de sus compatriotas, pasó a una de las embarcaciones de a bordo, y mandó a los marineros que remaran hacia tierra. Estaba solo en la proa de la canoa, en pie, con los brazos cruzados, y sin duda que su

1. En Becerra, *op. cit.*, t. II, p. 19.
2. Informe del brigadier general Layard a lord Liverpool. Governement House-Coraçao, 17 de diciembre de 1810. *R. O. W. O.* 1 106, nº 34.

corazon latía de emoción y de esperanza al oir los entusiastas « vivas » de la población, apiñada en los muelles de La Guayra. Un sol de fiesta embellecía el panorama del ribazo, iluminando las azuladas pendientes de las montañas, las palmeras de Maiquetía, el enmarañamiento primaveral de Macuto, cubriendo de tonos cobrizos la rocosa muralla contra la cual se precisaban cada vez más las blancas casas de la ciudad... Redoblaron las aclamaciones cuando, pisando por fin la playa Miranda, se echó en brazos de Bolívar, de Tovar Ponte, delegados por la Junta a su encuentro, y contestó con hermoso ademán heroico a los bravos de la muchedumbre.

Comprendiendo que convenía producir sobresaliente efecto, se había puesto el uniforme del 93; y, a pesar de medio siglo de luchas, de combates y de aventuras, su estatura, que seguía derecha y firme, sabía dar a dicho uniforme el prestigio que requería. El bicornio con plumas sobre la cabellera peinada en catogán y recién empolvada, la corbata negra, la oreja adornada de un aro, la levita azul con hojas de oro, la banda, con los colores republicanos, de la que colgaba el largo sable corvo, al ajustado calzón blanco, las botas altas con espuelas doradas, componían un impresionante conjunto al que sabía dar gran aire el veterano general.

Alzando contra el viento de alta mar su poderosa cabeza, de mirada sombría animada por repentinos relámpagos, parecía Miranda, en aquel momento, el pensamiento, la encarnación mismos de la Emancipación americana. Favorecido primero por España, perseguido después de continuo por ella, protagonista de las dos grandes Revoluciones madres, ¿no era también el inveterado comensal de la prestigiosa Inglaterra, el perpetuo urdidor de tramas, el confidente y colaborador de los Jesuítas, el adepto misterioso de las francmasonerías?...

La conciencia popular comprendió en seguida el símbolo, y, aunque confusamente atraída hacia Miranda, manifestaba sin embargo algún reparo ante aquel « gran demonio de francés », hereje y regicida. En la muchedumbre apiñada en torno del Precursor, que cabalgaba ahora por el camino de Caracas, comenzaba a despuntar el senti-

miento, compuesto de curiosidad más bien que de simpatía y de cándido terror a la vez, que habrán de demostrarle los pueblos venezolanos[1]. Se entibiaban las aclamaciones. Frailes, mezclados entre los manifestantes, insinuaban en voz baja que sería menester acusarse, en confesión, de aquellos vivas en favor de un excomulgado. Intimidados a su vez, los patriotas disimulaban bajo una excesiva deferencia el repentino temor de que el glorioso general desconociera o desdeñara sus ambiciones, sus disensiones, de apariencia harto mezquina, quizás, ante sus ojos. Bolívar, con un elegante traje obscuro, con sombrero de copa de ala estrecha, inclinada por delante y por detrás, y levantada por los lados, con enorme corbata de las de moda entonces, y con pelo corto, sonriendo a su ensueño, inquieto, nervioso, cabalgaba al lado de Miranda, bota contra bota, formando con éste el más inquietante contraste. Aquellas dos almas, en quienes se agitaban tan grandes pensamientos, ¿llegarían a comprenderse?

Esto se preguntaba sin duda Miranda, repasando en su memoria los vejámenes que los padres de aquellos jóvenes, algo cohibidos en su actitud respetuosa de hoy, habían infligido en otro tiempo a su juventud. Acaso también, el Español que había en él sentía renacer, en aquella atmósfera olvidada, algo de la arrogancia de raza frente al criollo, un instintivo desprecio hacia el mulato y el indio. Los odios originales, los yerros, las incomprensiones recíprocas, toda la suma de las fatalidades que pesaban sobre

1. Puede descubrirse su expresión característica en las canciones populares de la época. V. en Rojas, *Leyendas históricas*, 2ª serie, *op. cit.*, p. 191, la canción de *La Conga*, por ejemplo, compuesta cuando la campaña de los valles de Aragua (v. *infra*), y cuyo estribillo recordaba la interjección familiar a Miranda :

Veinticinco franceses
Cargaban su cañón :
Alón, alón, camina
Alón, mozos, *alón*.

Becerra menciona igualmente, *op. cit.* (t. II, p. 541), otra canción contemporánea en la que los soldados, aludiendo al aro de oro que Miranda llevaba en la oreja, según moda del 93, no ocultaban su certidumbre de su condenación eterna :

... En la oreja lleva el aro
Que llevará en el infierno.

aquellos ilotas de la Independencia americana se hallaban en esencia en cada uno de los peregrinos de la caravana que, a la hora del crepúsculo, llegaron a las puertas de Caracas[1].

Desde que se presentó en casa de Bolívar, en donde le esperaba una hospitalidad ya menos fraternal, y cuando los Próceres, después de haberle enterado exactamente de la situación general, le dejaron solo con sus reflexiones, la amargura de un irremediable desengaño invadió profundamente al Precursor. Acaso, según pretende uno de los más recientes historiadores de Venezuela, acaso, en el navío que le llevaba hacia el Nuevo Mundo, se dejara Miranda mecer por la confusa esperanza de hallar allí, a su vez, los sublimes destinos del gran Emperador, hacia quien, por entonces, se dirigían las miradas de los hombres. Pensaba quizá que no menos bien sentaría a su cabeza el diadema del *Inca*, que la corona de Carlomagno a la del antiguo general del ejército de Italia. En cuyo caso, cruel debió de ser el desengaño de Miranda. Acababa de ver el aspecto miserable que presentaba el país : aldeas espaciadas, villorrios, una capital que, a lo sumo, producía el efecto de un pueblo grande; la gente baja, fanática y limitada; las clases más elevadas, hostiles; una sociedad de costumbres todavía patriarcales, a la que sólo superficialmente parecían alumbrar las « luces »; el ejército, pobres hombres descalzos, harapientos, con brazos en cabestrillo, con cabezas vendadas y cubiertas por un mal sombrero de paja, y que, momentos antes, presentaban torpemente las armas, al pasar el Precursor... Aquellas tropas, mandadas por un general absurdo, contra quien Miranda tenía también serios motivos de rencor, se habían mostrado incapaces de defender la endeble fachada detrás de la cual la Junta, desatentada, dictaba medidas incoherentes. Acumulábanse los peligros. Dueños del bajo Orinoco, de las regiones de Coro y de Maracaibo, los Españoles podían, con suma facilidad, sublevar a todo el país.

¿ Se podía, siquiera, contar con alguna ayuda de fuera?

1. *W. O.* 1/106. Informe del brigadier Layard al conde de Liverpool, diciembre de 1810, y Becerra, II, cap. XIV y XVIII, etc.

Mejor que nadie sabía Miranda a qué podría reducirse el beneficio de la mediación inglesa. Desde Puerto Rico, el comisionado regio seguía lanzando impunemente llamamientos incendiarios a la contra-revolución. En los Estados Unidos, los delegados de la Junta sólo platónicas demostraciones de amistad habían recibido del secretario de Estado Richard Smith. Telésforo de Orea acababa de regresar a Caracas muy mal impresionado. Juan Vicente Bolívar habría podido encargar a las manufacturas de Filadelfia el armamento cuya adquisición le había sido encomendada por sus compatriotas; pero el conde de Oñiz, ministro de España, había conseguido persuadir al joven patriota de que no tardaría en reconocer la Junta su gobierno. Los 60 000 duros confiados por ésta al mayor de los Bolívar habían sido cándidamente empleados por él en la compra de máquinas agrícolas; máquinas que, por cierto, no llegaron a Venezuela, pues Juan Vicente las traía consigo en un navío que se fué a pique frente a las costas de la Florida... Miranda, cuya inquebrantable confianza había sobrevivido a tantos desastres, sintió sin duda, y por primera vez, flaquear su firmeza en el desaliento.

II

Al decretar el regreso de Miranda, la Junta estimaba haber cumplido lo bastante con sus obligaciones revolucionarias. Espantados por su audacia, los moderados no habían tardado en recapacitar : consintieron, el 16 de diciembre, en reconocer oficialmente al Precursor la validez de sus grados militares, y, opinando que con esto habían llegado al límite de los atrevimientos permitidos, lo relegaron, por decirlo así, al segundo término. En efecto, muchos, entre los patriotas, retrocedían de continuo ante la perspectiva de un rompimiento declarado con la metrópoli, y se obstinaban en seguir contando con su indulgencia. Los Próceres se esforzaban en disuadirles de tan peligroso error, pero la momentánea inacción de los gobernadores españoles de las provincias occidentales

acentuaba la ilusión en que se complacían los indecisos. Los días que siguieron a la llegada de Miranda fueron perdidos en estériles discusiones, y la causa de la independencia pareció periclitar en aquel momento en que circunstancias favorables nuevas habrían debido, al contrario, favorecer sus progresos.

A tal decaimiento del sentimiento patriótico habían de contestar los Próceres con un redoblamiento de actividad. A ruego de éstos, prometió Miranda colaborar en las intrigas que resolvieron preparar sin tardanza. Debió de serle penoso el tener que desempeñar de nuevo, en su propia patria, el papel ingrato y subalterno de conspirador; pero aceptó estoicamente aquella prueba y comenzó su tarea. Bolívar acometió aquella nueva lucha con su acostumbrada fogosidad; se instituyó lugarteniente del Precursor.

La cercana reunión del Congreso, al que, desde su instalación, había convocado la Junta a las provincias venezolanas, ofrecía a los Próceres, dirigidos ahora con inflexible ardor, una ocasión sin igual para proclamar solemnemente la independencia. No obstante, era indispensable recurrir a un instrumento capaz de orientar las decisiones de la futura asamblea. Propuso Miranda establecer un comité de salvación pública a modo del de los Girondinos de 1793. Este comité, reducción del Congreso al cual habría de servir de modelo, vigilaría sus deliberaciones, le dictaría su conducta, le indicaría el fin anhelado y le guiaría hacia él. A más de esto, podría ser un poderoso medio de propaganda y de acción sobre la opinión pública. Tales fueron las miras que dirigieron la institución y el funcionamiento de la *Sociedad Patriótica* de Caracas.

Esta sociedad existía de hecho desde hacía algunos meses. Su creación constaba en las primeras medidas decretadas por la Junta y que respondían a sus preocupaciones humanitarias y progresistas. En un principio, estaba destinada a agrupar a los agricultores « para el adelantamiento de todos los ramos de industria rural de que es susceptible el clima de Venezuela[1] ». Fácil le fué a Miranda

1. Decreto del 11 de agosto de 1810. **D.** II, 489.

convencer a los patriotas que formaban la mayoría de la reunión, de que importaba discutir cuestiones más apremiantes que las cuestiones económicas. Les decía : « Se trata, ante todo, de vuestra existencia misma. Comenzad por asegurarla, y después atenderéis a lo demás ». Desde comienzos de 1811, la Sociedad Patriótica se convirtió en verdadera universidad revolucionaria al mismo tiempo que en una especie de conspiración permanente y pública.

Mientras tanto, en todo Venezuela se procedía a las operaciones electorales. Acercábanse los últimos días de febrero, y hacía ya dos meses que los diputados hubieran debido hallarse reunidos en Caracas. Pero, las largas distancias que separaban las circunscripciones, las dificultades con que tropezaba la votación, y la lentitud con que ésta se efectuaba habían sido causa de que, de los 44 diputados con que contaba el Congreso, sólo 30 habían podido responder al llamamiento de la Junta. Mas, apremiaba el tiempo, los Próceres se mostraban impacientes, y, a pesar de que no había de ser cubierto el quorum legal, la fecha de apertura de los trabajos de la asamblea quedó definitivamente fijada para el 2 de marzo de 1811.

Elegidos por las provincias que se habían declarado adictas a la Junta, o que, cuando menos, eran favorables a la Revolución, los miembros presentes del Congreso, así como aquellos cuya próxima llegada era esperada, pertenecían casi todos al partido liberal. Aunque, unos tras otros, se habían prestado a figurar en la lista de la Sociedad Patriótica, se negaban a manifestaciones más ruidosas, y temían asestar, ex abrupto, rudo golpe al principio de la soberanía real. Así pues, reunidos en día fijo en la sala principal en donde actuaba la Junta, los diputados juraron solemnemente fidelidad a Fernando VII, fueron en corporación a la catedral para renovar en ésta su juramento sobre los Evangelios, y declararon constituirse en « Reunión Conservadora de los Derechos de la Confederación Americana de Venezuela y del Señor Don Fernando ». Las decisiones tomadas en el transcurso de las primeras sesiones del Congreso, para el cual había sido preparada la capilla del antiguo seminario de Caracas, en la que ya no se celebraba culto, fueron una nueva muestra de la falta de atrevimiento

y del espíritu de irresolución que caracterizaban la mayoría de la asamblea.

Ésta, al reunir en grupo a los hombres más distinguidos del país, representaba en esencia toda la nobleza de los sentimientos en que, desde el principio, deseó inspirarse el ideal de los Próceres. La evolución sufrida por los miembros del comité revolucionario no había tenido influencia alguna sobre los patriotas. Seguían éstos paralizados por las especulaciones filosóficas, por imaginaciones generosas, sin atreverse a ninguna medida definitiva. Aunque resueltos a proclamar la independencia, querían, no obstante, evitar a la vez recurrir a medios extremos y favorecer el inmediato advenimiento del pueblo al gobierno. La anarquía que les parecía haber de resultar de tal suceso les atajaba tanto como la guerra. En fin, teóricos imbuidos de recuerdos clásicos, los congresistas soñaban con dotar a su país de una constitución republicana que para nada había de tener en cuenta las tradiciones ni la educación, ni, tampoco, el verdadero interés de los pueblos americanos. A este complejo conjunto de intenciones y de principios, que entrañaba consecuencias desgraciadas para el porvenir político de Venezuela, hay que atribuir también la persistente timidez y las contradicciones que pueden notarse en los primeros actos del Congreso.

La asamblea comenzó por atribuirse el título de *Majestad*. Nombró presidente a Felipe Fermín Paúl[1], y fueron minuciosamente discutidos y prescritos los honores a que había de tener derecho. La Junta abdicó solemnemente en favor del nuevo poder ejecutivo, el cual recibió el título de *Alteza* y fué delegado a Cristóbal de Mendoza[2], Juan

1. Nació en Caracas, el 7 de diciembre de 1774. Presidente del colegio de abogados en 1809. Emigró después de la caída de la República en 1814. Nombrado miembro de las Cortes españolas y vicepresidente de esta asamblea, sostuvo en ella con ardor la causa americana. De regreso a Venezuela en 1824, fué nombrado rector de la universidad de Caracas. Murió el 17 de junio de 1843.

2. Nació en Trujillo (Venezuela) en 1772. Emigró a Nueva Granada después de la caída de Miranda; Bolívar le halló en Mérida en 1813 y le nombró gobernador de esta provincia. Fué, algún tiempo después, gobernador de Caracas. Tomó parte en la Asamblea de notables del 2 de enero de 1814. En 1816 estaba en Jamaica, donde colaboró en la campaña de prensa organizada por el Libertador. Cristóbal de Mendoza falleció en Caracas en 1829.

Escalona [1] y Baltasar Padrón. El examen de estas cuestiones preliminares ocupó varias sesiones. Quedó decidida la creación de un consejo de Estado, la institución de una corte suprema que había de desempeñar las funciones de la antigua Audiencia, y de un tribunal llamado « de vigilancia y seguridad », para conocer de los delitos de alta traición. Se concedió amnistía general a los condenados, y fué votado un reglamento para la atribución de los beneficios eclesiásticos. Se nombraron comisiones encargadas de elaborar los códigos; Francisco Javier Ustáritz, Roscio y Martín Tovar Ponte emprendieron la redacción del proyecto de Constitución. Algunos nuevos diputados acudieron en abril a las sesiones. Así transcurrían las semanas, y nadie se había atrevido aún a pedir la discusión que, en realidad, se trataba de establecer antes que otra cualquiera. En todas las almas se hallaba el pensamiento de la independencia, pero en todos los labios se detenían las palabras que habían de expresarla.

Sin embargo, Próceres y congresistas se sentían menos cohibidos en la Sociedad Patriótica. En el sencillo y vasto local [2] en que se efectuaban las tumultuosas sesiones de aquel otro Club de los Jacobinos se oían cada noche discursos incendiarios en que se exaltaba el ánimo de los patriotas y que alentaban a los vacilantes. En él fué celebrado con vehemencia el primer aniversario del Diecinueve de Abril. Una muchedumbre entusiasta invadió temprano la sala, ocupando los bancos, agarrándose a los barrotes de las ventanas, aclamando a Miranda cuando entró éste para presidir la sesión, a Bolívar, a Yanes [3], a Peña [4], a

1. Nació en Caracas. Tomó parte en las campañas de la guerra de 1813 a 1826. Defendió heroicamente a Valencia en 1814 (V. *infra*), fué miembro del Congreso de Angostura, y, después, gobernador de Coro y de Caracas en 1826. Falleció en 1832.

2. La casa que Bolívar y Miranda escogieron para instalar en ella la Sociedad Patriótica era una de las más amplias de Caracas. Pertenecía a la familia Blanco, y se hallaba situada en la esquina de la calle designada todavía hoy con el nombre de *La Sociedad* y de la por largos años llamada de *Las Gradillas*. Artículos de Antonio L. Guzmán en *Opinión Nacional de Caracas*, nos 2091 y 2092 de los 7 y 8 de abril de 1876.

3. Yanes (Francisco Javier), originario de Cuba. Murió en Caracas en 1842.

4. Peña (Miguel), nació en Valencia (Venezuela) el 29 de septiembre

Espejo, a Ustáritz, a los Salias, a Tejera, a Sanz, quienes, sucesivamente, subieron a la tribuna. El diputado Coto Paúl[1], a quien su estatura, su cabeza enorme, sus poderosas facciones, su melena leonina daban un parecido con Dantón, cuya elocuencia parodiaba, exclamó con voz de trueno : « Que la anarquía, con la antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague á los facciosos del orden, y la sigan por calles y plazas gritando libertad! Para reanimar el mar muerto del Congreso estamos aquí, estamos aquí en la alta Montaña de la santa demagogia. Cuando esta haya destruído lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzará la libertad!.. » El joven Muñoz Tebar[2], quien con Vicente Salias redactaba el *Patriota de Venezuela*, órgano de la Sociedad, resumió la opinión general : « Hoy es el natalicio de la Revolución. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte : que principie ya el año primero de la independencia y la libertad! [3] »

Influenciado por estos atrevimientos, el Congreso modificó un poco su habitual prudencia. Nombró, el 1° de junio, una comisión compuesta de los 24 diputados de Caracas, para « examinar los medios de asegurar la soberanía y la independencia de la provincia metropolitana ». En el acto solicitó dicha comisión que pidiera la asamblea los Derechos del Hombre, la abolición del tormento, la libertad de la prensa. Pero los patriotas no se atrevieron aún a adoptar tales medidas. Habían vuelto a sus escrúpulos, impresionados por las observaciones de los representantes

de 1781. Era gobernador de La Guayra en 1812, cuando cayó Miranda. Se asegura que se hallaba con Escalona en la defensa de Valencia. Miembro del Congreso de Cúcuta en 1821. Presidente de la Alta Cámara en Bogotá en 1825. Miembro del Congreso de Valencia, 6 de mayo de 1831. Presidente de esta asamblea, fué uno de los autores de la constitución elaborada por ella y que rigió a Venezuela hasta en 1857. Falleció en Valencia, el 8 de febrero de 1833.

1. Francisco Antonio, hermano de Felipe Fermín.

2. Muñoz Tebar (Antonio). Nació en Caracas en 1787. Hizo la campaña de Nueva Granada en 1813, y la de Venezuela. Llegó a ser secretario y primer ayudante del Libertador. Fué matado el 2 de junio de 1814 en la segunda batalla de la Puerta. *V. Infra.*

3. Gil Fortoul, *op. cit.*, t. I, pp. 139-140, según González, *Biografía de José Félix Rivas.*

del partido español, quienes, desde hacía algunos días, tomaban parte con ellos en las sesiones. El canónigo Manuel Vicente Maya, diputado realista de La Grita, a quien la dignidad y la energía de su carácter valían considerable ascendiente sobre sus colegas, comentaba las exposiciones del comisionado regio Cortabarría, quien, desde su puesto de Puerto Rico, amenazaba de continuo con próximo y ejemplar castigo a los gobiernos rebeldes. Ya desde el 5 de junio formaba dos bandos la comisión acerca de la cuestión de la subdivisión en dos departamentos de la provincia de Caracas, asunto que motivó ociosas discusiones en las que, con tanto celo como inconsistencia, se complacían los congresistas.

El 22 de junio, Miranda, elegido por el casi desconocido pueblo de Pao en la provincia de Barinas, ocupó puesto en el Congreso. Por fin, el Precursor iba a poder exhortar de más cerca a aquellos de sus compatriotas de quienes dependía, a que consagraran el éxito de la revolución. Parece, en efecto, como que sólo la presencia inmediata de Miranda esperaban los congresistas para pasar, de las dilaciones y de la debilidad, a las revoluciones definitivas. Desde aquel momento, un aliento nuevo se insinúa en la asamblea, un irresistible impulso la arrastra. Las palabras de *Libertad*, de *República* surcan, cual relámpagos, los debates cada vez más borrascosos que los Próceres, con cualquier pretexto, suscitan. La *Gaceta Oficial* publica artículos en que, por primera vez, es tomada en consideración la idea de tolerancia religiosa. Dichos artículos producen verdadera emoción en los círculos políticos.

En el Congreso, las discusiones se acaloran; pero las exaltadas arengas de los patriotas cubren las protestas de los realistas, cuyo asombro crece de día en día. La deserción del capitán español Feliciano Montenegro, cuyos servicios había aceptado anteriormente la Junta y que desempeñaba importante cargo en el departamento de Estado de la guerra, provoca en el seno de la asamblea, el 29 de junio, nuevas alusiones, murmullos cargados de ira, réplicas furiosas.... Montenegro había substraído los planes de movilización. Iba a entregarlos al comisionado regio. Seguir vacilando sería un crimen. Desencadénase,

fogoso, el ímpetu de los patriotas. El proyecto de declaración de los Derechos del Hombre, presentado ha poco por los diputados de Caracas, es aclamado, votado el 1º de julio. Esta votación habrá de ser el brulote cuyas explosiones aticen más tarde, entre las clases populares, las sediciones y la anarquía, pero que, por el momento, arrastra a los ciudadanos entusiasmados hacia los Próceres, de quienes van a ser decisivos colaboradores. En fin, el 3 de julio, el presidente del Congreso, Rodríguez Domínguez, declara que ha llegado ya « el momento de tratar sobre la Independencia absoluta ».

Por vez primera, no faltaba, aquel día, ninguno de los representantes. La luz de la mañana entraba libremente por las altas y estrechas ventanas espaciadas a lo largo de las bóvedas de la nave cuyas seculares sombras alumbraba. El ornato litúrgico de las paredes, los cuadros de devoción componían inesperado marco a la tumultuosa asamblea que se agrupaba en el recinto. Al pie de la tribuna colocada delante del altar, en torno de ancha mesa cubierta por tapete de terciopelo encarnado con franjas de oro, apíñanse los oradores, impacientes por tomar la palabra. Entre ellos hay patricios de ademanes arrogantes, prelados taciturnos, rudos oficiales, robustos tribunos, jóvenes de fisonomías decididas o soñadoras. Miranda, altanero, imperioso; Bolívar, febril, con paso brusco y rápido, van de uno a otro, encarándose con los indecisos, alentando a los sospechosos. Las puertas se abren de par en par dejando paso a la ola de ciudadanos de todas las condiciones y de todas las clases : mujeres, niños, señores, comerciantes, campesinos, obreros, mozos de cuerda, hasta esclavos; multitud abigarrada, vibrante, emocionada, consciente, en aquel minuto, de sus entusiasmos y de sus esperanzas [1].

Acaba de saludar con formidable aclamación la moción audaz del presidente de la asamblea. Martín Tovar, Peñalver, Álamo, Ortiz, Alcalá, Pérez de Pagola, la apoyan sucesivamente con enérgicos argumentos. Álzase

1. Según el cuadro de Tovar y Tovar en el Panteón de Caracas. V. también actas de las sesiones del Congreso. D. III, 565-567, y Eloy G. González, *Al Margen de la Epopeya*, *op. cit.*, cap. I.

Maya con valor contra una « declaración ilegal, asegura él, y vituperable ». Yanes resume elocuentemente el debate, invocando « los derechos sagrados cuyo reconocimiento inmediato exige la nación ». — « Está quemándose nuestra casa, exclama a su vez Fernando Toro, y disputamos sobre el modo y tiempo de apagar el fuego! » Francisco Hernández, diputado por San Carlos de Austria, se esfuerza aún por desconcertar a sus colegas. Les recuerda que la persona del rey es inviolable y sagrada; « tocar a ella es atentar a Dios mismo ». Teme también la intervención de España, de Inglaterra, de los Estados Unidos. — « Dice usted que el rey Fernando es inviolable, porque su poder es divino, replica seguidamente José María Ramírez, representante de Aragua : en ese caso, debiéramos también no curarnos, ni comer, ni defendernos, porque las calenturas, el hambre y la guerra vienen también de Dios.... Declaremos la independencia, y si nos la niegan, sabremos defenderla. » Miranda se adhiere a la declaración de Ramírez. Pero el presidente levanta la sesión y aplaza al día siguiente la continuación de los debates.

Esta suspensión había sido, en realidad, provocada secretamente por los Próceres. Las opiniones de la asamblea les parecían demasiado confusas todavía. A ejemplo de los Girondinos de la Convención, querían dar a la declaración de su independencia « la solemnidad del más importante acto orgánico que pueda efectuar una nación »[1]. Para ello, era menester asegurarse de la unanimidad de votos. El comité revolucionario redobló de insistencia y de tenacidad. Nunca la reunión de la Sociedad Patriótica había sido tan numerosa como lo fué en la noche del 3 de julio. La discusión ocupó toda la velada. Miranda, Bolívar, Espejo, Peña, incansables, electrizaron a sus oyentes : « Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido, exclamó Bolívar... Y qué dicen?... Que debemos atender á los resultados de la política de España. Que nos importa que España venda á Bonaparte sus esclavos ó que los conserve, si estamos resueltos á ser libres?... Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos

1. V. Lamartine, *Histoire des Girondins*. Libro XXIX, cap. IX.

años de calma¿ no bastan? La Junta patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oir á la Junta patriótica... Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sud-americana : vacilar es perdernos[1]. » Los Próceres tuvieron por felicísimo agüero los frenéticos vítores del pueblo y los aplausos de los diputados, presentes casi todos. Antes de que el amanecer pusiera punto final a la deliberación suprema de los patriotas, quedó convenido, según proposición de Bolívar, que una comisión presidida por Miguel Peña llevaría al Congreso la expresión de los votos de la Sociedad « como representante de la opinión unánime de la nación. »

Peña se encaminó directamente hacia la asamblea, y, tan pronto como se abrió la sesión, pidió la palabra. Los Próceres habían abrigado la esperanza de que el prestigio de la fecha del 4 de julio, aniversario de la proclamación de la Independencia de los Estados Unidos, arrastraría las últimas vacilaciones de los congresistas. Sin embargo, la discusión general en la que se distinguieron sobre todo Miranda, Roscio, Yanes y Peñalver[2], no dió más resultado que el de provocar una moción, votada por la mayoría, y que encargaba al presidente que « conferenciase con el Poder Executivo, sobre si era compatible con la seguridad pública la declaratoria de independencia[3] ».

Cuando, el 5 de julio por la mañana, se reanudó la sesión, dió lectura el presidente de la respuesta afirmativa que acababan de enviarle los miembros del ejecutivo. A continuación, hizo saber Miranda que las últimas noticias de España anunciaban la retirada del ejército de Masséna. Añadió que la metrópoli iba a hallarse ya en situación de intentar, por las armas, la sumisión de Venezuela. Esta insinuación, al estallar en una atmósfera caldeada por el patriotismo, produjo el efecto que esperaba el Precursor.

1. **D.**, III, 568.
2. Peñalver (Fernando), nació en Piritú en 1765. Perseguido por Monteverde en 1812, huyó de las prisiones de Puerto Cabello a la llegada de Bolívar en 1813, y regresó a Caracas. Fué presidente del Congreso de Cúcuta, en 1821. Gobernador de la provincia de Carabobo en 1827. Senador en el Congreso de Venezuela en 1831, falleció el 7 de mayo del mismo año.
3. Acta de la sesión del Congreso del 4 de julio. **D.** III, 570.

Hubo una explosión de protestas. Juan Bermúdez, diputado de Cumaná, invocando la penuria de medios de defensa de que disponían las costas de la provincia, suplicó a sus colegas que aplazaran la declaración. Los clamores que cubrieron su arenga atestiguaban que había unanimidad en la asamblea. Los diputados, hasta entonces menos resueltos que los demás, creyeron deber protestar de su adhesión a los principios revolucionarios. « Mi estado (eclesiástico), dijo el Padre Unda, representante de Guanare, no me preocupa ciegamente á favor de los reyes, ni contra la felicidad de mi patria, y no estoy imbuido en los prestigios y antiguallas que se quieren oponer contra la justicia de nuestra resolución que conozco y declaro... Subscribo pues, á nombre de mis comitentes, a la independencia absoluta de Venezuela. » En el acto hicieron una declaración semejante : Peñalver por Valencia, Alamo por Barquisimeto, Pérez de Pagola por Ospino.

El presidente puso el asunto a votación. Todos los diputados se pronunciaron por la afirmativa, salvo, única excepción, el canónigo Maya[1]. El decreto que lleva el nombre de *Acta de la Independencia de Venezuela*[2] fué redactado a continuación por Roscio e Isnardy, leído a la asamblea dos días después, 7 de julio de 1811, y aprobado y firmado por los 41 diputados que asistían a la sesión.

La proclamación de la Independencia recibió delirante acogida por el pueblo de la capital y por el de la mayor parte de las provincias. Los cuerpos constituidos, las autoridades civiles y eclesiásticas, los funcionarios, la guarnición de Caracas, convocados, en conmemoración de la gran fecha francesa : el 14 de julio, en la Plaza Mayor, reconocieron solemnemente « la soberanía y absoluta independencia, que el orden de la Divina Providencia ha resti-

1. Acta de la sesión del Congreso nacional de 5 de julio de 1811. D. III, 571.

2. El archivo venezolano no posee el original de este documento, que, muy probablemente, fué destruido al año siguiente por los Españoles. El Acta de Independencia fué publicada en Londres, en inglés y en español, en 1812, por mediación de López Méndez, con el título de : *Documentos oficiales interesantes relativos a las Provincias Unidas de Venezuela*. Londres, 1 vol. en 8º, 1812. Ver el interesante estudio de Gil Fortoul y Carlos A. Villanueva, en *Historia Constitucional de Venezuela*, t. I, p. 519,

tuido a las Provincias Unidas de Venezuela, ya libres, y exentas para siempre de toda sumisión y dependencia de la monarquía española, y de cualquiera corporación ó jefe que la represente ó representase en adelante ».

Los colores de Miranda, adoptados oficialmente por la asamblea[1] como emblema del pabellón nacional, fueron enarbolados entonces por vez primera, saludados por los aplausos del pueblo. El nuevo estandarte, depositado en la Sociedad Patriótica[2], fué entregado solemnemente a los hijos de José María España, cabiéndoles la honra de presentarlo a las tropas en el sitio mismo en que, once años antes, había sido ejecutado el padre de dichos jóvenes. Después, los circunstantes juraron, « á Dios y á los santos Evangelios... obedecer y respetar los magistrados constituidos y que se constituyan, y las leyes que fueren legitimamente sancionadas y promulgadas... defender con todas sus fuerzas los Estados de la Confederación Venezolana, conservar y mantener pura é ilesa la Santa Religión Católica, Apostólica, Romana, única y exclusiva en esos países, y defender el misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María nuestra Señora. »

Esta reedición de las fórmulas sacramentales en uso bajo el régimen colonial, fué arrancada a los Próceres por el clero, cuya colaboración les era indispensable. Mas no dejaron de criticar, los periódicos liberales, la debilidad que con tal fórmula demostraban para con « un fanatismo absurdo. Si son menester, decían los periódicos, *misterios* para fundar la República, ¿no nos basta con el *misterio* de Fernando VII? »

No era sin embargo inútil la previsión del comité revolucionario : distaba mucho de que hubiese desaparecido el fanatismo, y no iban a tardar en probarlo los acontecimientos. Mientras tanto, los jefes de la revolución sintieron hondo júbilo al ver realizado su proyecto. Por frágiles que parecieran las consecuencias de la nueva era, saludaban, enternecidos, su advenimiento. Las reuniones íntimas de los Próceres fueron señaladas por efusiones semejantes a

1. D. III, 580.
2. Artículo de la *Opinión Nacional*, ya citado. D. IV, 842.

las de los Girondinos después de la proclamación de la República, cuando « corriendo voluntariamente el velo de la ilusión sobre las zozobras del mañana y sobre las obscuridades del porvenir, se entregaban por entero al mayor goce que Dios ha concedido al hombre en este mundo : el alumbramiento de su idea, la contemplación de su obra, la posesión de su ideal realizado[1] ». Mejor que nadie sabía Miranda adónde conduciría aquella exaltación; con el alma angustiada asistía a aquellas escenas que recordaban un pasado trágico, y cuyos siniestros presagios había él sentido de cerca; a juicio suyo, no podían ser sino lo que en efecto eran : una corta tregua, un episodio de la lucha, la cual entraba ahora en su fase inexorable.

En el momento mismo en que se preparaba el Congreso a lanzar a la metrópoli el desafío de su Declaración, el 3 de julio, una escuadra, enviada de Puerto Rico por el comisionado regio, compuesta de una fragata de 44 : la *Cornelia*, de una corbeta, de dos bergantines y de tres goletas, montadas por mil hombres de tropas, se presentaba ante Cumaná. La Junta, a cuya cabeza se hallaba Vicente Sucre, organizó rápidamente la resistencia, puso en pie 2000 hombres, con lo cual hizo imposible todo desembarque. Mas no por tan poco se dejaba intimidar Cortabarría; como los reducidos medios de que disponía no le habían permitido hacer efectivo el bloqueo, ponía todo su empeño en provincias, esparciendo por todas partes calumnias contra los patriotas, anunciando los terribles castigos que esperaban a los « rebeldes ». Los capuchinos de las misiones de Caroni, cerca de Angostura, capital de la Guayana, que imperaban en absoluto sobre los habitantes de la comarca, trabajaban con éxito en favor de la reacción. Los patriotas tuvieron que convencerse de que no podían contar con esta provincia. En otros sitios estallaron sediciones. Las Juntas pudieron sofocarlas fácilmente, pero menudeaban, resultando más peligrosas cada vez.

Desde hacía dos meses, el partido español de Caracas recibía secretas excitaciones. Don Juan Díaz Flórez, rico negociante canario, recibió encargo de Cortabarría de

1. Lamartine, *Histoire des Girondins*, lib. XXX, cap. II.

fomentar una revolución en la capital. Creyó Flórez conseguirlo: alistó a algunos oficiales y a un centenar de desdichados a quienes seducía la perspectiva de ganar el paraíso combatiendo a « los demonios del Congreso ». El 11 de julio, mientras se estaban preparando las fiestas de la proclamación pública de la Independencia, los conspiradores, ostentando corazas de hoja de lata y escapularios de grandísimo tamaño, blandiendo trabucos y sables mellados, se reunieron en el terraplén de Los Teques, que domina, al oeste, una de las salidas de la ciudad, enarbolaron un estandarte con la imagen de la Virgen del Rosario, y se pusieron en marcha a los gritos de: « ¡Viva el Rey! ¡Mueran los traidores! »

Aquella mascarada tuvo un fin trágico. Cercados por la muchedumbre y el pueblo, los canarios fueron desarmados, arrestados y encarcelados; y el tribunal de vigilancia, arrastrado por deplorable exceso de celo, condenó a los cabecillas, en número de dieciséis, a la pena capital. Fueron fusilados el 15 de julio, y, según antigua costumbre que choca ver renovada por los patriotas, las cabezas cortadas fueron expuestas en las encrucijadas de la población[1].

En esto, preparábase en Valencia una insurrección mucho más grave. Celosa de su antigüedad, esta ciudad, en otro tiempo capital de Venezuela, había acariciado la esperanza de que el proyecto de subdivisión de la provincia de Caracas le devolvería algunos de sus privilegios de ciudad metropolitana. Los agentes de Cortabarría hacían en ella activísima propaganda. Excitaron el amor propio de la Junta asegurando que los patriotas de Caracas obedecían sólo a motivos de ambición personal, y esparcieron entre el pueblo el rumor del arresto del arzobispo. El clero regular, ofendido por el desdén con que le trataban las autoridades eclesiásticas de la capital, hizo causa común

1. Aunque no citado por los historiadores contemporáneos de Venezuela, el hecho parece innegable. La *Memoria para servir a la Historia de la Capitanía General de Caracas*, publicada en París en 1815, lo menciona expresamente, lo mismo que la *Esquisse de la Révolution de l'Amérique espagnole* (Bosquejo de la Revolución de la América española), París, 1817, pp. 115 y 116, cuyo autor, Manuel Palacios, delegado en Europa por el gobierno revolucionario, no es sospechoso.

con los agitadores. Recordó Valencia que en su blasón figuraba el lema « Fiel al Rey ». Los frailes predicaron la cruzada, y se comenzó a levantar tropas para guerrear contra los « herejes, los ateos y los francmasones de Caracas ».

Cruel desengaño, al mismo tiempo que seria alarma fué para éstos tal sublevación. Habían contado siempre con la adhesión de Valencia y de las ricas regiones circunvecinas, cuya ayuda era preciosa por demás. Su vecindad con las provincias realistas, la proximidad del excelente puerto de Puerto Cabello, por el cual podría Cortabarría introducir poderosos refuerzos, constituían otras tantas amenazas.

El ejecutivo, investido de facultades extraordinarias por el Congreso, pidió socorro a las Antillas inglesas. Los gobernadores contestaron que sus instrucciones se limitaban a las relaciones comerciales de las Colonias con Costa Firme : podían estas relaciones contar con la absoluta protección de las autoridades británicas. Respecto a lo demás, era preciso esperar órdenes del gabinete de Londres [1].

Quedó entonces decidida una expedición contra Valencia. Los cuatro a cinco mil hombres que el gobierno revolucionario había seguido sosteniendo y ejercitando lo mejor que podía, recibieron orden de ponerse en marcha contra la provincia rebelde. La dirección de las operaciones fué, también esta vez, confiada al marqués del Toro, quien tomó a su hermano Don Fernando como jefe de estado mayor. Al principio, ganaron algunas acciones los independientes. Toro batió un destacamento enemigo en el cerro de los Corianos, cerca de Mariara. Pero tuvo que replegarse casi en seguida sobre Maracay, desde donde pidió desesperadamente refuerzos a Caracas (19 de julio).

Entonces decidió el Congreso recurrir a Miranda, quien no había esperado menos de siete meses el puesto de confianza que esperaba verse ofrecer desde su llegada a Venezuela, y del que, sólo obligados por la necesidad, le encargaban sus compatriotas.

1. Contestación del gobernador de Trinidad, Monroe, al poder ejecutivo citado por Restrepo, *op. cit.*, t. II, cap. III, p. 29.

III

No sin oposición manifiesta consintió el poder ejecutivo en ratificar la designación de Miranda como « general en jefe de los ejércitos nacionales »; la animosidad que los Venezolanos, jenófobos por instinto, habían manifestado en seguida al Precursor, se había agravado desde entonces con todos los desdenes que éste les oponía. No había querido Miranda disimular sus desengaños ni su amargura. Lleno de la más ferviente convicción, había aceptado el papel secundario que le habían designado; pero su secreto resentimiento al verse así postergado, se había manifestado con frecuencia por alusiones despreciativas, por frases mordaces que herían el amor propio de los criollos. No les ocultaba cuán mezquinas eran sus disensiones, y cuán ridículos le parecían sus escrúpulos. Le exasperaban el fanatismo y la mojigatería de las clases populares. Aquella resignación serena que Miranda se había impuesto como deber primordial desde hacía tantos años, le faltaba ahora por la cosa más insignificante. Ostentaba un tono agrio con sus jóvenes compañeros. En fin, llamado a ocupar el puesto más elevado que pudiera ambicionarse en el estado actual del país, el viejo general, lejos de mostrarse agradecido a la deferencia que, por tardía que fuera, le manifestaban, hizo críticas sobre la mala apostura, la indisciplina de las tropas, la incompetencia de los oficiales.

Desde la entrada en campaña, Bolívar, se apresuró a pedir servicio y solicitó el mando de un regimiento. Miranda se negó a ello, alegando la falta de experiencia del joven coronel de milicias « cuyos títulos, declaró, no justificaban en manera alguna las pretensiones ». Indignado, Bolívar, exigió ser escuchado por un consejo de guerra, e hizo que interviniera el marqués del Toro, pariente suyo, para inducir al poder ejecutivo a revocar el decreto del general[1]. Entre tanto, éste último, consintió en que Toro tomase a Bólivar como ayudante. Quedó terminada la discusión, pero indispuso toda la aristocracia criolla contra Miranda.

1. V. Larrazábal, *op. cit.*, t. I, ch. vi.

Benévolo a pesar de sus altaneros ímpetus. exageraba adrede las severidades y las rudezas que creía útiles para el aprendizaje militar y cívico de sus compatriotas, no consiguiendo más que irritarlos inútilmente. Lo que le hizo perder por completo las simpatías del comité gubernamental. ya muy escasas. fué la moción que presentó al Congreso. la víspera de su salida para Valencia, en favor de españoles establecidos en Venezuela. El comité, desde entonces, manifestó una reserva hostil al nuevo general en jefe.

Miranda. a quien repugnaba profundamente la guerra civil, no había aceptado sino por abnegación la ingrata tarea que le habían confiado. Tarea que hacían más penosa los poderes sospechosos y restringentes de que había sido provisto. El 20 de julio salió de Caracas a la cabeza de las tropas de refuerzo, y se reunió sin tardar con el cuartel general del marqués del Toro en Maracay. Sus instrucciones le prescribían conducir rápidamente las operaciones y desbaratar a todo trance la resistencia de los rebeldes; pero en seguida comprendió los peligros a que iba a exponer el porvenir de la Independencia, la obediencia rigurosa de aquellas indicaciones. En efecto, la rebelión de Valencia tenía un carácter más grave de lo que los Próceres creían. La Junta de Valencia, al declararse contra el gobierno de Caracas. había cedido más bien a la presión de las clases bajas que a la simple vanidad de hacer prevaler aspiraciones separatistas.

No eran unánimemente compartidas estas aspiraciones, y los más convencidos, hasta entre los criollos, las hubieran tal vez sacrificado al intéres general de la causa revolucionaria. Pedro Peñalver, comisionado por la Junta ante Miranda. se lo dió a entender claramente durante una entrevista en Guácara, adonde había llegado, el 23 de julio, el ejército independiente. Pero Peñalver añadió que sus colegas tenían que contar con una población fanatizada por los agentes realistas y que podía ejercer sus violencias contra los criollos, de no ser obedecidas las órdenes de aquella. Los frailes franciscanos habían excitado pérfidamente la antigua rivalidad de casta entre los mestizos y los esclavos que componían la inmensa mayoría de los habi-

tantes de Valencia y de sus arrabales, hasta el punto de que, más tarde, una de las máximas corrientes de la política española era : « que los pardos eran fieles, y revolucionarios los blancos criollos con quienes era necesario acabar[1] ».

Previó Miranda aquellas terribles consecuencias, pues la propaganda de los emisarios de Cortabarría ganaba con extremada rapidez la región entera e invadía las provincias vecinas : por todas partes los esclavos tomaban las armas y se alistaban bajo las banderas reales. Hubieran sido menester hábiles maniobras, pacientes demostraciones para apaciguar las discordias y disipar el error. La superioridad de las fuerzas independientes quitaba toda probabilidad de victoria inmediata a los rebeldes; pero también era cierto que un castigo demasiado riguroso habría alimentado el odio que los excitadores hubiesen fomentado entonces más que nunca. Por eso, Miranda, deseaba ardientemente reducir, en la medida de lo posible, la publicidad de la represión.

El delegado Peñalver pareció adelantarse a sus deseos al proponerle un armisticio en nombre de la Junta. Animó a Miranda a que se acercara a la ciudad y a que enviara parlamentarios, asegurándole las probabilidades de un acuerdo. Miranda se dejó convencer. Tomó en seguida el camino de Valencia, a la cabeza de un destacamento considerable, y fué recibido a cañonazos al llegar frente a la fortaleza del Morro que domina el oeste de la ciudad. Los soldados se precipitaron al asalto de las trincheras, por cierto mal defendidas, se apoderaron del fuerte, hicieron prisionera a la guarnición, y, envalentonados por este éxito, continuaron su marcha hasta las puertas de Valencia. Los arrabales estaban tranquilos; siguieron adelante. De repente, al volver la esquina de la calle que atraviesa la ciudad y acaba en la Plaza Mayor, los independientes vieron barricadas, tropas en orden de batalla, artillería.

A pesar de los esfuerzos de Miranda por contener a su gente, comenzó la acción. Los insurrectos aparentan dispersarse, pero una terrible fusilería estalla en las fachadas

1. HEREDIA, *Revoluciones de Venezuela*, *op. cit.*, p. 30.

del cuartel llamado de los Mestizos y del convento de San Francisco, extendiéndose a lo largo de los dos lados de la plaza y transformados en ciudadelas. Bajo la metralla que llovía de las ventanas, las columnas independientes se mermaban. Miranda veía caer cerca de él a los jóvenes oficiales impasibles. La infantería flaquea, la caballería retrocede. Por primera vez va a dar Bolívar la medida de su valor.

El y Fernando del Toro acaban de recibir, del general en jefe, la orden de reunir las tropas y de apoderarse de las fortalezas improvisadas. La aguda voz de Bolívar domina el tumulto, su ademán imperioso precipita los hombres, se arroja, seguido de un numeroso grupo de jinetes; pero las puertas resisten al furioso empuje de los asaltadores. La temeraria empresa fué inútil; los caballos se hacinan al pie de las murallas sobre las cuales pega la impotente artillería. A Fernando del Toro lo recogen con las piernas rotas por una bala de cañón. Sigue el fuego. Bolívar escapa providencialmente a la muerte que no había dejado en pie más que un puñado de sus compañeros.

Tuvo Miranda que mandar tocar a retirada. Volvió a Guácara, ocupando de nuevo sus posiciones, las reforzó con nuevos efectivos y organizó, durante la semana que siguió, pequeñas expediciones contra Ocumare y Cata, ocupándolas casi sin resistencia. El 8 de agosto emprendió el cerco de Valencia. Los independientes emplearon aún cinco días en hacerse dueños de ella. Un cordón cuidadosamente establecido alrededor de la ciudad había impedido a los sitiados el abastecerse. Tuvieron que rendirse a discreción, el 13 de agosto, no sin haber opuesto una resistencia desesperada, a la acometida de las tropas independientes, que, después de un supremo combate, llegaron por fin a forzar las puertas del convento y del cuartel, en donde los defensores de Valencia habían agotado sus últimas municiones. La escuadrilla insurrecta que ocupaba la laguna vecina, se sometió, al mismo tiempo. La campaña había terminado, costando 800 hombres y 1 500 heridos al ejército independiente.

Al menos, hubiera sido lógico que Miranda, utilizando los 4 000 soldados válidos que le quedaban aún, comple-

tara la pacificación, obtenida tan caramente, con la de las provincias de Coro y Maracaibo en donde la contra-revolución seguía siendo preponderante. « Puesto que se había resuelto emplear la fuerza, era necesario emplearla hasta el fin. » El Precursor, a quien sus instrucciones prescribían volver a Caracas hizo valer este argumento ante el ejecutivo y solicitó continuar las operaciones. El gobierno se negó a ello[1]. Envidiosos de un éxito del que el Precursor mismo no se envanecía, sus enemigos lo obligaron, con sus intrigas, a dejar su puesto. Tuvo que resignarse una vez más; encargó a Bolívar, al que, por razón de su valeroso comportamiento proponía oficialmente para el grado de coronel, de llevar a Caracas la noticia del éxito de los « ejércitos colombianos » y volvió para tomar parte en el Congreso el 22 de agosto.

Los diputados declararon, desde el día siguiente, que la asamblea reasumiría, hasta nueva orden, las funciones del poder ejecutivo, y que iba a consagrarse exclusivamente a la discusión de la Constitución. Los debates se abrieron en seguida, procurando a los patriotas, aun embriagados de sus recientes valentías y exaltados por la idea de una libertad que creían haber conquistado para siempre, la ocasión de discursos y de retumbantes controversias.

Sin embargo, jamás las circunstancias se habían prestado menos a aquel intermedio declamatorio que, en su deseo de imitar las costumbres de las asambleas de la Revolución francesa, los congresistas se complacían en prolongar. Hasta llegaron a pretender infligir a Miranda el tratamiento de suspición que usaban los convencionales para con los generales de la República. Algunos diputados, a quienes exaltaba la preocupación de reencarnar a los Robespierre y a los Fouquier-Tinville, no temieron pedir que fuera procesado Miranda. Invocaban el recuerdo de Custine y recordaban que su ejecución había parecido, en otra época, necesaria para la salvación del pueblo y de la República...

Por fortuna, esta siniestra comedia, aconsejada por la envidia y el odio, sólo a medias engañó al Congreso. Las

1. V. Zea, *Historia de Colombia*, Londres, 1822.

ovaciones del público admitido a la sesión en que debía discutirse la acusación, vengaron a Miranda. Pero éste no pudo contenerse de descargar altaneros sarcasmos sobre sus enemigos. Añadió que desdeñaba las ofensas, que, no obstante, declaraba que hacían mal en desatender, por parodias ridículas, los verdaderos intereses de la patria.

En efecto, el Congreso parecía descuidarlos de extraña manera. Licenciaba las tropas, y, tales fueron entonces el desaliento, la impotencia o el rencor de Miranda, que, lejos de protestar contra aquella deplorable medida, tomaba, al contrario, la responsabilidad de ella, decretando, en su calidad de general en jefe, el desarme general del cuerpo expedicionario.

Así pues, como él mismo lo había anunciado, y como era de prever, el comisionado regio multiplicaba las intrigas para hacer durar la resistencia. Asegurado Cortabarría de la completa adhesión de las provincias occidentales, preparaba en ellas, con toda comodidad, una importante expedición y, por otra parte, estimulaba con ardor el celo de los agentes realistas en Guayana.

Casi tanto trabajo les costaba a éstos el reclutar y organizar voluntarios, como a los gobernadores republicanos de las provincias limítrofes de Barinas, Cumaná y Barcelona. En uno y otro campo había que recurrir a verdaderas cazas de hombres para llegar a reunir, a costa de innumerables dificultades, algunos soldados indóciles cuya mayor preocupación era escapar de los deberes que de ellos se esperaba.

Al principio, los independientes obtuvieron sobre este punto mejores resultados que sus adversarios. A fines de agosto habían llegado a concentrar efectivos en las principales localidades de la orilla izquierda del Orinoco, principalmente en Barrancas y Santacruz. Pero carecían de medios de transportes fluviales, en tanto que los Españoles disponían, de una importante flotilla. Así pues, a estos últimos les fue posible desembarcar varias expediciones pequeñas que batieron separadamente, durante el mes de septiembre, las débiles guarniciones escalonadas a lo largo del río. El capitán que mandaba una de esas expediciones, compuesta de 300 hombres, Don Francisco

Quevedo, avanzó valientemente hasta Pao, mientras otro partido realista destrozaba los defensores de Santacruz, y que otro penetraba en la provincia de Barinas. Diezmados o rechazados en cada sitio, los independientes vieron pronto caer en poder de los Españoles toda la cuenca del Orinoco. Esto era una de las más graves amenazas para Venezuela y para Nueva Granada, cuya capital misma resultaba de este modo asequible a una invasión por el Meta y el rio Negro, afluentes del Orinoco, navegables hasta las regiones vecinas de Santa Fe. El canónigo Madariaga que había vuelto a Caracas algunos meses antes, había seguido precisamente este camino, y en el relato que publicó de su viaje[1], no dejó de indicar expresamente el peligro.

La extraña confianza de los patriotas no pareció conmoverse por ello. El 2 de septiembre, Ustáritz, había presentado a sus colegas el proyecto de Constitución elaborado por la comisión que él presidía, y, desde entonces, los congresistas se entregaron con decidido entusiasmo a las controversias y a los juegos oratorios que parecían haberse convertido en primordial objeto de sus actividades. Sin embargo, no había sólo dogmatismo y retórica en aquellos discursos. Un sentimiento más elevado animaba a los patriotas y sobre todo a los Próceres que voluntariamente olvidaban en aquellos momentos los obstáculos acumulados para impedir el éxito de su noble empresa. Para ellos, la constitución era la coronación suprema del edificio que querían ellos fuera admirable y perfecto, a fin de que los pueblos tuviesen más valor para defenderlo después. Importaba pues emplear materiales de primer orden en la construcción de aquella ciudad ideal. ¿No era necesario también que el espíritu de los grandes reformadores del pasado acudiera a colaborar en la prestigiosa obra? Al apasionado patriotismo de los obreros de la Independencia se imponía el examen escrupuloso de los precedentes históricos. Por otra parte, al invocar los recuerdos, los episodios, los augustos nombres de la

1. Diario y Observaciones de D. José Cortés de Madariaga en su regreso de Santa Fe a Caracas por la vía de los ríos Negro, Meta y Orinoco, etc. Caracas, octubre de 1811. D. III, 610.

Francia republicana, los Próceres entendían, al mismo tiempo, tributar homenaje solemne a principios que les habían servido de sostén, de guía, conduciéndolos al puerto de salvación.

Por eso, las doctrinas de la Revolución francesa fueron entonces proclamadas con una devoción que rayaba en fanatismo. Hubo en aquel Congreso, como en las asambleas similares ocupadas entonces en la elaboración de las primeras cartas de las nacionalidades apenas nacidas, como un reflorecimiento maravilloso del pensamiento francés. Montesquieu, Voltaire, Rousseau y sus discípulos, en ninguna parte fueron jamás tan citados, comentados y llevados al pináculo, como en aquella tierra de América, en donde se podía ver revivir, en una esplendorosa pléyade de simpáticos visionarios, los apóstoles de 1789. La fascinación embargó al pueblo mismo. Entonó el himno de alegría y de agradecimiento con cuyos acentos se fortalecía la virtud de los Próceres, en vísperas de seguras catástrofes. Por fin fué promulgada la Constitución el 21 de diciembre de 1811, y, aquel día, los diputados fueron llevados hasta sus casas, en medio de un cortejo numerosísimo de ciudadanos llenos de gozo cuyas aclamaciones se confundían con las salvas y el repique de las campanas.

La primera Constitución de Venezuela[1] que, por la solemnidad, la claridad, la lógica y la perfección de su texto, merece ser citada como modelo de este género, erigía las siete provincias de la antigua capitanía general en otros tantos cuerpos políticos soberanos, ligados por recíprocas garantías, y cuyo conjunto formaba una república federativa. El poder legislativo, el derecho de paz o de guerra eran confiados a una cámara de representantes y a un senado que debían reunirse todos los años, el 15 de enero, en la ciudad que fuera escogida como capital de la confederación. « Esta nunca podrá ser capital de ninguna provincia. » Tres ministros responsables designados por los colegios electorales, ejercen, en tiempo oportuno, el poder ejecutivo y tienen a su cargo los nombramientos

1. D. III, 631.

para los empleos de la administración y para el ejército. El poder judicial está depositado en una corte suprema, en tribunales de segunda y de primera instancia. Los Derechos del Hombre, la igualdad para todos y la religión católica forman las bases morales de este acto de unión[1]. Terminaba por esta apóstrofe característica : « Pueblo soberano, oye la voz de tus mandatarios : el proyecto del contrato social que ellos te ofrecen fué sugerido solo por el deseo de tu felicidad : tú solo debes sancionarlo[2] : colócate antes entre lo pasado y lo futuro : consulta tu interés y tu gloria y la patria quedará salvada. »

Tal era en sus líneas principales aquel código de 228 artículos en que los ensueños del *Contrat Social* y las lecciones del *Esprit des lois* se mezclaban a las doctrinas de los Estados-Unidos de la América del Norte, que acababa por consagrar, de la noche a la mañana, la garantía de todas las libertades en favor de una población incapaz de asimilárselas, sin aprendizaje, y mucho menos capaz de ponerlas en práctica.

Cierto que el *federalismo*, como aglomeración de poderes independientes pero armoniosamente escalonados, que colaboran al cumplimiento de unánimes aspiraciones, debe ser considerado como la más alta expresión, la síntesis perfecta y el fin de toda evolución política Y es también privilegio admirable de la América del Sur el que todo se halle en ella clasificado y agrupado separadamente por la naturaleza, al mismo tiempo que en correlación de reciprocidad y de armonía. La naturaleza es federalista en el Nuevo Mundo más que en ninguna otra región del globo : la confederación (separación y unión al mismo tiempo), se halla en los Andes y las pampas, en los ríos y las altas mesetas, en las zonas climatéricas, en la composición y en la distribución de las razas y de las castas, en los elementos de toda producción, en todo

1. V. Gil Fortoul, *op. cit.*, t. I, *Constitución Federal* de 1811, pp. 157-171.

2. Cf. Rousseau : « Los diputados del pueblo no son, pues, ni pueden ser sus representantes : no son más que sus comisionados : no pueden tomar ningún acuerdo definitivo. Toda ley que el pueblo en persona no ha ratificado, es nula : no es una ley ». *Contrat Social*, liv. III, ch. xv.

lo que puede servir de base a la constitución y a la duración de una sociedad [1].

Pero, apenas, proclamada la Independencia, el cuerpo social se hallaba más alejado que otro cualquiera de aquel armonioso conjunto; la sociedad americana, en pleno trabajo de evolución social y aun etnológico, presentaba todavía todos los caracteres de incoherencia y variedad inherentes a los comienzos de las transformaciones políticas; poderes contiguos, divididos y rivales de las razas, de las subdivisiones de razas, de las clases, de las corporaciones, de las familias [2].

Por otra parte, ya hemos visto cómo el prestigio individual bastaba casi siempre para provocar sediciones, cuán fácilmente se propagaban éstas, y hemos observado el partido que los promotores de desórdenes continuaban sacando de la recíproca y coexistente hostilidad de los varios grupos sociales. Hasta las más avanzadas entre las entidades coloniales, carecían de los elementos indispensables para el establecimiento, siquiera superficial, del nuevo régimen. Fuera de las capitales o de las grandes ciudades, los hombres capaces de desempeñar funciones públicas constituían una ínfima minoría. Las provincias no tenían presupuesto propio y las modificaciones que se trataba de introducir, apenas esbozadas por cierto, distaban tanto de una aplicación posible como de un funcionamiento regular.

Estas defectibilidades aperecían sobre todo en Venezuela. Los habitantes, a quienes la Constitutión acababa de conferir el ambicioso título de *ciudadanos*, diseminados en número de 700000, próximamente, en un territorio que podía contener cómodamente el décuplo de esta población, iban a encontrarse más divididos aún, aislados políticamente, inaptos, por su falta de instrucción cívica y de sus recursos materiales, para subvenir a la creación y a la conservación de gobiernos autónomos.

Cualesquiera que fuesen las ilusiones de los patriotas acerca de esto, no había correlación alguna entre las con-

1. Cf. Samper, *op. cit.*, p. 171.
2. Cf. Tarde, *Les Transformations du pouvoir*, 1 vol. Paris 1899, ch. x.

diciones sociales, morales y políticas de las colonias españolas de la América del Sur y las de las posesiones inglesas de la América del Norte. Inferir, como ellos pretendían « el porvenir de unas del pasado de otras[1] », era un error peligroso. La revolución de la América del Norte había en realidad consagrado una situación de hecho. « La libertad se había aclimatado allí antes que la independencia[2]. » Los tolerantes y hábiles principios de la colonización inglesa, la homogeneidad de la población, sus orígenes y sus instintos elevados, la frecuencia de las comunicaciones con la metrópoli, el reparto igualitario de la instrucción y de las fortunas, la bondad del clima, las ventajas de un territorio fertilizado y provisto de grandes ríos navegables, de excelentes vías de comunicación, los progresos, crecientes, de la industria y del comercio, todo invitaba a los Americanos del Norte a sentar de una vez las bases definitivas de una gran nación.

En cambio, en las Colonias españolas, había que acabar primeramente la toma de las formidables bastillas en que las pasiones, los prejuicios, la ignorancia de una población heteróclita defendían obstinadamente un arsenal de instituciones medioevales. « Extremados contrastes en la distribución de la propiedad, dividían la sociedad toda; un despotismo semioriental mantenía a las clases elevadas sujetas a las instituciones monárquicas por todos los lazos de la fuerza, de la vanidad, del egoísmo. Estos mismos lazos encadenaban lo mismo a los gentileshombres seculares, a quienes los más orgullosos criollos tenían costumbre de besar los pies, que a la nobleza clerical, ante la cual los gentileshombres, a su vez, se arrastraban en el polvo; del mismo modo que la gran masa de los Españoles y de sus partidarios que, estrechamente unidos y por mil distintos lazos, a la sociedad americana, minaban la causa nacional y patriótica hasta cuando eran perseguidos y culpables[3]. » Separados del mundo, « encerrados entre inmensas cordilleras á solas con la ignorancia y la superstición ¿cómo, escribía más tarde un

1. V. Gervinus, *op. cit.*, t. VI, p. 138.
2. *Id.*
3. Gervinus, *op. cit.*, t. VI, p. 140.

hombre de Estado sudamericano[1], podíamos pasar, de la noche á la mañana, de la abyección a la libertad, y comprender, en un instante, nuestros intereses, y adivinar en otro la ciencia difícil del gobierno? »

Miranda fué el primero en darse cuenta de estas diferencias esenciales, y, también, en tener conciencia de las obligaciones y de la táctica que, desde aquel momento, se imponían a los Próceres. Sin importarle el incurrir una vez más en la animadversión de sus compatriotas, denunció el peligro a que, la aplicación de las teorías de que él había sido, hasta entonces, partidario notorio y convencido, iba a exponer a Sudamérica : « La organización federalista, declaró él en la tribuna del Congreso, no presenta ninguna de las garantías de claridad y de sencillez necesarias para una institución duradera en estos países. No tiene suficientemente en cuenta las costumbres y los usos que los hábitos seculares de sumisión han introducido y, por decirlo así, arraigado en ellos. Lejos de agrupar a los Americanos en un cuerpo social homogéneo, no servirá sino para dividirlos más aún para desgracia de la salvación común y para mayor daño de la Independencia misma. »

De tales consideraciones resultaba fatalmente una dolorosa comprobación : la proclamación de la Independencia había sido prematura. Esta verdad, que no iba ya a dejar de atormentar secretamente a los libertadores, llevaba en sí, como consecuencia, la necesidad de una centralización firme, de un gobierno netamente unitario. En el espíritu de Miranda, como por cierto no iba a dejar de producirse en el de los jefes sucesivos de la Revolución[2], esta convicción llegó a ser un dogma. En suma, este fué el origen del gran partido *centralista* que subsistió hasta nuestros días, al cual vinieron, con el tiempo, a reunirse los elementos conservadores y que pareció así renegar de los principios mismos que habían regido su formación.

Los Próceres, al instituirse en defensores del unitarismo, no desconocían la excelencia y la legitimidad de las doctrinas federales, ni el porvenir particularmente

1. Carlos Holguín, *Estudios históricos*, Bogotá, 1878.
2. Ustáritz y Peñalver, autores de la Constitución federal de 1811, dos años más tarde, se vuelven partidarios del centralismo.

próspero que le prometían las *posibilidades* esenciales del Nuevo Mundo. Reconocían solamente que lo que ellos habían creído realizable, en un comienzo, no podría serlo sino después de un período intermedio; por instinto, se atenían aquí a los preceptos históricos erigidos desde entonces en ley general por la sociología, y según los cuales: « los poderes al pronto divididos y hostiles se han centralizado para dividirse de nuevo, pero de acuerdo entre ellos[1] ». Aunque el antagonismo entre *federalistas* y *centralistas* había de servir, en adelante y con demasiada frecuencia, de pretexto para las ambiciones personales, para las rivalidades de provincia contra provincia o de ciudad contra ciudad, no es menos cierto que hay que atribuir, sobre todo en los comienzos de la Emancipación, al muy sensato y consciente afán del bien público, las repetidas tentativas de dictaduras, los proyectos monárquicos efectuados y muchas veces preconizados por los campeones de la Independencia.

Mientras tanto, Bolivar se había aproximado a Miranda, de cuyas ideas sobre este punto fué partidario desde el primer momento[2]. Juntos colaboraron en una ardiente campaña de prensa y combatieron con todas sus fuerzas las tendencias que iban arraigándose en torno de ellos: comprendían pues la importancia de la decisión que iba a intervenir y preveían sus funestos resultados. Pero, independientemente del ejemplo de los Estados Unidos y de la atracción de las doctrinas de la filosofía francesa, el concepto eminentemente particularista que los criollos tenían de la patria los encaminaba en principio hacia las teorías del federalismo.

Éstas, por otra parte, prevalecieron y se generalizaron con tanta rapidez, que los esfuerzos de Miranda y de Bolívar fueron inútiles. El Congreso hizo imprimir y distribuir un enorme número de ejemplares del texto de la Constitución. Comenzó la discusión de una ley electoral, declaró abolida la tortura y suprimida la Inquisición. En fin, como prenda de la magnanimidad de sus sentimientos, los diputados eligieron Valencia como capital

1. Tarde, *op. cit.*, p. 200.
2. V. O'Leary, *Memorias*, t. I, p. 36.

federal y decretaron que la asamblea abriría allí la próxima sesión el 1º de marzo siguiente. Los agitadores, hechos prisioneros cuando el sitio de la ciudad rebelde, beneficiaron de aquellas generosas disposiciones. El tribunal de vigilancia los absolvió pura y simplemente de la acusación.

Sin embargo, el comisionado regio y sus agentes volvían a tomar la ofensiva y la guerra empezaba de nuevo por todas partes. Cada día se reforzaban en la Guayana los partidos españoles. Durante las últimas semanas de diciembre de 1811, se habían apoderado de las plazas de Guayana Vieja y de Angostura del Orinoco, habían aumentado su flotilla con varias unidades y sublevado toda la región contra los independientes. El gobierno de Caracas tuvo que organizar con urgencia un cuerpo expedicionario de 1 500 hombres cuyo mando fué confiado al coronel González Moreno. Por su parte, los gobernadores de Cumaná y de Barcelona equipaban tropas y las dirigían hacia la Guayana.

Tenían éstas por jefes a los coroneles Manuel Villapol y Félix Solá, oficiales distinguidos del ejército español, pasados al servicio de los republicanos. Los patriotas de la isla Margarita armaron también algunas lanchas cañoneras que, hacia fines de febrero de 1812, subieron el Orinoco, obtuvieron una seria victoria sobre la flotilla española, a la que capturaron dos barcos, y se reunieron en Barrancas con las tres divisiones independientes que allí se hallaban. El 7 de marzo estaban los republicanos delante de Angostura; les hubiera sido relativamente fácil echar de allí a los realistas, pero perdieron tiempo precioso en conciliábulos con los oficiales españoles, a quienes querían hacer aceptar una capitulación, y torpemente se separaron de su escuadrilla enviándola a vigilar los movimientos de la flotilla enemiga. Las quince o dieciséis goletas de que ésta se componía, sorprendieron, el 25 de marzo, la escuadrilla independiente en la bahía de Sorondo, a cierta distancia de Guayana Vieja. Hubo un primer encuentro : los republicanos, a consecuencia de varias falsas maniobras, se vieron rodeados por los realistas que les tomaron tres chalupas al abordaje, después de un mortífero combate.

Al día siguiente la lucha continuó. La escuadrilla republicana, muy mutilada por el combate precedente, opuso, sin embargo, la mayor resistencia al hábil y fogoso ataque de los realistas. Estos eran ayudados por una batería que, desde la orilla cañoneaba vivamente a sus adversarios. La derrota de los independientes fué completa; sus navíos, todos, destruídos o capturados, cerca de 400 hombres fuera de combate, y el resto en huída. Mientras tanto, González Moreno, Villapol y Solá habían pasado el río para intentar un ataque de flanco sobre Angostura. Pero al saber el desastre de Sorondo, Moreno y Solá se consideraron perdidos y no pensaron más que en retirarse. Algunos días después, acabaron por abandonar a sus soldados que, se rindieron miserablemente a la caballería española enviada en su persecución. Sólo Villapol manifestó una intrepidez de la que no daban ejemplo sus colegas : volvió a pasar el Orinoco, río abajo de Angostura, a la cabeza de su división a la que condujo sana y salva hasta la ciudad de Maturín.

En las provincias occidentales, el éxito de la reacción realista se había señalado, desde principios de año, bajo auspicios más desgraciados aún para la causa republicana. Ceballos, Miyares habían recibido de Puerto Rico algunos nuevos refuerzos y se ocupaban con gran actividad en reorganizar la milicia de Coro de manera a hacer de ella una tropa capaz de cooperar útilmente con la tropa de línea, en una expedición proyectada contra la provincia de Caracas. Sin embargo, Ceballos carecía de armas y de municiones. La adhesión espontánea de los habitantes de la región india de Siquisique, en la provincia de Valencia, que el cura Andrés Torrellas fué, a primeros de febrero, a prometer al gobernador de Coro, hizo concebir a este último próximas esperanzas de éxito. En el momento mismo en que los miembros del Congreso se reunían solemnemente en Valencia, el 10 de marzo, un cuerpo expedicionario de unos 500 hombres, de los cuales una compañía de infantería de marina, un escuadrón de dragones de la Reina y una compañía de fusileros españoles de la guarnición de Maracaibo formaban los cuadros, partía de Coro con dirección a la ciudad federal.

El capitán de fragata Domingo de Monteverde [1], originario de las islas Canarias, que poco antes se había distinguido en la defensa del Ferrol y a quien el antiguo protector de Miranda, el brigadier Juan Manuel de Cajigal, acababa de enviar a Coro, tomó el mando de la expedición. En menos de una semana la expedición llegó a Siquisique; y mientras los congresistas de Valencia discutían con copia de citas filosóficas sobre el punto de saber si era legítimo y conforme a los preceptos del derecho de gentes, el enviar los soldados de la provincia o las tropas federales contra Monteverde, éste sublevaba todo el país en torno de Siquisique, se apoderaba, el 23 de marzo, de Carora, cuya población fué pasada a cuchillo, y, contando ya con un efectivo casi diez veces mayor, se ponía atrevidamente en marcha hacia Barquisimeto.

Los independientes habían acantonado en este último punto una división superior, como calidad y como número, a las tropas de Monteverde, y que se aprestaba a rechazar victoriosamente la invasión. Cuando una formidable catástrofe vino, inopinadamente a arruinar la ya débil esperanza de la república venezolana.

IV

El jueves santo, 26 de marzo de 1812, a las cuatro de una tarde serena, un ruído espantoso retumbó de repente. La tierra, sacudida por conmociones sucesivas, tembló, se levantó, se abrió tragándose la cuarta parte de las casas y de los habitantes. En algunos minutos aquella capital, momentos antes risueña y descuidada, ofrecía indescriptible espectáculo a las despavoridas miradas de los supervivientes. El hundimiento de los edificios había sepultado a más de diez mil personas. Otras seis mil habían desaparecido en las grietas del suelo momentáneamente abiertas y en seguida cerradas. Gemidos, sollozos ahogados se oían por las encrucijadas inesperadas que, por algunos sitios, se formaban al abrirse los edificios.

1. Gobernador y capitán general de Venezuela de 1812 a 1814.

Cubiertos de sangre y de polvo, los desgraciados salvados de la catástrofe tropezaban, en sus desatentadas carreras, con murallas de enmarañados restos que cerraban las calles desbaratadas, las plazas llenas de cadáveres corrompidos, por las cuales era imposible el paso.

El desastre se extendía a la provincia de Caracas, a las de Barinas y de Maracaibo hasta los confines de Nueva Granada. Salvo Valencia, Maracaibo y Coro, ninguna ciudad se sustrajo a la catástrofe. Las poblaciones diseminadas a lo largo de la costa, desde Paria a Cartagena, fueron destruídas en su mayoría, y, por extraordinaria coincidencia, parecía como que el azote, al salvar de todo daño a las ciudades, a las provincias que permanecían fieles a España, y, fenómeno más increible aún, a Monteverde y a sus tropas que, sin embargo, se hallaban en la región devastada, había escogido en cada lugar sus víctimas entre los defensores de la causa independiente. La guarnición de Caracas pereció casi toda, la de La Guayra fué también cruelmente diezmada. En este puerto, el más floreciente de Venezuela, sólo las murallas y una única casa, la de la antigua Compañía de Guipúzcoa, quedaron indemnes. Del ameno pueblecito vecino Maiquetía no quedó piedra sobre piedra. Seiscientos milicianos que los patriotas enviaban para reforzar las tropas acantonadas en San Felipe, llegaron a esta ciudad en el momento de la catástrofe y fueron destruidos hasta el último con toda la división a la que venían a ayudar. Los 1 200 defensores de Barquisimeto, el cuerpo que se disponía a entrar en campaña en Mérida, los parques militares, los almacenes de abastecimiento, desaparecieron a su vez en aquel cúmulo de desolaciones y de ruínas.

Pero, de todas las ciudades de la confederación venezolana, Caracas había sido la más herida. El clero, aunque los edificios del culto también habían sido en gran parte destruídos, no dejó de hacer notar que la catástrofe era como un castigo del cielo contra la obra de los patriotas. Penetrados de una especie de arrebato místico, o más bien, tal vez, deseosos de aprovecharse de las circunstancias para recuperar en el ánimo de los pueblos el prestigio de que había pretendido despojarles el nuevo régimen, se

vió entonces a los frailes exhortar a los habitantes aterrorizados a que renunciaran a la independencia.

Hubo predicaciones al aire libre, y la ciudad, en aquel momento, según relato de los contemporáneos, presentó singularísimo aspecto. Durante el día, la muchedumbre, espantada, llorando se precipitaba ante el atrio de las iglesias en donde Lamota, prior de los Dominicos, el Padre Ortigosa, y otros, subidos sobre tablados improvisados pronunciaban sermones fúnebres y trágicos. ¿No había sido también en jueves santo, cuando, dos años antes, la impía Caracas había enarbolado el estandarte de la rebelión? La cólera celeste vengaba la ofensa. Era un crimen la revolución, los revolucionarios eran sacrílegos. Dios mismo ordenaba, por boca de sus ministros, el arrepentimiento y la sumisión [1].

Llegada la noche, los mismos discursos se repetían a la humeante claridad de los cirios propiciatorios ante los altares erigidos a lo largo de las calles en donde, bajo los escombros, se corrompían los cadáveres. Los fieles se golpeaban el pecho, pidiendo, a gritos, misericordia al Señor, misericordia a Don Fernando. Algunos confesaban públicamente sus pecados. Los frailes evocaban a Sodoma y a Gomorra. Y la comparación, al menos en lo concerniente a las costumbres disolutas del bajo pueblo, no carecía de oportunidad. La población, en su conjunto, manifestó edificantes remordimientos. Cierto que hubo que deplorar algunos serios desmanes favorecidos por la consternación general, pero « los que habían vivido en ilícitos amores se unieron, dice el memorialista O'Leary [2], con los lazos santos é indisolubles del matrimonio ». Añade, sin embargo, este autor que « por mucho que con esto ganase la moral pública, la causa de la Independencia perdía terreno dia por dia [3]. »

Vemos entonces a Bolívar, con magnífica audacia, invulnerable, y cuya grande alma se cernía por encima de la desesperación de todos. Se ha hundido el piso principal de su casa, y las puertas, arrancadas, podrián dejar paso

1. V. Lallement, *Histoire de la Colombie*, Paris, 1826, pp. 90-91.
2. O'Leary, *Memorias*, *op. cit.*, t. I, cap. II, p. 51.
3. *Ibid.*

a los ladrones. Poco le importa. Hace que le sigan algunos amigos, se lleva a sus esclavos, transformándolos en camilleros, recorre la ciudad, reconforta a los heridos, hace enterrar a los muertos, insensible al hostil murmullo con que es acogido, luchando, victoriosamente a veces, contra la coalición exasperada del fanatismo, de la ignorancia y del miedo.

Le vemos atravesar la Plaza Mayor. Entre los escombros apenas apartados, todo un pueblo, aturdido, retemblando bajo las frenéticas exhortaciones de un fraile dominico que les predica : « ¡ De rodillas, desgraciados! Ha llegado la hora de que os arrepintáis. El brazo de la justicia divina pesa sobre vuestras cabezas porque habéis insultado a la majestad del Altísimo. al poder del más virtuoso de los monarcas, vuestro señor Don Fernando VII... » Sale Bolívar del grupo de amigos que le acompañan, sube al tablado, arroja de él al fraile y, terrible, con la espada alzada, manteniendo a distancia a la multitud, envolviéndola toda en un grito de ira épica exclama : « ¡ La naturaleza conspira con el despotismo. Pretende atajarnos el paso. Pues bien, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca[1]! »

Si bien Bolívar conseguía de este modo reanimar, muy pasajeramente, por cierto, la vacilante llama del patriotismo en Caracas, sus focos se iban apagando, unos tras otros en las provincias. En todas partes, los habitantes, y los criollos mismos se inclinaban a la sumisión. Convencidos los realistas de estar protegidos por la providencia, hallaban en esta creencia un nuevo valor para la realización total, ya más fácil. de su empresa. La « naturaleza » les servía más de lo que ellos hubieran podido esperar : hasta ella misma procuraba armas a Monteverde quien, de las ruinas de Barquisimeto, sacaba cañones, fusiles, balas y cartuchos en excelente estado. Los soldados republicanos, desertando en masa, vinieron a aumentar aún los efectivos de sus enemigos. A pesar de la energía con que el coronel español, Diego Jalón, al servicio de la Indepen-

1. Según, J. Díaz, *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, etc., *op. cit.*, p. 39.

dencia, defendió a San Carlos, la traición de un oficial entregó esta ciudad a Monteverde, el cual la ocupó el 25 de abril. Ocho días después entraba en Valencia saludado como libertador por la población.

Despavoridos, los congresistas habían evacuado la capital federal desde hacía un mes; el gobierno se había trasladado a Caracas, en donde se dió cuenta de los progresos realizados por la reación. El arzobispo Coll y Prat, con cuya colaboración habían siempre creído poder contar los patriotas, publicó una pastoral condenando la causa sudamericana; el clero redobló de celo para combatirla; los odios, las divisiones vinieron a aumentar las desgracias de la república. Las cajas del tesoro estaban vacías. En ellas había unos tres millones de pesos de reserva en el momento de la salida de los Españoles. Los inconsiderados gastos que se había hecho para realzar el prestigio del régimen, habían consumido la mitad de aquella reserva, y la guerra se llevó el resto. Para hacer frente al déficit, el gobierno comenzó por establecer nuevos impuestos; emitió luego un millón de pesos en asignados de curso forzoso. Desacreditado, aquel papel moneda paralizaba el comercio, en vez de favorecerlo como se había creído. El abandono de la agricultura, la pérdida de las cosechas, y por último el temblor de tierra acabaron de arruinar al país.

En presencia del extremado peligro a que se encontraban expuestos los destinos nacionales, el ejecutivo, siguiendo el ejemplo de la República Romana, decidió investir de la autoridad suprema a un dictador. El marqués del Toro, designado primeramente, tuvo el buen gusto de declinar este honor. Miranda juzgó oportuno aceptarlo. El 26 de abril se le confirió el título de « dictador y generalísimo de los ejércitos de tierra y mar de Venezuela ». Prometió, como se lo pedían los ciudadanos miembros del poder ejecutivo, Fernando del Toro y Francisco Javier Ustáritz, al entregar sus poderes en manos de Miranda, « tomar todas las medidas que juzgara necesarias para la salvación común ».

En Valencia recibió Miranda la noticia de su nombramiento; su mandato de diputado le había llamado a la

ciudad federal a principios de marzo; habíase quedado allí después de la disolución del Congreso con el fin de organizar la defensa de la plaza amenazada de próximo ataque por parte de Monteverde. Sin embargo, los principales recursos, en dinero y en hombres, con que hubiera podido contar el generalísimo, estaban en Caracas. El coronel Pablo Ayala, que había substituído a Fernando del Toro en las funciones de inspector general del ejército, consiguió, merced a la preciosa colaboración de Bolívar, concentrar de cuatro a cinco mil reclutas en la capital; y, también voluntarios extranjeros : franceses e ingleses, en su mayoría recién llegados a ésta. Miranda confió el mando de Valencia al mejor de sus oficiales, al coronel Ustáritz, y partió precipitadamente. El 29 de abril, estaba en Caracas.

Su primera providencia fué preparar una ley marcial convocando a las armas a todos los Venezolanos sin distinción de casta o de color. Un millar de hombres iban a responder a este llamamiento que el dictador no pudo, por cierto, hacer público hasta el 20 de mayo siguiente. Era éste un glorioso esfuerzo, pues aquellos ciudadanos pertenecían todos a la región caraqueña y no se podía exigir más a pueblos tan terriblemente azotados. Desde la proclamación de la Independencia, la circunscripción de Caracas soportaba, exclusivamente, puede decirse, el peso de la guerra. Las provincias de Barcelona, Cumaná y la isla de la Magarita habían limitado su concurso al envío de algunos destacamentos a Guayana, mientras que, en el oeste, Trujillo y Mérida ponían en pie a un corto número de reclutas apenas equipados. El mayor contingente de las tropas federales, la artillería, las armas y las municiones habían sido suministrados por la provincia metropolitana.

Aunque relativamente numeroso, el ejército que acababa ésta de dar a Miranda, dejaba, sin embargo, mucho que desear desde el punto de vista del vigor, de la instrucción y de la disciplina. El reclutamiento a que, primeramente, había procedido el coronel Ayala, se había efectuado en las condiciones menos favorables para una sana reconstitución de los cuadros. La mayor parte de los nuevos defensores de la libertad, arrancados por fuerza a

sus ocupaciones agrícolas, habían sido conducidos a Caracas, con esposas en las manos. En general algunos días de cuartel, y, sobre todo, de servicio en campaña, bastaban para transformar aquellos soldados involuntarios en combatientes aceptables. Pero era más fácil exaltar en ellos el entusiasmo que la obediencia. Mal vestidos, mal alimentados, y peor pagados, estaban siempre dispuestos a desertar bajo el menor pretexto.

No obstante, el espíritu de aquellas tropas, prometía excelentes esperanzas, por poco que la casualidad o la habilidad de sus jefes supiera retenerlos cierto tiempo bajo las armas. Se asimilaban pronto las más elevadas virtudes militares; valientes por naturaleza, podían adquirir, y por fin adquirieron, por el solo efecto de la duración de la guerra y de las necesidades de ésta, la tenacidad, la resistencia, y, también, el patriotismo.

Lo mismo hay que decir del cuerpo de los oficiales. Nacidos en buena cuna, procedentes de carreras liberales, antiguos cadetes o graduados en las milicias, su cualidad común era la atrevida jovialidad de la juventud y el valor. Excepto Mariano Montilla, que tenía entonces veintiocho años, y Manuel Cortés Campomanes[1], que no tenía mucho más de treinta, quienes, uno y otro, habían hecho su aprendizaje de guerreros en los campos de batalla de Europa, ninguno de los oficiales criollos poseía conocimientos técnicos. Sin embargo, entre los que, meses antes, habían tomado parte en la campaña, José Félix Rivas, Juan Escalona, Domingo Meza, se señalaban ya por su serenidad, su habilidad, su maestría estratégica, de las que habían de dar más tarde épico testimonio. Como ellos, el caballeresco joven alférez Antonio José de Sucre, nacido en Cumaná, en 1793, de una antigua familia de

1. Campomanes (Manuel André-Cortés), nacido en España hacia 1770 Oficial del ejército real, formaba parte de las tropas españolas puestas al mando de Bernadotte en 1807; distinguióse en el sitio de Stralsund. Llegado a Venezuela, en 1810, Campomanes se alistó en el ejército republicano. En 1813 se reunió con Nariño en Nueva Granada y fué su primer ayudante en la campaña del Sur. Estuvo en el sitio de Cartagena, en 1815, después se refugió en Jamaica de donde volvió, con Bolívar, para combatir en Venezuela. Tomó parte en los combates de Quebrada Honda, Alacrán, San Félix, etc.

origen flamenco, y a quien veremos alcanzar los más puros y altos destinos, se preparaba a ello en la escuela de la guerra.

Por desgracia, aquellos dones universales, aquellas promesas eran estropeados por una vocación harto general a la indisciplina, que, agravándose con las envidias de casta, siempre dispuestas a despertarse, dificultaban en sumo grado el cometido del comandante en jefe. Los blancos no conseguían hacerse obedecer de la gente de color o de los mestizos, y si, por casualidad, alguno de éstos llegaba a igualarse en grado a los oficiales criollos, en seguida sobrevenían rivalidades. Entonces, así en el estado mayor como en las filas, del ejército republicano, era muy frecuente la deserción, y hasta la traición, fomentadas de continuo por los agentes realistas.

En aquel ejército figuraban también varios ofícieiales españoles. Las más veces, habían servido en él de instructores, y sólo ellos poseían, por lo menos en los comienzos, algunas nociones precisas de la ciencia de las armas. Casi todos se habían distinguido en las recientes campañas y el comportamiento de Villapol, de los Jalón era citado como modelo de lealtad y de heroísmo. No obstante, su ejemplo corría peligro de no tener muchos imitadores entre los jefes españoles de nacimiento, envidiados por sus colegas, a quienes eran sospechosos no contando sino imperfectamente con la confianza de la tropa, y a quienes acechaban las tan constantes como insidiosas solicitaciones de sus antiguos hermanos de armas.

Completaba el conjunto del ejército republicano, un pequeño grupo de voluntarios y oficiales, emigrados de Europa, de las Antillas y de los Estados Unidos. Las guerras de la Independencia reservaban a algunos de aquellos soldados de fortuna la parte de gloria y de fama que habían ido a buscar en América. Por ejemplo, el escocés Mac Gregor[1], cabecilla excelente, sediento de una

1. Mac Gregor (Sir Gregor). Se fué a Caracas en 1811 y tomó brillantemente parte en las diferentes campañas de Venezuela y de Nueva Granada. Llegó a general de división. Luego se le ve comprometido en varias empresas de filibustería. En 1817 se apoderó de la isla Amelia en la costa de Florida y en 1819 hizo una expedición a

ambición cuyos peligrosos extravíos no supo tal vez evitar, pero sobrado de ardor guerrero y de valentía, imponiéndose a la admiración de sus compañeros de armas, adorado de sus soldados.

Al mismo tiempo que los franceses du Cayla, Schombourg y Raphaël Chatillon[1], llegados como él a Caracas a fines de 1811, Mac Gregor había sido encargado de organizar y de instruir la caballería venezolana. Los cuatro oficiales cumplieron admirablemente su cometido, y Miranda los tomó en su estado mayor. El capitán Emmanuel de Serviez era, en dicho estado mayor, el oficial más estimado por el generalísimo. De una excelente familia del mediodía de Francia, descendiente del célebre mariscal de Thémines, hijo y nieto de soldados, Serviez, después de haber tomado parte en todas las primeras campañas de la Revolución y del Imperio al lado de su padre, a quien Napoleón nombró general de brigada en 1806, se hallaba en Pau en el momento en que iba a estallar la guerra de España. Tenía veinticinco años, llevaba con altivez sus galones de capitán de dragones de la guardia, y fué distinguido por la joven condesa F..., esposa de uno de los generales más ilustres y que más honores había recibido. Según su propia expresión, no tardó Serviez en « tener la desgracia de ser feliz ». Salió para España hacia fines de octubre con el mariscal Lefebvre; pero, herido en el combate de Vimeira, volvió a Pau, en donde se reunió de nuevo con su querida, y, algunas semanas después, se fué con ella a Inglaterra.

Entonces comienza una existencia desgraciada : primero

Porto Belo. En 1821 dejó definitivamente el servicio de Venezuela: se estableció entre los indios Poyais en la costa de Mosquitos, en donde tomó el título de cacique y de rey, y, en los años siguientes, hizo varias tentativas desgraciadas para introducir emigrantes escoceses. En 1839, pidió y obtuvo del gobierno de Venezuela ser reintegrado en su grado de general. Murió en Caracas el 4 de diciembre de 1845. V. entre otros el estudio que le ha dedicado. C. Rodriguez Maldonado en *Hist. de Bol.* y *Antig*, *op. cit.*, Año V, nº 53.

1. Ex-capitán del ejército francés; después de la caída de Miranda siguió a Bolívar a Curazao y Cartagena en donde entró al servicio del gobierno de esta provincia. El presidente Torices le confió el mando de la expedición que Cartagena enviaba contra Santa Marta en 1813. Chatillon fué muerto en el combate de Santa Marta el 11 de mayo de 1813.

en Richmond, luego en Londres, el nacimiento de un hijo, la salida para los Estados Unidos, vanas instancias al presidente Madison para obtener un empleo en el ejército federal; por último el anuncio de la insurrección de Venezuela y de la presencia de Miranda en aquel país. Serviez había conocido en otro tiempo a Miranda; se embarcó para La Guayra, se reunió con el generalísimo en Valencia, le ofreció sus servicios y fué admitido en el acto en calidad de comandante en jefe del cuerpo de caballería y de ayudante general del dictador.

Desde el año anterior, el teniente Carlos Soublette[1], desempeñaba las funciones de primer ayudante de Miranda. De veintitrés años de edad, gallardo jinete, de cara altanera, de una frialdad y de una circunspección que contrastaban con su amable fisonomía, con la graciosa dulzura de sus facciones y con la amenidad de sus modales. Soublette, que hasta entonces no parecía haberse distinguido por nada más, debía su rápido ascenso a sus orígenes medio franceses. Un día, le dijo Miranda : « Usted no tiene para mí más que un defecto, y es el de ser *mantuano*, aunque sólo á medias ».

En efecto, más que nunca, por entonces, apartaba el generalísimo de sus simpatías y hasta de su estima, a los Americanos. Y, sin preocuparse por lo que de ello pudieran pensar los patriotas, se rodeaba casi exclusivamente de extranjeros, sobre todo de Franceses. Si bien está fuera de duda que esta preferencia fué inspirada a Miranda por su constante predilección por « la gran nación, patria de la libertad en el Antiguo Mundo » — con estos términos designaba siempre a Francia[2] —, es de creer que también contribuyó a ella la actitud adoptada recientemente por el gobierno imperial respecto de Sudamérica.

En 1810 y 1811, Napoleón había llegado a « la cúspide de las cosas humanas, y, Francia, al apogeo de su

1. Nacido en Caracas, tomó parte en casi todas las campañas de Nueva Granada y de Venezuela. Fué presidente de la República venezolana en 1837 y 1838. Muerto en Caracas el 11 de febrero de 1870.

2. Serviez, *op. cit.*, ch. X.

poderío[1] ». El renombre francés llenaba el universo. ¡De qué embriagadoras esperanzas debieron de sentirse penetrados los liberales del Nuevo Mundo al saber que el Emperador había formalmente declarado, en la exposición de la situación del imperio, leída ante el Cuerpo legislativo el 12 de diciembre de 1809, que no se opondría nunca a la independencia de las naciones continentales de América, que « dicha independencia forma parte del orden necesario de los acontecimientos », que « Francia, que ha establecido la independencia de los Estados Unidos de la América Septentrional y contribuído a aumentarlos con varias provincias, estará siempre dispuesta a defender su obra »!...

Por difícil que fuera al gobierno venezolano, en las circunstancias en que se hallaba el país, prestar a los intereses de la política exterior toda la atención que era de desear, el poder ejecutivo, al tener conocimiento de las felices disposiciones de Napoleón, se había apresurado a enviar de nuevo a Nueva York a Telésforo de Orea, con el encargo de entenderse con el representante del Emperador en los Estados Unidos. A su vez, esperaba Miranda una ocasión favorable para acreditar a otras misiones ante la corte imperial. Entre tanto, se esforzaba en colmar de favores a todos aquellos que, directa o indirectamente, procedían de Francia : sin duda era éste un excelente medio para preparar el terreno a eventuales negociaciones.

Sin embargo, imponíanse medidas más urgentes. Después de haber terminado la movilización de las tropas disponibles, completado su estado mayor, confiado el mando de Caracas al teniente coronel Carabaño, al coronel de Las Casas el de La Guayra, el 1° de mayo se puso en camino para Valencia el generalísimo. Se proponía hacer de esta ciudad la base principal de sus operaciones, cubriéndola al este Puerto Cabello, que había llegado a ser la plaza más fuerte de Venezuela. Su posesión permitía a los republicanos conservar alguna ilusión de éxito en el término de una campaña que, por otra parte, se anunciaba bajo tan deplorables auspicios. Miranda no contaba casi

1. Sorel, t. VII, lib. II, cap. II.

con oficiales capaces de asumir útilmente el mando de aquel puesto estratégico, de capital importancia en el momento en que el campo de las operaciones decisivas se circunscribía a la región occidental de la provincia de Caracas. Su elección se fijó en Bolívar, dando así prueba de incontestable imprevisión.

En efecto, ¿ podía el carácter aventurero y fogoso de Bolívar someterse al trabajo metódico y sin horizontes que le esperaba en Puerto Cabello? La guarnición, muy reducida, se componía de los elementos más malos que pueda imaginarse. Parecía como que habían reunido en ella la hez de las clases bajas de la región. Además el reclutamiento era imposible. Facciones se entremataban en la ciudad, y los campesinos de los alrededores, en masa, habían emigrado hacia la provincia de Coro. Por último, en la fortaleza en que se hallaban los almacenes, los depósitos de armas y municiones, numerosos prisioneros realistas, guardados por algunos soldados indóciles y descuidados, constituían una vecindad eminentemente peligrosa. Todas estas dificultades las conocía el generalísimo, y su intención, al encargar de su resolución a Bolívar, era precisamente someter a una prueba saludable la impetuosidad del joven coronel.

Profesaba Miranda inexorable antipatía hacia la conducta militar de Bolívar. Alimentado de lecturas estratégicas, hasta el punto de que de él se decía, ya desde 1792, « que era imposible oir a nadie razonar, con tanta profundidad acerca de la ciencia de la guerra [1] », Miranda aferrado a los principios de la antigua táctica, consideraba no sin desdén y casi con ira las audacias de teoría y de práctica de su más notable lugarteniente. Acerca de

1. Champagneux en *Mémoires particuliers de Madame Roland*, *op. cit.*, p. 494. « Pero, añade Champagneux, quien hemos visto, compartió durante largos meses la cautividad de Miranda en la Force, cuanto más se aferraba en los sistemas de ataque y de defensa conocidos hasta entonces, tanto más se encontraba en oposición con el género de nuestros generales modernos que ganaban batallas y tomaban ciudades separándose de las reglas con las cuales los Turenne, los Condé, los Catinat y tantos héroes franceses y extranjeros habían sabido encadenar la fortuna y asegurar la victoria... Creo que Miranda no habría consentido en ganar una batalla, en tomar una ciudad contra las reglas del arte... »

esto, es característico un incidente citado por uno de los biógrafos del Precursor [1]. Cierto día en que, antes del sitio de Valencia, pasaba Miranda una revista, el generalísimo, desde el terraplén en que se hallaba, rodeado de su estado mayor, percibió a lo lejos a un oficial que, habiéndose salido de las filas, hacía caracolear su caballo ante el frente de las tropas y las arengaba con exagerados ademanes. Colocando su mano a modo de visera, según costumbre suya, el general reconoció a Bolívar. No hacía mucho lo había felicitado por su valor cuando el primer ataque de la ciudad, pero también había aprovechado aquella ocasión para demostrarle que la circunspección y la sangre fría eran las cualidades principales de un buen oficial en campaña. Le hizo pues llamar y le reprendió por su falta de disciplina y la inconveniencia de sus procedimientos.

Estos, sin embargo, denotaban un profundo sentido de las necesidades locales y del carácter de los hombres a quienes se trataba de mandar. El entusiasmo de las muchedumbres americanas, la movilidad, el arrebato, la iniciativa personal del soldado, imposible de someter a la disciplina acompasada de las reglas del arte militar tales como las comprendía Miranda, eran, al contrario, explotadas con ventaja por Bolívar quien, por instinto, se esforzaba en obrar a la manera de un jefe de guerrillas. Turenne, Condé, Catinat, Federico y sus métodos, nada de común tenían con la guerra venezolana. El generalísimo no quería convenir en ello. Hacía instruir los reclutas a la prusiana, recomendaba a los oficiales que leyeran Montecucolli, Feuquières o du Puget, y daba a su reducido ejército 30 gruesas piezas de artillería cuyo empleo, no podía ser sino quimérico en un país casi desprovisto de caminos y contra un enemigo dividido.

V

Mientras se dirigía Bolívar contra su voluntad al puesto de Puerto Cabello, considerado por él como un dis-

1. BECERRA, *op. cit.*, t. II, c. XVIII, p. 136.

favor. Miranda se daba prisa por llegar a Valencia. Ya sabemos que, antes de dejar la ciudad federal, había tomado las precauciones necesarias y provisto al coronel Ustáritz de instrucciones precisas : la plaza parecía estar a salvo de toda sorpresa. No obstante, los recientes progresos de Monteverde, lo que se sabía de su atrevimiento y sobre todo lo que se decía del estado de ánimo de la población, alarmaban al generalísimo. Anhelaba concentrar sus fuerzas en Valencia lo más pronto posible, y poder esperar allí a pie firme al comandante español. Desde la aldea de Las Lajas, a donde llegaron el estado mayor y la vanguardia de los republicanos en la noche del 1ro de mayo, Miranda expidió un correo a Ustáritz prescribiéndole resistir hasta su llegada. Se esparció la noticia de que se retiraban los defensores de Valencia al saber que se acercaban los Españoles : « Diga usted al coronel Ustáritz, insistió Miranda, que con su cabeza me responde de la plaza. Si está en Valencia Monteverde hay que echarlo de allí a toda costa. »

Cuatro días después, el 5 de mayo. Miranda se reunió, en el pueblecito de Guácara, a unas seis leguas de la capital federal, con los restos de la mermada columna del valiente Ustáritz. Supo cómo el 30 de abril, la guarnición independiente, reducida por la deserción a un puñado de hombres, había tenido que retirarse ante el invasor; cómo Monteverde había tomado posesión de Valencia entre los arrebatos de alegría de los habitantes; cómo, en fin, Ustáritz, que recibió en La Cabrera las últimas órdenes enviadas, acababa de intentar un supremo esfuerzo para disputar inútilmente a los Españoles una victoria que parecía ya casi imposible el poderles arrancar. No obstante, el ejército republicano se reunía. El 8 de mayo, dos batallones de infantería y línea y siete de milicias, 14 piezas de artillería, dos escuadrones de caballería y varias compañías francas, entre ellas un piquete de emigrados franceses mandado por el capitán Lemerre, formando un efectivo total de cerca de 5 000 hombres, acampaban en las llanuras, llenas de maleza, de Guácara. Parece como que la importancia de los contingentes habría debido tranquilizar a Miranda acerca del resultado final de la campaña. Por desgracia el

estado moral de los soldados dejaba de tal manera que desear, que el generalísimo llegaba hasta sentir que fueran tan numerosos, de tal suerte hallaban en ellos benévolos propagandistas los consejos de deserción que los Españoles hacían esparcir en las filas. Acerca de esto resultaba nuevo peligro la vecindad del enemigo; la indisciplina hacía imposible toda maniobra de conjunto. Los temores de Miranda se confirmaron cruelmente en un ataque parcial contra las avanzadas de Monteverde, ordenado el 9 de mayo, y al que fueron destinados 500 de los mejores soldados del ejército. Desde el principio de la acción, que se empeñó al pie de los altos del pueblo de Los Guayos, la mitad de los combatientes se pasó al enemigo; el resto fué destrozado.

Miranda retrocede entonces hasta Maracay (12 de mayo), instala allí su cuartel general, se hace rodear de trincheras y de obras que construían los zapadores venezolanos bajo la dirección de un antiguo oficial francés, del cuerpo de ingenieros, el teniente Jacot; fortifica asimismo el puertecito de Guaica en la orilla opuesta del lago de Valencia, organiza una flotilla que había de asegurar su defensa y las comunicaciones con el cuartel general, y parece resuelto a una estricta defensiva. Cuenta con tener, en aquel campo atrincherado, tiempo para instruir y disciplinar las tropas; se ilusiona acerca de la fidelidad republicana de las provincias, persuadiéndose de que el espacio de tiempo con que van a contar permitirá a los patriotas proseguir felizmente en ellas su propaganda. Espera voluntarios, armas, municiones que el francés Delpech ha ido a pedir a Guadalupe. En cambio, Monteverde, sólo de Coro puede esperar útiles refuerzos por estar alejado de más de cien leguas del teatro de la guerra. Lleno de confianza, el generalísimo trata ásperamente a sus descontentos oficiales quienes, en secreto, le acusan de presunción y de incapacidad.

Sin embargo, la fortuna seguía favoreciendo a los Españoles y a su jefe, cuya infatigable audacia hallaba de este modo su recompensa. Apenas terminadas las obras de Guaica, las atacó Monteverde con energía el 19, y, luego, el 26 de mayo. Rechazado sin pérdidas apreciables, se

disponía a repetir con fuerzas más considerables su tentativa, al mismo tiempo que recibía noticias tranquilizadoras : la provincia de Barinas proclamaba a Fernando VII; las de Trujillo y de Mérida se preparaban a imitarla. De Maracaibo había salido una expedición mandada por D. Ramón Correa, y perseguía victoriosamente a las guerrillas patriotas de Mérida que se habían reunido a las milicias republicanas de Pamplona, en Nueva Granada. No podía ya tardar Correa en apoderarse de los valles de Cúcuta. Por otra parte, el coronel Antoñanzas, enviado semanas antes por Monteverde para pacificar la región de los llanos de Calabozo, volvía a reunirse con su jefe después de una excursión sangrienta durante la cual se había apoderado de Calabozo y de San Juan de los Morros, cuyos habitantes habían sido matados sin piedad. Por último, tres compañías de refuerzo expedidas a Coro por el gobernador de Puerto Rico, llegaban providencialmente a Valencia.

Sin preocuparse por los peligros, cada día mayores, que le amenazaban, llamó Miranda al cuartel general (18 de mayo) a los representantes de los cuerpos constituídos, proclamó la ley marcial, haciéndola extensiva a los esclavos mismos, a quienes declaró libres, mediante un rescate de diez años de servicio militar. Esta medida, que arruinaba a los dueños de extensas fincas, aumentó la enemistad de la aristocracia criolla. La popularidad del dictador no sobrevivió a dicho decreto, cuyas consecuencias iban, por cierto, a ser fatales. Miranda no escuchaba a nadie ni quería ver nada. Colmaba de atenciones a los oficiales extranjeros, trataba sin miramientos a los demás, y desanimaba a sus más decididos partidarios.

Creyó útil también enviar a Londres, con misión especial, a su secretario particular, el italiano Molini[1], y designó a uno de los abogados más distinguidos de Venezuela, Pedro Gual[2], para ir a los Estados Unidos a pedir igual-

1. Miranda al secretario de Estado del Foreign Office. Cuartel general de Maracay, 2 de junio de 1811. R. O. F. O. Spain, 171.

2. Nacido en Caracas el 31 de enero de 1784, muerto en Guayaquil el 6 de mayo de 1862. — A su vuelta de los Estados Unidos no pudo permanecer sino poco tiempo en Cartagena y en Venezuela. La restauración española le obligó a emigrar a las Antillas, des-

mente socorros. Salias fué a activar las gestiones de Delpech a las Antillas francesas, y el granadino Salazar recibió orden de ponerse en camino para Santa Fe y de solicitar del gobierno independiente un envío de refuerzos. Toda la actividad de Miranda parecía absorbida por la preparación de aquellas diferentes misiones. Acaso no distara mucho el generalísimo de compartir la opinión de Miguel José Sanz[1] quien por entonces le escribía desde Caracas : « ¿Por qué no negociar con el Gran Turco en persona antes que exponerse otra vez a nuevas cadenas?... »[2], y se negaba a sacar partido de los elementos de que disponía. Y, no obstante, los cuatro mil hombres que, detrás de sus trincheras, se sometían de mala gana a ejercicios demasiado sabios, los oficiales que, privados de iniciativa, iban ya perdiendo paciencia, hubieran podido prestar preciosos servicios a la patria, y lo probaron de sobresaliente manera, pocos días más tarde, cuando el ataque intentado par Monteverde contra Guaica, el 12 de junio, y, sobre todo durante los encarnizados combates que se dieron el 20 y el 29, en las cercanías y en las calles de La Victoria.

Temiendo verse envuelto por una hábil maniobra que los Españoles habían comenzado la antevíspera al tomar posición en las alturas que dominan el lago, el generalísimo, había acabado por levantar el campo de Maracay, el 17 de junio. Estableció su cuartel general en esta pequeña ciudad de La Victoria, ante la cual esperaba poder atraer al enemigo, creyendo poder exterminarlo en una

pués a Washington en donde ejerció su profesión de abogado. Después fué diputado en el Congreso de Cúcuta, luego ministro de relaciones exteriores y delegado en el Congreso de Panamá en 1826. Algún tiempo después fué a Guayaquil, en donde fué arrestado y preso. Se evadió y residió en Bogotá hasta en 1837. En aquella época enviado a Europa por el gobierno ecuatoriano gestionó allí el reconocimiento de dicha república. Habitó de nuevo en Bogotá desde 1838 hasta 1848, luego volvió a Caracas en donde fué elegido presidente del gobierno provisional de Venezuela, el 15 de marzo de 1858. Luego desempeñó las funciones de presidente del consejo de Estado y de vicepresidente de la República.

1. Nacido en Valencia en 1754. Miembro del Congreso de 1811 y redactor con Ustáritz de la Constitución de 1813. Tomó parte en las últimas campañas de 1824 en Venezuela y fué muerto en la batalla de Urica, el 5 de abril de ese año.

2. Carta a Miranda del 14 de junio de 1811 en Rojas. *El General Miranda, op. cit.*, Documentos : p. 275.

batalla bien campal. Monteverde, que no perdía un minuto, se presentó el 20 de junio al amanecer, a las puertas de La Victoria. Miranda no había tenido tiempo aún para atrincherarse en este último sitio. Sin embargo, los republicanos, sorprendidos, se rehicieron en el acto. Los jinetes de Mac Gregor rechazaron con furia la vanguardia española que, huyendo en desorden, fué a sembrar el pánico en las filas de las columnas quedadas atrás. Intentó Monteverde reunir sus cazadores, pero la infantería patriota llegaba a paso de carga. Fusilados, a quemarropa, pasados a cuchillo, desbaratados, los Españoles sembraron de cadáveres el encharcado camino de Cerro Gordo. De Miranda dependía el sacar completo provecho del ímpetu de sus tropas; pero atajó aquel entusiasmo, y de nuevo las encerró en La Victoria.

Ocho días después, Monteverde, que conducía esta vez los soldados de Antoñanzas y las tropas frescas de Puerto Rico, atacó de nuevo de improviso las líneas de defensa del generalísimo, consiguió romperlas y penetró hasta en las calles de La Victoria.

Siete horas duró el terrible combate y terminó por la completa derrota de los realistas. Un reducido número de supervivientes, entre los cuales se hallaba Monteverde, no consiguió llegar al puebleeito de San Mateo, en donde les esperaba una retaguardia extenuada de privaciones y de cansancio, sino merced a los principios temporizadores de Miranda.

Tranquilizado éste en cierto modo respecto al valor de sus soldados seguía dudando, sin embargo, de su lealtad. Durante las últimas semanas se habían producido aún algunas deserciones, y el generalísimo encontraba además razones plausibles para su actitud de expectativa, en los escrúpulos que sentía al hacer armas contra un enemigo cuyo ejército contaba más Venezolanos que Españoles.

Mientras se obstinaba Miranda en no salir de la defensiva, Monteverde, reducido a una situación lamentable en San Mateo, reanimaba sus tropas lo mejor que podía, recurriendo a todos los medios por hacer frente al precario estado de sus armamentos, llegando hasta a hacer arrancar los clavos de las puertas y de los muebles para con

ellos cargar sus obuses. Hasta había ordenado la retirada hacia Valencia, cuando otro desastre de los patriotas vino a punto para darle nuevo valor y decidir la victoria en favor suyo.

El 2 de julio por la noche, se habían visto desde las avanzadas republicanas, encenderse de repente fuegos en las calles y plazas de San Mateo, y, luego, en las alturas que dominan el pueblo. En la noche serena se oían músicas, vivas, toque de campanas, y, en señal de regocijo, se lanzaban cohetes al espacio. Los patriotas creyeron que aquello era alguna jactancia de Monteverde... No iban a tardar en saber la tristísima verdad.

El relato que, treinta años después, escribió Pedro Gual de este episodio, y del modo cómo Miranda vió en un instante morir todas sus esperanzas y naufragar su destino, merece recordarse : « Tal era nuestra situación el 5 de julio de 1812, en que celebramos por la mañana con la mayor solemnidad el aniversario de nuestra independencia. Yo estaba nombrado por el gobierno de la República para ir á reemplazar en los Estados Unidos á nuestro agente el señor Orea, que quería regresar á Caracas... Por la tarde dió el general á la oficialidad una comida frugal como de cien cubiertos. Concluída la comida se retiró á la testera de la sala, y comenzó á hablarme de mi viaje á los Estados Unidos, de Jefferson, de Adams y otros hombres prominentes de aquel país, y del débil y el fuerte de cada uno de ellos, como lo vería yo mismo... Tomábamos el café, cuando apareció á la puerta de la sala mi excelente y lamentado amigo el coronel Sata y Bussy, y anunció la llegada de un posta. Se levantó el general Miranda, diciéndome que pronto estaría de vuelta, y siguió á la secretaría. Continué mi conversación con el coronel Plaza, y viendo que se dilataba demasiado el general, me dirigí á la secretaría.

« Al entrar en esta oficina se paseaba el general aceleradamente de un extremo á otro de la pieza; el Sr Roscio se pegaba fuertes golpes con los dedos de una mano en la otra: el Sr Espejo estaba sentado cabizbajo y absorto en meditación profunda, y Sata y Bussy parado como una estatua, junto á la mesa de su despacho. Lleno yo del pre-

sentimiento de una calamidad inesperada, me dirigí al general. « Y bien, le dije, ¿ qué hay de nuevo? » Nada me contestaba á la segunda pregunta, cuando á la tercera, hecha después de algún intervalo, sacando un papel del bolsillo de su chaleco, me dijo en francés : « *Tenez, Vénézuela est blessée au cœur.* » Jamás se borrará de mi memoria el cuadro interesante que presentaban en momentos tan críticos aquellos patriarcas venerables de la emancipación americana, combatidos reciamente por la intensidad del dolor presente, y el presentimiento de las calamidades que iban á afligir á la desventurada Venezuela.

« El papel que acababa de entregarme el general Miranda quedó tan fuertemente impreso en mi imaginación, que después de tantos años puedo asegurar que contenía en sustancia, y aun casi en las mismas palabras, lo siguiente :

« Comandancia de Puerto Cabello.

« Julio 1º de 1812.

« Mi general : Un oficial indigno del nombre venezolano se ha apoderado, con los prisioneros, del Castillo de San Felipe, y está haciendo actualmente un fuego terrible sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza está perdida. Yo la mantendré entretanto todo lo posible.

« SIMÓN BOLÍVAR [1]. »

El oficial a que aludía Bolívar se llamaba Francisco Vinoni [2]. Estaba de guardia en la fortaleza el 30 de junio. Seducido por la promesa de una cantidad considerable de dinero, de acuerdo con la guarnición y aprovechando la ausencia momentánea del comandante, que había sido llamado aquel día a la ciudad, Vinoni, a las 3 de la tarde, había dado libertad a los presos, enarbolado el pabellón real y empezado el bombardeo de Puerto Cabello.

Aunque era verdaderamente insensato intentar defender

1. PEDRO GUAL, *Recuerdos* publicados en Bogotá en 1843 y reproducidos en **D.** III, 690.

2. Vinoni que se había pasado a los Españoles, hizo en sus filas las campañas de 1814 hasta 1819. Contaba entre los prisioneros de la batalla de Boyacá. Bolívar lo hizo ejecutar.

la ciudad, pues los cuarteles ofrecían un punto de mira a propósito para los obuseros de la fortaleza, Bolívar no descuidó nada para atenuar el desastre. Reunió los supervivientes, los puso a salvo en los arrabales vecinos del valle de San Esteban, y esperó los refuerzos pedidos a Miranda. El 5 de julio, quien llegó fué Monteverde. Bolívar envió contra las primeras columnas enemigas un destacamento de 200 jinetes mandados por Mires[1] y Jalón, conservando cerca de él una reserva de 50 combatientes. Los republicanos encontraron en San Esteban la vanguardia española. Comenzó la acción ; las tres cuartas partes de los soldados independientes se pasaron al enemigo, Jalón fué hecho prisionero; Mires que volvía con siete hombres, se reunió con Bolívar. El desdichado comandante de Puerto Cabello quiso aún intentar resistir. Pero abandonado por su reserva, tuvo que embarcarse el 6 de julio en Burburata, en el bergantín el *Zeloso*, que se hizo a la vela con dirección a La Guayra. Le acompañaban cinco oficiales y tres soldados : todo lo que quedaba de la guarnición de Puerto Cabello.

No se había equivocado Miranda; la república venezolana agonizaba. Las regiones occidentales, los llanos, las orillas del Orinoco, el litoral entero, estaban en poder de los Españoles. En el fuerte de Puerto Cabello, Monteverde encontró 400 quintales de pólvora, plomo en abundancia, y 3000 fusiles. En los valles del sudeste de Caracas, los esclavos se habían sublevado, incendiaban las casas y mataban a los amos. En el campo del generalísimo, se multiplicaban las deserciones. Hasta se urdían complots en torno suyo. Miranda estuvo a punto de ser asesinado por oficiales de la escolta, en el momento en que se disponía a entrar en Caracas.

Durante aquellas trágicas horas, el dictador dió pruebas

1. MIRES (José), nacido en España hacia 1780, tomó parte por los independientes desde 1811. Fué de los que decidieron, el 31 de julio de 1812, el arresto de Miranda. Enviado a los presidios de África, al mismo tiempo que Roscio, Madariaga, etc., se evadió, volvió a Venezuela y combatió en las filas republicanas hasta 1824, época en la que fué asesinado. Mires fué uno de los héroes del combate de Pichincha, el 24 de mayo de 1822. Algún tiempo antes había sido promovido a general.

de una energía, de una serenidad y, sobre todo, de una actividad, de que ya no se le creía capaz. Tranquilizó a la población, la salvó del pillaje enviando al encuentro de los negros sublevados los únicos batallones con que podía contar. Volvió luego a La Victoria, supo imponerse a todos, burló las traiciones, reanimó el valor de las gentes y lanzó sus tropas contra las líneas enemigas (11 de julio).

Era éste un supremo esfuerzo para mejorar las condiciones de la capitulación, que Miranda se resignaba a proponer a Monteverde. En efecto, el dictador había reunido tres días antes, en la casa que él ocupaba en La Victoria, un consejo del que formaban parte Francisco Espejo y Juan Germán Roscio, miembros del ejecutivo federal, José de Sata y Bussy, secretario del departamento de la guerra, el marqués de Casa León, director de las rentas, y Francisco Antonio Paúl, secretario de Estado en la justicia. Se había examinado la situación, comprobado la imposibilidad material de continuar la guerra, y hubo unánime acuerdo para negociar con el enemigo.

Las conferencias empezaron en Valencia el 12 de julio. Sata y Bussy y el teniente coronel Manuel Aldao[1], en nombre del dictador, obtuvieron de Monteverde una suspensión de armas, pero el jefe español no quiso aceptar ninguna otra condición y se negó a permitir, como deseaba Miranda, que los republicanos recuperaran los puntos que ocupaban antes de la retirada de Maracay hacia La Victoria. El 17 de julio, Sata y Bussy y Aldao llevaron a Miranda, que había vuelto a Caracas, la respuesta de Monteverde. El dictador les encargó que, cuando menos, obtuvieran que rigiese a Venezuela la constitución votada recientemente por las Cortes; que las propiedades fueran respetadas; que nadie fuese molestado por sus opiniones o por su conducta, y, en fin, que cada uno quedara libre de emigrar. Aceptó Monteverde, el 20 de julio, el suscribir a estas estipulaciones, pero exigió la entrega de todas las plazas. Dió a Miranda cuarenta y ocho horas para ratificar el tratado. No consiguió éste reunir el consejo, al cual

1. Aldao (Juan Manuel), nacido en Caracas, hizo con Bolívar la campaña de Nueva Granada en 1813. Fué muerto en la batalla de La Puerta el año siguiente.

quería someter las proposiciones españolas : el azoramiento se había apoderado de todos. Sata y Bussy, Aldao, y Casa León, agregado a éstos por Miranda salieron de nuevo para Valencia, hallaron a Monteverde en San Mateo, el 25 de julio, y firmaron la capitulación. Tales eran su turbulencia y el temor que les inspiraba el vencedor, que aceptaron, por un artículo adicional, el dejar a la discreción de Monteverde la aplicación de las cláusulas del tratado[1].

Tan pronto como se supo en Caracas que el tratado había sido firmado, los familiares de Miranda, los oficiales y los principales funcionarios del gobierno manifestaron una indignación tanto más ruidosa cuanto que estaban seguros de poder manifestarla impunemente. ¿Cómo, decían, no prefiere el generalísimo la guerra a todo trance a esta humillación? ¿Cómo con un ejército de cinco mil hombres, no intentar todavía un último esfuerzo? Puesto que la república estaba perdida ¿no valía más que pereciera con decoro? Las consecuencias de una derrota no podían ser peores que las de la capitulación. Para todos, Miranda era el responsable del desastre. Ignorábase en general que él no había sido sólo en resolverse a capitular y que para nada había intervenido en la decisión postrera que confiaba los destinos del país al temible Monteverde. Los que sabían dónde terminaba la responsabilidad del generalísimo se guardaban bien de revelarlo al desvarío popular. Los demás seguían esparciendo invectivas y pérfidas injurias contra el dictador, al mismo tiempo que buscaban los medios de ponerse a salvo o hasta de acogerse a la benevolencia de Monteverde.

En las circunstancias por que atravesaba Venezuela, sólo Miranda comprendía exactamente la situación, y sólo él poseía la terrible firmeza de alma que era necesario para no resultar inferior a tan tremendos acontecimientos. Las vicisitudes de su vida parecían haber templado el corazón de Miranda más bien para el infortunio que para los éxitos. Insuficiente e indeciso cuando los sucesos parecían favorecerle, mostrábase inspirado, resuelto y grande ante la desgracia, su elemento verdadero. Dominó sin

1. Capitulación llamada de San Mateo, **D**. III, 672.

trabajo la agitación ficticia manifestada a última hora, suponiendo una paz que, en realidad, era el objeto de todas las aspiraciones. Tomó todas las disposiciones necesarias para asegurar la emigración de los patriotas que llegaba a ser la consecuencia inevitable de las estipulaciones de San Mateo. Hizo cerrar el puerto de La Guayra con el fin de impedir la salida de los barcos neutros que constituían allí el único refugio posible. Los negros insurrectos rindieron las armas. El generalísimo ordenó la evacuación de La Victoria. La mitad del ejército que la ocupaba se había pasado a las tropas españolas; el resto desertó durante la marcha de regreso hacia la capital.

Además, Monteverde llegaba a las puertas de Caracas el 29 de julio. Por todas partes por donde pasaban, los Españoles se habían señalado por el crimen y la violencia. No había duda de que el tratado fuese considerado por ellos como un medio de guerra. Ya comenzaban las despiadadas ejecuciones. El 30 por la mañana, los antiguos jefes de la revolución, los patriotas más comprometidos salieron para La Guayra. Miranda se reunió a ellos hacia las 7 de la tarde.

El aspecto que La Guayra presentaba aquella noche presagiaba siniestros acontecimientos. La obscuridad envolvía los tumultuosos grupos que circulaban por medio de las calles y las plazas sembradas de escombros del terremoto. Con el calor sofocante, ante las puertas entreabiertas y mal alumbradas de las posadas improvisadas, se veía la llegada continua de caravanas; oficiales que se apeaban de sus monturas, la multitud de los soldados sin armas, mujeres que se lamentaban, mozos de cuerda que acudían presurosos al puerto. El mar, agitado, sacudía las canoas y los buques cuyas luces constituían la única claridad del horizonte envuelto en tinieblas.

Había allí varios navíos americanos e ingleses. Uno de ellos el *Sapphire*, aquella misma corbeta que, dieciocho meses antes, había traído a Bolívar, acababa de llegar la víspera con el fin de tomar a su bordo a los súbditos ingleses que quisieran ampararse bajo su pabellón [1].

1. Libro de abordo del capitán Haynes, que mandaba la corbeta

Cuando el comandante Haynes supo que Miranda se hallaba en La Guayra, bajó a tierra, se puso en su busca y lo encontró instalado en la propia casa del comandante de la plaza, el coronel Manuel María de Las Casas.

El oficial británico tenía tanta más prisa en obtener del generalísimo la seguridad de que el embargo provisional efectuado sobre los barcos por orden suya sería levantado en breve, cuanto que los comerciantes ingleses de la región habían hecho embarcar el mismo día, en el *Sapphire*, cierto número de mercancías de valor. Entre otros, el negociante George Robertson había entregado en dinero una cantidad muy importante.

Miranda manifestó al comandante Haynes cuál era la situación; pero le declaró que estaba persuadido de que Monteverde respetaría siquiera las cláusulas del tratado concerniente a la seguridad de los bienes y de las personas y le tranquilizó acerca de la suerte de los residentes extranjeros. Tal vez, Haynes, cuyos relatos [1], nada dicen sobre este asunto, ofreció a Miranda darle asilo. En todo caso, el generalísimo, le dejó salir; y agobiado de cansancio y de pena, pidió a su ayudante Soublette que le despertara al día siguiente temprano y se acostó, vestido, sobre un diván de la habitación que le había sido preparado.

Lo muy probable, según relato de Pedro Gual [2], es que Miranda había resuelto salir para Nueva Granada, en donde la causa de la independencia parecía más segura. El bergantín republicano el *Zeloso*, que días antes había vuelto con Bolívar de Puerto Cabello, estaba listo para tomar de nuevo el mar, y según tradición local, el escueto bagaje del dictador, que consistía en dos o tres maletas de ropa y de papeles, había sido transportado por la tarde en una de las lanchas fondeadas delante del embarcadero [3]. No había brisa hasta las diez de la mañana, lo que,

de S. M. *Sapphire*. *Archivo del almirantazgo británico. Captain's Journals*. Nº 2057.

1. El comandante Haynes, al almirante Stirling, que mandaba la división naval británica en la Jamaica, de Fort Amsterdam (Curazao) 4 de agosto 1812. R. O. *Admiralty Secretary, in letters*. Jamaica. 262.

2. En el artículo citado anteriormente.

3. Becerra, *op. cit.*, t. II, p. 259.

sin duda, hizo que Miranda dejara para el día siguiente su salida.

Este retraso le perdió. Casas, quien, por cierto debía a Miranda su cargo de comandante de la plaza, preparaba, desde hacía algunos días, con Miguel Peña, gobernador civil, un complot [1] contra su bienhechor.

Los rumores de cobardía, abuso del poder, traición, etc., dirigidos contra el generalísimo, que servían de pasto a la población de La Guayra en aquellos momentos, habían sido esparcidos por Casas, quien al entregar al desgraciado anciano a la ira de sus enemigos, quería atraerse los favores de éstos y edificar su propia fortuna. Faltaba encontrar un medio para arrestar a Miranda : los acontecimientos favorecieron singularmente este inicuo proyecto. Casas había tenido la precaución de exigir del inglés Robertson un finiquito de los 22 000 dólares cuyo embarco en el *Sapphire* le había sido pedido por dicho negociante. Era ésta una arma terrible en manos de un traidor, y Casas la utilizó con maestría [2].

Bolívar había llegado el 12 de julio. Dolorido, « con el espíritu y el corazón destrozados [3] », había errado de Caracas a La Guayra, enterándose día por día con nuevo desgarramiento y suma desesperación, de los acontecimientos que precipitaban a su patria, a una ruína de la cual se acusaba él de ser el primer culpable. Acudió a La Guayra, como sus compañeros, siendo, a su vez, ganado por la exaltación ambiente, y, casi en seguida, halló Casas en él más que un crédulo oyente : un cómplice! ¡ Conque Miranda se llevaba dinero! ¡ Conque Miranda los traicio-

1. Los manejos tenebrosos de Casas durante la semana que precedió al 30 de julio de 1812, su connivencia con los Españoles y su traición resultan perentoriamente de la exposición de Monteverde al subsecretario de Estado en Madrid, fechada en Caracas el 26 de agosto de 1812 (*Archivo General de Indias*, Estante 133, Cajón 3, Legajo 12) publicado por primera vez por el Sr Gil Fortoul en el *Tiempo*, periódico de Caracas, del 16 de septiembre de 1899, y reproducido in extenso en : *Historia Constitucional*, *op. cit.*, t. I, C. V, pp. 189-190. Casas, por otra parte, quedó al servicio de España hasta 1821.

2. V. el relato de Monteverde.

3. Carta de Bolívar a Miranda, La Guayra, 12 de julio de 1812. O'Leary, *Documentos*, t. XXIX, p. 12.

naba, los abandonaba a merced del vencedor después de una capitulación sin precedente y se iba tranquilo con sus amigos los Ingleses! Esto era, sin duda, lo que, horas antes, había él convenido con aquel comandante Haynes, que, en aquel momento se preparaba a partir! De modo que todos los sacrificios, la sangre que se había derramado, ¡todo era inútil! ¡Había que decidirse en el acto, castigar a aquel jefe de tropas que no sólo había entregado al enemigo el territorio de la república, sino que le entregaba hasta sus hombres! ¿No era, aquel dinero, el pago de la traición?...

Cuanto pueden inspirar la desesperación, la rabia, y, también el rencor, pues se lo guardaba a Miranda por sus severidades y represiones, se agitaba en la calenturienta mente de Bolívar. Se hace éste entonces el inconsciente pero irresistible portavoz de Casas y de Peña ante sus compañeros exaltados hasta la locura, retemblando de fiebre, de angustia o de ira, quienes, reunidos, sin saber cómo, en una sala de la morada de Casas, se instituyen jueces de Miranda y decretan su acusación. Juan del Castillo [1], José Mires, Cortés Campomanes, Tomás Montilla, Miguel Carabaño, Rafael Landueta, Juan José Valdez, Raphaël Chatillon hablan a su vez. « ¿No es ya criminal el dejarse batir por el enemigo? » « Rendirse es una infamia que merece la muerte » « ¿Qué venganza no merece un traidor? » Cual disparos se entrecruzan estas furiosas clamaciones. Los conjurados abrevian la deliberación. El veredicto estaba pronunciado de antemano. Se decide arrestar inmediatamente al generalísimo.

Eran las tres de la mañana. Reúne Casas a los hombres de la guarnición que habían permanecido fieles y hace ocupar todas las salidas. Mientras tanto, los conjurados se dirigen hacia las habitaciones en donde descansa su víctima. Despertado, en la primera pieza, Soublette recibe

1. Castillo (Juan Paz del), nacido en Venezuela; asistía a la Junta del 19 de abril. Enviado después de la arrestación de Miranda a los presidios de Ceuta y de Gibraltar, se evadió hacia el año 1814, volvió a América y se alistó bajo las órdenes del general Sucre con quien hizo la campaña del Perú en 1822. Castillo fué nombrado intendente de Guayaquil en 1826 y asesinado el año siguiente.

orden de llamar al general. Sorprendido, obedece sin reparo : « ¿No es muy temprano aún? » pregunta Miranda a través de la puerta. Pero, al oir las voces de sus oficiales, dice : « Allá voy », y, en seguida, aparece en el umbral, vestido, armado, tranquilo como de costumbre. Se adelanta Bolívar y, con voz recia, intima a Miranda que se constituya prisionero. Tomando entonces con la mano izquierda la linterna que colgaba del petrificado brazo de Soublette, Miranda la levanta a la altura de su vista, mira uno a uno a todos los conjurados que formaban círculo en torno suyo, y profiere esta simple frase : « Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche ». Luego, sin añadir una palabra, entrega su espada a los soldados apostados ante la puerta de la casa. Estos le condujeron, como les había sido mandado, a la fortaleza de San Carlos. [1]

Al amanecer, llegaba a galope a la capital un correo de Monteverde. Prescribió a Casas que prohibiera la salida del puerto a todas las embarcaciones, y que obedeciera a un nuevo comandante : D. Juan Antonio Cervériz. Casas se mostró tan celoso en el cumplimiento de estas instrucciones, que aquellos de los patriotas, que pretendieron embarcarse y huir, fueron ametrallados por los cañones de la fortaleza [2]. Yanes, Gual y un marsellés, Pierre Labatut, [3] antiguo sargento del 46° regimiento de infantería, llegado a capitán en el servicio de Venezuela, fueron los únicos, que consiguieron ganar la alta mar en una goletita, la *Matilde*, mandada por el antiguo timonel de la marina francesa, Chataing. [4] Sus compañeros habían sido todos cogidos en la trampa. Bolívar volvió, disfrazado, a la capital, y a la hospitalidad del marqués de Casa León debió el escapar a las persecuciones.

1. Según el relato de Becerra, *op. cit.*, t. II, c. XXIII, basado sobre los testimonios comprobados de todos los personajes que asistieron a esta escena.

2. Los barcos extranjeros fueron amenazados igualmente por el comandante Casas, pero se encontraban lejos del alcance de las baterías de La Guayra y levantaron ancla el 31 de julio (Relatos citados del comandante Haynes).

3. V. *infra*.

4. Larrazabal, *Vida de Bolívar*, *op. cit.*, t. I, c. VII.

Desde su entrada en Caracas, Monteverde se apresuró a violar cínicamente sus promesas y a hacer asesinar, ajusticiar o prender a los revolucionarios. La delación aumentó la lista de los sospechosos. Comenzaba para Venezuela una era de persecuciones, de torturas y de muerte, cuya primera víctima iba a ser Miranda. Transportado desde el 2 de agosto a los mefíticos calabozos de Puerto Cabello, luego a los de Puerto Rico, fué, dos años después, encerrado en la prisión de Cádiz, en donde falleció, el 14 de julio de 1816.

El primer cuidado del Precursor, insensible a las aflicciones que coronaban su trágica existencia, había sido el de protestar « a la vista de todo el universo » contra la violación de la capitulación, y el de recordar al adversario a quien siempre había él combatido leal y valientemente, que cumpliera su palabra [1]. Renovó, además, en varias ocasiones, sus llamamientos en favor de sus compatriotas « arrestados por arbitrariedad », sin hacer jamás mención de sus propios padecimientos. Sólo un día, en Cádiz, la antevíspera de su muerte, al preguntarle uno de sus compañeros de cautiverio si los grillos y las esposas que llevaba en sus pies y en sus manos le hacían daño, contestó simplemente : « Me pesan menos que los que llevé en La Guayra ».

Cualesquiera que fueran los motivos que determinaran a los conjurados del 30 de julio de 1812 a arrestar al más digno de entre sus compatriotas, al admirable obrero de la libertad sudamericana, es imposible, sin embargo, no ver la negra atrocidad de semejante acto. Y el papel que en él vemos desempeñar a Bolívar parece particularmente odioso. ¿No era la pérdida de Puerto Cabello, de la que, después de todo, era responsable Bolívar, la que había reducido al generalísimo a la desesperación? ¿No era él, Bolívar, quien había provocado el regreso de Miranda a Venezuela? ¿No había sido su confidente, su discípulo predilecto, no llevaba en él, consciente o inconscientemente, lo más puro del pensamiento del Precursor? ¡*Tu quoque, fili!* Cierto que la humilla-

1. Memoria dirigida por el general Miranda a la Audiencia real de Caracas el 8 de marzo de 1813. En Rojas, *El general Miranda, op. cit.*, Documentos : nº 704.

ción de la derrota, el presentimiento de las represalias a que daría ésta pretexto por parte de un vencedor implacable, la certidumbre de una traición[1], y, sobre todo, la terrible tensión de la atmósfera de aquella época en que la naturaleza y el hombre se disputaban el premio de la ferocidad, eran circunstancias atenuantes en favor del futuro Libertador. El hombre del Monte Sacro, en quien el amor de la patria hervía, exclusivo y apasionado como todos los grandes amores, devastador, enfurecido por los obstáculos y los retrasos, el hombre que, sin vacilar, acababa, meses antes, de sacrificarle su fortuna y de exponer cien veces su vida, aquel, en fin, cuya energía sobrehumana iba a despertar a todo un pueblo del letargo en que se hallaba y conducirlo a la victoria ¿ puede ser juzgado como un hombre ordinario? Tan vano sería absolverle como condenarle. ¿No es preciso también, ante el fin dolorosamente desconcertante del Precursor, contar con las fatalidades que gobiernan los destinos de las naciones, y recordar la misteriosa ley de los adeptos de la Logia Americana : « El iniciado matará al iniciador »?

Mas, ¿a quién no conmoverá la suerte del grande, del heroico, del noble Miranda, cuyo genio ha de quedar para siempre digno de veneración? Fué el primero en concebir el porvenir de Sudamérica, y el primero también en desbrozar aquella selva tenebrosa que él soñaba en convertir en un Jardín de las Hespérides. No retrocedió, para realizar tal porvenir, ni ante los peligros ni ante las pruebas, persiguiendo su admirable ideal en medio de asechanzas, de dificultades sin cuento, de la ingratitud y de la traición de los suyos, aceptando de antemano, con el más elevado de los

1. De los informes del comandante Haynes se desprende que en La Guayra se ignoraba, no sólo las condiciones en que se había efectuado la capitulación de San Mateo, sino también los compromisos relativos a la salvaguardia de las propiedades y de las personas, exigidos por Miranda, creyendo éste de buena fe que Monteverde cumpliría lo que solemnemente había prometido. Además, Bolívar, alegando esta particularidad, aseguró más tarde que « había arriesgado su propia seguridad, que pudo haber conseguido, embarcándose en un buque, con el fin de asegurar el castigo de Miranda por la traición que se le atribuía ». Carta del coronel inglés H. B. Wilson, ayudante del Libertador, al general O'Leary, autor de las *Memorias* citadas : V. t. I, p. 75.

estoicismos, las dos grandes expiaciones ineludibles : padecer y morir. « No hay ejemplo, dice Michelet[1], quien no conocía sin embargo más que parte de la vida de Miranda, de una existencia tan completamente abnegada sistematizada toda entera en provecho de una idea, sin dar un solo momento de ella al interés, al egoísmo ». Miranda, dice también el gran historiador, « nació desgraciado ». Pero esta misma desgracia se convierte para él en aureola, y es un título más para su alabanza y para su gloria.

Gloria por tanto tiempo negada... Pues sólo en nuestros días se le ocurre a la tardía piedad de las generaciones contemporáneas exhumar el prestigioso recuerdo de Francisco de Miranda y descifrar su nombre; nombre que, desde hace más de ochenta años, está grabado en la piedra, en París :

Sur ce bloc triomphal...
Où l'Histoire dictait ce qu'il fallait écrire[2]*!*

(En el monumento triunfal en que la historia dictaba lo que habia de quedar escrito.)

1. *Histoire de la Révolution française*, Edic. de 1879, t. VI, p. 341.
2. Se puede, en efecto, ver el nombre de Miranda en el pilar este del Arco del Triunfo de la Estrella entre los de los 386 héroes a quienes el emperador Napoleón juzgó dignos de tal honra. Asimismo, en el museo de Versalles hay un retrato, por cierto apócrifo, del general Miranda (Sala 145) mencionado con el nº 2355 en el *Catalogue-Notice du Musée*. Paris, 1860, IIª parte.

LIBRO III

BOLIVAR

CAPÍTULO PRIMERO

EL MANIFIESTO DE CARTAGENA

I

Los patriotas sudamericanos en quienes los sucesos de 1810 no habían borrado toda esperanza de un acuerdo con la metrópoli, tenían derecho a creerlo todavía casi realizable al instalarse las Cortes de Cádiz.

Cediendo a la presión de los liberales de España, la Junta Central de Sevilla había declarado, semanas antes de resignar sus poderes en manos del consejo de regencia, que las Cortes, por tan largo tiempo olvidadas, se reunirían de nuevo para elaborar una Constitución. Convocadas para el 1° de enero de 1810, sólo el 24 de septiembre inauguraron sus sesiones las Cortes. La escasa representación obtenida en ellas por las provincias de ultramar y el sistema de los « diputados suplentes », escogidos entre los habitantes de Cádiz, quienes habían de tomar parte en las sesiones de la asamblea hasta la llegada de los diputados de América, no parecían presagiar mejoras notables para la suerte de los súbditos españoles del Nuevo Mundo. Sin embargo, las Cortes dieron prueba, cuando menos durante las semanas que siguieron a su instalación,

de un espíritu eminentemente conciliador y liberal[1]. Desde la segunda sesión, la cuestión americana quedó sometida a las deliberaciones de la asamblea. El 15 de octubre las decisiones ha poco adoptadas por la Junta Central respecto a la perfecta igualdad de los derechos de América y la legitimidad de su representación, eran unánimemente confirmadas por un decreto solemne. Dicho decreto aseguraba amnistía general a los rebeldes de las Colonias. Hasta se hacía entrever en él que se rompería del todo con el sistema colonial y que todo el antiguo orden de cosas sería reformado radicalmente. Los Americanos presentes en la sesión, arrebatados por el espíritu de sinceridad con que las Cortes expresaban tales principios, se entregaron, después de la votación, a los transportes del júbilo más enternecedor[2].

Poco duró aquel júbilo. Las noticias que cada correo traía de América, la extensión que allí tomaban las ideas revolucionarias, la evidencia cada vez más marcada de una próxima defección, enajenaron con rapidez a los diputados americanos los sufragios de sus colegas. La generosidad de los representantes españoles no podía prevalecer contra la tradicional noción de la sumisión en que habían de quedar los criollos y los indios. No escasearon insinuaciones que lastimaban el amor propio, ni palabras ofensivas. Un diputado de Nueva España tuvo la desdichada idea de proponer que las Cortes diesen los pasos necesarios para « preparar la emigración del gobierno y su establecimiento en México, que se había ofrecido a darle asilo[3] ». Esta proposición hirió a los Españoles, cuyo orgullo se había exasperado en la lucha que sostenían para salvar su independencia. Desde aquel momento, las proposiciones presentadas por los Americanos fueron rechazadas casi sin discusión. Acabaron por concederles, como favor insigne, la abolición de ciertas restricciones que habían sido trabas para la industria y la agricultura;

1. V. Gervinus, *op. cit.*, t. VI, Lib. IV, 3a parte según Argüelles : *Examen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes generales y extraordinarias*, etc. Londres, 1835, t. I y II.
2. Cf. *Id.*
3. Cf. *Id.*

después, en el transcurso de 1811, fueron decretadas medidas que tendían a proteger a los indios contra los repartimientos y la mita. Pero los criollos, que en estas concesiones hechas a las clases bajas no veían sino un medio político destinado a asegurarse instrumentos de dominación contra ellos mismos, cesaron, a poco, de abrigar ilusiones acerca de las disposiciones de las Cortes en lo concerniente a la esperada reforma del sistema colonial, y, sobre todo, acerca de la concesión de la libertad de comercio.

Los tres personajes [1] que, el 27 de octubre de 1810, habían substituído al consejo de regencia ejercían sólo un poder nominal. Así, pues, por favorables a la causa americana que fueran sus sentimientos, de las Cortes soberanas dependía la solución de aquella cuestión de la libertad económica, objeto de vehementes instancias americanas, y acerca de la cual los negociantes de Cádiz, tan poderosos en la asamblea como en el primer consejo de regencia, se habían mostrado siempre intratables. Parecían, además, menos dispuestos que nunca a desprenderse del monopolio del tráfico con las Colonias, que para ellos era fuente de considerable enriquecimiento : era pues natural verles desplegar toda su energía para conservarlo.

Esta actitud había de contrariar singularmente los esfuerzos que seguía haciendo la Gran Bretaña para obtener el reconocimiento oficial de su preponderancia en el Nuevo Mundo, y desanimar sus leales tentativas con objeto de imponer al gobierno español su mediación en la contienda con América.

En efecto, ateniéndose a los compromisos adquiridos por él para con los diputados de Caracas, lord Wellesley no dejó de prescribir a sir Henry Wellesley, su hermano, ministro británico en Cádiz, que hiciera aceptar por las Cortes la mediación inglesa. Además, constituía para Inglaterra una necesidad primordial el quedar adicta a la política tan felizmente observada por ella hasta entonces, y que, como

1. El general Blake, el jefe de escuadra Don Gabriel Ciscar, y Don Pedro Agar, director de la academia de las guardias marinas.

es sabido, consistía en conservar la amistad de su clientela americana, y, al mismo tiempo, en obtener ventajas y compensaciones del apoyo prestado a España. Durante los dos años que duraron las negociaciones, el Foreign Office no cesa de insistir, en su correspondencia con sir Henry, y lo mismo hace este último en sus notas al ministro de Estado español. De Bardaxi, acerca de la importancia de los socorros : en dinero, en armas, en municiones, concedidos por Inglaterra a su aliada. Indica la necesidad de reconocer estos sacrificios por la conclusión del tratado de comercio, y desea que la mediación británica se extienda a todas las Colonias, a Nueva España sobre todo, considerada como la más rica de todas ellas.

No ignoraba el gabinete de Londres lo mucho que a la metrópoli repugnaba esta solución. Desde julio de 1810, sir Henry había indicado a su gobierno que los negociantes de Cádiz, « y, probablemente, España toda », se opondrían a que la libertad comercial con el Nuevo Mundo fuera concedida a otros que a los Españoles [1]. Sabían también los Ingleses que no estaban exentos de segunda intención los sentimientos de sus aliados. A poco de salir para Costa Firme el comisionado regio, sir Henry se procuró el texto de las instrucciones secretas dadas a Cortabarría por el consejo de regencia y lo envió a Londres [2]. En dichas instrucciones se aludía a « la duplicidad del papel desempeñado por la Gran Bretaña, quien, lejos de oponerse a los planes de los rebeldes americanos, cosa que había derecho a esperar, los secunda al contrario y no ha temido acoger con estima y benevolencia las insidiosas declaraciones de los diputados de Caracas. » La tenacidad británica no se arredró ante estas revelaciones más o

1. Sir H. Wellesley al marqués de Wellesley. Cádiz, 11 de julio de 1810. *F. O.* Spain, 96.

2. H. Wellesley al marqués de Wellesley. Isla de Léon, 5 de nov. de 1810. *F. O.* Spain 98, nº 113. El texto de las instrucciones de Cortabarría, con fecha de 31 de agosto de 1810, fué entregado a Wellesley por el diputado de Santa Fe : Mejía. Texto en un todo conforme con el original conservado en Sevilla. *Archivo de Simancas* (estante 133, cajón 3, legajo 12, página 124), y del cual una copia certificada se halla en el British Museum (Venezuela, Arbitration transcripts. Vol. XXXIX, 1798-1811. B. Additionnal 36, 352).

menos previstas, y con incansable perseverancia, sir Henry Wellesley seguía acosando a los ministros, a los regentes y a los diputados influentes de las Cortes.

Hasta hubo momentos en que pareció probable un acuerdo. El 8 de octubre de 1810, el embajador de España en Londres informó oficialmente al secretario de Estado que su gobierno aceptaba en principio la mediación[1]. Quedaba sólo el determinar sus bases y su extensión. Sir Henry empleó todo su celo en hacer adoptar las miras del Foreign Office, y creyó, al cabo de medio año de laboriosas gestiones, haberlo conseguido[2]. Pero, tal fué la forma bajo la cual precisó España sus proposiciones, que los Ingleses rehusaron. Por de pronto, de Bardaxi no consentía en que Méjico, Buenos Aires y Costa Firme fueran comprendidos en la lista de las colonias en que había de ejercerse la mediación. A más de esto sugería, en un artículo secreto que, « en caso de que al cabo de quince meses no se hubiese efectuado la reconciliación de la metrópoli y de las provincias de ultramar, interrumpiría Inglaterra las relaciones comerciales que España le autorizaba a sostener durante aquel tiempo, y hasta se comprometería a prestar, en dicho momento, al gobierno del rey, el apoyo de sus fuerzas para acabar con la resistencia de los Sud-americanos y obligarles a que cumplan con su deber[3] ». Estas proposiciones fueron, desde luego, consideradas como inaceptables, y sólo a fines del año 1811 fueron reanudadas con alguna actividad las negociaciones.

Esta vez, las Cortes autorizaron al consejo de regencia a que concediera a los Ingleses, a cambio de un empréstito de 10.000.000 de libras esterlinas, la libertad de comercio con América durante un período de tres años[4]. Además, la asamblea estaba a punto de terminar sus tareas. Votó, el 18 de marzo de 1812, el conjunto de la Constitución, ajustada a la Constitución francesa de 1791, menos en lo

1. Juan Ruíz de Apodaca al marqués de Wellesley. Londres, 8 de octubre de 1818. *F. O.* Spain 101.

2. Sir H. Wellesley al marqués de Wellesley. Cádiz, 14 de junio de 1811. *F. O.* Spain, 111.

3. Bardaxi a H. Wellesley. Cádiz, 29 de junio de 1811. *F. O.* Spain, 112.

4. Nota de Bardaxi, 17 de diciembre de 1811. *F. O.* Spain, vol. 115.

referente a la libertad de conciencia. Salvo esta concesión, que los constituyentes se veían obligados a hacer a los sentimientos de la inmensa mayoría de sus conciudadanos, la obra que acababan de elaborar se inspiraba en un evidente liberalismo. Podía creerse que las circunstancias eran favorables a las reformas sinceras, a una reconciliación verdadera con las Colonias. El 1° de abril, el gobierno británico nombró tres comisionados encargados de reunirse con los que por su parte designara España, y que se pondrían en camino para América, en donde habrían de esforzarse por obtener la pronta cesación de las hostilidades [1]. El comodoro George Cockburn [2], Thomas Sydenham y Philip Morier [3] salieron de Londres a fines de abril, con dirección a Cádiz; pero no tuvieron en esta ciudad la acogida con que contaban ellos.

En efecto, el nuevo consejo de los cinco regentes [4], elegido el 20 de enero, propendía mucho más hacia el partido del antiguo régimen que hacia el de las reformas consagradas por las Cortes. La Cámara de comercio de Cádiz se opuso violentamente a todas las mejoras pedidas por los comisionados ingleses en favor de los súbditos de ultramar. En cuanto a la autorización oficial de comerciar libremente con América, con la cual seguía contando Inglaterra, los negociantes gaditanos se opusieron a ella en absoluto. Declararon que semejante concesión sería « la ruina de España y la destrucción de todo orden, de toda moral, de toda religión y de toda sociedad [5]. » Por otra parte, los numerosos alistamientos de oficiales y de

1. Instrucciones para los comisionados enviados a Sudamérica, 2 de abril de 1812. *F. O.*, Spain, 156.

2. Nació en 1772, falleció en 1853. De 1812 a 1815, sirvió en la guerra contra los Estados Unidos. Él fué quien mandaba el *Northumberland*, que condujo a Napoleón a Santa Elena. Vicealmirante en 1819, fué nombrado almirante en 1837.

3. MORIER (John Philip), 1776-1853. Subsecretario de Estado en relaciones exteriores en agosto de 1815. Enviado extraordinario a Sajonia, de 1816 a 1825.

4. Fué aquél el consejo llamado *del Quintillo*, del que formaban parte : el duque del Infantado, los consejeros D. Joaquín Mosquera y Figueras y D. Ignacio Rodriguez de Rivas, el teniente general de marina D. Juan María Villavicencio, y el teniente general de los ejércitos D. Enrique O'Donell, conde del Abisbal.

5. GERVINUS, *op. loc. cit.*

soldados ingleses en las tropas insurrectas, el apoyo prestado a los independientes por los gobernadores y comandantes de las estaciones británicas de las Antillas, y, principalmente, el ofrecimiento del vicealmirante sir Francis Laforey de poner la fragata *Orpheus* a disposición de los Venezolanos, a raíz del terremoto, habían indignado al consejo de regencia[1]. Sir Henry Wellesley tuvo que renunciar a convencer a los Españoles[2]. Los comisionados se dispusieron a regresar a Inglaterra, y a poco quedaron rotas las negociaciones.

No obstante, las perseverantes instancias de su ministro y los equívocos hábilmente suscitados por él valieron a los Ingleses una serie de concesiones provisionales : comercio abierto en Sudamérica hasta terminación de la guerra continental; luego, mientras duraran las Cortes; en fin, durante el plazo de los quince meses, fijados para el arreglo de las dificultades con las Colonias, decreto de mayo de 1811, que concedía para seis meses el derecho de importación de los tejidos ingleses en las Indias Occidentales[3]. Estas concesiones, que en principio no habían de ser aplicadas sino en la hipótesis de un acuerdo hispano-británico, recibieron de hecho plena ejecución. Los Ingleses traficaron libremente con las Colonias españolas hasta el momento de la emancipación definitiva. Y, cuando, diez años más tarde, se trató de la cuestión del reconocimiento de los nuevos Estados, no dejó de proclamar oficialmente el gabinete de Saint James « que la antigua pretensión de España de prohibir todo comercio con las Colonias era del todo anticuada, y, en todo caso, inaplicable en lo que concernía a Inglaterra, pues el permiso para comerciar con las Colonias españolas *había sido concedido a la Gran Bretaña* en 1810, en época de las negociaciones relativas a la mediación. Que, cierto que dicha mediación no había sido empleada porque España cambió de parecer... pero que siempre ha quedado establecido desde entonces que el

1. Sir H. Wellesley al marqués de Wellesley, Cádiz, 30 de marzo de 1811. *F. O.* Spain 110.
2. Sir H. Wellesley al marqués de Wellesley, Cádiz, 16 de febrero de 1813. *F. O.* Spain 143.
3. 17 de mayo de 1811. *F. O.* Spain 111.

comercio quedaba abierto a los súbditos británicos, y que las antiguas leyes de las costas se hallaban, cuando menos en lo que a dichos súbditos concernía, tácitamente revocadas[1] ».

Las negativas opuestas a sir Henry Wellesley desde mediados del año 1812, y la frialdad con que habían sido acogidos los comisionados enviados a Cádiz se fundaban, en realidad, en motivos más extensos que las opiniones retrógradas del consejo y la interesada hostilidad de la Cámara de comercio. Todo, en efecto, hacía prever, en aquel momento, que Napoleón no tardaría en renunciar a España. Por otra parte, las noticias de los éxitos de Monteverde coincidían con las de la próxima pacificación de las colonias insurrectas. La caída de la república venezolana, la derrota de los revolucionarios en Quito, la adhesión a la causa real de casi todas las provincias marítimas de Costa Firme permitían, asimismo, considerar la sumisión de los rebeldes de Nueva Granada como un acontecimiento efectuado o a punto de efectuarse. Cartagena y Santa Fe resistían aún; pero, debilitadas por disensiones intestinas, parecían no haber de oponer ya larga resistencia al esfuerzo de la metrópoli.

Tampoco causaban inquietud Méjico y el Perú; la situación de España parecía asegurada en ellos de manera tan firme, que la Regencia contaba con rápida y universal represión. El virrey Venegas y el general Calleja tenían a su disposición en Nueva España más de 70 000 hombres de tropa buena. Veracruz, defendida por su fortaleza de San Juan de Ulloa, resultaba inexpugnable; Cuba y Puerto Rico permanecían fieles. En Lima, el virrey Abascal, dueño de la población, secundado por Goyeneche y Toribio Montes[2], amenazaba, sin que pudiera creerse posible su derrota, el Alto Perú y las Provincias Unidas de la Plata. Parecía estar en posibilidad de socorrer no menos victoriosamente la contra-revolución granadina.

1. Memorándum de la conferencia del 12 de octubre de 1823 entre el príncipe de Polignac y Canning en el *Annuaire historique universel* para 1824, publicado por C. L. Lesur. Paris, casa editorial Thoisnier, 1825, 1 vol. en 8°, p. 655.
2. V. *infra*, § III.

II

Sin embargo, un examen más detenido de la situación verdadera nos demuestra que, en aquel momento, las Colonias no presentaban un aspecto tan tranquilizador para los intereses de la metrópoli.

Sin duda que el empuje formidable promovido por Hidalgo en Nueva España había sido, después de sus primeros éxitos en Toluca y en Guadalajara, en octubre de 1810, atajado por el general Calleja en Aculco, el 7 de noviembre y desbaratado definitivamente el 17 de enero siguiente, en la batalla del puente de Calderón. Las hordas de indios, armados de cuchillas y de flechas, que se precipitaban hacia los cañones para taparlos con sus sombreros de paja[1], se habían dispersado ante las tropas reales : traicionados por uno de los suyos, Hidalgo y su primer teniente Allende, habían sido presos y fusilados (27 de marzo y 27 de julio de 1811). Pero las autoridades españolas, persuadidas al pronto de que aquella derrota y aquellas ejecuciones señalaban el fin de una aventura que no había de ser repetida, tuvieron que convencerse de que la insurrección no desarmaba.

Otro sacerdote, José María Morelos, cura de Carácuaro, enarboló la bandera de la rebelión arrancada de manos de Hidalgo, su amigo desde la infancia. El ascendiente considerable de Morelos no tardó en agrupar en torno suyo a cierto número de patriotas de temple, reclutados en todas las clases de la sociedad mejicana : los hermanos Bravo, ricos hacendados de Chichihualco, de los cuales uno de ellos, Nicolás, se inmortalizó, dice atinadamente su historiador, por un hecho que la violencia de aquellas guerras hace más admirable aún[2]. Al saber que su padre había sido hecho prisionero por el general Calleja, ofreció, para su canjeo, a doscientos Españoles apresados por él. Calleja rechazó la proposición de Nicolás Bravo e hizo ejecutar al

1. Cf. Zavala, *Ensayo histórico de las Revoluciones de Méjico*, t. I, y Gervinus, *op. cit.*

2. Hubbard, *Histoire contemporaine de l'Espagne*, *op. cit.*, t. I, cap. IV, p. 219.

padre de éste. En el acto envió Nicolás a Calleja los doscientos cautivos, « para no exponerse, le escribía, a sucumbir a la tentación de vengarse en ellos ». El digno y probo Galeana, el abogado Rayón, antiguo secretario de Allende, el cura Matamoros, el arriero Vicente Guerrero, el mulato Guadalupe Victoria completaban el estado mayor de Morelos.

Todos aquellos hombres, tan patriotas como inteligentes y bravos, supieron sacar útiles enseñanzas de la derrota de sus predecesores. En el centro y norte de Méjico organizaron guerrillas a imitación de las que, en aquella misma época, daban tantos malos ratos a los ejércitos de Napoleón. Morelos, que había establecido su cuartel general en las provincias meridionales, se dedicó a coordinar los esfuerzos de sus compañeros y prosiguió con perseverancia un plan muy hábil que consistía en aislar la capital de sus recursos transatlánticos. Hacia fines de 1811 habían caído en su poder la mayor parte de las plazas desde Acapulco hasta Chilpanzingo, y, durante los seis primeros meses de 1812, y en la sola región de Nueva Galicia, ascendió a cincuenta y cuatro el número de acciones entre los Españoles y los lugartenientes de Morelos. Galeana se apoderó de la ciudad minera de Tasco, poco distante de México, y, ya en febrero de 1812 se decidió el virrey a enviar de nuevo al indispensable general Calleja, agraciado con el título de marqués de Calderón, a que atacara vigorosamente a los facciosos.

Sitiado y reducido a merced en Cuautla, Morelos se retiró, en junio, a Tehuacán, en la provincia de Puebla, convirtiéndolo en centro de operaciones atrevidas y fructuosas; pues a más de apoderarse del tesoro de Orizaba, opuso de continuo invencible resistencia a los exasperados ataques de los jefes españoles. Veía Calleja con desesperación « renovarse sin cesar, como las cabezas de la hidra, los ejércitos de los rebeldes, a quienes creía él haber desbaratado para siempre ». Por otra parte, en sus informes hacía observar Venegas « que la guerra se alimentaba por sí misma, que instruía poco a poco a los *guerrilleros* en el arte de la táctica », y, a pesar de las fuerzas considerables de que disponía y de las victorias que a éstas debía, no

dejaba de temer el virrey « que la situación arruinara la causa española [1]. »

Mejor fundadas, en lo que al Perú concernía, estaban las optimistas previsiones del gobierno de Cádiz. Lima, la hermosa Lima, « tan hermosa, según dicho popular, que el Padre Eterno había dejado abierto, en el paraíso, un agujerito para no dejar de verla », quedaba fielmente sometida a la dominación metropolitana. Ciudad de lujo y de placer, con calles bordeadas de jardines que esparcían cantos y perfumes, con plazas sombreadas, amenizadas por estatuas y juegos de agua, con cielo puro surcado por incesante vuelo de golondrinas — las *santarosas*, mensajeras de su risueña patrona — orgullosa de sus iglesias con pilares de plata y hasta de oro macizo, de sus conventos, de sus palacios, de su blasón y de sus mujeres, contentábase Lima con decirse la primera de las ciudades del Nuevo Mundo. La igualdad, la debilitante dulzura de un clima tonificado de cuando en cuando por la brisa que baja de las montañas vecinas, imprimía su sello a sus moradores. La aristocracia, numerosa y puramente española, en su mayoría originaria de Vizcaya, conservaba en Lima, más que en los otros centros, su fasto y su altanero desprecio hacia las clases inferiores. De los 50 000 habitantes que en 1812 contaba la capital peruana, cerca de la mitad era de raza peninsular o criolla. De costumbres conservadoras, místicas y nada austeras, aquella preponderante aristocracia había sabido inculcar a los mulatos, a los indios, a los negros, por cierto satisfechos, sometidos o dóciles, el respeto tributado por ella al anciano marqués de la Concordia, Don José de Abascal, popular entre todos los virreyes sudamericanos.

Sobresalía Abascal en dar brillantes fiestas a los nobles limeños y en tratar con benevolencia al pueblo. Poseía un ejército, milicias considerables, buques : las escasas y tímidas empresas de los patriotas aislados parecían sin consecuencia en el conjunto a la vez inmutable y poderoso que presentaba, en medio del general destartalo de la

1. V. Alamán, *Historia de México*. T. II y III, y Gervinus, *op. cit.*, según Bustamante. *Cuadro histórico de la Revolución de México*, T. I. cap. IV, seguido en general por todos los historiadores.

América española, la ciudadela peruana, indemne, temible y temida.

Mas no quiere decir esto que fueran siempre felices y fáciles sus tentativas de ataque o de defensa.

La separación de las provincias de la Plata, erigidas en un nuevo virreinato desde 1778, había conferido a Buenos Aires una importancia cuyos considerables resultados hemos tenido ocasión de señalar, relativos a la difusión y al progreso de la idea revolucionaria en aquella parte de América. Buenos Aires, cuya población había llegado, en menos de treinta años, a igualar en número a la de Lima, formaba contraste con ésta, así por su aspecto monótono y sin atractivo, como por el carácter serio, adusto y cerrado de sus habitantes[1]. Con sus casas achatadas, extendiéndose, todas semejantes, a lo largo de las calles y de las avenidas que iban del este al oeste, y del norte al sur, cortadas en ángulo recto, formaba la ciudad una especie de inmenso y escueto tablero de ajedrez sobre el que, a trechos, se alzaban los soportales de la Plaza Mayor, la *Recoba vieja*, los severos campanarios de Santo Domingo, los del convento de los Jesuítas y del hospital de la Residencia, la recargada cúpula de la catedral, las murallas de la fortaleza que bordeaban el río, y la almenada *Plaza de Toros*.

Los *porteños*, — nombre con que, según recordará el lector, designaban en Buenos Aires a los criollos, — dedicados únicamente al negocio y al estudio, deseosos de merecer realmente la libertad que sus Próceres habían proclamado, demostraban « un afán por llegar al último grado de la civilización », que causaba extrañeza a los extranjeros que por entonces acudían a orillas de la Plata[2]. Había numerosos establecimientos de interés general, y una biblioteca abría sus puertas a los estudiantes de la universidad transformada.

Al mismo tiempo que progresaba así el espíritu público,

1. Cf. d'Orbigny, *Voyages*. Miers, *Travels in Chile and La Plata*. Londres, 1826. S. Haigle, *Sketches of Buenos-Ayres and Chile*. Londres, 1829, etc. V. también : Sarmiento, *Civilización y Barbarie*. Trad. francesa de Giraud, Paris, 1853.

2. Cuadro de la República Argentina, de 1812 a 1819. *Arch. des Aff. Etr.* Rép. Argentine. Vol. I.

los campeones de la emancipación argentina se dedicaban con esmero a perfeccionar el ejército nacional destinado a ir en socorro de las provincias rebeladas contra España. Mas, no iba a tardar en modificarse la inspiración generosa que les moviera a tomar este partido. Buenos Aires, que pretendía al título de *Roma americana*, tenía cuando menos el orgullo y las devoradoras ambiciones de la antigua ciudad de los Césares. En realidad, sólo en provecho propio favorecía la liberación de las provincias del virreino, tratando de imponerles, desde el primer día, una sujeción económica cuyo principio había sido condenado por el espíritu mismo del movimiento que acababa de efectuarse. Instintivamente penetraron las provincias la política egoista del cabildo de Buenos Aires aun antes de que tuvieran plena conciencia de ella los miembros de aquel altanero gobierno. Mientras llegaba el momento de que la Roma americana diera a luz inevitables Marios, tropezaba, en las regiones adonde enviaba sus generales y sus ejércitos, con una hostilidad, fomentada además con ahinco por los Españoles, que envenenó la lucha y retrasó de singular manera su desenlace[1].

El primer resultado de la política de Buenos Aires fué la irreparable división del virreino. El Paraguay inició el movimiento. Las tropas de la Plata, mandadas por Belgrano, fueron acogidas sin entusiasmo por la población, poco deseosa de un cambio de régimen que sólo medianas mejoras le reservaba. La minoría liberal, cuyos esfuerzos acababan de tener por resultado el establecimiento de una Junta Gubernativa, sólo a disgusto aceptó el negociar con el general argentino. Pero, entretanto, un obscuro abogado a quien dieron celebridad su energía y su asombrosa audacia, José Rodríguez de Francia[2], que por entonces contaba 53 años de edad, se apoderó del poder, galvanizó a sus compatriotas y les hizo aclamar la República. No mejor trato cupo al delegado de Buenos Aires, por parte de Francia, que el que anteriormente había recibido el gobernador español Velasco, quien, para salvar su vida, se había

1. Cf. Becerra, *op. cit.* Introducción. §§ 19 y 20.
2. Nació en 1758 en La Asunción, y allí murió en 1840. Desde 1811 gobernaba el Paraguay.

visto obligado a salir a toda prisa de La Asunción. Tuvo. Belgrano que acatar las voluntades de Francia, que se proclamó dictador, y. por acta firmada el 22 de octubre de 1811. reconocer. en nombre de Buenos Aires. la independencia definitiva del Paraguay. Tan pronto como se hubieron alejado las tropas argentinas inauguró Francia su famoso sistema de aislamiento. gobernando al país, por espacio de cerca de cuarenta años. cual autócrata de incontestada autoridad. haciendo, como se ha dicho, del Paraguay una « pequeña China cristiana », mantenida en estado de bloqueo absoluto.

Mayor éxito. siquiera en los comienzos. habían obtenido los Argentinos en el Alto Perú. adonde Castelli y Balcarce habían conducido las tropas más ejercitadas de Buenos Aires. Castelli. vencedor en Suipacha de las fuerzas que apresuradamente había enviado a su encuentro el virrey de Lima. se apoderó con facilidad de Potosí, estableciéndose en Chuquisaca en diciembre de 1810. Cometió la imprudencia de saborear un harto prolongado reposo en esta última ciudad. enajenándose además las simpatías de sus habitantes por ostentar para con ellos actitudes de procónsul. Las autoridades españolas del Perú supieron explotar la animosidad que, cada día más. se manifestaba contra los oficiales argentinos. La muy devota población de Chuquisaca se rebeló contra los « volterianos » de Buenos Aires. Recurrió Abascal a la competencia militar de Goyeneche, quien salió para la provincia de Cuzco y consiguió. al cabo de algunas semanas, organizar en ella un ejército de 8000 hombres. superior, como número y como calidad. al de Castelli y Balcarce.

El 20 de junio de 1811. la victoria del Desaguadero devolvió el Alto Perú a los Españoles. Tres meses después, entraba Goyeneche vencedor en Potosí. restableció por todo el país la dominación real. y. a no ser por una insurrección fomentada por los patriotas de La Paz y de Cochabamba, que, por cierto, consiguió él ahogar con facilidad. el fracaso del ejército de Buenos Aires. fuera de estado de sostener la campaña, se habría convertido. seguramente. en verdadero desastre. Balcarce y Castelli ganaron a marchas forzadas las provincias de Jujuy y Salta. en donde se

reconstituyeron lo mejor posible en previsión de un probable ataque de Goyeneche.

Los interesados socorros que el gobierno de Buenos Aires había enviado a los patriotas del Uruguay no parecían tampoco haber de ser objeto de mejor acogida, ni ocasión de mayor éxito para la causa de la Independencia. Los campesinos uruguayos habían respondido a la revolución del 25 de mayo de 1810 por un levantamiento general a cuya cabeza se había colocado, desde el primer momento, el hijo de un hacendero muy estimado en Montevideo : José Artigas[1]. Los improvisados combatientes a quienes convirtió Artigas en sus guardias de corps fueron reclutados entre los *gauchos*. Aquellos conductores de rebaños de bueyes y de caballos habían de compartir, con los *llaneros* de Venezuela, el merecido sobrenombre de « centauros del Nuevo Mundo ». Estaban avezados a toda clase de penosas faenas, listos para todas las empresas, eran adictos hasta la muerte a quien sabía convencerles y dominarles, talento que poseía Artigas a la perfección; adquirió absoluto ascendiente sobre sus gauchos y sobre los numerosos reclutas que, voluntarios o forzados, le llevaban aquéllos.

A comienzos de 1811 acudió, con dos mil soldados suyos, al ataque de Montevideo. El gobernador español Elio era para Artigas un adversario detestado. Mas no eran más afectuosos los sentimientos del jefe de la insurrección uruguaya hacia Rondeau[2], que Buenos Aires le había dado por colaborador. Las disensiones que no tardaron en estallar entre ambos jefes republicanos permitieron a Elio oponer eficaz resistencia a la insurrección. Rodeado de un considerable partido de Españoles al que los últimos acontecimientos habían añadido numerosos emigrados realistas procedentes de Buenos Aires, Elio, revestido por el gobierno de Cádiz del carácter de virrey, dedicó toda su energía a hacer frente a los rebeldes. Rondeau y Artigas

1. Artigas (José Gervasio), fundador de la República del Uruguay. Nació hacia 1760 en Montevideo, falleció el 23 de septiembre de 1850.

2. Rondeau (José), nació en Buenos Aires en 1770. En 1814 tuvo el mando supremo del ejército del Alto Perú, y perdió la batalla de Sipesipe en 1815. Electo director supremo de los Estados Unidos de la Plata en 1819-1820, fué, de 1828 a 1839, presidente de la República del Uruguay.

fueron derrotados por completo en los dos combates decisivos de San José y Las Piedras. Con los buques de la flota real, de que disponía, sitió Elio a Buenos Aires. Tuvo no obstante que retirarse después de un torpe bombardeo cuyo único resultado fué excitar hasta el paroxismo el entusiasmo patriótico de los Argentinos.

El virrey de Montevideo, amenazado en aquel momento de una nueva insurrección en el Uruguay, hizo un llamamiento a los Portugueses del Brasil. Estaban éstos en acecho de un pretexto que les permitiera tomar parte activa en los disturbios del Río de la Plata, ya con intención de crear un nuevo trono en provecho de la casa de Braganza, ya, siquiera, para apoderarse de la colonia de Sacramento y de todo el país designado con el nombre de *Banda Oriental*, al oeste del Uruguay[1]. Un ejército portugués de 4000 hombres se estableció, en actitud amenazadora, en la frontera brasileña. Entonces consintieron los bonaerenses en firmar un armisticio (21 de octubre de 1811). Consiguió Elio dominar la insurrección que seguía sosteniendo Artigas, y, poco después, fué substituído en su cargo de virrey por D. Gaspar Vigodet[2].

De nuevo, y con actividad, tomó Vigodet la ofensiva. En el Alto Perú, Goyeneche, cuyas victorias habían sido recompensadas con el título de conde de Guaqui, seguía siendo dueño de la situación. Se había apoderado de las dos provincias de Jujuy y de Salta y preparaba una expedición contra Tucumán, adonde envió al general Tristán, con quien se había puesto de acuerdo Vigodet. Entabláronse negociaciones entre el virrey de Montevideo y la corte de Río de Janeiro. Prometió ésta, una vez más, el apoyo de sus tropas. La escuadra seguía bloqueando a Buenos Aires. No obstante, la fortuna, que parecía tan contraria a los independientes, se pronunció bruscamente en favor de éstos. La expedición de Tristán fracasó. Derrotado el 24 de septiembre por Belgrano, quien se cubrió de gloria en la batalla de Tucumán, tuvo que replegarse en desorden hacia el Alto Perú. El ministro de Inglaterra en

1. V. Hubbard, *op. cit.*, T. I, cap. IX.
2. General español, gobernador de Montevideo desde 1810 hasta 1814.

Río de Janeiro se opuso a la salida de las tropas brasileñas para la Banda Oriental. En fin, la flota española se vió obligada a abandonar el bloqueo para acudir en socorro de Montevideo, sitiado de nuevo por Artigas y Rondeau.

Las continuas disensiones que en Buenos Aires surgían entre los miembros de los gobiernos sucesivos habían contribuído por mucho en los primeros éxitos de D. Gaspar Vigodet. Moreno, partidario del sistema unitario, había tenido, en la primera Junta, que sostener vivísima lucha contra Saavedra, jefe de los federalistas. Después de la muerte de Moreno en 1811, al regresar de la misión que este patriota, encargado de ir a solicitar socorro de Inglaterra, había ido a desempeñar a Londres, sostuvo Saavedra lucha abierta contra los miembros de la nueva Junta, substituída, en junio de 1812, por un triunvirato que tomó el nombre de « gobierno ejecutivo » (Chiclano, Passo y Sarratea[1]). A consecuencia del movimiento insurreccional del 8 de octubre del mismo año, pasó el poder a otro triunvirato (Passo, Rodríguez Peña[2], Alvarez[3]). Martín Alzaga, jefe del partido español o *gótico*, fué alentado entonces por Montevideo para preparar una contra-revolución destinada a facilitar la acción concertada entre Vigodet, Goyeneche y los brasileños. Expió Alzaga en el cadalso su temeraria empresa, mas no por esto parecían menos amenazados los destinos de la joven república.

Entonces es cuando llega a Buenos Aires José de San Martín. Originario de Iapeyu, uno de los treinta pueblos del grupo de las Antiguas Misiones de los Jesuítas situadas en las orillas del Alto Paraguay y del Alto Paraná, en donde había nacido, el 15 de febrero de 1778, San Martín, después de buenos estudios en el seminario de Nobles de Madrid, ingresó en el ejército español. Estuvo de guarni-

1. Sarratea (Manuel de). Fué después gobernador de Buenos-Aires en 1820, y, más tarde, plenipotenciario del gobierno de Rosas, en París, en donde falleció.

2. Rodríguez Peña (Nicolás), nació en Buenos Aires en 1766, falleció en Santiago en 1853. En 1818 tuvo que huir a Chile, en donde permaneció hasta su muerte.

3. Alvarez de Jonte (Antonio). Auditor de guerra en época de la expedición de San Martín al Perú: falleció en Pisco en 1820.

ción en Melilla y en Orán, peleando en dichas plazas en 1791; hizo la campaña del Rosellón bajo las órdenes del general Ricardos en 1794, la de Portugal en 1801, y acababa de obtener el grado de teniente coronel como recompensa de su notable conducta durante la guerra de España, principalmente en el combate de Arjonilla y en la batalla de Albuera.

La Revolución sudamericana, los consejos de lord Macduff, más tarde conde de Fife[1], con quien le unían lazos de amistad, el entusiasmo de que vió animados a varios jóvenes criollos, compañeros de armas o amigos suyos, determinaron a San Martín a dejar el ejército español y a ofrecer sus servicios a su patria de nacimiento. Fué a Londres en 1811 con Alvear y Zapiola, se reunió con Bello, López Méndez, Servando Mier, Manuel Moreno y los demás Americanos refugiados en Inglaterra, recibió de los Maestros de la Gran Logia de Miranda la iniciación suprema, y salió para la Plata a principios de 1812. San Martín, que había de adquirir en poco tiempo fama inmortal, hasta el punto de compartir con Bolívar el título de Libertador del Nuevo Mundo, era considerado por entonces, nos dice su biógrafo, « como un hombre obscuro y desvalido, que no tenía más fortuna que su espada, ni más reputación que la de un valiente soldado y un buen táctico[2] ». Arraigó en él profundamente la convicción de la importancia irresistible del arrebato popular en una guerra nacional, y del valioso apoyo que podía ser para ésta una seria organización militar. Movido por esta idea, fundó, desde su llegada a Buenos Aires, la *Logia de Lautaro*. Cuantos espíritus preclaros y voluntades firmes había por entonces en la capital argentina tuvieron en seguida a gala el formar parte de aquella sociedad secreta. De este modo consiguió San Martín imprimir al empuje liberal considerable y decisivo poder.

Merced a la Logia de Lautaro, ya desde fines de 1812

1. Nació en 1776; falleció en 1857. Sentó plaza como voluntario, en 1808, en el ejército español, en donde llegó a ser capitán general, estuvo en Cádiz durante el sitio de 1810, y regresó a Inglaterra en 1811.

2. Mitre, *Historia de San Martín*, T. I, cap. III, § 2.

se hallaba fortalecido el gobierno, reanimado el espíritu público, y pronta a ganar victorias la revolución [1].

Tal era, además, salvo las contigencias y las particularidades de su conjunto, el aspecto que presentaba en aquella época el estado moral y político de la América española. Cierto que el gran movimiento de 1810 ha tenido que ceder a la resistencia combinada de los obstáculos que entrañaba y de los que le había opuesto la fuerza contraria. Podría comparársele con uno de esos ríos soleados y majestuosos de la zona ecuatorial cuya poderosa ola, al tropezar con las primeras vallas, se desvía, se ramifica en infinito dédalo de riachuelos, de torrentes subterráneos, de regatos sinuosos, pareciendo haber perdido para siempre su vigor nativo. Sin embargo, cercano está el desfiladero en que las aguas van a confluir, a brotar de nuevo del suelo, a reunirse y a proseguir, en formidable masa, su impetuoso curso. Todavía le esperan, más abajo, rocas imprevistas, precipicios, selvas pobladas de enmarañados bejucales, sabanas esponjosas; quédanle que recorrer muchas regiones desoladas. Pero, se forma de nuevo, de nuevo aparece el caudaloso río de los primeros días: seguro ahora de un lecho profundo, definitivo y vasto, ningún obstáculo prodrá ya desviarle o vencerle.

Los países mismos con quienes creía contar más como habiéndose substraído a aquel movimiento unánime, resultan, no obstante, comprometidos en él.

En Chile, la Junta había, desde su instalación, a fines de 1810, convocado a los representantes de las provincias a una asamblea constituyente que se reunió en Santiago el 4 de julio de 1811. No tardaron en manifestarse disentimientos entre los Próceres igualmente decididos por la causa de la Independencia, pero a quienes el afán del bien público incitaba, con menos frecuencia que la ambición personal, a disputarse la autoridad ejecutiva. Sólo un gobierno fuerte podía coordinar las aspiraciones, vacilantes aún, de la mayoría de los patriotas. Aquí, como en todas partes por cierto, imponíase la dictadura. La pureza de intenciones de Rosas la habría hecho sin duda soportable

1. Cf. *Historia de San Martín*, T. I, cap. III, § 9.

y aun bienhechora, pero le fué imposible al primer artífice de la libertad chilena el hacer admitir su supremacía. El directorio de tres miembros nombrado por el Congreso y prisionero del partido gótico, muy influente en la asamblea, apartó a Rosas del gobierno. Trató éste de organizar una contra-junta, pero la entrada en escena de un rival más feliz, José Miguel Carrera, derrumbó sus esperanzas.

Carrera, antiguo capitán de húsares de Galicia, muy apreciado desde hacía tiempo por los compañeros de la Logia Americana de Cádiz, de la que formaba parte, había acudido de España tan pronto como tuvo noticia de la sublevación de Santiago. Fué acogido con júbilo. Su brillante juventud, su prestigio de oficial, su confianza en sí mismo le ganaron todas las voluntades. En septiembre de 1811 se hallaba a la cabeza del gobierno, pero tuvo a honra el ofrecer a Rosas que compartieran ambos el poder. Los dos directores adoptaron, por mutuo concierto, útiles decisiones tales como la emancipación absoluta de los indios y de los negros, y negociaron un tratado de alianza con Buenos Aires. Pero su colaboración no resistió al fogoso despotismo de Carrera. Este último despidió el Congreso, desterró a Rosas, quien intentó, aunque sin éxito, formarse un nuevo partido, le obligó, poco después, a retirarse a Mendoza[1], y pudo, desde aquel momento, ejercer una autoridad casi dictatorial.

A pesar de la sinceridad de su patriotismo, no tenía Carrera ninguna de las cualidades de un hombre de Estado. Chile se perdía entre sus manos. Los Españoles se aprovecharon de tales circunstancias. Desde junio de 1812, el virrey del Perú hizo activar los preparativos de una expedición cuya organización fué confiada al general Pareja. En menos de seis meses se halló éste en estado de invadir a Chile : el descuido de Carrera, a quien, hasta entonces, no se le había ocurrido tomar ninguna seria medida de defensa, prometía a los realistas inmejorables probabilidades de éxito. No obstante, de día en día iba penetrando más en las clases populares la noción de

1, Donde falleció, en mayo de 1813.

independencia, merced a la iniciativa de Carrera y de un eclesiástico : Camilo Henríquez[1].

El 13 de febrero de 1813 salió a luz en Santiago el primer diario republicano : *La Aurora de Chile*. Fué aquel día, refiere un testigo, un verdadero día de fiesta. La gente del pueblo se disputaba los números de *La Aurora*. Recorría las calles, parando a los transeuntes, leyendo en voz alta el artículo de Henríquez, dándose unos a otros parabienes por el feliz acontecimiento, y no dudando ya de su próxima liberación[2]. De este modo se disponía la masa revolucionaria a rechazar el asalto que en vano iba a tratar de oponerle la vigilante ciudadela del Perú.

No se había substraído Nueva Granada a la influencia de las autoridades limeñas : veía atajada por éstas su marcha hacia la libertad.

Pero, tanto aquí como en la Plata y en Chile, realizó continuos progresos el ideal emancipador a pesar de los errores de sus protagonistas. Y, cuando al cabo de una larga serie de indecisiones paralizadoras, de tropiezos y de roturas halle de nuevo la ola revolucionaria, con toda su potencia, la dirección primitiva de su curso, se hundirá por fin la ciudadela peruana, sumergida por la formidable arriada.

III

Las tres grandes divisiones territoriales cuyo conjunto fué designado, hasta 1810, con el nombre de virreinato de Nueva Granada, se extendían sobre una superficie de más de 113.000 leguas cuadradas de 25 al grado, y contaban cerca de 3.000.000 de habitantes. La existencia política de cada una de ellas se había, desde el día mismo de la insta-

1. Nació en Valdivia en 1769, falleció en Santiago en 1825. Sacerdote de la orden de San Camilo de Lelis, se hallaba en el Perú cuando tuvo noticia de la sublevación de Chile. Llegó a esta nación en 1811 y prestó su apoyo a la causa de la Independencia. Después de la derrota de Rancagua, en 1814, se retiró a la Argentina, no regresando a Chile hasta en 1822.

2. Cf. Martínez, *Historia de la Independencia de Chile*.

lación de los gobiernos autónomos, desarrollado con particularidades que fueron acentuándose cada vez más.

Hemos señalado la sucesión de los acontecimientos que, en menos de tres años, acababan de colocar de nuevo bajo el yugo colonial los jacobinos y tumultuosos pueblos de la capitanía general de Venezuela. Idéntica suerte habían sufrido los fanáticos, descabezados e influenciables patriotas de la antigua presidencia de Quito, y la proximidad de este país con el Perú, al mismo tiempo que con la provincia meridional granadina de Pasto, en la que persistía intacto el sentimiento realista, había apresurado aún en él la ruina de las aspiraciones revolucionarias.

Los comisionados regios Montúfar y Villavicencio, quienes, como recordará el lector, estaban a punto de llegar a Santa Fe cuando se produjo en ésta la explosión insurreccional del 20 de julio de 1810, lograron terminar su viaje en el momento preciso en que el doctor San Miguel, delegado del conde Ruiz y portador de los legajos relativos al proceso de los desgraciados a quienes una suerte cruel esperaba pocos días después, se presentaba en persona en la capital granadina. Las nuevas autoridades de Santa Fe hicieron quemar, por mano del verdugo, en la plaza pública, los despachos que entregaba San Miguel. Tomó éste de nuevo el camino de Quito, en compañía de Montúfar, devorado de inquietudes respecto de la suerte de sus amigos, de sus parientes, de su padre en fin, el marqués de Selva Alegre, quienes, todos, formaban parte del grupo de los patriotas.

Llegó Montúfar a Quito a principios de septiembre. De acuerdo con su padre, no tardó en determinar al conde Ruiz, en cuyo espíritu habían producido tan dolorosa impresión las matanzas del 2 de agosto, a que restableciese la Junta. La comisión conferida a Montúfar por la Regencia fué leída ante la asamblea, convocada el 19 de septiembre, en una sala de la universidad de Quito. En el acto quedó aceptado el establecimiento de la nueva Junta, obteniendo Ruiz su presidencia y siendo nombrado vicepresidente el marqués de Selva Alegre.

Deseoso de mantener la tranquilidad general, y sobre todo, de obtener el asentimiento del virrey del Perú, cuyo

sufragio resultaba indispensable, envió Montúfar a D. José de Abascal copia de los plenos poderes de que le había investido la Regencia. No se le ocultaban a éste los pensamientos secretos de los patriotas de Quito. Arredondo y sus tropas, que se habían retirado a Guayaquil después del 2 de agosto, recibieron orden de volver a campaña y de declarar la guerra a las autoridades nuevamente establecidas como traicionando sus deberes para con la corona de España. Reunió entonces Montúfar la fuerza armada de Quito, se ocupó en levantar y organizar voluntarios, y con ellos se puso en marcha hacia Riobamba. Pero, las provincias granadinas de Popayán y Pasto, influenciadas por el general Sámano, gobernador de la primera de estas plazas, se declararon prontas a hacer causa común con el virrey del Perú y comenzaron a enviar tropas destinadas a invadir a Quito por el norte mientras acometiera Arredondo la misma empresa en el sur.

Crítica por demás era, pues, la situación de Montúfar. Un acontecimiento fortuito vino providencialmente a servir sus proyectos, mas no supo aprovecharlo. Arredondo se había adelantado hasta Huaranda, cuando, una mañana, al oir sus centinelas crujir las neveras del Chimborazo, caldeadas por los primeros rayos del sol, creyeron que se acercaba Montúfar con numeroso tren de artillería. El comandante español huyó, abandonando a los insurrectos su cuartel general de Huaranda provisto abundantemente de armas y de municiones.

Montúfar, a quien sus antiguas relaciones con la Regencia obsesionaban de escrúpulos, y a quien, a pesar de la realidad, mecía la esperanza de una solución pacífica, y que, por otra parte, creía haber reducido a Sámano a la impotencia por el envío de considerables destacamentos salidos a su encuentro en Guaitara, descuidó el adelantarse hacia las fronteras del Perú. Dejó que el general Molina, encargado por Abascal de apoderarse de Cuenca, realizara esta operación, y perdió un tiempo precioso en negociaciones con sus enemigos. Durante la ausencia de Montúfar, motines populares estallaron en Quito. El conde Ruiz, arrancado del convento en que se había buscado asilo, fué asesinado. Don Toribio Montes,

a quien, entretanto, confirió la Regencia el nombramiento de presidente de Quito, tomó en seguida el mando de las tropas estacionadas en Cuenca y en Guayaquil, y se puso en marcha contra la capital.

Batió, el 2 de septiembre de 1812, las tropas de Quito en Moacha, envolvió sus posiciones fortificadas cerca de Jalupaca y Santa Rosa, efectuando una marcha de flanco de increíble atrevimiento a lo largo de las pendientes de la montaña, y, por fin, se apoderó de Quito el 4 de noviembre. Había intentado Montúfar refugiarse cerca de Ibarra. Fué perseguido, capturado, y, meses después, enviado a España al mismo tiempo que Nariño, quien, hacia aquella época, había, como pronto veremos, salido de Santa Fe para pelear contra Sámano en las provincias meridionales de Nueva Granada [1]. Así pues, recayó Quito en manos de las autoridades españolas, quienes sólo diez años más tarde habían de ser arrojadas de allí [2].

En la Nueva Granada propiamente dicha, el *Reino*, la causa liberal, triunfante aún, al parecer, en las dos terceras partes del territorio, estaba, en realidad, terriblemente comprometida a fines de 1812. Las provincias atlánticas de Río Hacha, de Panamá y de Veragua no habían pactado nunca con la Revolución. Santa Marta se había separado definitivamente de ésta, y, dueños de Venezuela y de Quito, los Españoles parecían no tener que intentar ya grandes esfuerzos para acabar de cercar, de invadir y de someter a las provincias que la insurrección les había arrancado. En todos aquellos sitios reinaba la anarquía, progresando de continuo, favoreciendo los manejos de los representantes del poder absoluto en las regiones vecinas de Quito, y substituyendo, en otras regiones, con el más nefasto egoísmo el patriótico desinterés de los primeros días.

Las ideas federalistas, comunes a los Próceres sudamericanos, habían sido preconizadas con más elocuencia y más

1. Montúfar se evadió al llegar a Panamá. Hizo la campaña del Cauca en 1815, fué hecho prisionero en la terrible acción de la Cuchilla del Tambo, y fusilado en Popayán el 3 de septiembre de 1816.

2. Según Restrepo, y Stevenson, contemporáneo y testigo de estos acontecimientos, en *Relation d'un séjour de vingt ans dans l'Amérique du Sud*, *op. cit.*, t. I, cap. II.

ardor en Santa Fe que en todo otro centro colonial. Santa Fe, capital de la provincia de Cundinamarca y del antiguo virreinato, orgullosa, próspera y tan consciente de su superioridad como en la Plata lo era Buenos Aires, alimentaba iguales pretensiones de seguir siendo la cabeza del nuevo estado. Hasta no distaba mucho de considerar con amargura el que se hubiese substraído Caracas a su autoridad, y, cuando menos, entendía no menguar en nada la que su situación geográfica y las tradiciones coloniales habían de conservarle sobre las demás provincias granadinas. Animada por este estado de espíritu invitó la Junta de Santa Fe, el 29 de julio de 1810, a las veintidós provincias del reino a que enviasen sus diputados a una Junta general encargada de convocar el Congreso constituyente[1].

Cartagena, Santa Marta, Antioquia, Chocó, Neiva, Mariquita, Pamplona, El Socorro, Casanare y Tunja anunciaron su intención de responder al llamamiento. Instalaron Juntas independientes a imitación de Santa Fe y procedieron en seguida a la elección de los ciudadanos que habrían de representarlas en el Congreso. Pero el júbilo de haber conquistado por fin la libertad tan esperada no tardó en acalorar las cabezas de los patriotas. La noble y altiva ciudad de Mompox (Cartagena) fué la que primero proclamó su independencia absoluta (16 de agosto de 1810). No quiso la poderosa Cartagena admitir que se reservase Santa Fe la iniciativa de organizar el nuevo gobierno. Su Junta publicó el 19 de septiembre, un manifiesto abiertamente hostil a las intenciones de la Junta de Santa Fe, invitando a las provincias a que se rigieran por sus propias leyes y a que se reunieran en Congreso federal en Medellín (Antioquia). En cambio, las ciudades del Popayán decidieron enviar sus representantes a Cali (Cauca). En efecto, actuó en este sitio una Junta regional, el 1° de febrero de 1811, que dotó de una constitución autónoma a los habitantes del Cauca.

El paso dado por Cartagena alentó de singular modo la universal anarquía que parecía en realidad, no esperar más que una seña. En todas partes, hasta en las provincias de menos importancia y más apartadas, y aun en los pueblos

1. D., II, 478.

mismos en donde algún ambicioso demagogo conseguía imponerse a sus compatriotas, actuaron juntas independientes y se elaboraron constituciones particulares. Hubo parroquias miserables, como, por ejemplo, la de Nare (en Cundinamarca), que pretendieron a categoría de provincias soberanas...

Justamente alarmados por esta situación, los patriotas de Santa Fe activaron cuanto les fué posible la reunión del Congreso proyectado. Tenían omnímoda confianza en la eficacia de los elocuentes y persuasivos discursos que cada cual preparaba, y que, según ellos, habían de remediar, apenas transmitidos a los centros provinciales y publicados en éstos, todos los males públicos que los aquejaban. El 22 de diciembre de 1810, la asamblea se reunió en Santa Fe. A pesar de estar sólo representadas las circunscripciones del Socorro, Pamplona, Mariquita, Neiva y Nórita, aquel remedo de congreso tomó solemnemente el título de *Alteza Serenísima* y se puso a reglamentar con minuciosidad la organización interior de las varias provincias del Estado federal cuya soberanía se reservaba Cundinamarca. Sin embargo, la actitud despótica de los congresistas disgustó al cabildo mismo de Santa Fe, y la asamblea, para substraerse a la disminución de prestigio que le acarreaban los ataques de los miembros de la municipalidad, se transportó a Ibagué, en donde, desde mediados de enero, se reanudaron las sesiones. Los delegados de los distritos circunvecinos que se presentaron para tomar parte en el Congreso fueron admitidos con entusiasmo por los diputados de Cundinamarca. Pensaban éstos dar más influencia a la asamblea al hacerla más numerosa, pero esta irregularidad provocó las protestas de casi todos los representantes de los estados, y tuvo por fin que aplazarse el Congreso.

Entonces creyeron oportuno los diputados de Santa Fe adelantarse a las demás provincias, organizar a Cundinamarca en estado autónomo, votar una constitución y proponerla por modelo a cada uno de los estados, invitándolos de nuevo a consentir en un pacto federal. El 4 de abril de 1811, la antigua provincia metropolitana tomó el nombre de Estado de Cundinamarca y publicó su Consti-

tución a la vez monárquica y republicana, reconociendo por soberano a Fernando VII, a condición de que consintiera en ir a residir allí. El principal autor de aquella constitución, Jorge Tadeo Lozano[1], fué, mientras tanto, elegido presidente de la República.

Pertenecía Lozano a la noble casa de San Jorge. Hermano del marqués de este nombre, a quien hemos visto desempeñar tan notable papel en época de la insurrección de los Comuneros, Jorge Tadeo, después de serios estudios, terminados de brillante manera, en el colegio del Rosario de Santa Fe, se había ido a España. Fué incorporado allí en los guardias de corps y se distinguió durante la campaña del Rosellón. No obstante, sus aficiones le inclinaban mucho más hacia la ciencia y la filosofía que hacia la carrera de las armas. De regreso a Santa Fe, en 1801, se hizo discípulo solícito de Mutis, y colaborador, con Caldas, Joaquín Camacho, Diego Martín Tanco[2], José Manuel Restrepo, José Fernández Madrid[3], Eloy de Valen-

1. Nació en Santa Fe el 30 de enero de 1771; fué fusilado durante el terror bogoteño, el 6 de julio de 1816.

2. Originario de Sevilla, desempeñó varios cargos en Palacio y fué enviado por el rey en misión a Cuba, a Méjico, y después, a Nueva Granada. Llegó a Santa Fe en 1782, haciéndose pronto notar por sus opiniones liberales. En el Archivo nacional colombiano se conserva una memoria que D. Diego Martín Tanco dirigió a Madrid en 1793, y en la que, al señalar al rey las reformas que importaba introducir en el régimen fiscal de la colonia, enunciaba, en materia de economía política, ideas avanzadísimas para aquella época. Sin embargo, Tanco permaneció fiel a la Corona. Cuando los acontecimientos de 1810, formaba parte del gobierno vice-real en calidad de administrador de correos. Acompañó a D. Antonio Amar y Borbón cuando éste se marchó, y hasta sufragó con su dinero todos los gastos del viaje. Falleció al llegar a Santa Marta.

Uno de sus hijos, Nicolás Manuel, quien, desde los comienzos había abrazado la causa de la Independencia, y que era también amigo de Caldas y su colaborador en el *Semanario*, fué más tarde uno de los hombres de Estado más notables de Colombia.

3. Nació en Cartagena el 19 de febrero de 1789; falleció en Londres el 28 de junio de 1830. Diputado en el Congreso de Nueva Granada en 1812. Presidente de la República en 1814 y 1816. Refugiado en La Habana después del terror bogotano, publicó en esta ciudad importantes obras científicas. Regresó a Colombia en 1820, fué agente hacendista de su país en Francia, y, después, ministro plenipotenciario en Inglaterra, donde pasó sus últimos años. Madrid es autor de gran número de tragedias estimadas, de poesías célebres, entre ellas una *Oda a la restauración de la Constitución española*, y de varios importantes trabajos filosóficos y políticos. V. Martínez Silva,

zuela[1], y tantos otros, de la revista el *Semanario de Nueva Granada*[2], la cual, de 1801 a 1810, vulgarizó en innumerables artículos las más elevadas nociones de la ciencia contemporánea. Lozano había tomado parte en los últimos trabajos de la *Expedición Botánica*, profundizando el examen de la fauna y de la flora de su país. A pesar de su acendrado patriotismo, no sin disgusto renunció, en 1810, a los dulces y poderosos consuelos del estudio para dedicarse a la política. Los acontecimientos le llevaban a la magistratura suprema : fué esto para él más un desengaño que una recompensa.

Deseaba no obstante encontrar un arreglo entre las ideas de centralización y de federalismo acerca de las cuales seguían disputándose sus compatriotas. Comenzaban a hacerse sentir los peligros exteriores. A raíz de la convocatoria enviada por la Junta insurreccional de Santa Fe a las provincias para un Congreso general, el nuevo gobernador de Popayán, D. Manuel Tacón, se había puesto a la cabeza de una contra-revolución realista que el espíritu sumiso de sus administrados le permitió provocar, organizar y sostener con éxito. Bandas armadas se pusieron a recorrer la región de Pasto y de Patia, aterrorizando a los pueblos, atacando a las milicias republicanas apenas improvisadas, sembrando en sus filas la deserción y el temor o matándolas sin piedad. La Junta de Cali tuvo que movilizar las escasas tropas de que disponía y enviarlas contra el temible Tacón.

Santa Fe creyó deber imitar este ejemplo. Un reducido cuerpo de voluntarios, al mando del capitán Antonio Baraya[3], salió para Popayán en diciembre de 1810. Y, cuando tomó Lozano posesión de sus funciones presiden-

Biografía de José Fernández Madrid. Bogotá, 1 vol. en 12, 1889.

1. Valenzuela y Mantilla de los Ríos (Eloy de), nació en Girón (Nueva Granada) en 1756, falleció hacia 1832. Recibió las órdenes mayores, y profesó la filosofía en Santa Fe. En tal estima tenía Mutis sus capacidades, que le consideraba como habiendo de ser su sucesor. Valenzuela, cuya familia era una de las más antiguas y de las más ilustres de España, tuvo por hermano a Miguel y por primos a Crisanto y José Ignacio, quienes figuran entre los Próceres.

2. Reimpreso en París en 1849 bajo la dirección del general Acosta.

3. Nació en Girón (Nueva Granada) en 1768 ; fusilado durante el terror bogotano, el 20 de julio de 1816.

ciales, se supo que las tropas de Cundinamarca acababan de obtener señalada victoria contra Tacón en la acción de Bajo Palacé (28 de marzo de 1811). Era ésta la primera victoria republicana, pero no prometía ir seguida de otras semejantes. La reacción hacía trágicos progresos en aquella región de Pasto, destinada a convertirse, mientras duraron las guerras de la Independencia, en una verdadera Vendea granadina en que los habitantes, fanatizados por los frailes, incendiaban las aldeas, degollaban a los inofensivos campesinos, y aniquilaban, unas tras otras, las expediciones impotentes para someterlos.

Además, en todo el territorio se introducían la anarquía y la guerra civil. Las tentativas de Cartagena no habían tenido mejor éxito que las de Santa Fe. La Junta enviaba tropas contra Mompox, cuya oposición imposibilitaba la reunión del Congreso proyectado de Medellín. En otros sitios habían llegado hasta pelear ciudad contra ciudad, aldea contra aldea. Pamplona había declarado la guerra a Girón, Tunja a Sogamoso, Honda a Ambalema.

No se desanimaba Lozano. Seguía creyendo posible constituir una federación granadina. Reduciéndola no obstante a una parte del país, hizo publicar un proyecto de Constitución para el estado federal que había de constar de las cuatro provincias de Quito, Popayán, Cartagena y Cundinamarca; abrigaba Lozano la esperanza de que las demás provincias querrían adherirse a esta confederación. Por su lado, preparó Camilo Torres, tomando por modelo la constitución norteamericana, un « Acta federal de las Provincias Unidas de Nueva Granada[1] ». El Congreso, que, aunque de una manera intermitente, seguía actuando en Santa Fe, y en el que se hallaban representadas, en noviembre de 1811, las provincias de Antioquia, de Neiva, de Pamplona, de Tunja, y aun de Cartagena, votó por aclamación, el 27, el acta federal de Camilo Torres. Esta constitución señalaba siquiera un progreso esencial en el curso de las ideas republicanas. No se trataba ya de los « derechos » de Fernando VII, sino únicamente de « los de la patria[2] ».

1. D., III, 620.
2. J. M. Samper, *Derecho público interno de Colombia*. Bogotá, 1886, t. I, cap. I.

A pesar de esto, seguía reinando el desorden en el país. En ningún sitio había organización política, ni dinero, ni ejército; el espíritu público flaqueaba. No sabían las provincias por cuál de los tres organismos políticos pronunciarse, organismos precarios, sin duda, pero menos imperfectamente constituídos que los demás, representados por Cartagena, Cundinamarca y el Congreso.

Este último se hallaba ahora en lucha abierta con el estado de Cundinamarca. Desde hacía algunos meses, una reacción en el sentido de la centralización contra las ideas federales representadas por la asamblea, había tomado cuerpo en Santa Fe, y la votación del acta federal constituía en realidad una declaración de hostilidades contra el gobierno que acababan de instalar en ella los patriotas, con Antonio Nariño por presidente.

El ilustre Prócer, encerrado desde 1809 en las prisiones de la Inquisición en Cartagena, había visto su excarcelación retardada, aun después de la revolución de 1810, por los celos del cabildo, deseoso de molestar a la ciudad rival. Vuelto por fin a Santa Fe, Nariño, convencido por las mismas razones que Miranda, de la necesidad de un gobierno centralista para los jóvenes estados sudamericanos, había comenzado en su periódico *La Bagatela* una ardiente campaña contra el sistema federal.

El deplorable estado en que se hallaba el país, las desastrosas noticias que se recibían de Popayán, suministraron, hacia fines de septiembre de 1811, argumentos decisivos al decano de los patriotas : « Hay amenazas por todas partes, escribía. Los Españoles se mueven para recobrar su colonia. Y nosotros ¿ cómo estamos? Dios lo sabe! cacareando y alborotando el mundo con un solo huevo que hemos puesto. ¿ Qué medidas, qué providencias se toman en el estado de peligro en que se halla la patria? Fuera paños calientes y discursos pueriles; fuera esperanzas quiméricas, hijas de la pereza y de esa confianza estúpida que nos va á envolver de nuevo en las cadenas... La patria no se salva con palabras, ni con alegar la justicia de nuestra causa. ¿ La hemos emprendido, la creemos justa y necesaria? Pues á ello! vencer ó morir, y contestar los argumentos con las bayonetas... Que no se engañen; somos

insurgentes, rebeldes, traidores; y á los traidores, a los insurgentes y rebeldes se les castiga como á tales. Desengáñense los hipócritas que nos rodean : caerán sin misericordia bajo la espada de la venganza, porque nuestros conquistadores no vendrán á disputar con palabras como nosotros, sino que segarán las dos hierbas sin detenerse á examinar y apartar la buena de la mala : morirán todos, y el que sobreviviere, sólo conservará su miserable existencia para llorar al padre, al hermano, al hijo ó al marido[1]. »

Este artículo valió a su autor la presidencia de la república. Mas, no había de tardar el elocuente y noble Nariño en juzgar por sí mismo de las dificultades que ofrecía el proveer útilmente a las exigencias de la situación. Animado por el profundo deseo de restablecer en su patria el orden y la paz, y de encaminarla hacia una prosperidad sin amenazas, apenas si hacía un año que ocupaba Nariño el poder, cuando le obligaron las circunstancias a emprender una guerra fratricida. Con objeto de poner a Pamplona a salvo de un ataque de los realistas que por entonces se habían apoderado nuevamente de las provincias vecinas de Venezuela, el nuevo presidente confió, a principios de 1812, dos reducidas expediciones de voluntarios al coronel Baraya, a quien ex profeso había hecho volver de Popayán, y al joven capitán Antonio Ricaurte[2]. Al mismo tiempo delegó Nariño comisionados a los miembros del Congreso, que de nuevo actuaba en Ibagué, con objeto de establecer alianza con sus representantes.

Pero Baraya y Ricaurte ofrecieron sus servicios a la asamblea, levantaron milicias por cuenta de ésta, y derrotaron las nuevas tropas que Nariño había tenido que enviar contra ellos. Una tregua, firmada el 30 de julio, en Santa Rosa, entre el presidente y los confederados (este es el nombre que habían tomado los partidarios del Congreso), el ofrecimiento mismo de su dimisión, propuesto entonces por Nariño, no apaciguaron, ni los exasperados rencores de los políticos de Santa Fe ni los de los oficiales sin escrúpalos que, so pretexto de defender la

1. *La Bagatela*, nº del 19 de septiembre, en Posada, *El Precursor*, *op. cit.*, XXII.
2. V. *infra*, cap. II, § I y cap. III, § 3.

legitimidad de las decisiones de la asamblea, trataban de satisfacer indecorosas ambiciones.

Entretanto, el Congreso había sido trasladado a Leiva, y en esta ciudad se hallaban los diputados de Antioquia, Casanare, Pamplona, Popayán, Tunja. Por instigación de Nariño, que abrigaba aún la esperanza de acabar con las disidencias por medio de una demostración de generosidad, Cundinamarca designó a su vez representantes. El 8 de octubre, la asamblea, al reanudar sus sesiones, confirió al más distinguido de sus miembros, Camilo Torres, diputado de Pamplona, el título de presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada.

Inflexible en sus convicciones federalistas, no se opuso Torres a que el Congreso, bajo forma por cierto ultrajante, intimara al gobierno de Cundinamarca que sin demora adhiriera a la unión federal. La asamblea de las notabilidades, reunida entonces en Santa Fe, protestó indignada contra « la inadmisible injuria » del Congreso. No pudo substraerse Nariño a ser el ejecutor de las voluntades generales. Hasta tuvo que renunciar a la esperanza de dimitir, pues el pueblo, amotinado bajo las ventanas del palacio presidencial, exigía que su primer magistrado se pusiera en persona a la cabeza de las tropas.

El ejército de Santa Fe, que contaba 1 500 hombres, se encaminó hacia Tunja, en donde se habían refugiado los congresistas; pero Baraya, salido a su encuentro con fuerzas superiores, lo derrotó en Paloblanco (en el Socorro), y en Ventaquemada, cerca de Boyacá. Batió Nariño en retirada, y, algunos días más tarde, el 5 de enero de 1813, Baraya, a la cabeza de 4 000 combatientes, ocupó los altos que dominan la capital de Cundinamarca.

Los escasos recursos de que disponía Santa Fe no le permitían sostener un sitio. Angustiado por el giro que tomaban los acontecimientos, propuso Nariño, repetidas veces, capitular, siempre que fueran respetados personas y bienes. Pero el deseo de humillar a la antigua capital del reino determinó a Baraya a rechazar aquellos ofrecimientos : exigió que se entregaran a discreción. No le costó trabajo a Nariño mover a sus conciudadanos a que compartieran el resentimiento que tal respuesta le inspi-

raba. Acudieron a las armas, y, el 9 de enero, los soldados de Nariño, en número de 2 000, atacaron a las tropas del Congreso a la salida de los arrabales, infligiéndoles una derrota tan sangrienta como definitiva.

La paz que en seguida quedó firmada entre la asamblea de Tunja y el estado de Cundinamarca no determinó sin embargo avenencia entre las provincias. Quedaban siendo enemigas sin combatir, obstinadamente ocupadas en su organización o preocupadas por sus disensiones intestinas [1], ciegas ante los peligros que las amenazaban ahora en todas las fronteras del país. Toribio Montes avanzaba en el sur, y sólo cuatrocientos o quinientos hombres había en Popayán para oponerse a una invasión cuyos resultados anunciaban incalculables catástrofes. Hacia el norte, los Españoles ocupaban los valles de Cúcuta, a ocho jornadas de Santa Fe. En fin, Cartagena estaba bloqueada por las tropas de Santa Marta, que, a semejanza de Coro en Venezuela, se había convertido en foco cada vez más activo de la contra-revolución.

La política seguida, durante los últimos meses, por la Junta de Cartagena, había contribuído poderosamente a las disensiones y a los desórdenes que afligían al conjunto de Nueva Granada. A las intrigas de los diputados de Cartagena en los congresos debíanse las resistencias y los manejos agresivos contra Santa Fe. Un viento de vértigo soplaba sobre la ciudad, olvidadiza, en aquel momento, de sus tradiciones heroicas : sus habitantes, divididos en partidos hostiles, se desgarraban unos a otros a placer, y sólo en un punto se entendían : en un sentimiento de estéril envidia contra la capital a cuya autoridad les había, en otro tiempo, sometido el régimen colonial.

Ciudad al mismo tiempo esencialmente mercante, y, por consiguiente, animada del egoísmo político [2], Cartagena, después de haber saludado el advenimiento de la Revolución, y aun proclamado, en un arranque de orgulloso entusiasmo, su independencia absoluta de todas las naciones del mundo (11 de noviembre de 1811), se había

1. Cf. LALLEMENT, *Histoire de la Colombie*, *op. cit.*, cap. III.
2. *Id.*, p. 104.

dejado seducir por la idea de una transacción fructuosa con la metrópoli. Una fragata inglesa llegada de Jamaica traía la proposición y el consejo de negociar con el nuevo virrey Don José Domingo Pérez, a quien las Cortes acababan de enviar a Nueva Granada. El joven presidente de la república de Cartagena, Manuel Rodríguez Torices [1], inteligente, activo y resuelto, pero sin experiencia, hizo que salieran dos comisionados para Panamá, en donde se hallaba Pérez.

Apenas llegados, fueron éstos maltratados, arrestados y metidos en un calabozo. Allí estuvieron dos meses, y nunca, probablemente, habrían salido de él sin las violentas protestas del comandante del navío inglés, quien les había conducido y tomado bajo su protección. La imprudente conducta de las autoridades españolas exasperó la población de Cartagena, abrió los ojos al presidente Torices y le hizo adoptar enérgicas medidas de defensa. Eran éstas más que oportunas. El gobernador de Cuba acababa de enviar a Santa Marta un destacamento de milicianos y tres buques de guerra. La provincia daba asilo a todos los Españoles emigrados de Nueva Granada. Los éxitos de Monteverde en Venezuela aseguraban toda la Costa Firme a los realistas. Una expedición enviada por Torices al puerto fluvial de Tenerife, situado a orilla del Magdalena, en el centro de las líneas enemigas, había sido destruída a principios de 1812. Alentados por esta victoria, los Españoles atravesaron el río y se esparcieron por los valles del sudoeste de Cartagena, aislando así la ciudad de toda comunicación con el interior del país.

Corría septiembre de 1812. Por entonces, muchos patriotas que se habían substraído al furor de Monteverde comenzaron a llegar a Cartagena. El capitán Pierre Labatut, quien, como recordará el lector, se escapó de La Guayra el 31 de julio precedente, en compañía de Gual y de Yanes, propuso al gobierno de Cartagena tomar el mando de las milicias de la ciudad. Torices se lo confió. Organizó Labatut en pocos días una flotilla de queches cañoneros,

1. Nació en Cartagena en 1788; fusilado en Santa Fe durante el terror, el 5 de octubre de 1816.

salió al encuentro de los Españoles escalonados a lo largo del río, los derrotó, haciéndoles abandonar sus posiciones, y al cabo de tres semanas se hizo dueño de la navegación del bajo Magdalena (noviembre de 1812).

A pesar de este inesperado éxito, la situación de Cartagena, amenazada de continuo en sus dos flancos por Panamá y Santa Marta, seguía siendo crítica; las esperanzas republicanas de Nueva Granada parecían comprometidas para siempre. Bolívar, que desde este momento ha de desempeñar el papel principal en el teatro de la guerra de América, modificará radicalmente, por un golpe de genial audacia, la faz de los acontecimientos, libertará por algún tiempo a Nueva Granada, e inaugurará la serie de hazañas cuyo objeto y cuyo término será la Independencia del Nuevo Mundo.

IV

Refugiado en casa del marqués de Casa León, Bolívar, durante los días que siguieron a la entrada de Monteverde en Caracas, había asistido, desesperado, a las sangrientas represalias de sus enemigos. Los Españoles, los isleños y los partidarios de la causa real, designados entonces con el nombre de *godos*, se adhirieron al vencedor de Miranda tan pronto como hubo tomado posesión de las funciones de gobernador interino de la provincia, y le persuadieron a que tomara sonada venganza de cuantos se habían comprometido en la rebelión. Monteverde, espíritu débil, y, además, suspicaz y cruel por naturaleza, se dejó convencer.

Solemnemente, y dos veces, por medio de proclamas fechadas en 3 y 5 de agosto de 1812, había prometido no usar de violencia para con los patriotas; pero el temor de que de nuevo se sublevara el pueblo contra su autoridad le hizo adoptar las medidas que su camarilla le indicaba como indispensables para la seguridad y la existencia misma del régimen restaurado. Un comité secreto, formado por los godos más exaltados, recibió encargo de formar a diario listas de sospechosos. En nada las modificaba Monteverde, y siniestros esbirros, los *prendedores*, hasta añadían a

ellas, a su antojo, los nombres de los criollos, inocentes o culpables, que se negaban a pagar los rescates exigidos por sus perseguidores.

El 15 de agosto, los comandantes militares de las ciudades de provincia recibieron orden de arrestar a los individuos sospechosos de liberalismo y de encaminarlos hacia la capítal. A poco, las prisiones rebosaron de desgraciados a quienes ejecutaban sin distinción de edad ni de sexo. Como no daban abasto los verdugos, fueron substituídos por la tropa. Comenzaron fusilamientos a granel : « Algunos pardos despreciables, escribe un testigo de estos acontecimientos, el regente Heredia, que hacían figura entre la facción, merecieron la confianza de ser prendedores, y abusaron de ella en los términos mas vergonzosos para los buenos Españoles, que veíamos ejecutar tantos horrores en nombre de la nación más generosa y del rey más justo del universo [1] ».

En esto, uno de aquellos Españoles, Don Francisco de Iturbe, a quien tenía en alta estima Monteverde por la dignidad de su carácter, interpuso su influencia ante el gobernador con objeto de obtener un salvoconducto a favor de Bolívar, con quien le unía antigua y profunda amistad. Monteverde atendió gustoso a este deseo. El papel desempeñado por Bolívar cuando el arresto de Miranda le creaba títulos a un agradecimiento del que tenía a empeño parecer tanto más penetrado el jefe español, cuanto que le parecía de buena política tratándose del criollo más influente y más resuelto de Caracas. Mucho deseaba el gobernador contar con la valiosa cooperación de Bolívar; pero, como se había declarado dispuesto a concederle una muestra de benevolencia, no quiso desdecirse al saber que el joven oficial deseaba marcharse del país.

Le envió, pues, orden de presentarse en palacio, y a éste acudió Bolívar, el 26 de agosto, acompañado de Iturbe : « Aquí está el comandante de Puerto Cabello, Don Simón de Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía, dijo noblemente Iturbe designándolo a Monteverde; si a él toca

1. J. F. Heredia, *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela*, *op. cit.*, Primera época, pp. 59-62.

alguna pena, yo la sufro : mi vida está por la suya. » — « Está bien, señor mío, contestó el gobernador. Se concede pasaporte al señor en recompensa del servicio que ha hecho al rey con la prisión de Miranda. » Bolívar, que hasta entonces había guardado silencio, replicó en seguida con viveza que « había preso á Miranda para castigar a un traidor á su patria, no para servir al rey ».

Tal respuesta estuvo a punto de comprometerlo todo. Iracundo, ya detenía Monteverde la mano del secretario Bernardo Muro, quien, en aquel momento, tendía el pasaporte ya listo.... — « Vamos, no haga V. caso de este calavera. Dele V. el pasaporte y que se vaya.... » — « Sea, concluyó secamente el gobernador, no he de tener más que una palabra[1] ».

De haberse mostrado menos caballeresco el jefe español, lo muy probable es que Bolívar conociera, aquel día, el precio de las valerosas pero imprudentes palabras[2] que, no obstante, le correspondía a él pronunciar. Por cierto que comprendió Monteverde a qué reproches se exponía al

1. Según relato de D. Francisco de Iturbe mismo al historiador Larrazábal, *op. cit.*, t. I, cap. VII, p. 137, confirmado por el del coronel Wilson, ayudante del Libertador, en una carta a O'Leary, *Memorias*, t. I, cap. IV, nota pp. 80-81. Además, Bolívar mismo recordó este episodio, tal como acabamos de citarlo, en una carta al presidente del Congreso general de Trujillo, el 23 de agosto de 1821. Tuvo entonces ocasión de pagar a D. Francisco Iturbe, a quien querían despojar de sus bienes por haber permanecido fiel a la causa española, su deuda de agradecimiento : « Si los bienes de D. Francisco Iturbe se han de confiscar, dice Bolívar, yo ofrezco los míos como él ofreció su vida por la mía ; y si el Congreso soberano quierse hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben ; soy yo el agraciado. » Carta al Presidente del Congreso de Trujillo, 26 de agosto de 1821 **D.**, IV, pp. 42-43.

2. Merecia, en efecto, reflexión la suerte de sus compañeros Roscio, Madariaga, Ayala, del Castillo, Iznardi, Manuel Ruiz, Mires y Barona. Días antes, estos patriotas habían sido enviados a España, con grillos en los pies, por Monteverde. El comandante del buque encargado de conducirlos a Cádiz era portador de una carta para la Regencia en la que Monteverde se expresaba en estos términos : « Presento a V. M. esos ocho monstruos, orígen y raiz primitiva de todos los males de América. Que se confundan delante del trono de V. M. y que reciban el castigo que merecen sus crímenes. » Caracas, 14 de agosto de 1812. **D.**, III, 679.

Roscio, Madariaga, Ayala, Mires y Barona se escaparon más tarde de los presidios de Ceuta, y volvieron a su país para combatir por la causa republicana.

dejar escapar a su temible enemigo, y juzgó necesario justificarse ante la autoridad suprema : « No podía yo olvidar, decía él aquella misma noche, en despacho dirigido a Madrid, al secretario de Estado, los servicios que debemos a Casas, así como a Peña y Bolívar : por eso han sido respetadas sus personas. Sólo al último he concedido pasaportes para el extranjero, pues su influencia y sus relaciones podían ser peligrosas en las circunstancias presentes[1]. »

Al día siguiente, se embarcó Bolívar en La Guayra en compañía de su primo José Félix Rivas, en la goleta española *Jesús María José*, que salía para Curazao[2]. Llegado a Santa Ana el 2 de septiembre, pasó en este punto días de preocupaciones y de estrechez. No estaban en regla los papeles de la goleta. Las autoridades de Curazao mandaron embargar los bagajes de Bolívar, en los que había unos diez mil dólares de valores. Esta suma constituía por entonces toda su fortuna. Se eternizaban los trámites del proceso que entabló para recuperar sus bienes, de tal suerte que el brillante criollo cuyas prodigalidades admiraban, años antes, a los contertulios del Palais-Royal, no tardó en disponer apenas con qué no morirse de hambre. Por otra parte, sus fincas de Caracas y de Aragua iban a ser confiscadas por el gobierno de Monteverde. Asomaban la ruina completa y la miseria.

Mas no por esto se descorazonaba el futuro Libertador. En carta dirigida a Iturbe en aquellos días, le dice : « ... Como el hombre de bien y de valor debe ser indiferente á los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie sino mi conciencia. Esta se encuentra tranquila y así no la inquieta cosa alguna[3] ». Bolívar había tomado ya una decisión :

1. Informe citado, del 23 de agosto de 1812, *Archivo General de Indias*. Estante 133. Cajón 3. Legajo 1.

2. Al mismo tiempo tomaron pasaje en la goleta los franceses Chatillon, Chassaing y Janot. Informe del comandante de La Guayra a Monteverde, con fecha de 28 de agosto de 1811, citado por Larrazábal, *op. cit.*, t. I, p. 138.

3. Carta a D. Francisco de Iturbe. Curazao, 19 de septiembre de 1812. O'Leary, *Memorias*, t. XXIX, p. 15.

más que nunca entendía « consagrarse a la libertad de los pueblos », como decía él en otro tiempo a su maestro Rodríguez, no creyendo ya que para ello fuera necesario « ser rico ».

Y es que se había efectuado en él un cambio profundo. La desgracia, la guerra, las catástrofes, y, también, los terribles acontecimientos en que tan íntimamente había estado mezclado el discípulo de Miranda, habían templado su voluntad, afirmado su juicio. Discernía hoy con admirable clarividencia las causas de los fracasos de la obra emprendida por los primeros campeones de la libertad americana. Desentrañaba las cualidades y los defectos de aquellos hombres, las particularidades de las masas a quienes se trataba de arrastrar. Por una especie de visión anterior que, desde este momento, será una de las características de su genio múltiple, percibía Bolívar, salvando el tiempo, los acontecimientos, las derrotas, las victorias, el resultado que era preciso alcanzar y que él alcanzaría. Pues no dudaba de que a él le estuviera reservada la obra suprema.

A principios de noviembre, abandonando toda preocupación de intereses, impaciente por comenzar esa obra, realiza algunas joyas que le quedan, y con Rivas, Pedro Briceño Méndez[1] y algunos otros venezolanos, se embarca en un bergantín que se dispone a salir para Cartagena, en donde tremola aún la bandera de la Independencia. Es recibido por el presidente Torices, quien, en el acto, le confirma su grado de coronel y manda al jefe supremo Labatut que utilice sus servicios. Bolívar es designado, el 1° de diciembre, para ocupar el puesto avanzado de Barranca[2], a orilla del Magdalena, y encarga a sus compatriotas Salazar y Vicente Tejera que publiquen una memoria preparada por él durante sus largas horas de miseria y de destierro en Curazao. El documento, salido de las prensas

1. Nació en Caracas en 1794. Primer ayudante de Bolívar hizo con él las campañas de 1813 y 1814, y, después, la de Nueva Granada en 1819. Negoció el armisticio firmado en Trujillo el 25 de noviembre de 1820 por el Libertador y el general Morillo. Briceño fué luego diputado en el Congreso de Cúcuta en 1821, en la Convención de Ocaña en 1828. Murió en Caracas en 1836.

2. Hoy, Calamar.

del « ciudadano Domingo Espinosa ». es publicado quince días más tarde con el título de : *Manifiesto del coronel venezolano Simón Bolívar a los habitantes de Nueva Granada*[1].

Es, para el espíritu, una verdadera satisfacción la de oir, en aquella época de tanteos. de imprecisión y de desórdenes. una voz clara, elocuente y sonora hablar por fin el lenguaje de la verdad y de la razón.

« El más consecuente error que cometió Venezuela, al presentarse en el teatro político, dice Bolívar, fué sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante,.. Los códigos que consultaban nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política. presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados... »

« La oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas, y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruidas, á defender la libertad, con suceso y gloria » fué la segunda causa de nuestros males, prosigue Bolívar. « Por el contrario : se establecieron innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, que además de agotar las cajas del erario nacional, con los sueldos de las planas mayores, destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus lugares... Las repúblicas, decían nuestros estadistas, no han menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo... Con estos impolíticos e inexactos raciocinios fascinaban a los simples... La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales; y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales dió un golpe mortal a la República, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda...

1. D., IV, 724.

« Pero lo que debilitó más el gobierno de Venezuela, fué la forma federal que adoptó... El sistema federal bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados... El terremoto del 26 de marzo trastornó, ciertamente, tanto lo físico como lo moral, y puede llamarse propiamente, la causa inmediata de la ruina de Venezuela; mas este mismo suceso habría tenido lugar sin producir tan mortales efectos, si Caracas se hubiera gobernado entonces por una sola autoridad, que obrando con rapidez y vigor, hubiese puesto remedio a daños, sin trabas ni competencias que retardando el efecto de las providencias, dejaban tomar al mal un incremento tan grande que lo hizo incurable... La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas : y en la introducción de los enemigos en el país : abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil... porque la impunidad de los delitos era absoluta. »

« Estos ejemplos de errores e infortunios, agrega el autor del manifiesto, no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América meridional, que aspiran a la libertad e independencia. »

Los medios de remediar tal situación se deducen por sí mismos de lo que acaba de exponer Bolívar : « Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones ínterin no se restablece la felicidad y la paz... Solo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña... » En cuanto a las doctrinas políticas que han prevalecido hasta hoy, son incompatibles con nuestra mentalidad actual. « Nuestros conciudadanos no se hallan todavía en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente

sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano... »

« La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente debe evitar los escollos que han destrozado a aquella. A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente. costoso y quizás impracticable : pero examinado atentamente con ojos previsivos, y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerla en ejecución, probada la utilidad... Lo primero que se presenta en apoyo de esta operación, es el origen de la destrucción de Caracas, que no fué otro que el desprecio con que miró aquella ciudad la existencia de un enemigo que parecía pequeño. y no lo era considerándolo en su verdadera luz. »

« Coro ciertamente no habría podido nunca entrar en competencia con Caracas, si la comparamos, en sus fuerzas intrínsecas, con ésta; mas como en el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política, no debió el gobierno de Venezuela, por esta razón, haber descuidado la extirpación de un enemigo, que aunque aparentemente débil, tenía por auxiliares a la provincia de Maracaibo; a todas las que obedecen a la Regencia; el oro, y la cooperación de nuestros eternos contrarios los europeos que viven con nosotros; el partido clerical siempre adicto a su apoyo y compañero del despotismo; y sobretodo la *opinión inveterada* de cuantos ignorantes y supersticiosos contienen los límites de nuestros Estados... Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granada, y formando una proporción, hallaremos que Coro es a Caracas, como Caracas es a la América entera... »

Esta manera de sentar el problema era todo lo lógica que podía ser, y no podía parecer dudoso, según demostraba luego compendiosamente Bolívar, que « poseyendo la España el territorio de Venezuela. podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra para que bajo la dirección de jefes experimentados, penetren desde

las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional. »

El autor de la memoria preveía, además, las expediciones que la Península, una vez libre de la invasión extranjera, iba sin duda a dirigir contra el Nuevo Mundo. Es preciso, concluía él, frustrar sus planes. Es preciso « pacificar rápidamente nuestras provincias sublevadas para llevar después nuestras armas contra las enemigas; y formar de este modo, soldados y oficiales dignos de llamarse las columnas de la patria... El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente escarmentar á esos osados invasores, persiguiéndolos hasta sus últimos atrincheramientos. Como su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela a libertar la cuna de la independencia colombiana... Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros : no burléis su confianza; no seáis insensibles á los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos! »

Estas observaciones y estos comentarios, y, sobre todo, el plan general de operaciones que de ellos induce el futuro Libertador, son de una exactitud y de una precisión nunca bastante alabadas. Desde el primer golpe de vista juzgó Bolívar el teatro y a los actores del drama del cual se instituye él protagonista. Nos indica por adelantado el esquema del programa que ejecutará en su totalidad, venciendo los más arduos obstáculos con que haya tropezado un ser humano en su camino y sobreponiéndose a ellos sin asomo de desfallecimiento. Pacificar, como dice él, los estados contaminados por la anarquía y la inexperiencia política, utilizar las fuerzas que de ellos entresaca para romper las cadenas de las regiones caídas bajo el yugo del antiguo régimen, concentrar luego las energías despertadas de las provincias sucesivamente dotadas de la libertad, y lanzarse entonces a conquistas cada vez más vastas a medida que aumenta la intensidad de los recursos libertadores; comenzar y volver a empezar cien veces esta obra con la sublime perseverancia de enviado; dar en fin la libertad a la mitad

de un mundo : tal es el proyecto sobrehumano que ha de llevar a cabo Bolívar, y cuyas líneas definitivas prevé ya el manifiesto de Cartagena.

Además, en aquel momento, tiene Bolívar plena conciencia de las dificultades que le esperan. Sabe que no había de contar sólo con la oposición, incomparablemente superior como número, de los ejércitos enemigos, sino con la resistencia, cien veces más temible, que le reservan la naturaleza y el hombre de América. Una y otro aparecen igualmente movedizos, igualmente hostiles. Los climas traidores, la agresiva exuberancia de una flora tumultuosa, la vigilancia solapada de una fauna cruel, responden a la incertidumbre de los caracteres, a la exaltación generosa pero invasora de las pasiones, a la maldad de los egoísmos.

Arrancar a sus campos, a sus hogares la masa indispensable de los campesinos, de los trabajadores, cuyas aspiraciones liberales, entumecidas y perezosas, repugnaban a la acción personal; domar, sosegar a los voluntarios indisciplinados y turbulentos, arrastrar a todo un pueblo en pos de sí, no era nada en comparación de lo que quedaba por hacer. ¡Qué de energía, de persuasión, de constancia no sería menester para exponer a aquellas gentes, sin defecciones ni reniegos de su parte, a la temperatura tórrida y fiebrosa de las regiones marítimas y de los valles bajos, mortífera para los hombres de las altas mesetas o de los llanos, a las lluvias heladas de la montaña, fatales al contrario a los habitantes de las costas!

Y, una vez en el interior del país, se presentarían selvas vírgenes, caminos malísimos, senderos apenas, dibujados en las pendientes de las montañas, bordeados de precipicios entrecortados de barrancos terribles en donde se sumen personas y animales, de riachuelos desbordados : « Caminos, escribe un explorador[1], incomprensibles para quien no los ha recorrido, en que hay que abrirse paso con la brújula y con el machete : continuas escaladas, aludes sobre pendientes casi a pique, cubiertas de podredumbre y de plantas. » La marcha por entre todo aquello es más bien « una gimnasia incesante en la que trabajan más las manos

1. D'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, *op. cit.*

que las piernas[1]. » A cada instante corre uno riesgo de tropezar con serpientes de toda clase, con cientopiés, con el *caracol soldado*, de picadura mortal, con las tarántulas, con las *arañas bravas*, inmensas arañas moradas y achatadas cuya mordedura puede matar a un caballo ; en fin, con nubes de langostas y de mosquitos. Por la noche, todo esto es agravado por los vampiros, por murciélagos comunes a las regiones de orillas del mar, por innumerables y feroces insectos atraídos por los fuegos encendidos para ahuyentar a los tigres...

Fuera de las ciudades o de los centros de habitaciones diseminados las más veces a enormes distancias, aquellos obstáculos, aquellos peligros eran, en suma, los mismos que habían surgido bajo los intrépidos pasos de los aventureros de la Conquista. En la época semejante que va a ser menester revivir, son necesarias almas de Conquistadores. Emprende Bolívar la increíble tarea de formarlos. Dimanan de él tanta audacia y tanto entusiasmo, que su pueblo, electrizado, se alzará hasta la más frenética expresión del valor. Pero — y aquí es donde aparece el prodigioso genio político del Libertador — al mismo tiempo que resucita y que exalta los instintos belicosos de la raza, pone empeño en recordarle de continuo el ideal por el cual la lleva al combate. Posee la elocuencia arrebatadora que el corazón del pueblo, si no su espíritu, admira y comprende sin estudio. Expresa los magníficos pensamientos que vibran conscientemente en todas las almas y que encarna él en su persona. Sabe inspirar a sus soldados el heroísmo, la abnegación sin límites ; se convierte en ídolo de todos.

Las lecciones pacientemente repetidas a que dan lugar las circunstancias, se imprimen en rasgos fecundos en sus más íntimos, quienes, a su vez, las vulgarizan. Al lado del instinto guerrero aparece el instinto militar. La influencia moralizadora de una lucha, inspirada por el más noble de los sentimientos, aviva a las masas, penetrándolas poco a poco. Adquieren la noción profunda del verdadero patriotismo, y se familiarizan con sus virtudes.

Cierto que sólo parcialmente había de alcanzarse este

1. D'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, *op. cit.*

resultado, a costa de esfuerzos, de sacrificios, repetidos en el transcurso de numerosísimas campañas y de años señalados por días funestos. Cierto también que la ancestral vocación de las aventuras y de la guerra, desencadenada universalmente, embriagada por el juego de la pelea, único alimento que le daban, exageró el fin que se proponía el Libertador. La crueldad, la ambición, el espíritu de disidencia, inevitable contrapeso de las cualidades nativas de los Sudamericanos, se dieron libre carrera y prepararon el camino a las luchas intestinas, a las sediciones, a los *pronunciamientos* cuya consecuencia final había de ser la ruina de los proyectos orgánicos de Bolívar. Sin duda, en fin, la educación cívica del pueblo sólo un grado incierto y precario había alcanzado al terminar el período de la Independencia. Sin embargo, ya en aquel momento queda terminada, y definitiva, la obra libertadora, y hasta se hallará muy cerca de verse realizado el concepto titanesco del Libertador, quien, en el arrebato de su triunfo, soñaba con hacer del antiguo continente español todo entero un estado colosal, imperecedero, omnipotente y fraternal.

No obstante, al mismo tiempo que tan radiantes y lejanas perspectivas, la hora presente ofrece un contraste capaz de desanimar al más confiado y al mejor dotado de los héroes. Los Próceres, diezmados, debilitan en todas partes, en competiciones mezquinas, sus vacilantes aspiraciones. Muchos criollos, heridos en sus intereses por la Revolución, han abandonado la lucha. Profundamente influenciado por el clero, quien, en las palabras de Patria, de Libertad, de Independencia, ve otros tantos sinónimos de las más culpables herejías, el pueblo se muestra, en su conjunto, hostil, o, cuando menos, inerte. En todas partes campean la barbarie, la ignorancia, la anarquía. Parecen resultar imposibles los reclutamientos. Solo algunos mestizos de la hez del pueblo, campesinos arruinados o indios medio salvajes se dejan alistar voluntariamente bajo las desacreditadas banderas de la Revolución : tropas sin orden y casi sin armas, descalzas, sin más ropa que un pantalón remendado y un cuadrado de mísera manta, con un agujero en medio por donde asoma la cabeza, cubierta por ancho sombrero cuyos bordes se deshilachan. Tales son los

humildes soldados a cuyo mando no desdeña de ponerse Bolívar.

Pues esta es la más extraordinaria, y quizá la más impresionante manifestación del genio del Libertador : la de haberse sometido a estos comienzos ingratos, tormentosos, y, no obstante, indispensables de jefe de partidas. Patricio refinado, acostumbrado a todas las delicadezas del bienestar y del lujo, inclinado por instinto a las grandes y altisonantes acciones, se entrega cuerpo y alma a la espantosa existencia del guerrillero. Marchas y cabalgatas interminables, alertas continuas; palpitantes emboscadas; combates sin cuartel ; suplicios deshonrosos — de una y de otra parte, por cierto, — a los cuales ha de incitar el jefe, aunque quizá los repruebe él personalmente ; desbandadas despavoridas que parece que van a comprometerlo todo, alternando, en el rojizo polvo de las tardes de victoria, con las brutales aclamaciones de las muchedumbres delirantes. Existencia de salvajismos obscuros y despiadados, que sólo con el afán de templar más en ellos su fiera voluntad, y de realizar su ensueño, acepta y glorifica el grande hombre, sostenido por la inquebrantable persuasión de sus inmensos destinos.

V

Apenas instalado en Barranca, adonde llegó hacia la segunda semana de diciembre, pensó Bolívar en los medios de tomar inmediatamente la ofensiva. La región del bajo Magdalena, cuyo centro, aproximadamente, era ocupado por el puesto de Barranca, se hallaba en poder de los Españoles : los destacamentos escalonados por ellos a lo largo del río imposibilitaban toda comunicación con el interior de Nueva Granada. Sin embargo, estimaba Bolívar que un atrevido y rápido ataque le permitiría desalojar al enemigo : se puso pues a prepararlo. Pero Labatut se negaba a toda discusión. Había prescrito a su nuevo lugarteniente que esperara órdenes en Barranca, y acababa de salir en expedición para Santa Marta. Resolvió entonces Bolívar entenderse directamente con el presidente

Torices[1], obtuvo su sufragio, y, el 21 de diciembre, se hallaba ya listo para acometer la aventura que, no obstante, sólo él creía realizable.

Al día siguiente, al anochecer, los 200 hombres a quienes Bolívar ha reunido, equipado y decidido a seguirle, se embarcan sobre unos diez *champanes*, largas balsas planas con techo de carrizo, halados por los robustos barqueros del país, los *bogas*, quienes, en pie y puestos de cada lado de la balsa, la empujan, incansablemente, bajo ellos, por medio de varales apoyados reciamente contra sus pechos... El 23 de diciembre, los republicanos se hallan a corta distancia de Tenerife, primer puesto enemigo, cuya guarnición se compone de 500 hombres. Envía Bolívar a uno de sus oficiales al comandante español para intimarle que se rinda. Apenas se recibe la respuesta negativa, cuando aparecen los champanes ante Tenerife. Saltan a tierra los republicanos, fusilan a los soldados sorprendidos; los supervivientes huyen en desorden, abandonando la plaza a un enemigo que creen superior en número. La toma de Tenerife, ciudad entonces próspera y rica, en donde se hallaba un pequeño arsenal muy bien provisto, permitió a Bolívar completar su armamento. Se alistaron algunos reclutas, reforzó su flotilla, y, aquella misma noche, salía para Mompox.

Comienza entonces una serie de fulgurantes éxitos. Mompox, en donde desembarca la expedición el 26 de diciembre, acoge con júbilo a los libertadores. Preséntanse unos veinte jóvenes pertenecientes a las familias más distinguidas, y cerca de trescientos voluntarios. Quince barcos armados en guerra preceden ahora a los champanes cargados de armas y de municiones. Bolívar se halla a la cabeza de 500 hombres. Dos días más tarde, llega a El Banco, de donde el jefe español, Capdevila, al tener noticia de su llegada, ha huído a tierras adentro, hacia Chiriguaná. Bolívar le persigue, le da alcance el 1º de enero de 1813, le derrota, y arrecia contra el capitán Capmani, que manda la plaza vecina de Tamalameque : nueva victoria. El 6 de enero, los republicanos ocupan, sin resistencia, el pueblo de Puerto Real, y, dos días después, penetran en fin en la

1. O'Leary, *Memorias*, t. I, cap. v, p. 101.

importante ciudad de Ocaña, que los recibe con entusiastas vítores. En quince días, es decir, en menos tiempo del que hubiera empleado un correo para ir de Cartagena a Ocaña, Bolívar había destruído o dispersado a su paso diez veces más enemigos que combatientes tenía, y libertado a toda una provincia.

Fortalecido por esta brillante campaña, el gobierno de Cartagena veía, además, volver a él la prosperidad. El general Labatut había conseguido hacerse dueño de la ciudad de Santa Marta. Habiéndose ésta, sin gran entusiasmo por cierto, declarado por la Independencia, Toríces hizo en seguida proclamar por el cabildo, al que dió a Labatut por presidente, la constitución de Cartagena. Por otra parte, Torices había enviado pases a los numerosos corsarios del golfo de las Antillas, quienes causaron a los convoyes españoles daños considerables que resultaron muy fructuosos para Cartagena. Sin embargo, los errores que no tardó en cometer aquel gobierno imprevisor le preparaban funestas vicisitudes. Cuando sólo la persuasión y la dulzura habrían sido capaces de hacer populares en Santa Marta las instituciones impuestas por el presidente Torices, Labatut se mostró dictador brutal y codicioso. Hizo arrestar y maltratar a los principales habitantes de la ciudad, criollos en su mayoría y solos partidarios sinceros de la causa liberal, que se habían permitido pedir un régimen menos opresivo. Les obligó a cederle, contra los asignados que Cartagena había introducido en Santa Marta, terrenos, mercancías, valores de todo género, pretextando que los necesitaba su gobierno.

Esta política motivó los más graves descontentos. Los Españoles, que ocupaban aún las tres cuartas partes de la provincia, sostuvieron con esmero la oposición que el cabildo y los habitantes de Santa Marta hacían a su gobernador; de tal suerte que, menos de tres meses después de su regreso a la independencia, Santa Marta levantaba de nuevo la autoridad de la metrópoli (marzo de 1813).

La actividad, que de este modo desplegaban los Españoles no se limitaba a las provincias de la costa, en las que, después de todo, no habían cesado de conservar la preeminencia. Monteverde, que había conseguido asegurar

su autoridad sobre casi todo Venezuela, meditaba también, según las justas previsiones de Bolívar, invadir a Nueva Granada. Desde fines de 1812, cerca de cinco mil hombres de excelentes tropas se hallaban repartidos en la región de Barinas y los valles de Cúcuta, amenazando de muy cerca las fronteras de las provincias granadinas del Socorro y de Pamplona. El antiguo capitán de fragata, Don Antonio Tízcar, a quien Monteverde se había comprometido en hacer nombrar, en caso de éxito, virrey de Nueva Granada, dirigía, desde su cuartel general de Barinas, los movimientos del ejército. El coronel D. Ramón Correa mandaba un considerable destacamento de más de 1 000 hombres, el cual, en los primeros días de enero de 1813, se acantonó en Rosario de Cúcuta.

Para oponerse a la inminente invasión de aquel temible conjunto de fuerzas armadas y ejercitadas con toda la perfección posible, los confederados disponían sólo de las débiles guarniciones de Tunja y Pamplona, las cuales contenían : una, algo más de 500 hombres; la otra, 300 apenas. El contingente de las tropas de Cundinamarca, que Nariño, amenazado, como recordará el lector, por el lado de Pasto, había de guardar en reserva, ascendía a menos de 1 500 soldados.

Fácil es comprender ahora el júbilo que demostró el coronel Manuel del Castillo[1], comandante de la plaza de Pamplona, al saber la llegada de Bolívar a Ocaña. Sin pérdida de tiempo le hizo llegar un mensaje pidiéndole que acudiera en socorro suyo. Con tanta más satisfacción acogió Bolívar este proyecto cuanto que veía en él un medio de consolidar la alianza, tan necesaria a sus ojos, de las varias provincias granadinas. No dejó pues de solicitar oficialmente, del presidente Torices, del que aparentaba ser delegado militar, autorización para que las tropas de Cartagena cooperasen a la defensa del territorio de la Confederación. Avisó al mismo tiempo al presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada, y en seguida se puso a preparar la nueva campaña.

1. Castillo Rada (Manuel del), nació en Cartagena, donde fué fusilado por orden del general Morillo, el 24 de febrero de 1816.

A la cabeza de 500 hombres provistos de buenas armas y de municiones en abundancia, salió Bolívar de Ocaña, el 9 de febrero, una hora después de haber recibido la contestación que esperaba del gobierno de Cartagena. La columna, después de recorrer las doce leguas de llano semejante a un desierto, entrecortado por profundos barrancos, que se une con la cordillera, no tardó en internarse en el escarpado camino de Salazar de las Palmas. « Es necesario, dice el general O'Leary[1], haber recorrido aquella vía fragosa y aterradora cuya naturaleza es imposible imaginar, para apreciar como se merece la dificultad de la empresa. » En los flancos de aquella interminable cordillera, en la que, salvo algunas míseras covachas de indios, no se halla ningún rastro humano, las incesantes lluvias han abierto enormes excavaciones. Los rayos del sol no consiguen nunca traspasar las espesas brumas que flotan por encima de los árboles gigantescos, cuyas enmarañadas ramas obscurecen además el encharcado sendero que a cada instante amenaza perderse. Si consigue el explorador llegar hasta la cresta de la montaña, se ve frente a precipicios espantosos en cuyo fondo mugen torrentes. El menor paso en falso es mortal. Y van así sucediéndose las etapas, durante días y noches igualmente tenebrosos, bajo las perpetuas tormentas y el estrépito del trueno[2].

La mayoría de los soldados de Bolívar, acostumbrados a la temperatura tropical de Mompox y de Cartagena, sufrían cruelmente por el aire helado de la cordillera, y sólo el cariño que había podido inspirarles su jefe les impedía sucumbir bajo el peso de sus miserias. A pesar de todo, avanzaban a marchas forzadas.... Apenas salió de las montañas la reducida expedición, los destacamentos emboscados por el general Correa trataron de diezmarla. Pero consiguió Bolívar, sin ser descubierto, sorprender a su vez, en el desfiladero de la Aguada, una vanguardia española. Ocultó a su gente, y, por medio de falsos espías, hizo avisar al enemigo que llegaba él con un verdadero ejército.

1. *Memorias*, I, p. 103.
2. Cf. O'Leary, *Memorias*, *ibid.*

Esta astucia alcanzó éxito completo. Los Españoles evacuaron sucesivamente la Aguada y todos los puntos que ocupaban en el camino de Pamplona. Mientras Correa, en previsión de un ataque serio, concentraba sus fuerzas en San José de Cúcuta, Bolívar se reunió con Castillo, atravesó precipitadamente el Zulia reputado infranqueable, avanzó hasta el pueblo de San Cayetano, a diez leguas del campamento enemigo, y lo atacó bruscamente el 28 de febrero. El combate fué terrible. Al cabo de cuatro horas de un fuego sostenido con intrepidez por una y otra parte, una furiosa carga a la bayoneta inclinó la victoria a favor de los republicanos. Los realistas les abandonaron varias piezas de cañón y notable cantidad de armas. Correa consiguió huír hacia La Grita.

Esta campaña había de tener, al mismo tiempo que una inmensa repercusión en Nueva Granada, consecuencias mucho más extensas que la que la había precedido. A pesar de tantos obstáculos y padecimientos, y aunque, durante todo el trayecto por la cordillera, había sufrido deprimentes ataques de fiebre el joven coronel venezolano, logró no obstante sobre los Españoles una victoria tan inesperada como esencial. Constituía, tal éxito, una sorprendente y sugestiva lección de energía, nuevos alientos cuyo alcance era considerable. Libres de la pesadilla de la invasión, los Granadinos tenían de nuevo conciencia de sus aspiraciones primitivas. El patriotismo, embarrancado en las luchas civiles, alzaba de nuevo la cabeza. El Congreso de las Provincias Unidas se había enriquecido con más de un millón de pesos en mercancías reunido por los negociantes españoles de Cúcuta, persuadidos de un próximo regreso al antiguo régimen. Además, la victoria de Bolívar y de Castillo confería a la asamblea de Tunja un prestigio que le permitía, en lo sucesivo, consolidar la unión de las provincias confederadas.

Bolívar había hallado también en Camilo Torres, bajo cuya inteligente dirección las disposiciones del Congreso iban encaminándose cada día más a una apreciación más sana de las necesidades, un admirador convencido. Decidido partidario del federalismo del cual se había declarado adversario Bolívar, a Torres le había, sin embargo,

llamado la atención la claridad, la superioridad de pensamiento que campeaban en el manifiesto de Cartagena. Las proezas de su autor, capaz de conducir a bien las empresas que preconizaba, entusiasmaron al presidente de la Unión. Desde aquel momento se declaró protector de Bolívar y su abogado ante la opinión granadina. Al recibir el informe fechado de « Cúcuta libertada[1] », que le manifestaba la victoria obtenida sobre Correa, se apresuró Torres a comunicar a Nariño la feliz nueva : « Sea cual fuere el estado actual de nuestras cosas — le decía al enviarle copia del Boletín de Bolívar — a V. E. y al ilustre pueblo de Santa Fe no puede dejar de interesar la adjunta noticia, que comunico con el mayor placer[2]. »

Así pues, la campaña de Bolívar ejercía saludabilísima influencia sobre los disentimientos del Congreso y del gobierno de Cundinamarca. Algunos meses más tarde se abrieron conferencias en que los delegados de Tunja y de Santa Fe se mostraron animados de igual y sincero deseo de avenencia. Entonces proclamó Cundinamarca su absoluta independencia de España[3], y pareció terminada la era de las discordias civiles.

No obstante, Bolívar creía no haber hecho nada, puesto que todavía le quedaba por hacer. Los contingentes cada vez más numerosos que el presidente Montes movilizaba en Quito y dirigía a la frontera granadina seguían amenazando a los confederados con una invasión por los valles del Cauca. D. Juan Sámano, oficial de gran mérito, que por entonces tenía cerca de sesenta años pero que nada había perdido de una energía y de un valor que hacían de él un peligroso adversario, había tomado el mando de las tropas reales acantonadas en la región de Popayán. Para marchar contra Santa Fe, esperaba sólo a

1. El coronel Bolívar al ciudadano presidente del Congreso granadino. Cuartel general de Cúcuta libertada, 28 de febrero de 1813, 3 de la tarde. D., IV, 768.

2. En Groot, *Historia de Nueva Granada*, *op. cit.*, t. III, cap. LIII, p. 232.

3. Decreto de los representantes de Cundinamarca reunidos en Asamblea extraordinaria en Santa Fe, el 16 de julio de 1813. D., IV, 847. — La provincia de Antioquia se declaró igualmente, el 11 de agosto siguiente, por completo independiente de la corona y del gobierno españoles.

que estuviesen completos sus efectivos. Podía esperarse, sin embargo, que el mejoramiento moral de las provincias de Nueva Granada facilitaría, hasta que llegara aquel momento, la obra defensiva que, de común acuerdo, Nariño y el Congreso iban a apresurarse a emprender. Su colaboración, ya segura, no habría de tardar, sin duda, en aniquilar, por aquel lado, las fuerzas realistas. Pero quedaba indispensable el poner a los confederados al abrigo de todo ataque hacia el norte, pues D. Antonio Tízcar ocupaba la provincia de Barinas con un conjunto de fuerzas que, aunque considerablemente menguado por la derrota de Correa, era todavía temible. Por estos motivos tenía empeño Bolívar en terminar cuanto antes la ejecución del vasto proyecto del cual las dos recientes campañas no eran, a sus ojos, más que el preludio.

Perseguir a su enemigo, acabar de dispersarlo, libertar luego a Venezuela : tales eran las resoluciones progresivas, fijadas además en el programa de Cartagena, y que era preciso, ahora, realizar. Según la línea de conducta que se había trazado, entendía Bolívar que los varios poderes constituídos de Nueva Granada : el Congreso de la Unión, el gobierno de Cartagena y el de Santa Fe, se hicieren cada uno solidario de la empresa. Pero, si bien se había asegurado el apoyo del presidente de la Confederación granadina, dudaba Bolívar de que la Junta dirigida por Torices le conservara el suyo sin reticencias. En fin, no se había pronunciado Cundinamarca.

Y es que, para decir verdad, los patriotas que, así en Tunja como en Cartagena y Santa Fe, compartían el poder con Torres, Torices o Nariño, no se mostraban tan persuadidos como sus presidentes del valor y de la eficacia de los proyectos del joven coronel Bolívar. Sus vastas concepciones superaban, si no el entendimiento de aquéllos, cuando menos sus ambiciones presentes. A más de esto, Cartagena y Santa Fe se sentían inmediatamente amenazadas : una por los realistas de Santa Marta, otra por las tropas del brigadier Sámano. Juzgaban imprudente el desguarnecerse, y las instancias de que eran objeto por parte de Bolívar las dejaban indiferentes.

A falta de una ayuda material, que, no obstante, parecía

indispensable, el futuro Libertador se obstinó en mover cuando menos a los gobiernos de Nueva Granada a que sancionaran formalmente la liberación de Venezuela. Las rebosantes energías que animaban a Bolívar, la fe sin límites que tenía en su victoria, hacían que la estimara como realizable, cualesquiera que fuesen los medios de acción de que disponía. Pero la obra que se ha propuesto él llevar a cabo no tiene por límite la lucha, por gigantesca que sea, contra el Español, ni siquiera la libertad de toda una región de la tierra de América. No son éstas más que las bases del monumento que, desde aquel momento mismo, pretende comenzar a edificar. La resistencia, el vigor de esos cimientos depende de la participación común y primordial de los elementos que han de constituir el edificio futuro.

Así es que, sin descuidar pedir al presidente Torices autorización para conducir a los soldados de Cartagena a la conquista de Venezuela, lo que sobre todo desea Bolívar es un mandato oficial. Más apremiantes aún son sus instancias al Congreso de la Unión, el cual representa el conjunto más importante de las provincias granadinas. El 1° de marzo sale para Tunja José Félix Rivas, portador de varios mensajes para Camilo Torres y para cada uno de los diputados de la asamblea. Después, habrá de ir a Santa Fe, para persuadir a Nariño.

Al mismo tiempo, ha pasado Bolívar la frontera venezolana. Está en Táchira, en donde establece su cuartel general. El botín que acaba de realizar en Cúcuta le permite distribuir algún dinero a sus soldados, mejorando así entre ellos la disciplina. Los arma, les instruye, les ejercita, les arenga.

« Soldados!... Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela que ve respirar ya una de sus villas al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas, y habéis comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dió la vida. Vosotros fieles republicanos marcharéis á redimir la cuna de la independencia colombiana como los cruzados libertaron á Jerusalen cuna del Cristianismo.

« ... El solo brillo de nuestras armas invictas hará desapa-

recer en los campos de Venezuela, las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del Cielo.

« La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Union... Corred á colmaros de gloria adquiriéndoos el sublime renombre de Libertadores de Venezuela [1]! »

Este lirismo expresivo y tan rico de color, tan atinadamente concebido para impresionar los sentimientos y la imaginación de sus oyentes, se dirigía al mismo tiempo a los pueblos y a los gobernantes de Nueva Granada y de América. A más de acabar de conquistar la fidelidad de los soldados de Bolívar, estaba destinado también, por su corte clásico y sus alusiones religiosas, a encantar el espíritu de los criollos, alimentado de esas mismas tradiciones.

No es posible dejar de establecer una innegable semejanza entre la actitud de entonces de Bolívar, los argumentos a que recurre, su comprensión de las confusas aspiraciones de sus compatriotas, su ardiente deseo de ganar la opinión nacional, y la conducta de Bonaparte, general del ejército de Italia, « hablando a los soldados y a los pueblos, pero, por encima de unos y otros, a París y a Francia entera... elevándose por encima del Directorio con la superioridad de altura que tiene el que habla después de haber obrado, sobre el que declama sin obrar [2]. »

1. Proclama de Bolívar a sus soldados, el 1° de marzo de 1813. Cuartel general de San Antonio de Venezuela. D., IV, 770.

2. V. Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, etc., t. V, cap. II, § 1.

CAPÍTULO II

EL LIBERTADOR

I

Mientras Bolívar ultimaba con actividad en Táchira los preparativos de la expedición, el coronel Castillo había vuelto a Pamplona, donde movilizó nuevos reclutas a quienes, algunos días más tarde, condujo a Cúcuta. Con todo esto, el pequeño ejército republicano contaba por entonces con un millar de hombres. Ni siquiera tantos hubiera pedido Bolívar, quien se sentía capaz de infundirles tal entusiasmo, que cada uno de aquellos hombres valiera por diez. Pero era menester que la asamblea de Tunja, de la que dependían las tres cuartas partes de aquellos soldados, concediese a Bolívar, que no mandaba en jefe más que las solas tropas de Cartagena, permiso para disponer de los contingentes de la Unión como lo tuviera por conveniente. Pero se hacía esperar, el permiso, y dificultades imprevistas iban a retrasar aún su llegada, tan impacientemente esperada por Bolívar.

A instancias de Camilo Torres, el Congreso, teniendo en cuenta los servicios del coronel venezolano, acababa de conferirle el título de ciudadano de Nueva Granada y el grado de brigadier al servicio de la Unión (12 de marzo). Castillo había insistido personalmente para que estas dignidades fuesen concedidas a Bolívar, y las afectuosas felicitaciones que le prodigó parecían de buen agüero. De repente, los dos jefes, en cuyas relaciones había reinado hasta entonces completa armonía, se enemistaron. Como comandante de la plaza y de la provincia, Castillo pretendía tener vara alta sobre las tropas; no aprobaba los

proyectos de Bolívar respecto a la expedición a Venezuela y, convencido de que no lograría hacerle cambiar de parecer, hizo cuanto pudo para atajar los esfuerzos de su compañero de armas.

Desde aquel momento, cada una de las disposiciones que tomaba Bolívar fué violentamente criticada por Castillo. Le acusó de inexperiencia, hasta de locura. Envió al Congreso largos informes en donde pintaba con negros colores el estado de las tropas de Cartagena, asegurando que la empresa era insensata, que Venezuela era inatacable, que sería criminal sacrificar los defensores de Nueva Granada a las irrealizables ambiciones de « una delirante cabeza[1] ». Sin alterarse por tales ataques, el Congreso nombró a Bolívar comandante en jefe de los ejércitos de la Unión y gobernador militar de Pamplona (30 de marzo[2]). Esta decisión acabó de exasperar el odio de Castillo, quien quedaba así pospuesto a un rival a quien juró perder. Castillo tenía amigos influentes en el Congreso. Las intrigas de éstos acabaron por prevalecer contra las disposiciones de Camilo Torres, y a pesar de las reiteradas instancias de Bolívar, transcurrieron días y semanas sin que recibiese éste contestación alguna.

No obstante, las noticias que se recibían de Caracas y de la situación de Venezuela eran angustiosas por demás. En la capital, aterrorizada por los *godos*, continuaban las persecuciones, las atrocidades. Los relatos circunstanciados de los cronistas españoles[3], testigos de aquella época de sangre y de abominaciones, causan verdadero estremecimiento. En Caracas y en las ciudades de provincia arrestaban a los ancianos, a las mujeres, a los niños que se aventuraban por las calles. Suplicios espantosos esperaban

1. V. Documentos relativos a las disensiones que surgieron entre el general Bolívar y el coronel Castillo. **D.**, IV, 787, 790, 793, 804, etc.
2. **D.**, IV, 788.
3. V. Heredia, *Revoluciones*, etc. Segunda época. Montenegro. *Geografía general*, t. IV, pp. 140 y sig. Urquinaona, *Relación documentada del origen y progreso de los trastornos de las provincias de Venezuela*, Madrid, 1820. Díaz, *Recuerdos*, *op. cit.*, pp. 120-130. José de Costa y Galli, procurador de la Audiencia de Caracas, *Recuerdos*, quien escribe : « En el país de los cafres, no podian tratarse los hombres con más desprecio y vilipendio ». **D.**, IV, 851. En fin, Torrente, *Historia de las Revoluciones*, etc., *op. cit.*, t. I, *passim*.

a los que no eran matados en seguida. Al anochecer, volquetes cargados de cadáveres mutilados salían hacia los arrabales, convirtiendo a éstos en pestilentes calavernarios. Los presos a quienes la obscuridad de los calabozos subterráneos, había substraído a las pesquisas de los verdugos eran asfixiados o quemados vivos por los tragaluces, arrojando sobre ellos barricas de amoníaco o de aceite hirviendo.

En esto, la Regencia había prescrito a las autoridades de Caracas que proclamaran en Venezuela la Constitución de Cádiz. Pero Monteverde, que había retardado largo tiempo la publicación de aquel documento por creerlo demasiado liberal, no pareció reconocer oficialmente sus disposiciones sino para aplicarlo a su antojo. De nuevo arreciaron las violencias, y no tardó en haber en Venezuela más que dos categorías de « ciudadanos » : los oprimidos y los opresores[1]. Estos, sobre todo en las provincias, dieron rienda suelta a su abominable afán de tormentos y de suplicios. El coronel Francisco Cervériz, enviado por Monteverde a Cumaná como gobernador, le escribía, desde su llegada a dicha ciudad : « V. S. no debe ignorar que los sucesos de Maturin han encendido un fuego terrible en la Provincia, y así no hay mas que no dejar con vida á ninguno de estos infames criollos que fomentan estas disensiones... Yo le aseguro á V. S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará[2]. »

Espantados, los liberales que habían quedado con vida no pensaban más que en substraerse a las matanzas. Parecía perdida la causa republicana, y es indudable que tal habría sido su suerte en breve plazo, sin la resolución que decidió llevar a cabo un reducido grupo de patriotas de indomable valor.

Unos diez jóvenes entre quienes figuraban Manuel Piar[3],

1. Cf. O'Leary, I, cap. vi.

2. Carta hallada en el archivo del gobierno de Monteverde y publicada en la *Gaceta de Caracas*, en agosto de 1813.

3. Nació en Curazao en 1782, sentó plaza en 1811 en el ejército de Miranda, tomó parte en todas las campañas de Venezuela hasta fines de 1815. Estaba con Bolívar en Cayas (Haíti), de donde partió la expedición libertadora de 1816. Piar hizo luego la famosa campaña de Guayana, durante la cual venció al general Morales en la batalla de

coloso aventurero de brillantes inspiraciones, el fogoso José Francisco Bermúdez[1] y su hermano Bernardo, el infatigable y magnífico Manuel Váldez[2], el caballeresco Francisco Azcue[3], destinados a desempeñar, más tarde, importante papel en la historia de su país, habían, en diciembre de 1812, cuando la llegada de Cervériz a Cumaná, salido de esta provincia en donde peligraba su vida. Se habían refugiado en el islote de Chacachacare, situado a la entrada del golfo Triste, a distancia casi igual de la península de Paria y de la punta de Corosal, en la extremidad oriental de Trinidad. Allí se reunieron con algunos de sus compatriotas emigrados, entre ellos Santiago Mariño[4], intrépido y fogoso criollo, de una ilustre familia de la región; tenía veinticinco años por entonces y se había distinguido ya mucho en el servicio de la Independencia. Mariño había tomado parte en la expedición de Villapol en Guayana, y, al terminar esta campaña, defendió valientemente la costa de Güiria contra los ataques de los realistas. La caída de la república venezolana le había obligado a buscar asilo en aquel islote perdido de Chacachacare, en donde poseía una finca una hermana suya.

El 11 de enero de 1813, los compañeros de Mariño se reúnen y le nombran jefe de ellos. Son cuarenta y cinco, sin más recursos, salvo su bravura, que algunas espadas,

San Félix, el 11 de abril de 1817. Rebelado contra el Libertador, fué fusilado en Angostura el 15 de octubre siguiente.

1. Nació en la provincia de Cumaná el 23 de enero de 1782: murió asesinado el 15 de diciembre de 1831. Hizo las campañas de Venezuela, 1813 a 1815, emigró después a la Margarita, tomó parte en el sitio de Cartagena en 1815, y, luego, en la campaña de Guayana. En junio de 1819, obtuvo el mando supremo del ejército de Oriente, en substitución de Mariño, y se distinguió durante la nueva campaña de Venezuela en 1821. En 1828, Bolívar le nombró consejero de Estado.

2. Nació en Carácas en 1785. Después de la caída de la segunda república venezolana, Valdez fué a Nueva Granada e hizo las campañas del Ecuador y del Perú. Desterrado en 1831 a Cartagena, sólo seis años más tarde pudo volver a Venezuela. Falleció el 31 de julio de 1845, en Angostura.

3. Nació en la provincia de Cumaná hacia 1782. Hizo todas las campañas de Venezuela, de Guayana, 1813 a 1819, y luego las del Perú y del Alto Perú. Combatió con bravura en Junín, Matará, Ayacucho, y tomó su retiro después de la toma de Paz, en 1826.

4. Nacido en la isla Margarita, en 1788. Falleció en La Victoria (Venezuela) el 4 de septiembre de 1854.

pistolas de bolsillo y *seis* malos fusiles. Aquellos jóvenes héroes, enardecidos por una audacia que podría parecer risible si las hazañas que la justificaron no impusieran admiración, redactan entonces y firman el manifiesto siguiente : « Violada por el jefe español D. Domingo de Monteverde, la capitulación que celebró con el ilustre general Miranda, el 25 de Julio de 1812 : y considerando que las garantías que se ofrecen en aquel solemne tratado se han convertído en cadalsos, cárceles, persecuciones y secuestros; que el mismo general Miranda ha sido víctima de la perfidia de su adversario, y en fin que la sociedad venezolana se halla herida de muerte; cuarenta y cinco emigrados nos hemos reunido en esta hacienda, bajo los auspicios de su dueña la magnánima señora Doña Concepción Mariño, y congregados en consejo de família, impulsados por un sentimiento de profundo patriotismo, resolvemos expedicionar sobre Venezuela, con el objeto de salvar esa patria querida de la dependencia española y restituirle la dignidad de Nación que el tirano Monteverde y su terremoto le arrebataron. Mutuamente nos empeñamos nuestra palabra de caballeros de vencer ó morir en tan gloriosa empresa, y de este compromiso ponemos á Díos y a nuestras espadas por testigos [1]. »

Al día siguiente, aprovechando la obscuridad, la expedición, llevada por una barca ligera, toca tierra en el lado norte de Güiria, en una de las haciendas de Mariño. Los cincuenta esclavos que en ella se hallan son puestos en libertad, bajo condición de agregarse a la columna, la cual se pone en seguida en marcha por el campo. De repente, apostada a orilla de un río que corta el camino de Güiria, aparece tropa enemiga. Mariño manda atacar, y los soldados españoles son exterminados sin haber tenido tiempo para servirse de sus armas. Los muertos son despojados de sus armas y de sus municiones; campesinos hallados en el camino engrosan aún las filas de aquel corto número de valientes, resueltos ahora a caer sobre la guarnición de la cindadela de Güiria, defendida por trescientos hombres.

Casi todos ellos eran indios recién alistados por los

1. D., IV, 752.

sargentos de Cervériz. Desertan y se unen a los sitiadores. La ciudad es tomada. Ya tiene Mariño un pequeño ejército ante el cual retroceden los destacamentos españoles que hasta entonces recorrían con toda tranquilidad aquella región sometida y devastada. Entonces, la expedición se divide en dos columnas : Bernardo Bermúdez y Piar se dirigen hacia el sur, atraviesan el Guarapiche y se apoderan de la importante plaza de Maturín. Mientras tanto. Mariño había vuelto sobre sus pasos : ocupa ahora Yrapa, por debajo de Güiria, la rodea de trincheras, llama a las armas a los pueblos circunvecinos, organiza sus voluntarios. Ya que cuentan con dos bases de operaciones, los republicanos se preparan en fin a atacar a Cumaná, en donde el coronel Eusebio Antoñanzas, que acababa de substituir a Cervériz, seguía aplicando, como quien hace obra meritoria, el régimen sanguinario de que se enorgullecía su execrable predecesor (marzo de 1813).

Llegó al colmo la impaciencia de Bolívar cuando tuvo noticia de tales éxitos. Hubieran podido suministrar a sus proyectos una ayuda que, paralizado miserablemente en Táchira, se exasperaba por no poder utilizar. Castillo se obstinaba en su actitud hostil. A cierto momento pareció renunciar a ella cuando Bolívar, tratando de interesar su amor propio, le propuso que dirigiera un ataque contra Correa, refugiado en La Grita con seis a setecientos soldados. Tal proposición era, al mismo tiempo que una prueba de confianza a la que, según esperaba Bolívar, no había de ser insensible Castillo, una ocasión que le ofrecía para que, a su vez, conquistara un éxito personal. Castillo salió, en efecto, en la primera semana de abril, derrotó al coronel español (el 7); pero, ensoberbecido más aún por su victoria, multiplicó, desde su regreso a Cúcuta, las instancias ante el Congreso para quitar a Bolívar la jefatura suprema y determinar al gobierno de la Unión a que negara definitivamente su concurso para la expedición contra Venezuela.

Monteverde había, todo lo mejor que pudo, terminado de poner en estado de defensa la antigua capitanía general. Correa, que también por milagro se había substraído a la matanza que siguió a la derrota de La Grita, concentró los

restos de su división en los valles de la vertiente occidental de la sierra de Mérida. Cubría de esta suerte a Macaraibo, en donde disponía Miyares de una importante guarnición y podía con toda facilidad efectuar importantes y repetidos alistamientos de voluntarios. La vecindad de la provincia realista de Santa Marta mejoraba además su situación. El capitán Cañas ocupaba Trujillo con 500 hombres, y Coro tenía suficiente número de tropas. En Barquisimeto, el valiente coronel Oberto y sus 1 000 hombres de milicias regulares protegían a Valencia. Tízcar, sostenido por una columna de 900 hombres acampada en las cercanías de Guadualito, seguía en Barinas con un cuerpo de cerca de 1 500 soldados. Otra columna de 1 200 hombres, mandada por el capitán Izquierdo, en San Carlos, al norte del río Portuguesa, cubría las inmediaciones de la capital. En fin, en la provincia de Caracas, Monteverde, a más de numerosa tropa reforzada y alentada por 700 soldados escogidos, estaba apoyado por las guarniciones de Puerto Cabello.

En tales condiciones, era fácil calificar de demencia la empresa para la cual, sin embargo, no cesaba Bolívar de pedir el apoyo de los gobiernos granadinos. No escaseaba sus críticas Castillo, y Camilo Torres, a pesar del empeño con que abogaba por la causa de Bolívar, no conseguía inclinar en favor suyo a los confederados.

Bolívar insiste, con argumentos más decisivos cada vez : « La suerte de la Nueva Granada, escribe, está íntimamente ligada con la de Venezuela : si esta continúa en cadenas, la primera las llevará tambien, porque la esclavitud es una gangrena que empieza por una parte, y si no se corta se comunica á el todo y perece el cuerpo entero... Yo me lisonjeo de que el cuerpo nacional que representa la soberanía del pueblo granadino, no podrá ver con frialdad el deshonor y el infortunio de los habitantes de la Costa Firme, y que poniendo en acción todos los resortes de su poder y sabiduría, levantará tropas y reunirá los elementos indispensables á la guerra que vamos á emprender contra los opresores de Caracas [1]. »

1. Bolívar al presidente del Congreso de la Unión, marzo de 1813. D., IV, 773.

Bolívar vuelve a este tema, desarrollándolo más y más veces en las casi diarias exposiciones que envía a la asamblea, a Nariño, a Cartagena, invocando : ya el patriotismo, la generosidad, el amor propio o el interés de aquellos de quienes espera la realización de sus esperanzas[1]. Mas, parecen irreducibles las resistencias con que tropieza. Camilo Torres, a cuya voz se ha unido la de un joven diputado de mucho talento y de gran virtud, José Fernández Madrid, no consigue convencer a sus colegas. El presidente Torices, a quienes causaban nuevos temores los realistas, que, dueños de nuevo de Santa Marta, han obligado a Labatut a que huya y preparan una expedición contra Cartagena, no piensa más que en sus preparativos de defensa. Sacrifica a Labatut, lo destierra[2], lo substituye por otro francés, el coronel Chatillon, antiguo ayudante de Miranda, y toma él mismo el mando de una escuadrilla con la cual va a dirigirse hacia Santa Marta.

El 11 de mayo, el ataque combinado de las fuerzas de Cartagena contra el pueblo de Toribio, al sur de Santa Marta, tuvo un lamentable fracaso. Quinientos hombres, la mitad del efectivo de Chatillon, y este mismo, fueron matados en aquel combate; y, lejos de favorecer los proyectos de Bolívar, Torices le dió orden de que le devolviera los hombres con quienes, meses antes, había salido de Barranca.

La suerte parece ensañarse contra Bolívar. Una epidemia de fiebre maligna se ha declarado entre sus tropas. Amenazan éstas con desertar. La rivalidad de ambos jefes se extiende a los oficiales : estallan disensiones. Regresa Bolívar a Cúcuta, trata una vez más de ablandar a Castillo, le ofrece renunciar en favor suyo al mando supremo, con tal que consienta en cooperar al mantenimiento de la buena armonía y de la disciplina en las filas del ejército, y que cese de combatir el proyecto de expedición a Venezuela[3].

1. Exposiciones de Bolívar a los presidentes de la Unión y del Estado de Cartagena, marzo, abril, 1813. **D.**, IV, 775, 777, 778, 779, etc.

2. Labatut residió tres o cuatro años en las Antillas, y luego volvió a Francia : buscó en vano tomar servicio en este país, y se marchó al Brasil, en donde falleció hacia 1830.

3. Carta de Bolívar al brigadier Manuel Castillo. San José, 15 de abril de 1813. O'Leary, *Documentos*, t. XXIX, pp. 16 y 17.

Opone Castillo el más injurioso desdén a tales proposiciones. y no vacila en pedir al Congreso que escoja entre él y Bolívar. declarando que, si sus compatriotas le posponen « al venezolano. el vencedor de La Grita saldrá del ejército ». Renuncia Bolívar al proyecto tan apasionadamente defendido. Puesto que el gobierno de Nueva Granada se niega a favorecer tal proyecto, no le queda más que volver a Cartagena, en donde pedirá formar parte de la expedición que allí se organiza contra Santa Marta y Macaraibo, o se unirá a los patriotas a quienes se dispone Mariño a conducir al asalto de Cumaná [1].

En aquel crítico instante en que tan ruda prueba sufrían su constancia y sus esfuerzos. Bolívar tenía siquiera el consuelo de ver acudir a él a los jóvenes más distinguidos de Nueva Granada. Radiantes de juvenil e intrépido valor. ambiciosos de hazañas que les valiesen más alta fama que la que podía esperarse de las guerras civiles en que su impaciencia les había arrojado equivocadamente. José María Ortega [2]. Antonio Ricaurte [3]. Joaquín París [4]. Luciano

1. Carta al presidente de la Unión. San José de Cúcuta, 3 de mayo de 1813. **D.**, IV, 804.

2. Ortega Nariño (José María), nació en Santa Fé en 1792. Descendiente del conquistador Pedro de Ortega, y sobrino de Antonio Nariño. Después de haber tomado parte en las compañas de Venezuela en 1813 y 1814, fué incorporado por la fuerza en el ejército real y embarcado en uno de los navíos que bloqueaban a Cartagena durante el sitio de 1815. Dos años más tarde, Ortega consiguió escaparse, y tomó de nuevo servico cuando, después de la batalla de Boyacá, en 1819, entró en Santa Fe el Libertador. Fué diputado en los Congresos de 1821, 1827 y 1830, y, después, ministro de la Guerra en 1839. Desempeñó varios cargos importantes en la administración colombiana, y falleció en Bogotá el 6 de diciembre de 1860.

3. Nació en Santa Fe en 1792; murió heroicamente, el 25 de marzo de 1814, en San Mateo (V. *infra*, cap. III, § 3.)

4. Nació en Santa Fe en 1795, tomó parte en los combates de Ventaquemada y Monserrate, en 1813; luego en el de La Grita. Renunció entonces a la expedición de Bolívar, volvió al lado de Nariño e hizo con él la campaña del sur. Guerreó en las provincias de Popayán y Pasto en 1815 y 1816, y fué hecho prisionero en el combate de La Plata, el 1º de septiembre de 1816. Enviado a Maracaibo y encarcelado en un pontón en Puerto Cabello, se evadió, se reunió con el Libertador en Guayana en 1818, y fué ayudante del almirante Brion. París hizo luego la campaña de Bocayá, y luego la del sur en 1822. Fué nombrado general en 1827, y tomó su retiro en 1836, siendo luego ministro de la guerra en 1843 y 1854. Falleció en Honda (Colombia) en marzo de 1868.

d'Elhuyar[1], Atanasio Girardot[2], uno y otro de origen francés, Rafael Urdaneta[3], Francisco de Paula Vélez[4] figuraban, desde hacía algunos días, en el estado mayor de Bolívar. Ya casi todos, entusiastas de su gloria, le manifestaban una adhesión llena de promesas : « General, le escribía Urdaneta, si con dos hombres basta para emancipar la patria, pronto estoy á acompañar á usded[5]. » Del mismo modo pensaba cada uno de ellos. Aquellos héroes valían un ejército. No iban a tardar en probarlo.

La noticia de la buena acogida concedida por Nariño a las instancias de Rivas, calmó, por entonces, las angustias de Bolívar. Rivas traía con él 150 soldados escogidos que el presidente de Cundinamarca había segregado él mismo de su escasa pero valerosa guarnición. El acontecimiento parecía presagiar algo bueno. Y así fué, por fin. El 7 de

1. Nació en Santa Fe. Hizo la campaña de Venezuela. Cuando entró la expedición en Caracas, Bolívar le encargó que sitiara a Puerto Cabello; sólo un año después dejó D'Elhuyar las líneas del sitio. Se reunió con el Libertador en Caracas y le acompañó durante la Emigración de 1814. D'Elhuyar se fué luego a Cartagena; pero, a consecuencia de intrigas, tuvo que salir de esta plaza, que poco después sitió el general Morillo. De Jamaica, en donde se había refugiado, salió D'Elhuyar, días después, para volver a Cartagena, bloqueada por la flota real. El navío que le llevaba a Nueva Granada naufragó, y D'Elhuyar pereció ahogado en septiembre de 1815.

2. Nació en Antioquia (Nueva Granada); siguió al coronel Baraya en la campaña del sur en 1811, y tomó parte, al año siguiente, en el combate de Ventaquemada. Fué el héroe de todas las batallas de la campaña de Venezuela, y pereció en la acción de Las Trincheras el 30 de septiembre de 1813. V. *infra*.

3. Nació en Maracaibo el 24 de octubre de 1789; falleció en Paris el 23 de agosto de 1845. Después de haber tomado parte en las campañas de Venezuela en 1813 y 1814, se reunió con Bolívar en Nueva Granada, entró con él en Santa Fé el 12 de noviembre de 1814, y marchó luego a pelear al lado de Páez. Gobernador de Caracas en 1818. A raíz de la reunión del Congreso de Angostura, Urdaneta mandó el ejército del norte; asistió a la batalla de Carabobo. Ministro de la Guerra de Colombia en 1828. En 1840, el gobierno de Venezuela le envió a Francia como ministro plenipotenciario.

4. Nació el 16 de agosto de 1795 en Santa Fe de Bogotá, en donde falleció el 26 de noviembre de 1857. Hizo Vélez las campañas de Venezuela en 1813 y 1814, y asistió al sitio de Cartagena en 1815. Miembro del tribunal supremo de Bogotá en 1823. Nombrado general por el senado colombiano en 1827. Defendió al Libertador cuando el atentado del 25 de septiembre de 1828. Gobernador de Tunja en 1840.

5, O'Leary, *Memorias*, t. I, cap. VI, p. 122,

mayo, llegó al cuartel general la autorización del Congreso de Tunja. Sin embargo, sólo a medias había vencido Camilo Torres las reticencias y las oposiciones de los confederados. Las instrucciones, redactadas para el comandante en jefe de las tropas de la Unión, le prescribían que invadiera Venezuela, puesto que se había declarado capaz de hacerlo. Pero tenía que limitar sus operaciones a la ocupación de las provincias de Mérida y de Trujillo, y esperar allí las nuevas instrucciones del Congreso. Quedaba entendido que, en caso de poder efectuarse la liberación de Venezuela, Bolívar se esforzaría en hacer adoptar, para la constitución de la nueva república, la forma federal. En fin, los gastos de la expedición quedarían a cargo de Venezuela[1].

Cualesquiera que fueran las restricciones que limitaban su libertad de acción, Bolívar había deseado tanto llevar a cabo aquella empresa bajo los auspicios de los gobiernos independientes de aquella parte de América, que tuvo una explosión de júbilo. En su comunicado con fecha de 8 de mayo[2], escribe a Camilo Torres : « Mi corazón se inunda de placer y gratitud al contemplar las armas libertadoras de la Nueva Granada, marchando á redimir á mi querida patria; pero ¡ ah Excelentísimo señor ! los bienes mas puros están siempre mezclados de peligros é inconvenientes, y el de la libertad que vamos á obtener, se halla colocado entre los dos mas grandes escollos que puede presentar la guerra : la carencia de dinero y la de municiones... Yo conceptúo que siempre que las circunstancias nos sean tan favorables... podemos llegar ó presentarnos delante de Caracas con solo las municiones que llevamos, obrando rápidamente y procurando dar una acción general que nos abra las puertas de aquella capital... Mas si adoptamos un sistema opuesto... agotaremos nuestros pertrechos sin ventaja decisiva. Yo me tomo la libertad de presentar a V. E. estas observaciones, para que se sirva tomarlas en consideración, y resuelva, si lo juzgare justo

1. Instrucciones para el general Bolivar. Tunja, 27 de abril de 1813. D., IV. 809.
2. Nota del brigadier Bolivar al presidente del Congreso de la Unión. Cuartel general de Cúcuta, 8 de mayo de 1813. D., IV, 809.

y conveniente, que yo pueda obrar con arreglo á las circunstancias, ó que se me nombre una comisión compuesta de dos ó tres jefes del ejército con quienes deba consultar las grandes operaciones, y particularmente las que tengan una tendencia directa sobre la dirección que se haya de dar al ejército, avanzando ó retrocediendo, segun lo exíja la utilidad ó el peligro. »

Tales son las preocupaciones que Bolívar presenta como únicas, al parecer, que embargan su ánimo.

Persuadido Castillo de que el Congreso de Tunja no se atrevería a desoír sus argumentos si él mismo se presentara a abogar por ellos, salió de Cúcuta llevando consigo a un centenar de soldados. Al revés de lo que él se imaginaba, el Congreso le acogió muy mal, y, recordando atinadamente Castillo que lazos de parentesco le unían al presidente Torices, se fué a Cartagena en busca de mejor acogida. Mientras tanto, los hombres quitados por él a Bolívar quedaban perdidos para la expedición. Contratiempo deplorable, pues el « ejército libertador » constaba, salvo el reducido contingente de oficiales y soldados de Cundinamarca, de un efectivo de sólo 500 combatientes. El conjunto del material de guerra se reducía, exactamente, a 4 piezas de campaña, 1400 fusiles de recambio, 140 000 cartuchos y 5 obuses.

Con tan míseros medios se encaminaba Bolívar al ataque de un país sometido casi por completo a la dominación española, y, como ya hemos visto, defendido tan reciamente como podía desearlo el enemigo. Sin embargo, los soldados de Bolívar, que se complacían ya en saludarle con el título de Libertador, salieron, el 15 de mayo de 1813, del pueblo de San Cristóbal, en donde su jefe les había concentrado, en medio de indescriptible entusiasmo. Tres días más tarde, se puso en camino Bolívar. En un informe al presidente de la Unión, decía el general : « La contestación de este oficio la recibiré en Trujillo [1]. »

1. Informe del brigadier Bolivar al presidente del Congreso de la Unión, Cuartel general de Cúcuta, 8 de mayo de 1813. **D.**, IV, 809.

II

Sin casi detenerse en las etapas, insensibles a las privaciones y al cansancio, los soldados de Bolívar llegaron el 30 de mayo a las verdeantes alturas de Mérida. Los Españoles, que ocupaban sus inmediaciones, habían sido hábilmente engañados por los informes de los falsos espías de que se hacían preceder siempre los republicanos. Creyendo haberlas con fuerzas considerables, Correa, desde hacía algunos días, había evacuado sus posiciones, dirigiéndose hacia el norte con su división. Mientras se atrincheraba en Ponemesa, los patriotas de Mérida, confiando en la próxima llegada de Bolívar, proclamaron la Independencia; adornaron con colgaduras los edificios y las casas, y la columna libertadora penetró en la ciudad, saludada por aclamaciones.

Entusiastas proclamas dieron nuevos voluntarios a Bolívar. Cuatro días después de su llegada a Mérida disponía de 600 reclutas más, entre ellos doscientos jinetes. El español Vicente Campo Elías [1] y Francisco Ponce, que habían abrazado la causa liberal, fueron respectivamente encargados del mando de aquellas tropas, cuya calidad no iba a ser inferior a la de sus compañeros de armas. En seguida tomó Bolívar sus disposiciones. D'Elhuyar, a la cabeza de un destacamento, salió en busca de Correa, y Girardot, con la vanguardia, se dirigió hacia Trujillo, con orden de despejar el camino.

Sabedor de su llegada, el capitán español Manuel de Cañas, creyendo que no le sería posible defender a Trujillo, abandonó también la ciudad y se situó en Carache, en los contrafuertes de la sierra Nevada. Correa rehusó el combate, huyó a Maracaibo, y D'Elhuyar pudo reunirse con Bolívar, quien, después de haber organizado el gobierno en Mérida, salió de esta ciudad el 10 de junio,

1. Hizo las compañas de 1813 en Venezuela; en la batalla de Mosquitero (14 de octubre de 1813) venció al terrible Boves, y murió de una lanzada en la acción del Calvario de San Mateo, el 17 de marzo de 1814.

y, el 14 por la mañana, estableció su cuartel general en Trujillo.

Lo mismo que en Mérida, el cabildo de Trujillo se apresuró a proclamar la República. Así, pues, una vez más fué acogido con júbilo Bolívar. No obstante, el espíritu público necesitaba ser fortalecido, animado, hasta exaltado : en efecto, era indispensable, más que nunca, recurrir a los alistamientos, así para aumentar el efectivo expedicionario como para asegurar la ocupación de los territorios reconquistados. La voz de Camilo Torres vino a secundar la de Bolívar. Confiando en las atrevidas promesas del joven general, el presidente del Congreso le había expedido a Trujillo la contestación que Bolívar había solicitado del gobierno granadino. Anunciaba ésta la salida de tres comisionados encargados de aprobar, en caso necesario, las decisiones del comandante en jefe y de concertarse con él para la organización política de las provincias en que se había proclamado la independencia[1]. A este documento oficial, Camilo Torres había hecho añadir gran número de ejemplares de una « Proclama a los pueblos de Venezuela[2] ».

Bolívar la leyó a los miembros de la municipalidad, reunida por él, en la plaza de Trujillo, llena de gente a la sazón : « Venezolanos!... Reuníos bajo las banderas de la Nueva Granada que tremolan ya en vuestros campos, y que deben llenar de terror á los enemigos del nombre americano... Levantaos contra vuestros opresores... Es preciso que nadie quede en su asiento... Varones, jóvenes y hasta los niños, si es posible, de uno y otro sexo, desplieguen su justo enojo contra los tiranos. Corred á las armas, Venezolanos todos, y haceos dignos de la gloria que les espera á los libertadores de la Patria. »

Este lenguaje, reforzado por el brío de una voz de tono imperioso, y realzado además por los comentarios más capaces de impresionar y de persuadir al auditorio, entusiasmó en sumo grado a cuantos lo oyeron. Era aquella la primera vez que, fuera de los sermones de los predica-

1. El presidente del Congreso de la Unión al general Bolívar. Tunja, 20 de mayo de 1813. **D.**, IV, 816.
2. *Ibid.*

dores, oían los pueblos semejantes llamamientos, despertando en el fondo de su ser una sensibilidad siempre dispuesta al arrebato por las causas defendidas con pasión. Cierto que, ignorantes y fáciles de manejar, aquellas muchedumbres respondían, vibrantes, a la elocuencia y a los ademanes del orador, cualesquiera que fuesen las nociones que pretendiera éste imponer a sus oyentes. Hemos visto con qué habilidad empleaban los frailes estos medios; y, mientras el partido realista pudo contar con el clero, supo éste, de incomparable manera, poner su prestigio tradicional al servicio de los intereses políticos.

Poco a poco, sin embargo, despertábase el republicanismo instintivo de la raza, impregnándose de las ideas que los Próceres propagaban con todo el ardor comunicativo de un sacerdocio. El pueblo iba acostumbrándose a separar en su espíritu estos dos conceptos en un principio inseparables : la fe religiosa y la patria. Nunca, sin embargo, habían sentido las poblaciones americanas impresiones tan profundas como las que le revelaba el lenguaje de la libertad. Un hechizo no habría operado más prodigios. Los indios, inconscientes hasta entonces, los comerciantes, los cultivadores indiferentes, los criollos ociosos, se agolpaban, movidos por igual fervor, bajo las banderas de Bolívar. El entusiasmo ganaba los países circunvecinos. De la provincia de Barínas, y aun de la de Caracas, afluían los voluntarios.

No obstante, la región de Carache, en donde Cañas se había fortificado, seguía adicta al rey. Alentado Bolívar por los casi inesperados progresos de su tentativa, concibió entonces el proyecto de libertar en su conjunto la provincia de Trujillo. Mandó a Girardot que atacara a los Españoles, bien atrincherados en los altos de Agua de Obispos, en la vecindad de Carache. La acción tuvo lugar el 19 de junio, y una victoria completa recompensó el impetuoso ardor de los republicanos; pero éstos menguaron su gloria ejecutando a los prisioneros después del combate : este horrible hecho se generalizaba en unos y otros adversarios a quienes ponía frente a frente una guerra que, de día en día, resultaba más despiadada. En todo caso, la victoria de Girardot realzaba el prestigio de la causa de la

Independencia, cuyo éxito comenzaba a entrever Bolívar.

Sin embargo, las instrucciones del Congreso eran precisas : como recordará el lector, habíase prescrito al comandante de las tropas de la Unión que se detuviera en Trujillo, y que no prosiguiera la campaña sino después de tomado el parecer de la comisión militar que iba camino del cuartel general. Por otra parte, las malas noticias recibidas de Cartagena, y la presencia, más amenazadora que nunca, de Tízcar en la región occidental del Barínas, en donde no parecía querer internarse Bolívar, causaban suma inquietud a los confederados. Por consiguiente, una vez más hacían transmitir al jefe de la expedición la orden de no apartarse de las fronteras de Nueva Granada, y hasta pensaban en mandarle que volviera a ellas.

Hubiera sido esto perder todo el beneficio de tantos esfuerzos y de tanta paciencia. Bolívar no había puesto al Congreso al tanto de sus secretas combinaciones, pero tampoco había desperdiciado la ocasión que se le presentaba : la ocupación de Barínas, que resultaba ser, precisamente, una de las operaciones juzgadas por él indispensables para la realización del plan general de la campaña. ¿Había, por consiguiente, de atenerse a las órdenes del Congreso? ¿Había que comprometer, por un inoportuno exceso de escrúpulos, el éxito de la expedición? Dependía éste sobre todo de una acción rápida posibilitada únicamente por la solícita actitud de los pueblos de las regiones venezolanas ocupadas por las tropas granadinas.

Mas, deseoso de parecer atenerse a los deseos del gobierno de Tunja, puso empeño Bolívar en justificar, ante sus comitentes ocasionales, la línea de conducta que, desde el primer día, se había trazado a sí mismo. Les expuso que, no habiendo podido aún salir de Cúcuta la comisión, transcurriría un tiempo relativamente considerable antes de su llegada a Trujillo : « Mi resolución, pues, terminaba Bolívar, es obrar con la última celeridad y rigor; volar sobre Barínas y destrozar las fuerzas que lo guarecen, para dejar de este modo á la Nueva Granada libre de los enemigos que puedan subyugarla [1]. »

1. Bolívar al Congreso de la Unión, Cuartel general de Trujillo, 25 de junio de 1813. D., IV, 834.

No desperdició tiempo Bolívar en desarrollar estos argumentos. Había tomado ya sus medidas : el día mismo en que salía para Mérida el correo portador de su mensaje al Congreso granadino, un destacamento de 400 hombres, bajo las órdenes de José Félix Rivas y de Urdaneta, se dirigía hacia Guanare.

A su vez sale Bolívar de Trujillo el 28 de junio con el grueso de las tropas. Trepa por los nevados montes de la cordillera, sorprende, en el desfiladero del Desembocadero, una columna de observación enviada por Tízcar, la desbarata, y llega a Guanare. En este punto le dan la noticia de que el coronel Martí, a la cabeza de 800 hombres de todas armas, acaba de ser destacado del cuartel general de Barínas para cortarle el paso. En el acto sale a su encuentro.

Pero ya la división de Martí ha entrado en acción con la de Rivas y de Urdaneta. Compuestas en su mayoría de los voluntarios recientemente incorporados y que arden en deseo de probar su valor, las tropas republicanas han acometido al enemigo en las alturas de Niquitao. Al cabo de un mortífero combate que duró dos días, los Españoles tuvieron que resignarse a la derrota. Dejaron cerca de 300 soldados en el campo de batalla. Los demás fueron hechos prisioneros o perecieron de hambre o de frío en los desiertos y helados senderos de la sierra. Apenas cincuenta hombres habían perdido los republicanos. Martí había huído hacia Barinas con un reducido número de oficiales y de jinetes. Horas después, llegó Bolívar.

Tal fué el asombro de Tízcar al tener noticia del inconcebible desastre de Niquitao, que decidió evacuar cuanto antes Barínas, a pesar de disponer, en este punto, de guarnición y de artillería numerosas, de municiones y de víveres en abundancia. Lo mismo que todos los jefes realistas, estaba persuadido de que el ejército republicano constaba de más de 10 000 hombres. ¿Cómo, de no ser así, explicarse que cada una de las etapas de su vertiginosa carrera fuera señalada por una victoria? No habiendo podido movilizar, en el momento de su salida, más que 500 soldados — pues los reclutas indígenas se habían fugado los de cuarteles al anuncio de la llegada de sus compatriotas, — Tízcar se puso en marcha hacia el sur. Esperaba

reunirse con el cuerpo de Yáñez en Nútrias del Apure.

No se lo permitió Bolívar. Apenas entrado en Barínas, envió a Girardot en persecución de los Españoles. Despavorido, ganó Tízcar la orilla del río en compañía de cinco o seis oficiales, se embarcó sobre una mala balsa, y, dos meses después, estropeado por las fiebres, llegó a Angostura. Yáñez dió muestras de mayor celo y de más intrepidez. Supo reunir los restos de la división de Tízcar, saqueó Nútrias, substrayéndose a sus enemigos, y se replegó sobre la importante encrucijada fluvial de San Fernando. Para ello, atravesó los llanos invadidos por las crecidas anuales, y a su firmeza de alma y a su constancia debió el conducir a buen puerto a su gente.

Al mismo tiempo que mandaba a Girardot que, hasta nueva orden, se quedara en observación en Nútrias con su destacamento, Bolívar seguía en Barínas la política que tan favorables resultados le había dado en Trujillo y en Mérida. Reunía a los notables, los doctrinaba, les explicaba lo que tenía de ser la nación cuyo organismo se proponía él reconstituir. Sus arengas, muy meditadas, son verdaderos cursos de derecho público. Fanatizado por los bandos y por los fogosos llamamientos del Libertador, el pueblo no concibe más ambición que la de alistarse en las filas del ejército republicano, que acrece de hora en hora.

Pero apremia el tiempo. Los diez días que Bolívar se ha concedido para equipar, instruir y ejercitar a sus voluntarios, le parecen interminables. Acaba de ser informado de que Mariño, merced al apoyo de una flotilla reunida en la isla Margarita por el patriota Juan Bautista Arismendi[1], y mandada por un aventurero italiano, Bianchi, de quien se cuentan maravillas, ha bloqueado la costa de Cumaná y se dispone a sitiar esta ciudad. Por otra parte, Piar y Ber-

1. Nació en Asunción, capital de la isla Margarita, en 1770. Gobernador militar de Caracas en 1814, presidió la ejecución de 800 prisioneros españoles. Hizo luego la campaña de oriente, y se refugió en la isla Margarita después de la caída de la segunda república venezolana. En 1817 y 1818, combatió Arismendi en Guayana, dirigió la campaña de Rio Hacha en 1821, y se distinguió en las acciones del Carmen, de Riofrío y de la Ciénaga en 1823. En 1828 réunió la Junta de Caracas, la cual, el 23 y el 26 de noviembre, declaró a Venezuela separada de Nueva Granada.

múdez han realizado proezas. Después de haber rechazado victoriosamente las sucesivas acometidas de los jefes españoles más afamados, Zuázola y Fernández de la Hoz, atacados ante Maturín por Monteverde en persona, han conseguido una victoria decisiva sobre el capitán general (25 de mayo). Los Españoles se han replegado en desorden sobre Caracas; sólo por milagro ha tenido la vida salva Monteverde....

Inflamado por magnífica emulación patriótica, Bolívar, después de haber enviado al capitán Francisco Ponce con un escuadrón de caballería para que alentara a los insurrectos de Cumaná, decide su propia salida. Días después escribía a Camilo Torres : « Temo que nuestros ilustres compañeros de armas de Cumaná y Barcelona liberten nuestra capital antes que nosotros lleguemos á dividir con ellos esta gloria; pero, nosotros volaremos, y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo [1] ».

A pesar de los refuerzos que los reclutamientos efectuados en el transcurso de su camino habían dado a Bolívar, considerables eran los obstáculos que le quedaban que vencer : el capitán Oberto, con los mil regulares de la guarnición de Barquisimeto, y el coronel D. Julián Izquierdo detrás de las murallas de San Carlos, en donde había reunidos 1 200 hombres de las mejores tropas españolas, cerraban, al este y al oeste, el paso hacia la capital. Aun admitiendo que le fuera posible desalojarlos, Bolívar se encontraría, en Valencia, con Monteverde, impaciente por tomar su desquite de Maturín. El capitán general disponía de setecientos a ochocientos soldados escogidos, y de un temible estado mayor de frailes que se empleaba con ardor en mantener, entre los habitantes de la región de Valencia, la hostilidad que tan fatal había sido a la primera república venezolana.

Sin embargo, presiente Bolívar su victoria. Deja en Barínas al francés Santinelli, a quien confía el mando de las fuerzas destinadas a defender la ciudad contra un

1. Carta a Camilo Torres, San Carlos, 25 de julio de 1813. Larrazábal, p. 188.

ataque eventual de Yáñez, y divide en tres cuerpos su ejército. Rivas, con la vanguardia, toma el escarpado camino de Tocuyo, con objeto de sorprender a Oberto en Barquisimeto. Urdaneta se encamina hacia Araure, al pie de la vertiente occidental de la cordillera, adonde Bolívar mismo se dirige por Guanare. En fin, Girardot recibe orden de salir de Nútrias, no sin haber instalado en ella suficiente guarnición, de acudir a Barínas para ponerse a la cabeza de la retaguardia, y de reunirse con el ejército que se hallará concentrado ante San Carlos.

Se ha podido criticar este plan cuya ejecución habría sido singularmente contrariada por poco que a los Españoles se les hubiese ocurrido caer con todas sus fuerzas, ya sobre Rivas, separado por la cordillera del resto del ejército, ya sobre Urdaneta, cuyos efectivos eran muy débiles, y con quien no podían reunirse, juntas, las divisiones de Bolívar y Girardot.

Pero, al adoptar el plan temerario que, por cierto, había de coronar la victoria, contaba Bolivar con la rapidez, el empuje de sus tropas y el mérito de sus oficiales, con el que formaba contraste la notoria impericia de los jefes españoles. Antiguos oficiales de marina en su mayoría, las condiciones de aquella guerra de emboscadas, de astucias y de encarnizadas persecuciones los habían desmoralizado. El jefe de la expedición libertadora sabía también que en todas partes estaban persuadidos de la irresistible superioridad de sus tropas. Por entonces, los Españoles valuaban en 17 000 hombres su efectivo. Monteverde, batallador intrépido pero falto de conocimientos militares, había de querer, además, conservar la dirección de conjunto de los movimientos de su ejército. En este sentido, y hasta cierto punto, su presencia en Valencia, siempre que los habitantes no escucharan demasiado la propaganda realista, éra tranquilizadora. El comandante de Barquisimeto, o cuando menos el de San Carlos, no estaban autorizados a tomar iniciativa alguna sin consultar antes con el capitán general, y, éste, no podía menos de arrastrar a sus lugartenientes a faltas irreparables. En fin, y sobre todo, confiaba Bolívar en su destino.

Se realizaron sus previsiones. El 23 de julio por la

mañana, en el llano de Los Horcones, a cierta distancia del pueblo de Tocuyo, que acababa de dejar, sorprendió Rivas la división de Barquisimeto. Los 400 republicanos se vieron frente a doble número de enemigos. Pero arremetieron contra ellos con tanto vigor, que tuvieron los Españoles que abandonar el campo de batalla después de haber sufrido pérdidas enormes. El combate se prolongó por espacio de varias horas, terminando por una matanza en la que perecieron aquellos de los soldados de Oberto que no habían tenido tiempo para asegurar su salvación por medio de la huída. La artillería, los equipajes, las banderas y el tesoro de la división de Barquisimeto cayeron en poder de los republicanos.

Mientras tanto, Urdaneta, Bolívar y Girardot habían llegado, del 25 al 27 de julio, a media jornada de marcha de San Carlos. Rivas se reunió con ellos el 28, dispuesto, a pesar de su mucho cansancio, a tomar parte en el asalto de los atrincheramientos del coronel Izquierdo. Pero San Carlos acababa de ser evacuado. Al tener noticia de la derrota de Oberto, Monteverde había dado orden al coronel Izquierdo de que se replegara al norte, sobre Tinaquillo. Izquierdo no se atrevió a desobedecer. Sabía, además, cuán importante era impedir que Bolívar se apoderara de la meseta cuyo contrafuerte más avanzado, al sur, está constituído por Tinaquillo. Es un centro estratégico de primer orden; impera sobre los dos valles más populosos de Venezuela, sobre la capital y sobre las aproximaciones de sus dos grandes puertos[1]. Las fuerzas combinadas de la división de San Carlos y de la de Valencia podían oponer a los republicanos una barrera infranqueable.

Pero, apenas llegado a Tinaquillo, recibió Izquierdo orden de volver a San Carlos y de tomar allí posiciones. A más de esto, Monteverde pedía refuerzos. Comprendió Izquierdo la inepcia de esta táctica. Al oficial enviado por él a Monteverde con el destacamento que éste pedía, le dió encargo de manifestar al capitán general todos los peligros a que iban a quedar expuestas las divisiones aisladas del

1. V. Élisée Reclus, *Nouvelle Géographie Universelle*, t. XVIII, p. 170.

ejército realista, y esperó nuevas instrucciones en Tinaquillo.

Mientras tanto, las tropas republicanas se habían puesto en marcha, llegando, el 30 de julio por la noche, al pueblo de Las Palmas, a seis leguas del campo enemigo. Al día siguiente, desde el amanecer, prosigue su marcha Bolívar, esperando sorprender a los realistas. Pero éstos habían sido prevenidos. Grande fué la extrañeza de Izquierdo al saber que Bolívar se proponía atacarle con algo menos de 1 800 hombres. Sólo de un millar disponía él, pero su artillería era mucho más numerosa que la de su adversario : resolvió salir a su encuentro.

Hacia las cuatro de la tarde, los exploradores del ejército republicano vieron a los realistas en orden de batalla en el llano llamado de Taguanes. En el acto da Bolívar a su infantería la orden de ataque. Bajo el fuego de los cañones enemigos, los republicanos se precipitan a la bayoneta, en tanto que la caballería de los llaneros trata de atacar por la retaguardia a los realistas. Tales son la furia de los republicanos y su desprecio de la muerte, que pronto se ven obligadas a la retirada las apretadas columnas de Izquierdo. Sostienen sin embargo con bravura el ataque veinte veces repetido de la infantería enemiga. Diezmados por la artillería, no consiguen los llaneros envolver a los Españoles; poco a poco van acercándose éstos a las pobladas pendientes de un cerro vecino : si consiguen tomar allí posición, están salvados. Llegan a orilla del bosque. Ya la caballería realista rodea el pie del cerro sobre cuya falda se escalona la infantería, resguardándose con los árboles.

De repente, los llaneros se juntan, y con terrible ímpetu caen sobre los jinetes enemigos. Los dispersan, les obligan a huír hacia el llano, en donde fácilmente los fusilan los republicanos... Obedeciendo a una orden de Bolívar, los llaneros toman entonces en grupa a uno o dos infantes, y, mientras los soldados de Urdaneta, de Rivas y de Girardot, a quienes ponen frenéticos las exhortaciones de sus jefes, se precipitan al asalto de la colina mortífera, los llaneros, llevados por el galope furioso de sus monturas, intentan de flanco la escalada de la posición enemiga.

Izquierdo ve con angustia aquella extraña y formidable caballería, erizada de fusiles, de sables y de lanzas, destrozar la maleza, insinuarse incomprensiblemente por la arboleda, llegar hasta media ladera del cerro. Los jinetes han envuelto la división realista, y abrasan a los Españoles, cogidos ahora entre dos fuegos.

Indecible enmarañamiento de hombres y de caballos. La explosión de los armones, el humo, el fuego graneado de la fusilería, el silbido de las balas, los alaridos de la matanza, el estrépito de los árboles partidos, parecen clamores de infernal tempestad. Sólo a mediados de la noche se apaciguó : doscientos republicanos y setecientos realistas quedaban sobre el campo de batalla; los heridos fueron rematados a lanzadas. Izquierdo, gravemente herido, fué recogido por dos ayudantes suyos y transportado hasta San Carlos, en donde falleció dos días después[1].

La victoria de Taguanes abría a Bolívar el camino de Caracas y terminaba la campaña. Al tener noticia, el 1º de agosto por la mañana, de la destrucción de la división de Izquierdo, Monteverde juzgó, en efecto, que todo estaba perdido. La víspera por la tarde se había puesto en camino con 300 hombres para prestar ayuda a su primer lugarteniente; pero, informado en el camino del giro que tomaba el combate, regresó precipitadamente y fué a encerrarse en Puerto Cabello. Bolívar ocupó, pues, Valencia sin que nadie le atajara el paso. El 4 de agosto, vió en La Victoria a los enviados de Don Miguel Fierro, gobernador interino de Caracas, que acudían a proponerle una capitulación.

Fierro, en quien Monteverde se había descargado de toda responsabilidad, había escogido hábilmente a los miembros de la delegación[2]. De ésta formaban parte antiguos bienhechores de Bolívar : el marqués de Casa León y D. Francisco Iturbe[3]. Fueron acogidos con ternura por el Libertador, quien ratificó sin objeción alguna las cláusulas del tratado de que eran portadores. Mediante la rendición

1. Según los relatos comparados de Restrepo, Montenegro, Baralt y Díaz, Torrente, etc., etc....
2. V. Heredia, *op. cit.*, p. 155.
3. Y, también, Felipe Fermín Paul, Vicente Galguera, y el sacerdote Marcos Rivas.

de todas las plazas de la provincia, se comprometía a respetar a las personas y las propiedades, concedía un plazo de un mes a cuantos quisieran salir de Venezuela, concedía a las tropas españolas derecho a evacuar sus guarniciones con armas y bagajes, y permitía a los oficiales que conservaran su espada[1] : « Por tanto, he accedido — escribía Bolívar á D. Miguel Fierro[2] — á la generosa capitulación que los comisionados han venido, dirigidos por V. S. a tratar conmigo, para mostrar al universo, que aun en medio de las victorias los nobles Americanos desprecian los agravios, y dan ejemplos raros de moderación á los mismos enemigos que han violado el derecho de gentes y hollado los tratados mas solemnes. »

Pero, ni en el ánimo del gobernador de Caracas, ni en el de Monteverde, estaba el aprobar esta capitulación. Los tratados que los Españoles se veían obligados a solicitar de los criollos, o las promesas que las circunstancias les conducían a ofrecerles, seguían no teniendo a sus ojos más valor que el de medios de guerra impuestos por los acontecimientos. Para las autoridades coloniales, los Americanos insurrectos seguían siendo traidores, y no podía acudir a la mente de los representantes del rey el negociar lealmente con rebeldes.

Si Bolívar había conservado alguna ilusión acerca de esto, la conducta que en aquel momento observaban los Españoles de Caracas no iba a tardar en desengañarle. Cuando los delegados del gobernador regresaron a la capital para dar cuenta de su misión, se encontraron con que D. Miguel Fierro y todos los miembros del gobierno habían abandonado la ciudad. Sólo represalias esperaban de sus enemigos, y no concebían poder ser tratados por éstos de un modo distinto del que ellos mismos les habrían tratado. El terror más insensato se había apoderado de toda la población española : « Los males que esta vergonzosa y precipitada fuga causó á la nación y á los particulares, refiere un testigo[3], no son fáciles de explicar. Es

1. Capitulación de La Victoria, 4 de agosto de 1813. D., IV, 859.
2. Despacho del 4 de agosto de 1813 a S. E. el Gobernador de Caracas. *Ibid.*
3. José de Costa y Galli, Consejero de la Audiencia de Caracas, citado por Heredia, *op. cit.*, p. 152.

preciso haberlos visto, ó padecido, para sentirlos con toda su vehemencía. Es preciso haber visto los hijos abandonar á sus padres, los padres á sus hijos, los maridos á sus mujeres, y todos sus intereses y fortunas, para huír de la muerte que les aguardaba permaneciendo en la capital... es preciso haber visto todo esto para formar idea verdadera de aquel dia de horror, de desolación y de desorden... » Todos huían. El camino del puerto estaba cubierto de desgraciados que, exhaustos, escalaban, bajo los abrasadores rayos del sol, las abruptas pendientes de la montaña. En La Guayra, la gente se precipitó a las embarcaciones, muchas de las cuales volcaron por efecto del peso y de la marejada. Los navíos salieron del puerto no llevando sino parte de los fugitivos.

En la playa quedaron más de un millar, entre ellos 400 soldados de la guarnición de Caracas que habían escoltado al gobernador y que éste abandonó, por no poder embarcarlos a bordo de su buque. Fierro se reunió con Monteverde en Puerto Cabello; pero sus soldados al verse, días después, a punto de ser matados por los habitantes, se entregaron a las tropas republicanas que, en aquellos trances, se habían presentado para tomar posesión de la plaza. Fueron después, así como los fugitivos quedados sin recursos en La Guayra, a substituir en las cárceles de la fortaleza y de Caracas, a los patriotas a quienes ponía en libertad el fin del régimen de Monteverde. No se opuso Bolívar a esta medida, como después veremos, esperando que la oferta de estos prisioneros determinaría al capitán general a ratificar la capitulación.

Mientras tanto, Bolívar se había puesto en camino para la capital. En dos jornadas : 5 y 6 de agosto, se efectuó su paso de La Victoria a Caracas, en medio de las aclamaciones de la más viva alegría. La entrada en Caracas iba a ser, para el general victorioso, un inolvidable día de felicidad y de gloria.

Con justo motivo podía enorgullecerse de la brillante campaña que estaba terminándose. Por la seguridad de sus previsiones y de sus cálculos, por aquel don de intuición superior y aquella facultad de « aprender obrando, así en la política como en la guerra » que distinguen a los

grandes capitanes y a los grandes hombres de Estado[1], por su incansable perseverancia, su fogosa energía, cualidades que supo inculcar a sus oficiales y a sus soldados, por su habilidad en sacar en el acto provecho de sus victorias, por el prestigio irresistible, en fin, que ejercía sobre el enemigo, Bolívar pudo medirse, desde sus primeras proezas, con los hombres de guerra más célebres de todos los tiempos. « Los entendidos colocan los resultados de esta campaña, escribe el solo historiador europeo que ha hablado de ella[2], al lado de las hazañas militares más atrevidas de que era entonces teatro Europa; campaña durante la cual, y empleando la escala en miniatura con la que hay que medir todas esas guerras en América, el ejército de los patriotas recorrió, en tres meses, doscientas cincuenta leguas, desde Cúcuta hasta Caracas, y dió seis batallas campales y gran número de combates importantes. »

Las « seis batallas campales » no eran, en realidad, más que seis acciones considerables, pero que valían veinte batallas. Mil doscientos kilómetros de camino recorridos por dos sierras y por regiones defendidas por obstáculos inconcebibles; cinco divisiones que sumaban cerca de seis mil combatientes, desbaratadas, dispersadas, u obligadas a entregarse con sus banderas, sus armas y su artillería; el occidente de Venezuela libertado, desde la cordillera al mar : todo esto en 90 días y con 650 hombres. Nunca, con menos, se hizo más, y en tan poco tiempo[3].

El 6 de agosto, hacia media tarde, el ejército libertador pasó las floridas orillas del Guaire, y Bolívar penetró en fin en su ciudad natal. Había deseado, sin quizás atreverse a esperarlo, que el triunfo preparado alcanzara las proporciones de su ensueño y fuese como el primer florón de aquella corona prodigiosa que había de consagrar más tarde la obra que tenía ya vida en su pensamiento. El agradecimiento de sus compatriotas supo improvisar una ceremonia a la vez suntuosa y enternecedora, que superó a las aspiraciones del Libertador.

1. Albert Sorel.
2. Gervinus, *op. cit.*, t. VI, p. 256.
3. V. Mitre, *Histoire de San Martín*, etc., *op. cit.*, t. III, cap. XXXVIII.

El joven general, con uniforme de gala, a caballo y empuñando el bastón de mando cuajado de estrellas de oro, se había adelantado, a la cabeza de sus tropas, hacia el arco de ramas y de flores levantado a la entrada de la ciudad. Una multitud entusiasta le esperaba, formando una doble hilera en la larga avenida que conduce a la plaza Mayor. Agarrados a las rejas de las ventanas, apiñados en los balcones y en las azoteas, los espectadores saludaban con inmensa aclamación. La artillería, las campanas, las charangas se mezclaban con los vivas que hendían el aire ligero, en donde a trechos ondeaban banderas.

Un grupo de los notables de la ciudad rodea a Bolívar, le obliga a bajar del caballo, le hace subir a un carro construído a semejanza de los que servían para los triunfadores de Roma. Doce jóvenes doncellas pertenecientes a la nobleza de Caracas, todas ellas bonitas y admirablemente ataviadas, se han enganchado al carro, en el que Bolívar, en pie, con la cabeza descubierta, resplandeciente de juventud y de gloria, se deja llevar por las calles alfombradas de laureles.

Detrás seguían los oficiales granadinos, aclamados a su vez, incapaces de dominar la emoción que les enajena. A continuación aparecen las banderas tomadas al enemigo : las llevan enhiestas los soldados que, desde Cartagena o Mompox, han conquistado el derecho de pertenecer a la legión de hombres de pro cuya institución iba a ser decretada por su general. Después, desfilan las tropas : tienen apenas algunos meses, algunas semanas, algunos días de servicio; pero personifican tal caudal de hechos y tantas esperanzas, que, a pesar de sus uniformes destrozados o miserables, de sus pies desnudos y de sus heridas, tienen el andar gallardo y seguro de veteranos.

Los jóvenes contemplan con generosa envidia el cortejo, los ancianos derraman lágrimas de alegría; las mujeres, sonrientes, aplauden. El vencedor había mandado abrir las cárceles, y las víctimas de Monteverde, con sus caras macilentas y demacradas parecían, en medio de aquella alegre muchedumbre, espectros sacados de sus tumbas[1].

1. V. Ducoudray-Holstein, *Histoire de Bolivar*, Paris, 1831, t. I, cap. VIII.

Era éste un contraste más en aquella fiesta cuyo prestigioso espectáculo embargaba todos los corazones. Llegó a lo más hondo de Bolívar aquella exaltación de sus conciudadanos, anunciadora de futuras victorias. Pero al mismo tiempo percibía cuán superficiales, efímeros y frágiles eran aquellos vítores, aquellas ovaciones, aquel entusiasmo. Las miradas que su espíritu dirigía hacia el porvenir le descubrían un horizonte obscurecido por amenazadoras tormentas.

III

Además, se hacían presentir peligros inmediatos. Eran éstos : en la región de Coro y en la de Maracaibo, el foco de la contra-revolución, sostenido con más ardor que nunca por la emigración de los Españoles de Venezuela y de Nueva Granada, y por la concentracion de los residuos de las divisiones realistas dispersadas en el transcurso de la reciente campaña. En Puerto Cabello, Monteverde, a quien, seguramente, iban a enviar fuerzas las Antillas españolas, Monteverde, rodeado de los partidarios más resueltos de la reacción, que con febril actividad se dedicaba a perfeccionar sus medios de defensa, y hasta se disponía a tomar la ofensiva tan pronto como se hallara en condiciones para ello. En fin, en las provincias orientales, una situación que parecía más temible aún.

Envalentonados por sus éxitos sobre Monteverde, Piar y Bermúdez se habían, a fines de junio, aproximado a Cumaná, con intención de unir sus esfuerzos a los de Mariño, quien, como recordará el lector, sitiaba, desde hacía un mes, tan importante capital de provincia. En ella se hallaba, muy bien atrincherado, el gobernador Antoñanzas. Disponía de una guarnición de cerca de un millar de hombres y de cuarenta cañones; ocho buques de guerra cruzaban sobre la costa, asegurando el acopio de la plaza y teniendo a raya algunas piraguas, mal armadas, que los patriotas de la isla Margarita habían enviado a Mariño.

Todo parecía, pues, oponerse al éxito de los republicanos, pero no tardaron en tomar otro giro los aconteci-

mientos. Desde la segunda mitad de julio, tres goletas y varias lanchas cañoneras, mandadas por un aventurero italiano. Giuseppe Bianchi, reforzaron la flotilla republicana. En aquel momento, las tropas de Piar y de Bermúdez. después de haber derrotado los destacamentos realistas que hallaron a su paso, llegaron al cuartel general de Mariño. Pudo éste, entonces, activar las operaciones. Estrechó la línea del sitio. consolidó sus obras, y, el 31 de julio. amenazó al gobernador con un ataque general si no entregaba los fuertes en un plazo de veinticuatro horas.

Ahora, la flotilla republicana tenía la costa casi en estado de bloqueo. Los víveres comenzaban a faltar en Cumaná, el desaliento se había apoderado de la guarnición. Se aseguraba que Bolívar estaba a las puertas de Caracas. Antoñanzas se creyó perdido y no pensó más que en ponerse personalmente en seguridad. Hizo creer a sus oficiales que iba a pedir socorro a las Antillas, y se embarcó en uno de los bergantines españoles, esperando sustraerse a la vigilancia de Bianchi. Pero, los oficiales realistas se dieron cuenta de que su jefe les abandonaba. hicieron clavar los cañones, anegaron la pólvora, destruyeron las armas de repuesto que contenía el arsenal, y se embarcaron a su vez, con parte de su gente, en los navíos disponibles.

El 2 de agosto. a las 4 de la mañana, consiguieron ganar el mar aquellos barcos. Pero entró Mariño en Cumaná; sus artilleros desclavaron una de las piezas de sitio e hicieron fuego sobre los navíos españoles, en tanto que Bianchi les daba caza, los alcanzaba, apresaba cinco de ellos, y los traía de nuevo al puerto con doscientos prisioneros. A pesar de sus averías, el navío que llevaba a Antoñanzas pudo llegar a alta mar y refugiarse en Curazao. Pero Antoñanzas sobrevivió pocos días a las heridas que recibió en el combate. La mayoría de los soldados hechos prisioneros por Bianchi fueron exterminados en la playa misma de Cumaná.

La ocupación de la plaza fué para Mariño el preludio de una serie de éxitos que, en menos de veinte días, le hicieron dueño de toda la provincia. El antiguo capitán

general de Cuba, D. Juan Manuel de Cajigal, enviado recientemente para ayudar a Monteverde, había salido con refuerzos hacia Barcelona. Allí fué atacado vigorosamente por Piar, y evacuó, el 19 de agosto, esta última fortaleza realista. Bolívar estaba por entonces en Caracas, y comprendió Cajigal lo inútil que era prolongar la resistencia contra fuerzas notoriamente superiores y pueblos ganados, de día en día, a la causa revolucionaria. Por otra parte, la deserción había reducido las tropas realistas a un puñado de hombres desmoralizados. Cajigal se retiró a la Guayana, que seguía sometida a los Españoles.

En compañía de él iban algunos oficiales, entre ellos José Boves y Francisco Morales, quienes no iban a tardar en adquirir terrible fama de eficaz y feroz actividad. Al llegar a la entrada de las llanuras del Orinoco, la reducida expedición se dividió en dos grupos : uno, de unos cincuenta hombres, con Cajigal, prosiguió su camino hacia Angostura; el otro, compuesto de unos cien jinetes, acampó a orilla del río. Boves y Morales tomaron su mando : se hicieron entregar por Cajigal todas las armas y las provisiones disponibles, y prometieron organizar guerrillas con objeto de reanudar la lucha contra los rebeldes.

Nadie, en aquel momento, sospechaba el alcance de tal promesa. La toma de Barcelona y la desaparición de Cajigal terminaban, cuando menos al parecer, la liberación de todo el oriente de Venezuela. Ensoberbecido por sus victorias, Mariño se negó a concertarse con Bolívar acerca de los medios de utilizar los resultados de éstas en provecho superior de la repùblica, y no tuvo más pensamiento que el de su interés personal. Los patriotas de Cumaná y Barcelona se dejaron fácilmente persuadir por Mariño. Le invistieron de los poderes extraordinarios que declaró él ser indispensables para el establecimiento definitivo de la independencia de aquellas provincias. Después le proclamaron « Jefe supremo y Dictador del oriente de Venezuela », con Piar por primer lugarteniente. El vencedor de Cumaná quería apresurarse a recoger los frutos de su conquista, y los laureles de Bolívar le eran insoportables.

De todos los peligros que amenazaban la naciente gloria de Bolívar y estorbaban con incertidumbres la realización de su obra, el más angustioso de todos era la conducta de Mariño. Las dilaciones, los desengaños ocasionados ha poco por la disidencia de Castillo iban sin duda alguna a reproducirse, pero con variantes a que la fragilidad del apenas reedificado edificio de la república, y el prestigio de un jefe de grandes vuelos, daban, esta vez, excepcional gravedad. En las circunstancias críticas en que a las ansiedades del Libertador se imponía la organización de un gobierno nuevo y de un ejército capaz de asegurar su funcionamiento y hasta su existencia misma, era un nefasto precedente el que creaba aquel inesperado dictador, al presentarse, desde el principio, como competidor, y hasta como adversario de aquel a quien los acontecimientos iban a elevar a la magistratura suprema de todo el resto del país.

Añádase a esto que, así por instintos como por orígen, los compañeros de Bolívar no estaban sino harto inclinados a la manía de la insubordinación. Arreciaba ésta desde los comienzos de la Revolución y de las guerras de la Independencia, y la hallaremos contrariando a cada paso los proyectos del Libertador, viciándolos más de una vez, desbaratándolos siempre. Castillo, que acariciaba ahora la esperanza de vengarse, no había sido el solo en personificar, en el transcurso de la campaña de Venezuela, estas deplorables tendencias. Los informes de Bolívar al presidente de la Unión mencionan a cada página las preocupaciones que al general causaban los desmanes de sus oficiales mejor dotados : Francisco de Paula Santander [1], por ejemplo, de quien había tenido que separarse confiándole el mando de un destacamento encargado de velar, después de la salida de las tropas, por la seguridad de los valles de Cúcuta, y que, con el tiempo, había de

1. Nació en Cúcuta en 1792, murió en Santa Fe de Bogotá el 6 de mayo de 1840; vicepresidente de Colombia de 1821 a 1828. Implicado en la conspiración del 25 de septiembre de 1828 contra el Libertador, estuvo algún tiempo encarcelado en Puerto Cabello, y reapareció en 1831 en el escenario político. Fué presidente de la República de Nueva Granada de 1832 a 1839.

convertirse en el más peligroso é inexorable enemigo del Libertador.

Antonio Briceño fué también para Bolívar motivo de continuos disgustos y de preocupaciones. Diputado en el primer Congreso venezolano, jurisconsulto distinguido, Briceño, después de la entrada de Monteverde en Caracas, se había refugiado en Cartagena. Las persecuciones que su familia había sufrido, la pérdida de su fortuna y de sus bienes exasperaron a Briceño, ciudadano hasta entonces apacible. Animado de fanático odio contra los Españoles, juró consagrarse a su exterminio, organizó un reducido cuerpo de voluntarios y se apresuró a reunirse con Bolívar en Cúcuta.

No obstante, pretendía no obrar sino por cuenta propia, y los solícitos consejos del general de las tropas granadinas para poner bajo su mando a aquellos inesperados reclutas, sólo a medias convencieron a Briceño. Ocho días después de su llegada al cuartel general, se marchó, a la cabeza de su gente y de cincuenta soldados a quienes obligó a seguirle, y penetró en la provincia de Barínas. No tardó Bolívar en estar al tanto del extraño concepto que de los deberes militares tenía « ese intruso y loco militar » (así le calificaba), que se había adornado con el título de « comandante en jefe de la caballería de Venezuela », y que, sin órdenes, sin municiones y casi sin armas, caminaba a su propia ruina al exterminar, por donde pasaba, a los campesinos aislados[1]. No tardó Briceño en caer en una emboscada que le había preparado el coronel español José Yáñez en las cercanías de Guadualito. Allí murieron, por culpa de él, las tres cuartas partes de sus compañeros, y, conducido él a Barínas, fué fusilado por orden del coronel Tízcar.

Esta aventura perjudicó mucho los intereses de la causa liberal, y las quejas de Bolívar resultaban plenamente justificadas. Briceño le había quitado hombres cuya deserción, en horas tan decisivas como las de la preparación de la campaña de Venezuela, arriesgaba desbaratar todos los

1. Informes de Bolívar al presidente de la Unión. Cúcuta, 9 de mayo de 1813. Mérida, 30 de mayo de 1813. **D.**, IV, 810, 823, etc.

planes de Bolívar. Los inútiles crímenes cometidos por aquel partido de « imprudentes ó desgraciados arrastrados a la desobediencia[1] », arrojaban, por otra parte, deplorable descrédito sobre los patriotas, suscitaban inevitables represalias y contribuían a acreditar costumbres odiosas de crueldad y de anarquía entre los representantes más calificados de la Independencia.

En efecto, desde que la revolución había entrado en su fase activa, el elemento militar se había, como protagonista de la idea republicana, substituido al elemento intelectual. Pero, aunque haciendo en sus proclamas un uso tan frecuente de la palabra *patria* como el que en sus discursos habían hecho los miembros de las juntas y de los congresos, los caudillos poseían más imperfectamente aún la noción sana y completa del ideal que preconizaban. Hasta entonces, sólo con uno de los principios del concepto de patriotismo, — cierto que el más esencial, — habían podido familiarizarse los Americanos : el apego al suelo natal. El culto de los grandes hombres y de los grandes recuerdos, cumbres radiosas que, en las horas críticas, deben ser la inspiración, la firmeza y el orgullo de los pueblos, y, en fin, el sentimiento de la solidaridad, quedaban siendo extraños, no sólo a la masa del pueblo, sino también a aquellos que, en las circunstancias presentes, resultaban sus verdaderos mandatarios. En este sentido, sus disensiones y sus disidencias eran instructivas, y Bolívar vió en ellas motivo para una nueva empresa : iba a instituirse, ante sus compatriotas, educador del patriotismo.

Una tierra, una raza, una lengua, una religión comunes no bastan para crear « esa conciencia moral que se llama una patria[2] ». Es necesario además una historia. Bolívar escribirá sus más fecundos y gloriosos capítulos. La condición indispensable para la realización, para la viabilidad de esa nueva obra es, no obstante, hacer de esos jefes, de esos soldados en cuya alma inquieta se han, por decirlo así, refugiado los elementos generadores de la patria

1. Informes de Bolívar al presidente de la Unión. Cúcuta, 9 de mayo de 1813. Mérida, 30 de mayo de 1813. **D.**, IV, 810, 823, etc.
2. Renan, *Discours et Conférences. Qu'est-ce qu'une Patrie?* (Conferencia dada en la Sorbona, el 11 de marzo de 1882).

futura, colaboradores conscientes y disciplinados. Deberán penetrarse de la necesidad de una abnegación altruista; es preciso que sólo el pensamiento de haber obrado, de haber sufrido por el bien de todos les anime y les sirva de recompensa; es necesario, en fin, que, a su vez, la masa se asimile estas generosas nociones y se haga digna de la herencia que le preparan sus libertadores. Veremos con qué ciencia, con qué sinceridad magníficas se adaptará Bolívar a ese papel de educador, y cómo, en sus iniciativas, en sus actos y palabras se ha vivificado la lección.

Por de pronto, ruidosas proclamas exaltarán las proezas del ejército del que espera Bolívar nuevos sacrificios y nuevos esfuerzos : « Anonadados — les dice el Libertador á sus compatriotas [1] — con las vicisitudes físicas y políticas, hasta el último punto de oprobio y de infortunio á que la suerte ha podido reducir á un pueblo civilizado, os veis ya libres de las calamidades espantosas que os hicieron desaparacer de la escena del mundo, y por decirlo así, hasta de la faz de la tierra : pues, sepultados, muertos en los templos, y vivos en las cavernas que el arte y la naturaleza han formado, estabais privados de la influencia del cielo y de los auxilios de vuestros semejantes.

« En un estado tan cruel y lamentable, y a tiempo que las persecuciones habían llegado á su colmo, un ejército bienhechor compuesto de vuestros hermanos, los ínclitos soldados granadinos, aparecen y como ángeles tutelares, os hacen salir de las selvas, y os arrancan de las horribles mazmorras donde yacíais sobrecogidos de espanto ó cargados de cadenas, tanto mas pesadas cuanto mas ignominiosas. Aparecen, digo, vuestros libertadores, y desde las márgenes del caudaloso Magdalena, hasta los floridos valles del Aragua y recintos de esta ilustre capital, victoriosos, han surcado los ríos del Zulia, del Táchira, del Boconó, del Masparro, la Portuguesa, el Morador y Acarigua, transitando los helados páramos de Mucuchíes, Boconó y Niquitao, atravesando los desiertos y montañas de Ocaña, Mérida y Trujillo, triunfando siete veces en las campales batallas de Cúcuta, La Grita, Betijoque, Carache,

1. Proclama del 8 de agosto, 1813, **D**, IV, 849.

Niquitao, Barquisimeto y Tinaquillo, donde han quedado vencidos cinco ejércitos que en número de diez mil hombres, devastaban las hermosas provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barínas y Caracas. »

El regente de la Audiencia, Heredia, contemporáneo de estos acontecimientos y de quien hemos invocado con frecuencia el testimonio, casi siempre imparcial, reproduce en sus *Memorias*[1], el texto de « esta pomposa descripción, la cual — observa — sólo tiene de verdad los nombres de los lugares, y el progreso que fué muy rápido... Aquí alude en parte al gran terremoto; pero nadie lo causó sino aquel *qui respicit terram et facit eam tremere*, ni cesaron los temblores por la venida de Bolívar. Las otras calamidades que ya habían cesado por los trabajos de la Audiencia, fueron el fruto natural de la imprudente revolución y demás tonterías que cometieron sus autores... ni hubo batallas campales sino escaramuzas y dispersiones ó retiradas, ni menos ejércitos, sino reuniones tumultuarias de gentes sin disciplina, que todas juntas no compondrían la mitad del número que se pondera, y en las cuales nunca se presentaron quinientos hombres aguerridos. »

Fácil le fuera al malicioso ingenio de Heredia ejercitarse de este modo contra Bolívar, si éste no hubiera sido el primero en discernir en sus discursos la parte que daba él a las realidades y la que concedía a la imaginación. Sometido al ideal de su época, y, por otra parte, arrastrado por su temperamento romántico, Bolívar propendía forzosamente al estilo declamatorio; pero, en esta ocasión, adrede y con complacencia empleaba la hipérbole. Al exagerar los títulos de sus soldados al agradecimiento de la nación venezolana, sabía que debía inspirarles el sentimiento de que la suerte del país vuelto a la libertad dependía ahora de ellos solos. Al mismo tiempo, ennoblecía la naturaleza de las hazañas de sus compañeros de armas para excitarles a llevar a cabo otras más meritorias aún. En suma, quería que el pueblo estimara por encima de todo las virtudes militares; entonces, el ideal de cada uno sería concurrir a la salvación de la patria alistándose entre aquellos a quienes

1. *Op. cit.*, p. 163.

Bolívar daba aún el glorioso título de « defensores del suelo natal ».

Después de haber consagrado los primeros momentos al júbilo de la victoria, fué necesario proceder al establecimiento del nuevo gobierno, y, el 13 de agosto, anunció en una segunda proclama[1] que el ejército libertador no había venido sólo para vengar la dignidad americana ultrajada injustamente, sino también con el fin de « conservar a toda costa la República ». Una asamblea de notabilidades, convocada solemnemente, discutirá y decretará la forma de gobierno que parezca adaptarse mejor al estado del país. « Aun no ha terminado la guerra — añadía Bolívar — y me he propuesto llevar mis huestes vencedoras donde quiera que haya enemigos de la Patria[2]. »

Todos los cuidados del joven general parecen, además, concentrarse, en aquel momento, en la organización, el equipo, el mejoramiento material y moral del éjercito. Dibuja él mismo los uniformes que destina a los soldados y que un próximo decreto habrá de especificar[3]. Pasa revistas, rodeado de imponente escolta, tal vez soñando ya con una guardia consular, y, cuando menos, descubriendo en torno suyo, entre aquellos soldados cuyos progresos le encantan, a muchos hombres capaces de suministrarle los elementos para ella. Sabe decir a cada uno palabras de esas cuyo recuerdo hará héroes cuando llegue el momento de entrar en acción.

Hubiera deseado Bolívar poder prolongar aquellos días de reposo tan necesarios y tan preciosos para la preparación de la campaña que se anunciaba. Sin embargo, los Españoles se rehacían por todas partes, y hasta en las cercanías de Caracas. Investido temporalmente, por el gobierno provisional, del poder civil y militar, decidió Bolívar, el 16 de agosto, atacar a Monteverde en Puerto Cabello y salió él mismo para dirigir las operaciones del sitio. Un empréstito forzoso de 120 000 pesos impuesto a

1. Proclama del 13 de agosto de 1813 a los Venezolanos. **D.** IV, 853.
2. Id.
3. Decreto del 17 de octubre de 1813. **D.**, IV, 885.

los negociantes españoles quedados en Caracas, había permitido subvenir a los gastos más urgentes. La población había respondido a los llamamientos del Libertador. En sólo una semana se presentaron mil voluntarios. Por desgracia, era necesario dejar en Caracas una guarnición, y Bolívar entró de nuevo en campaña con un ejército muy mermado, cuyo único contingente apreciable lo constituían las tropas granadinas.

Apenas llegado a Valencia, los acontecimientos le obligaron a reducir aún sus efectivos. Los realistas habían reavivado la contra-revolución en los valles del Tuy, a algunas leguas al sudeste de Caracas. A toda prisa tuvo que salir José Francisco Montilla, a la cabeza de un destacamento. Sin gran esfuerzo dispersó las bandas de esclavos alistados por los Españoles y que salieron a su encuentro. Pero no fué definitivo este éxito. Se organizaron gran número de guerrillas. No tardó Montilla en pedir socorros y, a pesar de los refuerzos que le envió Bolívar, no pudo conseguir dominar la insurrección. Esta, por otra parte, se perpetuó, se agravó y acabó por llegar a ser, para la capital, un temible y constante peligro.

Entre tanto, Bolívar, detenido así en su marcha contra Puerto Cabello, recibió, repetidamente, malas noticias. Boves, ex lugarteniente de Cajigal, había reclutado en los llanos gran número de partidarios. Por otra parte, el cura Torrellas, cuyo concurso había sido, dos años antes, tan precioso para Monteverde, sublevó de nuevo los pueblecitos indios de la región de Coro, se unió al cacique Reyes Vargas y avanzaba al oeste con un cuerpo franco de unos mil hombres. Contra aquellos inesperados enemigos destacó Bolívar dos divisiones, de seiscientos soldados cada una, bajo el mando de Tomás Montilla, que partió hacia Calabozo, y de Ramón García de Sena [1], que tomó el camino del occidente. Dichos jefes llevaban como instrucciones el reunirse después ante San Fernando de Apure.

1 Nacido en Caracas, tomó parte en la campaña de Nueva Granada al lado de Bolívar en 1812, luego en la liberación de Venezuela en 1813. Después se distinguió en los grandes combates de Bocachica, Arado, Carabobo, en 1814, y fué muerto en el de La Puerta.

en donde el coronel Yáñez contaba con fuerzas relativamente considerables.

Una vez tomadas estas disposiciones y no teniendo ya con él más que ochocientos hombres, resolvió Bolívar emprender sin tardanza el sitio de Puerto Cabello. De un momento a otro podía recibir refuerzos Monteverde, y la única probabilidad de éxito que parecía quedar por este lado a los patriotas era el ataque inmediato. El 25 de agosto, se presentaban pues ante la ciudad, y, merced al vigor de la primera división granadina, mandada por Girardot, se apoderaron de los reductos avanzados de Las Vigías. En seguida mandó Bolívar guarnecer aquellas obras con las piezas de artillería que había traído de Valencia, y pudo, al día siguiente, abrir el fuego contra los barcos de la escuadrilla realista acoderados delante de la fortaleza de San Felipe. La oportunísima llegada de tres lanchas cañoneras republicanas, que acudieron a ocupar la desembocadura del río San Esteban, al oeste de Puerto Cabello, permitió a Bolívar acosar sin descanso la ciudad y el fuerte donde se había refugiado la guarnición.

Mientras tanto, proseguían sus tareas los patriotas. Desde el 26 al 29 hubo varias escaramuzas sin consecuencias. En fin, el 31 de agosto, a las 10 de la noche, Bolívar, después de haber hecho avanzar dos divisiones de tropas ligeras hasta el pie de los baluartes de la línea de defensa, intentó el ataque general. Los sitiados lograron rechazarlo. Las pérdidas fueron considerables en ambas partes, aunque más importantes en el campo de los patriotas : tuvieron éstos cerca de cien hombres y crecido número de oficiales fuera de combate. Sin embargo, la guarnición que defendía el reducto del Mirador de Solano abandonó su puesto; los republicanos hicieron prisioneros a la mayor parte de los soldados de él así como a su comandante Zuázola, cuyos abominables crímenes durante la reciente campaña de las provincias orientales había espantado hasta a sus mismos compatriotas. Bolívar hizo proponer a Monteverde el canjear a Zuázola por uno de los oficiales republicanos retenidos prisioneros en Puerto Cabello, pero se negó a ello el general español, y, entonces, Zuázola fué ahorcado ante los muros de la ciudad.

Aunque muy quebrantados por el fracaso de su tentativa, los patriotas habrían deseado tomar un pronto desquite. Pero comenzaban a hacer estragos las fiebres ocasionadas por la estación de las lluvias; al mismo tiempo, se recibían malas noticias de los valles del Tuy, en donde causaba grave daño a Fransciseo Montilla la sublevación; de los llanos, donde Bóves acababa de derrotar una columna republicana en La Corona, cerca de Santa María de Ipire; de la región de Barquisimeto, destrozada por las bandas armadas de Torrellas y del indio Reyes Vargas. Mariño, que seguía encerrado en Cumaná con numerosas fuerzas cuya entrada en acción habría podido salvar la República, se negaba a escuchar las súplicas de Bolívar, y éste no tenía que contar ya más que con él mismo para hacer frente a los crecientes peligros que de todos lados iban a arreciar sobre Venezuela.

Bolívar se decidió entonces a levantar el sitio de Puerto Cabello y a volver a Valencia, en donde le sería posible dar algún descanso a su gente, acaso aumentarla, y recibir de Caracas socorros indispensables. Pero, flaqueaba el entusiasmo, la desmoralización comenzaba a hacerse sentir, y los soldados, tan decididos hacía poco, parecían atacados de ella. A pesar de las penosas molestias que les infligía la insalubridad del clima, los Granadinos conservaban su buen humor y su valentía; mas no se podía decir lo mismo de los reclutas venezolanos, insuficientemente ejercitados, y, también, acosados por las incitaciones deprimentes de los emisarios españoles disimulados en las filas del ejército. Nunca habían sido más necesarias las lecciones de patriotismo. Por fortuna para Bolívar, pronto iba a presentarse nueva ocasión para tales lecciones.

Al regresar a Valencia, el 18 de septiembre, supo que la expedición confiada a García de Sena había dispersado, y anonadado en parte, en las cercanías de Barquisimeto, en Cerritos Blancos, el cuerpo de insurrectos mandado por el cura Torrellas. Esta victoria daba a Bolívar tiempo para rehacer y reforzar sus propias tropas, según era su deseo, y para preparar nuevas hostilidades contra Monteverde.

Entre tanto, el capitán general había recibido los tan

deseados refuerzos. Una expedición costeada por los negociantes de Cádiz, y compuesta de : la fragata la *Venganza*, de 40 cañones, de un bergantín armado y de seis transportes que conducían a 1 200 hombres bajo el mando del coronel José Miguel Salomón, ancló, el 16 de septiembre, en las aguas de Puerto Cabello. Alentado por la retirada de los republicanos, y seguro de vencer fácilmente a Bolívar, Monteverde, después de dejar una numerosa guarnición en la plaza, tomó, a la cabeza de 1 600 hombres, el camino que costea el río de Aguas Calientes hacia Valencia, y se estableció, el 25 de septiembre, en los desfiladeros de Las Trincheras con el grueso de su efectivo. Al mismo tiempo envió 500 hombres para que ocuparan, en Bárbula, la entrada del valle de San Esteban, al nordeste de Valencia.

Sorprendidos por aquellas inesperadas iniciativas, los patriotas las atribuyeron, al pronto, a alguna sabia maniobra y se prepararon con resuelta decisión a la defensiva. En realidad, Monteverde había tomado sus disposiciones al azar y sin plan preconcebido. No desperdició Bolívar la ventaja que le prometía la impericia de su enemigo. Lanzó sobre las alturas de Bárbula las divisiones de Girardot y D'Elhuyar, sostenidas por una columna de reserva mandada por Urdaneta. Los Granadinos, trepando con admirable intrepidez por las escarpadas pendientes, en las que llovía mortal granizada de balas de los Españoles, desalojaron al enemigo de aquella posición, que él creía inexpugnable. Pero esta victoria fué pagada caramente por los patriotas. Sus pérdidas fueron considerables, siendo la más cruel la de Girardot, que cayó mortalmente herido de una bala en la frente en el momento en que, saludando a sus soldados con un poderoso grito de victoria, clavaba, en las alturas conquistadas, la bandera de la legión granadina (30 de septiembre).

Dos días después, al anochecer, Bolívar, con todas sus tropas, se puso en marcha hacia Las Trincheras. Los Granadinos ardían en deseo de vengar la muerte de su jefe. Pidieron ser los únicos en dar asalto a los atrincheramientos de Monteverde. Consintió en ello Bolívar; pero, deseoso de provocar entre los voluntarios de Caracas sentimientos

de confraternidad y emulación, decidió que una división de soldados venezolanos tomaría parte, con la división granadina, en el primer ataque de Las Trincheras. Se efectuó éste en la mañana del 3 de octubre. El combate duró sólo cinco o seis horas y fué terrible. La consigna era : vencer o morir. Nada pudo detener el empuje de los patriotas. Los atrincheramientos fueron tomados a la bayoneta. Indecible encarnizamiento animaba a los agresores y a los defensores. La mitad de los soldados españoles quedó en el campo de batalla. Gravemente herido, Monteverde reunió lo que quedaba de sus tropas y tomó la retirada hacia Puerto Cabello. Bolívar envió a D'Elhuyar y a los Granadinos en persecución suya, con orden de sitiar de nuevo la ciudad, cuyo mando tomó, entonces, el coronel Salomón.

La muerte de Girardot suministró a Bolívar pretexto, buscado por él desde hacía tiempo, para avivar el ardor patriótico de sus conciudadanos. La impresión, a la vez dolorosa y reconfortante, que aquella muerte había producido entre los compañeros de armas del valiente y afectuoso Girardot, ilustraba con admirable ejemplo la teoría sostenida por Bolívar, tomada de los recuerdos de la Revolución francesa, de que « el ejército no es sino la patria misma combatiendo y muriendo por las leyes[1] ». El reciente acontecimiento llevaba el pensamiento del maravilloso educador a aquellos tiempos épicos en que se habían formado los incomparables soldados cuya alma, obra de los Franceses, « grandes maestros de la guerra », decía Bolívar[2], había sido formada a imagen de la bravura misma. Bolívar evocaba las fraternales legiones de la Francia del 92, los apodados por Michelet « héroes de la paciencia », soldados del Rhin, de Sambre-et-Meuse y de Italia, los « terribles andarines », aquellos Vascos de quienes hizo « titanes » La Tour d'Auvergne.... El corazón del « granadero muerto en el campo de honor », llevado en una caja de plata a la cabeza de la primera compañía de la 46ª media brigada, realizaba prodigios. Dada la

1. V. Michelet, *Les Soldats de la Révolution*.
2. Manifiesto de Cartagena, V. *supra*.

semejanza de las circunstancias, se podía intentar el experimento con el corazón de Girardot.

Tal fué el origen de la decisión que tomó entonces Bolívar, decisión que le valió las burlas de algunos[1], pero cuyos efectos no traicionaron por cierto los nobles pensamientos que la habían inspirado. El corazón de Girardot, encerrado en una urna de plata, fué llevado con gran pompa, por Bolívar y su estado mayor, a Caracas, adonde fueron enviadas órdenes para un solemne recibimiento[2]. Se efectuó éste el 13 de octubre. Bajo apariencias teatrales. Bolívar le hizo dar un sello de cautivadora y verdadera grandeza. La municipalidad, las corporaciones, los notables, los altos funcionarios, los oficiales de la guarnición, y la población toda, salieron al encuentro de Bolívar, y con no fingida emoción se inclinaron ante la prestigiosa reliquia. Aquel día, los Venezolanos comulgaron en un mismo fervor de patriotismo : fué aquella una importante etapa en la vía en que les encarrilaba el Libertador.

Nuevas aclamaciones, a las que pareció tanto menos insensible cuanto que eran el vivo testimonio de una popularidad de la que había de beneficiar sobre todo la causa liberal, saludaron a Bolívar. Las campanas, los cañones, las músicas mezclaron una vez más sus voces triunfales para celebrar su gloria. Una delegación de la municipalidad, presidida por Cristóbal de Mendoza[3], gobernador de la ciudad, entregó, al día siguiente, al general, el acta que acababa de redactar el cabildo[4], y por la cual « le aclama la asamblea con el sobrenombre de *Libertador de Venezuela*, para que use de él como de un don que consagra la patria agradecida á un híjo tan benemérito. »

Al aceptar este título, que llevó después oficialmente y

1. El periódico *El Español*, que por entonces publicaba en Londres el escritor español Blanco-White, aunque favorable a los intereses sudamericanos criticó violentamente la conducta de Bolívar en aquella circunstancia.

2. Decreto del 6 de octubre de 1813. D., IV, 876.

3. Nació en Trujillo en 1772, falleció en Caracas en 1829. Emigrado en Nueva Granada después de la caida de Miranda, fué nombrado por Bolivar gobernador de Mérida, después de Caracas en 1821. Combatió con ardor las tendencias separatistas de Páez, en 1826.

4. Acta de la Municipalidad de Caracas, de 14 de octubre de 1813. D., IV, 884.

con el cual ha pasado a la posteridad, Bolívar contestó que la recompensa que le era concedida era a sus ojos « más gloriosa y satisfactoria que el cetro de todos los imperios de la tierra; pero U. SS. deben considerar que el Congreso de la Nueva Granada, el mariscal de campo José Félix Rivas, el coronel Atanasio Girardot, el brigadier Rafael Urdaneta, el comandante D'Elhuyar, el comandante Elías, y los demas oficiales y tropas, son verdaderamente estos ilustres libertadores. Ellos, señores y no yo, merecen las recompensas con que, á nombre de los pueblos, quieren U. SS. premiar en mí, servicios que estos han hecho[1]. »

Inspirándose en esta generosa declaración, Bolívar, días después, instituyó, por decreto del 22 de octubre de 1813, la orden de los *Libertadores de Venezuela*[2], destinada « a tributar á los libertadores de la Patria un honor que les distinga entre todos para expresar, en símbolos que representen sus grandes servicios, la gratitud y consideración que todos les deben ».

En lo sucesivo, todos los que merecieran distinciones honoríficas podrían obtenerlas; hasta entonces, habían quedado excluídos de ellas los que no pertenecían a la aristocracia española o criolla. La decisión de Bolívar constituía un medio superior de vulgarización de los sentimientos que Bolívar quería desarrollar, el estimulante por excelencia del patriotismo : « Despertando el heroísmo que duerme en todo corazón, dice Carlyle[3], es cómo puede ganar adherentes una religión cualquiera. » La de la patria, más que otra ninguna, sin duda. Sabía el Libertador qué poderoso prestigio ejercería sobre sus conciudadanos aquella otra *Legión de Honor*; preveía los milagros que iban a realizarse bajo su amparo.

1. Bolívar a la ilustre municipalidad de Caracas, 18 de octubre de 1814. D., IV, 884.

2. D., V, 889 La condecoración de los *Libertadores* consistía en una estrella de siete rayos, simbolizando, dice el decreto, « las siete provincias de la República »; tenía en el centro la inscripción : *Libertador de Venezuela*; en el reverso, el nombre de Bolívar. La orden de los *Libertadores* fué la primera instituída en Sudamérica. Más tarde, San Martín, O'Higgins crearon la *Legión de Mérito* y la *Orden del Sol*.

3. *Los Héroes*.

IV

Mariño fué uno de los primeros que recibieron el diploma de la orden de los Libertadores, que Bolívar se había apresurado a enviarle con una carta muy hábil[1] en la cual rendía homenaje al mérito « del general en jefe del ejército de Oriente ». « Remito á US., le decía, algunas de estas veneras para que se sirva distribuirlas entre aquellos jefes más ilustres que bajo las órdenes de US. han plantado en el Oriente oprimido el árbol de la litertad. Yo mismo la llevo, pues aunque en la feliz empresa que han terminado con gloria nuestras armas, soy el ínfimo en mérito, sin embargo el honor que he tenido de conducir los ejércitos libertadores, junto con mis sentimientos incontrastables por la libertad de la patria, de que puedo responder, me obligan á no desdecir la divisa del ejército que está á mis órdenes. Suplico, por lo tanto, á US. se sirva usar la misma venera, que la gloria de haber libertado su patria del yugo español, pone imperiosamente sobre su intrépido pecho que expuso al sacrificio en el campo por la libertad venezolana. »

Ni las protestas de amistad con que terminaba aquella carta, ni el espíritu conciliador que demostraba, ni las solicitaciones verbales que transmitió fielmente el mensajero encargado de presentar el envío a Mariño, consiguieron impresionar al dictador de las provincias orientales. Persistía cada vez más en su irreducible obstinación, sin parecer preocuparle en lo más mínimo las funestas consecuencias de su actitud. Reducida a los solos contingentes de Bolívar, la defensa republicana no podía, en efecto, oponer suficiente resistencia a los esfuerzos de la contra-revolución. Los realistas ganaban terreno cada día, y volvían a tomar vigorosamente la ofensiva.

En el sur, Boves y Morales habían conseguido reunir un verdadero ejército. Nadie hubiera esperado tan fecunda iniciativa de aquellos obscuros oficiales que parecían

1. Bolivar al General en jefe del Ejército de Oriente. Valencia, 4 de noviembre de 1814. *O'Leary*, *Doc.*, V. XIII, p. 405.

condenados a la inacción en los llanos, sin recursos de ningún género. Pero un seguro instinto les había revelado qué elementos decisivos podría sacar la guerra de la población de aquellas regiones mal exploradas hasta entonces, y cuyos recursos eran desconocidos.

Nacido en Gijón, en Asturias, José Tomás Boves, cuyo verdadero apellido era Rodríguez, era, hacia 1808, empleado como pilotín por los hermanos Joves, armadores españoles de Puerto Cabello. Se dedicaba al contrabando, por lo cual fué condenado a ocho años de cárcel; pero, merced a la influencia de los Joves, su pena fué conmutada por destierro en Calabozo. Deseoso de que fuera olvidado su nombre, tomó Rodríguez el de sus protectores, modificando la inicial, y dirigió una pequeña factoría. La Revolución, cuya causa abrazó él en seguida, lo convirtió en jefe de guerrilleros cuyos comienzos no fueron muy felices. Las autoridades republicanas le acusaron de moderación y confiscaron sus bienes. Fué encerrado en un calabozo, del que lo sacó el jefe realista Antoñanzas, poco después de la llegada de Monteverde a Caracas.

Irritado por la injusticia que había padecido, Boves, desde aquel momento, juró odio mortal a los patriotas. Cajigal, a quien acompañó en la expedición enviada contra Mariño y Piar, le ascendió al grado de capitán. Ya hemos visto cómo, después de la toma de Barcelona, se comprometió Boves a organizar un cuerpo de tropas tan numeroso como fuera posible y a pelear contra los enemigos de España.

Su compañero Francisco Morales era originario de Canarias. Después de servir en las milicias coloniales, se retiró a un pueblo de la provincia de Caracas, en donde ejerció el modestísimo oficio de revendedor. Lo mismo que Boves, tuvo ciertos disgustos con los republicanos, por quienes, también él, se había pronunciado a comienzos de la Revolución, y no tardó en pasarse al ejército realista. Monteverde le nombró alférez de artillería y le recomendó a Cajigal.

La insuficiencia militar de Boves y Morales era suplida por una bravura, una perseverancia, una actividad verdaderamente extraordinarias en aquella época, en la que, sin

embargo, no escaseaban tales cualidades. Y más aún se señalaron por una crueldad en cierto modo metódica en Boves, instintiva y desconcertante en Morales.

Uno y otro poseían un don prodigioso de autoridad sobre los habitantes semibárbaros de los llanos. Conocidos bajo la denominación general de *llaneros*, los moradores de las llanuras del Orinoco y de sus afluentes se distinguían de todos los demás mestizos por una individualidad eminentemente característica. Lo mismo que los *gauchos*, de la pampa argentina, cuyos instintos guerreros y sanguinarios acababa de despertar Artigas, los llaneros se mostraban hoscos, ingeniosos, incansables. Acostumbrados desde su infancia a domar los caballos salvajes que pueblan por millares las sabanas, se dedicaban a la guarda de las recuas de caballos y de mulos, y de las vacadas, atentos únicamente a defenderlos contra las fieras y las intemperies del clima, aislados durante meses enteros en los sitios altos de la llanura, cuando la estación de las lluvias transforma los llanos en una especie de mar interior.

Después de la sequía, los fondos, los *esteros*, se convierten en pastos maravillosos. Entonces es cuando empieza la vida típica del llanero. Las travesías de los enormes ríos en donde « el capitán de nado », apretando con sus desnudos muslos los ijares de su caballería, se precipita al río llevando tras sí el rebaño : « en línea recta se ve la multitud de cabezas, con ojos espantados, cortar la corriente, acompañada, a derecha e izquierda, por una hilera de barcos cuyos remeros gritan y golpean el agua para impedir que los animales, asustados, se separen del camino, y para alejar los caimanes, los gimnotos, los pescados caribes[1]... » Al anochecer, durante los descansos, se organizan bailes mezclados de canciones originales. De la inmensa poesía de las extensas soledades y de las adorables y arrobadoras noches del ecuador, en que el negro transparente de la bóveda celeste se salpica de luz y es surcado por el fuego de las estrellas errantes, algo se

1. Élisée Reclus, *Nouvelle Géographie Universelle*, XVIII, c. III, § 6, según Carl Sachs, *Aus den Llanos*.

ha comunicado al alma del llanero. En esa alma, de horizontes tan imprecisos como los de sus llanos mismos, siente el llanero revivir los instintos ancestrales : el orgullo del árabe, la jactancia andaluza, la resignación dócil y la pueril alegría del negro; a veces, también, la reminiscencia del indio perseguido.

Sobre la yerba, la palma:
Sobre la palma, los cielos:
Sobre mi caballo, Yo,
Y, sobre Yo, mi sombrero [1].

En efecto, un sombrero de paja, a veces una camisa, un amplio calzoncillo de tela, constituyen todo el atavío del llanero. Su industria se reduce casi a descuartizar los animales y a la preparación del sebo y de las pieles, acudiendo a las costas para venderlos, al mismo tiempo que el ganado. Los disturbios, los combates y los robos, habían, desde hacía algún tiempo, interrumpido aquel comercio. Halló Boves un poderoso argumento de persuasión en la ira que por tal contratiempo sentían los llaneros. Les dijo que los patriotas eran los autores de todos sus males y les hizo creer que en la guerra hallarían medio de reponerse de pérdidas. Muchos descontentos se dejaron convencer. Entonces recorrió Boves los pueblos alistando reclutas, voluntarios u obligados por la fuerza. Con barrotes arrancados de las ventanas hicieron lanzas que, por instinto, manejaban de asombrosa manera. Bronceados, con músculos salientes bajo la fina piel, con torso elevado, indomables como los fogosos corceles que montaban sin silla ni bocado, feroces como sus toros, sedientos de matanza, los llaneros se arrojaron a la pelea. Compuesta de 2 500 centauros, la *Legión infernal*, así llamada por los mismos Españoles, tomó, a comienzos de septiembre, el camino de Calabozo.

Allí la esperaban tropas enviadas por Bolívar y mandadas por Tomás Montilla. Fueron éstas destrozadas en el primer encuentro, en el llano de Santa Catalina, el 20 de septiembre. En aquel mismo momento, el coronel

1. V. Gil Fortoul, *Historia Constitucional*, etc., t. II, lib. IV, cap. VI. M. Ovalles, *El Llanero*. Caracas, 1905, etc.

Yáñez invadía la provincia de Barínas con los 600 soldados de infantería y los 900 llaneros que había logrado reunir en San Fernando de Apure. Sus procederes para el reclutamiento eran los de Boves y Morales. Pero, merced a los socorros que le enviaban las autoridades reales de la Guayana, había podido equipar y armar perfectamente su infantería. Hacia fines de septiembre ocupaba Yáñez en absoluto los llanos del Apure y de Barínas, y Boves los de Calabozo y de la provincia de Caracas.

Tuvo entonces Bolívar que efectuar a toda prisa nuevos alistamientos en Valencia. No tardó en tener listos a unos mil reclutas, a los que servían de guía y de ejemplo dos o trescientos de los mejores soldados de la guarnición de Valencia, y un importante contingente de jinetes. El español Vicente Campo Elías, que se había cubierto de gloria desde el comienzo de la expedición de Venezuela, fué designado para tomar el mando de este ejército; Bolívar había sabido escoger al digno adversario de Boves : ni como valor ni como crueldad era inferior Campo Elías a su terrible compatriota. Había dejado en Mérida a su mujer y a sus hijos para entregarse, decía él, « a la dicha de matar Españoles[1] ».

Impaciente por medirse con el jefe de los llaneros, Campo Elías avanzó a marchas forzadas y se halló, el 14 de octubre, cerca de La Puerta, delante del caserío del Mosquitero, a la entrada de los llanos. Boves acababa de concentrar allí todas sus tropas; 2 500 llaneros y 500 soldados de infantería mandados por Morales. En el transcurso de sus jornadas, Campo Elías había aumentado su cuerpo de caballería, el cual ascendía ahora a 1 500 hombres.

Comenzó la acción con igual furia por una y otra parte. Los llaneros de Boves envolvieron el ala izquierda del ejército patriota, tratando de hacer brecha en ella por medio de cargas sucesivas. Combatían sin orden de batalla, huían para formarse de nuevo y seguir atacando. Campo Elías no se desconcertaba. Reprimía a sus jinetes,

1. V. Baralt y Díaz. *Resumen de la Historia de Venezuela*, *op. cit.*, p. 180.

y, aprovechando el momento en que los llaneros, arrastrados por el impulso de su carga, se habían separado del campo de batalla, cayó con toda su gente sobre el grueso de la infantería y de la caballería españolas. En menos de media hora, se veía ésta dispersa, destroza, exterminada. Los soldados de Morales sucumbieron todos hasta el último. Boves y Morales — éste gravemente herido, y que estuvo a punto de caer en manos del enemigo — huyeron hacia el sur y, dos días después, llegaban al pueblo de Guayabal, en el confluente del Guarico y del Apure. Tenían con ellos diecisiete hombres : todo lo que quedaba del ejército realista.

Mientras tanto, entraba en Calabozo Campo Elías; hizo pasar a cuchillo a la cuarta parte de la población para castigarla por no haberse sublevado contra Boves. Esta espantosa matanza acabó de apartar de la causa liberal a los habitantes de aquella región, quienes buscaron un vengador y salieron para alistarse bajo las banderas de Boves, a quien pronto veremos reaparecer, más amenazador que nunca.

Sin embargo, Yáñez, había ocupado, desde el 24 de septiembre, la ciudad de Barínas. Al tener noticia del levantamiento de los llanos, D. José de Ceballos, gobernador de Coro, había, por su parte, reunido todas las fuerzas disponibles — 600 milicianos, próximamente — y se había puesto en camino con objeto de invadir el occidente de Venezuela por Siquisique y Carora. El 17 de octubre en Bobare y el 23 en Yaritagua, derrotó Ceballos a las débiles vanguardias republicanas enviadas a su encuentro, y, prosiguiendo su marcha, ocupó Barquisimeto.

Había pensado el Libertador que bastaría una columna de 800 hombres para atajar el paso a aquel nuevo enemigo, y con esta intención salió de Valencia Urdaneta. Pero el éxito había atraído a Ceballos un número considerable de voluntarios: la lucha hubiera sido demasiado desigual. Urdaneta se detuvo pues en Gamelotal sobre las pendientes de la cordillera del Altar, que domina a Barquisimeto, y pidió refuerzos a Bolívar. Ya se disponía éste a acudir en persona en socorro de su lugarteniente. Salió de Caracas en los primeros días de noviembre con nuevas

tropas y dos o tres piezas de campaña. Varios oficiales de mérito formaban parte del estado mayor de Bolívar, particularmente el francés du Cayla. Impaciente por pelear, el Libertador, que se reunió con Urdaneta el 9 de noviembre, no esperó la llegada de un cuerpo de caballería que había de traerle el coronel Luis Rivas Dávila[1], y decidió dar en el acto la batalla.

El 10 de noviembre por la mañana, los patriotas se pusieron en marcha por entre las espesuras de chumberas que tapizan las laderas de la meseta de Barquisimeto sobre la cual les esperaba Ceballos a pie firme con 500 hombres de infantería y 300 jinetes. Los doscientos llaneros de que disponía Bolívar se lanzaron impetuosamente sobre los Españoles y los dispersaron en un abrir y cerrar de ojos. A su vez, la infantería realista efectuó su retirada, y el Libertador, que había ocupado sin resistencia los primeros arrabales de la ciudad, mandó tocar las campanas en señal de victoria, y creyó terminada la batalla.

No obstante, Ceballos había reunido sus soldados. Los patriotas estaban lejos de prever un ataque. Fué éste tan repentino y vigoroso, que, a pesar de los esfuerzos de Bolívar, de Urdaneta y de los demás oficiales, los republicanos, sobrecogidos por el pánico, abandonaron la plaza. Se les vió bajar en desorden hacia Gamelotal, perseguidos por los realistas, quienes les mataron cerca de cuatrocientos hombres, hicieron otros tantos prisioneros y se apoderaron de dos cañones, tres banderas y seiscientos fusiles. En esto llegaban a Cabudare los jinetes de Rivas Dávila; protegieron la retirada de los restos del ejército de Bolívar, que con éste volvieron a Valencia, en tanto que Urdaneta, seguido de unos cien soldados, a lo sumo, fué a atrincherarse en San Carlos.

Entonces pudo Ceballos reunirse con Yáñez que se había apostado hacia el norte, a la cabeza de 1 500 hombres. Los dos jefes se encontraron en el pueblo de Araure y pidieron auxilio al coronel Salomón, que disponía de recientes refuerzos por la llegada a Puerto Cabello de un regimiento

1. Nacido en Caracas. Partió con Bolívar, a quien se había unido en Curazao, para Nueva Granada, hizo la campaña libertadora de 1813 y fué muerto en el sitio de La Victoria el 14 de febrero de 1814.

de granaderos que le había enviado el gobernador de Puerto Rico. De este modo, las fuerzas de los realistas reunidas habían llegado a cerca de 4000 combatientes. Hubieran atacado a Bolívar en Valencia, y, seguramente, lo hubieran derrotado. Pero Salomón se negó a secundar tan atinado plan. Tenía envidia a Ceballos y quería obrar por cuenta propia : salió pues el 16 de noviembre de Puerto Cabello y fué a apostarse en las alturas de Vijirima, al este de Valencia y a mitad de camino de Caracas.

Nada era más favorable a los proyectos del Libertador. En cuanto tuvo noticias de los primeros movimientos del coronel Salomón, prescribió a José Félix Rivas que pusiera en pie de guerra un batallón, y que acudiese a Valencia para entenderse con él. Tres días después, 300 estudiantes de Caracas y 200 campesinos de las cercanías se alistan al mando de Rivas. El 22 de noviembre, Bolívar, a la cabeza de aquellas nuevas fuerzas, está en Naguanagua, en donde d'Elhuyar y los granadinos se hallaban en observación. Al día siguiente, el Libertador mandó atacar el campo atrincherado de Vijirima. Rechazados dos veces, los patriotas acaban por rehacerse y derrotan a Salomón. Abandona éste sus armas y su artillería a los Granadinos, quienes, una vez más, se han distinguido gloriosamente, y va a encerrarse de nuevo en Puerto Cabello. No pierde un instante el Libertador. Envía correos a Calabozo, donde Campo Elías ha reclutado cerca de 2 000 llaneros. Según orden de Bolívar Campo Elías se dirige precipitadamente hacia San Carlos. A este punto llegó Bolívar mismo el 1° de diciembre, y, cuatro días más tarde, pasaba revista, en el llano de Araure, a los 3 000 hombres de todas armas con quienes iba a dar un combate decisivo.

Las casitas de Araure se escalonan en las laderas de una colina en ligera pendiente sobre la cual, dominando el pueblo y la vasta llanura contigua, se alza el caserío de La Galera. Ceballos y Yáñez habían hecho de él una posición que parecía intomable. 10 piezas de campaña estaban en batería. El ejército español, que se componía de 3 500 soldados de infantería y caballería, estaba formado en una ancha explanada que se extiende al este de La Galera hasta el río Acarigua. Por tres lados está rodeada de espesos

bosques, y una laguna la separa del llano de Araure, por el cual se encaminaron los republicanos en la madrugada del 5 de diciembre.

500 hombres de infantería formaban la vanguardia, y, llegados a orilla de la laguna, cuya existencia ignoraban, la rodearon en seguida hacia la izquierda y se internaron en la explanada. Momentos después en ella yacían sus cadáveres. Los cañones y la infantería realista había abierto un fuego terrible contra la imprudente vanguardia. Llegaron a su vez los llaneros; eran más de mil, y acabaron la destrucción total. Entre tanto, llegaba Bolívar con sus divisiones al campo de batalla. Sostenida en sus dos alas por la caballería, la infantería de los patriotas avanzaba en buen orden a pesar de los huecos que la metralla abría en sus impasibles filas. Cuando los republicanos se hallaron a tiro de fusil de la infantería enemiga, recurrió Bolívar a su maniobra favorita : mandó tocar la carga a la bayoneta. En vano intentaron los llaneros de Yáñez romper la doble muralla que los jinetes patriotas formaban en torno de su infantería. Esta, conducida por Bolívar, derribó con soberbio ímpetu las tropas españolas. Al mismo tiempo, un destacamento venezolano había tomado por retaguardia las baterías de La Galera. Imprudentemente desplegada contra los flancos del ejército republicano, la numerosa caballería de Yáñez se agotaba por cargas inútiles. Los estados mayores de Ceballos y de Yáñez huyeron. Esto fué la señal de una desbandada general. La caballería realista abandonó el combate. Los restos de la infantería se dispersaron por el vecino bosque. Los republicanos dejaban sobre el terreno setecientos u ochocientos de los suyos; pero tenían la victoria. 500 muertos, 300 heridos, que, por cierto, fueron rematados inmediatamente, 10 cañones, unos mil fusiles; tal era el balance de las pérdidas españolas.

Preocupado de continuo por la conservación del fuego patriótico, o por su exaltación, en caso de necesidad, el Libertador había sacado útil partido de las circunstancias, durante la campaña. En Vijirima, el coronel Villapol, que conducía una carga, fué matado por el enemigo. Bolívar hizo llamar al capitán Ortega, a quien, desde aquel

momento, correspondía el mando : « Desde ahora es usted, le dijo, jefe de la *división Villapol*. ¡Ya sabe usted lo que eso significa! ». En aquel momento, llovían balas desde las alturas; la fogosidad de los asaltadores parecía paralizada. Desconcertados por la muerte de Villapol, que era el oficial a quien más querían, los soldados estaban cabizbajos, entristecidos, descorazonados : « Soldados, les grita Bolívar, para tener derecho a llorar a vuestro jefe, es necesario, ante todo, vengarlo[1]. »

Pero, en Araure fué donde tuvo el Libertador la más feliz de sus inspiraciones.

Siguiendo las tradiciones militares españolas, los patriotas designaban bajo diferentes nombres cada uno de los batallones de su ejército. Aquellos nombres bordados en la bandera solían recordar el origen, a veces también alguna hazaña del cuerpo de tropas, al que eran asignados. Quería Bolívar evitar el prodigar denominaciones gloriosas que tanto ambicionaban sus soldados, y, sobre todo, sus lugartenientes. Considerándolas en realidad como un tributo honorífico, y deseoso de darles todo el realce de que eran dignas, quería no distribuirlas sino cuando fuesen muy merecidas.

Por eso, cuando, un mes antes, los soldados reclutados precipitadamente en Caracas y Valencia manifestaron el deseo de recibir su título, el Libertador no quiso consentir en dárselo sino a condición de que lo merecieran. En esto, la funesta derrota de Barquisimeto, ocasionada por la pusilanimidad de las tropas, enojó violentamente a Bolívar, quien se negó resueltamente a dar ningún nombre, ningún emblema a « soldados indignos ». Hizo más aún : el día en que había de darse la batalla de Araure, mandó que fueran desarmados : « ¡Soldados del *Batallón Sin Nombre*, les dijo, si queréis armas y banderas, id a tomarlas! ».

La emulación tan sabiamente provocada por estas palabras suscitó una de las más admirables proezas de la epopeya de la Independencia. Al *Batallón Sin Nombre* cupo la mayor gloria de aquella jornada, y a su valor se

1. V. Austria, *Historia militar de Venezuela*, p. 187.

debió la victoria. Blandiendo palos y navajas, recogiendo, en el campo de batalla, bayonetas o lanzas escapadas de manos de los muertos, espantosos de heroísmo y de furor, aquellos hombres salieron a toda carrera y se precipitaron sobre el enemigo. Bolívar los vió, cual huracán respetado por las balas, hundirse entre las tropas españolas, y, sembrando el espanto y la muerte, arrancar en torno suyo los fusiles, los sables, las banderas, y, por fin, volver, gritando : « ¡Las hemos encontrado! » Entre los trofeos que arrojaron a los pies del Libertador se hallaba el estandarte del batallón real de Numancia. « Este será vuestro emblema, les dijo Bolívar. ¡Desde hoy seréis el batallón *Vencedor de Araure!* »

El 6 de diciembre, después de haber ordenado al general Urdaneta que volviera a San Carlos y que tomara allí las medidas necesarias para terminar la pacificación de las provincias occidentales, Bolívar se puso en camino hacia Puerto Cabello. D'Elhuyar, con las tropas granadinas, había restablecido el sitio de esta plaza fuerte, que en aquel momento parecía el último baluarte de los realistas. En efecto, la situación general se había mejorado notablemente, al menos al parecer, para los patriotas. Después de su derrota, Yáñez había huído hacia los llanos del Apure, inundados aún. Apenas le quedaban doscientos soldados. Ceballos, que no contaba con más de cincuenta, se refugió en Guayana, en Angostura, donde el viejo Cajigal, enfermo y abatido, acababa de ser nombrado capitán general, *in partibus* podría decirse, en substitución de Monteverde.

Éste, mal curado de las heridas recibidas en Las Trincheras, se había ido, como a un destierro, a Curazao. El día mismo en que Bolívar daba la batalla de Araure, Salomón, a su vez, salía de Puerto Cabello, prometiendo, a la guarnición que allí dejaba, volver pronto después, de haber machacado a los rebeldes. No obstante, descuidó atacar a d'Elhuyar y, con 1300 hombres, tomó el camino del sur con objeto de reunirse con Yáñez y Ceballos, cuyos reveses ignoraba él. Tan pronto como tuvo conocimiento de ellos, volvió atrás; pero, en vez de dirigirse hacia Puerto Cabello, se encaminó hacia el oeste, a través

de las regiones de Salsipuedes, donde son endémicas las fiebres, y no llegó a Coro sino en enero de 1814, después de haber perdido las dos terceras partes de su ejército.

Sin embargo, el Libertador había llegado ante Puerto Cabello, y todo hacía prever la pronta rendición de la plaza. Los navíos de guerra españoles habían salido de nuevo para La Habana y Puerto Rico. La guarnición, muy disminuída, no parecía poder resistir mucho tiempo. Hubieran bastado, sin duda, algunos refuerzos para llegar a vencer toda resistencia. Bolívar pedía continuamente a Mariño aquellos refuerzos. Pero así en esta ocasión como en otras, no quiso Mariño darse por entendido. Por fin, a fines de diciembre envió a Bolívar una escuadrilla mandada por Piar; escuadrilla que no podía prestar ningún servicio útil, y, a más de esto, anunciaba Mariño su intención de retirarla.

La obstinación del dictador de Oriente resultaba criminal. Yáñez y Boves, uniendo sus esfuerzos, se ocupaban con suma actividad en reorganizar sus tropas. Nadie, en los llanos, se atrevía a substraerse a sus implacables leyes. Boves hacía matar a los recalcitrantes, o, en lugar suyo, a sus familias. Pronto tuvo 3000 hombres dispuestos a emprender de nuevo la campaña. En tanto que el Libertador, impotente para hacer frente al nuevo ataque que así se preparaba, multiplicaba sus llamamientos a Mariño, Boves penetró en los llanos bajos, destruyó en San Marcos del Guarico, el 14 de diciembre, una columna republicana mandada por Aldao, y ocupaba una vez más Calabozo. Morales le había llevado, algunos días antes, refuerzos de la Guayana; y, por su parte, Yáñez restablecía en aquel momento la dominación española en la provincia de Barínas.

V

Sacudido por tantos asaltos cuyos sucesivos ímpetus eran cada vez más difíciles de reprimir, el frágil edificio de la segunda república de Venezuela estaba, además amenazado en sus mismos cimientos. Persuadidos estaban

los patriotas de que el pueblo no se dejaba ganar profundamente al ideal revolucionario. Bolívar, que, mejor que otro cualquiera personificaba este ideal, era acogido, sin duda, con un ruidoso entusiasmo en las ciudades o los pueblos por donde pasaba con sus legiones victoriosas. Pero al júbilo seguía la indiferencia, y hasta la hostilidad, tan pronto como desaparecían los soldados republicanos. Los Españoles, que llegaban después, eran saludados con aclamaciones mucho más sinceras. En un instante recobraban el prestigio que los penosos esfuerzos de la propaganda liberal les habían quitado momentáneamente; las misiones realistas veían acudir al sermón fieles arrepentidos y dispuestos a hacer causa común contra « los herejes », los « blasfemos », los « condenados » que pretendían ir en contra de las prescripciones divinas.

Estos argumentos obtenían tanto más crédito en los pueblos, cuanto que sólo la esperanza de mejor suerte les había separado de sus antiguos amos. Azotados por la guerra, por las contribuciones forzadas, por el reclutamiento obligatorio, maldecían a los perturbadores, de quienes, según les decían, procedían todas sus desdichas. El liberalismo instintivo, despertado con tanto trabajo, se atenuaba en el espíritu público. Lo único que todos deseaban era seguridad y quietud.

No más que los criollos se hallaban los Españoles en condiciones de asegurar por entonces el regreso a aquellos bienes negativos. Confiscaciones, destierros, ejecuciones, matanzas eran sistemáticamente llevados a cabo, así por los realistas como por los patriotas; pero, al menos, aquellos podían, con razón o sin ella, achacar su conducta a represalias necesarias y pretender que una pronta sumisión acabaría con dichos rigores. Apoyaban sus promesas en tradiciones tranquilizadoras respecto de las desgracias presentes. Éstas se agravaban aún por el hecho de que las autoridades republicanas de provincia cometían abusos continuos de poder, contra los cuales los pobres habitantes no tenían recurso alguno. Los gobernadores militares obraban con toda independencia de un poder central enteramente desarmado respecto de ellos y cuyas atribuciones y cuyo carácter mismo carecían de definición concreta.

Cinco meses antes, cuando su entrada en Caracas, Bolívar, obligado por sus compromisos ante el Congreso de Tunja, había constituído un gobierno esencialmente provisional. Sabido es que sus instrucciones le prescribían restablecer en Venezuela el sistema federal. Aunque por convencimiento era contrario a este sistema, quería Bolívar, menos que nunca, y, sobre todo, en aquel momento, contrariar las intenciones del Congreso. Buscó pues un término medio : al mismo tiempo que se hacía investir del poder absoluto, declaró no querer conservarlo sino temporalmente, y cuidó de insistir ante el gobierno de Tunja acerca de las razones que motivaban su proceder. Siguiendo los consejos de Francisco Javier Ustáritz, cuyo talento de jurisconsulto era unánimemente reconocido, Bolívar instituyó al mismo tiempo en Caracas tres secretarías de Estado, confiando la del interior y relaciones exteriores a Antonio Muñoz Tebar, la justicia a Rafael Diego Mérida, la guerra y la marina al coronel Tomás Montilla.

Los acontecimientos determinaron rápida desorganización de aquella maquinaria administrativa. Montilla siguió a Bolívar desde que se reanudó la campaña, y, en realidad, el gobierno no fué ejercido más que por el Libertador. No obstante su prodigiosa actividad, no podía responder a las múltiples exigencias de la situación. Hacíase sentir la urgencia de una dirección más estable y mejor organizada, y la dictadura parecía el único sistema compatible con este programa.

Sin embargo, Bolívar estaba persuadido de que su autoridad no podría adquirir el valor que él le deseaba, sino a condición de ser sancionada legalmente por los sufragios de sus compatriotas. Importaba también disipar el equívoco que resultaba de la actitud de Mariño, y poner fin a los efectos cada vez más deplorables a que daba ésta lugar. Sin duda, cada uno de los dos « dictadores » podía, al parecer, invocar los mismos títulos de legitimidad para el cargo que se había hecho atribuir. Pero, en tanto que Bolívar, en quien se encarnaba el alma de la Revolución, representaba el principio de la alianza con Nueva Granada, de la que era él delegado y cuyas tropas mandaba, las

miras políticas de Mariño no iban más allá de la conservación de una informe confederación de dos satrapías militares independientes, condenada fatalmente a la disolución[1]. La nueva ambición del Libertador era pues tan patriótica como legítima, y sus conciudadanos iban a mostrarse solícitos en secundarla.

El 2 de enero de 1814, Bolívar, llegado la antevíspera de Puerto Cabello, convocó la municipalidad, los funcionarios civiles y eclesiásticos y los principales ciudadanos de Caracas en la sala capitular del convento de San Francisco. Las circunstancias presentes hacían imposible la reunión de un Congreso nacional. Pero la tradición del *cabildo abierto* permitía al Libertador considerar la asamblea municipal como una emanación de la soberanía del pueblo. Y, por considerarla como tal, declaró « querer, ante ella, dar cuenta detallada de su conducta y de sus operaciones ». « Ciudadanos, dijo, yo no soy el soberano. Vuestros representantes deben hacer vuestras leyes; la hacienda nacional no es de quien os gobierna : todos los depositarios de vuestros intereses deben demostraros el uso que han hecho de ellos... Los tres secretarios de Estado os harán ver si volvéis á aparecer sobre la escena del mundo, y que las naciones todas que ya os consideraban anonadados, vuelven á fijar su vista sobre vosotros y á contemplar con admiración los esfuerzos que hacéis por conservar vuestra existencia; si estas mismas naciones podrán oponerse ó proteger y reconocer vuestro pabellón nacional; si vuestros enemigos han sido destruidos tantas cuantas veces se han presentado contra los ejércitos de la República; si puesto á la cabeza de ellos, he defendido vuestros derechos sagrados; si he empleado vuestro erario en vuestra defensa; si he expedido reglamentos para economizarlo y aumentarlo; y si aun en medio de los campos de batalla y el calor de los combates he pensado en vosotros y en echar los cimientos del edificio que os constituya una nación libre, feliz y respetable. Pronunciad, en fin, si los planes adoptados podrán hacer se eleve la República á la gloria y á la felicidad. »

1. Cf. MITRE, *Historia de San Martín*, III, cap. XXXVIII.

Aplausos unánimes saludaron este exordio. Se escuchó la lectura de los informes, y, al levantarse Bolívar para tomar la palabra, el gobernador de Caracas, Cristóbal Mendoza, dió gracias al Libertador, en nombre de toda la asamblea, de lo que había emprendido y ejecutado, y propuso devolver en el acto « al héroe » aquella autoridad dictatorial, « única que podía garantizar la unión indisoluble de Venezuela occidental con parte oriental y con todas las provincias libres de la Nueva Granada ».

Si bien no dudaba nadie, en aquel momento, de que fuera Bolívar indispensable a la república, en cambio la alianza con Nueva Granada contaba con muy pocos partidarios en la asamblea. Así es que la intervención del gobernador Mendoza había sido, muy probablemente, inspirada por el Libertador. Entendía Bolívar que el cuerpo legislativo de quien recibiera él la investidura sancionara ante todo aquella medida primordial de su política. Se debía a sí mismo el no aceptar el poder sino con la certidumbre de ser reconocido por los gobiernos granadinos. Estaba empeñado en ello su honor, y, sobre todo, estaban comprometidos los intereses de la Independencia.

Sin embargo, fuéle necesario aún al Libertador evitar todo motivo de resentimiento respecto del elemento civil, halagar el amor propio de sus compañeros de armas, calmar los recelos de los competidores y de los envidiosos, arrancar un voto general apoyando con insistencia en su respeto absoluto hacia las voluntades parlamentarias. Para ello, recuerda con habilidad, en su respuesta a la moción de Mendoza, las declaraciones que había hecho al comenzar la sesión. Principia por dedicar vibrantes elogios a los méritos de los oficiales del ejército, celebra con acertadas palabras su impetuosidad, su valor, y proclama que está pronto a abandonar el poder : « Yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras... No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo... Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria... Vuestra dignidad, vuestras glorias, serán siempre caras á mi corazón; mas el peso de la autoridad me agobia. Yo os suplico me eximáis de una carga superior á mis fuerzas. Elegid vuestros representantes, vuestros

magistrados, un gobierno justo; y contad con que las armas que han salvado la República, protegerán siempre la libertad y la gloria nacional de Venezuela. »

Inmensa aclamación acogió estas tranquilizadoras palabras. Unos tras otros acuden a la tribuna los oradores, implorando del Libertador que consienta en conservar la dictadura. Apiñado en las plazas y en las calles vecinas, une el pueblo sus vítores a las aclamaciones de la asamblea. Bolívar se declara vencido por tantas pruebas de entusiasmo y de afecto. Cederá a los deseos de la representación nacional : « ¡Acceded a nuestras súplicas, exclama el abogado Domingo Alzuru : Proclamemos al Libertador jefe supremo de la República, para que constituyéndole nuestro primer magistrado salga, así él como la República, de la especie de dependencia con que obraba como comisionado del honorable Congreso de la Nueva Granada. »

Finge Bolívar no haber oído esta intempestiva moción que, por cierto, respondía a la opinión general [1]. « ¡ Ciudadanos! les dice,... yo me someteré á mi pesar, á recibir la ley que las circunstancias me dictan... Confieso que ansío impacientemente por el momento de renunciar á la autoridad. Entonces espero que me eximiréis de todo, excepto de combatir por vosotros. Para el supremo poder hay ilustres ciudadanos, que mas que yo merecen vuestros sufragios. El general Mariño libertador del Oriente, ved ahí un digno jefe para dirigir vuestros destinos [2]. »

Bolívar había logrado sus fines. Libre de sus escrúpulos constitucionales, consagrada su autoridad, engrandecida su popularidad, sentadas por fin las bases de la indispensable inteligencia con Mariño, el Libertador iba a poder entregarse más libremente a hacer frente a los peligros que amenazaban su obra.

Se hacían éstos inminentes. Los Españoles ganaban terreno y la contra-revolución cobraba fuerzas de día en día. Cajigal, confirmado por la Regencia en sus funciones de capitán general, acababa de llegar, por mar, a Coro, acompañado de Ceballos, de un numeroso estado mayor y

1. V. Gil Fortoul, *op. cit.*, t. I, cp. vii, p. 223.
2. Acta oficial de la sesión extraordinaria del 2 de enero de 1814. D., V. 906.

de un importante destacamento de la guarnición de Puerto Rico. El viejo general, reconfortado, curado, parecía haber recobrado su actividad, su vigor y su prestigio de antaño. Tomó el mando supremo, armó a numerosos voluntarios, reunió caballos, municiones considerables, y esperó el momento de entrar de nuevo en acción. Cierto que los comandantes de las varias divisiones españolas, diseminadas por el territorio venezolano, no admitían la autoridad del nuevo capitán general; pero esta indisciplina favoreció por entonces los intereses de la causa real. En efecto, la ambición de aventajarse unos a otros, la esperanza de obligar al gobierno de la metrópoli a reconocer, por una credencial de gobernador, o hasta de virrey, los servicios del que consiguiera acabar definitivamente con la insurrección, exaltaba el ardor de los oficiales españoles y les impulsaba, mejor que por medio de un concertado plan de campaña, a concentrar sus fuerzas en torno de Caracas y de sus defensores.

Dueño de toda la provincia de Barinas y de su capital, Yáñez tomó las últimas medidas para la salida de la expedición con la que contaba, llegado el momento, terminar, en provecho suyo, la completa derrota de los patriotas. Boves preparaba contra ellos un ataque decisivo. Su nueva *División infernal*, acampada en las cercanías de Calabozo, contaba cerca de 4 000 hombres de diferentes armas. Había hecho abrir las cárceles, reclutado bandidos de toda especie, los vagabundos, los esclavos, armando lo mejor que pudo a aquella multitud heterogénea cuyo elemento más temible y mejor organizado era, como siempre, los llaneros. Dos columnas a las órdenes de Morales y de un espantoso verdugo, el capitán Rosete, salían ya hacia el este de la provincia de Caracas para secundar las próximas operaciones del cuerpo principal. En fin, Puerto Cabello, seguía resistiendo.

Las disensiones que se habían manifestado entre los habitantes de esta ciudad, disensiones que Monteverde no había sabido someter, y que se agravaron después de su salida, no pudieron siquiera ser explotadas por los sitiadores. Los lugartenientes de Bolívar hacían vanos esfuerzos para activar el cerco de la plaza : el desaliento se había

apoderado de las tropas republicanas. Acudió el Libertador ante Puerto Cabello (16 de enero). Pero los voluntarios, a quienes a duras penas se sujetaba en las filas del ejército patriota, no eran ya lo bastante numerosos para secundar el valor, ya inútil, de sus jefes.

Reaparecían las desdichas que habían arreciado contra la república de Miranda. Por todas partes reinaban la miseria, el terror, el desconcierto. La agricultura, el comercio perielitaban. Los patriotas no podían aventurarse fuera de las ciudades sin correr riesgo de ser exterminados por la gente del campo, sublevada en masa contra sus libertadores desconocidos y detestados. Los ejércitos republicanos no encontraban ya ningún guía que los condujera, y los campesinos se negaban a darles la menor indicación acerca de los movimientos del enemigo. Las divisiones no podían comunicarse entre ellas sino haciendo acompañar las estafetas por importantes destacamentos que eran atacados y diezmados en el camino, y cuyos soldados casi nunca llegaban al término de su viaje [1].

Mientras tanto, seguía creciendo la ola de la contrarevolución. Volvieron a ser de actualidad los tradicionales proyectos de pedir socorro al exterior, y sin duda que por entonces pensó el Libertador en solicitar el apoyo de alguna gran potencia en favor de la libertad americana. Cuando su regreso a Caracas, Bolívar, consciente de la fragilidad de su obra, había preparado ya los caminos para esta política. Se había dedicado con empeño a desarraigar en el espíritu de sus compatriotas la jenofobia secular [2]. Había aumentado ésta desde la proclamación de la Independencia. Habiéndose declarado dueños de su territorio, los Americanos sentían más envidia y aversión aún hacia los extranjeros, por creer que les movía sólo el deseo de explotarles y de esclavizarles. Bolívar combatió con constancia tales sentimientos. Promulgó, el 16 de agosto de 1813, un decreto de llamamiento a los extranjeros, prometiéndoles grandes ventajas si venían a establecerse en el país. A los que se alistaran en el ejército

1. V. Mitre, *op. cit.*, t. III, cap. xxxviii, *in fine*.
2. V. O'Leary, *Memorias*, t. I, cap. xi.

nacional se les declararía « el derecho de ciudadanos de Venezuela y se recompensarían sus servicios de un modo competente [1] ».

Las intenciones del Libertador, se limitaron, sin embargo, a esta manifestación. Las circunstancias no le permitieron renovarla bajo una forma más directa y más efectiva. Además, en aquella época había cierto número de emisarios americanos ocupados en negociar, en los Estados Unidos y en Europa, la obtención de socorros o de alianzas. No se hacía grandes ilusiones Bolívar acerca del éxito de aquellas embajadas; pero, así y todo, convenía conocer con precisión su resultado para adoptar nuevas medidas. Por otra parte, la situación era singularmente turbia en cada uno de los estados de los cuales pudiera esperar algún apoyo Venezuela. Los Estados Unidos parecían firmemente decididos a no apartarse, tocante a su política sudamericana, de la más ineficaz de las neutralidades benévolas. De Inglaterra, fiel a la alianza española y por entonces cerrada a toda solicitación, había menos que esperar aún. Las misiones periódicas que los insurrectos enviaban a las Antillas inglesas recibían en éstas una acogida del todo desalentadora [2]. En Londres, López Méndez no era ya recibido en el Foreign Office y sus cartas quedaban sin respuesta [3]. Los humildes esfuerzos de la diplomacia sudamericana parecían, sin embargo, mejor apreciados en Francia, y, siquiera por este lado, podía Bolívar no desesperar aún de tener favorable acogida.

En enero de 1814, apenas se conocían en América los acontecimientos europeos posteriores a la primera mitad del año anterior. A lo sumo se sabía que los ejércitos franceses habían evacuado definitivamente España; que de nuevo se había formado una temible coalición contra el Emperador, y que los destinos de Francia se jugaban en aquellos momentos en gigantescos campos de batalla. Sin embargo, tan colosal era el pres-

1. Decreto del 16 de agosto de 1813. **D.**, IV, 857.
2. V. *Vida de D. Ignacio Gutiérrez*, *op. cit.*, cap. v, p. 75.
3. Cartas de 5, 12, 19 de octubre, 5 de noviembre de 1811, etc. *Archives du F. O. Spain*, 125.

tigio de Napoleón, que los Americanos creían imposible su derrota. Un feliz cambio de fortuna en favor del Emperador podía decidir también de la suerte de la independencia del Nuevo Mundo. Bolívar había cuidado de no olvidar las sugestivas declaraciones de Napoleón, en diciembre de 1809, en la sesión del cuerpo legislativo[1]. Sabía también que el Emperador, para dar más extensión a la proclama solemne de aquellas intenciones, había prescrito que se pusieran en conocimiento de todos los que se hallaban en relaciones oficiales o privadas con los criollos.

La neutralidad que su política imponía a Inglaterra respecto de la América española, determinaba de rechazo en Francia una corriente favorable a los intereses de los colonos insurrectos. Napoleón soñó tal vez con sacar partido de esto, y los vastos proyectos cuyo prólogo esbozó en aquellos momentos, aunque no dieron resultado, no por eso dejan de ser una de las más interesantes combinaciones de su genio. La acogida que se hizo a las misiones encargadas de notificar el advenimiento del rey José, la explosión de 1810, los comienzos de la guerra de la Independencia, revelaron al Emperador los sentimientos verdaderos del Nuevo Mundo y los recursos morales que podía ofrecer.

Desde fines de 1809, trató pues de ganar las simpatías de Sudamérica, y, a pesar de las obsesionantes preocupaciones de la política europea, quedará fija en su espíritu esta idea : « Manifestará usted — escribe Napoleón, el 13 de diciembre de 1810, a su ministro de relaciones exteriores[2] — en su próxima carta a nuestro plenipotenciario en los Estados Unidos, la satisfacción que ha producido en mí la lectura de las últimas cartas de América... Hará usted saber allá... que, en general, deseo todo cuanto puede favorecer la independencia de la América española. Hará usted la misma comunicación al encargado de negocios de América, quien escribirá a su

1. V. *supra*, lib. II, cap. IV.
2. Napoleón a M. de Champagny, ministro de relaciones exteriores, 13 de diciembre de 1810. *Correspondance de Napoléon Ier publiée par ordre de l'empereur Napoléon*, III. 32 tomes in-8°, Plon, t. XXI.

gobierno, en lenguaje cifrado, que soy favorable a la causa de la independencia de los Americanos, que la independencia de los Estados Unidos no nos ha dado más que motivos de satisfacción, y que como no fundamos nuestras relaciones en pretensiones exclusivas, veré con placer la independencia de una gran nación, con tal que no esté bajo la influencia de Inglaterra. »

M. Serrurier, ministro de Francia en Washington, recibió, en efecto, de París la notificación prescrita[1]. Al año siguiente, el 16 de septiembre de 1811, las intenciones de Napoleón se precisaron, y, esta vez, era informado Serrurier[2] de que « el gobierno imperial no se limita ya a aprobar el principio de la independencia de las Colonias españolas, sino se propone ayudar a ponerlo en ejecución por medio de envío de armas y por todos los socorros que dependan de él, con tal que la independencia de dichas colonias sea pura y simple y que no contraigan ningún compromiso particular con los Ingleses ».

Cuando llegó a Washington este despacho, Serrurier había tenido ya una entrevista con Telésforo de Orea, quien, como recordará el lector, había salido, meses antes, de Caracas[3]. Acogido afectuosamente en la legación de Francia el delegado del gobierno de Venezuela, no lo fué menos bien en la secretaría de Estado federal. Los Estados Unidos tenían empeño en demostrar las más atentas disposiciones hacia Francia, quien se mostraba dispuesta a reconocer las Floridas como posesión americana. Además, las relaciones del gobierno de la Unión con la Gran Bretaña eran tirantísimas en aquella época. El presidente Madison y el partido republicano preparaban al país para una « segunda guerra de Independencia » contra Inglaterra. Próximos estaban los comienzos (18 de junio de 1812), y entonces predominaba en Washington la influencia francesa.

1. M. de Champagny à M. Serrurier, 29 de diciembre de 1810. *Archives des Affaires Étrangères*. Nueva Granada, Venezuela, Colombia, 1806 a 1821, f°. 32.

2. El duque de Bassano a M. Serrurier, 16 de septiembre de 1811. *Ibid.*, f°. 36.

3. V. *supra*, lib. II, cap. IV.

Orea recibió pues la completa seguridad de que los Estados Unidos, « animados de los más conciliadores sentimientos respecto de Venezuela, estaban dispuestos a reconocer su independencia. Los ministros americanos en Europa recibirán encargo de aprovechar ocasiones favorables para obtener que las demás potencias den igualmente su adhesión a este reconocimiento [1] ». Por su parte, Serrurier aconsejó al embajador venezolano que se hiciera expedir por su gobierno los plenos poderes que habían de permitirle « negociar con Francia un tratado en el que sería reconocida la independencia del nuevo estado [2] ».

El gobierno imperial supo con satisfacción la llegada de Miranda al poder [3] y, no dudaba Napoleón de hallar en aquel general, en otro tiempo al servicio de Francia « un aliado indicado por el curso mismo de los acontecimientos [4] ». Por otra parte, se disponía Miranda a enviar a Pedro Gual a reunirse con Orea [5]. Así pues, todo parecía favorable para Venezuela, cuando la caída de aquél interrumpió bruscamente la negociación. Pero iba ésta a reanudarse en seguida. De acuerdo con Bolívar, Torices, presidente del estado de Cartagena, dió encargo, en octubre de 1812, al venezolano Manuel Palacio Fajardo [6] de que fuera a los Estados Unidos y tratara de conocer la opinión del gobierno federal así como la del ministro del Emperador respecto del reconocimiento de los estados sudamericanos. Antiguo miembro de la Sociedad Patriótica, diputado del Congreso de Caracas, firmante

1. Nota de Mr Barlow, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en París, a S. E. el duque de Bassano, 8 de enero de 1812, *Archives des Affaires Etrangères*, Nueva Granada, etc., f°. 38.
2. Informe del duque de Bassano al Emperador, 18 de enero de 1812, *ibid.*, f°. 26.
3. Informe del duque de Bassano al Emperador, 18 de enero de 1812, *ibid.*, f°. 26.
4. *Ibid.*
5. V. *supra*, lib. II, cap. IV, § 5.
6. Nacido en Miragual (Venezuela) en 1784. Diputado en el Congreso de 1811 y uno de los oradores más brillantes de la Sociedad Patriótica. A la vuelta de su misión en los Estados Unidos y en Europa, asistió al Congreso de Angostura en 1818, fué nombrado secretario de Estado del interior y murió en Angostura, el 8 de marzo de 1819.

del Acta de Independencia, en fin oficial del ejército de Miranda. Palacio, intrigante, ilustrado y lleno de celo político, parecía del todo calificado para triunfar. El presidente Torices, le hizo preparar credenciales en buena y debida forma[1], que Bolívar prometió hacer ratificar también por el Congreso de Nueva Granada, cosa que fué obtenida[2], y, hacia fines de octubre de 1812, el nuevo embajador se puso en camino para Washington.

El 25 de diciembre siguiente, Palacio, acompañado de Pedro Gual se presentó a Serrurier. Le pidió que lo recomendara al gobierno de los Estados Unidos y solicitó, por nota verbal, « el apoyo del emperador de los Franceses en favor de su patria[3] ». El ministro de Francia animó enseguida a Palacio a que fuera a París. Le confió su correo oficial y se expresaba en estos términos en el informe que dirigía al duque de Bassano[4] : « Cartagena es un Estado que, hasta ahora, se ha defendido con éxito. Se ha atrevido a ir más de prisa que los demás, y, ya en noviembre de 1811, proclamó su absoluta independencia. Pero, desde los desastres de Venezuela, esos peligros han aumentado... Teme con razón la llegada de nuevos refuerzos a Santa Marta y la asistencia que los gobernadores ingleses están dispuestos a conceder a sus enemigos. » Añadía Serrurier que Palacio había tenido varias entrevistas con el secretario de Estado James Monroe : « no obteniendo de él más que buenas palabras[5]. Esta república tiene aún, en

1. Credenciales de D. Manuel Palacio, fechadas en el palacio del Poder ejecutivo en Cartagena, el 5 de octubre de 1812, firmadas por Manuel Rodríguez Torices, presidente gobernador del Estado de Cartagena de Indias, refrendadas por José María Salazar, secretario de relaciones exteriores. *Archives des Affaires Étrangères*, *ibid.*, f°. 53.

2. Gil Fortoul, quien hace alusión al envío de esta embajada, indica que Manuel Palacio salió de Barínas para Santa Fe con objeto de obtener él mismo el consentimiento del gobierno granadino para la misión de que estaba encargado. *Historia constitucional de Venezuela*, *op. cit.*, t. I, p. 373.

3. Nota de Manuel Palacio, diputado del Estado Independiente de Cartagena de Indias al Ministro Plenipotenciario de S. M. I. y R. ante los Estados Unidos, el 25 de diciembre de 1812. *Arch. des Aff. Étr.*, Colombia, Venezuela, Nueva Granada, n° 1, f°. 36.

4. 1° de enero de 1813, *ibid.*, f°. 39.

5. En efecto, esto es lo que declaraba Palacio en el informe general que dirigió desde Londres, el 7 de febrero de 1815, para dar cuenta

política, la timidez inherente a la debilidad, y teme siempre comprometerse antes de tiempo con España. Más tarde perderá esos escrúpulos cuando se haga más fuerte, y esto es una razón más para tratar desde ahora con Cartagena ».

El 13 de marzo siguiente, Palacio estaba en París. Un francés, Louis Delpech, establecido anteriormente en Caracas[1] y a quien Mariño y Bermúdez habían encargado, poco tiempo antes, que fuera al extranjero para procurar armas por cuenta de ellos, se puso en seguida en relación con el delegado de Cartagena. Juntos dirigieron un memorándum al duque de Bassano[2], protestando « de su adhesión a Francia y de su odio a los Españoles, los Portugueses y los Ingleses, culpables de todas las intrigas imaginables para subyugar y dominar a sus países », y solicitando socorros en armas y municiones. Al mismo tiempo pedían autorización para alistar oficiales de artillería, ingenieros, jefes de taller y obreros de todas clases.

Las proposiciones de los delegados sudamericanos fueron escuchadas con solicitud en el ministerio de relaciones exteriores. Según instrucciones del Emperador, el duque de Bassano hizo dirigir notas al ministerio de la guerra. Durante algunas semanas, Palacio y Delpech, creyeron estar a punto de realizar el objeto de su misión. Se les había hecho obtener audiencia del papa Pío VII en Fontainebleau, y Napoleón parecía cada vez más inclinado a que se realizaran los proyectos de intervención en favor de la Independencia, interesando a ella al Sumo Pontífice[3]. Había éste de ratificar los nombramientos de varios obispos designados por las autoridades republicanas[4]. Por desgracia, una vez más desvanecieron los acontecimientos las esperanzas de los gobiernos americanos y de sus embajadores. La coalición redoblaba sus esfuerzos contra Francia, dando por resultados las últimas batallas, la caída del

al presidente de Cartagena de los resultados de su misión. V. este informe en O'Leary, *Documentos*, t. IX, p. 403.

1. Parece haber sido el fundador de la primera imprenta en Venezuela, D., II, 402.

2. El 15 de abril de 1813. *Arch. des Aff. Étr.*, Colombia, I, f°. 57.

3. Informe citado de Palacio al presidente de Cartagena.

4. Nota de Delpech y Palacio al duque de Bassano. *Arch. des Aff. Étr.*, Colombia, I, f°s 58 y ss.

Emperador, el regreso de los Borbones. Delpech desapareció. Palacio, que, bajo un nombre supuesto[1], había entrado en negociaciones con varios oficiales licenciados a quienes quería él llevar a Venezuela, fué sospechado de conspiración, arrestado el 22 de octubre de 1814 y obligado a salir del territorio[2].

Así pues, sólo consigo mismo podía contar Bolívar para intentar la empresa, ahora imposible, de resistir a sus enemigos. Desde mediados de enero de 1814, el Libertador se había reconciliado con Mariño. Pero esta reconciliación fué efectuada demasiado tarde. Yáñez ha salido de Barinas y a marchas forzadas se dirige hacia Caracas. Los campesinos hacen causa común con los realistas. Boves y sus llaneros han invadido los llanos del sur de la capital. Para apaciguar la formidable insurrección que en aquellos sitios se prepara, recurre Bolívar a los mismos medios que los Españoles habían empleado para desencadenarla. Decide al arzobispo de Caracas, Coll y Prat, a que se ponga en camino para Calabozo con cierto número de eclesiásticos ganados a la causa republicana. Pero los esfuerzos de éstos, más o menos sinceros[3], resultan sin efecto. No queda más recurso que las armas.

Al tener noticia de los movimientos de Yáñez, Urdaneta, a quien, después de la batalla de Araure, el Libertador había encaminado hacia San Carlos, donde debía preparar una expedición contra Coro, tuvo que modificar sus proyectos; como quería atajar la marcha victoriosa de la división realista de Barinas, fué a apostarse con 800 hombres en Ospino, no lejos de Araure. Yáñez acudió a atacarle, el 2 de febrero. La infantería republicana, formada en cuadros, sostuvo con valentía los furiosos asaltos de los llaneros. En lo más recio del combate, Yáñez, que mandaba las cargas, cayó herido por dos balas. Esto fué, para sus jinetes desconcertados por la resistencia de los patriotas, la señal de la desbandada. La victoria habría sido para Urdaneta si el capitán Sebastián de la

1. El de Diego O'Liber, *Archives Nationales*, F7 6344.
2. *Ibid.*
3. V. A. Rojas, *Estudio histórico sobre el arzobispo Coll y Prat.*, 1873, en **D.**, V. 1151.

Calzada no hubiese tomado, a la muerte de su jefe, el mando de los fugitivos y no hubiera entrado en Ospino, abandonado por los republicanos. El cadáver de Yañez fué descuartizado, y sus miembros enviados a los diferentes pueblos de quienes se esperaba, por este ejemplo, impedir la adhesión a la causa realista. En el acto vengó Calzada el ultraje pasando a cuchillo a la población de Ospino.

Boves, sin embargo, seguía avanzando. Ya estaba sólo a algunas etapas de Valencia. Por otra parte, sus lugartenientes Morales y Rosete penetraban en los valles del Tuy al sur de Caracas, sembrando a su paso el terror y la muerte. Bolívar, que tomaba las medidas más activas por resistir al acordonamiento de que estaba amenazado el centro del país, obtuvo de Mariño la promesa de que con toda celeridad marcharía contra la villa de Cura. Campo Elías, a la cabeza de 1 300 hombres de infantería y 300 de caballería acudió a esperar aquel refuerzo deseado desde hacía tanto tiempo y que permitiría tal vez cerrar el paso a Boves. Pero, una vez más, burló Mariño las esperanzas de los patriotas. Campo Elías tuvo que sostener solo el impetuoso ataque de los terribles lanceros de Boves.

El combate tuvo por teatro la extensa sabana de La Puerta, a tres leguas del sur de Cura. Fué uno de los más encarnizados de aquella guerra. La infantería republicana, dislocada, destruída por las sucesivas cargas de los llaneros, dejó el llano sembrado con las cadáveres de las tres cuartas partes de sus soldados. Perecieron cerca de mil hombres. Boves, cubierto de heridas, tuvo, sin embargo, fuerza suficiente para ordenar el inmediato degüello de los prisioneros.

La división de Campo Elías, reducida a doscientos jinetes, partió a rienda suelta a atrincherarse en el desfiladero de La Cabrera, cerca de Valencia.

Entonces, los habitantes de Caracas se prepararon para una defensa desesperada. Rivas, que mandaba la guarnición, reunió mil hombres, tomó cinco piezas de campaña y salió en socorro de Campo Elías, el 7 de febrero. Morales le sorprendió tres días después en La Victoria, le atacó, y estuvo a punto de exterminarlo. A pesar de los prodigios de valor llevados a cabo por Rivas, los reclutas,

acobardados, huían, se dejaban envolver, dispersar, matar por los jinetes españoles. Los republicanos parecían perdidos, cuando, de repente, una nube de polvo se levantó en el camino de Valencia; se oyó el precipitado galope de una caballería lanzada a toda carrera. Era Campo Elías que acudía con los escuadrones librados del desastre de La Puerta. Los soldados de Rivas cobraron nuevos bríos ante aquel inesperado refuerzo, y, volviendo a la ofensiva, obligaron al enemigo a cederles el terreno.

Morales se replegó sobre Cura, mientras Rivas, sin perder tiempo, iba con 800 hombres al encuentro de Rosete, cuya presencia era señalada en Charayave, a siete horas de Caracas. Le derrotó por completo el 20 de febrero, y continuó su marcha hacia el pueblo de Ocumare, ocupado, diez días antes, por las tropas de Rosete.

Un espectáculo aterrador esperaba en aquel sitio a los patriotas. Las calles estaban completamente empedradas con brazos, con piernas, con troncos y con cabezas cortadas. La población entera había perecido en aquella espantosa hecatombe cuya vista excitó en Rivas tanto horror como ira : « La sangre americana es preciso vengarla, — escribía él al final de su informe oficial a Caracas [1], — las víctimas de Ocumare claman á todos los que tienen el honor de mandar los países libres de América. Yo reitero mi juramento y ofrezco que no perdonaré medios de castigar y exterminar esa raza malvada » (la española).

El coronel Juan Bautista Arismendi, oriundo de la isla Margarita, a quien hemos visto, ha poco, colaborar con Mariño en el sitio de Cumaná, y que mandaba provisionalmente la plaza de Caracas, hizo pegar en las paredes de la ciudad el informe que Rivas acababa de enviarle. Al texto del informe añadió la siguiente proclama : « Ciudadanos, a mi vez, juro no perdonar la vida a ningún español. La sangre de esos descreídos será derramada por órdenes mías, pues estoy seguro de que semejante sacrificio llenará de júbilo las espantadas sombras de las víctimas americanas inmoladas al desalmado furor de sus verdugos. No puedo dudar de que el Libertador esté animado de semejantes intenciones. »

1. 21 de febrero de 1814. D., V. 915.

CAPÍTULO III

GUERRA A MUERTE

I

Mientras sus lugartenientes acudían de este modo a los puntos sucesivamente amenazados por las divisiones españolas, Bolívar había vuelto, desde mediados de enero, ante Puerto Cabello con objeto de activar, una vez más, los trabajos del sitio. En la situación, cada día más crítica, en que se hallaban los patriotas, hacíase indispensable la ocupación de esta plaza. Privados de toda base de operación seria, recluídos en las regiones centrales de la provincia de Caracas, en que los realistas estaban en vísperas de penetrar, los últimos campeones de la República no podían concebir esperanza alguna sino a condición de apoderarse de Puerto Cabello. Dueños de los arsenales y de las fortalezas, resguardados por las murallas, y agrupados en torno del Libertador, sólo así podrían prolongar la resistencia y desafiar tal vez los esfuerzos del enemigo. Por eso se dedicaba Bolívar, con toda la energía de que era capaz, a reanimar el espíritu y el ardor de sus soldados. No desesperaba de conseguir, por sorpresa o por fuerza, llevar a feliz término su empresa. Estaba seguro de la próxima llegada de Mariño y seguía contando con un regreso favorable de la fortuna.

Por desgracia el dictador de oriente no había hecho aún su aparición, y, en cambio, afluían al cuartel general los correos con malas noticias. Al saber la derrota de La Puerta, que entregaba a Boves el camino de Caracas, Bolívar, confiando una vez más a d'Elhuyar el cuidado de proseguir las operaciones del sitio, tuvo que resignarse

a tomar el camino de Valencia, y se encerró en ella el 5 de febrero. A su llegada fué informado de los actos de violencia y de exterminación que las bandas de Rosete cometían en los valles del Tuy. Supo que Rivas iba a salir de Caracas, dejando la capital desprovista y casi sin defensores : « En momento de tan gran peligro — escribía el comandante de La Guayra — ¿qué debo hacer con los prisioneros detenidos en la fortaleza? La guarnición es muy reducida y esos prisioneros son muy numerosos... » Arismendi enviaba también de Caracas una nota concebida en términos parecidos.

Se trataba de los Españoles y Canarios arrestados seis meses antes cuando la entrada de las tropas republicanas en la capital y que, en número de mil aproximadamente, llenaban las prisiones de Caracas y de La Guayra. En el tratado negociado en La Victoria, con los delegados del capitán general interino D. Miguel Fierro, el 4 de agosto de 1813, Bolívar había especificado, como hemos visto, que los Españoles que habitaban Venezuela no serían en modo alguno inquietados, y podrían emigrar libremente. Los comisionados no habían podido hacer ratificar el tratado por las autoridades españolas, y, por su parte, Monteverde se había negado formalmente a reconocer una capitulación estipulada con « rebeldes ». En tales condiciones, le había sido imposible a Bolívar poner término a la detención de los Españoles, a quienes, represalias consideradas como legítimas, sometían al tratamiento mismo sufrido por los patriotas en época de la toma de posesión de Caracas por Monteverde.

Sin embargo, no renunciaba el Libertador a la esperanza de vencer la obstinación de su enemigo, y seguía proponiéndole la entrega de aquellos prisioneros, guardados en rehenes, a cambio de la ratificación solemne del tratado. En siete ocasiones distintas fué transmitida esta oferta a Monteverde, quien, cada vez, la rechazó. Sus sucesores dieron pruebas de una terquedad más cruel aún. D. Jacinto Istueta, a quien los sitiados de Puerto Cabello habían confiado la defensa de la plaza después de marcharse Monteverde, solicitado de nuevo por Bolívar para que aceptara un convenio, contestó, con motivo de

un ataque sobrevenido algunos días después, exponiendo al fuego de sus compatriotas los prisioneros venezolanos. Aquellos a quienes habían respetado las balas perecieron, sofocados, en las bóvedas[1].

No obstante, los desastres se acumulaban; los patriotas se sentían próximos a una catástrofe. Sus ejércitos estaban dispersados por todo el territorio. La necesidad en que se veían ahora, de retirar las guarniciones de La Guayra y de Caracas, podía precipitar la rebelión de los prisioneros, la cual se anunciaba como un acontecimiento tan probable como alarmante. En efecto, desde hacía algún tiempo, circulaba entre los patriotas el rumor de una vasta conspiración, que los Españoles detenidos en la capital urdían en connivencia con los jefes realistas. Este rumor, confirmado por los informes del general Rivas, que pretendía haber descubierto en el archivo de Rosete las pruebas manifiestas del complot[2], extremaba las inquietudes del Libertador.

En fin, de todos modos, la mayor parte de los prisioneros eran antiguos soldados de las milicias realistas de Monteverde. Si conseguían derribar las puertas de sus calabozos, aquellos cuatrocientos o quinientos hombres, válidos y resueltos, podían constituir un terrible peligro en un momento en que los republicanos no llegaban a reclutar hombres sino a costa de los mayores sacrificios, y en que la municipalidad de Caracas hacía anunciar por bandos que « todos los ciudadanos, de doce a sesenta años, iban a ser llamados al servicio ».

Fácil es, pues, imaginar lo que de angustioso y de trágico tenían las preguntas dirigidas al Libertador por los comandantes de las plazas de La Guayra y de Caracas. La contestación de Bolívar fué inmediata y decisiva :

Señor Comandante de La Guayra, cuidadano José Leandro Palacios.

« Por oficio de US. de 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa

1. Lallement, *Histoire de la Colombie*, *op. cit.*, ch. iv.
2. Informe del 20 de febrero de 1814 mencionado en D., V., 922, § 3.

plaza con poca guarnición y un crecido número de presos. En su consecuencia, ordeno á US. que inmediatamente se pasen por las armas todos los Españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna.

« Cuartel General Libertador en Valencia, 8 de febrero de 1814 — 2° á las ocho de la noche.

« Simón Bolívar [1]. »

Una orden semejante fué expedida al mismo tiempo a Caracas. Contenía una variante : Bolívar había dictado : « Ordeno a US. que inmediatamente se pasen por las armas todos los Españoles detenidos en las bóvedas, con excepción de los que tengan carta de naturalización. » Al leer la instrucción que le era enviada Arismendi se puso iracundo. Exclamó : « ¡Este secretario del Libertador es un burro ; ha escrito con *excepción*, en vez de con *inclusión*! [2] »

Esta reflexión feroz da la medida del estado de exasperación, rayana en demencia, de que estaban entonces poseídos los patriotas venezolanos. Las ejecuciones comenzaron el 13 de febrero, y no terminaron hasta el 16. En Caracas, en la plaza mayor, en La Guayra ante la fortaleza de San Carlos, los prisioneros fueron llevados por grupos, y ejecutados sucesivamente. Un toque de clarín daba la señal del fusilamiento. Pero pronto se dieron cuenta los ejecutores de que la pólvora costaba demasiado caro, y, entonces, los Españoles fueron matados a sable y a pica. Ochocientos sesenta y seis hombres [3] perecieron así, fríamente, metódicamente asesinados, teniendo sus verdugos la absoluta conciencia de que cumplían legalmente con un deber patriótico. Entre los supliciados se hallaban comerciantes y burgueses tranquilos a quienes nunca se les había ocurrido tomar las armas contra la Revolución. Había también ancianos, que, por sus enfermedades o por su avanzada edad, estaban imposibilitados para andar. En

1. O'Leary, t. XIII, n° 221.
2. Mitre, Historia de San Martin, t. III, cap. xxxix, p. 376.
3. Cifras oficiales publicadas en los números de la *Gaceta de Caracas* de la época.

un sillón, amarrados, fueron conducidos al lugar del suplicio, y ejecutados sin piedad como los demás.

Tal vez, como pretendían los patriotas, significara un peligro la presencia de los prisioneros españoles en La Guayra y en Caracas; quizá también fuera motivado el degüello por un pensamiento de solicitud respecto del reducido número de soldados que sobrevivieron a los múltiples infortunios de la república. Es preciso, sin embargo, buscar más lejos las causas profundas y el origen de tal exterminio. « Ellos fueron víctimas de la guerra á muerte — escribe un historiador americano[1] — que con tanto encarnizamiento se hacían en Venezuela los patriotas y realistas. Aquel desgraciado país se asemejaba á un vasto campo de carnicería. » En efecto, tal carácter asumía aquella lucha atroz, que la matanza de las jornadas de febrero de 1814 parece no ser sino un vulgar episodio y ocupar su puesto entre las abominaciones sin cuento de que las Colonias españolas habían llegado a ser teatro.

En aquel continente, en que los conquistadores mismos habían puesto tanta furia en destruirse unos a otros, la violencia y el crimen se habían aclimatado desde el primer día. Los suplicios : descuartizamiento, tormento, desuello, horca, autos de fe, se establecieron en el Nuevo Mundo como el tributo natural de toda rebelión, y, cuando los colonos hubieron hecho públicas sus aspiraciones independientes, las represalias que les esperaban no hicieron más que extenderse y agravarse aún como terrorismo. Por otra parte, los criollos, tomaron, en muchas partes, la iniciativa de las crueldades recíprocas. En Méjico, las ejecuciones en masa ordenadas por las autoridades reales después de la insurrección de Hidalgo, habían tenido por preludio los excesos y los crímenes odiosos cometidos por los oficiales y los soldados del cura de Dolores. En La Plata, los primeros laureles de la revolución en los campos de Suipacha, el 7 de noviembre de 1810, se mancharon con la sangre de un gran número de deplorables víctimas. Después de la ejecución de Liniers, el héroe de la reconquista y de la defensa de

1. Restrepo, t. II, cap. vi, p. 227.

Buenos Aires, en Cabeza del Tigre, la reacción fué reprimida sin piedad en las provincias del interior. El general Castelli, enviado al Alto Perú, ordenaba, algunas semanas más tarde, conforme a las instrucciones de la Junta, el asesinato, en sus prisiones, de los jefes militares y civiles de la resistencia española : Nieto, Córdoba y Sanz, « en señal de que la guerra entre realistas y patriotas era á muerte[1] ».

Desde que se generalizó la Revolución, todo sentimiento de piedad, de humanidad, pareció haber desaparecido. De Méjico, donde el carácter salvaje de la guerra se acentuó desde el momento en que el general Calleja obtuvo, en el puente de Calderón, su grande y sangrienta victoria contra Hidalgo, al Perú, donde las menores veleidades liberales eran ahogadas en suplicios; de Quito, que temblaba aún ante el recuerdo de las hecatombes de 1810, a Nueva Granada, ensangrentada por las guerras civiles y por la insurrección de sus provincias de Pasto y de Patia, que renovaba las trágicas escenas de la chuanería vendeana, se instauró un régimen espantoso de horrores y exterminio. También en esto partió de Venezuela el ejemplo y la señal : allí, Españoles y criollos rivalizaban de ferocidad : por el martirio de España y de sus compañeros comenzó la Revolución. El hecho, inaugurado por entonces, de exponer públicamente en jaulas de hierro los miembros de los supliciados, llegó a ser una costumbre, y a nadie extrañó ver los realistas, en la época del primer desembarco de Miranda, o a los patriotas, cuando la insurrección de los Canarios en 1812, recurrir al acostumbrado y siniestro despedazamiento.

Pronto se hizo imposible impedir a los guerrilleros y a los mismos milicianos que mataran a los prisioneros después del combate. La guerra llegó a ser una guerra a muerte y sin perdón. La vista de los tormentos, el olor de la sangre, parecían haber despertado, entre el bajo pueblo llamado al ejército, los instintos despiadados del caribe, del negro de las selvas africanas, del matón del populacho español trasplantado cuando la Conquista. Sin

1. Mitre, *Historia de Belgrano*, *op. cit.*, t. I, cap. XI, p. 269.

embargo, el hecho de que patricios de elevada cultura como los Briceño, los Rivas, los Urdaneta, los Mariño, los Arismendi y tantos otros se dejaran arrastrar a las atrocidades que empañan su gloria, no puede explicarse sino por razones de orden patológico. El « contagio del homicidio » tan positivo, diremos con uno de los más célebres criminalistas contemporáneos[1], como el de las enfermedades ordinarias, fué la causa evidente de la participación de las altas clases americanas en la epopeya de excesos y crueldades que caracteriza las primeras guerras de la Independencia.

En efecto, en los comienzos, en los tiempos idílicos del marqués del Toro y de la primera república venezolana, los jefes patriotas hacían gala de una constante generosidad respecto de sus enemigos. Perdonaban siempre la vida a los prisioneros, y el comportamiento de Miranda, al oponerse éste a la ejecución de los promovedores de la rebelión de Valencia, fué precisamente uno de los cargos que los adversarios del Precursor alegaron más tarde contra él. Idéntica benevolencia demostraba el gobierno de la metrópoli. A las conciliadoras disposiciones de los Próceres había respondido España con manifestaciones análogas. La Junta Central, la Regencia habían nombrado o enviado a las Colonias *Pacificadores*, criollos en su mayoría, encargados de anunciar prontas reformas.

Pero cuando la metrópoli dispuso de nuevo de las tropas inmovilizadas por la invasión francesa, recurrió, en América, a la fuerza de las armas para reprimir la insurrección. Eran incomprensibles para ella los verdaderos motivos de la sublevación. Exasperados por la resistencia de aquellos colonos, a quienes por instinto despreciaban, y a quienes estaban convencidos de haber tratado con exagerada clemencia, los Españoles, desde aquel momento, opusieron a los « rebeldes » un terrorismo que sus representantes no tardaron en erigir en sistema. Proclamaron el bloqueo y el estado de sitio en

1. SIGHELE, *La Foule Criminelle*, in-8°, Alcan, 1905, p. 32. Dn. R. Blanco Fombona, en un estudio acerca de « La Guerra a Muerte » publicado en el *Constitucional de Caracas* en diciembre de 1906 y enero de 1907, ha expuesto magistralmente este punto de vista.

todas las provincias, tomaron a su vez la ofensiva, urdieron conspiraciones, excitaron a los Americanos unos contra otros, y no retrocedieron ya ante ningún medio para llegar a vencer la resistencia. La feroz brutalidad que dictó la adopción de aquellas medidas iba a hacer irreconciliable la separación entre la madre patria y las Colonias[1].

Monteverde fué quien puso en práctica, en Caracas, esta nueva política. El régimen sanguinario a que sometió la colonia enloqueció literalmente a los patriotas, les inspiró exceso por exceso, y les condujo a emplear tanta crueldad como mansedumbre habían tenido hasta entonces. Además aparecieron en el teatro de la guerra capitanes improvisados, chusma y bandidos de profesión, que supieron imponer sus servicios a los gobernadores españoles que no sabían cómo hacer frente a la insurrección, y que se veían obligados a tomar defensores donde podían. Entonces, la lucha acabó de revestir el carácter horrible que conservó en lo sucesivo : « guerra tremenda, en efecto, guerra de navaja, guerra de exterminio, más épica y desesperada por parte de los rebeldes, más cargada de odio y furibunda en las filas españolas, guerra inexpiable también, con sus esplendores y sus salvajadas, sus páginas a lo Floro, con la realista concisión de los relatos de Pólibo, sus rasgos dignos de los Olimpios, héroes de Troya, y otros que parecen resucitar los inventivos horrores de las batallas de Amílcar[2] ».

Tomemos, al azar, y vemos, por una parte, al siniestro trío de Cervériz, jurando no perdonar la vida a ningún patriota y que se enorgullecía, con razón, de no haber dejado de cumplir ni una sola vez este juramento; de Antoñanzas, despiadado asesino de niños y de ancianos, verdugo sádico de instintos de chacal, cuya habitual distracción consistía en hacer abrir el vientre de las mujeres embarazadas; de Zuázola, que hacía mutilar a los muertos y expedía a las ciudades cajones llenos de orejas cortadas que los realistas clavaban en sus puertas o ponían

1. V. Gervinus, t. VI, p. 135-137.
2. D'Espagnat, *op. cit.*, p. 350.

en sus sombreros a modo de escarapela. Zuázola se distinguía, además, por invenciones inimaginables. Cuando se hacía dueño de un pueblo, hacía desfilar ante él a todos sus habitantes; entonces, les cortaban las narices, las orejas, las mejillas; los cosían, acoplados, por los hombros; o, también, después de desollarles la planta de los pies, les hacían andar sobre chinarros puntiagudos o cascos de botellas rotas [1].

Por otra parte, vemos a Boves, monstruo con cara humana, cuyo retrato es, por cierto, revelador : « Era, según uno de sus biógrafos ocasionales [2], de mediana estatura, ancho de hombros, rematados por una enorme cabeza de ojos azules y turbios hundidos en cavidades profundas; frente muy estrecha, pómulos salientes, la barba rala y rojiza, la nariz y la boca parecidos al pico de un ave de rapiña. » Pasaba con sus « soldados bandidos [3] » como un huracán devastador, renovando, al cabo de tres siglos, el legendario recuerdo del terrible López de Aguirre. Mucho tiempo después de las guerras de la Independencia, enseñábanse aún a los extranjeros las horrorosas huellas del paso de la legión infernal y de su capitán : en muchos sitios se alzaban calvarios en forma de pirámide cubiertos con los cráneos de los combatientes y de los prisioneros [4]. El buril de Goya y el pincel de Valdés Leal habrían hallado en esto materia para nuevas y terroríficas imágenes.

Un hecho entre cien otros caracterizará los procederes habituales de Boves, cuya bandera había sido bautizada por él mismo « el Pendón de la Muerte ». Acababa de llegar Boves con sus hordas a un pueblo del cual habían huído todos los habitantes. Un anciano, único que no había podido escapar, fué llevado ante el capitán, quien dió

1. V. MONTENEGRO, *Geografía*, etc., t. VI, p. 133 y ss., HEREDIA, *op. cit.*, lib. II; GERVINUS, *op. cit.*

2. J. V. GONZÁLEZ, *Rasgos biográficos del General José Félix Rivas. Revista literaria*. Caracas, 1865.

3. Así es cómo los calificaban los primeros gobernadores españoles. V. Informe del general Montalvo, virrey de Nueva Granada, a la secretaría de guerra, 31 de octubre de 1814, citado por MITRE, t. III, p. 393.

4. GERVINUS, t. VI, p. 265.

en seguida orden de matarlo. De repente, aparece un niño, se arroja a los pies de Boves y exclama : « Por Dios y por la Virgen, os ruego que perdonéis a este pobre hombre, que es mi padre. Salvadle, y seré vuestro esclavo. » — « Está bien, respondió Boves con sorna; pero, para salvar a tu padre, ¿te dejarías cortar las narices y las orejas sin proferir una queja? — Sí, sí, exclama el heroico niño, y, estoicamente, sufre el horrible suplicio ». — « Matad al viejo, dijo entonces Boves, es rebelde al rey, y matad también al niño; es un valiente, que, a su vez, llegaría a ser un rebelde si se le dejara vivo [1]. »

En la nomenclatura de los protagonistas de la guerra a muerte, conviene dedicar también un puesto a aquel fray Eusebio del Coronil, de quien Monteverde había hecho su capellán : aquel carnicero tonsurado, « capuchino degenerado de las misiones del Apure, que en sus modales y palabras parecía más bien capitán de bandoleros que religioso de San Francisco » y que « en Valencia al partir una compañía para San Carlos exhortó en alta voz á los soldados á *que de siete años arriba no dejasen vivo á nadie* [2]. » Tampoco hay que olvidar a Rosete y a Yáñez, que llevaban en su equipaje varillas de hierro cuya extremidad formaba las letras *R* (republicano) o *P* (patriota), con objeto de marcar con ellas, a fuego, la frente de los insurrectos. Innumerables son aquellos verdugos cuyo valor personal no puede disculpar los crímenes que cometieron.

Por parte de los patriotas, los jefes no eran, en este sentido, menos crueles que los realistas. Durante la campaña de occidente, Bermúdez hizo hecatombes de prisioneros, y ya hemos visto que, cuando la toma de Cumaná, Mariño ejecutó a cerca de doscientos, sin que para nada interviniera la más rudimentaria justicia. El margariteño Arismendi, procedente de una familia rica y distinguida, oficial de mérito, y cuya moderación, al principio, era celebrada por los Españoles mismos, dió

1. V. relato de Schryver en *Esquisse de la vie de Bolivar*. Bruselas, 1899, p. 53, según O'Leary, Memorias, I, p. 188.
2. Herrera, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 135. V. también d'Espagnat, *op. loc. cit.*

prueba, en la realización de la matanza de Caracas, de un celo y un júbilo de tal modo espantosos, que se hicieron proverbiales su salvajismo y su inhumanidad. Algunos oficiales europeos que, más tarde, sirvieron en Venezuela, al mismo tiempo que rendían justicia a las sobresalientes condiciones de sus compañeros de armas, no pudieron nunca vencer el sentimiento de pavura y de aversión que les inspiraba Arismendi. Algunos hablaban de « su risa sarcástica, parecida a la de la hiena[1] ». « Todo pintor psicólogo — escribe otro — que quisiera dibujar una fisonomía de malhechor rematado, escogería para su retrato esa cara de bandido, esos ojos bizcos con su expresión de astucia fría, y esas facciones groseras formadas por la nariz, la boca y la barbilla. »

Alto, delgado, y de ademanes corteses, Arismendi presentaba, al contrario, bastante regularidad en las líneas de su rostro. Un ligero estrabismo no alteraba la expresión enérgica y sosegada de su fisonomía. La verdad es que Arismendi sufría, como la mayor parte de sus contemporáneos, el irresistible impulso de una época poseída de la locura de violencia. José Félix Rivas, tío político del Libertador, ciudadano cuerdo, sesudo y de notoria distinción, manchó en Niquitao, Los Horcones, La Victoria, con abominables matanzas sus hazañas. El rasgo más significativo de aquella demencia asesina que parecía haberse apoderado de todos los cerebros lo dará el vencedor del Mosquitero, español de nacimiento : Campo Elías. Después de haber hecho ejecutar sucesivamente a sus padres y a uno de sus tíos, bienhechor suyo, exclamó, en arrebato furioso : « Después que matara á todos los Españoles, me degollaría yo mismo, y así no quedaría ninguno[2]. »

El patricio Antonio Briceño, cuya inoportuna intervención durante la campaña de Venezuela, en 1813, conocemos, había, como también recordará el lector, trabado amistad en Cartagena con cierto número de exaltados, entre los que había algunos aventureros franceses. El

1. *Recollections of a service of three years during the war of extermination in the Republics of Venezuela and Colombia by an officer of the Colombian navy*. Londres, 1828, citado por Gervinus, VI, p. 293.
2. Baralt y Díaz, *Resumen*, etc., *op. cit.*, t. I, p. 180.

contrato que con ellos firmó en vísperas de su salida para el interior de Nueva Granada merece ser citado como ejemplo típico de los sentimientos que habían llegado a ser naturales en los republicanos exasperados : « Como el fin principal de esta guerra es el de exterminar en Venezuela la raza maldita de los Españoles de Europa, sin exceptuar los isleños de Canarias, todos los Españoles son excluidos de esta expedición, por buenos patriotas que parezcan, puesto que ninguno de ellos debe quedar en vida... Para tener derecho á una recompensa, ó á un grado, bastará presentar cierto número de cabezas de Españoles ó de isleños canarios. El soldado que presente veinte, será hecho Abanderado en actividad : treinta valdrán el grado de Teniente : cincuenta, el de Capitán, etc.[1]. »

II

Cuando, decididos a obrar por sí mismos, Briceño y sus compañeros, después de haberse reunido con Bolívar en Cúcuta en abril de 1813, salieron a escondidas del cuartel general, no dejaron de poner en obra su siniestro programa. Mataron a algunos indefensos campesinos de San Cristóbal y enviaron dos cabezas cortadas a Bolívar y a Castillo. El envío iba acompañado de una carta que, según el memorialista Díaz[2], había escrito con sangre Briceño.

Bolívar se estremeció de horror al recibir aquellos repugnantes trofeos, y dió orden de perseguir, de arrestar

1. Este curioso documento ha sido publicado por primera vez en las *Mémoires du Général Morillo*, París, 1826 (pp. 3 a 8). Está fechado en Cartagena, el 16 de enero de 1813, año 3º de la Independencia, firmado por Antonio Nicolás Briceño, y seguido de la mención textual siguiente : « Los inscriptos habiendo leído las presentes proposiciones, aceptamos y firmamos, conformándonos con todas ellas, segun están escritas : en fé de lo cual, y por nuestra propia voluntad suscribimos con nuestro propio puño : Antonio Rodrigo, capitán de carabineros; Joseph Debraine; Luis Márquez, teniente de caballería; Georges Delon; B. Henríquez, teniente de cazadores; Juan Silvestre Chaquea; Francisco de Paula Navas.... » Se halla reproducido en **D.**, IV, 837.

2. *Recuerdos*, etc., p. 73.

y de que le llevaran aquel « satánico alucinado » — tales fueron sus propias palabras[1] — que cometía tales atrocidades, y a quien iba a sentar duramente la mano. La indignación de Bolívar era sincera. Por resuelto que estuviera a no retroceder ante ninguna de las medidas capaces de asegurar el triunfo de la Independencia, tenía el Libertador una noción demasiado elevada de su causa para consentir, *ex abrupto*, excesos que sus instintos y su educación reprobaban igualmente. En un informe al presidente de la Unión[2], redactado a raíz de este acontecimiento, dice : « ... Soy tan opuesto á permitir crueldades o violencias, que no obstante ser la táctica del Magdalena incendiar los lugares que se tomaban, yo no he quemado una paja, ni menos saqueado una casa y los únicos pueblos que existen en ambas riberas lo deben á mi clemencia. Mi expedición ha estado cerca de dos meses en la ciudad de Ocaña y tan solo un individuo hizo un robo de diez pesos, y fué castigado con dos carreras de baquetas, sin que de resto hubiera la mas mínima queja contra ningún soldado. »

Sin embargo, el medio obraba sobre el espíritu de Bolívar. Las necesidades de la lucha, la voluntad de lograr éxito por todos los medios, la exaltación que se apoderaba de los oficiales, iban a vencer los sentimientos naturales del Libertador. La noticia de las persecuciones que Monteverde ordenaba en Caracas llevó al paroxismo la ira de los jefes que constituían la plana mayor de Bolívar. Ya no había indiferentes entre los patriotas. Camilo Torres mismo, tan digno siempre y tan dueño de sí, se dejó arrastrar por la cólera hasta el punto de dar consejos implacables. En su proclama del 20 de mayo, llegada recientemente al cuartel general, escribía : « ¡ Sacrificad a cuantos se opongan a la libertad que ha proclamado Venezuela ! » El ejército libertador contaba por entonces a lo sumo unos mil hombres, a quienes los Españoles concentrados en Barínas, en Maracaibo, en Caracas, esperaban en número formidable. No podía espe-

1. Larrazábal, I, p. 170.
2. Cuartel general de San José de Cúcuta, 7 de mayo de 1813. **D.**, IV, 808.

rarse la salvación de la patria sino a condición de estar heroicamente dispuesto a vencer o a morir por ella.

Bolívar, que, entretanto, acababa de tener, en Mérida, noticia detallada de las atrocidades perpetradas en su ciudad natal, se sintió, a su vez, ganado por el furor. Supo también que Briceño acababa de caer en manos de los Españoles, y que, no contento con haberlo ejecutado con todos sus compañeros, el coronel Tízcar enviaba al cadalso a muchos de los principales criollos de Barínas. Esta última noticia, aunque inexacta, pareció entonces harto verosímil para ser puesta en duda[1]. Tan cruel injusticia exigía represalias : « Nuestra bondad se agotó ya — proclama Bolívar — y puesto que nuestros opresores nos fuerzan á una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable, y la guerra será á muerte [2]. »

Días después, en Trujillo, se confirman las noticias de Caracas. Patriotas que han podido substraerse a las persecuciones de Monteverde acuden a llevar a Bolívar el autorizado testimonio de los suplicios infligidos a sus padres, parientes, amigos. Insisten sobre los tormentos de los prisioneros encerrados en los calabozos y los pontones de La Guayra y de Puerto Cabello. Refieren aún otras matanzas : Calabozo, San Juan de los Morros, Aragua... Estos relatos acaban de enloquecer a los oficiales de Bolívar. Desencadénase la exasperación del Libertador, y, bajo la forma solemne de una « Proclama del General en Jefe del ejército libertador de Venezuela á los Venezolanos », pronuncia la sentencia irrevocable : « La justicia exige la vindicta y la necesidad nos obliga á tomarla. Españoles y Canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables [3]. »

Esta terrible declaración recibió el unánime asenti-

1. V. Restrepo, II, cap. v, p. 141.
2. Proclama a los Venezolanos. Cuartel general de Mérida, 8 de junio de 1813. **D.**, IV, 829.
3. Cuartel general de Trujillo, 15 de junio de 1813. **D.**, IV, 831.

miento del consejo de guerra al que la sometió Bolívar en la noche del 15 de junio de 1813. Era, en realidad, la consagración formal de un estado de hecho generalizado por entonces en todas las colonias españolas del Nuevo Mundo, y las palabras del Libertador no hacían más que traducir el sentimiento universal.

En efecto, América toda se ha vuelto una carnicería; en ella se cometen las más inicuas abominaciones, y los protagonistas de la Independencia, desde los jefes supremos hasta los más obscuros *caudillos*, se hallan, en todo el territorio, empeñados en aquella guerra a muerte que, por su parte, persigue con igual encarnizamiento el enemigo. Los comunicados del virrey de Méjico al consejo de Regencia mencionan de continuo matanzas y saqueos. No hay un solo despacho del general Calleja en el que no se trate de pueblos reducidos a cenizas o de prisioneros degollados fría y despiadadamente : « La guerra en Nueva España era, en realidad, el Monstruo Inmortal del poeta, aterrador, espantable, cruel e indomable. Era una guerra de destrucción como aquellas guerras romanas durante las cuales los jefes de los conquistadores civilizados daban, como en la época que nos ocupa, ejemplos de una barbarie mayor que la de los bárbaros mismos, violando los tratados, haciéndose culpables de traiciones sangrientas, y matando a los prisioneros [1]. »

En Quito y en el Alto Perú, cinco años de combates y de suplicios habían acostumbrado a la gente del país a admitir con serenidad las más espantosas calamidades. Nadie temía verter su propia sangre, y todos deseaban derramar la de sus contrarios [2]. En Chile, la nobleza de corazón y la firmeza del gran patriota O'Higgins, a la sazón general en jefe de las tropas independientes, nada podían contra los excesos y las venganzas que habían cobrado nuevos bríos con motivo del desembarque de la expedición enviada por el virrey de Lima (fines de 1812). Así pues, en todas partes, guerra, guerra feroz, desesperada. San Martín mismo, único entre los generales

1. Gervinus, VI, p. 162.
2. Cortés, *Ensayo sobre la Historia de Bolivia*, p. 80, citado por Mitre, *Historia de San Martín*, t. I, cap. v, p. 235.

americanos que poseía una educación militar completa y que había hecho en Europa serio aprendizaje de las armas, el único también que combatía con un ejército relativamente bien adiestrado, equipado y organizado. San Martín dió, a raíz de una batalla[1], orden de ejecutar a un oficial español prisionero, y justificaba su conducta en estos términos ante el gobierno de Buenos Aires : « Aseguro á V. E. que a pesar del horror que tengo á derramar la sangre de mis semejantes, estoy altamente convencido de que ya es de absoluta necesidad el hacer un ejemplar de esta clase... Al ver que nosotros tratábamos con indulgencia á un hombre tan criminal como Landívar... creerían, como creen, que esto más que moderación era debilidad, y que aun tememos el azote de nuestros antiguos amos[2]. »

En estas mismas consideraciones estaba basada la proclama de Trujillo, la cual comprueba una vez más hasta qué punto se personificaba en Bolívar la Revolución sudamericana. Generoso primeramente como había sido ella generosa en sus principios y en sus comienzos, el Libertador demostraba ahora la implacable crueldad que a todos se había impuesto. Tal es el sentido de aquel llamamiento oficial al exterminio. Cierto que la grande alma de Bolívar era capaz de amor extremado y de odio rayano en furor[3]; la voluntad soberana que le mandaba subordinarlo todo al ideal del cual se había él instituído artífice no conocía traba alguna : imposible negar que la guerra, sobre todo tal como la comprendían entonces, fuera una cosa terrible; pero la patria es cosa sublime, y el culto que de ella tenía Bolívar hacía que para nada contara todo lo demás. Sin embargo, en la proclama de Trujillo es preciso ver algo más que un acto representativo, y más que una

1. La de Santa Cruz de la Sierra, el 15 de enero de 1813.

2. Informe del general San Martín al gobierno de la Plata, 16 de abril de 1814. *Archivo de la Guerra de Buenos Aires*, citado por Mitre, *op. cit.*, t. I, cap. IV, p. 234.

3. « Usted me conoce, decía Bolívar en carta particular, y sabe que soy más generoso que nadie con mis amigos y con los que no me hacen daño, y también sabe que soy terrible con aquellos que me ofenden ». — Carta de Bolívar a Juan Jurado. Campo de Techo, 8 de diciembre de 1814. *Epistolario*, t. I, p. 30.

explosión de genial arrebato : la proclama implicaba una idea; era una iniciativa de alta y previsora política.

En este sentido, la declaración de guerra a muerte lanzada por Bolívar, aislado entre asechanzas y enemigos sin cuento, con un puñado de heroicos aventureros, sin duda alguna que sólo un precedente ha tenido en la historia moderna : la sublime osadía de Hernán Cortés quemando sus naves para aniquilar en el ánimo de sus compañeros toda esperanza de salvación que no fuera la victoria[1].

Al proclamar públicamente el irremediable odio de los Americanos hacia los Españoles, perseguía Bolívar un triple fin. Ante todo, hacer imposible, para el porvenir, toda reconciliación. Pensaba también el Libertador que, si no la persuasión, cuando menos el temor haría que volviesen a él aquellos de sus compatriotas que por simpatía o por interés servían la causa realista. Y, en fin, pretendía atenuar, ante las naciones extranjeras, en vista del futuro reconocimiento de los Estados independientes, la desfavorable impresión provocada por las atrocidades de que era teatro el Nuevo Mundo, y que los Españoles atribuían a los Americanos, exclusivamente.

Por otra parte, no podía impedir Bolívar que la naturaleza de los acontecimientos y de los hombres fuera, en América, distinta de lo que era en realidad. A más de esto, le era tanto más imposible detener el sangriento curso de la Revolución, cuanto que, ya por convicción, ya por sugestión de los hechos, él mismo se hallaba comprometido en aquel movimiento. No obstante, su clarividente genio le suministraba medio de sacar partido de las inevitables fatalidades, haciendo que le fueran propicias. Pues, al poner al pie de una proclama solemne su firma de general en jefe al mando de los ejércitos de una república, confería, en cierta medida, el carácter de combatientes a sus compatriotas, reducidos, por el juego de las circunstancias, al empleo de los mismos medios de guerra que contra ellos empleaban sus enemigos. Por estas razones, el « decreto » de Trujillo transformaba a las

1. V. Blanco-Fombona, *art. cit.*, § 6.

bandas sudamericanas en cuerpos de *beligerantes*, y, sus venganzas, en legítimas *represalias*.

Tres meses después, tomada Caracas, y restablecido el gobierno, Bolívar, dirigiéndose a las « Naciones del Mundo[1] », publicó otro manifiesto en el que su pensamiento, precisado, se revelaba sin rodeos. Después de haber detallado largamente las « atrocidades y los crímenes » cometidos por los Españoles « hasta entonces fué nuestro ánimo, y tambien nuestra conducta, declaraba, hacer la guerra como se hace entre naciones cultas; pero instruidos de que el enemigo quitaba la vida á los prisioneros, sin otro delito que ser defensores de la libertad y darles el epíteto de insurgentes... resolvimos llevar la guerra á muerte, perdonando solamente á los Americanos, pues de otro modo era insuperable la ventaja de nuestros enemigos... »

Este afán de tener cuenta con la opinión extranjera y de justificarse ante ella aparece también, algún tiempo después, en una correspondencia de Bolívar con el gobernador inglés de Curazao, sir James Hodgson, quien acababa de intervenir en favor de los prisioneros españoles de Caracas y de La Guayra. Pedía el gobernador a Bolívar que autorizara la salida de dichos prisioneros : « V. E. no se ha engañado, escribe el Libertador, en suponerme sentimientos compasivos; los mismos caracterizan á todos mis compatriotas. Podríamos ser indulgentes con los cafres del Africa; pero los tiranos españoles, contra los mas poderosos sentimientos del corazón, nos fuerzan á las represalias[2]. »

Dando cuenta, en otra carta[3], de las múltiples instancias dirigidas por él a Monteverde con objeto de obtener el canje de los prisioneros, hace observar Bolívar a sir James que, estos « en fuerza de una ley anterior, dictada tanto por la necesidad como por la justicia, deben ser decapitados. » Sin embargo, hizo aplazar la ejecución. Hace cuanto puede para evitarla. ¿No ha llegado hasta pro-

1. Manifiesto a las Naciones del Mundo. Cuartel general de Valencia, 20 de septiembre de 1813. D., IV, 873.
2. Valencia, 2 de octubre de 1813. *Epistolario*, t. I, p. 25.
3. Valencia, 20 de octubre de 1813. *Id.*, t. I, p. 27.

poner a Monteverde devolverle los mil prisioneros de que se trata, no obstante « las ventajas de esta proposición para los enemigos » contra un corto número de los patriotas detenidos en Puerto Cabello? Y añade el Libertador : « Llevó estas proposiciones benéficas el Presbítero Salvador García de Ortigosa, sacerdote venerable... La audiencia dada al virtuoso parlamentario... ha sido encerrarle en una bóveda, habiéndose escapado de la muerte á costa de ruegos y de lágrimas. Yo suplico á V. E. me indique ahora qué partido de salud nos queda con estos monstruos, para los cuales no hay derecho de gentes, no hay virtud, no hay honor, no hay causa propia que reprima su maldad. Yo había querido ser generoso, aun con perjuicio de los intereses sagrados que defiendo; pero los bárbaros se obstinan en ejercer la crueldad, aun en daño de ellos [1]. »

Con profunda y sincera compasión deploraba así Bolívar las funestas consecuencias de la guerra a muerte. El hombre a quien el amor de su patria embargaba hasta el punto de no retroceder ante las medidas extremas exigidas por la lógica de ese amor, no veía sin dolorosa angustia desaparecer, cada vez más, en América, los representantes de la raza caucásica. « A ellos fué á quienes degollaron los españoles de preferencia, dirá mas tarde el Libertador,... y al ejecutar la pena de talión, los republicanos, hemos tenido que hacerlo sobre los Europeos y Canarios de la raza que debía civilizar los desiertos de Colombia [2]. »

Incalculables fueron, en efecto, los daños causados por aquellas sangrientas hecatombes, y por espacio de varias generaciones se ha resentido de ellas América. Además, desde 1816 [3], tomó Bolívar la iniciativa de abolir las mortíferas costumbres de la lucha que continuaba, y, desde

1. El 24 de febrero de 1814 hizo dirigir Bolívar, por el secretario de Estado Muñoz Tébar, un nuevo « Manifiesto a las Naciones del Mundo ». Este documento contiene una larga enumeración de los actos de violencia que los independientes reprochaban a los Españoles, así como una justificación de las matanzas de Caracas y La Guayra, basada en la necesidad en que se hallaban los republicanos de recurrir a represalias ejemplares, con objeto de asegurar su seguridad. **D.**, V, 916.

2. *Memorias del General Mosquera*, *op. cit.*, p. 142.

3. Proclama de Ocumare, 6 de junio de 1816. **D.**, V, 446.

entonces, buscó todas las ocasiones de reparar el mal [1]. Mas, cualquiera que sea el horror que pueda inspirar la guerra a muerte, preciso es reconocer en ella la llama, espantosa, sin duda, pero eficaz, en la que se forjó la espada de la victoria definitiva. Entre sangre, entre lágrimas, por entre las terribles pruebas por que atravesaba, la idea de patria, balbuciente y frágil, se ha fortalecido. Una aureola de abnegación y de espléndida valentía va a cernerse sobre aquellos combatientes con harta frecuencia vacilantes hasta entonces, y que se convierten en héroes de epopeya.

En las escasas memorias que poseemos de aquella época [2], colocada, como todas las épocas sagradas, bajo el signo de la Violencia [3], se ven las huellas del camino recorrido por la noción, depurada, del patriotismo en las almas americanas. Familias enteras se sacrifican, con admirable arranque, por una causa que, años antes, era calificada de obra de « forajidos y de locos ». Mujeres hasta entonces acostumbradas a la dulzura de la vida, a la ternura, revelan de repente sentimientos espartanos. Tal la joven esposa de Arismendi, llevada cautiva a España, dando a luz, en la cárcel, un « nuevo monstruo », según decir de sus verdugos, a la que prometían la libertad con tal que aconsejara a su marido que desertara la causa republicana, y que contesta con firmeza : « Soy incapaz de deshonrar a mi marido; su deber es servir a su patria y libertarla [4]. »

Aquella guerra fué también una escuela para toda una serie de hombres de valía, quienes, procedentes del pueblo, habrían, según la marcha ordinaria de las cosas,

1. « La política, de acuerdo con la humanidad, escribe Bolívar en 1818 a uno de sus familiares, me ha movido a suspender la ejecución de la guerra a muerte, y la experiencia ha empezado á manifestarnos las ventajas de esta medida : más de doscientos Españoles se han pasado a nuestro ejército después que se les ha hecho saber la clemencia con que se les recibe. » Carta del 17 de febrero de 1818, citada por Gil Fortoul en *Historia Constitucional*, etc., t. I, cap. VII, p. 218.

2. V. principalmente *Biografía del General Joaquín París*, en *Repertorio Colombiano*, t, X, p. 194.

3. Suarès, *Essais sur la vie*, t. II, p. 128.

4. V. Briceño, *Historia de la Isla Margarita*, citado por Gil Fortoul, *op. cit.*, t. I, cap. VII.

pasado su vida en la apatía, la monotonía y la grosería tradicionales, y que, desde entonces, siguieron una carrera gloriosa, mereciéndoles, sus brillantes hazañas, ser colmados de honores[1]. Todo esto nos mueve a preguntarnos si no necesitaba la religión de la Patria americana numerosos y magníficos mártires, y si el calvario que recorrieron no fué el indispensable camino para la inmortalidad de su fe.

III

Bolívar, a quien hemos dejado encerrándose en Valencia, el 5 de febrero de 1814, se disponía pues a oponer desesperada resistencia al supremo esfuerzo de Boves contra la capital. El terrible asturiano estaba casi repuesto de sus heridas, y todo hacía prever que no tardaría en reanudar las hostilidades. Partidas de llaneros recorrían las riberas del lago de Valencia, saqueando fincas, incendiando pueblos, y llevando a todas partes la devastación y la matanza. Mientras dos columnas, mandadas por el coronel Escalona y por el capitán Mateo Salcedo salían al encuentro de aquellas bandas avanzadas de la legión infernal, el Libertador organizaba lo mejor que podía el estado de defensa de la región. Armó una escuadrilla en el lago; un destacamento de cien hombres, provistos de algunas piezas de campaña, ocupó el desfiladero de La Cabrera; el grueso de las tropas se reunió en La Victoria, cuyas cercanías fueron esmeradamente fortificadas.

Desde las alturas de la ciudad podía extenderse la mirada sobre un vasto y ameno conjunto de cultivos y de plantíos prósperos que cubrían, a pérdida de horizonte, la parte más hermosa del valle de Aragua, verdadero jardín de Venezuela. Hacia el noroeste, al pie de la eminencia llamada del *Calvario*, extiéndese un reducido llano sobre el cual está construído el caserío de San Mateo, donde estableció Bolívar su cuartel general el 20 de febrero. Estaba allí en sus fincas patrimoniales.

1. Gervinus, *op. cit.*, t. VI, p. 265.

Frente a él se hallaba la hacienda del *Ingenio*, en donde había transcurrido su infancia, y cuyos copudos árboles habían refrescado con su sombra las ardientes melancolías de su juventud. Aquel panorama familiar evocaba en él dulcísimos recuerdos. Iba pues a combatir *pro aris et focis* [1].

El Libertador disponía de dos mil hombres, entre ellos seiscientos jinetes. Boves, menos impaciente quizá de llegar a Caracas que de medirse por fin con Bolívar, llegaba a la cabeza de tropas tres veces superiores, como número, a las de su adversario : dos mil fusileros y cinco mil llaneros, aguijoneados por la esperanza del rico botín que les esperaba en la capital y que aliviaría todas sus fatigas.

El 25 de febrero, por la mañana, los exploradores del ejército realista aparecieron en las alturas de Cagua, por encima de San Mateo. Casi en seguida comenzó la acción, con una terrible carga de los llaneros, rechazada con éxito por las tropas de Bolívar. Reunió Boves a su gente, y, tres días después, repitió el ataque. También esta segunda vez el fuego de las baterías republicanas, mandadas por Lino de Clemente, consiguió desbaratar el primer ímpetu de los realistas. Pero, admirable de tenacidad y de valor, siguió Boves ordenando cargas. El combate duró medio día, quedando la ventaja final a los patriotas, aunque tuvieron que deplorar crueles pérdidas : 300 hombres y 30 oficiales muertos. Entre éstos se hallaba Villapol. Campo Elías sobrevivió muy poco a sus heridas. No más halagüeña era la situación en el campo de los realistas. Boves, que había recibido varias heridas de armas de fuego, tuvo apenas fuerza para llegar a Cura, en tanto que su lugarteniente Morales reunía los fusileros españoles que quedaban y los diezmados escuadrones.

Hubo entonces una suspensión de armas, aprovechada por Bolívar para extender su línea de defensa hasta la granja del *Ingenio* en la cual estableció su parque. La caballería fué acantonada en las plantaciones de caña vecinas y que podían suministrar abundante forraje.

1. Cf. Mitre, *Historia de San Martín*, cap. xxxix, § 3.

Acababa de tomar estas disposiciones el Libertador, cuando supo, el 9 de marzo, que Rosete acababa de ocupar de nuevo Ocumare con fuerzas imponentes. Era esto, para Caracas, un peligro urgente. A pesar de los que también a él mismo le asediaban, confió Bolívar a Mariano Montilla trescientos de sus mejores soldados y le envió a reforzar con ellos la guarnición de la capital. El destacamento salió de San Mateo el 10 de marzo por la tarde, a la vista del enemigo. Persuadido de que la columna de Montilla efectuaba un movimiento de ataque contra su ala derecha, quedó Morales en expectativa, esperando a que se precisara la maniobra de conjunto. Merced a esta actitud, con la que, por cierto, contaba Bolívar, pudo la columna proseguir su marcha hasta Caracas. A todo esto, Boves, que iba restableciéndose, no pensaba más que en tomar de nuevo el mando del ejército. Los fusileros españoles carecían de municiones, y la bravura de los llaneros era impotente contra la artillería republicana. Estas consideraciones no entibiaban el ardor frenético de Boves. El 11 de marzo, decidió volver a la ofensiva.

El 17, el 20 señalan terribles acciones, aunque sin resultado decisivo todavía, pues Bolívar dispone de considerables abastecimientos de guerra, y los reductos de San Mateo seguían teniendo a raya los asaltos de la caballería realista. En fin, Boves se resuelve a un ataque general. El 25 de marzo, al amanecer, distribuye a sus soldados las municiones que le quedan, toma posición ante el llano de San Mateo, y hace abrir el fuego en toda la línea. La acción se empeña con encarnizamiento. Las salvas se suceden, entremezcladas de furiosos asaltos. Devorando el terreno, los llaneros caen al pie de los reductos, que son otros tantos volcanes vomitando llamas. Bolívar, a caballo, alienta a la infantería; cree estar seguro de la victoria, la fusilería de los realistas se espacia; la artillería republicana redobla de celo.

En aquel momento, inesperado clamor se eleva detrás de los combatientes. Ochocientos llaneros, terminando un hábil movimiento envolvente, suben a galope la explanada del *Ingenio*. Para defender el parque de artillería del ejército hay sólo unos cincuenta soldados mandados por el

joven granadino Antonio Ricaurte. Imposible acudir en socorro de ellos. Embargados por inexpresable angustia, los jefes republicanos rodean a Bolívar, que se apea del caballo, empuña la espada, y con voz firme declara : « No retrocederemos, suceda lo que suceda, y, si es preciso morir, moriré con vosotros... » Arrojando gritos de venganza, los llaneros han llegado a la alameda que conduce al Ingenio. Ya llegan al edificio central de la hacienda, vasto cobertizo en donde están acumulados los armones y la pólvora. La fortaleza republicana está perdida. Ya la guarnición huye en desorden hacia San Mateo. Los realistas penetran en el Ingenio. De repente, envuelta en inmensa nube de humo surge un fulgurante haz de fuego. Estalla formidable explosión : los llaneros han desaparecido, aniquilados por aquel rayo. Quedado el último cerca de un barril de pólvora, con una tea en la mano, Ricaurte ha hecho volar la fortaleza, sepultándose con sus enemigos bajo las ruinas del Ingenio. En el acto recobran ánimo los republicanos : excitados por sus jefes, atacan a la bayoneta los soldados de Boves y coronan con una victoria completa aquella gloriosa jornada.

Además, en aquellos días, parecía la fortuna querer sonreir a los patriotas. Merced a la feliz inspiración que había tenido Bolívar de enviar a Mariano Montilla en socorro de los habitantes de Caracas, la capital se hallaba, momentáneamente, a salvo de una acometida. Sin embargo, no sin trabajo se había conseguido tal resultado, pues vendió cara Rosete su derrota.

Después del combate de Charayave, Rivas había vuelto a Caracas para tomar el mando de la plaza, convencido de que por largo tiempo no habría de temer agresión alguna. No obstante, el lugarteniente de Boves había conseguido reunir sus bandas. De nuevo había caído en poder suyo Ocumare. Rivas estaba enfermo por entonces, pero salió Arismendi en lugar suyo, en perseguimiento de Rosete, al mando de 800 hombres, o más bien de 800 niños, pues el contingente de aquellas tropas, improvisadas a toda prisa, habíanlo suministrado los alumnos de la universidad. La furiosa resistencia de los Españoles desbarató aquel reducido ejército. Arismendi, y unos

cincuenta de aquellos jóvenes compañeros suyos fueron los únicos que se salvaron de la carnicería de que, una vez más, era teatro Ocumare (11 de marzo). Cuando llegó a Caracas esta noticia, efectuaba en él su entrada Montilla y el destacamento de San Mateo. A pesar de la fiebre que lo consumía, había logrado Rivas, en aquel intervalo, reunir otros 900 reclutas. Mandó que lo ataran en una camilla, y tomó, el 17 de marzo, el camino de Ocumare, a la cabeza de la nueva división. El 20, Rosete era definitivamente derrotado ante la ciudad que sus sangrientas hazañas habían manchado.

La población de Caracas acogió a Rivas, a su regreso, con aclamaciones tanto más entusiastas cuanto que celebraban al mismo tiempo la reciente victoria de San Mateo. Pero, este resplandor de esperanza y de júbilo había de ser el último. Los peligros se multiplicaban : los patriotas perdían la partida.

A pesar de las pérdidas que sufrió Boves durante la acción del 25 de marzo, la situación de Bolívar, inmovilizado detrás de sus medio destrozados atrincheramientos, resultaba precaria. Se agotaban los medios de defensa, el hambre provocaba murmuraciones en las tropas, y Mariño no llegaba. Mientras tanto, los realistas de Coro y de Barinas habían combinado una maniobra decisiva. El capitán general Cajigal, terminada la organización de un ejército que con lo que quedaba del regimiento real de Granada, y las milicias regulares de Coro, ascendía a 4 000 hombres, envió, desde fines de febrero, a Ceballos con 900 soldados de infantería, para reunirse, en Barinas, con la antigua división de Yáñez, a cuyo mando se hallaba entonces Sebastián de la Calzada.

El 9 de marzo, Ceballos sorprendió a Urdaneta y a su destacamento de 700 hombres, acantonados en Barquisimeto, y, después de ruda pelea, los rechazó hacia San Carlos. Casi en seguida, el jefe republicano fué atacado en este mismo punto por Calzada, quien a su vez se había puesto en marcha para reunirse con Ceballos. El 20 de marzo, Urdaneta, después de firmísima actitud frente al enemigo, evacuó a San Carlos y corrió a encerrarse en Valencia. Una semana más tarde, las divisiones reunidas

de Coro y de Barinas llegaban a su vez ante Valencia e intimaban a Urdaneta que entregara la plaza. Los realistas eran 3 000. Urdaneta pidió instrucciones al Libertador. Como contestación, recibió la orden de hacer salir 200 hombres destinados a reforzar a D'Elhuyar, quien agotaba sus fuerzas en mantener el sitio de Puerto Cabello. Añadía Bolívar que Valencia había de resistir hasta el último hombre.

Con sólo 280 fusileros para defender la ciudad, Urdaneta contestó a las nuevas intimaciones de Ceballos y de Calzada que resistiría hasta la muerte. Reunió en consejo a sus oficiales, y, de acuerdo con ellos, tomó la resolución, si el enemigo forzaba los últimos atrincheramientos de Valencia, de imitar el ejemplo de Ricaurte : hacer volar el polvorín. Comenzó el sitio : los realistas no tenían artillería, pero la abrumadora superioridad del número les permitió, al cabo de cuatro días de combates sucesivos, obligar a los sitiados a encerrarse en la fortaleza central. Los sitiadores cortaron las cañerías de agua. Urdaneta fijó el término de veinticuatro horas para poner a ejecución su heroico proyecto.

Sólo de Bolívar podían ya venir socorros. Pero, acosado el Libertador por las incansables huestes de San Mateo, era ésta una esperanza imposible. Sin embargo, se realizó.

El 30 de marzo, Boves abandonó de repente sus posiciones. Mariño se había, por fin, decidido a intervenir. Salió de Barcelona con sus 3 500 hombres de tropas frescas, destruyendo a su paso las guerrillas realistas con que tropezó en Tucupido, Aguanegra, Corocito, San Rafael, Altagracia y Lezama; en Los Pilones había reunido a sus tropas la columna que acababa de desbaratar lo que quedaba de las bandas de Rosete, y, penetrando en los valles de Aragua, se disponía a caer irresistiblemente sobre las líneas de Boves, de las que, el 30 de marzo por la mañana, sólo algunas leguas le separaban. Avisado de aquel peligro inmediato, resolvió Boves ir al encuentro de Mariño. El choque de ambos ejércitos, cuyas fuerzas eran iguales, se efectuó el 31 en Bocachica, entre Cura y La Puerta, Fué ésta también una sangrienta

batalla : 200 patriotas quedaron sobre el terreno. Boves perdió 500 hombres, y tuvo que retirarse a Valencia, con objeto de unirse a las divisiones de Calzada y de Ceballos. Dos días después acudía Bolívar a La Victoria para aunar sus fuerzas con las de Mariño. Los dos jefes se dirigieron en seguida hacia Valencia. Al llegar a ésta, el 3 de abril, vieron que los realistas habían prudentemente levantado el sitio. El gran almacén de guerra de la república estaba salvo. Boves y Calzada se iban, con los llaneros, hacia el Apure; Ceballos se refugiaba en San Carlos; D'Elhuyar había felizmente mantenido y estrechado el cerco de Puerto Cabello. Pero, una nueva campaña, decisiva esta vez, iba a comenzar.

Si la reunión de Bolívar y de Mariño se hubiese efectuado algunos meses, o sólo algunas semanas antes, lo muy probable es que bastara para evitar los peligros que amenazaban a la república. En el estado en que se hallaba Venezuela, tal esperanza era ilusoria. Cierto que las fuerzas españolas estaban dispersadas; mas, para llegar hasta ellas, para llegar a Coro, por ejemplo, en donde su número constituía la amenaza más apremiante, habría sido menester atravesar inmensas regiones hostiles, ganadas a la causa realista. Por otra parte, no podía pensar el Libertador en alejarse de la provincia metropolitana, en donde, con razón, se concentraba, desde hacía tres meses, la resistencia de los patriotas. En fin, iban a salir refuerzos para Puerto Cabello, pues iba a llegar el momento en que, de no ser socorrido D'Elhuyar, no podría éste oponerse a una salida de los sitiados. De acuerdo con Mariño, Bolívar resolvió, pues, establecer de nuevo su cuartel general en La Victoria, e intentar, una vez más, forzar el sitio de Puerto Cabello, en tanto que, con parte del ejército, Mariño se dirigiría hacia San Carlos. Si conseguía éste hacer sufrir una seria derrota al coronel Ceballos, antes de que Boves y Calzada tuviesen tiempo suficiente para reunir nuevas tropas en los llanos, quedarían desviados, siquiera por algún tiempo, los grandes peligros inmediatos.

Salió Mariño de La Victoria el 5 de abril a la cabeza de 2 000 soldados de infantería y de 800 jinetes. Diez días

después, las tropas llegaban a Tinaco. Estaban aspeadas; quedada hacia atrás en el camino, sólo algo más tarde se reunió con ellas la artillería, y Mariño ordenó un descanso de uno o dos días. En esto, un espía falso, enviado por Ceballos, se presentó al general republicano y le hizo creer que los realistas acababan de evacuar San Carlos y que convenía tomar la dirección de San Fernando de Apure. Temió Mariño dejar escapar ocasión tan favorable de caer de improviso sobre el enemigo. Hizo levantar el campo, se puso de nuevo en marcha, y, el 16 de abril por la mañana, llegó a vista de San Carlos. Pudo entonces darse cuenta de que había sido engañado. Sin atender no obstante al parecer de sus oficiales, el general se negó a esperar la llegada de la artillería, y aun de la retaguardia, mandada por Urdaneta, y tomó en seguida sabias disposiciones de combate. Otro tanto hizo Ceballos por su lado. Los dos ejércitos tomaron posiciones en el campo raso del Arado : escuadrones de llaneros cubrían cada una de las alas de la infantería desplegada en orden de batalla. Una compañía componía la reserva.

Las líneas republicanas de vanguardia, atacadas vigorosamente por una carga de la caballería realista, cedieron al primer choque. Se retiraron a los altos circunvecinos, dejando paso a los llaneros de Ceballos, quienes sembraron el pánico entre las divisiones de Mariño, imposibilitándole así toda maniobra. Los independientes huyeron, seguidos por Mariño y por la mayor parte de los oficiales. En aquel instante, Urdaneta acudió con 600 fusileros para reforzar la reserva. Sostuvo estoicamente las cargas enemigas, consiguió juntar parte de la retaguardia mandada por Bermúdez, y restableció la línea de batalla. Pero la noche puso fin al combate. Los independientes tuvieron apenas unas cien bajas entre muertos y heridos. Descuidó Ceballos sacar partido de su victoria, lo cual permitió a Urdaneta retirarse en buen orden hacia Valencia. Casi todos los dispersos fueron reincorporados en el transcurso de la retirada. Mariño y su primer ayudante, el comandante Cedeño, se reunieron con sus compañeros más allá de Tinaco.

Acababa Bolívar de terminar los preparativos de un

ataque, quizá decisivo, contra Puerto Cabello, cuando recibió la noticia de la derrota del Arado. Supo igualmente que el capitán general Cajigal, cuya intervención era temida desde hacía tiempo por los patriotas, había salido por fin de Coro, dirigiéndose a marchas forzadas hacia San Carlos al mando de 3000 hombres. A toda prisa regresó Bolívar a Valencia, realizando, una vez más, prodigios de actividad y energía. Consiguió que Rivas le enviara de Caracas un refuerzo de 800 voluntarios, los armó, los ejercitó, hizo aprovisionar la plaza, perfeccionar las obras de defensa, y esperó el terrible asalto que se preparaba.

En efecto, después de haber destruído un destacamento republicano que custodiaba a Carora, llegó Cajigal a San Carlos el 30 de abril y tomó el mando de la división de Ceballos. Boves y Calzada dieron al capitán general la esperanza de su próxima llegada con una división considerable de llaneros. Cajigal nombró a los dos jefes coroneles del ejército español, y resolvió esperarles para acabar con Bolívar.

Quiso éste adelantarse a tal maniobra. Las fuerzas republicanas eran iguales a las de los realistas. Una batalla feliz podía aún modificar la suerte de la campaña. El 17 de mayo, el Libertador avanzó hasta Tocuyito, con objeto de obligar a Cajigal a una acción inmediata. Pero el general español era superior en caballería a Bolívar, quien, en cambio, disponía de más infantería. Cada uno de ellos maniobró para atraer al adversario a un terreno desfavorable. Hubo escaramuzas de vanguardia. Cajigal, que quería dar tiempo a que llegara Boves, rehusaba entrar en acción; Bolívar esbozó un movimiento de retirada hacia Valencia. En esto, al tener Cajigal noticia de que Boves habiá salido de Calabozo, hizo avanzar sus tropas hacia el cuartel general del Libertador (21 de mayo). No obstante, los Españoles parecieron renunciar a la batalla que Bolívar seguía decidido a ofrecerles, y fueron a acampar en las cercanías del pueblo de Carabobo, a seis leguas al sudoeste de Valencia. Ocurría esto el 22 de mayo. Pero, no había de llegar tan pronto Boves. Sabía que las provincias orientales carecían de guarnición, y se había

propuesto, antes de reunirse con Cajigal, intentar un ataque contra Barcelona. La división enviada por él a este sitio bajo las órdenes del teniente Benito Martínez fue completamente destruída por Piar. Así pues, mientras contaba el capitán general con el apoyo formidable que, de un momento a otro, iba a prestarle la legión de los llaneros, se hallaba Boves en Calabozo, ocupado en reparar sus pérdidas.

Esta noticia fué un motivo más para que el Libertador obligara a Cajigal a aceptar el encuentro. Los republicanos veían agotarse sus medios de abastecimiento. Guerrillas realistas recorrían todas las cercanías. No podía Bolívar pensar en prolongar más una situación que para su impaciencia, sin contar con la exasperación de que daban muestras las tropas, resultaba intolerable. Por otra parte, inquietantes deserciones comenzaban a producirse en las filas de Mariño. El 26 de mayo, al salir el sol, hizo Bolívar reunir el ejército y se puso en camino hacia Carabobo.

La planicie así llamada, que tan famosa había de ser más tarde en los anales de la guerra de la Independencia, había sido atinadamente escogida por los Españoles para servir de terreno de batalla. Al comprender Cajigal que le sería imposible evitar la ofensiva del Libertador, quiso cuando menos asegurarse todas las ventajas. La infantería realista ocupaba la extremidad occidental de la planicie, y se hallaba desplegada en esta forma : dando espalda a la sierra de los altos de Las Hermanas, y protegida la izquierda por el grueso de la caballería cuyo punto de apoyo eran las pendientes de un montecillo ocupado por doscientos cazadores. A la derecha se alzaba un cerro, guarnecido también de tropas. El regimiento de Granada formaba, a retaguardia, la reserva. Seis piezas de artillería se extendían al frente de las líneas.

Una barranca poblada de arboleda, que por cierto estaba fuera del alcance de los cañones españoles, ocupaba en todo su ancho la planicie de Carabobo. Los independientes tuvieron que atravesarla antes de ocupar, a su vez, sus posiciones de batalla. Puso Bolívar en primera línea tres divisiones de su infantería. Dos escuadrones flanquea-

ron cada una de las alas. La superioridad de la caballería realista determinó al Libertador a establecer una segunda línea de batalla con las divisiones del coronel Leandro Palacios y del coronel Jalón, quienes, al mismo tiempo, constituían las reservas. El resto de la caballería se agrupó en el centro. Las divisiones estaban sostenidas, en cada extremidad, por dos bocas de fuego.

Estas disposiciones, tomadas en presencia del enemigo y sin que efectuara éste movimiento alguno para impedirlas, estaban de todo punto conformes con las reglas en uso en las grandes batallas de aquel primer período de las guerras sudamericanas. Tanto los jefes españoles del ejército regular, como la mayor parte de los oficiales republicanos, ponían empeño, en aquella época, en observar los preceptos de táctica enseñados en las academias militares de la Península. La naturaleza del terreno escogido en Carabobo, las disposiciones de batalla de Cajigal y Bolívar, así como la maniobra de cada una de las armas en el transcurso de la acción, el desenlace de ésta y sus consecuencias, pueden ser respectivamente considerados como otros tantos ejemplos típicos de las doctrinas en predicamento en el Nuevo Mundo y que se inspiraban sobre todo en la estrategia prusiana y en los órdenes de batalla de Federico II, adaptados, excusado es decirlo, a los medios y a las circunstancias [1].

A comienzos de la tarde, las avanzadas republicanas se adelantaron en buen orden bajo el fuego de los cañones enemigos y sin descargar sus armas, hasta llegar al alcance de los fusiles de los realistas. En aquel momento, Cajigal reforzó su caballería enviando a la izquierda dos escuadrones que, con la reserva, estaban ocultados por la arboleda de Las Hermanas. Comprendiendo el Libertador que el Español se dispone a dar carga al flanco de las columnas en marcha, se decide a hacer atacar oblicuamente al enemigo. Apenas se pone en movimiento la división del coronel Palacios para efectuar esta maniobra, caen los jinetes españoles sobre la derecha de los patriotas,

1. V. F. J. Vergara y Velasco, *Páginas militares de la Guerra de la Independencia*. Bogotá, 1910.

los acometen por retaguardia y tratan de precipitarlos hacia el frente del ejército realista. En el acto, abre éste el fuego en toda la línea. Al mismo tiempo, varios escuadrones de llaneros cierran sucesivamente contra la división Jalón. No se arredran los republicanos. Contestan a la fusilería por una descarga general, rechazan a los escuadrones enemigos, obligándoles a replegarse en desorden. Entra entonces en acción la caballería republicana y acaba de dispersar a los llaneros, que, atacados de flanco por la división Palacios, se precipitan sobre sus propias líneas y las dislocan. En vano Cajigal y sus oficiales tratan de formar nuevamente su infantería. El regimiento de Granada, que componía la reserva, era el único que permanecía en buen orden. Llega a paso de carga la división Palacios contra aquellos 450 hombres, gente aguerrida, a la que, además, se dispone a socorrer un escuadrón de llaneros penosamente reunido por Ceballos. Pero un pánico repentino se apodera de los Españoles. Huyen, fusilados a quemarropa por la infantería de Palacios. Momentos despues, el último escuadrón realista, con el que se hallaba Cajigal, desapareció con dirección a Pao.

No había durado arriba de tres horas el combate. Los republicanos, cuyas pérdidas eran insignificantes : doce muertos y 40 heridos, recogieron considerable botín. Tres mil caballos, quinientos fusiles, el tesoro del ejército, las banderas, los armones, cayeron en su poder. Los realistas dejaron 300 hombres sobre el campo de batalla. El bosque de Las Hermanas estaba cubierto de cadáveres [1].

IV

A pesar de que la victoria había sido tan completa como era posible, no podía desviar la tormenta que se anunciaba en el horizonte. El Libertador había vencido las tropas

1. Por cierto que en cada uno de los combates de las campañas de la segunda república venezolana se observa esta enorme diferencia entre las pérdidas de los dos adversarios. Se ve siempre en ellos una proporción de 2 a 3 p. 100 del lado del vencedor, y 35 a 40 p. 100 en el partido vencido.

regulares de Cajigal y de Ceballos, pero se veía desarmado contra las imponentes levas cuyo elemento incoercible era las hordas de Boves, y ante la inercia, cargada de odio, de los pueblos, desesperados por un pavoroso estado de miseria [1]. Los enfermos, los heridos morían, por falta de asistencia, en los hospitales de Caracas y de Valencia; los soldados del Libertador no tenían ropa ni medios de subsistencia : los campesinos se negaban a las requisiciones; habría sido menester sitiar pueblo por pueblo para obtener víveres, y temía Bolívar exasperar los sentimientos contra-revolucionarios que se generalizaban cada vez más. Boves había salido de Calabozo, el 28 de mayo, con 5 a 6 000 llaneros y cerca de 3 000 fusileros muy bien armados, equipados y abastecidos, merced a los socorros llevados de la Guayana. Esta vez, apresuraba su marcha hacia Valencia. Era segura la catástrofe.

Omitiendo proveer a medidas defensivas semejantes a las que adoptó en época del primer ataque de Boves, o, cuando menos, adelantarse con todo su ejército al encuentro de su temible adversario, Bolívar envió contra él a Mariño a la cabeza de 1 500 soldados de infantería, 700 jinetes y siete piezas de artillería. Ilusionado acerca de la valía de sus tropas, y, muy probablemente, engañado respecto de la importancia verdadera de las fuerzas de Boves, tomó además el Libertador disposiciones cuyas funestas consecuencias no iban a tardar en aparecer. Urdaneta y una división de 700 hombres salieron contra Ceballos hacia San Carlos, en tanto que el coronel Jalón se ponía en camino con 1 100 soldados, en perseguimiento de Cajigal.

Dos días después de su salida, supo Jalón que el capitán general se había encaminado hacia los llanos. Dió aviso de esto a Bolívar, quien le dió orden de reunirse con Mariño. Este último se hallaba en La Puerta. Sus exploradores acababan de informarle de la proximidad del ejército de Boves, cuando llegó Jalón. Con su habitual imprudencia, Mariño, al verse a la cabeza de cerca de 3 500 hombres, decidió en seguida tomar posición en aquel

1. Cf. Mitre, *op. cit.*, t. III, cap. xxxix, § 5.

terreno ya fatal a las armas republicanas. No era posible retroceder : Bolívar, que por fin era enterado de la importancia de las fuerzas que capitaneaba Boves, acudió a su vez, el 14 de junio, para tomar parte en la batalla.

La infantería de Mariño no descubrió al pronto ante ella más que a la infantería enemiga desplegada como de costumbre, y a la que ninguna caballería parecía apoyar. Hubo sañuda fusilería por una y otra parte. La caballería republicana atacó el ala derecha de los realistas, y el batallón de Aragua, bajando al mismo tiempo de una altura en que se hallaba apostado, tomó el paso de carga, y, por medio de un movimiento envolvente, cercó el ala izquierda. Apenas terminada esta maniobra, los llaneros, ocultos en los bosques vecinos, cayeron en aplastante masa sobre los patriotas. Dos cargas de aquellos espantosos escuadrones bastaron a Boves para aniquilar al ejército republicano. La artillería, los fusiles, las municiones, todo fué cogido. Aseguró Boves no haber perdido más que 200 hombres, matados o heridos; las pérdidas de los patriotas ascendían a más de 1 300; el secretario de Estado, el mejor amigo del Libertador, Antonio Muñoz Tebar, el coronel Manuel Aldao, casi todos los oficiales, se hallaban entre los muertos. El coronel Jalón, a quien largos meses de padecimientos en las prisiones de Puerto Cabello, de las que acababa apenas de salir, no impidieron cumplir como bueno en Carabobo, fué ahorcado, al día siguiente, en la villa de Cura. Bolívar, Mariño y José Félix, huían hacia Caracas.

La segunda república venezolana no había de sobrevivir a esta desastrosa jornada. Al pasar por Valencia, prescribió Bolívar al coronel Escalona, que mandaba la guarnición, compuesta a lo sumo de 500 hombres, que resistiera hasta lo último si, como todo lo hacía suponer, atacaba Boves la plaza. Un mensajero del Libertador llevó a D'Elhuyar la orden de activar las operaciones del sitio de Puerto Cabello. Esperaba Bolívar encontrar en Caracas nuevos recursos para acudir en ayuda de sus bravos lugartenientes.

Para lograr su deseo, recurrió el Libertador a cuantos argumentos persuasivos y disposiciones oportunas podían

sugerirle el amor de su patria y la desesperación de verla perecer. Desde su llegada a Caracas, el 16 de junio, reunió al cabildo, a las notabilidades, al pueblo, tratando de reanimar en sus corazones un celo que, por desgracia, resistía a todas las instancias. Se publicó un decreto que prometía la libertad a los esclavos que se alistaran bajo las banderas de la República. Con arreglo a las cláusulas del concordato, firmado el 12 de febrero precedente, con los representantes del clero, y por el cual se habían comprometido éstos a entregar, para las necesidades del Estado, el tesoro de las iglesias [1], obtuvo Bolívar del arzobispo de Caracas considerable cantidad de oro, plata y objetos preciosos, con los cuales se acuñó moneda. Pero, ni el anuncio de exoneraciones de impuestos, ni los discursos patrióticos o las intimaciones del Libertador hacían mella en los habitantes. El espíritu público estaba compartido entre el desaliento y el terror.

Mientras tanto, cual plaga devastadora, Boves y sus llaneros habían penetrado en los valles de Aragua, exterminado los destacamentos de Maracay y de La Cabrera, saqueado e incendiado todos los pueblos. Desde el 19 de junio, habían puesto sitio a Valencia. La guarnición y su arrojado comandante Juan Escalona dieron muestras de magnífico heroísmo : extenuados por 30 días de combates y de privaciones, sin que les quedara un solo cartucho, estaban resueltos, sin embargo, puesto que tal era la consigna, a resistir hasta el último hombre. Pero Boves les hizo saber que, si se negaban a rendirse, exterminaría, primero a ellos, y, después, a la población toda. Escalona consintió entonces en capitular, siempre que, por juramento solemne, se comprometiera Boves a respetar la vida de los habitantes de Valencia. El juramento fué pronunciado en una misa que el capellán del ejército realista celebró al pie de los muros de la ciudad. Los sitiados oyeron a Boves jurar por los Santos Evangelios que dejaría la vida salva « a todos los seres humanos encerrados en Valencia y su ciudadela. » No bien se abrieron las puertas, los llaneros, obedeciendo a una orden de su

1. D., V., 963.

jefe, se arrojaron sobre los oficiales y los soldados republicanos. 300 hombres, de los 400, escasos, que sobrevivían, perecieron asesinados a lanzadas. Escalona y algunos de sus compañeros se defendieron, en un supremo esfuerzo, consiguieron abrirse paso por entre la nube de enemigos que les rodeaban, y ganaron el campo (19 de julio[1]).

Dueño de Valencia, Boves comenzó por hacer degollar a todas las notabilidades de la ciudad. Tan espantosas fueron las matanzas efectuadas durante los días siguientes, que « la posteridad — dice el historiador Heredia, contemporáneo muy bien documentado de aquellas sangrientas saturnales — dudará de estos hechos que parecen imposibles entre gentes civilizadas, y á la sombra de las banderas españolas, como dudé yo hasta que los oí á testigos presenciales y caracterizados[2] ».

Estas desgracias anunciaban otras más deplorables aún. Agotadas sus fuerzas y falto de medios, D'Elhuyar había tenido que abandonar, el 25 de junio, sus posiciones ante Puerto Cabello. Enclavó sus cañones, y, embarcándose con sus tropas en la flotilla que mantenía el bloqueo, se hizo conducir a La Guayra, desde donde pasó a Caracas, para reunirse con el Libertador. No tardó este en convencerse de la inutilidad de los esfuerzos que hacía para decidir a los habitantes de la capital a resistir contra los invasores. Pensó que el subsidio suministrado por el clero de Caracas permitiría procurarse, en las provincias orientales, nuevos elementos de guerra. Mariño, que había salido para Cumaná, aseguraba haber sido bien recibido por los habitantes, y que seguían éstos fieles a la causa liberal. Alentado por estas noticias, Bolívar salió a su vez de su ciudad natal, dirigiéndose hacia Barcelona.

Gran parte de la población siguió a los 2000 hombres de tropa que llevaba consigo el Libertador. De los 40000 habitantes de la capital, no quedaron en la ciudad más que las monjas de los conventos de la Concepción y el Carmen, algunos frailes, el arzobispo, los miembros del alto clero, y unas cuatro a cinco mil personas « que,

1. No obstante, O' Leary asegura que Escalona se escapó merced a un disfraz. *Memorias*, I, cap. x, p. 210.
2. Heredia, *Memorias*, *op. cit.*, p. 204.

según Heredia[1], tuvieron resolución para esperar la muerte en sus casas, sin exponerse á encontrarla mas cierta entre los riesgos de la fuga ». Puede imaginarse cuán terrible fué ésta.

Mujeres, tiernas doncellas pertenecientes a las familias más distinguidas, tuvieron que seguir a pie la penosísima marcha del ejército republicano. Muchas de ellas perecieron en el camino, de cansancio, de hambre y de sed. Enloquecidas por las privaciones, las madres arrojaron a sus hijos a los precipicios cuando notaron que sus agotados pechos no podían ya alimentarlos. Este trágico éxodo es conocido, en la historia de Venezuela, con el nombre de *Emigración de 1814*. Su recuerdo ha quedado imborrable, y sólo con el del terremoto de 1812 puede compararse[2].

Veinte días duró la tremenda marcha a través de la desolada región de Capaya, veinte días, al cabo de los cuales la expedición, considerablemente menguada, llegó al pueblo de Aragua, a 16 leguas de Barcelona. Pero Morales, enviado por Boves en perseguimiento de los fugitivos, acudía con un ejército de 8 000 llaneros, indios y negros reclutados en las plantaciones de las cercanías de Caracas. Con los socorros traídos de Barcelona y de Cumaná por Piar y Bermúdez, las tropas del Libertador ascendían a unos 3 000 combatientes, a lo sumo. La batalla que dieron el 18 de agosto fué una repetición de la de La Puerta. Sin embargo, según propia confesión de Morales, tuvo éste 1 100 muertos y 823 heridos, pues las tropas de Bolívar, de D'Elhuyar y de Rivas se habían defendido con desesperación. Todos los prisioneros fueron matados después del combate. Cerca de 3 000 republicanos quedaron pues sobre el campo de batalla. Bolívar y los emigrados de Caracas huyeron hacia Barcelona, en tanto que Bermúdez protegía valerosamente su retirada con una división de caballería cuya admirable conducta salvó la honra de las armas republicanas. Uno de los oficiales de esta división, Francisco Carbajal, realizó prodigios de valor durante aquella última fase de la batalla. De su mano murieron más de 30 españoles antes de ser él acometido

1. Heredia, *Memorias*, *op. cit.*, p. 202.
2. Schryver, *op. cit.*, p. 61.

y exterminado por todo un escuadrón. Por la noche, entró Morales en Aragua y cercó la iglesia, en la que se habían refugiado un millar de personas de todas las edades y de ambos sexos. Fueron asesinadas todas sobre el altar en que había sido expuesto el Santísimo Sacramento. Los realistas tuvieron que evacuar Aragua al día siguiente. Habían descuidado de enterrar los cadáveres, y, con el calor, el pueblo se había convertido en pestilente pudridero.

Cuando, el 21 de agosto, llegó Morales a Barcelona, no encontró en ésta a Bolívar, quien había proseguido su camino hasta Cumaná, precedido por los desgraciados supervivientes de la emigración. Apenas llegado, el Libertador se ocupó, de acuerdo con Mariño, en asegurar la salida de parte de los emigrados para la Margarita. Hacía algunas semanas que se hallaba en este punto Arismendi, y la influencia que ejercía sobre sus compatriotas le había permitido poner en estado de defensa la isla. Al mismo tiempo, Mariño, Bolívar, D'Elhuyar, Piar, Rivas y Bermúdez se reunían en consejo con objeto de ver qué disposiciones convenía tomar en las terribles circunstancias en que se hallaban. Propuso Mariño dirigirse a Güiria y encerrarse en él. Abierto en un ángulo de la península montañosa de Paria, el bien resguardado puerto de Güiria podía constituir una posición excelente y de muy fácil defensa. A más de esto, su proximidad de la Margarita y de Trinidad permitiría que llegasen los socorros que pudieran esperarse del extranjero. Los jefes republicanos adoptaron el parecer de Mariño. Quedó decidido que, tan pronto como fuera posible, se pondrían en camino por la vía de tierra. El italiano Bianchi, cuyos corsarios seguían al servicio de la república, embarcó en su flotilla las armas y municiones que poseían aún los patriotas. Mariño y Bolívar le confiaron también el famoso tesoro llevado de Caracas, y quedó convenido que se reunirían todos en Güiria.

En la noche del 25 al 26 de agosto hubo un postrer consejo entre el Libertador y sus compañeros. Iban a separarse, cuando recibieron aviso de que Bianchi había seducido a los soldados de la guarnición del fuerte de San Antonio, a fin de que no hicieran fuego sobre la

flotilla, si por casualidad se lo mandaban sus jefes, en el momento en que salieran del puerto los barcos. En efecto, contrariamente a las prescripciones de Mariño, según las cuales no había de salir hasta el día siguiente por la mañana. Bianchi estaba a punto de ganar la alta mar ¡Iba pues a huir con los supremos recursos de los patriotas! En el acto se embarcaron Bolívar y Mariño en uno de los bergantines que se hallaban aún en la rada, alcanzaron la escuadrilla, y, sin aparentar tener conocimiento de la perfidia del aventurero, intentaron un arreglo. Sólo a medias cedió Bianchi. Consintió en hacer escala en el puerto de Juan Griego, en la isla de la Margarita. Pero fondeó prudentemente fuera del alcance de los cañones de la plaza, declaró que las provincias de Cumaná y de la Margarita le debían más de cuarenta mil pesos por las capturas que había llevado a sus puertos, que devolvería las armas y las municiones y las dos terceras partes del tesoro, pero que el resto le pertenecía con toda justicia y que no lo devolvería.

Ningún medio para oponerse a este fallo tenían Bolívar y Mariño. Dejaron a Arismendi las provisiones de guerra que les devolvió Bianchi, y, en seguida, se hicieron a la vela para Costa Firme. El 3 de septiembre, desembarcaron en Carúpano. ¡Cuáles no fueron su sorpresa y su indignación al encontrarse con una población hostil que les acogió con gritas e insultos! Aprovechándose de su ascendiente sobre los habitantes de la región, Rivas y Piar se habían proclamado « jefes supremos de Venezuela », en substitución de Bolívar y Mariño, cuya caducidad habían proclamado aquéllos por « abandono de la patria en peligro »... Al llegar Rivas de Cariaco, el 6 de septiembre, hizo arrestar y encarcelar a Mariño. Dejó en libertad a Bolívar; pero, cuando a su vez llegó Piar, se mostró éste menos complaciente. El Libertador estuvo a punto de sufrir la misma suerte que su compañero. Así, pues, el destino vengador repetía, unas tras otras, al cabo de dos años, las escenas que señalaron la salida de Miranda al retirarse éste ante Monteverde [1].

1. Cf. Gervinus, VI, p. 272, y Mitré, cap. xxxix, p. 391.

En esto, una intervención bastante inesperada salvó a Bolívar y a Mariño de la funesta suerte que les reservaban. Al cruzar por la costa con su flotilla, atracó Bianchi en el puerto de Carúpano, y, al tener noticia de estos recientes sucesos, se llegó a Rivas y le declaró que, si en aquel momento mismo no mandaba poner en libertad a los prisioneros, comenzaría en seguida el bombardeo de la ciudad. Tenía fama el italiano de cumplir promesas de este género. Además, Carúpano carecía de fortaleza. Tuvo Rivas que someterse. Bolívar y Mariño se desprendieron generosamente en su favor de los restos del tesoro arrancado al capricho de Bianchi. Después de todo, aquellos fondos, inútiles ya entre sus manos, acaso pudieran favorecer los planes, por aventurados que éstos parecieran, de los ciegos defensores de una causa más que comprometida. Los dos antiguos dictadores se embarcaron de nuevo, el 7 de septiembre, con dirección a Curazao y Cartagena.

A pesar de su desobediencia y de su inexcusable conducta para con jefes a quienes debían su situación y lo más florido de su gloria, Rivas y Piar no eran ciertamente unos cobardes. La resolución tomada por ellos, de acuerdo con Bermúdez, de prolongar la resistencia, demostraba verdadero heroísmo. Mas, aquel extraño triunvirato no era capaz de substituir, no sólo al Libertador, pero ni siquiera a Mariño. Aunque hubiesen contado con la influencia de que el antiguo dictador del oriente disponía ante los habitantes de aquellas provincias, no les habría sido ya posible a Rivas y a Piar hacer frente a la invasión. El levantamiento general que pretendían suscitar fracasó. Sus esfuerzos no sirvieron sino a provocar nuevas hecatombes, y retrasaron apenas el hundimiento de la república.

Después de un brillante éxito ante Maturín, en donde le atacó Morales (7 a 12 de septiembre) con fuerzas tres veces superiores, Bermúdez vió llegar a Rivas, quien le llevaba un refuerzo de 400 hombres. Por su parte, no tardaría Piar en acudir con 800 soldados. Los republicanos querían concentrar todos sus esfuerzos en Maturín, con objeto de defenderse en él contra Boves, próximo a llegar, según se decía, a la cabeza de sus llaneros.

En efecto, estaba en camino el infatigable asturiano. Su furor no se había apaciguado con las abominables venganzas ejercidas por él al entrar en Caracas, el 26 de julio. De allí había salido cuatro o cinco días después, dejando como jefe militar a uno de sus oficiales, Luis Dato, cuyas crueldades sin cuento acabaron de arruinar la capital. Había jurado Boves que, esta vez, no se le escaparía Bolívar, y « que había de morir á sus manos aunque se metiera en el sagrario[1] ». Volvió a Calabozo, levantó allí nuevas tropas, y salió para Barcelona. Tenía orden Morales de esperarle en este punto. Hacia mediados de septiembre acudió Boves a la cita. Las noticias que le dió su lugarteniente, el relato que le hizo de su reciente derrota en Maturín pusieron iracundo por demás al capitán de la legión infernal. Sin pérdida de tiempo, tomó la escarpada vía de Cumaná, con el propósito de infligir sangrienta derrota a Piar, pues sabía que se hallaba encerrado en dicha ciudad con el resto de los emigrados de Caracas.

Preciso es decir que Piar secundó con loca imprudencia los proyectos de su contrario. A pesar de las instrucciones de Rivas, quien le había dado encargo de conducir a Maturín los emigrados, Piar, que había logrado reunir 2000 combatientes, fué a apostarse en la llanura del Salado, vecina de Cumaná. Le acometió Boves con su legión, compuesta de 6000 hombres. Casi todo el reducido ejército de Piar fué exterminado (29 de septiembre). Entró en seguida Boves en Cumaná á sangre y á fuego, hizo matar a unas mil personas, y regresó de una tirada a Barcelona para reunirse con Morales.

Algunos días después, los dos jefes realistas, a la cabeza de unos 10000 soldados entre infantería y caballería, se pusieron en marcha hacia Maturín. Ripitiendo la imprudencia de Piar, Rivas y Bermúdez esperaron a los Españoles en la sabana de Urica, al oeste de Maturín; y, lo mismo que entonces, a una resistencia heroica sucedió una implacable carnicería (5 de diciembre). No obstante, en el transcurso de una de las cargas de los llaneros, cayó Boves con el pecho abierto por una lanzada.

1. Heredia, *Memorias*, p. 202.

La muerte del más terrible enemigo que jamás tuvieron los patriotas no podía modificar ya en nada el destino de éstos. Seis días después de la batalla de Urica penetró Morales en Maturín, donde no quedaron más que cenizas y cadáveres horriblemente mutilados. Consiguió Bermúdez escaparse con sus cien últimos soldados y se refugió después en la isla Margarita. Menos feliz, Rivas anduvo errante tres días por el campo. Extenuado de cansancio, pidió asilo a un campesino, quien lo entregó al enemigo. Su cabeza, cubierta del gorro frigio que de continuo se ponía Rivas, fué llevada por Morales a Caracas en una jaula de hierro. Fué colocada a la entrada de la ciudad, en el camino de La Guayra.

Estaba perdido Venezuela. Todo el oriente recaía bajo la dominación española. Sólo algunos jefes de guerrillas, entre otros el anciano Zaraza[1], Manuel Cedeño[2], y José Monagas[3] continuaban la campaña en los llanos del centro. En el oeste, la República no contaba ya con un solo defensor. Cajigal estaba en Puerto Cabello; Calzada, en Barínas. Urdaneta, después de haber tratado en vano de dar alcance a Ceballos, según encargo del Libertador al día siguiente de la batalla de Carabobo, se internó hacia Trujillo y Mérida. Un largo cortejo de emigrantes

1. Zaraza (Pedro), nació en Chaguaramas (Venezuela) hacia 1756, peleó al lado de Mariño en 1813 y 1814, organizó, a fines de este último año, guerrillas con las cuales tuvo a raya a los Españoles en los llanos. Fué derrotado, el 1º de diciembre de 1817, en el sangriento combate de Hagaza, por el general Latorre. Zaraza pacificó los llanos de Caracas en 1822, fué nombrado por Bolívar general de división, y murió en Caracas, el 28 de julio de 1825.

2. Nació en Apure en 1784, hizo las campañas de Nueva Granada y de Venezuela, 1812-1814. No cesó de combatir a los Españoles hasta el Congreso de Angostura. Nombrado por entonces general y gobernador de la Guayana, Cedeño mandaba la 2ª división del ejército republicano en la segunda batalla de Carabobo, en la que fué matado (24 de junio de 1821).

3. Monagas (José Tadeo), nació en Maturín en 1784. Ayudante de Mariño, tomó parte en todas las acciones que se dieron en 1813 y 1814 en las provincias orientales de Venezuela. Desde 1816 figuró entre los mejores jefes de los llaneros, realizó muchas hazañas en la Guayana y pacificó la provincia de Barcelona en 1820. En 1825 tomó parte en la campaña del Perú; fué diputado en el Congreso de Valencia en 1830. Presidente de Venezuela en 1847 y en 1858. Desterrado tres años después, volvió a Caracas en 1861, y allí falleció, el 18 de noviembre de 1868.

le seguía a través de un país cuyos habitantes demostraban una hostilidad que iba en aumento de día en día. Fué menester pelear sin descanso, contra Calzada (en Mucuchíes, 7 de septiembre), y, sobre todo, contra las guerrillas que a cada recodo del camino les asaltaban. En fin, el 1° de octubre, al cabo de cuatro meses de peligros, de angustias y de padecimientos de todo género, llegó Urdaneta a Táchira, en la frontera granadina.

V

Por cierto que en aquel fin de año de 1814 parecía la metrópoli hallarse en vísperas de restablecer su dominación sobre el conjunto del continente americano.

Lista ya la Constitución española de 1812, sobrevinieron : la derrota de Napoleón en Rusia, el abandono definitivo de España por los ejércitos franceses, y la restauración de Fernando VII. No habían dejado de hacerse sentir en América las consecuencias de estos grandes acontecimientos, siendo desastrosos sus efectos para la causa de la Independencia.

La sola fuerza moral de la realidad del regreso del rey redujo a la obediencia a las clases bajas del pueblo y paralizó a los criollos[1]. Aquellos que, temblando de continuo por su fortuna, sólo con mediano convencimiento habían tomado partido por la Revolución, y a quienes, desde hacía ya tiempo, parecían excesivos los sacrificios que ésta les imponía, estaban prontos a acogerse al nuevo régimen, cuyas seguridades, a falta de otras ventajas, les parecían apreciables. El resto de la aristocracia colonial, en el que figuraban los jefes del movimiento y los oficiales del ejército republicano, se sintió tanto más inclinado a renunciar a la lucha cuanto que la veía abandonada e infamada por las masas populares.

En realidad, éstas no se habían dejado arrastrar sino muy incompletamente. En Venezuela, en que el esfuerzo de los libertadores había tenido no obstante ocasión de

1. Cf. Gervinus, *op. cit.*, VI, p. 152.

ejercitarse con más perseverancia. había conseguido Bolívar, en ciertas épocas, provocar grandes manifestaciones de entusiasmo, extenderlas, generalizarlas casi en todo el país. Pero, en realidad, de los 100000 hombres en estado de llevar las armas que podían suministrar las provincias, la Independencia había alistado a lo sumo unos 20000 defensores. A más de esto, aquellos combatientes procedían de las clases más pobres y más atrasadas. Insensibles, en su mayoría, a todo sentimiento que no fuera la codicia o el temor, servían a turno, como ya hemos visto, una u otra causa con igual indiferencia. Y, así, republicanos y realistas se habían disputado al mismo tiempo, en el transcurso de la guerra, los territorios y los hombres[1]. Los que no habían sucumbido desertaban ahora un oficio que sólo por interés o por fuerza habían tomado. Los demás, es decir, la inmensa mayoría de los habitantes, sólo con cierta desconfianza habían salido de su habitual apatía. Resultaba comúnmente inexplicable para ellos la regeneración que pretendían imponerles los Próceres. Volvían con júbilo a la sujeción rayana en esclavitud, pues de ella esperaban el descanso.

En ningún sitio como en Nueva España resultó tan señalado este estado de ánimo. El anuncio del posible restablecimiento de Fernando VII hizo, para el éxito de la represión española, más que las intempestivas severidades del virrey Venegas y las despiadadas violencias de Calleja, sucesor de aquél desde comienzos de 1813. Matamoros, Miguel Bravo, Rayón, Galeana cayeron sucesivamente en manos del enemigo. Morelos mismo vió aniquilarse la asombrosa popularidad que había adquirido. Habíase tratado en Oajaca (diciembre de 1812) de elevarlo a la dignidad de monarca. Pero, obsesionado por el presentimiento de su próximo fin, considerando su misión como terminada ya, parecía no preocuparle más que la idea de mantener la existencia del Congreso de Chilpanzingo. Esta asamblea, que en uso de su autoridad había convocado Morelos el 1° de septiembre de 1813, y cuyo primer acto había sido proclamar la independencia de Méjico, no pudo

1. Cf. Lallement, *Histoire de la Colombie*, *op. cit.*, cap. VI.

desempeñar el papel con que contaba su promovedor. Desechado más tarde de ciudad en ciudad, de Oajaca a Zitácuaro, de Atijo a Apatzingán, en fin de Uruapán a Tezmalaca en noviembre de 1815, y luego a Tehuacán, el Congreso, que se había convertido en teatro de estériles discusiones, no había de sobrevivir largo tiempo a Morelos. Este gran patriota, hecho prisionero en el combate de Tezmalaca, el 5 de noviembre de 1815, fué pasado por las armas, el 22 de diciembre siguiente, en el pueblo de San Cristóbal de Ecatepec. No obstante, desde fines de 1814, las autoridades españolas podían prever el desenlace de la lucha empeñada. Calleja escribía a Madrid que se hallaba en situación, con sus propios recursos, de hacer frente a los insurrectos, que « seguían éstos manteniendo aún a ciertas provincias en un estado de desorden y de anarquía, pero que eran incapaces de poner en peligro su dominación[1]. »

A pesar de que Lima continuaba siendo el gran centro político y militar de la reacción realista, los acontecimientos de los dos últimos años distaban mucho de ser, en el Perú, tan favorables como en Méjico para la causa de la metrópoli. Habíale costado mucho trabajo al virrey D. José de Abascal el atajar la marcha del general Belgrano, encargado por la Junta de Buenos Aires de proseguir sus victoriosas operaciones en el Alto Perú.

Belgrano aprovechó útilmente la firme confianza que animaba a las tropas desde su reciente victoria de Tucumán. Supo exaltar su entusiasmo en una conmovedora ceremonia en el transcurso de la cual, enarbolando por vez primera el estandarte azul y blanco de las provincias de la Plata, hizo prestar, a los 3000 soldados de su ejército, el juramento de vencer o morir por la patria. Aquel día, 13 de febrero de 1813, Belgrano se hallaba a veintiséis leguas de Salta, a orillas del río Pasaje, que, desde entonces, recibió el nombre de río *del Juramento*. Salió en seguida para Salta, en donde se hallaba muy bien fortificado el general Tristán con 4000 hombres. El

1. V. Hubbard, *Histoire contemporaine de l'Espagne, op. cit.*, t. I, lib. I, cap. II, p. 287.

20 de febrero de 1813, día célebre en los fastos de la revolución argentina, alcanzó Belgrano su más cumplida victoria. Tristán, después de reñido combate, fué derrotado, viéndose obligado a capitular.

Entonces se repitieron los fenómenos que habían señalado la primera expedición de Castelli y de Balcarce. Nada pudo detener el ímpetu de las tropas de Belgrano. Goyeneche fué abandonado por todos los indígenas : los veteranos españoles fueron los únicos que quedaron con los jefes y el estado mayor. Las fuerzas realistas se retiraron hasta las orillas del Desaguadero, frontera de las Provincias Unidas. Belgrano estableció su cuartel general en Potosí. La insurrección se propagó en las provincias de Chuquisaca y de Cochabamba, las cuales se declararon prontas a hacer causa común con Buenos Aires. Goyeneche resignó su cargo.

Alarmadísimo por estos acontecimientos, el virrey de Lima substituyó a Goyeneche con el brigadier de artillería Don Joaquín de la Pezuela (1° de julio). Pezuela era un oficial en quien la firmeza igualaba las capacidades militares. Se apresuró a ir a tomar el mando de las tropas del Desaguadero, y se puso en camino hacia Potosí. Belgrano tuvo a raya algún tiempo a su enemigo. Pero, obligado a dar la batalla antes de haber tenido tiempo suficiente para tomar disposiciones favorables en la pampa de Vilcapujio, sufrió en este punto una grave derrota el 30 de septiembre. El 11 de noviembre siguiente, Tristán fué vencedor aún en Ayohuma. Los Españoles se adueñaron de Chuquisaca y de Potosí.

Mas, no por esto se juzgaban dominados los Bonaerenses. José de San Martín, que en la brillante acción de San Lorenzo (3 de febrero de 1813), a orillas del Paraná, había dado sobresalientes muestras de estratégico y de organizador, tomó el mando supremo del ejército llamado : del Perú. Llevaba San Martín una división de 1 000 granaderos de a caballo, reclutados entre los mejores jinetes gauchos, y cuya fuerza y destreza, disciplinadas de maravillosa manera por el nuevo general, habían de ilustrarse más de una vez en los futuros campos de batalla. Mientras tanto, por todos lados se organizaban guerrillas.

Sólo en el punto ocupado por ellas se hallaban en seguridad las tropas de Pezuela. A más de esto, la propaganda hábilmente concertada por el gobierno de Buenos Aires penetraba hasta en los distritos en que reclutaba sus soldados el virrey Abascal. Las provincias de Cuzco, de Arequipa, de Huamanga en el Bajo Perú se dejaban ganar al espíritu de emancipación. Durante todo el año de 1814 fueron un temible foco revolucionario. Falto de tropas a consecuencia de las expediciones que enviaba contra Chile, tuvo que renunciar Abascal a salvar a Pezuela, obligado entonces a retirarse a una posición fortificada en Cotagaita (mayo de 1814). Y aun se temió que Lima, hasta entonces tan fiel, siguiera aquel movimiento.

En aquel momento crítico, se hizo sentir el cambio motivado por la restauración de Fernando VII. La aristocracia limeña, así como la de México, temiendo ver sus ricas posesiones entregadas al pillaje de los negros y de los indios, se unió al virrey para combatir los progresos de la causa liberal. Gravemente enfermo, San Martín, que, por otra parte, desaprobaba el método seguido en las operaciones militares en el Alto Perú y meditaba nuevos planes de campaña, pidió salir del ejército. Vivió algún tiempo retirado en Córdoba, al cabo del cual se hizo nombrar gobernador de la provincia de Cuyo, con residencia en Mendoza. El general Rondeau había tomado el mando de las tropas de Buenos Aires. Estas, que habían quedado relativamente fuera del movimiento que provocaban las noticias de España, se sintieron, sin embargo en peligro en medio de gente hostil. Entre tanto, Pezuela ofreció una suspensión de armas a Rondeau que éste se apresuró a aceptar[1].

Obligado de este modo a defenderse al sur contra los vigorosos ataques de la Revolución, el virrey Abascal registró sin embargo el éxito final de las operaciones que, Toribio Montes, presidente de Quito, seguía dirigiendo contra las provincias meridionales de Nueva Granada.

1. Mitre, *Historia de Belgrano*, etc., *op. cit.*, t. II, cap. xx a xxiii, *Historia de San Martín*, t. I, cap. iv, v y vi. Gervinus, *op. cit.*, t. VI. Hubbard, *Histoire contemporaine de l'Espagne*, t. I. Introducción, cap. iv y lib. I, cap. iii.

Después de haber terminado la pacificación de la provincia de Quito, Montes había reunido 2 000 hombres en Pasto bajo las órdenes del general Sámano. En agosto de 1813, Popayán caía en poder de los realistas. Los valles del Alto Cauca, la provincia de Antioquia iban a ser invadidos.

Recordaremos que en el tratado de paz firmado a fines del año anterior entre el general Baraya y Nariño, había sido estipulado que Cundinamarca contribuiría a las diferentes expediciones por las cuales el Congreso de Tunja, en nombre de la Unión de las provincias granadinas, había de intentar conjurar los peligros de una doble invasión realista. Después de haber suministrado subsidios para la expedición de Bolívar, Nariño ofreció al Congreso tomar él mismo el mando de las tropas, que, en vista de las ventajas obtenidas por Sámano, eran reunidas precipitadamente en Santa Fe. Nombrado teniente general de la Unión, Nariño, después de delegar el poder ejecutivo en su tío Manuel Bernardo Alvarez[1] se puso en marcha hacia el sur, a principios de octubre, a la cabeza de 2 000 combatientes.

Las operaciones de este ejército comenzaron felizmente. El 31 de diciembre, obligaba a Sámano, cuya vanguardia había sido destruída en Alto Palacé, a evacuar a Popayán. Algunos días después, el general español reunió de nuevo todas sus fuerzas cerca de Bajo Palacé. Acudió Nariño a atacarle, y lo derrotó. Perseguido y vencido aún en Calibio, Sámano se replegó hacia Pasto. En vez de continuar persiguiéndole, Nariño perdió más de dos meses en Popayán en una inacción peligrosa que permitió a los realistas rehacerse por completo. Montes substituyó a Sámano por el general Melchor Aymerich, y cuando se decidió Nariño a volver a campaña, tuvo que atravesar la región de Patia infestada de guerrillas que, acosando sin tregua los flancos del pequeño ejército republicano, lo separaron de su vanguardia. Por fin, el 12 de abril de 1814, Nariño, muy mal-

1. Nacido en Santa Fe en 1750. Miembro del cabildo en 1810. Diputado en el Congreso de Leiva en 1812. Dictador de Cundinamarca en 1814, tuvo que someterse a Bolívar y reconocer la autoridad del Congreso de la Unión. Alvarez murió en prisión el 16 de septiembre de 1816 durante el terror bogotano.

parado, llegó a las orillas del impetuoso río del Juanambú, donde se habían atrincherado considerables fuerzas realistas.

Allí fué donde, el 29 de abril, se dió la acción del primer período de las guerras de la Independencia en la que los patriotas se distinguieron quizá por su mayor intrepidez. Para atravesar el río, cuyas aguas, en aquel sitio, se precipitan furiosamente entre dos paredes abruptas, los soldados de Nariño tuvieron, bajo la incesante fusilería, que tender, de una a otra orilla, correas, cuerdas y bejucos, colgar de ellos canastos o sacos, y, en aquel columpio improvisado pasar por encima del abismo. Este sistema primitivo y escabroso, conocido por el nombre de *tarabita*, era, por cierto, empleado comúnmente para el paso de los rápidos que bajan de la cordillera. En aquella ocasión, fué trágico. Como las balas destrozaban el artefacto, era preciso restablecer de continuo la ida y venida, lanzarse resueltamente sobre las espumosas aguas, con riesgo de hundirse bajo el peso del voluminoso paquete de cuerdas, y saltar, con desesperado impulso, a la cumbre de las rocas para fijar allí las amarras. A salvo en sus trincheras, continuaban los realistas haciendo terrible fuego y despeñando enormes bloques de granito sobre sus incansables enemigos. Entonces se vió a los republicanos deslizarse hasta el río. Varios de ellos llevaban heridos sobre sus hombros, y mientras contestaban éstos a la fusilería, sus compañeros « con el agua á los pechos el fusíl elevado en una mano y la otra sosteniéndose de una cuerda que se atravesó, pasaron al otro lado[1] ».

Habiendo forzado así el paso del río, Nariño derrotó por completo al general Aymerich en las alturas de Cebollas y de Tacines, en las cercanías de Pasto. Pero cometió la torpeza de dividir su ejército. El 11 de mayo, los habitantes de la ciudad atacaron la vanguardia mandada por Nariño y la desbarataron. Nariño consiguió escaparse y llegar al campamento en donde había dejado

1. Boletín de la batalla de Juanambú, enviado por el general Nariño al gobernador del estado de Cundinamarca, 29 de abril de 1814. Documentos publicados en *El Precursor*, por E. Posada, *op. cit.*, p. 424.

el grueso de sus tropas. Allí encontró los cañones enclavados y las cureñas carbonizadas. Acometidos de pánico, o ganados por la traición, los soldados habían vuelto hacia Popayán. Así abandonado, Nariño, después de errar durante tres días por los bosques, cayó en manos de los Españoles, quienes lo llevaron a su jefe. Al entrar en la ciudad, el populacho furibundo quiso exterminar al infeliz patriota. Tuvo éste entonces un rasgo de admirable audacia : paró a los hombres de la escolta, y, solo, ante la muchedumbre, con los brazos cruzados y la frente erguida, exclamó : « ¡Aquí tenéis al general Nariño! » Nadie se atrevió a tocarle. Aymerich lo hizo encerrar en un calabozo y lo envió, cargado de grillos y cadenas, a Quito, luego al Callao, y por último a Cádiz, en donde cuatro años de tormentos no consiguieron abatir su valor...

En pocos días, recuperaron la superioridad los Españoles. Sin embargo, hubo disentimientos entre Montes, quien, con razón, quería que las tropas reales procedieran sin tardanza a la invasión del territorio granadino, y el general Aymerich. Todo el resto del año transcurrió en recíprocas recriminaciones, y sólo en diciembre, al mando de Sámano, se puso de nuevo en marcha el ejército de Quito y volvió a tomar posesión de Popayán.

Así amenazada de nuevo por el sur, Nueva Granada se hallaba, por consiguiente, expuesta, a fines de 1814, a los mismos peligros que la amenazaron, dos años antes, cuando la primera decadencia de la Revolución sudamericana. Todo el litoral desde Puerto Cabello hasta Panamá, a excepción sin embargo de Cartagena, estaba en manos de los Españoles. Cajigal y Ceballos reorganizaban en él las milicias reales que, llegado el momento, podrían unirse a las fuerzas irregulares diseminadas en las provincias del Apure y de Barínas, donde mandaba Calzada. Para los confederados de Tunja y el gobierno de Santa Fe, de nuevo enemigos desde la salida de Nariño, significaba esto el próximo e inevitable cerco.

Don Francisco de Montalvo, residente en Panamá desde donde estaba encargado, por el gobierno de la metrópoli, de la dirección suprema de las operaciones en Venezuela y Nueva Granada, sólo una parte del todo platónica había

tomado en los últimos acontecimientos. No había dejado, sin embargo, de enviar frecuentes instrucciones a los diferentes comandantes realistas colocados oficialmente bajo sus órdenes. Pero Cajigal, Calzada o Ceballos estaban poco dispuestos a dejarse dirigir desde tan lejos, considerando, con razón, que las instrucciones del « capitán general en jefe » no tenían oportunidad verdadera en el momento en que llegaban a ellos. En realidad, cada uno obraba por cuenta propia, y, si las circunstancias habían favorecido singularmente la causa realista, no tenía Montalvo motivo alguno para enorgullecerse por ello personalmente.

Desde este punto de vista, el virrey del Perú, a quien sus funciones investían, respecto de las colonias meridionales de Sudamérica, de poderes semejantes a los que Montalvo había recibido para la parte del norte, había sido más favorecido. Verdad que D. Toribio Montes se había esforzado en seguir las direcciones de Lima; por otra parte, Goyeneche, Pezuela, habían obedecido constantemente. El restablecimiento de la dominación en Quito, el éxito de las campañas en el Alto Cauca, la casi terminada pacificación del Alto Perú eran otros tantos felices resultados que había que atribuir al talento y a la buena administración de D. José de Abascal. En fin, podía vanagloriarse de los brillantes triunfos que sus lugartenientes acababan de obtener sobre los insurrectos de Chile.

El desembarco del brigadier Antonio Pareja en la isla de Chiloé, a principios del año 1813, puso de manifiesto los progresos recientemente realizados en Chile por la causa liberal. El dictador Carrera, en quien la proximidad del peligro despertó de nuevo la actividad y la energía, llegó sin trabajo a sacar una crecida contribución de guerra y a organizar tropas decididas con las cuales marchó hacia el invasor con objeto de detenerle en el paso del Maule.

Pareja, a la cabeza de 3 000 hombres, se había apoderado sucesivamente de Talcahuano y de Concepción (marzo de 1813), cuya ocupación le hizo dueño de todo el Chile meridional. Pero la llegada de los patriotas interrumpió bruscamente la serie de las victorias realistas. En los

llanos de San Carlos (15 de mayo de 1813), Pareja resistió mal el choque de un ejército dos veces superior. Por otra parte, estaba mortalmente herido por la fiebre. Juan Francisco Sánchez, a quien él designó para sucederle en el mando de las tropas, fué a encerrarse en la ciudad de Chillán. Carrera pudo tomar de nuevo a Talcahuano y a Concepción, y capturar en la primera de estas ciudades un convoy de abastecimiento de todo género que el virrey de Lima enviaba al cuerpo expedicionario de Chile. Tres meses transcurrieron así, durante los cuales el comandante Sánchez pudo fortificarse en Chillán. Carrera se decidió a ir a atacarle allí mismo; pero sus esfuerzos, y la resistencia de los soldados republicanos fueron inútiles. El dictador tuvo que levantar el sitio y retirarse a Concepción.

Esta desdichada operación desacreditó a Carrera, contra quien, desde hacía tiempo, se habían manifestado violentas animosidades. La Junta, que gobernaba en Santiago durante la ausencia del dictador, le relevó de sus funciones y del mando del ejército. Bernardo O'Higgins, que se había distinguido brillantemente desde el comienzo de la revolución, fué nombrado general en jefe (febrero de 1814). Durante este tiempo, Sánchez había avanzado hasta la costa, y había hallado en Arauco un refuerzo de 800 hombres que conducía el brigadier Gavino Gainza, nombrado por el virrey del Perú general en jefe del ejército expedicionario. Abascal tenía por entonces la esperanza de que el restablecimiento de Fernando VII en el trono de España despertaría de nuevo en Chile, como en otras partes, el espíritu de sumisión a la metrópoli. No se engañaba.

A pesar del valor de los Juan Mackenna [1] y de los Carlos

1. Nacido en Chogher (Irlanda) el 26 de octubre de 1771. Entrado al servicio de España, hizo la campaña de Africa en 1787, luego la del Rosellón. Pasó a América en 1797, y fué nombrado gobernador de la colonia de Osorno en el Perú. Fué a Chile en 1808 y abrazó el partido de la Independencia; fué gobernador de Valparaiso en 1811, miembro de la Junta presidida por Carrera. Después de la caída de éste Mackenna estuvo desterrado en la hacienda de Catapilco durante dos años. Después mandó las tropas republicanas en 1813 y tomó parte en todos los combates y batallas de la campaña. En julio de 1814, los Carrera que le tenían un odio mortal lo desterraron a Mendoza. Sobrevino entretanto la batalla de Rancagua: Mackenna

Spano[1], a pesar del fraternal apoyo que le prestaba el gobierno de Buenos Aires, y de las proezas del valiente general argentino Las Heras[2], la revolución chilena fué impotente para resistir por más tiempo los repetidos ataques que le hacía sufrir el virrey de Lima. La guerra civil, encendida por Carrera, vino a aumentar las desdichas de los patriotas. Abascal envió todavía más soldados con un jefe experimentado, el general Manuel Osorio. Al mando del rigimiento real de Talavera, que acababa de tomar parte en la guerra de España, Osorio desembarcó el 13 de agosto en Talcahuano, dos días después de haber sido O'Higgins derrotado en Maipo por Carrera que se había vuelto su adversario... La reconciliación que, algunos días después, había de reunir a los dos jefes, apenas retrasó la caída de la república. Aprovechando las ventajas que le suministraban aquellas disensiones intestinas, Osorio había avanzado hacía el interior del país y reunía bajo sus banderas a los partidarios, cada vez más numerosos, que, sin que se sospechara, eran adictos a la causa realista.

El 1° de octubre, a la cabeza de 5 000 combatientes, Osorio atacó a O'Higgins atrincherado en la ciudad de Rancagua con 1 700 hombres. Carrera, quedado a cierta distancia, prometió ayudar a los sitiados en momento oportuno; pero, ya por incapacidad, ya por negligencia, no les llevó su apoyo. Por consiguiente, O'Higgins resistió

fué a Buenos Aires, Luis Carrera, hermano de José Miguel, llegó poco después a esta ciudad, tuvo un altercado con Mackenna, lo desafió y lo mató en duelo el 21 de noviembre de 1814.

1. Nacido en España, fué muy niño a Chile, y optó, desde el principio de la Revolución, por la causa liberal. Tomó parte en las campañas de 1812 a 1814 y murió heroicamente en Talca de la cual había asegurado la defensa.

2. Las Heras (Gregorio de), nacido en Buenos Aires, el 11 de julio de 1780, muerto en Santiago el 6 de febrero de 1866. Jefe de la división enviada en socorro de Chile por las Provincias de la Plata en 1813, se distinguió el año siguiente en el combate de Cucha-Cucha. En 1817, contribuyó al éxito del célebre paso de los Andes y tomó parte en la campaña libertadora de Chile. Las Heras mandaba el ala derecha del ejército republicano en la batalla de Maipu (5 de abril de 1818). Luego hizo la campaña del Perú con San Martín, fué nombrado gobernador de Buenos Aires en 1824 y, en 1825, jefe del poder ejecutivo.

solo, durante treinta y tres horas, un combate de lo más cruel y encarnizado : « ¡Mientras quede uno para morir, gritó en medio de las balas, la patria no está perdida! ». A las 4 de la tarde, el segundo día del sitio, los patriotas no tenían ya ni víveres ni municiones, la artillería estaba completamente destruída, las dos terceras partes de la guarnición había perecido. El enemigo se disponía a forzar las últimas trincheras. O'Higgins reunió los 300 hombres que le quedaban, los hizo montar a caballo y se puso a su cabeza. El capitán Ramón Freyre quiso entonces proteger a su jefe con cierto número de dragones. Pero, haciendo ademán de apartarle, O'Higgins le dijo : « Es usted un valiente, capitán Freyre, pero me corresponde quedar en el puesto más peligroso. » Blandiendo entonces el sable, O'Higgins dió espuelas a su caballo, y, seguido de los supervivientes de Rancagua, se precipitó por entre las filas enemigas, gritando con voz fuerte : « ¡Ni damos ni pedimos cuartel! » Momentos después, penetraban los realistas en Rancagua, cuyos ensangrentados y destrozados vestigios fueron, en seguida, devorados por un incendio.

Escapado por milagro a la muerte, O'Higgins no paró hasta Santiago. Su llegada produjo un verdadero pánico en esta ciudad. Los patriotas comprendieron que la causa de la Revolución estaba perdida. Osorio se había puesto en marcha hacia la capital, en donde, entró, el 9 de octubre, saludado como libertador por los habitantes hartos de luchas, de miserias y de trastornos. O'Higgins quería continuar la guerra, pero Carrera se había retirado hacia el norte con los restos de su división derrotada. El 13 de octubre, pasó la frontera argentina, seguido a poco por O'Higgins, a quien acompañaba una numerosa emigración. Los dos generales se refugiaron en Mendoza, al lado de San Martín, quien, más que nunca, soñaba con inverosímiles desquites [1].

Así pues, desde México hasta Chile, los Españoles eran victoriosos en casi todas partes. El antiguo virreinato de

1. GAY, *Historia de Chile*, t. V y VI. MITRE, *Historia de San Martín*, t. I, cap. III, etc., etc.

la Plata era el único que conservaba su independencia. Los partidarios de la metrópoli reducidos a Montevideo, acababan de sucumbir (23 de junio de 1814) después de un largo sitio, contra la flota de Buenos Aires bajo las órdenes del almirante Brown. La influencia preponderante de la Logia de Lautaro había conseguido la convocación de una asamblea procedente de las Juntas provinciales, que se reunió el 31 de enero de 1813 en « Congreso Soberano Constituyente ». Bajo la presidencia de Alvear, la asamblea proclamó la independencia definitiva de las Provincias Unidas del Río de la Plata y se propuso establecer las bases de « un lazo federal entre todas las provincias agrupadas en torno de Buenos Aires ».

El Congreso fué pronto popular; tropezó con recias oposiciones por parte de las Juntas provinciales, pero llegó a disolverlas sin dificultades. Al poder legislativo había unido el del gobierno. Sin embargo, las derrotas de Belgrano en el Alto Perú provocaron, en los habitantes de Buenos Aires, disposiciones marcadamente hostiles contra la asamblea. Se rindió ésta a las necesidades de la situación y substituyó a los Triunviros, quienes desde hacía dos años dirigían en principio los asuntos del país, por un director supremo al que asistía un consejo de siete miembros. No se atrevió Alvear a hacerse investir de ese poder, pero preparó los medios de llegar a él proponiendo la candidatura de Gervasio Posadas[1], su tío, al sufragio de los miembros de la Logia de Lautaro. La reciente salida de San Martín para el ejército del norte le dejaba dueño absoluto de ejercer sobre ellos un ascendiente cada vez más considerable.

Las primeras semanas del desempeño del cargo de Posadas iban a ser entristecidas por la noticia de los preparativos de una gran expedición militar que Fernando VII había decidido enviar contra Buenos Aires. El horizonte se ennegrecía también del lado del Brasil, cuyo gobierno parecía dispuesto a cooperar con el rey de España en su lucha contra las provincias argentinas. Las

1. Posadas (Gervasio Antonio de), nacido en Buenos Aires en 1757, y muerto en 1832. Primer director supremo de los Estados Unidos de la Plata desde 1814 hasta 1815.

pomposas proclamas que el virrey de Lima hizo esparcir por América anunciaron que 15 000 hombres estaban a punto de salir de Cádiz. Si tal proyecto llegaba a realizarse, la causa de la Independencia no podría quedar con vida.

Parecía, además, considerando en conjunto la situación del continente colonial, irremediablemente perdida. Verdad que, vencida en 1812, la Revolución se había no obstante, levantado de nuevo. Pero, esta vez, y al menos en la mayor parte del territorio, estaba tan cruelmente atacada, que no se podía, humanamente, prever su regeneración. El combate, sostenido por espacio de cuatro años por los Próceres, termina con resplandores de ciudades incendiadas y entre los estertores de las naciones que se degüellan, en una visión de exterminio y de matanza, en un cuadro desesperado.

En Venezuela, en donde se ha concentrado toda la energía de la represión, el espectáculo da espanto. « No hay ya provincias, escribe en un informe oficial el auditor D. Manuel de Oropesa[1]; las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas, unas á centenares, otras á decenas, y de otras no queda más que los vestigios de que allí vivieron racionales... Yo he quedado sorprendido al ver los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, abrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria... La agricultura enteramente abandonada... En una palabra, he visto los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios. No se puede decir mas, ni yo me atrevo á referirle lo mas que he visto y que he llorado. »

Sin embargo, alentado por el fuego sagrado que arde en su corazón, y por la inquebrantable conciencia de un destino que llevará a cabo hasta el fin, dejó Bolívar aquel devastado teatro de sus primeras campañas :

« Yo os juro, amados compatriotas, que este augusto título que vuestra gratitud me tributó cuando os vine á arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro que Liber-

1. Informe de D. José Manuel de Oropesa, auditor de la capitanía general de Venezuela al intendente D. Dionisio Franco. Caracas 18 de junio de 1814. **D.**, V., 940.

tador ó muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir... Dios concede la victoria á la constancia [1]. »

Tu ne cede malis, sed contra audentior ito.
Quam tua te fortuna sinet...

1. Proclama de Carúpano, 7 de septiembre de 1814, **D.**, V., 964.

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN SUDAMERICANA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS INDIAS OCCIDENTALES

CAPÍTULO II

LA AURORA DE LA LIBERTAD

CAPÍTULO III

EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO

LIBRO II

EL PRECURSOR

CAPÍTULO PRIMERO

MIRANDA

CAPÍTULO II

LEALISMO COLONIAL

CAPÍTULO III

1810

CAPÍTULO IV

LA PRIMERA REPÚBLICA DE VENEZUELA

LIBRO III

BOLÍVAR

CAPÍTULO PRIMERO

EL MANIFIESTO DE CARTAGENA

CAPÍTULO II

EL LIBERTADOR

CAPÍTULO III

GUERRA A MUERTE

1344-13. — París, Imprenta de la V^da^ de C. Bouret. — 3-14.

MER DES ANTILLES

OCÉAN PACIFIQUE

PROV DE PANAMA

PROV DE CARTAGENA

PROV. DE ANTIOQUIA

PROV DE SANTAMARTA

PROV DE RIOHACHA

PROV DE MARACAIBO

PROV DE CASANARE

CAPITAINERIE GÉNÉRALE DE CARACAS OU DE VENEZUELA

ROYAUME DE SANTAFÉ

PROVINCE DE GUAYANA

BRÉSIL

JULES MANCINI

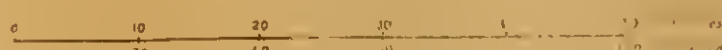
BOLÍVAR

Y LA EMANCIPACIÓN DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

DESDE LOS ORIGENES HASTA 1815.

Itinerarios

Comandantes republicanos		Comandantes españoles	
Bolívar	————	*Monteverde*	· · ·
Nariño	············	*Boves*	- - - - - -
Mariño	-·-·-·-·	*Morales*	· · · ·
Labatut	-·—·—·—	*Samano*	——·——·——
		Correa	—·— —·—
		Montes	·-·-·-·-·>
		Tacon	- - - -·-·-



F J HUTIN

